

A woman with long brown hair, wearing a vibrant red dress, is shown from the chest down. She is holding several bundles of dried, light-colored herbs or roots, tied with brown twine. The bundles are arranged in a cross-like pattern in her hands. The background is a dense field of green foliage, possibly a garden or a field of wildflowers. The overall mood is natural and earthy.

 La cara
norte del corazón
Dolores
Redondo

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

La cara norte

Prólogo

Primera parte

1. Albert y Martin
2. Carácter montaños
3. Designio del viento
4. Funeraria Ward
5. Insolente
6. «Itxusuria». Corredor de las almas
7. Dudar
8. Herramienta
9. Ápex
10. Sensación térmica
11. Sudario
12. Ventanas
13. Tristeza sorda y muda
14. Nana. Casa de colores
15. Duelo
16. Acariciar a la fiera
17. Antes de morir
18. Arco
19. Mary Ward
20. Predicador
21. Premonición
22. Método Charbou
23. El mal
24. Nana. Viejas fotografías
25. Una aguja
26. Sonrisa de ganadora
27. Arañazos
28. Escondido a plena vista
29. Nana. «Maudit»
30. No esta noche
31. Nana. Sueño eterno

32. Anchoas y aceitunas
33. Monedas de plata
34. Insomnio
35. Pulcritud
36. Dependencia
37. Padrenuestro

Segunda parte

38. Después de la tormenta
39. Oceanetta
40. Gato blanco
41. Corazón de corzo
42. Bazagrà
43. Volver
44. Caos
45. Ángel de la guarda
46. Sin piel
47. «Petit bon ange». Pequeño ángel bueno
48. Nana. Promesas
49. El circo de las anomalías
50. Marie-France
51. «Krewe». Tripulación
52. «Traiteur». Curandero
53. Stella Tucker
54. Fermentar
55. Engrasi
56. Infección
57. La navaja de Ockham
58. Compás de espera
59. Nana. El desamparo de los «Santos»
60. Manglar negro
61. Fatalidad
62. Le Grand Bayou
63. El bosque y su señor
64. Distinguir quién
65. «Ipar». Norte
66. Mermelada en la alacena
67. Charizard
68. ¿Ya es de noche en Baztán?
69. Bruja
70. El violín de Mic
71. La verdad y la justicia
72. El cuarto día
73. «Gris-gris». Amuleto

74. Nana. Aceptar el fin

75. Descuido

76. Globos metalizados

77. El hombre normal

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

"Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. Era de madrugada cuando la encontraron a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Desvanecida bajo la intensa lluvia, la ropa ennegrecida y chamuscada como la de una bruja medieval rescatada de una hoguera, y, en contraste, la piel blanca, limpia y helada como si acabase de surgir del hielo."

En agosto de 2005, mucho antes de los crímenes que conmocionaron el valle del Baztán, una joven Amaia Salazar de veinticinco años, subinspectora de la Policía Foral, participa en un curso de intercambio para policías de la Europol en la Academia del FBI, en Estados Unidos, que imparte Aloisius Dupree, el jefe de la unidad de investigación. Una de las pruebas consiste en estudiar un caso real de un asesino en serie a quien llaman «el compositor», que siempre actúa durante grandes desastres naturales atacando a familias enteras y siguiendo una puesta en escena casi litúrgica. Amaia se convertirá inesperadamente en parte del equipo de la investigación que les llevará hasta Nueva Orleans, en vísperas del peor huracán de su historia, para intentar adelantarse al asesino...

Pero una llamada de su tía Engrasi desde Elizondo despertará en Amaia fantasma de su infancia, enfrentándola de nuevo al miedo y a los recuerdos que la dotan de un extraordinario conocimiento de la cara norte del corazón.

La cara norte
del corazón

Dolores
Redondo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1481

*Para Aitor y June, por renunciar a «nadar un poco más»
para estar conmigo. Es un auténtico privilegio.
Para Eduardo. Siempre, todo.*

*Para mi agente, Anna Soler-Pont, por su contribución, su
guía y su incesante e incansable trabajo. Gracias por ser la
«poli mala» de mis novelas y la buena consejera de mi día
a día. Gracias de corazón y «seguimos».*

*A Maria Cardona, por poner la ilusión, la firmeza y la
alegría en el trabajo y demostrar que todo se puede hacer
«mejor» con una sonrisa. Gracias por hacer que parezca
fácil.*

*A Ricard Domingo. Sigues teniendo la capacidad de ver lo
invisible. Por muchos años.*

*A la memoria de José Antonio Arrabal, que murió en la
clandestinidad, pero no en el olvido. Gracias por ser mi
lector hasta el final.*

La cara norte

Este libro forma parte de un ciclo de novelas inspiradas en el norte. En algunas, Amaia Salazar es la protagonista; en otras, los personajes y las tramas argumentales se entrecruzan creando un universo común en el que el norte no es siempre un punto cardinal, sino el hilo conductor de todas ellas.

Porque el lugar más desolado del mundo es la cara norte del corazón humano.

Prólogo

Elizondo

Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. Era de madrugada cuando la encontraron a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Desvanecida bajo la intensa lluvia, la ropa ennegrecida y chamuscada como la de una bruja medieval rescatada de una hoguera y, en contraste, la piel blanca, limpia y helada como si acabase de surgir del hielo.

Amaia siempre mantuvo que apenas recordaba nada de todo aquello. Una vez que hubo abandonado el sendero, el clip en su memoria duraba solo unos segundos de imágenes repetidas una y otra vez. La vertiginosa velocidad de sus recuerdos le provocaba la sensación de un praxinoscopio de Reynaud, en el que la sucesiva repetición de estampas en movimiento terminaba por originar el efecto de absoluta inmovilidad. A veces se preguntaba si había caminado por el bosque, o quizá se había limitado a sentarse allí y a permanecer inmóvil mirando el mismo árbol durante tanto tiempo que su cerebro cayó en una especie de hipnosis, hasta grabar para siempre en su mente su silueta primitiva y maternal. Fue una mañana de domingo como otra cualquiera, en la que salió a caminar junto a su perro, Ipar, con el grupo de senderistas de Aranza al que se había unido la primavera anterior. Le gustaba el bosque, pero había accedido, sobre todo, por satisfacer a la tía Engrasi, que desde hacía meses le insistía en que tenía que salir más. Ambas sabían que no podía hacerlo por el pueblo. El último año sus itinerarios se habían ido restringiendo hasta limitarse a ir y volver de la escuela y a acompañar a la tía a la iglesia los domingos. El resto del tiempo permanecía en casa, sentada frente al fuego, leyendo o haciendo sus deberes, ayudando a la tía en la limpieza o cocinando con ella. Cualquier excusa era buena para no traspasar el umbral de la puerta. Cualquier justificación servía para no tener que enfrentarse a lo que sucedía en el pueblo.

Siempre contó que solo recordaba haber estado mirando un árbol, que no se acordaba de nada más..., aunque no era del todo cierto. En su memoria persistía el árbol, pero también la tormenta... y la casa en medio del bosque.

Cuando recobró la consciencia vio a su padre junto a la cama del hospital. El rostro pálido, el cabello mojado por la lluvia pegado a la frente. La línea roja que circundaba los párpados irritados por el llanto. Al verla abrir los ojos se inclinó protector, el rostro crispado de preocupación, pero con un incipiente alivio. Su gesto le provocó una inmensa ternura que amenazó con ahogarla de emoción. Ella lo amó, como lo había amado siempre. Iba a decírselo, pero entonces sintió el leve roce de sus labios cálidos susurrándole al oído:

—Amaia, no se lo cuentes a nadie. Si me quieres, lo harás por mí. No lo cuentes.

Todo el amor que sentía, que había sentido siempre por él, le aprisionó el pecho hasta dolerle. Las palabras destinadas a decirle cuánto lo quería se le murieron dentro y se quedaron como un doloroso recuerdo, adheridas a sus cuerdas vocales. Incapaz de emitir un solo sonido, asintió, y su silencio se convirtió en el último secreto que le guardaría a su padre y en la razón por la que dejó de amarlo.

PRIMERA PARTE

El compositor piensa todo el tiempo en su obra inacabada.

STRAVINSKI

Los muertos hacen lo que pueden.

ENGRASI SALAZAR

Albert y Martin

Brooksville, Oklahoma

Albert

Albert tenía once años y no era mal chico, pero el día de los asesinatos desobedeció a sus padres. No lo hizo porque le gustase contrariarlos, fue simplemente porque pensó que, como en los anteriores avisos, al final no pasaría nada. La previsión meteorológica llevaba horas advirtiendo de la formación de una gran tormenta, vientos cálidos y fríos que, al colisionar allá arriba, descenderían hasta tocar tierra en forma de tornados. Pero lo cierto era que estaban en constante alerta desde que había comenzado la primavera. Su madre mantenía el televisor de la cocina a todo volumen a pesar de que el informativo era un bucle que volvían a emitir en cuanto terminaba, y pobre de ti si se te ocurría bajar el volumen o cambiar el canal. Sus padres se tomaban muy en serio el tema de los tornados, y Albert no entendía por qué. Al fin y al cabo su casa nunca se había visto afectada por uno. Así que cuando por la mañana les dijo que había quedado con Tim, el chico de los Jones, para jugar en su casa, se negaron en redondo a dejarle salir. La granja de los Jones ya había sido devastada por una tormenta tres años atrás, y no había razón para creer que algo así no pudiera repetirse. El tema estaba zanjado. Permanecerían todos en la casa y bajarían al refugio en cuanto sonasen las alarmas.

Albert no protestó. Dejó su taza en el fregadero después de desayunar y se escabulló por la puerta de atrás. Llevaba recorrido la mitad del camino que separaba su casa de la granja de los Jones cuando comenzó a darse cuenta de que algo raro pasaba. Las nubes que habían cubierto el cielo a primera hora de la mañana se desplazaban a toda velocidad; el sol se colaba entre ellas proyectando sobre la tierra siluetas de luz y sombra. Nada se movía a ras de

suelo, la quietud colmaba los campos, la maquinaria permanecía en los graneros, los pájaros habían enmudecido. Prestó atención y solo oyó a un perro aullando a lo lejos, ¿o quizá no era un perro? Divisaba la granja de los Jones cuando llegaron las primeras rachas de viento. Asustado echó a correr, subió las escaleras del porche y aporreó la puerta con todas sus fuerzas. Nadie respondió. Rodeó la casa hasta la puerta de atrás, que siempre dejaban abierta, pero hoy no. Haciendo pantalla con las manos en el cristal oteó el interior de la cocina. No había nadie. Entonces lo oyó. Retrocedió dos pasos y se asomó por el lateral de la casa. El tornado bramaba avanzando por la pradera desierta como una siniestra porción de oscuridad, envuelta en una capa de polvo, niebla y destrucción. Albert se quedó inmóvil admirándolo durante un instante, hipnotizado por su poderosa venida hacia la granja y asombrado por su magnética potencia, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de puro pánico y de arena en suspensión. Miró alrededor buscando un lugar al que huir, donde guarecerse.

Los Jones tenían un refugio, quizá en la parte delantera de la granja..., pero no estaba seguro, y era tarde para regresar hasta allí. Corrió hacia el gallinero, se volvió una vez para ver avanzar al monstruo y siguió corriendo hacia la pequeña construcción mientras rogaba que no hubieran cerrado la puerta. Manoteó el burdo cerrojo, que era poco más que una tablilla que oscilaba sobre un clavo y se trababa en un rebaje del dintel. Cerró por dentro. Durante un instante quedó en la más absoluta oscuridad mientras sus ojos lograban acostumbrarse a la escasa luz que se colaba por las rendijas, jadeando, casi ahogado por la carrera y el sofocante olor a plumas y mierda de gallina. Palpó en su bolsillo buscando el inhalador mientras mentalmente lo veía en la mesa junto al televisor. Obligándose a contener el llanto escuchó a la bestia que rugía fuera. ¿Había descendido su clamor? ¿Tal vez se estaba alejando? Se arrojó al suelo sin reparar en las heces blandas y templadas que traspasaron la tela de su pantalón, y escudriñó entre los respiraderos de las tablas. Si el tornado había cambiado de dirección por un momento, lo había hecho para volver con más fuerza. Lo vio acercarse por la pradera como una criatura viva compuesta de todo lo que había ido arrastrando a su paso. Se volvió hacia el interior y solo entonces, con los ojos ya acostumbrados a la penumbra, vio a los animales. Las gallinas se habían amontonado, incluso unas sobre otras, formando un córner silencioso y compacto en uno de los rincones del gallinero. Sabían que iban a morir, y en ese instante él lo supo también.

Temblando de pies a cabeza se arrastró hacia las aves y, encogiéndose cuanto pudo, se sepultó entre ellas solo un instante, antes de que el tornado alcanzase la granja. El silencioso sometimiento con el que las aves habían aceptado su destino estalló en un quejido de cacareos largos y profundos que se asemejaban a gritos humanos de puro pánico. Albert también gritó llamando a su madre, sintiendo el aire que escapaba de sus pulmones y visualizando los pequeños alveolos que el médico le había mostrado en un esquema, plegados sobre sí mismos, incapaces de albergar oxígeno. Aun así gritó, vaciándose por entero, centrándose en escuchar aquel chillido que le pareció de un niño muy pequeño. Supo que era el fin cuando un instante después ya no pudo oírse, pues el rugir de la bestia que estaba fuera lo ocupaba todo. Lo último que sintió antes de que el gallinero se desmoronase sobre él fue el calor de la orina que se derramaba entre sus piernas.

Martin

El sol brillaba en lo alto de un cielo límpido y azul, ni una sola nube empañaba su perfección, casi como una burla posapocalíptica. Martin se detuvo al sentir una gota de sudor que le resbalaba por la cabeza entre el cabello corto y bien peinado. Se pasó una mano nerviosa y comprobó, preocupado, que el cuello de la camisa comenzaba a humedecerse. Con la puntera de su lustrado zapato apartó astillas y cascotes hasta hacer un hueco en el que colocar su maletín. Sacó del bolsillo un pañuelo de hilo blanco y se secó la nuca. Lo dobló y lo guardó de nuevo mientras repasaba su aspecto. El pantalón bien planchado, los zapatos impecables. La sobria americana de suave mezclilla, sin embargo, había sido un error. Debió elegir una chaqueta más ligera previendo el calor tras el paso del tornado. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era devastación, a excepción del pequeño granero rojo junto a las escaleras que descendían hacia el refugio donde se había guarecido la familia Jones. Tomó de nuevo su maletín y caminó hacia allí. Los dos portones abiertos de par en par y una fuerte cadena que aún colgaba de los asideros interiores delataban la prisa con la que había sido abandonado. Se detuvo un instante y aspiró el olor que emanaba de la oscura tierra del sótano; olía a hongos y turba y, levemente, a orina. Sintió cómo se le aceleraba el corazón. No había nadie allí. Martin caminó hacia la granja, o lo que quedaba de ella.

Albert

Albert despertó. Antes de abrir los ojos ya advirtió que no podía moverse, sentía una enorme presión sobre su pecho. A lo lejos oyó las voces de la familia Jones y comenzó a llamarlos a gritos. Sus pulmones comprimidos por el peso apenas soportaron tres exhalaciones antes de desmayarse.

Despertó de nuevo a la luz hiriente y cegadora. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero en esta ocasión se propuso no ponerse histérico hasta perder el sentido como la primera vez. Recapituló sobre su situación: no podía moverse. Un tablero, seguramente del tejado del corral, lo cubría por completo, pero calculó que encima debía de haber algo más, algo muy pesado. Con la mano izquierda llegaba a palpar el borde de la tabla, que no era muy ancha, así que probablemente sobre el tablero hubiera caído una de las gruesas vigas que habían sostenido el gallinero. Jadeó respirando por la boca. La frente le ardía en el lugar donde las astillas de madera le habían arrancado la piel, y notaba la nariz obstruida de mocos y sangre, que le impedían percibir el sofocante hedor de las aves. El armazón le comprimía el pecho y seguramente le había roto el pie izquierdo. Aun inmóvil, lo notaba aprisionado y lacerante como añicos de cristal. Junto a la mano derecha advertía el cadáver templado de un ave. Comenzó a llorar, pero sabía que no debía dejarse arrastrar por el pavor, y se esforzó en recordar cómo debía calmarse para controlar sus ataques de asma. Respiró profunda y fatigosamente por la boca con inhalaciones que eran todo lo intensas que el pesado tablero sobre su pecho le permitía. «Muy bien, Albert, lo haces muy bien, cariño», oyó la voz de su madre, que solía ayudarle durante los ataques. Al pensar en ella le volvieron a dar ganas de llorar, notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y se sintió tonto y pequeño. Reconviniéndose a sí mismo, imprimió a su cuerpo una involuntaria sacudida, que se extendió hasta su pie destrozado, lo que le hizo jadear de dolor y echar a perder el frágil control que había logrado sobre su respiración. Así que en los siguientes minutos se dedicó a contar mentalmente las inhalaciones y exhalaciones, manteniendo a su madre alejada de sus pensamientos, hasta que consiguió serenarse un poco. Volvió entonces la cabeza sobre su hombro derecho, arañándose de nuevo la frente, para intentar ver algo a través de la abertura que habían dejado las tablas al caer.

Él era un chico de campo, y aunque desde su posición no podía divisar el cielo, supo por el grado de luz que era poco más de mediodía y que el tornado había barrido cualquier rastro de las nubes que lo cubrían por la mañana. Pensó también que era una suerte que el señor Jones hubiera cortado la hierba dos días atrás, si no, no habría podido ver desde el suelo al hombre que venía caminando por la pradera. Supo de inmediato que no era el señor Jones. Una insignia brillaba sobre su pecho y llevaba un maletín. Albert respiró profundo llenando sus pulmones tanto como pudo y gritó, aunque de su boca brotó tan solo un gruñido ronco y asfixiado. El hombre desvió un instante la mirada hacia los restos del corral. Albert estuvo seguro de que iría hacia él, pero entonces la gallina que había tomado por muerta junto a su mano derecha se movió hacia la hendidura abierta entre las tablas y salió a la pradera. El hombre desvió la mirada y caminó de nuevo hacia la granja. Albert rompió a llorar sin importarle ahogarse por ello; al fin y al cabo, estaba seguro, iba a morir.

Martin

Mientras se acercaba distinguió los lamentos quedos de la desolación. Los había escuchado docenas de veces. Poco importaban las palabras. Todos los supervivientes a una tragedia, sin excepción, hablaban igual. La voz estrangulada en la garganta intentaba transmitir un ánimo patético y esperanzado que nacía degollado, desangrándose y perdiendo sus exiguas fuerzas mientras sus propietarios revolvían los escombros en busca de algo, lo que fuera, a lo que aferrarse, que les devolviese un poco de esperanza con la que alimentar la supuesta suerte de haber sobrevivido.

Una chica de unos dieciséis años iba recuperando de entre los escombros coloridos fulares que sacudía como cintas de gimnasta, trazando en el aire un rastro polvoriento antes de colgárselos al cuello. Fue la primera en verlo. Alertó a la familia mientras lo señalaba con largos dedos de uñas cortas pintadas de negro. Lo contemplaron a través del hueco de lo que había sido una ventana; la pradera aparecía sembrada de astillas y el hombre avanzaba por ella en dirección a la granja. Martin los observó satisfecho. Había dos chicos más: otro adolescente, más o menos de la misma edad, y un chico que no llegaría a los doce años. El mayor llevaba una camiseta de un grupo de

rock y el pequeño tenía el pelo demasiado largo para un chico. El señor Jones no le defraudó. Lloriqueaba sentado en los escalones de lo que quedaba del porche. Martin observó que había abandonado en un peldaño, a su lado, una botella de agua, unas barritas de chocolate y una pistola. Con las manos se sostenía la cabeza en un gesto de absoluta impotencia mientras su anciana madre, sentada a su vera, lo consolaba meciéndolo como a un niño pequeño. De pie, alejada unos pasos de ellos, una mujer de unos cuarenta y cinco años le miró inquisitiva y descarada. La joven señora Jones, supuso. Delgada y guapa, llevaba el cabello teñido de un color rojizo y artificial que no la favorecía y sostenía entre los brazos uno de esos perritos pequeños y estúpidos, que no dejaba de gañir. Martin comprobó una vez más que su identificación fuese bien visible sobre su pecho. Todo el grupo pareció animado al verle, soltaron lo que tenían en las manos y, por instinto, se dirigieron hacia la que había sido la puerta de la casa, aunque gran parte de la pared de ese lado había desaparecido. La señora Jones fue la primera en reaccionar. Sin soltar al perrito, se colocó la blusa sobre el escote y se atusó levemente el pelo, antes de comenzar a descender las escaleras para recibir a Martin con su mejor sonrisa. Él también sonrió odiándola con toda su alma por ser capaz de tanto mal, de tanta corrupción, de tanto horror, de enfurecer al mismísimo Dios. Extendió su mano y, antes de tocar la de ella, ya había decidido que, aunque lo suyo habría sido comenzar por la vieja, esta vez ella sería la primera a quien mataría.

Albert

Albert escuchó los gritos y los disparos. Abrió mucho los ojos y dejó de llorar. Quizá, después de todo, aquel era su día de suerte.

Carácter montañés

Academia del FBI, Quantico, Virginia
Miércoles, 24 de agosto de 2005

Amaia Salazar se removió incómoda en su asiento de la segunda fila. Había sido una de las primeras en llegar a la gran sala donde se impartiría la conferencia, que, debido a la gran afluencia de público, amenazaba con quedarse pequeña. A diferencia de las clases de los días anteriores, en exclusiva para los policías europeos, esta se anunciaba como clase magistral y estaba abierta a todos los agentes y cadetes del FBI que quisieran asistir. Le bastó un par de sus más frías miradas para mantener alejados de los asientos contiguos a dos agentes trajeados y a un par de cadetes con su distintivo polo azul y una sonrisa enorme. No deseaba compañía. De entre todas las áreas que comprendían el programa de intercambio, la conferencia del agente especial Dupree era la más interesante. Y no solo para ella, visto el ritmo al que se llenaba la sala. Gertha, una inspectora de la policía alemana de mediana edad, la saludó sonriente y se sentó a su lado. Ellas dos eran las únicas mujeres que formaban parte del grupo de policías europeos. Y teniendo en cuenta la fría acogida que ambas habían recibido por parte de sus compañeros varones, no era extraño que la mujer no se le hubiese despegado desde que habían llegado. De entrada había tenido sus reservas hacia ella. Le caía bien, era simpática y amable, pero le había parecido demasiado parlanchina para su gusto. No de la clase que te aturde sin sentido ni de la que te interroga sin piedad. Sin embargo, en dos desayunos, dos comidas y un viaje en autobús desde el aeropuerto, Gertha le había contado prácticamente toda su vida.

—Carácter montañés —le había dicho Gertha.

—¿Qué?

—Que apuesto a que eres de una zona de montaña, mi marido lo es, y también me cuesta sacarle las palabras.

—En realidad, soy de un valle.

Habían reído juntas. Gertha le había sacado en aquellos cuatro días mucho más que unas palabras. Posiblemente por la cobertura emocional que supone confesarse con alguien a quien puede que no vuelvas a ver, o porque la inspectora Gertha Schneider, además de hablar, sabía escuchar. Había terminado por convertirse en objeto de confidencias y revelaciones que jamás le había hecho a nadie. Más de una noche, sus conversaciones se habían prolongado hasta el alba. Gertha dirigía un grupo de homicidios de cuarenta y cinco personas, de las que treinta y ocho eran hombres. Se había llevado su ración de lucha por el debido respeto y, sin embargo, no guardaba ni un poco de resentimiento hacia nadie.

Antes de que esta pudiera comenzar a hablar, un hombre trajeado se sentó junto a Amaia.

—Subinspectora, la he buscado por todas partes. Creí que estaría en la sala común, con los demás... —Su tono era de fingido reproche, y para reforzarlo la obsequió con una sonrisa que tal vez duró demasiado. Amaia bajó la mirada para no tener que seguir viéndola.

Emerson era su agente de apoyo durante el tiempo que duraba el curso; su misión era guiarla por las instalaciones, ayudarla a realizar su adiestramiento, acompañarla, presentarle a los distintos instructores y darle acceso, a través de su propio equipo y de su clave, a los datos que los integrantes del curso necesitaban para hacer sus ejercicios técnicos. Y, de vez en cuando, se insinuaba un poco...

—Sí, bueno, me he adelantado, quería coger un buen sitio: esta conferencia me interesa particularmente.

—Pues no es la única —constató Emerson girándose para observar la sala, que ya estaba casi llena—. Ya ve que nuestro agente Dupree levanta por aquí auténticas pasiones. ¿Le ha escuchado alguna vez? ¿Le conoce?

—Asistí a una conferencia que impartió hace tres años en la Universidad de Loyola en Boston, mientras yo estudiaba allí. Hice cola para que me firmara el programa y le estreché la mano, eso es todo. Según el sumario del curso, el agente Dupree impartirá nuestro próximo seminario, quiero estar preparada.

Emerson sonrió presuntuoso alzando una ceja.

—¿Sabe algo que yo no sé? —preguntó ella consciente de que él se moría por contarle.

—El agente especial Dupree tiene sus propios métodos; impartir una clase no siempre significa lo mismo que para los demás. Es el jefe de una unidad de actuación, no un instructor. De vez en cuando da una conferencia o publica un artículo por vía interna. Es una excepción que aceptara participar en la formación del grupo de Europol.

—Usted trabaja con él, ¿verdad?

—No exactamente... —Se notó que le costaba admitirlo—. A veces los acompaño en sus salidas. Me encantaría que fuese algo habitual, y no lo descarto, quizá en el futuro... Pertenezco al contingente de apoyo del área de comunicación con la agente Stella Tucker, que a su vez forma parte del equipo de Dupree. Podríamos decir que trabajo para él indirectamente. El área de análisis de conducta comprende muchos ámbitos. Las unidades de actuación están compuestas por agentes de campo criminalistas, pero hay muchos otros aspectos de la investigación que deben hacerse desde aquí, para prestar el apoyo debido a los que están fuera buscando a los malos. —Dijo «los malos» como si hablase con una niña pequeña, y lo acompañó de una de aquellas exageradas sonrisas suyas. Al ver que no obtenía el resultado deseado continuó en tono profesional—: Los investigadores que permanecemos aquí somos comunes a los tres grupos de actuación. Por supuesto soy criminalista y mi especialidad es el análisis de datos. Puede que no parezca tan brillante, pero es de capital importancia durante una investigación.

Como si el mismo dispositivo controlase las dos funciones, la luz de la sala y los murmullos del público descendieron hasta extinguirse mientras un potente foco blanco ganaba intensidad iluminando el solitario atril en el centro del escenario.

El agente Dupree surgió del lado derecho del proscenio y caminó hasta situarse bajo el anillo de luz. Era un hombre delgado y elegante; el cabello oscuro, corto y bien peinado le recordó que ya la primera vez que lo vio pensó en un pasado militar. La palidez de su rostro resaltaba la oscuridad en torno a sus ojos, que le daban cierto aire de insomne innato. Vestía un impecable traje azul marino con camisa blanca y corbata a juego, y tenía el rostro cuidadosamente afeitado. Se detuvo frente al atril y corrigió al milímetro su posición, aunque en ningún momento le vio colocar sobre él papel alguno. Amaia se preguntó si habría dejado antes el discurso preparado sobre el

soporte; ese dato le permitiría hacerse una idea más clara sobre el carácter y la capacidad de previsión del agente. Se prometió comprobar si lo recogía al final.

Según la breve biografía del programa, tenía cuarenta y cuatro años, había nacido en el estado de Luisiana, poseía una amplia formación en derecho, economía, historia del arte, psicología y criminología. Desde hacía un año dirigía uno de los tres grupos de trabajo de campo de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, del que había formado parte durante los cinco años anteriores. Dupree alzó el mentón, adelantó una pierna dejando caer el peso sobre la otra y, permitiendo que los brazos se posicionasen de modo natural a los lados de las caderas, paseó la mirada sobre todos los congregados en el auditorio. Un par de filas más atrás, un asistente arrancó en un aplauso que se extinguió de inmediato. Amaia mantuvo fija la mirada en el escenario, pero oyó el susurro sedoso de los trajes de varios agentes al volverse para reconvenir con sus miradas al incauto. No les gustaban las estridencias; los gritos, los aullidos y los aplausos quedaban para el deporte.

Dupree extendió una mano y golpeó el micrófono produciendo en la sala el estruendo de un trueno. Se inclinó un poco sobre el atril, alzó la mirada y se dirigió a alguien invisible al fondo del auditorio.

—Por favor, ¿podrían iluminar un poco al público? Si no puedo verlos tengo la sensación de estar hablando solo. —Sonrió resignado—. Y tengo esa sensación tan a menudo...

El comentario generó la inmediata simpatía de la sala, que pareció mucho más relajada cuando el nivel de luz aumentó lo suficiente para que el agente Dupree pudiera distinguirlos.

Paseó la mirada sobre los asistentes casi como si buscase a alguien. Cuando llegó hasta Amaia, la fijó en ella un par de segundos y volvió a mirar el atril. Había sido solo un instante. Se estaba diciendo a sí misma que probablemente miraba a alguien que estaba tras ella, cuando reparó en que el agente Emerson la observaba. Él también lo había notado. Dupree se dirigió al público y comenzó a hablar.

—Todos conocen la importancia de establecer un perfil victimológico que nos permita, a través del análisis de la elección de las víctimas evidentes, llegar a nuestro objetivo. Pero hoy les hablaré de la importancia de establecer

registros de posibles víctimas para detectar la presencia de un asesino en serie. Prestaremos atención primero al tipo de víctima que elige, antes incluso de que se manifieste o se sepa de su existencia.

Una especie de suspiro, a medias contenido, sobrevoló la sala. Dupree volvió a dirigir la mirada hacia Amaia. Cuando habló lo hizo dirigiéndole cada palabra.

—Es común suponer que el crimen es el modo en que el asesino purga su propio dolor, ya que a menudo ha sido víctima antes de ser ejecutor. Y entre todas las suposiciones, la más peligrosa es la de que en el fondo todos quieren ser detenidos, todos quieren ser atrapados y sus crímenes no son más que terribles llamadas de atención sobre su propio padecimiento, excluyendo por supuesto las enfermedades mentales.

Amaia oyó a Emerson que susurraba azorado.

—Pero ¿qué demonios...?

El agente especial Dupree hizo una pausa y volvió a dirigirse al resto del auditorio.

—Hipótesis que sustentan que la estridencia y el salvajismo solo van destinados a hacerse notar. Que no pararán, porque han encontrado al fin la forma de ser algo, de ser alguien, de ser importantes, y ese ego a menudo los pierde, pues, en su afán de ser reconocidos, se exponen hasta ser atrapados. Pero cuidado, porque la suposición es el mayor enemigo del investigador, y la evidencia demuestra que no todos los asesinos en serie son compulsivos y desorganizados. De hecho, algunos llegan a ser bastante conscientes de sus «particularidades» y, a menudo, recurren a argucias y trampas con el fin de despistar, mientras realizan un trabajo desde dentro de la mente del investigador que los persigue, manipulando los escenarios o estableciendo rastros falsos que nos induzcan a pensar que lo que tenemos ante nuestros ojos es otra cosa distinta a la realidad. Este tipo de asesino es capaz de ejercer durante años su macabra labor con discreción, ocultando sus huellas o los cadáveres de sus víctimas, haciéndolas pasar por desapariciones, fugas, accidentes o suicidios, y eligiendo para ello a víctimas con perfil de alto riesgo, personas cuya desaparición pueda pasar inadvertida o resulte poco llamativa por circunstancias de exclusión social: drogadictos, prostitutas, vagabundos, personas sin techo, inmigrantes ilegales o en situación irregular. Este depredador selecciona de forma minuciosa a sus víctimas, a sabiendas de que los pertenecientes a estos grupos se trasladan muy a menudo. Es una

peculiaridad de nuestro gran país que complica bastante las investigaciones en Estados Unidos; pero para ustedes, los policías europeos, con la apertura de fronteras entre los países miembros de la Unión, no es muy distinto —dijo dirigiéndose a la parte izquierda de la sala donde se sentaban Amaia y el resto de sus compañeros.

»Este tipo de asesino no tiene ninguna intención de ser atrapado, es capaz de representar el papel de buen ciudadano toda su vida, no tiene afán de notoriedad, ya tiene su lugar en el mundo.

Hizo una pausa y fijó su mirada en la de Amaia mientras decía:

—Su satisfacción y su poder provienen, como en el demonio, de que creamos que no existe. —Sonrió y el público le secundó.

Amaia fingió no darse cuenta de la mirada de refilón del agente Emerson, aunque fue imposible no oír a Gertha, que se inclinó hacia ella y susurró:

—Te lo ha dicho a ti.

Dupree continuó dirigiéndose a la sala.

—El investigador de homicidios está entrenado para detectar elementos discordantes y explorar las habituales líneas de investigación: beneficiarios, celos, sexo, drogas, dinero, herencias, chantajes. Pero con los asesinos en serie las motivaciones escapan a las habituales, pues la gratificación es psicológica. De ahí la importancia de prestar atención al modo en que nuestro sujeto se recompensa para entender qué necesidades satisface. El objetivo de esta charla y de los próximos ejercicios de sus cursos de formación versará sobre la detección de elementos comunes y discordantes en torno a un tipo de víctima, en las características de la desaparición o en la escena de aparición del cuerpo, que puedan llevar a la sospecha de que algo que se presenta como un suicidio o un accidente oculte un asesinato o una serie de ellos. ¿Y cómo estudiaremos a asesinos que aún no hemos sido capaces de atrapar? ¿Cómo crear bases con datos que desconocemos? ¿Cómo establecer el comportamiento de un fantasma, de un cazador furtivo que obtiene su lucro de que no nos enteremos de su existencia? —Hizo una pausa.

—La victimología —susurró Amaia.

—La victimología —continuó Dupree casi a la vez—, la ciencia basada en el estudio del perfil de las víctimas, pero también de las supuestas víctimas, los desaparecidos, los fugados, los que se desvanecen en el aire sin dejar rastro. La victimología en este caso se convierte en una ciencia abstracta, en la que la intuición del investigador será fundamental para

establecer si realmente se trata de una víctima. Para ello se tendrán en cuenta aspectos como el perfil físico, psicológico, posición social, rasgos característicos; aquí entrarían desde deficiencias hasta malformaciones, pasando por particularidades llamativas de su aspecto. Y el tipo de familia a la que pertenecen o, si no tienen familia, sus enfermedades y patologías, sus tratamientos médicos y cualquier información que podamos obtener sobre su comportamiento y personalidad, gustos y afinidades. Sin duda, el trabajo que tiene que realizar el investigador ante la mínima sospecha de que se pueda tratar de una víctima, tengamos su cuerpo o no, es ímprobo, y sabemos que nuestra memoria puede traicionarnos, confundirnos. Por eso es de vital importancia documentar debidamente estos elementos para establecer una base de datos a la que podamos recurrir cuando nuestro cerebro vuelva a hacer clic ante la aparición, o desaparición, de otra posible víctima que presente rasgos comunes que ya tenemos observados.

El agente Dupree accionó un botón en el atril y en la pantalla, a su espalda, apareció el rostro de un hombre joven trajeado y bien parecido, aunque muy delgado. La imagen en blanco y negro parecía tomada de un viejo periódico.

—En los años ochenta, el investigador inglés Noah Scott Sherrington, de Scotland Yard, comenzó a elaborar una base de datos de posibles víctimas basada en el perfil de mujeres huidas, desaparecidas o fugadas de su hogar. Lo más llamativo es que el inspector Scott Sherrington no contaba con ningún cadáver, o resto, que le permitiera suponer que estaban muertas, o indicios que apuntaran a que hubieran sido víctimas de un secuestro o a que su desaparición no fuese voluntaria. Cuando estudien el dossier que les entregarán tras la charla, comprobarán que era una zona costera deprimida por el paro y con un clima horrible.

»La promesa pop de los ochenta en Londres resultaba muy atractiva comparada con un empleo en una conservera, si había suerte; y esto llevaba a muchas jóvenes a huir de sus casas. La llegada periódica de trabajadores especializados que se quedaban poco tiempo hacía que las jovencitas de la zona vieran como una oportunidad un novio que las sacara de allí.

»A Scott Sherrington, desarrollar esa base de datos con los perfiles de las chicas le fue permitiendo establecer lo que podía ser el mapa de actuación de un depredador. Este trabajo le llevó años de seguimiento de esta particular lista de desaparecidas de la que iban cayendo nombres cuando el inspector era

capaz de comprobar que habían vuelto a reaparecer en otro lugar del país. Sin embargo, poco a poco se fue dibujando un mapa y el perfil concreto de víctima se fue afinando hasta ser absolutamente alarmante. El inspector Scott Sherrington es un referente para todos los investigadores del mundo en lo que a victimología se refiere, pues estableció la presencia de un asesino basándose en el perfil de sus probables víctimas. A partir de ese momento inició una investigación en la que entraron elementos que todos conocemos: búsqueda de testigos, reconstrucción de las últimas horas en las que fueron vistas y criba de los perfiles hasta ser capaz de establecer, casi sin margen de error, quiénes de entre todas aquellas chicas, que tenían en común el hecho de querer abandonar sus hogares, se habían fugado o habían sido víctimas de aquel depredador. Las teorías del inspector Scott Sherrington no recibieron en su día el apoyo con el que cuentan hoy.

Dupree hizo una pausa, dirigió la mirada a Amaia, lo que esta vez provocó que algunos agentes se volviesen hacia ella.

—Siguiendo su instinto y como culminación de una impecable investigación, Scott Sherrington redujo sus sospechosos a dos, aunque entonces el inspector lo calificó como «una corazonada» —recalcó Dupree.

—Una corazonada —susurró Amaia, discerniendo la conexión. Apenas seis meses atrás, cuando acababa de ser ascendida a subinspectora de la Policía Foral, heredó el caso de la desaparición de una joven enfermera que acababa de incorporarse a un hospital para hacer sus prácticas. Los anteriores responsables del caso ya habían investigado a su círculo más cercano y estaban a punto de archivarlo como desaparición voluntaria, pero su madre no dejaba de presentarse en comisaría y comenzó a hacer ruido en los medios con desconsoladas apariciones en la prensa y la televisión. El caso no fue ningún regalo, sino más bien algo que se quitaron de encima, pero ella lo recibió con entusiasmo. Repasó cada dato de la investigación y se centró de inmediato en un médico del hospital. Durante la investigación inicial ni siquiera había sido considerado sospechoso, aunque se le tomó declaración como testigo, pues varios compañeros de la chica recordaban haberle visto hablando con ella. Fue descartado en un primer momento porque no se pudo establecer relación, pero, sobre todo, por su conducta intachable. Un prometedor cirujano, heredero de la tradición médica familiar, de una de las más reputadas familias pamplonesas. Recordaba las palabras de su comisario cuando le planteó sus dudas: «Conozco a esa familia. Algo así está para ellos completamente fuera

de lugar». Acompañó las palabras con un gesto grave y respetuoso, que descartaba el argumento por ridículo. Amaia no volvió a mencionar sus sospechas, pero, tras seguir al prometedor cirujano durante semanas, incluso en su tiempo libre, dio con el lugar donde tenía retenida a la joven a la que había sometido como esclava sexual. Ella no era la primera. Su detención permitió esclarecer la desaparición de, al menos, otras dos mujeres. Cuando tuvo que explicar en su informe qué le había llevado a centrar sus sospechas sobre el coleccionista, no había podido concretar más allá de decir que había sido una corazonada.

Dupree continuó dirigiéndose a la audiencia.

—La de Scott Sherrington era una fuerte corazonada. Durante semanas alternó la vigilancia a los dos tipos en los que había centrado sus sospechas. Una noche, en medio de una colosal tormenta, mientras regresaba a su casa tras vigilar a uno de los hombres, su coche se cruzó en un semáforo con el del otro sospechoso, y decidió seguirle sin saber que acababa de dar con su hombre y que aquella noche sería testigo del modo en que se deshacía de sus víctimas. Qué hacía con los cuerpos después de matarlas era lo único que el inspector Scott Sherrington no había sido capaz de establecer, aunque el repaso posterior de sus notas nos sorprende con la brillantez de sus deducciones. Desgraciadamente, como he dicho, nadie estaba prestando ayuda ni oídos al inspector Scott Sherrington. El área de acción donde el asesino hacía desaparecer los cadáveres era amplísima, la analogía del paisaje multiplicaba las dificultades a la hora de averiguar dónde las escondía, y habría sido casi imposible hallar los cuerpos. Solo, en mitad de la noche, en un territorio hostil y durante el transcurso de una tormenta, el inspector intentó detener al depredador mientras este se deshacía del cadáver de su última víctima, una chica que encajaba en el perfil que Scott Sherrington había delineado. La sorpresa al entender que había dado con el monstruo, la superioridad física del asesino y una cardiopatía que no había sido detectada en el corazón del inspector le provocaron un infarto mientras peleaba con él. Scott Sherrington fue hallado a la mañana siguiente por unos cazadores de la zona, que lo trasladaron al hospital. Consiguieron salvarle la vida tras una arriesgada operación de corazón. Cuando el inspector Scott Sherrington volvió a estar consciente, el asesino había huido. Aun así, sus investigaciones fueron suficientes para establecer la carrera criminal del individuo y localizar los cadáveres de nueve de sus víctimas. La base de datos que creó Scott

Sherrington aún sirve como referencia y lección magistral de cómo aplicar la victimología, tanto si el crimen es evidente o, por distintas circunstancias creadas por el asesino, nos lo ha presentado haciéndolo parecer un suicidio o un accidente. El inspector tuvo que causar baja definitiva por su grave enfermedad cardíaca.

Dupree recorrió con la mirada toda la sala.

—Agentes, cadetes de la academia, gracias a todos por su atención. Miembros de las policías invitadas, sus agentes de apoyo les facilitarán un dossier completo de las investigaciones del inspector Scott Sherrington y de las bases establecidas sobre victimología tanto en perfiles de comportamiento como geográficos. Estúdienlas, constituirán el tema del próximo seminario. La conferencia ha terminado.

El agente especial Dupree abandonó el escenario por el mismo lugar por el que había accedido a él. El auditorio quedó en silencio un instante hasta que el escaso nivel de luz que Dupree había exigido para ver a los asistentes aumentó haciéndoles entrecerrar los ojos.

Amaia se puso en pie, pero permaneció quieta mirando al escenario y al lugar por el que Dupree había desaparecido, casi huérfana de aquella atención inexplicable que la había dejado inquieta y extrañamente halagada. Se dio cuenta entonces de que no había reparado en si Dupree llevaba o no algún documento en las manos.

La investigadora alemana le palmeó el hombro mientras decía:

—¡A eso lo llamo yo captar la atención!

Pensativa, oyó también a Emerson.

—¡Vaya, subinspectora Salazar!, parece que ha impresionado al jefe. — Su tono delataba una nota de insana rivalidad.

Amaia volvió la mirada hacia Emerson como si saliera de un trance y lo observó. Algo en él había cambiado. Correcto en todo momento, había cumplido con creces sus funciones; cuando se lo asignaron como agente de apoyo el día que llegó, estuvo segura de percibir cierto fastidio, que achacó al hecho de que entre una mayoría de policías varones le hubiera tocado una mujer. Aunque pareció compensarle que ella fuera la que estaba obteniendo las mayores puntuaciones en todas las áreas, lo que fue suficiente para hacerle recobrar el buen humor, y eso a Amaia la llevó a pensar que solo era uno de

esos tipos muy competitivos a los que no les gusta perder en nada. En un par de ocasiones había notado cómo intentaba cautivarla combinando su sonrisa, blanqueada en exceso, con intensas miradas directas a los ojos. Pero ahora en su boca había un rictus recto, como el corte de un bisturí. Los pulmones llenos de aire, la mandíbula ligeramente alta. Un gallito. Amaia elevó la mano, le tocó levemente en el hombro y lo apartó de su camino. Lo rebasó dejándolo desconcertado y agraviado, como si en lugar de su dedo índice hubiese utilizado el cañón de un arma. Sorteando a los agentes que se habían detenido a charlar entre las filas de asientos, salió del auditorio buscando la puerta lateral del escenario.

A su espalda pudo oír a Emerson, que le decía:

—Salazar, ¡no puede irse ahora! El seminario empieza dentro de quince minutos en la sala tres y está al otro lado del edificio, tenemos el tiempo justo para llegar.

Emerson la alcanzó en el momento en que la puerta que llevaba al escenario se abría. Dupree salió acompañado de una agente. Un grupo de hombres que esperaba en el pasillo lo rodeó con saludos y cumplidos, al mismo tiempo que avanzaban hacia el fondo del corredor.

Amaia alzó una mano llamando su atención.

—Agente Dupree, por favor.

Dupree se volvió, la miró con indiferencia, inclinó la cabeza y saludó a Emerson, que se había colocado justo tras ella.

—Agente Emerson —dijo y, volviéndose, continuó su avance por el pasillo rodeado de sus colegas.

Amaia se quedó helada mirando cómo se alejaba. Y no le importó que Emerson oyese que decía:

—¡Maldito cabrón petulante!

Designio del viento

Academia del FBI, Quantico, Virginia

Ya habían apagado las luces cuando llegaron al aula. El agente Emerson se detuvo junto a la puerta y, sin despedirse, regresó por el pasillo por el que habían venido. Una tormenta parecía haber estallado en el interior de la sala. En la pantalla del fondo se proyectaba un vídeo, en el que se veía cómo la lluvia y el viento dejaban a su paso tejados que salían volando por los aires, líneas eléctricas por los suelos y olas que pugnaban por salir del mar. Encogiéndose cuanto pudo, para tratar de pasar desapercibida, Amaia entró en la sala y buscó en la penumbra un lugar donde sentarse cuanto antes. Al vídeo le siguió otro, y a este una serie de fotografías de desastres naturales, ciclones, tifones, huracanes. Algunas estaban tomadas desde el aire, y en todos los casos parecían proceder de las noticias o de las portadas de distintos periódicos.

—Desastres naturales —dijo una mujer al fondo de la sala.

Amaia reconoció la voz algo nasal de la agente Tucker. Y aunque no podía verla, su imagen regresó a su mente con toda claridad. Tucker era una afroamericana que rondaba los cincuenta, de rostro extraordinariamente bello. Llevaba el pelo tan corto como un marine, quizá para contrarrestar la exuberancia de su cuerpo, que la hacía parecer más baja de lo que en realidad era. Ella sí que pertenecía al grupo de campo del agente Dupree. Era la responsable de comunicación con los medios, las familias y las víctimas, y la agente de más antigüedad después del propio Dupree. Tres días atrás había impartido un seminario sobre crímenes en la red y, al escuchar de nuevo su voz, pensó que a eso era a lo que debía de referirse Emerson cuando le dijo que Dupree tenía su propia manera de hacer las cosas. Era evidente que el superagente no tenía previsto aparecer por allí. Suspiró obligándose a prestar atención a la agente Tucker, que seguía hablando, invisible en la oscuridad.

—Dejan docenas de víctimas, cadáveres que presentan múltiples lesiones, y hay un protocolo de actuación tras su paso destinado a rescatar cuanto antes a los supervivientes y a evitar la propagación de enfermedades por la descomposición de los cuerpos. Esto incita a todos los implicados en los rescates y en la investigación a ser tan rápidos como puedan. Escenarios en los que todo es puro caos, en lugares donde es fácil para un investigador dejarse arrastrar por la confusión y no reparar en los signos indicadores de un crimen. Cadáveres molidos, colgados de los árboles o parcialmente eviscerados, tan arañados y maltrechos que en la mayoría de los casos la furia de los elementos les ha arrancado por completo la ropa.

»Encima de sus mesas hay un dossier sobre el que tratará el próximo ejercicio. Dentro están todos los detalles, que les resumiré someramente, ya que lo tienen todo ahí. Esta primavera, durante uno de los meses de marzo más cálidos que se recuerdan, la formación de tornados y tormentas de gran potencia castigó con fuerza muchas zonas de nuestro país. Una de estas grandes tormentas se abatió sobre una pequeña localidad, cerca de Killeen, Texas, causando numerosos daños en el ganado y los campos, y muchas pérdidas humanas, entre ellas las de la familia Mason. Una familia entera: padre, madre, tres hijos adolescentes y la anciana abuela que vivía con ellos.

En la pantalla, las fotos del antes y después de una típica granja texana y de una sonriente familia posando en el porche. Las fotos del desastre eran de mala calidad, tomadas sin duda por un ayudante sin demasiada experiencia. No se habían colocado marcadores ni referencias. Las heridas no se habían fotografiado suficientemente cerca y las que lo estaban aparecían desenfocadas. Había un par de planos generales pasables. Los cadáveres se hallaban muy próximos unos de otros, lo que hacía suponer que, en el momento en que el tejado y parte de la pared se vinieron abajo, estaban juntos. Amaia casi pudo imaginarlos abrazándose, intentando infundirse valor para defenderse del miedo. Sobre ellos, cascotes, astillas y un par de pesados muebles típicos de granja.

Tucker continuó.

—La prisa habitual por enterrarlos que marca el protocolo en caso de desastre natural y el hecho de que, de entrada, la causa de las muertes no levantaba sospechas, llevó a hacer un rápido certificado de defunción que evitó la autopsia. Apenas un mes después, el aire frío empujado por los vientos desde Canadá y las bolsas de aire caliente del golfo de México

provocaron la formación de varias tormentas del tipo supercelda, características por su capacidad para generar numerosos tornados. La supercelda explotó con toda su fuerza en el corredor de Oklahoma, y uno de esos tornados arrasó la granja de la familia Jones, a las afueras de Brooksville. —De nuevo en la pantalla, una preciosa granja, esta vez tomada desde el aire. Seguida de una foto en la que todo eran astillas y desolación—. Los Jones fueron hallados muertos en el interior de su rancho. El padre, su anciana madre, que vivía con ellos, la esposa y los tres hijos, todos de sexo y edades similares a los de la familia Mason.

En la pantalla, las fotos generales de ambos escenarios podrían haberse superpuesto, la coincidencia era asombrosa: los cuerpos muy cerca unos de otros, polvo, cascotes y algunos muebles derribados sobre ellos. Aunque Amaia no disponía de las coordenadas de la ubicación de ambas granjas, de entrada se diría que estaban en idéntica posición. Tomó nota mental de ello.

La agente Tucker hizo una pausa mientras escuchaba satisfecha el murmullo que se extendía entre los agentes de las policías europeas. En esta ocasión las imágenes eran muy buenas; hasta para un ojo inexperto, era evidente la mano profesional de un fotógrafo forense tras la cámara.

—De haberse procedido como en el caso anterior —continuó la agente Tucker—, habría sido fácil que de nuevo estas muertes hubieran pasado inadvertidas para los investigadores. Todos los miembros de la familia estaban reunidos en lo que había sido el salón, no presentaban demasiadas lesiones por el cuerpo, pero sí tremendos impactos en la cabeza que se correspondían sin duda con vigas, maderos y muebles que se habían precipitado sobre ellos.

El agente francés de la antigua Sûreté que se sentaba junto a Amaia interrumpió:

—Los escenarios son muy similares. Si reconocen que el primero no despertó sospechas a las autoridades locales o estatales, y viendo las fotografías, asumo que el primero no lo dirigió el FBI, ¿qué les llevó a hacer un tratamiento distinto de este caso?

La agente Tucker esperó unos segundos hasta estar segura de tener toda la atención del grupo.

—Un testigo —dijo en un susurro que sin embargo resultó audible desde el fondo oscuro del aula.

Amaia sonrió. Sin duda, aquella mujer manejaba perfectamente la técnica

para captar atención e interés.

—Un chico de once años que era amigo del hijo de los dueños de la granja —explicó la agente recuperando su tono habitual—; a pesar de las alertas meteorológicas y de que sus padres le habían prohibido salir de casa, se escabulló para ir a ver a su amigo. La tormenta arreció con toda su fuerza antes de que pudiera llegar al refugio, así que se guareció en el gallinero. El chico no sufrió heridas graves, pero permaneció comprimido durante horas por un gran tablero que le salvó la vida, pues evitó que lo matara una viga que cayó después. La presión sobre el pecho le impedía gritar. Dijo que tras el paso de la tormenta oyó a los miembros de la familia salir del refugio bajo el granero. Aunque desde donde él estaba no podía verlos, asegura que reconoció varias voces. Entonces vio a un hombre venir por la pradera y acercarse a la casa, y después de un rato oyó disparos, gritos y más disparos hasta que las voces cesaron. Aterrorizado, notó como si alguien revolviese los escombros; los ruidos se extinguieron y entonces pudo verlo de nuevo. Lo describió como un hombre alto, delgado, que caminaba como si todavía fuera joven y portaba un maletín y una insignia en la solapa. Narró que cuando este salió de nuevo a la pradera frente a la casa, posó el maletín en el suelo, se irguió frente a los restos de la granja, levantó ambos brazos y, en absoluto silencio, comenzó a moverlos lenta y acompasadamente como si dirigiese a una gran orquesta. «El compositor», es así como lo llamó el testigo, y el nombre con el que se refiere a él la unidad que lo investiga.

Todos los policías permanecieron en silencio, pero casi fue perceptible el crujido de sus músculos tensándose bajo la piel como los de un sabueso que ha olfateado una presa.

Amaia se volvió para mirar a la agente Tucker. En la oscuridad apenas podía distinguir su rostro, pero percibió que asentía satisfecha por el efecto de sus palabras.

—Contra todo pronóstico el asesino no se llevó el arma, la hallamos cerca de los cuerpos. Un revólver Smith and Wesson 617 del calibre veintidós que resultó pertenecer al padre. La autopsia reveló que, bajo los impactos en la cabeza, supuestamente de cascotes y maderos, de todos los miembros de la familia, se escondían disparos de bala que habían sido realizados con esa pistola y que fueron la causa de las muertes. Como el muchacho había declarado, encontramos indicios suficientes para probar que la familia había pasado la tormenta en el refugio bajo el granero, que todos habían muerto

como consecuencia de los disparos en la cabeza y que el escenario ruinoso de la casa había sido preparado para simular que la familia había perecido como consecuencia de las heridas causadas por los cascotes de su propia granja al venirse abajo. La escena trajo a la memoria de un miembro de nuestra unidad la foto de portada de un periódico de un mes atrás. La de la familia Mason, muerta en Texas tras el paso de una gran tormenta, y sus cadáveres medio sepultados entre los restos de su granja. Recordarán que fueron enterrados sin practicarles la autopsia. Interrogamos al *sheriff* que había llevado el caso. También se había hallado un arma cerca de los cuerpos, un calibre veintidós de nuevo, que resultó ser del padre, y en el momento no se le concedió ninguna importancia. Obtuvimos los permisos de exhumación y se les realizó un examen que reveló que bajo los golpes en la cabeza se escondían impactos de bala, que, al igual que en el otro caso, se correspondían con la pistola del padre hallada en el escenario.

En la pantalla se iban sucediendo primeros planos de traumatismos y excoriaciones tomados durante la autopsia.

Tucker abandonó el lugar que había ocupado al final del aula y, acercándose a la entrada, accionó la luz de la sala. La visión de los cadáveres en la pantalla se diluyó hasta casi desaparecer mientras los policías parpadeaban intentando acostumar los ojos a la intensidad de la luz. Continuó hablando:

—El violento ímpetu desatado por vientos a más de ciento cincuenta y cinco millas por hora convierte cualquier astilla en un proyectil mortal. El asesino sin duda conocía esta información. En dos de los casos había aplastado los orificios de entrada de bala con cascotes de piedra, pero en los demás había usado trozos de madera para literalmente empalar sus cabezas.

Tucker hizo una pausa teatral y paseó su mirada sobre ellos. Amaia supo que habría una revelación para la que esperaba reacción: así era la agente Tucker.

—Todas las heridas causadas por los escombros las recibieron post mórtem. El asesino manipuló el escenario para invertir el orden en el que ocurrieron los hechos.

Amaia, que se había sentado a una de las mesas más cercanas a la puerta, tenía muy cerca a la agente Tucker. Vio dibujarse en su boca un atisbo de sonrisa mientras escuchaba el rumor que de nuevo se había extendido entre los

policías, que incluso se habían vuelto para hablar con sus compañeros mientras comenzaban a hacer cábalas. Al posar su mirada sobre ella, y percatarse de que era observada, la sonrisa de la agente Tucker se extinguió.

Tucker señaló el legajo sobre la mesa de Amaia.

—En la carpeta que está sobre sus mesas tienen los datos de los que disponemos; información recabada entre sus vecinos, la declaración del testigo, las fotografías de los escenarios, las breves biografías de los miembros de ambas familias y, con el fin de que no den palos de ciego, todos los pasos que se han dado hasta ahora; los intentos de hallar un nexo común entre los dos escenarios, o las dos familias, sin que hasta el momento se hayan obtenido resultados más allá de las similitudes de sexo, edad y número de componentes familiares, que ya les he comentado. Se trata de un caso abierto en el que en la actualidad trabaja el FBI. El informe al que tienen acceso es confidencial. No se ha revelado nada a la prensa. Creemos que la intención de este sujeto es pasar inadvertido y que es de los que no desean notoriedad, parece que su propósito queda satisfecho al realizar su cometido. Él no tiene necesidad de publicidad y nosotros tampoco. Nuestra mejor baza es que siga pensando que no sabemos que existe.

Gertha negó y dijo en voz alta:

—¿No es mezquino esperar a que vuelva a actuar y no informar antes a la prensa, solo para estar seguros de que no se detendrá?

—No creemos que vaya a detenerse, pero hacerlo público podría llevarlo a variar su modus operandi, y dada la amplísima área de acción por donde se mueve el asesino esto haría prácticamente imposible su captura. Nuestra única oportunidad consiste en adelantarnos a él. Para completar este ejercicio contarán con la colaboración de su agente de apoyo, que en ningún caso contribuirá con sugerencias u opiniones a sus conclusiones. Les facilitará el acceso a través de su propio equipo informático a cualquier dato que obre en nuestro poder. Realizarán tres perfiles: uno de conducta, otro geográfico y un tercero victimológico. Deberán entregar sus conclusiones mañana antes de las doce.

Barbagallo, el inspector italiano de los Carabinieri, levantó el dossier por encima de su cabeza.

—Disculpe, agente Tucker, que conste que no es una queja por su desempeño, pero según el programa el agente especial Dupree impartiría esta clase...

Amaia sonrió y comenzó a negar con la cabeza en silencio mientras pensaba en el gesto de Dupree evitándola aposta mientras se volvía hacia el pasillo.

La agente Tucker, que ya había llegado a la puerta, se detuvo con la mano en el picaporte y casi paladeó las palabras mientras decía:

—Y lo ha hecho, ¿qué creen que era esa conferencia?

Funeraria Ward

Cape May, Nueva Jersey

El cadáver tenía un aspecto lamentable. Mary Ward pellizcó con dos dedos sin enguantar la piel de la mejilla. La primera capa se desprendió dejando en el pómulo un desconchón similar a una quemadura solar. Palpó la epidermis entre sus dedos. La consistencia era gomosa, como restos de cola de empapelar. Suspiró. Los cadáveres que habían estado congelados siempre eran los peores, y aquel no iba a ser una excepción. Se limpió los restos con un algodón humedecido y se agachó para comprobar el nivel del depósito del deshumidificador que había dejado funcionando toda la noche junto a la mesa. Lo vació en el fregadero y decidió que, a pesar del molesto ruido, lo dejaría puesto mientras adecentaba a la pobre señora Miller. Aplicó primero una gruesa capa de polvos desecantes, que dejó actuar mientras se encargaba del pelo. Observó con verdadera lástima la abundante melena castaña que la difunta lucía en la foto que le habían entregado como modelo. Sonreía a la cámara abrazada a uno de sus hijos, «seguramente el mayor», pensó Mary. Lo recordaba; había muerto junto a su marido, su suegra y sus tres hijos, seis meses atrás, durante la gran tormenta.

Siguiendo el protocolo, la familia había sido sepultada a las pocas horas, pero la madre de la señora Miller, que vivía en España, sufrió un infarto al conocer la noticia y movilizó cielo y tierra para que su hija no fuese enterrada hasta que la hubiera visto. Ahora le daban un cadáver que había estado congelado seis meses y una foto, y pretendían que hiciera milagros. Retiró los restos de polvos con un secador de pelo y, tras probar con distintos pigmentos, removi6 en un bol una mezcla untuosa de color carne que comenzó a extender con ayuda de una paletina por el rostro de la señora Miller. Sonrió satisfecha mientras repartía la mezcla con ayuda de una esponja y de una brocha no muy

diferente de las que cualquier mujer habría usado para maquillarse. Valiéndose de los dedos moldeó los pómulos y las mejillas. Al extender la mezcla por la mandíbula notó un pequeño bulto. Sin duda, una pieza dental rota. Ocurría a menudo. Suspiró fastidiada dejando el bol y los pinceles sobre la mesa. Usando un fórceps y una linterna inspeccionó la cavidad bucal y comprobó sorprendida que todo parecía estar en orden. Volvió a palpar la mandíbula dibujando el arco inferior. Había algo allí, podía notarlo como un fragmento suelto entre sus dedos. Empujó el pequeño objeto por la línea del maxilar inferior aprisionándolo contra las piezas dentales traseras. Tenía que tener cuidado si no quería que aquello, lo que fuera, terminase yendo a parar a la garganta de la señora Miller. Con suma atención, introdujo las pinzas y las guio sobre las piezas dentales hasta hallar el lugar. Empujó el objeto con sus dedos hasta estar segura de tenerlo bien sujeto. Y tiró de las pinzas poniéndolo bajo la luz. No era la primera vez que Mary Ward veía una bala, pero por Dios que jamás hubiera pensado hallar una en la boca de la señora Miller.

Insolente

Academia del FBI, Quantico, Virginia
Jueves, 25 de agosto de 2005

Amaia caminaba por los pasillos del FBI observando la espalda del agente Emerson. Tras intercambiar unas breves palabras, solo le había indicado que le siguiera. Ya sabía que no le proporcionaría ninguna información. Había evitado mirarla e iba un metro por delante. Las relaciones entre ambos parecían irremediabilmente dañadas desde el día anterior, así que renunció a preguntar y se concentró en memorizar el intrincado recorrido, sospechando que quizá su guía daba innecesarias vueltas a propósito solo con el fin de confundirla. Estaba casi convencida cuando alcanzaron el final de un estrecho corredor y bajaron en un ascensor hasta el primer sótano. Las puertas se abrieron ante una gran sala dividida por paneles bajos, por la que se repartían numerosas mesas y agentes trabajando. Se detuvieron delante de una de las muchas puertas que daban a la estancia e, indicándole dos estrechas sillas junto a la pared, le ordenó que esperara. Emerson tocó levemente con los nudillos en la puerta y entró en el interior dejándola allí. En cuanto estuvo sola, Amaia advirtió cómo los ocupantes de varias de las mesas se volvían a mirarla con interés y no se le escapó cómo la mirada de uno de ellos se desviaba hasta un punto sobre su cabeza. Alzó la vista y vio la parpadeante luz roja de la cámara. Tomó aire y suspiró hondo. La estaban observando.

El agente Emerson entró en el despacho, saludó a los presentes y ocupó un discreto lugar junto a la pared. Daba por hecho la presencia de Dupree, la agente Tucker y el agente Johnson, pero le sorprendió la asistencia de los otros dos hombres que, junto a Dupree, y a través de una pantalla en el interior del

despacho, observaban a la mujer que esperaba fuera. La subinspectora Amaia Salazar era una joven de aspecto pulcro, el pelo largo y rubio recogido en una coleta, los pendientes pequeños, los zapatos limpios, la insignia bien visible, la espalda recta y la cabeza alta. A Dupree no se le escapó su rápida mirada a la cámara. Sabía que estaba siendo observada y eso no parecía incomodarla. Su gesto era la constatación de auténtica y legítima suficiencia.

El agente Johnson, de pie a un lado de la mesa, abrió una carpeta y comenzó a leer. Su voz era grave y su tono calmado e instructivo, como el de un catedrático, aunque su aspecto recordaba más al de un buen doctor victoriano, a lo que sin duda contribuía el bigote y la barba, bien recortados y prematuramente canos. No había puesto sobre su cuerpo un solo gramo de grasa desde el día en que ingresó en la academia treinta años atrás, puede que incluso pesara un poco menos. Todavía se jactaba de poder ponerse los mismos trajes, y algunos juraban que lo hacía, a la vista de cómo colgaban desaliñados de la percha que era su cuerpo.

—Amaia Salazar, veinticinco años, estudió en la Universidad Católica de Loyola en Boston: Derecho y Ciencias Sociales y del Comportamiento, se especializó en comunicación no verbal científica y criminología, y fue la primera de su promoción. Completó sus estudios universitarios cuando regresó a su país, antes de ingresar en la policía.

Uno de los hombres que acompañaba a Dupree frente a la pantalla asintió sin dar muestras de estar demasiado impresionado. Jim Wilson era el actual director del Centro Nacional de Información Criminal y uno de los precursores de su formación. Sus registros contenían información no solamente de asesinatos, violaciones y robos con violencia, también de violadores de la libertad condicional, pandilleros, terroristas, personas desaparecidas, identidades robadas... Había logrado que agencias de todo el mundo contribuyeran a su base de datos con antecedentes penales de miles de delincuentes, y contaba con cerca de quince millones de registros. El otro hombre era Michael Verdon, el director del área de investigación criminal. Era sabido por todo el mundo que Wilson y él eran viejos amigos. Ambos rondaban los sesenta años, pertenecían a la misma promoción de ingreso en el FBI y parecían pasar apuros para colocar sus escasos cabellos sobre un cráneo cada vez más brillante. Los parecidos terminaban ahí. Michael Verdon presentaba un aspecto atlético, con un bronceado curtido, como de marino, y se le veía capaz de pasar sin problemas las pruebas físicas de acceso como

cualquier cadete. Wilson era uno de esos hombres que podría pasar por alguien que estaba en forma si se lo miraba desde atrás. Por delante, una oronda barriga, no menor que la de un embarazo de seis meses, no dejaba lugar a dudas. Juntos, Wilson y Verdon, habían sido artífices del Índice descriptivo latente de identificación, un programa pionero en los ochenta que permitía comparar las características de un crimen con las tendencias de asesinos estudiados y ya en el sistema. El programa detectaba analogías coincidentes y sugería sospechosos. En aquel tiempo solo era capaz de cotejar huellas si el sujeto había estado en prisión, o si aún lo estaba, y guardaba además una lista de sus compañeros de celda y posibles colaboradores. En comparación con la tecnología actual, el Índice descriptivo latente de identificación era prehistoria, pero había sentado los fundamentos de las bases de datos que hoy en día se utilizaban en todo el mundo. Wilson ojeó su propia copia del informe de Amaia Salazar y estuvo de acuerdo cuando Michael Verdon formuló la pregunta que flotaba en el aire.

—¿Por qué no la reclutamos cuando estudiaba? Loyola nos ha proporcionado algunos de nuestros mejores agentes.

Johnson asintió.

—Sí, el jefe le echó el ojo —dijo apuntando con su barbilla a Dupree, que seguía observando con atención a la mujer de la pantalla— y se intentó. Todo encajaba: sin antecedentes, estudiaba aquí desde los doce años, siempre en excelentes internados. Mantuvo un par de romances sin importancia con compañeros norteamericanos no conflictivos. Las relaciones terminaron sin estridencias. Nada de drogas, nada de armas, nada de escándalos. Recibimos una recomendación especial del rector de la Universidad de Loyola. Salazar presentó un brillante trabajo de fin de carrera sobre... —Johnson buscó en el informe el título completo—. Aquí está, «Comunicación no verbal científica aplicada a menores en riesgo de exclusión», pero cuando la abordamos manifestó su intención de regresar a Europa.

—A España —apuntó Dupree, que hasta ese instante había permanecido en silencio.

—Sí, en el norte, en Pamplona —explicó Johnson—. A pesar de que cuerpos más importantes como la Policía Nacional o la Guardia Civil la habrían admitido sin problemas, ingresó en un pequeño cuerpo de policía, la Policía Foral de Navarra.

—Y ahora la tenemos de nuevo aquí —dijo Verdon pensativo y sin

dirigirse a nadie en particular, mientras abandonaba su lugar junto a Dupree para ir a sentarse en una de las sillas de confidente que había junto a la puerta.

—Bueno. —Sonrió Johnson—. Lo cierto es que nunca le perdimos el rastro: como era de esperar, solo por su formación ascendió a toda pastilla: es subinspectora, fue la más joven de su país, y ya deberían haberla ascendido, tiene una carrera impecable y...

—Y no saben qué hacer con ella —dijo la agente Tucker arrojando con desgana su copia del informe sobre la mesa—. No hay buena obra que quede sin castigo, sobre todo si es la obra de una mujer —añadió negando con fingida resignación.

Johnson alzó una ceja. Tucker no perdía ocasión de dejar patente su posición combativa frente al sexismo. Johnson suponía que, como todos, Tucker se había llevado su ración de ultrajes, por ser mujer, por ser afroamericana... Pero le constaba también que era una escaladora profesional que ambicionaba el puesto de Dupree y que, en su avance a la cumbre, había decapitado a hombres y mujeres. En los últimos dos años se había cargado a los tres criminólogos que le fueron asignados como analistas de apoyo, un hombre y dos mujeres. Si soportaba a Emerson a su lado era solo porque era un lameculos profesional, a quien había que reconocer el talento de saber arrimarse al buen árbol.

Emerson se encogió de hombros.

—De cualquier manera, el índice de criminalidad en esa zona es bajísimo; no creo que haya visto un cadáver en este tiempo más allá de suicidios y violencia machista. Es probable que se haya oxidado un poco.

Dupree le miró casi sorprendido por su presencia allí. Por su gesto, Emerson supo que su comentario no le había hecho ninguna gracia. Pero fue Tucker quien replicó.

—Se equivoca. Ella solita cazó a un coleccionista, la peor y más escurridiza clase de depredadores. Liberó a la última mujer que había raptado y probó que había retenido al menos a dos más, antes de asesinarlas.

Emerson tensó todos los músculos de su mandíbula como si masticase sus propios dientes.

Verdon lanzó la pregunta al aire:

—¿Por qué una policía con su formación querría volver allí? ¿A qué volvió a España?

—A esperar —dijo Dupree.

—¿Pero a esperar qué?

Dupree prefirió no contestar. Sonrió ligeramente y bajó la mirada sin dejar de observar a la joven en la pantalla.

Johnson retomó la palabra.

—Cuando cursamos las invitaciones para los policías europeos, siempre dejamos a elección del mando superior a quién va a enviarnos. En el caso de la subinspectora Salazar era una invitación nominal. —Johnson sonrió—. En cuanto les llegó, la empaquetaron y nos la enviaron en correo urgente.

—Su ignorancia es nuestra suerte —añadió Dupree.

El director Wilson, que había seguido la conversación en silencio, se desplazó hasta la puerta lateral que daba al despacho contiguo. Con la mano en el picaporte se volvió a mirar a Dupree.

—Ya sabes lo que opino. Ya nos ha rechazado una vez, y la brillantez no justifica la insolencia. Si es capaz de argumentar eso... —dijo apuntando con su pálido dedo a los coloridos marcadores que sobresalían de una carpeta sobre la mesa—. Si como opinas se trata de genialidad, y no de arrogancia, tendrás mi apoyo para cualquier decisión que tomes.

—Gracias, Jim, te lo agradezco —respondió Dupree.

—Ya me lo agradecerás si tiene una explicación coherente. Seguiré la entrevista desde mi despacho.

Dupree asintió y esperó a que Wilson hubiera cerrado la puerta.

—Johnson, hágala pasar.

Sentada en una solitaria silla de confidente frente al agente Dupree, alcanzaba a adivinar la presencia de Johnson y Tucker a su izquierda, y la de Emerson a su derecha. Solo el hombre sentado junto a la puerta, del que desconocía el nombre, y a quien no le presentaron, quedaba fuera de su campo de visión. Dupree no le dio la mano, no la saludó en modo alguno. Permaneció hojeando un informe que tenía sobre la mesa, y que ella reconoció inmediatamente por sus distintivos *post-it* de colores.

Dupree comenzó a hablar tan de improviso que su voz la sobresaltó.

—Ayer la agente Tucker les entregó los datos para la realización de un ejercicio con un caso real. Consistía en hacer tres perfiles: uno de comportamiento, otro geográfico y un tercero victimológico.

Dupree señaló un reloj a su espalda que marcaba las nueve y cuarenta y cinco minutos.

—Y a pesar de que su agente instructor les dio de plazo hasta las doce de hoy, usted fue la primera en entregarlo, tan solo tres horas después. —Alzó ante sus ojos el informe—. Podría constituir todo un récord, de no ser por el hecho de que nos devuelve el mismo dossier que le entregamos con poco más de media docena de *post-it* de colores y un número igual de escuetas notas.

—Señor... —comenzó Amaia.

Dupree alzó una mano interrumpiéndola.

—Su primera nota dice: «faltan datos del tercer caso». —Dupree la miró inquisitivo—. Dígame, subinspectora Salazar, ¿qué le hace pensar que hay un tercer caso?

Ella tragó saliva antes de hablar.

—Fue un comentario de la agente Tucker mientras hacía la exposición.

Dupree levantó una ceja, interrogativo. Amaia percibió cómo la agente Tucker se erguía al escuchar su nombre.

—En un momento de la presentación —expuso Amaia—, la agente Tucker dijo: «dada la amplísima área de acción por donde se mueve el asesino». Señor, puede que para un griego o un italiano las cuatro horas de coche que separan Texas de Oklahoma sean una gran distancia, pero no lo son para un estadounidense. La afirmación de la agente Tucker me hizo pensar que probablemente había otro caso del que no nos habían dado los datos.

—Pero su instructora les dijo que tenían todos los datos de los que disponíamos... —insistió Dupree.

—Es de sentido común que no exhiban todos los pormenores de un caso abierto solo para poder realizar un ejercicio práctico —razonó Amaia.

La agente Tucker se adelantó un paso para que pudiera verle bien la cara.

—Si se parte de la premisa de que no existen más datos, los que les facilitamos eran suficientes para completar el ejercicio.

Dupree captó el leve gesto de escepticismo que se había dibujado en el rostro de Amaia mientras escuchaba las palabras de Tucker.

—Pero usted no parte de esa premisa... —la animó a seguir Dupree.

—Parto de la premisa de que todo apunta a que pueda haber, al menos, otro caso.

Dupree se inclinó hacia atrás en su sillón y durante unos segundos, que a ella se le hicieron eternos, miró fijamente a Amaia antes de empezar a hablar.

—Es cierto que la declaración del chico que quedó atrapado bajo el gallinero de los Jones fue el principio. Para él, un compositor y un director de orquesta no deben ofrecer demasiadas diferencias, pero nos dio una pauta de ritual, que nos llevó a sospechar que quizá aquella no era la primera vez que asesinaba. Obtuvimos la autorización para exhumar y realizar la autopsia a los Mason, que habían muerto en su granja un mes antes y que un agente recordó por el extraordinario parecido de los escenarios. Hicimos entonces un descubrimiento, algo que no les revelamos para el ejercicio. No sé si está familiarizada con los efectos del embalsamamiento en los cadáveres. La rápida retirada y sustitución de la sangre por fluido de embalsamar puede evitar inicialmente la percepción a simple vista de algunas marcas, pero transcurrido un mes, las livideces se han establecido perfectamente y son visibles con claridad bajo la luz negra. Todos los cuerpos presentaban marcas de ataduras, incluido el del padre.

Amaia no se atrevió a moverse. Dupree volvió a inclinarse hacia delante mirando el informe y pasando las hojas.

—En su segunda nota —dijo levantando ante sus ojos el *post-it* pegado a su dedo índice— escribe: «Les salva de la devastación», «Él es su Salvador», «Llega cuando más lo necesitan».

Ella tomó aire sonora y profundamente antes de comenzar a hablar. Estaba nerviosa.

—Gracias al testigo... —La voz le brotó fina y ahogada, como la de una niña sofocada tras una carrera. Carraspeó y tragó saliva antes de volver a intentarlo—. Gracias al testigo sabemos que llega a la casa tras la catástrofe, es el primero en aparecer cuando todavía no lo han hecho los grupos de rescate, la policía o los bomberos. La familia ha sobrevivido, pero se encuentran conmocionados en un momento en el que son conscientes de haberlo perdido todo. El sujeto se presenta como alguien que viene a ayudar, como alguien que trae la salvación en más de un sentido. Es lo único que justifica que una familia con tres adultos y tres adolescentes fuertes no sea capaz de oponerse al ataque de este hombre. Si, como explicó la agente Tucker, probablemente llega desarmado, y sabemos que usa para matarlos el arma del padre. Ha de ser cercano, amable, alguien en quien se puede confiar tanto como para que pueda desarmarlos.

Emerson interrumpió:

—No aporta nada nuevo. Si ha leído el informe sabrá que barajamos la

posibilidad de que se trate del miembro de una fuerza de rescate. Según el testigo, el compositor portaba un maletín y una insignia, algo propio de los bomberos, paramédicos...

Dupree señaló otro adhesivo amarillo pegado sobre el informe.

—En su tercera nota, respecto al modo en que se hallaron los cuerpos, y a pesar de que desconocía que habían sido atados y que parecieron con sus cabezas alineadas al norte, ha escrito: «Después de matarlos cuida de ellos. Es su misión, y seguir realizándola está firmemente ligada al hecho de no dejarse atrapar, de disimular sus crímenes, pero no tanto por su afán de continuar en la sombra como de dotar a los muertos de cierta dignidad».

Mientras Dupree leía, Amaia percibía el movimiento constante de la cabeza de Emerson, que apostado a su lado negaba cada una de sus palabras. Sin embargo, fue Johnson el que rebatió. Su voz era serena y, como siempre que hablaba, lo hizo en un tono exquisitamente educado que recordaba al de un profesor que intenta hacer razonar a un alumno.

—No estoy de acuerdo en este punto, el individuo que buscamos es un furtivo, desea seguir permaneciendo en la sombra para continuar cazando con tranquilidad. No creemos que el hecho de disimular sus crímenes tenga nada que ver con las víctimas, lo hace por él mismo, para pasar desapercibido. Lo consiguió en el caso de la familia Mason, y lo habría logrado con los Jones de no haber sido por el testigo.

Dupree levantó la mirada del informe, y con un gesto de la barbilla invitó a Amaia a rebatir a Johnson.

—En este caso, disimular el modo en que han muerto, ejecutados de un disparo, responde, en mi opinión, a otro deseo. Creo que de alguna manera le parece mezquino. De una manera retorcida intenta proporcionarles orden, sentido y una muerte digna. No quiere escarnio ni vergüenza sobre ellos, por eso disimula sus heridas haciendo ver que su muerte es accidental, voluntad de Dios, o haciendo el trabajo que Dios no ha terminado con su tempestad. No son pocas las personas que siguen pensando que los desastres naturales son castigos del cielo, el modo en que el creador manifiesta su poder recordando al ser humano su insignificancia en el universo, la fragilidad de su vida y, por ende, su poder superior. Creo que el hecho de que el sujeto aproveche desastres naturales para llevar a cabo su cometido no obedece simplemente a un acto de esconder su crimen, sino de unirlo a la ira de Dios.

Tucker y Johnson intercambiaron una rápida mirada con Dupree. El

agente especial, sentado tras su mesa de despacho, tomó aire profundamente.

—Todavía no sé si puedo estar de acuerdo con usted. Seguimos una clara línea de investigación basada en el comportamiento ritual de los asesinos de familias, los aniquiladores. Pero he de reconocer que su planteamiento es tan original como su manera de presentar informes.

Ella suspiró. Se sujetó con una mano la rodilla que había comenzado a temblar. Tenía que tranquilizarse. Ya sabía lo que hacía cuando decidió presentar sus conclusiones así, desencadenar reacciones, y ahora debía aguantar el tirón.

—Me llama la atención esta en particular —dijo Dupree señalando una nota amarilla bajo la declaración del chico que había visto al compositor. Leyó en voz alta—: «¿Va habitualmente este chico a la iglesia? ¿Ha estado alguna vez en un funeral? ¿Sabría reconocer la puesta en escena de la liturgia?».

Amaia había sostenido el aliento mientras él hablaba; cuando tomó aire lo hizo sonoramente, parpadeó y se dispuso a hablar, pero entonces Dupree alzó una mano y la interrumpió de nuevo mientras cogía de la mesa un documento encabezado con el emblema del FBI.

—Ayer, después de leer su breve nota —dijo poniendo énfasis en «breve»—, los agentes Johnson y Tucker volaron hasta Oklahoma para preguntárselo al testigo. Hablaron con él y con sus padres. Han regresado esta mañana muy temprano. Agentes... —Hizo un gesto y les cedió la palabra.

—Esa familia no va a la iglesia —comentó Tucker—. El padre no ve ninguna necesidad, es más, se explayó explicando —dijo la agente leyendo del documento que sostenía en la mano— que su familia no va a la iglesia. No quiere que a su chico le mareen la cabeza. Contestando a su pregunta. El chico no ha asistido jamás a una ceremonia religiosa ni a un funeral.

—Le mostramos —indicó Johnson— un vídeo de la liturgia de varios pastores, sacerdotes y predicadores en actitud de orar durante la celebración. El chico reconoció de inmediato los gestos. Nos dijo que eso era exactamente lo que hacía el compositor.

Amaia dejó salir todo el aire de sus pulmones sobrepasada por la importancia de la revelación, pero fue Dupree quien habló.

—El asesino no dirigía una orquesta, no componía una sinfonía de muerte... Oraba por ellos, realizaba una liturgia de despedida en un funeral.

Amaia susurró.

—... un *Dies irae*, un responso de difuntos.

Dupree intercambió una rápida mirada con Verdon, que asintió desde el otro lado de la habitación. Fijó de nuevo su atención en el rostro de la joven que tenía ante él, consciente de que ella comenzaba a sentirse incómoda.

Amaia sostuvo su mirada hasta que le fue imposible continuar haciéndolo. Aquel hombre indagaba en su interior, buscaba algo que ella no estaba dispuesta a mostrar. Aun a riesgo de equivocarse y parecer débil, bajó los ojos. Solo volvió a alzarlos cuando él continuó leyendo.

—La siguiente nota dice: «Los ejecuta con el arma del padre, no es casualidad, sabe que el arma está en la casa».

Emerson se revolvió en su silla.

—¿Y cómo la encuentra en medio de ese caos? Es fácil suponer que en una granja haya algún tipo de arma, una escopeta o un rifle de caza, pero en los dos casos era de pequeño calibre; aunque hubiera tenido modo de saber que tenían esas armas, ¿cómo las encontró después del paso de un tornado?

Amaia no respondió. Siguió mirando a Dupree hasta que él la autorizó con un gesto.

—Ante la proximidad de una gran tormenta, de un cataclismo, en este caso un cataclismo anunciado, es normal que las familias hayan tomado algunas medidas de seguridad reuniendo comida, linternas, agua, armas... Es probable que lo tuvieran todo junto en una bolsa y, como he dicho al principio, el sujeto no les pareció sospechoso, o peligroso, solo así se explica el descuido, eso —hizo una pausa consciente de que chocaría con Tucker— o que él mismo portase un arma con la que les habría amenazado para que entregasen la suya.

Dupree alzó una ceja sorprendido. Y mientras lanzaba la pregunta escribió una nota al pie de la página.

—Si lleva su propia arma, ¿por qué usar la del padre?

—Como parte de su ritual. Por alguna razón es importante para él hacerlo así.

Emerson se puso de pie, incapaz de contenerse.

—Lo que nos lleva de nuevo a un aniquilador, un asesino de familias que tiene que llevar a cabo su crimen con el arma del padre para lograr lo que buscan los asesinos de familias: poder y control. Su principal objetivo es el padre. Por eso usa su arma.

—¿Y por qué castiga al resto de la familia? —preguntó Tucker.

—Es probable que representen a su propia familia, los castiga porque asistieron a su tortura sin hacer nada —explicó Emerson.

Amaia lo pensó.

—Podría ser un aniquilador, pero a menudo los asesinos de familias que matan por poder y control han sufrido terribles abusos en su infancia, físicos, emocionales y, en la mayoría de los casos, sexuales. En esos crímenes suelen torturar a sus víctimas procurándoles el mismo sufrimiento por el que ellos tuvieron que pasar. Si elige una familia porque le recuerda a la suya, ha de identificarse con uno de los miembros. En la mayor parte de los casos documentados preservan al miembro con el que se identifican, y aunque al final se les vaya de las manos, solo los matan si es preciso y en ningún caso los torturan, pero sí a los demás, y en ellos no disimulan heridas, vejaciones o humillaciones. Es más, en su puesta en escena lo dejan bien patente. Desean que el mundo vea lo que le hicieron y conozca su dolor.

Johnson estuvo de acuerdo.

—Creo que el planteamiento es interesante, puede que nos encontremos ante algo distinto. Los miembros de estas familias han sido ejecutados, las heridas disimuladas, no ha habido escarnio particular con ninguno de ellos, los ha tratado a todos por igual.

Amaia asintió antes de continuar.

—Si existe una diferencia, sería hacia el padre al utilizar en todos los casos su arma, pero nada más. No creo que se trate de un aniquilador, aunque de entrada pueda parecerlo. Es un asesino apostólico, los busca por sus pecados, los redime en su muerte y ahora sabemos que reza por ellos.

—No creo que eso tenga nada que ver, quizá se arrepiente. Por lo demás, encaja perfectamente en el perfil de un aniquilador. Todos estamos de acuerdo —sentenció Emerson.

Amaia percibió cómo Tucker ladeaba un poco la cabeza. Emerson no contaba con tantos acuerdos como pensaba.

—Sesgo de consenso —susurró Amaia molesta.

—¿Qué insinúa? —preguntó Emerson sin disimular su ofensa.

Amaia tomó aire y esperó un par de segundos antes de responder. Aquello comenzaba a ser ridículo. Era normal que no le pusieran las cosas fáciles, pero no había pensado que pretendieran que se mostrara de acuerdo con ellos solo porque eran brillantes agentes del FBI. Eligió con cuidado las palabras antes de hablar.

—Que cuando se realiza el perfil de un asesino hay que permanecer vigilante con el sesgo de confirmación, es fácil buscar teorías y pruebas que avalen lo que creemos evitando las que lo contradicen. Ocurre lo mismo con el consenso y la tendencia a pensar que la teoría que defendemos cuenta con más avales por estar más extendida, o por ser más común entre los que nos rodean sin especificar quiénes son exactamente «todos los que opinan así». Es un error al que induce el cerebro cuando no nos molestamos en razonar más. En ocasiones, que mucha gente piense lo mismo sobre algo solo significa que mucha gente está equivocada.

Emerson bajó la mirada destilando su odio hacia el suelo. El suspiro disgustado de Johnson fue audible.

Dupree fruncía levemente el ceño y los labios mientras la observaba. Era evidente que su discurso tampoco le estaba gustando. Amaia comprendió que para ellos no era más que una policía de medio pelo que les faltaba al respeto, pero ella no era uno de sus cadetes, era tan policía como cualquiera, de un pequeño cuerpo, de acuerdo, pero se merecía el mismo respeto, y de cómo ganárselo, Amaia Salazar sabía un poco. Había intentado completar el ejercicio a pesar de saber con certeza que estaba incompleto, pero en ese momento ya todo le daba igual. Percibió un leve movimiento detrás y comprobó que Dupree asentía a la señal del hombre situado a su espalda.

—Continúe —ordenó.

Ella asintió en señal de acatamiento. Si al final iban a escucharla, no había necesidad de ser irreverente de más.

—El hecho de que rece por ellos lo diferencia, y esa distinción cambia las cosas. Aún no sabemos qué importancia tiene y si eso será determinante, pero no podemos descartarlo sin investigar más a fondo solo porque no encaje en el perfil de un aniquilador. Y sospecho que usted también lo cree —dijo dirigiéndose a Dupree.

Él alzó una ceja. Pero rápidamente su gesto mudó del escepticismo al divertimento.

—¿Ah, sí? Conjetura sobre lo que yo creo... ¿Y de dónde provienen sus sospechas?

—No puede ser casual que dedicase su charla de ayer a hablar de los asesinos que enmascaran sus crímenes haciéndolos parecer otra cosa.

Dupree permaneció en silencio, hojeando adelante y atrás el escueto dossier y sus notas de colores. Por fin lo cerró y miró a Amaia.

—Hay dos notas más. La que correspondería al perfil victimológico, en la que usted dice: «Idéntico reparto coral». ¿No iría esto en la línea de lo que sostiene la unidad? Si se trata de un aniquilador de familias necesitaría ese «reparto actoral» del que usted habla. Que cada uno de los miembros de la familia representase a alguien que él conoció, a su propia familia, para tener la oportunidad de vengarse con ellos.

Amaia negaba con la cabeza.

—No busca venganza, busca expiación. No le importa el reparto actoral, le importa el reparto coral. Es la familia en sí, el concepto *per se*. Es un asesino apostólico que no mató al perro porque no encajaba en su obra. Estoy segura de que en ningún caso tocó a las mascotas.

Percibió la incomodidad de los presentes en la sala. Suspiros, cambios de postura. Se lo había jugado todo al doble o nada. Con su atrevimiento había conseguido captar la atención, pero era consciente del riesgo: entre ser valiente y ser temeraria solo variaba el grado de consideración hacia el oponente. Comenzaban a cansarse de jugar con el ratoncillo. Amaia se irguió en su asiento. Aquello tocaba a su fin, o hablaba ahora o ya no tendría oportunidad de hacerlo.

—Señor, no podía presentar los perfiles sin confirmar primero estas cuestiones. Faltan datos, señor...

Tucker interrumpió.

—Podría haber hecho el ejercicio con los datos que tenía.

—La certeza de que faltan datos es en sí misma un dato que constata una realidad —respondió con rotundidad—. Realizar el ejercicio conociendo este hecho habría sido realizarlo en base a una mentira o a un error. En el informe que nos dieron no mencionaban las marcas de ataduras ni que el chico viera una insignia en la solapa del sospechoso. —Se arrepintió de sus palabras en cuanto las hubo dicho. Se oyó cómo se cerraba una puerta a su espalda. El hombre que había permanecido en silencio escuchando acababa de irse y su intuición le decía que, con aquella puerta, se había cerrado cualquier posibilidad de que la tomasen en serio.

Entrecerró los ojos y dejó salir lentamente el aire, antes de volver a atreverse a mirar a Dupree. Él sostenía ante ella el único *post-it* de diferente color. Azul. Era el que correspondía al perfil geográfico.

—¿Variables latentes? —preguntó Dupree levantando la nota ante ella.

Trató de serenarse para ser capaz de responder.

—Variables latentes u ocultas, señor. Las variables que no se observan directamente sino que son inferidas a partir de otras variables que sí se ven. Las variables latentes indican que ya lo ha hecho antes, su sistema es depurado, estoy segura de que hay al menos otro caso.

Emerson sonrió malicioso.

—¿En base a qué?

Amaia se volvió hacia él, hasta se permitió sonreír un poco antes de responder.

—En base a un modelo matemático, es así como se calculan las variables latentes. Debería saber qué son si se dedica al análisis de datos.

—Sé lo que son... —masculló él.

—En este caso —interrumpió ella—, inferida por la afirmación de la agente Tucker de que el asesino se movía por un gran territorio. —Mantuvo unos segundos más la postura para ver cómo el rostro de Emerson se descomponía mientras sus ojos iban de un punto a otro en el vacío, buscando quizá una respuesta.

—No puede estar más equivocada... —comenzó Emerson.

—Tiene razón —intervino Dupree—. Hay otro caso. En febrero pasado una tormenta azotó una localidad costera cercana a Cape May, en Nueva Jersey. La familia Miller, de idéntico número de componentes, apareció muerta en el interior de su casa. Como en el caso de la familia Mason fueron enterrados sin que se realizase autopsia. La familia de la señora Miller vive en el extranjero. Cuando se les comunicó la desgracia, su madre sufrió un infarto y, hasta la semana pasada, no pudo viajar a Estados Unidos. Todo este tiempo el cadáver de la señora Miller había permanecido congelado por expreso deseo de su familia. Mary Ward, heredera en cuarta generación de la funeraria de Cape May, descongeló el cadáver de la señora Miller y se dispuso a dejarlo lo más presentable posible para su familia. Mientras la maquillaba notó un bulto en la mandíbula que resultó ser una bala del calibre veintidós. Por desgracia, la oposición de la familia, el tiempo transcurrido y un juez muy conservador han impedido hasta el momento que pudiéramos exhumar los cadáveres para realizar las autopsias. El juez considera que las fotografías tomadas en el escenario aportan suficiente información. —Dupree abrió un cajón de su mesa y extrajo de él una carpeta de tapas marrones que colocó abierta frente a Amaia. Una veintena de fotografías documentaban el estado del interior de una vivienda costera destrozada por el agua y el viento.

Los cadáveres de la familia aparecían agrupados en la estancia central de la vivienda, los restos de una cortina hecha jirones ondeaban colgados de lo que quedaba de un gran ventanal. La fotografía había captado el momento en que se henchía de aire produciendo el efecto de una presencia fantasmal flotando sobre los cuerpos. Los cráneos destrozados a golpes contrastaban con las escasas heridas por el resto del cuerpo.

Amaia fue pasando las fotografías con cuidado, casi con ceremonia, evitando en lo posible tocarlas más que en los bordes. Fue la voz del agente Dupree lo que la trajo de vuelta.

—Subinspectora Salazar. Me consta que ha vivido durante varios años en nuestro país; seguramente está familiarizada con las particularidades de la meteorología. Nos encontramos en plena temporada de huracanes. De madrugada, una tempestad ha devastado una gran zona en Texas. Tenemos a los Allen, una familia compuesta de padre, madre y tres hijos adolescentes, dos chicos y una chica, muertos bajo los cascotes de su casa. Lo hemos comprobado, no tenían abuelos. Los padres de ambos cónyuges fallecieron cuando eran niños, los dos crecieron en casas de acogida. De entrada, escapa al perfil de familia en la que el asesino se ha venido centrando. Salimos hacia allí de inmediato, queremos que nos acompañe.

Amaia bajó la mirada mientras asentía. Pudo oír los suspiros angustiados del resto de la unidad.

*Itxusuria.** Corredor de las almas

Alvord, Texas

La pradera frente a la casa de los Allen apenas delataba el paso del huracán. Para un observador que, apostado frente a ella, levantase la mirada, la granja podía ofrecer, en un primer momento, la sensación de absoluta normalidad. A ras de suelo las ventanas del sótano se veían intactas, así como la escalera que conducía al porche, donde aún permanecían enteras un par de macetas de florecillas moradas que custodiaban la entrada principal. Solo cuando la vista alcanzaba la parte alta, sobre las ventanas, el observador se percataba de que la casa de una sola planta no tenía tejado. La estructura superior había sido arrancada de cuajo como el caparazón de una tortuga.

La cantidad de vehículos que abarrotaba el camino de acceso atestiguaba el gran número de agentes locales, estatales, bomberos, paramédicos, incluso empleados de la funeraria, que llenaban la casa. Amaia siguió a los miembros de la unidad al interior por el estrecho corredor que los policías iban abriendo a su paso, hasta que no pudo avanzar más. El agente Emerson, que caminaba delante de ella, se volvió un instante y al verla se escabulló en el interior del salón sin esperarla. A Amaia no le importó, estaba segura de que no podría ver gran cosa allí hasta que no desalojasen a toda aquella gente, y el resto de la casa al que nadie prestaba demasiada atención le pareció tan buen lugar para empezar como cualquier otro. Llevaba una chaqueta que le iba grande, pero al menos lucía en su espalda las distintivas letras amarillas del FBI. Registró los numerosos bolsillos ocultos, extrajo un par de guantes y avanzó hacia el fondo de la casa mientras se los ponía. A pesar de la ausencia del tejado no se observaban demasiados daños en el interior de la vivienda, todavía se podía acceder de una habitación a otra por las jambas de las puertas. Había cuadros torcidos, astillas desgajadas que colgaban desde la

pared, polvorientos escombros de cascotes desprendidos del tejado y los restos de la instalación eléctrica inservibles. Amaia reparó en que los cristales de las ventanas habían estallado y cubierto de esquirlas todas las superficies. En la cocina, había sobras de la comida sobre la mesa, y un manojo de zanahorias, aún cubiertas de tierra, asomaba del fregadero. Incluso las sillas caídas a los lados producían la impresión de rápida huida y de que en cualquier momento los dueños de la casa retomarían lo que habían estado haciendo antes de que llegara la tempestad.

Al llegar a la casa, había observado con atención las instalaciones de la pequeña granja en busca de la entrada al refugio donde se habría guarecido la familia durante el paso de la tormenta. Dupree ya le había avisado de que, en principio, esta familia no encajaba en el perfil victimológico elegido por el sospechoso al que perseguían. Pero Amaia no creía en las casualidades. El marido, la esposa y los tres hijos, dos chicos y una chica de las mismas edades que los de los Mason y los de los Jones. Todos reunidos en el salón de una casa que había sufrido muchos daños, pero donde podrían haber sobrevivido sepultados bajo sus muebles. Faltaba comprobar la dirección en la que reposaban sus cabezas y hallar el arma del padre; y si, como ella pensaba, los miembros de la familia Allen habían sido víctimas del compositor, habrían pasado la tormenta a salvo en un refugio. Junto a la puerta de la cocina había otra idéntica. En cuanto la abrió supo que había encontrado el acceso al sótano. Palpó de nuevo sus bolsillos buscando la pequeña linterna que llevaba. Descendió los escalones sin tocar la barandilla y procurando pisar en los extremos para evitar contaminar la zona de paso. La luz entraba tamizada por el polvo. Una gruesa capa cubría las pequeñas ventanas a ras de suelo que había visto desde el exterior, y que desde dentro quedaban junto al techo. Al fijarse mejor se dio cuenta de que, además, habían sido reforzadas con trozos de cinta de carroceros y papel de estraza. Ordenadas en cajas de plástico perfectamente rotuladas encontró linternas, un transistor y pilas, bidones de agua, latas de comida e, incluso, un pequeño hornillo, sujeto por su base a una bombona de camping-gas. Sobre un recio aparador de comedor, que el tiempo había relegado al sótano, se acumulaban latas de refresco y envoltorios de chocolatinas. Dos de cerveza, dos de un refresco sin azúcar, media docena de refrescos de cola y un par de botellines de agua. Evitando tocarlas se inclinó y pudo escuchar el reverberar del gas en el interior de alguna de las latas. De las puertas del aparador colgaba un pequeño candado abierto. Sin tocar el

pomo, entreabrió las puertas y distinguió de inmediato el familiar olor del aceite para limpiar armas. No había ninguna dentro, pero almacenados en el fondo vio varios paquetes de munición del calibre veintidós. Amontonados en el suelo junto a la pared más alejada de las ventanas, distinguió varios sacos de dormir y almohadas. Se agachó para inspeccionar el contenido de un neceser dorado, parecido a los que se utilizan para llevar maquillaje. Estaba lleno de medicamentos. Volvió a cerrarlo y lo dejó donde estaba.

Subió e intentó avanzar de nuevo hacia el salón, pero se quedó literalmente encajada entre dos policías estatales. Escuchó a Dupree convenciendo al *sheriff* de la necesidad de sacar a toda aquella gente del escenario, y se pegó cuanto pudo a la pared para dejar salir a los policías que, con sus sombreros puestos, ocupaban casi el ancho del pasillo. Entonces pudo ver el interior del salón. En la habitación en la que estaba reunida la familia el desorden era mayor. Varios agentes, cubiertos de pies a cabeza con los distintivos buzos blancos del laboratorio criminalístico, fotografiaban cada elemento amontonado sobre los cuerpos antes de retirarlos. Sus cabezas, un amasijo de pelo pegajoso y sangre grisácea por efecto del polvo adherido a ellas, apuntaban al norte, y en idéntico orden que en los otros casos: la esposa, los tres hijos, de mayor a menor, y el marido. Los agentes esperaban pacientes formando un silencioso corro alrededor de los cuerpos. Dupree percibió la presencia de Amaia plantada en la puerta y se volvió airado hacia ella. Aun así se contuvo lo suficiente para esperar a llegar a su altura antes de decir:

—¿Dónde demonios se había metido?

Ella titubeó.

—Estaba...

Dupree la agarró por el brazo y la condujo al exterior de la casa.

Ella comenzó a explicarse.

—No podía pasar. El agente Emerson me dejó atrás, el pasillo estaba atestado y he aprovechado para...

—No quiero disculpas —la cortó—. Emerson es un imbécil, pero he apostado muy fuerte trayéndola aquí y no lo he hecho para que sea una simple observadora, sino para que abra bien los ojos y aguce los sentidos. Entre ahí, sienta el miedo de esa familia. Me interesa saber cómo piensa el compositor y quiero que me explique qué está pasando por su cabeza. Y no se deje intimidar, siéntase segura.

Sin esperar a que ella contestara, giró sobre sus talones y regresó al

interior de la vivienda.

Amaia apretó los labios, dejó que todo el aire saliera por su nariz y le siguió.

Los técnicos habían terminado de descubrir los cadáveres, y los agentes acuclillados observaban los cuerpos mientras el forense exponía sus primeras impresiones. Amaia se inclinó justo tras él.

—Llevan menos de cinco horas muertos. Las livideces aún no se han establecido, pero en la parte en contacto con el suelo comienzan a ser visibles las marcas de ligaduras. No hay mucha pérdida de sangre para la importancia de las heridas que todos presentan en el cráneo.

—¿Puede ser debido a que estuvieran muertos antes de recibir los golpes en la cabeza? —sugirió la agente Tucker.

—No puedo contestar a eso aún, tendrán que esperar a la autopsia; lo que sí puedo decirles es que todas las heridas que presentan son mortales de necesidad —dijo apartando con los dedos el pelo del niño más pequeño para que todos pudieran apreciar la violencia con la que el cráneo aparecía deformado.

—¿Le parece posible que todos recibieran heridas mortales en la cabeza justo en esta habitación? —preguntó Tucker.

—Bueno, ya han visto la cantidad de objetos que se les vinieron encima, algunos de los trozos de madera, o de mortero, están profundamente incrustados en el hueso. Además, que terminasen congregándose aquí no descarta que hayan podido recibir las heridas en otra parte de la casa. Lo he visto muchas veces en los casos de incendio. En situaciones de pánico es normal que los miembros de una familia se busquen unos a otros y terminen falleciendo juntos.

—Con las cabezas apuntando al norte —puntualizó Dupree.

El forense se encogió de hombros.

—Bueno... Es raro pero...

Amaia negó con la cabeza mientras explicaba:

—No hay sangre en el resto de la casa, lo he comprobado —remarcó dirigiéndose a Dupree—, ni una sola gota que delate que pudieran recibir heridas en la cabeza en otro lugar antes de llegar al salón. Si se hubieran trasladado de una habitación a otra con lesiones tan importantes en la cabeza, se habría producido una gran hemorragia, por el trayecto habría gotas gravitacionales señalando el camino.

—Tampoco se ven manchas ni salpicaduras en la ropa ni chorreo por la cara, algo que se habría producido de haber estado erguidos cuando recibieron los impactos de esos objetos —señaló Johnson.

Amaia se adelantó un poco y se inclinó sobre el cadáver.

—Y si se fija bien —dijo señalando el amasijo de sangre que formaba la herida en la cabeza del chico—, unos centímetros más abajo del lugar donde está el golpe se ha formado una ampolla.

El forense apartó el pelo en el lugar que le indicaba.

—Puede ser un coágulo de sangre...

—No, no lo es —rechazó ella—. Es una ampolla de gas. Si observa el extremo de la herida comprobará que son visibles dos pequeñas marcas negras, la característica forma de estrella del collar de abrasió que dibujan los gases del disparo cuando se efectúa contra la piel; la de la cabeza es muy fina, al contrario que en el cráneo, que es tan duro que ha impedido que los gases se disipasen en el interior formando esa burbuja.

Dupree asintió satisfecho.

—Puede que tenga razón... —admitió a medias el forense.

—Todos murieron a consecuencia de un disparo en la cabeza, un disparo después disimulado con esos terribles golpes —dijo ella.

—Lo cierto es que presentan muchas similitudes con los casos que conocemos, pero aún no hemos hallado ninguna arma y, como nos habían adelantado, en este caso no hay abuela —objetó Johnson.

—Durante el huracán la familia se refugió en el sótano al que se accede desde la cocina —dijo Amaia mirando con intención a Dupree mientras lo decía—. Estaban bien preparados: tenían agua, comida, pilas, transistores, linternas. Todo en cajas herméticas. Hay un armero abierto, en el interior no había ninguna arma, pero sí un trapo aceitado y un cepillo de limpieza, además de varias cajas de munición del veintidós. No creo que durmieran, pero pasaron la noche abajo; en los dormitorios reina el caos, pero aun así puede verse que las camas están hechas. Hay seis sacos de dormir y bebidas para seis personas: seguramente cerveza para el padre, refresco sin azúcar para la madre, refresco de cola para los chavales y agua para una sexta persona.

Emerson miró a los otros buscando complicidad antes de decir:

—Creo que es muy aventurado suponer que había una sexta persona por un saco de dormir o unas botellas de agua; pondrían en el suelo todos los sacos que tenían, y cualquiera de ellos pudo tomar agua además de un

refresco.

Dupree la miró esperando a que contestase.

—Junto a los sacos de dormir hay un neceser lleno de medicamentos propios de la tercera edad. Para la circulación, tensión, artritis, somníferos. La gente mayor no va a ninguna parte sin sus medicinas, y con ellas solo beben agua. Además, la botella tiene manchas de carmín rosa muy claro. No hay carmín en la boca de la madre ni de la adolescente.

—Solo hay un problema —objetó Tucker poniéndose en pie—. No hay rastro de esa persona. Según los datos que tenemos ninguno de los dos cónyuges tenía padres. Las familias de ambos murieron cuando eran muy pequeños. Se conocieron en la adolescencia en una casa de acogida. Pero ambos eran huérfanos, sin ningún tipo de parientes. Quizá eso los unió hasta el final —dijo entristecida mirando los cuerpos.

Amaia salió de la casa y, serpenteando entre los vehículos que atestaban el camino, se alejó lo suficiente como para obtener una nueva perspectiva de la propiedad. El sendero que iba a la casa se unía doscientos metros más adelante a la carretera estatal. Desde el borde del camino observó la llanura abierta de la finca de la familia Allen. El cultivo de la pradera, probablemente de leguminosas, ya había sido recogido, y no le extrañó la ausencia de maquinaria. Recordaba haber visto en la puerta del frigorífico una gran pegatina de la Cooperativa de Agricultores de Alvord. Excepto la casa, no había ninguna otra construcción a la vista, y, según los datos con que contaban, la granja más cercana se hallaba a más de dos millas. La valla blanca que rodeaba la edificación y la docena de arbolillos enclenques que habían bordeado el camino se veían ahora forzosamente inclinados en dirección norte, la que habían llevado los vientos. Elevó la mirada a un cielo que se nublaba por momentos y caminó de nuevo hacia la granja.

Apoyada en un vehículo de la policía estatal, vio a una mujer de unos cuarenta años vestida de uniforme que le sonrió volviéndose a mirar la casa mientras comentaba:

—Es increíble, ¿verdad? Parece una tortuga a la que le hubieran arrancado el caparazón.

Amaia esbozó una sonrisa.

—Créame, he pensado lo mismo al verla. Lo peor es que parece que lloverá pronto.

—¡Oh!, no debe preocuparse por eso, una empresa del estado vecino viene hacia aquí con un toldo industrial para cubrirla esta noche. Cuando se hayan llevado los cadáveres se procesará el escenario, se desmontará la casa habitación por habitación, se hará un inventario del contenido y todo irá a parar a un depósito del estado hasta que finalice la investigación. Solo entonces se pondrá a disposición de los herederos, en el caso de haberlos.

—¡Qué eficacia! —sonrió Amaia.

La mujer extendió una mano amigable.

—Soy Alana Harris, de la policía estatal.

—Subinspectora Amaia Salazar, colaboradora del FBI —dijo tocando la insignia que colgaba del holgado cuello de su chaqueta.

La mujer se fijó en lo grande que le quedaba la prenda y sonriendo comentó:

—No se han esmerado mucho con la talla, ¿verdad?

Amaia sonrió mientras apuntaba con un dedo a los restos de la granja. Vio que Dupree la observaba desde el porche.

—¿No sabrá por casualidad adónde ha ido a parar el tejado?

—Claro que sí —respondió sonriendo—, está a unas trescientas yardas, justo detrás de la casa. Y esto no es nada, hace tres años el huracán Helen arrancó parte del techo de la iglesia y lo depositó sobre un granero a más de dos millas de distancia.

Amaia comenzó a caminar hacia un lado de la construcción asintiendo a las palabras de la mujer. En contraste con la delantera, la pradera tras la casa aparecía sembrada de astillas, ropa y enseres pulverizados de la granja. A lo lejos distinguió una lámpara de seis brazos con sus bombillas intactas. No había rastro del tejado.

—Tendrá que ir allí para verlo, ha quedado trabado en una hondonada —indicó la mujer alzando la voz.

Amaia se volvió levantando la mano para darle las gracias y vio que Dupree había descendido del porche y avanzaba tras ella.

La hierba crecía silvestre en aquel campo y, a pesar de que el fuerte viento la había peinado aplastándola contra el suelo, la suave brisa que había comenzado a soplar estaba contribuyendo a levantarla de nuevo. Avanzó por la pradera consciente de que Dupree la seguía. No había rastro del tejado, pero

cuando se volvió a mirar vio a lo lejos a Alana, que con un amplio gesto de su brazo le indicaba que siguiera. La hondonada de la que la policía le había hablado formaba en el terreno un escalón de apenas dos metros de inclinación y de unos veinticinco metros de largo, y, tal y como le había informado, allí estaba el tejado. Prácticamente entero, todavía sujeto a las vigas que lo habían anclado a la casa. Producía la sensación de estar viendo un edificio enterrado que hubiera decidido emerger en aquel recóndito lugar. La pradera delataba el rastro de unos pasos que habían aplastado la hierba, tan claros como huellas dejadas sobre la nieve. Se volvió para mirar atrás y comprobar que ella había dejado la misma estela en su avance hasta allí. Dupree la alcanzó y se colocó a su lado en silencio. Advirtió entonces que tras él venían el resto de los componentes de la unidad.

Amaia descendió a la pequeña cuenca, se tumbó en el suelo y miró bajo el alero. Incorporándose de inmediato, hizo una seña a Dupree y a los otros mientras decía:

—En el lugar de donde yo procedo hay una antigua creencia muy arraigada que dice que la casa de una familia llega hasta donde llega su tejado. *Itxusuria*. En el espacio que ocupaba su perímetro solían ser sepultados los fallecidos del clan que por distintas razones no podían ser enterrados en el cementerio. —Esperó a que se hubieran agachado y con el haz de su linterna apuntó al rostro ensangrentado de la anciana muerta bajo el tejado—. Aquí tienen a la abuela.

Dudar

Academia del FBI, Quantico, Virginia

Sentada frente a un ordenador, Amaia trató una vez más de concentrar su atención en la voz del instructor que explicaba cómo debían ser cumplimentados los censos de casos sospechosos de asesinato para cubrir el programa internacional de registro victimológico. Estaba cansada. Se había pasado la noche redactando un nuevo informe con sus conclusiones y, a pesar de que lo intentaba, era consciente de no estar prestando atención. Su pensamiento regresaba una y otra vez a repasar mentalmente sus aseveraciones: la mayoría contrarias a la opinión de los agentes que componían la unidad; otras bastante arriesgadas, puramente intuitivas, pero al fin y al cabo eso era lo que le había ordenado el agente especial Dupree cuando se separaron.

—Ahora tiene todos los datos. Complete los tres perfiles. Quiero su informe sobre mi mesa mañana a las ocho.

Amaia había dejado el informe en la mesa de Dupree a las siete. Comprobó de nuevo el reloj. Eran más de las doce y no podía dejar de pensar en el perfil que había elaborado.

Hombre blanco de más de cuarenta y cinco años, que ya ha matado antes de igual modo dentro de su grupo racial. Organizado y paciente, capaz de esperar a que se dé el momento oportuno. Creyente, aunque puede que la posición de la Iglesia hacia el pecado le resulte demasiado laxa.

Terminó la clase y sin apenas tiempo ya estaba en la siguiente.

Se sentía debilitada, sabía que era el precio que debía pagar por tener razón, por el privilegio siempre misterioso de hallar la pieza que completaba el puzle. La irreverencia del conocimiento, de la verdad, que en el momento de ser revelada lo hacía con violencia, sin protocolo ni medida, y eso siempre pagaba un canon.

No había podido contenerse a partir del instante en el que había hallado a la mujer muerta bajo el tejado. El enfrentamiento con el equipo de Dupree había dejado de ser puramente dialéctico. Apuntando el haz de su linterna hacia el rostro desfigurado de la mujer constreñida bajo su tumba impuesta, sintió encajar en su interior las piezas que formaban el oscuro escenario por el que merodeaba el compositor. Al contrario que el interior de la casa, contaminado por docenas de policías, aquel escenario se preservaba intacto. Si se concentraba, aún podía percibir la huella de su presencia persiguiendo a la anciana hasta hacerla ocupar su lugar. No, no era un aniquilador: ese era el modo en que los perfiladores denominaban a los asesinos de familias. Ahora estaba del todo segura de que no lo era. Su objetivo no era destruir familias, era componer una. Una familia perfecta, perfecta en la muerte. El hallazgo, seguido de su rotunda afirmación, había hecho estallar la irritación a duras penas contenida desde que se encontraron en el despacho de Dupree por la mañana.

—No tienen abuelos. Los padres de ambos fallecieron, ya se lo ha dicho la agente Tucker —rechazó Johnson interponiéndose ante ella, visiblemente enfadado y aun así correcto.

—Es la abuela, compruébelo —insistió ella volviéndose hacia la casa y alejándose del grupo.

—Lo hemos comprobado —respondió airada Tucker siguiéndola por la pradera—. No haría una afirmación así si no tuviera los datos.

—Pues compruébelo de nuevo.

—No sé con quién cree que está hablando —espetó Tucker—. No es quién para darme órdenes.

Amaia se detuvo. Suspiró y bajó la mirada al suelo intentando calmarse. Sentía por dentro un irresistible frenesí que la empujaba a volverse y zarandear a Tucker por el cuello de su camisa hasta hacerla razonar. No hizo nada de eso. Sin ceder un ápice, bajó su voz hasta que apenas fue audible, lo que obligó a los miembros del grupo a rodearla para saber lo que decía.

—Olviden los registros oficiales, pregunten a sus vecinos si esa mujer

vivía con ellos. Los niños que se enterraban bajo el alero del tejado tampoco eran oficialmente miembros de la familia cristiana.

El agente Johnson alzó los hombros, atónito ante sus palabras. Dirigió una mirada a Dupree con la boca abierta, esperando su reacción. Emerson miró a los otros, hastiado.

—¿Qué gilipollez es esa? —exclamó levantando ambas manos—. ¿Miembros de la familia enterrados bajo el tejado? ¿En serio tenemos que aguantar esto de una aficionada?

—Compruébenlo de nuevo —ordenó Dupree templado.

—Pero... Dupree, tenemos los datos... —protestó Johnson.

Dupree lo fulminó con una mirada.

—He dicho que lo compruebe.

Después, Dupree le había mandado que se retirase mientras hablaba con los demás. Había aguardado en el interior del coche sintiéndose como una niña castigada, relegada y condenada a estar separada del resto del grupo. Desde su posición observaba a Dupree, a Emerson y a Tucker de espaldas frente al coche; por sus gestos se percibía que discutían, aunque sin alzar la voz. Los hombros tensos, la cabeza baja y las manos apoyadas en las caderas. Tucker miró una vez hacia el coche y Emerson lo señaló con el mentón. No tuvo ninguna duda de que hablaban de ella. Vio llegar a Johnson, que había estado interrogando al grupo de vecinos que se habían congregado en las inmediaciones de la casa para saber de la familia Allen. Informó brevemente a Dupree, y todo el grupo se volvió hacia donde estaba ella mientras la observaban con una expresión entre el asombro y la suspicacia.

Amaia salió del coche y esperó a que se acercaran. Dupree hizo un gesto autorizando a Johnson, que más que informar admitió:

—La anciana muerta bajo el tejado es Belinda Wright. Fue amiga de infancia de la madre de Hugh Allen. Se llevó a Hugh cuando salió de la casa de acogida al ser mayor de edad. Hugh vivió con ella y con su esposo en una pequeña granja cercana hasta que el chico se casó y se instaló en esta casa. Años después, cuando Belinda enviudó se trasladó aquí y les ha ayudado en la crianza de los hijos. Aunque no era realmente su madre, él la trataba con el mismo respeto.

Dupree continuó:

—De alguna manera la mujer consiguió huir de la casa, o quizá estaba fuera cuando él llegó. El asesino la alcanzó en la pradera, la abatió y la

arrastró hasta colocarla bajo el tejado, como un miembro más de la familia — dijo las últimas palabras mirando con respeto a Amaia.

Tucker también rebajó notablemente el tono cuando se dirigió a ella.

—Entiendo que es a esto a lo que se refería con «reparto coral». No busca tanto una familia idéntica a otra como algo que la represente. Pero ha de reconocer que resulta muy difícil aceptar que pueda elegirlos basándose en el lugar donde ocurre una catástrofe...

—No —objetó Amaia recuperando su ímpetu—, no es tan simple. Hemos de tener en cuenta que cada vez con mayor precisión sabemos cuándo va a llegar una gran tormenta, un ciclón o un huracán, y él también. Es el huracán el que le dice adónde debe ir, el mismo Dios se lo dice. Dios y los institutos meteorológicos —añadió sonriendo un poco—. Creo que es así como logra adelantarse. Está en la zona antes de que el huracán llegue, esperando a que Dios le dé las coordenadas exactas.

Emerson chascó la lengua con disgusto.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo falsamente amigable—: está suponiendo que el asesino no elige a una familia, sino un lugar, el lugar donde un tornado toma tierra, se abate un huracán o se producen inundaciones. Admito que hasta cierto punto puede ser fácil de predecir. Como usted misma dice, cada día las agencias estatales de meteorología funcionan mejor y prevén con mayor fiabilidad dónde se producirá una tempestad. Pero, si es así como elige el lugar, ¿cómo consigue el compositor encontrar familias que se ajusten perfectamente al perfil que necesita para llevar a cabo su labor una vez que la tormenta le indica dónde debe actuar? ¿Le dice Dios, antes que el instituto meteorológico, dónde se desatará una tormenta con tiempo para que pueda encontrar a las familias que serán sus víctimas? ¿O cree que esta vez se trata de algo místico, como lo de los entierros bajo los tejados? —Emerson remató su exposición con una de aquellas repulsivas sonrisas suyas.

—No se me ocurrirían tantas sandeces ni para menoscabar una hipótesis equivocada —contestó ella—. Y no es una suposición, es una base constituida a partir de datos.

La sonrisa de Emerson se esfumó, sustituida por una de corte bisturí que adoptaba cuando se sentía frustrado.

Amaia continuó firme.

—No importa lo que yo crea, lo importante es si lo cree él. La fe es poderosa por eso mismo. Si se trata de un asesino que justifica que sus actos

están ligados a la voluntad de Dios o, por lo menos, que Dios no lo ve como un asesino, sino como un Lot, un hombre justo, interpretará como señales hechos que a los demás nos pasan inadvertidos y habrá desarrollado un patrón personal para elegir a sus víctimas. No olvidemos en ningún momento su capacidad torticera para unificar la voluntad de la Providencia con sus propios deseos.

—Estamos en la fase preliminar y no tenemos todos los datos, pero los asesinos apostólicos consideran que liberan a la sociedad de seres indignos, de perversos y miserables. Sus víctimas suelen ser prostitutas, mendigos, traficantes de droga, adictos. Cualquiera que consideren inmoral... Aún estamos investigando a la familia Allen, pero llevamos semanas trabajando con los informes de las otras familias, y le aseguro que no dan el perfil. Son las típicas familias con sus más y sus menos, pero no encajan en el perfil de víctimas que un asesino apostólico pueda juzgar inmorales. No hay nada en ellos manifiestamente condenable —expuso Tucker.

Fue Johnson el que objetó.

—En el caso Wuornos, la asesina mataba a los clientes de prostitutas castigándolos a ellos, no a ellas. El pecado que busca este apóstol puede pasar desapercibido a primera vista.

Tucker pareció pensarlo.

—¿Sugiere que quizá uno o varios miembros de estas familias tenían una faceta en su existencia que era condenable? —inquirió Tucker dirigiéndose de nuevo a Amaia.

—Condenable para el asesino —puntualizó Amaia—. Hemos de tener en cuenta que su criterio no tiene por qué ceñirse al del resto del mundo. Basta con que él conozca un aspecto de las familias que le parezca razón suficiente. Pero creo que este caso va más allá, porque no se concentra solamente en el miembro corrupto de la familia: los castiga a todos porque a todos los considera responsables de ese mal.

Percibió la mirada de Dupree. Había inclinado la cabeza levemente a un lado y la estudiaba. No, la escrutaba, del mismo modo en que lo había hecho aquella mañana durante un instante en su despacho.

Emerson se inclinó un poco hacia delante, replicando.

—Creo que sigue habiendo un vacío en su teoría. Debo reconocer que queda muy espectacular lo de que las catástrofes marquen el lugar, y su «toque psíquico» para explicar el hallazgo de la anciana, pero no es suficiente para

aclarar cómo elige a las familias.

—Aún no sé cómo encuentra a las familias —admitió Amaia mirando de frente a Emerson, sobre todo para huir del insistente análisis de Dupree—. Creo que no es el momento de responder a esa pregunta, y que en todo caso llegaremos a la solución cuando sepamos cuál es su pauta de tiempo. La pregunta ahora es: ¿desde cuándo lleva matando?

—Podemos remontarnos hasta febrero... —comenzó a explicar Emerson.

—De momento —recalcó Amaia interrumpiéndole— podemos remontarnos hasta febrero con la familia de Cape May... pero estoy segura de que empezó mucho antes. Su método está depurado hasta el punto de conocer hechos como que Belinda Wright ejercía de abuela de los Allen sin serlo. Un nivel de maestría así requiere experiencia, destreza y práctica, y en la práctica inicial se cometen errores...

Dupree asintió lentamente.

—Exponga eso —alentó.

—En febrero fueron los Miller, en marzo los Mason, en abril los Jones; estamos en agosto con los Allen. Se aprecia un vacío en el tiempo, y es imposible que siempre le haya salido bien. Deberíamos buscar ataques incompletos, fallidos.

La agente Tucker asintió adelantándose un paso para colocarse frente a Amaia.

—Familias de igual número de integrantes, sexo y edad, pero en las que no hubieran muerto todos sus miembros por no estar todos en casa cuando se produjo la tormenta.

Amaia sonrió satisfecha, casi feliz por la sensación de haber sido capaz de conectar su razonamiento con ella. Continuó más enérgica:

—Tiene que ser complicado someter a tantos individuos: debe conseguir que entreguen su arma, inmovilizarlos en una habitación de la casa y ejecutarlos de uno en uno. Del mismo modo que Belinda Wright logró escapar, pudo ocurrir en otras ocasiones. Estoy segura de que en algún momento tuvo que cometer un error; atacar a una familia después de un desastre natural deja demasiados flancos abiertos, demasiados cabos que pueden escaparse o imprevistos que pueden presentarse.

Dupree asintió dirigiéndose al equipo.

—Busquen denuncias de familias de igual número de miembros que hayan recibido visitas sospechosas tras una catástrofe. Intentos frustrados,

momentos en los que el sujeto habría tenido que dar marcha atrás por alguna circunstancia: un vecino que se ha acercado a socorrerlos, otras personas en la casa con las que no contaba, invitados, parientes, o la ausencia de uno o varios miembros que habría dejado incompleto su plan.

Amaia asentía a cada una de sus palabras. Dupree se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué más?

—Yo... Bueno, si yo tuviese que afrontar esta investigación... querría conocer hasta los más mínimos detalles de la vida de estas familias. Estoy segura de que su perfil encaja en los preceptos del asesino mucho más allá de lo obvio. La razón puede ser tan pequeña e insignificante que se nos esté pasando por alto. Este tipo de individuo obtiene su motivación de aspectos que escapan al sentido común y que, sin embargo, lo tienen todo para él. Si logramos conocer bien a estas familias estaremos más cerca de saber cómo llega hasta ellas el asesino, cómo es capaz de hallar un perfil tan concreto de familia en una zona tan amplia, y atendiendo a los designios de las tempestades. Hay que completar el perfil victimológico.

—Si usted estuviera en la investigación... —murmuró Emerson inclinándose de modo que solo ella pudo oírlo.

Fue una simpleza, pero suficiente como para hacerle perder la concentración un instante.

—Salazar, ¿qué más? —increpó Dupree.

—El perfil geográfico —dijo tratando de concentrarse—. Yo buscaría en una zona más amplia.

—¿Cómo de amplia? —preguntó Johnson.

—Cualquier lugar donde haya habido un desastre natural que haya afectado a una familia que reúna las características, digamos, en los últimos dos años. Si encontramos pistas quizá tengamos que remontarnos más.

—¡Es una locura! —rebatió Johnson.

—Imagino que no ha oído hablar del círculo de Canter —comentó Emerson dirigiéndose a Johnson como si ella no estuviera.

—No se puede aplicar la teoría del círculo geográfico de actuación de los asesinos en serie sin verificar si existen más casos: es el primer paso de la teoría.

—Creo que a lo que Emerson se refiere —terció Tucker— es a que resulta insostenible que en un territorio tan vasto haya podido vigilarlos, estar

lo suficientemente cerca como para conocer detalles, como el calibre del arma que tienen en casa, o que una mujer que no es la abuela vive en casa ejerciendo de abuela. Tiene que estar más cerca. Tiene que verlos para elegirlos, tiene que verlos para odiarlos.

Amaia negó con la cabeza antes de exponer.

—No los odia, o al menos no los odia por lo que son, más bien por lo que representan. Reza por sus almas, por su descanso. Borra toda señal de evidente violencia, elimina las ataduras, les evita la deshonra. De alguna manera el hecho de orar por ellos pone de manifiesto que necesariamente ha de haber un vínculo y una razón, pero no creo que sea el odio. Tampoco quiere nada de ellos, no se lleva nada, no les quita nada, ¿qué iba a quitarles a los que ya lo han perdido todo? Vivimos en la era de la información y del exhibicionismo. Del mismo modo que el centro meteorológico informa de la previsión de tormentas, tornados y huracanes con una precisión casi milimétrica, y nos la trae hasta nuestros dispositivos móviles, internet permite a cualquiera entrar en nuestra intimidad. A través de internet la gente exhibe su vida privada sin pensar quién puede estar mirando. No digo que sea exactamente así, pero hay muchas más maneras de acceder a la privacidad de una persona, o de una familia, que vigilándola desde la pradera que hay frente a su casa.

—Por otra parte, debe tratarse de alguien que no destaca demasiado tras una catástrofe porque su presencia se espera —apuntó Dupree.

Tucker abrió el pequeño portátil que llevaba en la mano, lo apoyó en el capó del coche y les mostró varios gráficos impresos.

—Inicialmente barajamos la posibilidad del observador cercano. Estamos comprobando compañías telefónicas, eléctricas, internet, posibles técnicos, instaladores... Cualquier vínculo que las familias tuvieran en común. Tras el relato del testigo sabemos que su aspecto no despierta sospechas ni desconfianza. Ahora tenemos en nuestro punto de mira a policías, bomberos, cuerpos de rescate, médicos y paramédicos, personal de ambulancias... Aunque también es verdad que, en medio del caos, un individuo perteneciente a uno de estos grupos podría mimetizarse como uno más.

—Algunos bomberos son voluntarios, se presentan para actuar en catástrofes. Me consta que una patrulla canina se mueve por todo el país, e incluso viaja al extranjero cuando hay rescates de alta montaña o terremotos —apuntó Johnson.

Amaia asintió.

—Deberían incluir también a informadores, periodistas, reporteros, equipos de televisión, los que aparecen cuando todo el mundo huye.

Johnson tomaba notas en una PDA, y añadió:

—Creo que deberíamos ampliarlo a los grupos de voluntarios que se forman a través de las redes sociales, los buenos samaritanos que acuden tras las catástrofes para ayudar...

—Iglesias, asociaciones municipales, grupos benéficos, organizaciones de caridad... —señaló Tucker.

—Sin olvidar a los perseguidores de tormentas, cazatornados, pseudoinvestigadores y chalados descerebrados que quieren colgar el vídeo en YouTube —dijo Amaia.

—El número de tontos es infinito —comentó Johnson sonriendo.

—Como el de demonios —sentenció Dupree mirando a Amaia directamente a los ojos. En esta ocasión ella hizo lo mismo. Amaia sabía que gustaba a los hombres, el juego de las miradas no le era ajeno. En los últimos días había tenido que eludir la lubricidad de Emerson en más de una ocasión. Pero la mirada de Dupree era distinta. Indagatoria, escrutaba en su interior con la pasión de un egiptólogo ante un jeroglífico. Las sombras en sus ojos oscuros iban de la curiosidad a la sospecha, de la admiración a la preocupación. No había esperado sencillez en un hombre que dirigía uno de los mejores equipos de campo de la Unidad de Ciencias del Comportamiento; además, discernir la actitud oculta y las intenciones de los demás hacia ella se le daba muy bien, y con Dupree era como escuchar ruido blanco. Había analizado cada una de sus reacciones, sus miradas, sus palabras, y aún se sentía incapaz de decidir si era amigo o enemigo. Pero sabía algo: que la escuchaba y que lo que ella aportaba era suficientemente importante para él como para dejar de lado el malestar inicial del resto de su equipo. «Siéntase segura», le había dicho frente a la casa. Su seguridad y percepción de ella misma no tenían nada que ver con todo aquello; Amaia Salazar siempre había caminado sola, estaba acostumbrada. Pero hacía un momento, junto al coche, por primera vez en todo el día, se sintió parte de la unidad, sintió la conexión y el respeto de sus compañeros.

—Nosotros aún tenemos trabajo —dijo Dupree—. El forense me ha dado su palabra de que comenzaría las autopsias enseguida. La unidad pasará aquí la noche. Usted regresa a Quantico. Dentro de una hora sale un avión hacia Virginia. La agente Harris la llevará hasta el aeropuerto.

Así que se trataba de eso. Nosotros sí, pero tú no. ¿Qué te habías creído?

La despedida de los demás fue rápida y desapasionada. Amaia se dirigió hacia el coche de Harris, que la saludó desde el interior. Se percató entonces de que Dupree caminaba tras ella. Se volvió a mirarle.

—Ahora tiene todos los datos. Espero su informe —dijo mientras le acompañaba hasta el coche de la policía estatal. Antes de subir al vehículo, Amaia se volvió y le preguntó:

—¿Por qué no me saludó?

Dupree la miró asombrado. Hasta plasmó con las manos un maquinal gesto de extrañeza; aun así, se recompuso lo suficiente como para no contestar.

Pero ella estaba lanzada y no iba a rendirse.

—Se dirigió varias veces a mí durante su conferencia, pero después, cuando me acerqué a la salida del escenario y le saludé, usted me desdeñó aposta. ¿Por qué lo hizo?

Dupree suspiró profundamente mientras se desabotonaba la americana y colocaba las manos sobre sus caderas. Volvió la mirada sobre el hombro para ver dónde se encontraba el resto del grupo y se inclinó un poco hacia ella antes de hablar.

—No quería viciar su criterio con mi atención; soy consciente de cuánto mal puede hacer el interés de un instructor en un investigador.

Ella le miró taxativa.

—No, no es eso. Si hubiera querido evitarlo lo habría hecho desde el principio. Fui consciente del interés, hasta Emerson se dio cuenta, pero después me excluyó. Quiso irritarme intencionadamente tratándome como una engreída presuntuosa.

Dupree la observó en silencio y Amaia estuvo segura de que había cometido un error y de que no iba a contestar, pero entonces él dijo:

—No me he equivocado. Durante la conferencia necesitaba su atención y después su rabia para que la volcara en su informe, y lo consiguió. Tiene razón en algo: no es casual que la conferencia se centrara en el inspector Scott Sherrington y en las víctimas ocultas. Durante semanas he sospechado que podríamos estar ante un caso de esta índole; las revelaciones de las últimas horas han permitido un nuevo enfoque. Trabajaremos en esta hipótesis.

—¿Por qué yo?

El gesto del hombre se endureció.

—No se equivoque. Lo primero es el caso, y si hoy está usted aquí es

porque creí que su aportación podría sernos útil.

—Sé perfectamente cuál es mi lugar; soy subinspectora de homicidios, conozco las prioridades. Es usted el que parece equivocarse. Antes, en el escenario del crimen, me ha recriminado como si hablase con un cadete de su academia. Puede que no me haya formado en el FBI, pero domino el procedimiento y sé conducirme en la escena de un crimen. De cualquier modo, su explicación no responde a mi pregunta.

Dupree se volvió molesto; pareció que se iba, pero se giró de nuevo hacia ella y le espetó sonriendo, incrédulo.

—¿Lo dice en serio? Ha entregado un informe escrito en unos cuantos *post-it*. Ha conseguido sacar de quicio incluso a Johnson, que debe de ser el tipo más pacífico del mundo. No voy a responder a su pregunta, quizá lo haga algún día, pero no hoy. Hoy ha sido una herramienta esencial, pero no precisaba saberlo. Estoy seguro de que no habría funcionado de igual modo de haberlo sabido. Creo que habríamos perdido su irreverencia cuestionando al forense... y su animosidad junto al tejado.

—Usted no me conoce —objetó ella.

—En eso tiene razón. Y para eso estaba aquí hoy, necesitaba saber cuánto era pose y cuánto era talento, destreza y sobre todo inteligencia. —Sonrió malicioso—. Y además quería comprobar esa especie de petulancia que le aflora cuando sabe que tiene la razón.

Amaia frunció el ceño.

—Como ahora mismo... —remató Dupree.

—¿Petulancia?... —Movi6 la cabeza desengañada, ahora lo entendía todo—. Emerson se lo dijo... —susurró vencida.

Dupree se dio la vuelta y camin6 en direcci6n al grupo de investigadores que esperaban junto al acceso a la casa.

—Emerson no es importante. Recuerde entregar su informe antes de las ocho. Tres perfiles, Salazar.

Herramienta

Academia del FBI, Quantico, Virginia
Viernes, 26 de agosto de 2005

Las horas pasaban con extraordinaria lentitud. Había revisado mentalmente su informe hasta la extenuación. Cuando llegó la pausa para comer decidió que no tenía apetito, pero aun así acompañó al grupo de policías europeos hasta el comedor. En la entrada de la cafetería se cruzó con el agente Emerson, que salía. Amaia le saludó, pero Emerson volvió la cabeza, despectivo, sin molestarse siquiera en fingir que no la había visto. La tarde transcurrió entre una clase sobre mafias internacionales y otra relacionada con delitos por vía marítima, transporte internacional y control portuario de contenedores. Su atención no había mejorado, pero lo que la hacía sentir realmente molesta era tomar consciencia de que según avanzaban las horas se había ido deprimiendo porque no dejaba de oír la voz que, como un eco, repetía que había cometido un error. El modo en que había planteado su informe, las conclusiones sobre el perfil. Se había negado a escuchar a Dupree cuando le recriminaba su engreimiento y estaba segura de haber firmado su propia sentencia al atreverse a decirle lo que pensaba. Ahora era consciente de cómo se habían entretenido con ella como un gato se entretiene con un ratoncillo. Igual que el felino, se habían divertido forzando su ímpetu, sus ganas, y ahora la abandonaban cansada, dislocada, con la cabeza llena de imágenes, crímenes, autopsias, fotos, datos... Dupree había sido claro. «Lo primero es el caso.» «Hoy ha sido una herramienta.» Se sintió agotada, trasnochada, como el niño superdotado al que sus padres permiten acostarse tarde, pero al que obligan a tocar el piano para sus invitados.

Removió la comida en su plato durante la cena fingiendo sonreír ante las ocurrencias de sus compañeros de mesa. Se retiró temprano y regresó al dormitorio que compartía con la inspectora alemana. Se sentía exhausta, necesitaba dormir, pero el caso no dejaba de dar vueltas en su cabeza. Miró a Gertha, que se había dormido boca arriba y roncaba con suavidad. Abandonó el libro que tenía en las manos y cubrió la luz con un pañuelo pensando que esa noche tampoco pegaría ojo. Al cabo de un minuto dormía profundamente.

En medio del sueño se colaron unos golpes en la puerta, que fueron reales y la despertaron, junto a la voz de un hombre que la llamaba por su nombre. La luz de la mesilla aún permanecía encendida. Se incorporó mientras se deshacía de los restos del sueño. Se puso en pie y avanzó hacia la puerta volviéndose un instante para tranquilizar a Gertha, que había entreabierto los ojos.

—Duerme, es para mí.

Obediente, Gertha se giró de medio lado y continuó durmiendo. Amaia abrió, y en ese instante fue consciente de que iba en camiseta y bragas. Entornó la puerta y asomó la cabeza por la abertura.

—Acompáñeme —dijo el hombre sin evidenciar de ningún modo que acababa de verla en ropa interior—. El agente especial Dupree quiere hablar con usted.

Se vistió deprisa.

El intrincado recorrido hasta el despacho de Dupree le pareció más confuso en la quietud de la noche. Una aparente calma que quedó rota en cuanto el ascensor se abrió en el primer sótano. La actividad en torno a las mesas de la Unidad de Ciencias del Comportamiento era escasa. Al pasar miró de reojo la silla en la que había esperado en su anterior visita. El agente la condujo al despacho directamente.

El agente Johnson, tan fresco como si hubiera dormido ocho horas, se levantó del sillón que ocupaba tras la mesa de Dupree y se inclinó hacia delante tendiéndole la mano. Se sentó de nuevo y no dijo una palabra más, aunque se dedicó a observarla sin disimulo. Dupree estaba en pie, frente a un mapa y en mangas de camisa. Se volvió hacia ella saludándola y sin más ceremonia preguntó:

—Salazar, ¿ha estado al tanto de los informes meteorológicos de los últimos días?

Amaia pensó que era imposible no haberlo hecho, no solo por las

connotaciones del caso. En las últimas horas todos los informativos del país hablaban de lo mismo.

—Sí, he visto los noticiarios.

—El 23 de agosto una gran depresión se formó sobre Bahamas, el 24 recibió el estatus de tormenta tropical bautizada como Katrina y ayer tocó el sur de Florida como huracán de categoría uno, moderado. De momento ha dejado seis muertos, muchos heridos y una extensa zona incomunicada, carreteras cortadas, sin línea telefónica... Nos ha llegado información de que hay varias familias de las que no se tienen noticias desde hace al menos veinticuatro horas... Algunas encajan en el perfil victimológico.

Amaia tomó aire en un suspiro y lo contuvo, como sus esperanzas de intervenir.

Dupree se mostraba cauto.

—Esto puede no significar nada, quizá los evacuaron con los primeros avisos, o se trasladaron a casa de familiares o amigos.

—Pero... —dijo ella, incapaz de reprimirse.

—Pero podría tratarse de nuestro hombre.

—Deberían ir allí —se atrevió a aconsejar.

—Sí, yo también estoy de acuerdo, por eso he enviado a Florida a los agentes Tucker y Emerson. Ya conocemos los protocolos de actuación de las autoridades en estos casos, y no podemos arriesgarnos a que algo se les pase por alto. Esperamos que en unas horas puedan comenzar a informar.

Amaia bajó la mirada y asintió. Era definitivo, estaba fuera. Pero entonces ¿para qué la había llamado Dupree?, ¿solo para dejar claro que no contaban con ella?

—Después de tocar Florida, la tormenta se debilitó bastante al entrar en tierra firme, pero en las últimas horas Katrina ha retrocedido hacia el golfo de México; allí las altas temperaturas la han alimentado convirtiéndola de nuevo en huracán, y sigue creciendo. El centro de control de huracanes nos informa de que en este momento es de categoría tres. El pronóstico inicial indicaba que Katrina se movería hacia el norte entre Florida y Georgia. Sin embargo, avanza hacia el oeste, en dirección a Luisiana.

Amaia sintió un escalofrío que recorrió su espalda. Lo sabía, los noticiarios llevaban todo el día mostrando la evolución del huracán y su gran ojo girando sobre el mar. Los músculos se le tensaron bajo la ropa, lo que

generó un tic involuntario. Sentía las contracciones como un latido ajeno en su hombro derecho.

—La oficina del alcalde de Nueva Orleans nos acaba de comunicar que Ray Nagin ha hecho público que se está planteando decretar la evacuación obligatoria de la ciudad. —El peso y la gravedad de sus palabras parecieron quedar flotando cuando Dupree se calló.

—Irá allí —dijo ella convencida. El temblor de su hombro cesó.

—Yo también lo creo, la diferencia es que esta vez estaremos esperándole.

—¿Estarán?

—Estaremos, si quiere acompañarnos.

Amaia sonrió.

—Sí, claro que quiero.

Dupree le tendió una mano mientras la felicitaba.

—Johnson la escoltará. Debe cumplir el protocolo de seguridad para que le permitan acompañarnos, después le entregarán acreditaciones temporales y un arma. No dispone de demasiado tiempo, en dos horas salimos para Nueva Orleans.

Un sonriente Johnson la escoltó a prestar juramento. Le dieron ropa, un chaleco antibalas, una acreditación temporal y un arma. Regresó a su dormitorio y, procurando no hacer ruido, abrió el armario donde guardaba sus escasas pertenencias. Sonrió mientras pensaba qué se llevaba una a un huracán. Dispuso una bolsa sobre la cama y a su lado comenzó a ordenar su equipo. Cuando lo tuvo todo listo comprobó el reloj y vio que faltaba apenas media hora. Gertha dormía plácidamente. Si la había oído en algún momento, no había dado señales de ello. La miró con ternura mientras valoraba si despertarla o no. No hizo falta.

—O me lo cuentas o vas a explotar —dijo la alemana con los ojos todavía cerrados.

—Me voy a Nueva Orleans con ellos.

Sonriente y somnolienta la estrujó en un afectuoso abrazo mientras la felicitaba.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien —respondió Amaia quizá demasiado rápido.

—Claro... —dijo su compañera poniendo los ojos en blanco—. Y ahora, pequeña Amaia del valle, dile la verdad a Gertha.

Amaia se mordió el labio inferior cerrando un instante los ojos.

—Estoy asustada, Gertha. Me sobra empaque montañés para mantenerme firme, pero esto es de verdad, amiga, no es un ejercicio. Si me equivoco, pueden morir personas reales. No hago más que pensar en esa posibilidad. Me gusta discutir las teorías en un despacho cuando es un ejercicio, pero ayer, cuando vi la herida de bala en la cabeza de aquel niño... Ellos creen que me equivoco... ¿Y si tienen razón?

Gertha le tomó las dos manos y las cubrió con las suyas.

—Escúchame, Amaia. Hace poco que nos conocemos y sin embargo sé de ti cosas que ellos no pueden ni imaginar. Lo que te ha hecho fuerte, lo que te hace frágil y las preguntas que te haces sobre ti, y que de verdad espero que un día llegues a contestar. Eres buena, Amaia Salazar, eres fuerte, y una de las personas más valientes que conozco. Pero sobre todo eres una gran policía. Cuando leí tu historial antes del viaje quedé impresionada. Tienes el instinto de un detective natural, y ese Dupree, que no es tonto, se ha dado cuenta.

—Ya, pero, y si... —replicó Amaia.

—Y si nada. Haz tu trabajo con honestidad. No tengas miedo y mantente firme en tus convicciones. Es lo que Dupree espera de ti, te lo dijo ayer en aquella casa sin tejado, ¿no? Él no quiere otra cosa, y tú no olvides que, por muy agentes del FBI que sean, no eres una de sus cadetes. Fuiste la subinspectora más joven de tu promoción, has capturado a un coleccionista, ¡joder! Y lo hiciste sin ellos y sin toda su sapiencia. Así que levanta la cabeza y ve, Amaia del valle.

Un nuevo golpe en la puerta las interrumpió. Amaia comprobó la hora en su reloj. Faltaban veinte minutos. Abrió la puerta y vio a una mujer uniformada.

—Subinspectora Salazar, tiene una llamada desde España.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Solo podía ser una persona, y si la llamaba allí es que algo malo había ocurrido.

No estaba permitido el uso de teléfonos móviles particulares dentro de las sedes. Se volvió un instante hacia el interior de la habitación y contempló su terminal, que, apagado, reposaba en la balda superior de su lado del ropero. Su gesto debió de ser más transparente de lo que pretendía. Gertha la

miraba preocupada. Intentó sin conseguirlo que su sonrisa la tranquilizase y siguió a la mujer hasta una sala en la que había media docena de cabinas. Entró en la que le indicó y tomó el auricular.

—Tía, ¿estás bien?

La voz dulce y amada le llegó a través de la línea.

—Estoy bien, cariño, no quería asustarte. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Estoy bien, tía, todo va bien, muy bien. Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué me llamas?

Un suspiro cargado de angustia y el tenso silencio al otro lado de la línea. Amaia casi pudo ver a la tía Engrasi sentada en su sillón, junto a la mesita del teléfono. El pelo sujeto en un coqueto moño parisino, la ventana abierta a la brisa del río Baztán que contribuiría a refrescar la cálida noche de aquel agosto en Elizondo.

—Amaia, se trata de tu padre. Está muy enfermo. El domingo pasado tuvo otro ataque, lleva tres días ingresado en el hospital; no te he llamado antes para no preocuparte, pensando que sería como otras veces, pero en las últimas horas ha empeorado mucho.

«No, no.» «No, por favor.»

—Tía...

—El cardiólogo dice que está muy débil y que su corazón no resistirá mucho más. Lo siento muchísimo, Amaia.

«Te lo prometo, no diré nada.»

No sabía qué contestar. Bajó la mirada hasta el tablero que hacía las veces de mesa bajo el teléfono. Había docenas, cientos de garabatos dibujados con distintos bolígrafos. En medio del caos alguien había bosquejado un corazón repasándolo tantas veces que su trazo resaltaba entre todos los demás. Con la punta del dedo índice recorrió los bordes del dibujo hasta completarlo en el puntiagudo ápex.

—Amaia. Cuando tenías doce años te juré que yo siempre te diría la verdad. Hoy me gustaría poder mentirte, pero cumpliré mi promesa. —La voz firme de Engrasi se quebró un poco—. Amaia, tu padre se muere. Si quieres despedirte de él tendrás que regresar ahora.

Ápex

Elizondo

A Amaia le pareció raro que la tía Engrasi la mandase a acostar tan temprano. Después de cenar y lavar los platos, la dejaba ver la televisión, no demasiado, porque a Engrasi le gustaba leer por la noche, y cuando llegaba la hora en que la niña se iba a la cama, ella solía retirarse también. Por eso Amaia fingió estar dormida cuando al cabo de un rato oyó crujir la tabla en el pasillo frente a su habitación. La puerta se había entreabierto lo suficiente para dibujar una porción blanquecina de luz en la oscura madera del suelo del dormitorio. Entonces oyó la llamada en la entrada principal. Salió del dormitorio de puntillas y, dando un saltito para evitar pisar la tabla que crujía en el pasillo, se acercó a las escaleras. Las amigas de la tía Engrasi acudían por la tarde a jugar la partida de cartas, pero nadie había venido jamás a casa tan a deshoras. Engrasi abrió la puerta y saludó. A Amaia el corazón le dio un vuelco de alegría al reconocer la voz de su padre. Iba a lanzarse corriendo por las escaleras, para abrazarlo, pero se frenó en seco.

—He venido en cuanto he podido, la verdad es que por teléfono me has asustado.

—Hay problemas, Juan. Es Amaia —dijo la tía muy seria.

La niña contuvo el aliento mientras las palabras impactaban en ella como agujijones de avispa. ¿Problemas con ella? No entendía. Intentaba portarse bien, pero parecía que los conflictos la perseguían. Esperó hasta que su padre y su tía entraron al salón para bajar el primer tramo de la escalera. Se sentó en la parte oscura y escuchó atenta, mientras con el dedo índice repasaba el caprichoso dibujo de la veta de los pasamanos. Algo parecido a un corazón.

La voz de su padre era firme.

—Si vas a insistir en lo de mandarla a estudiar a Pamplona, vuelvo a decirte que no. Bastante duro es para mí que la niña no pueda vivir en casa. Sabes cuánto trabajo tenemos en el obrador, si se traslada a Pamplona sería muy complicado poder verla. Mientras siga en el pueblo, al menos la veo cuando va y vuelve del colegio.

Amaia cumpliría pronto doce años, pero su nivel académico era superior. Ya la habían adelantado dos cursos y el próximo mes de junio terminaría la escuela. No quería ir al instituto del pueblo. Ya la miraban como un bicho raro por estar en octavo cuando debería ir a sexto. Uno de los profesores le había hablado de un internado en Pamplona. Un lugar donde niños más pequeños que ella asistían a cursos superiores sin que esto supusiera una extrañeza para nadie. Un lugar donde no desentonaría. Había regresado a casa, contenta e ilusionada, con el tríptico del centro escolar en la mano. Inicialmente, esta posibilidad había desconcertado un poco a la tía, pero, como siempre, había acabado por ponerse de su parte, consciente de lo crueles que podían llegar a ser los otros chicos con la empollona de la clase. Juan también lo sabía, se sentía extraordinariamente orgulloso de su hija, pero no quería ni oír hablar de la posibilidad de que Amaia estudiara fuera del pueblo.

—No tiene nada que ver con eso. —La voz de Engrasi sonaba tensa, preocupada—. Es bastante más delicado.

Juan esperó envuelto en un silencio grave.

—Hace un par de semanas, después de lavarse el pelo, la estaba ayudando a desenredárselo. Sin querer le hice daño con el peine en la cicatriz.

El padre contuvo el aliento. Sentada en la escalera, Amaia levantó la mano derecha para palpar la hendidura y el reborde rugoso bajo su cabello.

—La niña se llevó la mano a la cabeza y me dijo: «¿Qué tengo aquí, tía?». Yo le contesté: «Es la cicatriz, cariño». Entonces ella me preguntó: «¿Qué cicatriz?». Solté el peine y la miré a la cara para convencerme de que no me tomaba el pelo. Le contesté muy seria: «Es la cicatriz del golpe que recibiste en la cabeza». Amaia sonrió y me dijo como si nada: «Debía de ser muy pequeña, porque no me acuerdo». La interrogué durante mucho rato, con todo el cuidado para no revelar nada y dejar que ella fuese desvelándolo. Hasta le dije: «Fue en el obrador, ¿no te acuerdas?». Ella sonrió y me contestó: «Estaría haciendo alguna trastada, era muy *bitxito* de pequeña». No recuerda nada, Juan. Lo ha olvidado por completo.

El suspiro de Juan fue de alivio.

—Qué quieres que te diga, hermana, quizá es mejor así. He rezado tanto rogando que aquello no hubiera ocurrido.

Cuando Engrasi volvió a hablar su tono se había endurecido.

—Eres como un avestruz enterrando la cabeza y fingiendo que no pasa nada. Pues deja que te diga que Dios no borra las cosas que ya han sucedido, por más que reces. Y no, no es mejor así. Pareces no entender la gravedad de lo que te estoy contando. Aquella noche Amaia sufrió un grave traumatismo en la cabeza. No puedes saber de qué importancia, porque no la llevaste al hospital, te fiaste de lo que dijo ese medicucho amigo tuyo y preferiste aceptar su criterio sin discutir ni saber más.

Juan no contestó. Reaccionaba así cuando estaba sobrepasado. Amaia casi pudo verlo: las manos en los bolsillos, la mirada al suelo.

—Después de un traumatismo de esta gravedad pueden presentarse daños neurológicos, incluso años después de haberse producido.

—Pero si es muy lista...

—Ese tipo de daño no tiene que ver con la inteligencia. Es silencioso, puede permanecer agazapado mucho tiempo hasta que decide mostrarse, y entonces todo va muy rápido.

Al principio no oyó nada. Después un suave jadeo. Amaia contuvo el aliento, abatida. Su padre estaba llorando.

—Tenemos que llevarla al médico —sollozó él.

—Ya lo he hecho yo. El doctor Munguía es uno de los mejores neurólogos del país y pasa consulta en Pamplona, en la clínica universitaria. Estudió conmigo y es un buen hombre.

Amaia reconoció el nombre. Le había gustado aquel médico.

—No aparecía ningún daño neurológico; de hecho, me dijo que Amaia tiene una inteligencia muy por encima de la media, aunque para eso no me hacía falta acudir a ningún especialista.

—Es una buena noticia —dijo cauto su padre—. ¿No?

—Juan, a veces las personas que han sido víctimas de un gran trauma desarrollan una defensa que les protege del sufrimiento. Creo que eso es lo que le sucede a Amaia. Está sufriendo mucho.

Las palabras de su padre le llegaron ahogadas, como si se hubiera cubierto el rostro con las manos.

—Todos hemos sufrido.

El tono de Engrasi se elevó de nuevo.

—¡No me jodas! —exclamó con toda su rabia.

Amaia dio un respingo sentada en la escalera. Era la primera vez que escuchaba a la tía Engrasi hablar así.

—Amaia sufre y tú eres responsable, por eso te he hecho venir. Porque tienes que acabar con esto de una vez.

—¿A qué te refieres?

—Amaia siempre ha sido una niña tranquila, le gusta leer y estar aquí conmigo. Estudia mucho, todo el rato está haciendo tareas escolares, aunque no se las manden. Pero hace meses que ni sale a jugar ni va con sus amigas. Se limita a ir de casa al colegio y del colegio a casa, y, por más que la empujo, se niega a salir. La semana pasada la mandé a la farmacia a hacerme un recado. Por la noche, cuando la estaba acostando, me preguntó si estaba aquí castigada. ¿Te puedes imaginar mi asombro? «Por supuesto que no, cariño, ¿de dónde sacas tú eso?» Entonces me dijo que unas mujeres la habían reconocido y le habían preguntado si ya se portaba mejor. Ella, la pobre, contestó que sí. Las mujeres continuaron hablando y una le explicó a la otra que Amaia vivía conmigo porque era una niña díscola, que robaba y contestaba a sus padres, pegaba a sus hermanas y había llegado a levantar la mano a su propia madre. Necesitaba un castigo. Inicialmente habíais pensado en meterla en un colegio interno, pero a Rosario le daba pena, así que la habíais enviado a vivir conmigo.

Juan, sobrepasado, no supo qué contestar.

Engrasi continuó:

—Mis amigas del mus no habían querido decirme nada por no darme el disgusto, pero todas habían oído el *ttuku-ttuku* hacía tiempo. Sospecho que esa puede ser la razón del encierro voluntario de Amaia, y que quizá no fuera la primera vez que alguien increpaba a la niña. Juan, dime que no sabías nada de esto.

No pudo oír bien las primeras palabras de su padre.

—Salí del obrador y oí a Rosario que les explicaba algo parecido a unas clientas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tiempo, quizá algunos meses...

La voz de Engrasi se alzó temblando de rabia e indignación.

—¡Y te atreves a decir que sufres! ¿Cómo consientes que tu mujer vaya diciendo por ahí que la niña es mala? —En el tono de Engrasi la compasión

reemplazó a la rabia—. ¿Sabes qué me preguntó ayer?: «Tía, si me porto muy bien, ¿crees que me dejarán volver a casa?».

Su padre lloraba.

—La pobre niña ha construido una barrera alrededor de su dolor, una barrera tan fuerte y tan alta que no le permite recordar lo que le hicisteis, solo quiere ser amada, solo quiere ser normal. —El desprecio era evidente en la voz de Engrasi—. Y esta niña extraordinaria tiene que sufrir en la calle la vergüenza de que la señalen. Para ti su amnesia es un alivio. Pero es una tumba, una tumba abierta a sus pies que terminará por tragársela tarde o temprano.

—No digas eso, Engrasi, ya conoces cómo es el pueblo: nadie habla, pero todo el mundo lo sabe todo. Te juro que reñí a Rosario cuando la escuché decir esas cosas, pero ¿qué quieres que haga? Está muy enferma, Engrasi. Es buena madre con Flora y con Rosaura; el médico dice que no es consciente del daño que le hace a Amaia.

—Pero tú sí. Tienes que parar esto.

—¿Cómo? —gritó él desesperado.

—Diciendo que no es verdad. Prohibiéndole hablar así. ¿Cómo puedes permitirlo? —dijo Engrasi asqueada.

Él se puso en pie, la tomó de los hombros y la zarandéo.

—¿Y qué quieres que les diga? ¿Que he tenido que sacar a mi hija de casa porque de lo contrario ya estaría muerta?

En el interior de una cabina telefónica en Quantico, Amaia reparó en que inconscientemente había estado repasando el dibujo que algún cadete había hecho sobre el mostrador, y que cientos de manos habían contribuido a engrosar. Detuvo la punta de su dedo índice en el ápex de aquel artístico corazón tan parecido al que solo con once años se es capaz de adivinar entre las vetas de la madera. Desde muy lejos le llegó la voz amada de su tía.

—Amaia...

—No voy a ir, tía.

Sensación térmica

Nueva Orleans, Luisiana

Madrugada del sábado, 27 de agosto de 2005

La oficina del FBI en Nueva Orleans se encontraba justo en el extremo del parque Pontchartrain, junto a la base naval y su aeropuerto. Aunque el plan inicial era aterrizar en el aeródromo militar de Lakefront, la evacuación de las familias de los marines y del personal civil de la base, unida a los retenes de emergencia que llegaban como refuerzo para el huracán, imposibilitaron el acceso al aeropuerto. Después de obligar al avión a dar un par de vueltas sobre el lago Pontchartrain, en el último momento se decidió aterrizar en el aeropuerto civil Louis Armstrong, en Kenner, una opción que en principio se había descartado precisamente para evitar el intenso tráfico aéreo civil que sacaba a las miles de personas que huían de Nueva Orleans. Suponía un fastidio, porque la sede del FBI estaba muy cerca del aeropuerto de la reserva naval, y era previsible que las carreteras estuvieran tan atestadas como el aeropuerto Louis Armstrong. Sin embargo, antes de aterrizar los informaron de que habría dos agentes del FBI con sendos coches para trasladarlos hasta la sede central. Y eso les daría la oportunidad de entrevistarse con el director del aeropuerto, que los esperaba para informarlos.

La primera impresión al bajar del avión en Nueva Orleans fue térmica. Todavía no había amanecido, aunque la luz plateada del alba comenzaba a perfilarse en el horizonte, pero ya en la escalerilla, Amaia percibió la cálida humedad que perló su piel con una fina capa de sudor. Dos agentes vestidos con sus distintivos trajes esperaban a pie de pista, los puños impolutos de sus camisas blancas asomaban por las mangas de las americanas. Amaia vio cómo se giraban levemente de lado para ajustar las corbatas que habían llevado flojas hasta ese instante. Conteniendo el impulso de abanicarse con la carpeta

que llevaba en la mano, se preguntó cómo soportaban el traje con aquella temperatura. Los agentes vinieron a su encuentro e intercambiaron saludos mientras informaban a Dupree.

—Señor, tal y como pidió hemos recabado todas las listas de pasajeros que han entrado en la ciudad, tanto a través de este aeropuerto como de los más cercanos, poniendo especial atención en los pasajeros que alquilaron vehículos al llegar, por si el sospechoso hubiera decidido trasladarse desde otra ciudad cercana en coche hasta aquí.

—¿Tienen el registro del censo que les pedimos? —preguntó Dupree.

El agente respondió con un gesto ambiguo.

—El ayuntamiento se ha mostrado todo lo colaborador que se podría esperar en un momento así. Están desalojando a la mayoría del personal, pero nos ha facilitado el censo y ahora mismo tenemos un equipo trabajando, cotejando y extrayendo los datos para elaborar la lista que ha pedido. Todavía nos llevará unas horas, y aun así debo avisarle de que no será completa.

Amaia quedó impresionada por la cantidad de gente que había en el área de llegadas, pero se dio cuenta enseguida de que la terminal del pequeño aeropuerto era insuficiente para contener a los viajeros que partían, que se amontonaban en ruidosos grupos familiares, sin perder ni un instante de vista las pantallas que anunciaban los embarques.

Cruzaron la terminal cargados con sus propias bolsas y sorteando a los niños que, hastiados por la larga espera, se habían tumbado en el suelo. Algunos dormían.

—Miren cómo está esto, y acaba de amanecer —comentó uno de los agentes—. Se espera que durante el día lleguen miles de personas. Imagino que ya lo saben, pero es la primera vez en la historia de Nueva Orleans que se decreta una evacuación total.

En algún momento, mientras estaban en el interior del aeropuerto, terminó de amanecer. El sol se había alzado calentando con fuerza la chapa de los oscuros coches oficiales a pesar de que aún era muy temprano. Dupree se detuvo junto a la puerta del conductor de uno de los vehículos y se dirigió a los agentes de Nueva Orleans.

—Ustedes pueden regresar a la sede, colaboren para agilizar esa lista a partir del censo. Recuerden que hay que prestar atención a las edades que les hemos indicado, a nuestro hombre no le importa tanto que sean familiares

directos como que puedan interpretar el papel. En cuanto la tengan, envíemela. El agente Johnson y la subinspectora Salazar vienen conmigo.

—Señor... Teníamos orden de conducirles a la sede, el director Peterson está esperando...

—Díganle a Peterson que me reuniré más tarde con él; ahora —dijo mirando su reloj— tengo una cita con el capitán Forneret, de la policía de Nueva Orleans. Imagino que no estará de muy buen humor con el follón que tiene hoy, así que será mejor que no le haga esperar —concluyó tendiendo la mano abierta, en la que, a regañadientes, el agente depositó las llaves del todoterreno.

Para su sorpresa, la Interestatal 10 en dirección a la ciudad estaba desierta. Avanzaron despacio, impresionados por la apocalíptica sensación de la carretera vacía. En contraste, el carril izquierdo se encontraba abarrotado de vehículos que apenas lograban avanzar dirigiéndose al sureste. La caravana se desplazaba como una serpiente herida en medio de una caótica confusión, en la que las voces humanas y el sonido de los cláxones superaban al ruido de los motores. Cada pocas millas eran visibles las luces azules de un coche de policía. Los agentes se afanaban en tranquilizar a la gente que se arremolinaba en torno a ellos reclamando que se abrieran nuevos carriles.

Sin embargo, según se aproximaban al centro, la sensación de normalidad se fue afianzando, y al girar hacia el Barrio Francés el pulso de la ciudad recuperó definitivamente su cordura, todo lo contrario de lo que parecía suceder en el interior de la comisaría del Distrito 8. Todos los policías de Nueva Orleans parecían estar de servicio a la vez. Al pasar ante las distintas salas observaron que se estaban celebrando varias reuniones para los patrulleros dirigidas por el Centro de Control de Huracanes y por la Agencia Federal para el manejo de emergencias. Aun así, les alegró comprobar que Dupree se había equivocado respecto al humor del jefe de policía aquella mañana. De pie junto a su mesa, hablaba por teléfono ligeramente inclinado mientras tomaba notas. El jefe Forneret colgó el auricular al verlos entrar, rodeó la mesa y abrazó a Dupree como a un viejo amigo, pero como a uno que hace tiempo que no ves y sospechas que ha estado en la cárcel. Los dos hombres se soltaron del abrazo, pero el policía continuó un rato estudiando al agente del FBI con una mirada cargada de intención.

—No pensé que volvería a verte por aquí o, mejor dicho, no pensé que te dejarían volver. —Hubo algo en su tono que delató auténtica extrañeza y una pizca de desconfianza.

—No estoy aquí de vacaciones.

—Y ha tenido que ser ahora, con un huracán a las puertas de la ciudad... —De nuevo aquella nota de fascinación en su voz.

—A nuestro hombre le van los desastres naturales.

—Y no tiene nada que ver con Samedi... —dejó caer el jefe de policía.

Dupree endureció el gesto mientras le miraba retador.

El jefe intentó mantenerle la mirada, pero solo aguantó un par de segundos. Suspiró mientras fingía ordenar unos papeles en su mesa.

—No te lo tomes a mal, es mi deber preguntar.

Amaia miró a Johnson, pero el agente había bajado la vista y la dirigía al suelo. Los labios apretados en un gesto de respetuosa contención. Sin duda, él sabía a qué se referían.

Dupree se dio cuenta de que Amaia los observaba y pareció que eso le hacía sentirse más incómodo.

—Me encantará que continuemos nuestra conversación más tarde, pero ahora debemos trabajar; imagino que tú tienes mucho que hacer. ¿Tienes lo que te he pedido?

El jefe de policía pareció aliviado al tener un resquicio por donde escapar de la incomodidad que se había creado.

—Sí, por lo que me ha dicho el superintendente, parece que esta vez buscáis un tipo malo de verdad. Tengo lo que has solicitado, y te advierto que me cuesta mucho desprenderme de alguien como Jason Bull en este momento.

—Compuso un gesto cercano a la advertencia—. Dupree, te habría ayudado igual, aunque no hubiera llamado al superintendente, pero ya que has dado ese paso, espero que cuando esto acabe incluyas en tu informe una detallada explicación poniendo énfasis en la importancia de la colaboración de este departamento para la resolución del caso.

Dupree lo miró muy serio.

—Cuenta con ello.

El jefe se colocó tras su mesa y alzó el teléfono mientras murmuraba.

—Sí, sí, sí, ya sé cómo sois los de Washington: luego, si te he visto no me acuerdo —dijo sonriendo a medias.

Aparecieron dos hombres en la puerta del despacho. Ninguno aparentaba

más de treinta años; uno era blanco y el otro afroamericano; atléticos, musculosos, vestían tejanos ajustados y camisetas negras, y calzaban deportivas de marca. Ambos portaban sus pistolas en la cintura del pantalón. De no ser por el chaleco antibalas y el logo que los identificaban como policías de Nueva Orleans, Amaia los habría tomado por los protagonistas hollywoodienses de una serie policial de moda.

—Pasad, chicos —dijo el jefe Forneret dirigiéndose a ellos—. Os presento al agente Dupree y a su equipo. Es el FBI del que os he hablado, trabajaréis en colaboración con ellos durante los próximos días. Agente Dupree, agentes... Les presento a mis dos mejores policías de asalto. Los detectives Bill Charbou y Jason Bull. Bill y Bull. Pertenecen a la Unidad de Investigación y de Delitos contra las personas. Esta pareja ha detenido a más delincuentes que todo el resto de la comisaría junta. Conocen las calles y los callejones. A los traficantes y a sus clientes, a las putas y a sus chulos, y, por supuesto, a los informadores. Si tuviera un hijo les confiaría su vida, si tuviera una hija la mantendría bien lejos de estos dos —dijo sonriendo.

—¿Policías de asalto? —se extrañó Amaia cuando les tendía la mano. Charbou sonrió mientras iba saludando.

—Es como se llama en Nueva Orleans a las parejas de detectives que se mueven en los bajos fondos. De asalto, porque siempre estamos listos para actuar. En nuestro teléfono tenemos en marcación rápida a todos los jueces del estado para obtener órdenes a toda pastilla. Nunca llevamos uniforme y jamás nos quitamos el chaleco antibalas; en los lugares donde nosotros nos movemos llevarlo puesto es lo que marca la diferencia entre regresar a casa del trabajo o no.

Amaia alzó una ceja, escéptica ante tanta testosterona, mirando cómplice a Johnson, que sonrió mientras se disculpaba y salía de la oficina a atender una llamada.

—El jefe nos ha explicado que planean moverse por la ciudad después de la tormenta —abordó Bull, que se había colocado junto a Dupree.

—Así es —confirmó el agente sin mirarle directamente.

—Será un placer colaborar con ustedes —explicó Charbou—. Pero esta ciudad ya es complicada habitualmente, y después de la tormenta es fácil prever que las cosas se pondrán muy difíciles. Estamos a sus órdenes en todo lo concerniente a la investigación, les haremos de guías y cuidaremos de sus

culos, pero en lo que se refiere a la calle, mandamos nosotros. Nosotros entramos primero, nosotros decidimos cuándo entramos. Nosotros decidimos si entramos. La calle es nuestra... —resumió.

Amaia observó a Dupree entre divertida e incrédula. Dupree también se había vuelto hacia Jason Bull. El detective permaneció sereno mientras intercambiaba con Dupree una mirada asentida con un mensaje inconfundible: «todo bajo control».

Johnson regresó e informó:

—Eran Emerson y Tucker desde Tampa. Han logrado establecerse en una sede, pero las cosas se les complican: los servidores de internet han caído, la mayoría de los registros censales en papel están destruidos o muy dañados, y además tienen serias dudas de que estén actualizados; hacen lo que pueden. En este momento están tratando de conseguir un helicóptero que los traslade a las zonas incomunicadas, pero por ahora no hay constancia del fallecimiento de familias enteras. Por el contrario, nuestros chicos aquí han avanzado bastante —dijo mostrando la pantalla de su portátil—. Tenemos una lista bastante definitiva de las familias que coinciden, aunque continúan trabajando con el otro censo de residentes que, como nos explicó el agente esta mañana, no aparecen en el padrón. La lista es más amplia de lo que pensé y las familias están repartidas por toda la ciudad.

El detective Bill Charbou se colocó junto a Johnson para mirar la pantalla.

—Sí, nuestro estado se caracteriza por la cantidad de familias numerosas. La casa materna se convierte en un lugar adonde los miembros vienen y van en distintos momentos de su vida, según fluctúa el trabajo o según las circunstancias personales. En ocasiones se va uno y regresan tres porque se ha casado y ha tenido un pequeño. En la mayoría de los casos no se molestan en volver a inscribirse en el censo. Pero esta lista no les servirá de mucho —dijo señalando la pantalla con el dedo—. Si esperan localizar a una familia que se quede durante el huracán tienen que olvidarse de los barrios ricos; allí la gente ya se ha largado, solo quedan los vigilantes de las empresas de seguridad. Si su asesino busca a una familia que permanezca en la ciudad, no lo hará en el Barrio Francés, ni en Garden District, sino en un barrio más humilde.

Amaia asintió mientras pensaba que, después de todo, tal vez el criterio de Bill y Bull no vendría mal a la investigación.

—¿Podrían señalarnos las zonas donde creen que se quedará más gente?

—Claro —dijo Bill Charbou adelantándose unos pasos hasta colocarse junto a un mapa de la ciudad.

—No es la primera vez que un huracán azota Nueva Orleans, ya lo hemos vivido. Y a pesar de que esta vez se ha decretado la evacuación total, sabemos que hay gente que no se irá, arriesgando así su vida: los que son demasiado pobres —dijo señalando el mapa—, los que son demasiado viejos y no tienen a nadie que los ayude, los que están inválidos, los que ni siquiera tienen coche, que son muchos en Nueva Orleans, y los delincuentes habituales, que se quedarán para dedicarse al pillaje tras el paso de la tormenta. Desde que el alcalde ha ordenado evacuar la ciudad, hay muchos tipos frotándose las manos. Mientras vayan con nosotros, en todo momento llevarán puesto chaleco antibalas, y ¡por Dios!, ¿qué es eso?, ¿Kevlar?, ¿Spectra? —dijo mirando el chaleco prendido de la mochila de Amaia, que había dejado junto a la puerta del despacho—. Llevaréis uno tipo IV como el nuestro, Spectra y Aramida, quince veces más fuerte que el acero, flota en el agua y es resistente a la humedad, reduce el trauma de las balas oblicuas, los tiros múltiples, incluso los disparos de rifle.

—Son los chalecos oficiales, por norma... —protestó Johnson.

—No sé con qué hacen las prácticas de fuego real en el FBI, pero le aseguro que cualquier traficante del tres al cuarto tiene armas capaces de perforar ese chaleco como si fuera mantequilla. ¿Y cree que los traficantes dejarán sus alijos a merced de la competencia por un aviso de huracán? Si pretenden ir por esos barrios llamando a las puertas con sus distintivos del FBI tras el paso de la tormenta, ha de ser con nuestras normas, o no lo haremos —sentenció Charbou.

Dupree cortó.

—Estoy de acuerdo... Señor Charbou, señor Bull. Estoy seguro de que nuestra colaboración funcionará perfectamente —dijo tendiéndoles la mano para cerrar el pacto.

Jason Bull le dio a Dupree un apretón rápido acompañado de aquel gesto de asentimiento que Amaia había visto antes y que, en esta ocasión, confirmó, era de inequívoca señal de alianza y colaboración. Jason Bull y Dupree se conocían de antes. Se preguntaba por qué habían hecho aquel paripé de presentaciones y saludos.

Bill Charbou miró a su compañero buscando apoyo y compuso una mueca de profunda decepción antes de tenderle la mano a Dupree.

—Bill y Bull, olvídense de «señor esto» y «señor aquello» —dijo Charbou disgustado—. Bill y Bull. Así es como nos llaman aquí, así es como nos conocen en las calles.

De nuevo aquel gesto de disculpa ante Dupree de parte de Jason Bull. «Confirmado», pensó Amaia.

—Como deseen, Bill y Bull —concedió Dupree.

Satisfechos, los policías se saludaron y se volvieron de nuevo hacia el mapa.

—Bill y yo hemos estado hablando de que el lugar más conveniente para pasar la tormenta es la estación de bomberos de Lake Marina Tower. En la parte superior se aloja el servicio de emergencias del 911; dada la importancia de atender un posible aviso de disparos con premura creemos que es el mejor sitio. Ya hemos hablado con el coordinador de emergencias y con el jefe del parque. Contamos con un todoterreno y la unidad de salvamento portuaria nos ha cedido una zódiac. Pero si las cosas se complican, que se complicarán, ellos cuentan con camiones y vehículos adaptados, el dispositivo adecuado y hasta con helicóptero. En este momento varias patrullas de esta comisaría han recorrido los barrios informando y alertando a los vecinos que no se van del peligro de la tormenta. Nos sirve para hacernos una idea bastante clara de en qué zona se quedará más gente.

Dupree leyó un mensaje en su móvil y los interrumpió dirigiéndose a Johnson y a Amaia.

—Me indican desde Quantico que nos envían una recopilación de casos que reúnen las características que sugirió Salazar, tentativas o similitudes que quizá tengan que ver con intentos frustrados o ataques que salieron mal en familias parecidas a las que busca nuestro hombre. Johnson, el jefe Forneret le facilitará un despacho donde imprimir todo el material que nos envían. Son seis casos y, además de la documentación, hay bastantes fotografías. Conviene que las tengan impresas en buena calidad. Cuando terminen con eso, los agentes Charbou y Bull los acompañarán hasta el hotel donde nos alojaremos. Comiencen a trabajar con esos casos. Yo me reuniré allí con ustedes más tarde. Señores —dijo dirigiéndose a Bill y Bull— no se separen de ellos ahí fuera.

Dupree salió del despacho seguido del jefe de policía. Se alejaron unos metros de la puerta antes de que el jefe Forneret se detuviera ladeándose para mirar a Dupree a la cara.

—Y ahora en serio, amigo, ¿qué haces aquí?

—Te lo expliqué cuando hablamos por teléfono: vamos tras un asesino de familias. Ha matado en varias ocasiones por todo el país y tiene un extraño gusto por las catástrofes naturales, así que...

—¿Y no tiene nada que ver con el huracán?

—No lo entiendes. Tiene todo que ver con el huracán.

—Mira, Dupree, voy a serte sincero. Cuando el superintendente me llamó para decirme que vendrías, no me hizo demasiada gracia. Con un huracán a las puertas, tengo en una sala a los de la Agencia de Catástrofes que han venido a la ciudad con un plan para dividir a mi gente entre el cierre de carreteras y la respuesta rápida; en otra, a los de la Cruz Roja habilitando refugios; nosotros estamos teniendo que coordinar todo el despliegue, y de pronto apareces tú. Tienes que entender que después de lo que sucedió la última vez, no las tenga todas conmigo. Cuando pase el huracán vamos a tener dos o tres días muy malos. Todo el mundo está nervioso, nunca faltan agoreros anunciando el fin del mundo, la gente es supersticiosa con estas cosas, y lo que menos me hace falta es que se desate el pánico como la última vez. Así que si tienes intención de resucitar viejos fantasmas...

—Han pasado diez años —murmuró seco Dupree.

—Tienes razón, han pasado diez años, y ninguno de los que nos vimos implicados lo hemos olvidado.

—Es un caso totalmente distinto, no voy a repetir los pormenores, me consta que el superintendente ya te ha explicado que las órdenes vienen directas de Washington —recitó Dupree cortante.

El jefe se puso las manos en las caderas y bajó la mirada al suelo. Suspiró.

—Está bien, quiero confiar, quiero creer que no tiene relación con Samedi, pero a cambio quiero que me prometas no acercarte por Terrebonne Parish.

Dupree apretó los labios y prefirió no contestar. Tomó la mano del jefe y con la otra le palmeó el brazo dando por terminada la conversación y caminando hacia la salida.

Forneret siguió a Dupree con la mirada hasta que rebasó la puerta de la

comisaría. Sacó su teléfono y marcó de memoria un número que no guardaba en su lista de contactos.

—Puede que tengamos un problema —dijo a la voz que contestó al otro lado.

Sudario

Nueva Orleans, Luisiana

El agente Dupree caminó durante un rato en dirección sur, pero, al ver pasar el tranvía rojo, cambió de idea y subió a él por gusto, aunque estaba tan solo a dos paradas del lugar al que se dirigía, y el conductor no dejó de advertirle que aquel era el último. Todos los tranvías regresaban a las cocheras. Vio algunos camiones de mudanzas trasladando enseres y mobiliario de los negocios que quedaban vacíos. El sol de mediodía brillaba en lo alto y parecía burlarse de los tableros clavados en los escaparates de algunas de las tiendas de la calle Canal. El interior de los comercios a oscuras tornaba en espejos los escaparates que no habían cubierto. Los cristales oscuros como charcos de lodo devolvían el reflejo combado del tranvía circulando por una de las principales arterias de la ciudad, que, sin estar desierta, delataba una especie de fatiga, de funeral de pobre o de tarde dominical. Se apeó del tranvía frente a Bourbon y se adentró en la calle aplastado bajo el peso del sol. Vio a lo lejos un coche patrulla y, frente a algunas tiendas, los vehículos particulares de los propietarios que amontonaban en los maleteros la mercancía más valiosa. Los restaurantes y los bares estaban cerrados, pero al pasar frente a los locales de *striptease* la música le alcanzó por entre las puertas entornadas. Cada diez pasos la temperatura parecía subir un grado. Valoró durante un rato la posibilidad de quitarse la chaqueta, lo que dejaría a la vista los correajes de las pistoleras que portaba. La presencia humana se limitaba a un grupo frente a uno de los bares, unas manzanas más allá. Una nueva bocanada de aire abrasador le llevó a decidirse. Se quitó la americana y, doblándola con cuidado, se la colgó del brazo. La vaharada pestilente que ascendía desde el suelo era vieja y trasnochada, había calado entre el empedrado y el alquitrán hacía mucho tiempo. Intentando respirar, alzó la

mirada y alcanzó a ver a una anciana que, ayudada por una niña de no más de diez años, retiraba las macetas que adornaban su balcón y las iba colocando en hilera a sus pies. El sol hizo brillar las lágrimas que surcaban su rostro. Dupree tuvo un mal presentimiento. Se sorprendió ante la fuerza del palpito. En ese instante la mirada de la anciana se cruzó con la suya. Ella se lo quedó mirando mientras negaba con la cabeza. Musitó una palabra, antigua, olvidada. Él la leyó en sus labios finos y descoloridos y, pese a la distancia que los separaba, resonó en su cabeza como si le susurrara al oído «Bazagrá». Sintió cómo un escalofrío recorría su espalda. Trató de huir de su influencia, pero notaba la mirada acuosa de la vieja prendida a su espalda. Apretó el paso y cuando alcanzó la primera esquina, antes de girar a la izquierda hacia la calle Ursuline, Dupree cedió al impulso y se volvió solo un instante para mirar sobre su hombro. La anciana levantó una mano seca y pequeña como un viejo guante de piel arrugada y le saludó sonriendo. Sus finos labios dibujaron la fonética de aquella palabra. Dupree la vio oscilar adelante y atrás apenas contenida por la fina piel de su rostro como una criatura viva que la devorase desde dentro. Sintió una aguda laceración en el hombro, donde mucho tiempo atrás hubo una herida, y jadeó sobrecogido por la fuerza del recuerdo, que le obligó a llevarse una mano hasta aquel lugar, medio palmo por encima del corazón.

Llegó al final de la calle y hubo de volver sobre sus pasos, seguro de que se había saltado el lugar adonde iba. No recordaba el número, y los carteles de madera tallada, que normalmente emergían de la fachada casi un metro sobre la calle, habían sido retirados en previsión de que los arrancase el viento. El hueco familiar del escaparate estaba cubierto de tablones de pino recién cortados que olían a resina en sus heridas. Reconoció la tienda por las puertas granates y por sus antiguas contraventanas. Volvió a ponerse la americana. Accionó el pomo de porcelana blanca, que le pareció helada al tacto, y empujó el portón. Un chico y una chica, ambos menores de edad, envolvían el contenido de las estanterías en pliegos de papel blanco y, con delicadeza, lo iban depositando todo en cajas de fruta. Dupree observó que el corte de pelo de ambos era idéntico. Casi hasta los hombros y con el flequillo desfilado cubriéndoles los ojos castaños.

—Está cerrado —dijeron casi al unísono sin abandonar su labor.

Dupree cerró la puerta a su espalda y contestó:

—Vengo a ver a Antoine.

La chica detuvo su tarea y le miró alertada, aunque no por la petición, sino porque hubiera cerrado la puerta.

—Monsieur Meire no está —dijo con voz muy dulce pero atenta a su reacción.

—Seguro que para mí sí que está —dijo Dupree introduciendo la mano en el bolsillo interior de su americana, casi a la vez el chico metió la mano bajo el mostrador, seguramente en busca de un arma. Dupree sonrió y, con exquisito cuidado y utilizando dos dedos, extrajo una funda de plástico que contenía un billete desplegado en su interior asegurándose de que pudieran ver bien al presidente.

—Díganle que Grover Cleveland quiere verle.

Ambos sonrieron mientras se intercambiaban una mirada. La muchacha se adelantó, tomó la funda, la abrió por un extremo y palpó el tacto del papel asintiendo mientras se lo devolvía. Fue el chico quien le franqueó el paso hacia la trastienda con un gesto.

—Bienvenido, señor Cleveland; monsieur Meire le recibirá ahora.

El chico le condujo entre docenas de cajas que se amontonaban contra las paredes; de algunas asomaban abalorios de madera, calaveras de cuencas vacías, toscas muñecas de arpillera con los ojos pespuntados, y de otras escapaba el rico olor de cera de abeja.

—Vudú de pega —murmuró el chico.

—¿Qué?

—Chucherías para turistas —explicó encogiendo un poco los hombros a modo de disculpa mientras lo conducía hacia el fondo del almacén. Lo abandonó frente a una empinada y estrecha escalera que por su longitud debía de ascender al menos dos pisos. No había ninguna luz en todo el tramo, pero al final se adivinaba una claridad anaranjada y polvorienta como si el piso superior estuviera ardiendo. Trepó los peldaños desiguales, que sonaron a hueco bajo sus zapatos mientras pensaba que, como en un barco, lo propio sería descender tal y como se subía.

La estancia ocupaba toda la planta. Y excepto la que había al final de la escalera, no se veía otra puerta o ventana en la sala. El aire apenas se renovaba a través de la media docena de ventanucos, poco mayores que un respiradero, por los que no habría cabido un niño pequeño. Permanecían abiertos, dejando entrar haces de luz solar que, lejos de iluminar, solo servían para poner de manifiesto la cantidad de polvo en suspensión que había en el

lugar. La luz anaranjada provenía de otros tantos candiles de gas que colgaban estratégicamente del techo a la altura de la cabeza de un hombre. Al fondo de la estancia, dos individuos, uno blanco y otro negro, ataviados con batas, guantes y mascarillas, trasladaban, sostenido entre gasas, algo que desde lejos le pareció corteza de árbol o rizomas secos. El olor a tierra, a talco y a flores mustias inundó sus fosas nasales haciéndole relegar a la memoria el hedor de la calle Bourbon. Seguro de que no se habían percatado de su presencia, se dedicó a observar desde la distancia. El hombre negro era Jacques. Que Dupree supiera, había sido el ayudante de Meire, siempre. El hombre blanco era el propio Meire. El bronceado de su rostro se extendía hasta las prominentes entradas, que apuraban el contraste con el pelo blanco y abundante peinado hacia atrás al estilo de Christopher Lee. Meire era ciego del ojo izquierdo. Cuando tenía tres años, jugando por un campo en el que se acababa de cortar el maíz, cayó de bruces y se clavó en el ojo el afilado resto de la planta. No lo había perdido, pero la pupila y el iris quedaron destruidos derramando y mezclando sus colores como los de las canicas que los niños llaman «cubanas». Nana decía que algunas personas ven demasiado y que a veces el destino las compensaba quitándoles un ojo. Nana creía que, en el caso de Meire, comenzó a ver más en el momento en que lo perdió. Antoine llevaba siempre unas gafas de pasta de carey con un cristal de aumento para su ojo bueno y otro sin aumento para su ojo ciego.

Meire y Jacques acarrearón su polvorienta carga hasta una mesa metálica sobre la que reposaba una bolsa abierta. Las gasas adquirieron entidad de sudario cuando las plegaron sobre el arenoso contenido, pero sobre todo cuando cerraron la cremallera de la bolsa para cadáveres. Dupree bajó la mirada y, aunque lo deseó, evitó respirar profundo.

—Siempre tengo la tentación de preguntar cómo los consiguen... —La voz de Meire sonó tan reseca como los restos pardos adheridos a la mascarilla médica que apartó de su rostro con las manos aún enguantadas. Su ojo ciego aparecía distinto a como lo recordaba, quizá con tonos más verdes, y su propietario, consciente de la fascinación que despertaba, le mantuvo la mirada cinco segundos antes de guiñarle el ojo mientras decía—: Muéstremelo.

Dupree le tendió el billete de mil dólares.

—Bueno... —comenzó a explicar Dupree.

—Ni se le ocurra —cortó Meire—, he dicho que suelo tener la tentación, no que caiga en ella. —Extrajo el billete de la funda plástica y con la otra

mano inclinó la lámpara de gas que pendía del techo para verlo al trasluz—. Grover Cleveland, nuestro presidente vigesimosegundo y vigesimocuarto, el único que ha ocupado la Casa Blanca en dos mandatos no consecutivos.

—Puedo garantizarle que es bueno —dijo Dupree.

—Sé que es bueno, aunque lo cierto es que estos billetes no tienen ningún tipo de seguridad, ni bandas, ni marcas de agua. No se estilaban entonces. Pero usted sabía que debía traerlo, no hay tantos como para colarme una falsificación, y además mis hijos nunca le habrían dejado subir si no fuera bueno. —Sonrió—. Me refiero a usted, no al billete.

—¿Son sus hijos? —se extrañó Dupree—. ¿Esos son Caleb y Emma? ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Los recordaba tan pequeños...

Su comentario hizo que Meire perdiera el interés en el billete. Se acercó un paso hacia él y hasta se quitó las gafas mientras escrutaba su rostro.

—Andrew Aloisius Dupree —murmuró como si estuviese viendo a un aparecido. Se acercó otro paso y pareció que le abrazaría, pero en lugar de eso volvió a ponerse las gafas, tomó su mano y la apretó con firmeza entre las suyas—. Ahora sé que es serio; si no lo fuera, tú no estarías aquí.

Dupree apretó los labios y ladeó la cabeza sobre el hombro fingiendo admirar la curiosa variedad de bazar de la anomalía que era aquel sitio. No quería mirar su ojo. Se fijó en las madejas de distintos tonos de cabello humano que pendían como una cortina de un telar sujeto al techo. Sobre una mesa, un cuenco con tapa de corcho repleto de molares. Tarros que contenían bulbosas criaturas blancas, inmóviles en su baño de formol. Cajas de cartón repletas de partes secas de animales, de tierra, de polvo blanco, de polvo negro. Sedosos sudarios que conservaban las marcas rojizas y pardas de los cuerpos que habían envuelto durante años, y que colgaban de perchas suspendidas del techo, como si las almas de sus propietarios aún los habitaran.

—¿Qué necesitas?

Del mismo bolsillo de donde había sacado el billete extrajo una lista escrita a lápiz y se la tendió al hombre. Meire inclinó la cabeza para leer, alzó la mirada dos segundos y estudió el rostro de Dupree.

—Esto no puede ser para ti.

—Y no lo es; es para Nana.

—Nana... —musitó Meire volviéndose hacia el interior de la sala—. ¡Jacques! —dijo levantando la voz y la lista para que el hombre pudiera verla

desde el fondo de la sala donde seguía trabajando—. Espero que no hayas terminado de empacar a *le petit enfant*, el señor Cleveland tiene un pedido y necesitará un trocito.

Ventanas

Nueva Orleans, Luisiana

Johnson cedió a Charbou las llaves del todoterreno negro que seguía aparcado en la puerta de la comisaría del Distrito 8. El de Nueva Orleans silbó admirado al ver el vehículo del FBI.

—¿Está muy lejos el hotel? —preguntó Johnson acomodándose junto a Amaia en la parte de atrás. Bill y Bull habían ocupado los asientos delanteros sin darles otra opción.

—Cinco minutos en coche, diez o doce caminando... —contestó Bull.

A pesar del aire acondicionado puesto a tope, Amaia notaba el calor en su interior, como la promesa de una noche febril o el inicio de un intenso dolor de cabeza. Apoyó la frente en el cristal frío y observó el exterior. Casas coloridas y cuidadas se alternaban con otras no tan bien conservadas. Las *shot gun* tradicionales convivían con la arquitectura francesa y restos de estilo colonial español. Los tableros de pino nuevo destacaban clavados sobre la pintura brillante de algunas viviendas, desportillada en otras, en un intento de proteger las ventanas. Se percató de que no había coches aparcados en la calle. Y no habían visto a nadie, excepto en las inmediaciones de la comisaría. Al alzar la mirada percibió a medias el rostro de una mujer que observaba desde su ventana sosteniendo un visillo de encaje como un abanico plegado tras el que espiaba la calle. Su memoria voló a Elizondo, a la calle Santiago y al millar de veces en su vida en que había visto ese gesto tras una ventana. Estaba segura de que el tintado de los cristales del coche impedía que la mujer pudiera verla, pero, aun así, y obedeciendo a una norma común en el mundo, al paso del coche la mujer soltó el plisado de tela de su mano quedando oculta tras la cortina.

—Se diría que la evacuación ha sido un éxito —observó Johnson sacándola de su ensimismamiento—. No hay gente, apenas se ven vehículos, la mayoría de los vecinos han tomado precauciones para proteger sus casas...

Charbou se giró hacia Johnson y pareció que diría algo, pero no lo hizo; se quedó mirándole tanto rato que, aunque circulaban por una calle residencial, y el coche apenas pasaba de las veinticinco millas por hora, Amaia temió que terminasen chocando contra la fachada de alguna de aquellas casas. Volvió a concentrar su atención en la conducción sin haber dicho una palabra. Fue Jason Bull el que habló.

—Digamos que el Distrito 8 es casi de lo mejorcito de Nueva Orleans. Muy cerca de las zonas por donde pasean los turistas, apenas dos calles más allá en Frenchmen, los bares y los restaurantes se alternan con garitos de jazz, quizá no tan elegantes como los del Barrio Francés, pero lo suficiente como para vender a los visitantes la sensación de que están en la auténtica Nueva Orleans. Todo mentira. Sabemos que deben ir al hotel, que tienen trabajo pendiente y que es importante, pero no podemos sacarlos mañana a las calles si se van a la cama pensando que lo que han visto es Nueva Orleans. No van a poder perseguir a un asesino si no saben por dónde se mueven, y no van a hacerse una idea si no ven algo más. ¡Joder!, si hasta los han alojado en el puto Barrio Francés.

Johnson consultó su reloj, y Amaia estuvo segura de que se opondría a perder el tiempo. Se habían comprometido con Dupree a revisar aquellos casos antes de que él regresara, y, desde que le conocía, Johnson se había revelado como un hombre metódico y ordenado; contravenir las órdenes de Dupree, aunque fuera por unos minutos, debía de parecerle sobre todo muy irregular y extravagante. Pero la miró, asintió dándole por bueno y concentró toda su atención en la ventanilla.

Una vez superada la avenida Simón Bolívar, apenas cinco minutos de viaje en la otra dirección dejaban un panorama muy diferente al del Distrito 8. Charbou redujo la velocidad. Había mucha más gente en las calles. En un esfuerzo de algunos de los propietarios por dignificar sus viviendas, las habían pintado de colores, que en la mayoría de los casos se veían ajados o desvaídos por efecto de años de lluvia y de sol. En otras, los colores aparecían mezclados como si no hubieran tenido suficiente con uno y, a última hora, hubieran optado por continuar con cualquier otro. En la mayoría de las casas la protección contra el huracán era escasa o inexistente. Amaia vio

ventanas con cinta adhesiva en los cristales o cubiertas con papel de periódico. Las precauciones no iban mucho más lejos que guardar los muebles de los porches, aunque en algunos había ancianos sentados, incluso niños. En lugar de tableros de pino dorado, los habitantes de la zona habían utilizado casi cualquier cosa para proteger sus ventanas, trozos de plástico, lonas de colores, maderos sucios de los que pendían clavos oxidados. Las viviendas, similares a graneros alargados, eran más pequeñas y destartadas según avanzaban. Desaparecían los jardines, sustituidos por patios de cemento; las jardineras, por restos de bidones plásticos que hacían las veces de tiestos que sostenían plantas de flores blancas patéticamente exuberantes. Entre las propiedades había descampados donde se acumulaba basura, esqueletos de herrumbrosos coches con todas sus puertas abiertas y la espuma de los asientos asomando como las tripas de un animal atropellado. Al pasar frente a uno de los patios vieron a un grupo de jóvenes que se arremolinaban alrededor de un Buick con el capó abierto. El que estaba más cerca de la calle alertó a los demás. Los chicos se volvieron de manera hostil e instintiva; algunos levantaron el dedo corazón al paso del coche, manifiestamente oficial, mientras los otros jaleaban. Bull se volvió hacia Johnson y Amaia.

—Tengo esposa y dos hijos pequeños; están en Atlanta en casa de mis suegros, que estarán muy contentos de tener allí a la familia y encantados con la oportunidad de recordarle a mi mujer que vivir en Nueva Orleans es una puta mierda. Mi madre está con ellos. He conseguido que toda mi familia se vaya.

—Pero yo no —dijo Bill Charbou—. Tengo una tía, la hermana pequeña de mi madre; es una especie de activista en su barrio y ha decidido no marcharse; está en su casa en el Distrito 9, y nadie va a hacerla moverse de ahí. Tienen que entender que hay mucha gente como mi tía, personas que pudiendo irse deciden no hacerlo. Luego hay otros como esos chicos de la calle. Viven aquí. Esta es su casa, su calle, sus amigos y lo único que tienen. Llevan toda la vida pasándolo mal, esto no va a ser ninguna novedad. La definición no es estar fuera, sino estar a un lado, ignorando el sistema. Se quedan aquí, y créanme que están dispuestos a proteger su calle, su casa y su familia con su propia vida, incluso de quien dice que quiere ayudarlos.

—Pero es un huracán de nivel cinco, puede que alcance el nivel seis. Creo que no son conscientes del peligro que corren. Pueden morir, quizá es que nadie se lo ha explicado... —discutió Johnson.

—Sí, sí, pueden perder la vida —aceptó Bull—. No les importa. Johnson, con todos los respetos, tío, usted viene de fuera, pasa por su calle y ve su poca mierda y piensa... ¿Por esto están dispuestos a morir? Y no se da cuenta de que puede que sea una poca mierda, pero es todo lo que han logrado reunir en su vida. Hace tiempo que aprendí que todo el que viene aquí lo hace desde su prepotencia.

Johnson tomó aire. Parecía dispuesto a contestar, pero Amaia se le adelantó en un intento de apaciguar el ambiente.

—¿Y usted, señor Charbou? ¿Está casado?

El policía rio a carcajadas antes de contestar.

—¿Señor Charbou? No vuelva a llamarme así. Bill, Bill a secas, o Charbou, ¡pero no señor Charbou!

—Bill Charbou no tiene más familia aquí —respondió Bull, ya que era evidente que su compañero no lo haría—. Sus padres y hermanos viven en Baton Rouge. No le queda nadie aquí, excepto su tía. En la ciudad tiene media docena de novias, pero ninguna le quiere tanto como para quedarse a pasar la tormenta con él —dijo fingiendo dolerse del puñetazo que su compañero le propinó en el hombro—. Supongo que a estas alturas ya estarán repartidas por todos los estados próximos durmiendo calentitas en casa de algún amigo.

—¡Agg! —se burló Bill meneando la cabeza mientras su compañero se reía.

Salieron de nuevo hacia Simón Bolívar, atravesaron Marigni y, cruzando Esplanade, entraron en la calle Dauphine.

El hotel Dauphine extendía su fachada anaranjada a ambos lados de la calle, de la que tomaba el nombre. Los portillos de color verde botella en los balcones se alternaban con contraventanas blancas y arcos en la planta baja. Bill detuvo el coche frente a una bóveda abierta junto a la entrada principal y comprobó que, a pesar de la obligatoriedad de abandonar la ciudad, el aparcamiento del hotel estaba lleno. Tres mujeres negras y orondas se movían atareadas tras el mostrador de la recepción. Se encargaron rápidamente de sus reservas e invitaron a Bill y a Bull a esperar en el coqueto bar que lindaba con la recepción mientras una de las mujeres salía del mostrador para enseñar a Amaia su habitación. Bill, que había insistido en llevar la mochila de Amaia, las escoltó hasta la puerta del ascensor y se resistió a ceder la bolsa que la

mujer le arrebató de la mano con firmeza y una sonrisa, al mismo tiempo que le recordaba que él debía esperar en el bar. En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, se volvió hacia Amaia.

—Es muy guapo su amigo, ¿sabe si está soltero? —le dijo.

Amaia sonrió.

—Sí, creo que sí...

La mujer la miró con interés.

—Pues yo diría que usted le gusta.

—Estoy segura de que así es, yo le gusto, usted le gusta, las mujeres que pasan por la calle le gustan... —dijo sonriendo.

—Ya entiendo, un novio de todas..., pues no se preocupe por ellos, estarán bien en el May Bailey's; ahora es el bar del hotel, pero fue uno de los principales burdeles de Nueva Orleans, y el primero en obtener licencia legal para ejercer como tal. Es uno de los lugares más «embrujaos» del Big Easy... —dijo guiñándole un ojo.

Amaia sonrió de nuevo.

—¿Quiere decir que hay fantasmas de prostitutas?

—Damas de descrédito, es así como se denominaban... Tenemos un fantasma, pero no es precisamente de una prostituta. La hermana de la fundadora, la señorita May Bailey, no quería esa vida, soñaba con escapar de aquí. Conoció a un joven soldado que enseguida le pidió matrimonio y le prometió llevársela con él, pero el día de la boda murió en un tiroteo, muy habituales entonces en la ciudad. Dicen que se volvió loca de pena y nunca consiguió salir de aquí. Algunos huéspedes afirman haberla visto con su vestido de encaje blanco llorando en el jardín o en las balconadas.

Las puertas del ascensor se abrieron, la mujer rebasó un incongruente cartel amarillo que alertaba sobre la moqueta del peligro del suelo mojado y se dirigió a la habitación que estaba justo a la derecha. Amaia la miraba con media sonrisa preguntándose cuántas veces habría contado esa historia a los huéspedes del hotel. La mujer se volvió hacia ella y continuó hablando.

—Pero usted no tiene por qué preocuparse por eso, ella solo se aparece a los hombres, quizá sigue esperando a su prometido —dijo encogiéndose de hombros.

Abrió la puerta del dormitorio y se apartó para franquearle el paso. La estancia era amplia y «cremosa». Todo, muebles, cama, paredes, techo, moqueta, era de un satinado color crema al más puro estilo francés. El baño,

con bañera, estaba a un lado, y en medio de la pared exterior reinaba una gran ventana típicamente sureña, con sus hojas de guillotina y una persianilla de tablillas que se accionaba desplazando arriba y abajo una pieza móvil. La mujer abrió la contraventana dejando a la vista la fachada del edificio colindante.

—Lamento no poder ofrecerle una habitación mejor, pero al ser una reserva de última hora y con el hotel lleno...

—Ya me he dado cuenta, creí que con la evacuación...

—Hay mucha gente que ha decidido no marcharse, quieren estar aquí para proteger sus propiedades del pillaje cuando termine la tormenta, y han tomado habitación aquí porque saben que el Barrio Francés jamás se inunda. Lo que no ha logrado toda la historia de Nueva Orleans no lo hará la pequeña Katrina. —La mujer abrió la ventana. La música entró en la habitación. Una banda pasaba por la calle. Amaia asomó la cabeza por la guillotina y alcanzó a ver, por el estrecho margen que le permitía el callejón, un nutrido grupo de músicos que desfilaba a buen paso.

—Músicos —dijo volviéndose hacia el interior—, no creí que quedasen músicos en la ciudad tras la evacuación.

—Hay dos clases de seres que nunca abandonarán Nueva Orleans: los músicos y los fantasmas.

La propietaria se detuvo un instante para encender el televisor en un canal informativo. La omnipresente imagen del huracán girando en bucle sobre el océano apareció en la pantalla. Se giró hacia la puerta asintiendo satisfecha y, al abrirla, se encontró de frente con el agente Johnson. Llevaba bajo el brazo media docena de carpetas con los casos que había impreso en la comisaría. Sin mediar palabra, Amaia le indicó el amplio escritorio junto a la ventana. Ella tomó una de las carpetas y se sentó en la esquina de la cama, cediendo la silla frente a la mesa a Johnson, que antes de sentarse manoteó las tablillas de la persiana para que entrase más luz.

Le llevó veinte minutos descartar los dos primeros casos, de los tres que le tocaba revisar. En el primero, unos falsos técnicos del gas, usando sus credenciales, habían accedido al interior de la vivienda de una familia que se había quedado sin servicio tras un corrimiento de tierras. Maniataron al padre y a la madre y agredieron a la anciana abuela hasta que accedieron a darles la

clave de la caja fuerte. El segundo se trataba de un asalto en plena noche por parte de un grupo de encapuchados que maniataron a todos los miembros de la familia, esta sí coincidía con el perfil de las que buscaban. Robaron, pero también agredieron sexualmente a las mujeres mientras obligaban al marido a mirar. A los críos los mantuvieron todo el tiempo en otra habitación. El tercero se presentaba como un asesinato-suicidio. Ocho meses atrás, en diciembre del pasado año, en Galveston, Texas, Joseph Andrews, de cuarenta y ocho años, había disparado a su mujer y a sus dos hijos, un chico de doce años y una chica de dieciséis, antes de quitarse la vida. Hacía apenas un mes que se habían trasladado desde Sacramento por asuntos laborales, aunque los problemas no parecían estar motivados por cuestiones económicas. Andrews era un ejecutivo reubicado con un significativo aumento de sueldo por su empresa, y vivían en una hermosa casa con embarcadero. La esposa era una famosa decoradora cuyo blog era muy seguido en todo el país, y una gran aficionada al teatro que se había unido a un grupo *amateur* nada más llegar a la ciudad. La foto de la adolescente había sido extraída de una de grupo en su nueva escuela de Galveston, y parecía estar adaptándose bien. Pero el hijo pequeño había ocasionado algunos conflictos y altercados menores con los vecinos. Según el informe, el día de los asesinatos Andrews no fue a trabajar. Los cadáveres fueron encontrados en el interior de la casa por un vecino que pasó a ver si se encontraban bien. El arma del padre fue hallada a su lado.

Había media docena de fotos. Amaia las extendió sobre la cama para mirarlas con atención. Los cadáveres aparecían tendidos en el suelo con las cabezas juntas apuntando a... Era imposible saber por la imagen si apuntaban hacia el norte, y el punteo cargado de tinta de la impresora impedía discernir si había marcas de ataduras. Pero lo que le llamó la atención fue el resto del escenario. Aunque no se mencionaba nada en el informe, todo el salón aparecía revuelto, desordenado, había plantas volcadas, cuadros torcidos. Nada tan llamativo como los efectos de un tornado, pero aun así...

Colocó en orden y sobre la cama las seis fotos del escenario que adjuntaba el informe y cuatro más individuales de los miembros de la familia muy sonrientes. Se preguntó si las habrían tomado de allí.

—Johnson, venga a ver esto —dijo sacando al agente de su abstracción.

Él levantó la cabeza del informe que estudiaba, lo dejó sobre el montón en el escritorio y se acercó.

—Se supone que ese día el padre se quedó en casa para acabar con su

familia. Les disparó a todos en la cabeza y después se disparó él mismo. Pero fíjese en el modo en que están colocados los cadáveres; ya sé que son solo cuatro, y tampoco se aprecian marcas de ligaduras, aunque la calidad de la foto impediría verlas si fuesen sutiles. Según el informe, el padre disparó las cuatro balas con el revólver que aparecía a su lado y que estaba registrado a su nombre.

Johnson tomó una de las fotografías de la superficie de la cama y se la llevó junto a la ventana para verla con detalle.

—¿Menciona si hay otros miembros de la familia que no estuvieran en la casa en ese momento?

—Sí, un hijo más mayor, que cuadra con la edad del perfil que buscamos, fue investigado porque heredó la casa de Sacramento, la de Galveston y bastante pasta, aunque nunca lo tuvieron como sospechoso. Vivía en Sacramento y se comprobó que estaba allí cuando se produjeron los asesinatos. Por lo visto ha estado haciendo bastante ruido en la prensa, contándole a todo el que quisiera escucharle que su familia fue asesinada por un desconocido y que una investigación deficiente cargó a su padre con la responsabilidad de algo que no había hecho.

Johnson tomó el informe de las manos de Amaia y buscó en la última página la referencia del detective que lo había investigado. Marcó el número de Galveston y le dijeron que el detective Nelson había pedido el traslado. Sonrió, marcó de nuevo y puso el altavoz para que Amaia pudiera escuchar la conversación. La voz algo nasal de la agente Tucker se oyó al otro lado.

—Tucker, Salazar te escucha a través del altavoz. ¿Aún estáis en la central de policía de Miami?

—Hola, Salazar, sí, esperamos un transporte que nos lleve hasta las zonas afectadas y de momento incomunicadas. Mientras tanto permanecemos alerta por cualquier aviso de homicidio o de muertes accidentales durante la tormenta. Pero no tenemos demasiadas esperanzas; las líneas telefónicas han caído y las que funcionan están colapsadas. Se han recibido varias alertas por disparos. Las que han podido ser comprobadas son negativas. Tenemos a un par de familias que encajan en el perfil con las que aún no se ha podido contactar y que, según sus allegados, se quedaron en sus casas. Pero, aunque el compositor hubiera actuado ya, podrían pasar horas antes de que nos llegue el aviso.

—Revisando los informes de crímenes que nos han llegado esta mañana,

Salazar ha encontrado un caso de suicidio-homicidio ocurrido hace ocho meses en Galveston. El padre que mata a la esposa y a sus dos hijos y después se vuela la cabeza con su propia pistola. Hasta ahí todo normal, pero tiene otro hijo que no se hallaba en casa y que se acercaría al perfil de familia que estamos buscando. Tengo las fotografías de los escenarios delante, y todos los cadáveres aparecen con las cabezas juntas; no sabemos si señalan al norte porque es imposible establecerlo con las fotografías. Tampoco se aprecia si hay marcas de ligaduras, y el informe de balística se limita a determinar que había residuos del disparo en las manos del padre, y que las balas recuperadas en las autopsias coincidían con el calibre y munición, del veintidós, del revólver que apareció en el suelo a su lado, y que era de su propiedad.

—¿Creéis que puede tratarse de nuestro hombre?

—Es lo que tratamos de establecer, pero para eso es indispensable que hablemos con el detective que llevó el caso. El informe lo firma Brad Nelson, de homicidios de Galveston.

—¿Y?

—Pues que el detective Nelson pidió el traslado a Tampa; por lo visto su esposa es de ahí y está agregado a esa comisaría.

—Estamos aquí mismo. No hace falta que os explique el jaleo que hay en la central, todos los agentes disponibles están en la calle, pero si está de servicio lo localizaré. Quedamos en quince minutos para una *conference call*. Llamad a este número.

Mientras esperaba, Amaia entró en el baño, abrió los grifos del lavabo y metió las muñecas bajo los chorros de agua fresca. La promesa del dolor de cabeza seguía avisando con aquellos golpes de calor. Mojó una toalla y se la aplicó en la nuca.

—Salazar. —Johnson se asomó a la puerta sobresaltándola—. Es la hora.

—Agente Johnson, subinspectora Salazar, el inspector Emerson los escucha a través del altavoz. El detective Brad Nelson está de servicio en este momento, salió con la primera partida de voluntarios hacia la zona del desastre y no es previsible que regrese en las próximas horas. Es imposible establecer comunicación telefónica, pero he hablado con él por radio. De momento esto es lo que me ha dicho: el revólver era un Smith and Wesson del veintidós, el mismo calibre de las balas que extrajeron de los cadáveres. El

detective cree que el empecinamiento del hijo no se debe más que a su incapacidad de aceptar lo que su padre hizo y lo que le sucedió a su familia. Estudia en Nueva Orleans, en la Universidad de Tulane; solo volvió a Galveston una vez tras los asesinatos. Desde entonces la casa permanece cerrada. El chico llama a Nelson todas las semanas para insistir en que hay que reabrir el caso. La última vez ayer mismo y todavía no se había ido. Quizá puedan hablar con él. Se llama Joseph Edwards, como su padre.

Johnson miraba a Amaia esperando su reacción. Ella apretó los labios mientras negaba y se encogió levemente de hombros; no era mucho más de lo que ponía en el informe, podían hablar con el chico, sí, pero el detective tenía razón, lo más probable era que se tratase del puro proceso de duelo y la negativa a asumir un hecho tan terrible.

La voz de Tucker reverberó en la línea.

—También le he preguntado por el desorden en la casa.

Amaia contuvo la respiración.

—Ese día Galveston sufrió los efectos de una tormenta tropical, no fue demasiado importante, no causó muertos ni heridos, solo árboles caídos y cristales rotos. El padre no había ido a trabajar porque la empresa así lo había recomendado a todos sus empleados. Ellos eran nuevos en la ciudad, nunca habían pasado una tormenta en la costa. El detective cree que en algún momento abrieron una ventana durante la tormenta, lo que provocó que los cristales de varios ventanales saltaran por los aires. Los cuerpos no presentaban cortes ni heridas por cristales. Sí que había marcas en las muñecas del padre, creen que autoinfligidas mientras intentaba suicidarse. No hallaron en el escenario bridas, cuerdas ni ligaduras de ninguna clase. Todo el desorden que presentaba la casa fue causado por las rachas de viento que entraban por las ventanas rotas. Al no ser vinculante y tratarse de un hecho separado, no lo incluyeron en el informe. Ha dicho que sin tener el dato delante no se atreve a jurar en qué dirección estaban las cabezas, pero está casi seguro de que era dirección norte.

—¡Joder! —se le escapó a Amaia—. ¿Le parecerá al agente Dupree suficiente emergencia?

Johnson se despidió de Tucker y marcó el número de Dupree. Expuso los últimos hallazgos y escuchó atentamente. Amaia estudió su rostro intentando adivinar cuál sería el siguiente paso.

—Dice que vayamos al campus, pero insiste en que Bill y Bull nos

acompañen.

—¿Cree que seguirán ahí abajo?

—Sí —contestó Johnson mientras recogía las fotografías en una carpeta —, y creo que estarán bien; según la propietaria, el bar fue durante años el burdel de May Bailey, y por lo visto aún conserva cierto encanto sexi.

Amaia asintió sonriendo. Había acertado al pensar que recitaba la historia a todos los huéspedes.

Tristeza sorda y muda

Elizondo

Engrasi se llevó la mano a la cara con gesto de asco mientras manoteaba para apartar los restos de una telaraña.

Llevaba un buen rato arrodillada en la parte más baja del desván buscando los adornos de Navidad. Como solía ocurrir, había encontrado todo lo que no buscaba. Cajas de ropa que vistió una vez por las calles de París, toneladas de apuntes tomados a mano y en francés de sus tiempos como estudiante de psicología; libros que llenaron las estanterías de la casa que compartió con el hombre que amaba. Adornos y recuerdos que una vez significaron mucho y que ahora observaba con la distancia y la nostalgia de una vida vivida en un tiempo anterior, tan lejana e irrecuperable como si por medio hubiese renacido en una nueva reencarnación. Empujó las tapas de cartón y se inclinó para permitir que la luz que alumbraba desde la escalera iluminara su reloj. El tiempo se le había pasado sin darse cuenta. Hacía mucho rato que Amaia debería haber llegado.

Retrocedió hacia la escotilla, y cuando iba a alcanzarla vio un pequeño baúl de madera que también se había traído de París. Suspiró de pronto por la presencia inevitable del contenido de aquella caja. Puso un pie en el primer peldaño y antes de descender el segundo levantó la tapa lo suficiente para deslizar la mano en su interior, tomó el abultado legajo que guardaba y, casi en un arrebató, lo ocultó bajo su chaqueta. Bajó rápidamente las escaleras hasta la primera planta mientras vislumbraba las cajas rebosantes de espumillón verde, justo al otro extremo de la buhardilla. Llamó a la niña con la esperanza de que hubiera llegado como un ratoncillo silencioso mientras ella estaba arriba.

La ventana, tras la que ya había oscurecido, se convirtió en un espejo que le devolvió su propio reflejo: el pelo revuelto, el ceño fruncido de preocupación, el abultado pliego bajo la chaqueta. Debía ocuparse de aquello en primer lugar. Tiró de la cadenilla que llevaba al cuello dejando a la vista una llavecita dorada. Se inclinó hacia el único cajón del aparador que tenía cerradura, lo abrió, depositó el legajo en su interior, volvió a cerrarlo y escondió el llavín bajo su ropa. De la mesita junto al sofá tomó el teléfono y marcó instintivamente. Escuchó las señales de llamada mientras hacía visera con la mano en el cristal para poder ver la calle. Al otro lado de la línea le contestó la voz cálida de su hermano.

—Mantecadas Salazar. Dígame.

De no estar tan preocupada, Engrasi habría sonreído. Su hermano, que toda la vida había contestado al teléfono con una especie de gruñido, se había refinado en los últimos tiempos, influido, sin duda, por su distinguida esposa.

—Juan, ¿está Amaia contigo?

—No, aquí no está.

—Es que no ha llegado aún y estoy preocupada.

—Se habrá quedado hablando con alguna amiga del colegio; como anochece tan pronto parece más tarde, pero solo son las seis y media.

—Juan, ya te dije que la niña viene siempre derecha a casa, a menos que vaya a verte. Pensé que podría estar contigo, quizá jugando con sus hermanas, ¿estás seguro de que no están en el patio de atrás?

—No, Rosario ha conseguido llevárselas pronto a casa con la promesa de que pondrían los adornos de Navidad. Iban encantadas.

Engrasi colgó el teléfono sin contestar a su hermano. Se puso un grueso abrigo mientras deslizaba la llave de casa en el interior del bolsillo y salió a la calle.

Juan tenía razón, parecía mucho más tarde de lo que en realidad era. Aquel año el otoño se había prolongado templado, y los primeros fríos del invierno parecían haber tomado por sorpresa a los pobladores del valle apocándolos en casa. Vio a lo lejos las luces de algunos coches que cruzaban el puente hacia la calle Santiago, pero ni una sola persona. La luz de las farolas que pendían de las fachadas de las casas se derramaba sobre el suelo mojado dibujando tapices anaranjados que no llegaban hasta el murete del río. No podía verlo, pero lo sentía, frío y vivo como una criatura, fluyendo allá abajo y, por momentos, llevándose la tierra bajo sus pies y recordándole lo

frágil que era su equilibrio. Se acercó la mano al pecho palpando la pequeña llave, y apretó los labios y el paso, mientras se debatía entre la urgencia de encontrar a la niña y el deseo de que no estuviera donde ella esperaba.

La casa de su hermano era una de las mejores de Elizondo. Juan se la había comprado a un viejo contrabandista solterón, que no había escatimado en hacer lucir su casa por fuera, aunque por dentro había sido tan austero como por tradición solían serlo los hombres de Baztán. La entrada con forma de arco daba directamente a un jardín delantero donde el antiguo propietario había hecho plantar dos magníficos sauces llorones que flanqueaban el acceso. Cuando los sauces comenzaron a crecer dejando caer sus ramas hasta tocar el suelo, el hombre los mandó podar importunado por el crecimiento de los árboles, que tapaban, casi por completo, su ostentosa fachada. A la tercera poda se rindió. Juan estaba convencido de que aquella había sido una razón de peso para animarle a que le vendiera la casa. Aunque aquella variedad nunca llegaba a perder del todo sus hojas, el follaje de los sauces acusaba los primeros fríos del invierno y su aspecto no era tan frondoso como solía ser. Ya desde el acceso, Engrasi pudo distinguir la luz dorada que desde la ventana del salón vertía su claridad iluminando parte del jardín. Al principio no vio a la niña, y en su pecho volvieron a mezclarse el alivio y la aprehensión. Pero cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, percibió algo posado en la oscuridad del tronco. No supo identificarlo, porque su cerebro le decía que era una estrella de mar y eso era imposible. Al acercarse más vio que la niña se había abrazado al árbol, que la sostenía como a una enamorada, y la estrella pálida que había creído ver era su manita, pequeña y empalidecida de frío, asomando de la manga de su jersey rojo. El grueso tronco del sauce tapaba por completo a la niña. Solo cuando se inclinaba hacia delante su carita era a medias visible entre las ramas oscuras que, como regueros de lágrimas, caían del árbol. Ella también lloraba.

Engrasi se agachó para pasar bajo las ramas y se colocó del otro lado del tronco cubriendo con su mano la de la niña; se sorprendió al encontrarla caliente, como si el árbol fuera en efecto un amante empeñado en darle todo su calor. Desde su nueva posición, Engrasi observó lo que había estado mirando Amaia. Rosario había dejado totalmente abierta la cortina. Todas las luces en el interior parecían estar encendidas, y desde donde estaban alcanzaba a ver con claridad el fondo de la habitación. Frente al amplio ventanal, la madre y las hermanas de Amaia sonreían solazadas mientras colocaban los adornos en

el árbol de Navidad, ajenas a la espectadora que las espiaba desde fuera. Engrasi se quedó allí, en silencio, testigo del dolor de la niña, paciente. Pensando qué decir, cómo convencerla de que aquello no estaba bien y que debían irse. No hizo falta; transcurridos unos segundos Amaia retiró la mano que rodeaba el árbol y, estirando la manga del jersey hasta cubrir los dedos, se limpió las lágrimas del rostro. Después salió de su escondite, le tendió de nuevo la mano a su tía y casi le pidió:

—¿Vamos a casa?

Engrasi no dijo nada, no podía. Sentía cómo el corazón le latía en la garganta abrumándola con todo lo que deseaba decir y callaba. Besó a la niña y asintió tirando de su manita para emprender el camino de regreso. Antes de salir de la protección que les brindaba el árbol, Engrasi se volvió a mirar, como si hubiera recibido una llamada. Rosario la observaba desde la ventana. La mitad de su rostro permanecía velado por la oscuridad del exterior, pero las luces intermitentes del árbol le permitieron ver un instante su guiño y su sonrisa. Engrasi apretó más fuerte la mano de Amaia y tiró de ella hacia la calle mientras la ternura que la ahogaba un instante antes se transformaba en pura rabia y, tenía que reconocerlo, temor.

Nana. Casa de colores

Nueva Orleans, Luisiana

Atardecer del sábado, 27 de agosto de 2005

Cuando salió de la tienda, Dupree subió por Ursuline, pero serpenteó por las calles alargando innecesariamente su trayecto hacia Tremé para pasar junto al cementerio. Sabía que no tenía tiempo suficiente para perderlo en una visita. Pero a pesar de los años transcurridos, supo que el impulso que le guiaba era el mismo que de niño lo conducía por las calles hasta allí, como si obedeciese a la señal de una brújula que apuntaba siempre a la tumba de sus padres. Dos operarios trepados en sendas escaleras descolgaban de la verja oscura del cementerio un cartel de lona que ofrecía visitas guiadas por el interior.

—Vamos a cerrar, amigo —advirtió uno de ellos al percatarse de la presencia del hombre que los observaba.

—Será solo un minuto. Quiero asegurarme de que el panteón de mi familia aguantará el envite de la tormenta —respondió seguro de que lo había tomado por un turista rezagado.

El operario miró a Dupree repasando su vestimenta y preguntó suspicaz:

—¿Qué familia?

—*Famille Dupree-Sabrier* —respondió con calma.

—Oh, por supuesto, monsieur —dijo franqueándole el paso.

Se dirigió a la izquierda y al fondo, consciente de que, comparado con el recuerdo de su infancia, el cementerio le parecía diferente, más grande y más pequeño a la vez. Sintió, sin embargo, el mismo desconsuelo de antaño, cuando hubo de caminar por entre las hileras de nichos hundidos muy por debajo de la cota de la calle debido al suelo pantanoso. En muchos de ellos, apenas eran visibles los nombres de sus ocupantes. Al llegar al extremo se detuvo y buscó con la mirada la sepultura. Su visión lo dejó desolado.

Recordaba un panteón elevado metro y medio sobre el suelo y una sobria placa de piedra con los nombres de sus padres grabados en ella. Los laterales estaban tan deteriorados que el ladrillo pardo quedaba a la vista. La losa aparecía quebrada y resquebrajada en una esquina. La humedad había escalado desde el suelo dibujando una sombra oscura incrustada en la piedra. La suciedad se extendía por casi toda la superficie como un manto gris, que era verdoso sobre el grabado de unos nombres que habrían resultado ilegibles de no haberlos conocido. Sabiendo de antemano que no produciría ningún efecto, frotó las hendiduras de las letras con las yemas de los dedos, y se quedó mirándolas inmóvil y en silencio, como si para él no tuvieran ningún significado, o todo el del mundo. Oyó el ruido metálico de las cadenas que el operario hizo sonar contra la verja, seguramente a propósito. A falta de otra ofrenda, se agachó y recogió del suelo una esquirla de piedra gris perteneciente a la propia tumba, la depositó bajo los nombres de sus padres y se apresuró para llegar a la puerta mientras daba las gracias a los operarios. Imaginaba el viento arrastrando su pequeño presente lejos de la losa que durante tanto tiempo había sepultado, junto a sus padres, los más tenebrosos recuerdos. Se preguntó hasta qué punto Katrina sería capaz de exhumar horrores.

Echó a andar y una patrulla de la policía de Nueva Orleans le pidió que se identificara en la calle Marais. Le preguntaron adónde se dirigía mientras le recordaban la obligatoriedad de evacuar la ciudad. Se entretuvo apenas un par de minutos. Le dejaron marchar en cuanto mostró su identificación. Cuando los policías se alejaron dio gracias porque no se hubieran empeñado en ver el contenido de la bolsa que llevaba.

Caminó entre las coloridas casas hacia la parte baja del barrio, que parecía abandonado. La mayoría de las viviendas se veían a oscuras en una hora en que las luces comienzan a encenderse. De los porches habían desaparecido las mecedoras y los maceteros, y de las arcadas pendían huérfanas las cadenillas de las que habían colgado helechos y enredaderas. Los vecinos que no habían protegido las ventanas con tableros habían asegurado las contraventanas pasando cadenas y candados entre sus tablillas. Frente a un par de casas había familias que escapaban en vehículos atestados de cosas que no querían dejar atrás.

Y entonces la vio. Seguramente era una de las casas más bonitas de toda la calle. Como suele ocurrir con los recuerdos de juventud, le pareció bastante

más pequeña al verla de nuevo, pero Nana la había mantenido como siempre: las paredes pintadas de amarillo, con los artesonados blancos que rodeaban las ventanas y los portillos de las contraventanas verde oscuro. Cuando era pequeño dibujaba una y otra vez la fachada solo por tener el gusto de colorearla. Repartida en dos plantas, con cuatro grandes ventanales que daban a un estrecho porche, poco más que un balconcillo. A cambio de aquel espacio, contaba con un pequeño jardín delantero rodeado por una valla blanca de poca altura. Empujó la cancela y vio que, entre los postes y formando ondas, colgaban los brillantes collares del Mardi Gras, de entre los que Nana había elegido los verdes, los dorados y los morados para hacer honor a su ciudad y atraer justicia, riqueza y fe.

Subió las escaleras hasta el estrecho corredor, del que se habían retirado maceteros y muebles. No se apreciaba luz en el interior y, cuando intentó abrir los portillos, vio que alguien los había clavado desde dentro. Bajó la escalera hasta el jardín delantero y rodeó la casa por el estrecho callejón que la separaba de la siguiente. Un suave resplandor anaranjado iluminaba la pared del edificio contiguo desde el interior. Avanzó hacia la puerta de la cocina sintiendo cómo la tierra húmeda cedía bajo sus pies y, antes de llegar a tocarla, percibió en el interior un ruido sordo seguido de un chirrido. Escuchó con atención y distinguió el arrastre de muebles por el suelo. Con cuidado depositó el paquete que le había preparado Meire y sacó su arma. Lentamente accionó el pomo de cobre sintiendo cómo cedía. Entonces notó un tirón desde dentro y la puerta se abrió.

—*Mon cher et petit coeur!* —exclamó ella abriendo los brazos.

—Nana.

—Al, sabía que eras tú, mi pequeño Al. Desde que eras un niño, siempre te gustó entrar por la cocina en lugar de hacerlo por la puerta principal.

Dupree sonrió, solo ella lo llamaba Al.

La abrazó y sintió la fragilidad de su cuerpo. Había adelgazado mucho. La ropa le iba grande y, a pesar de ello, pudo advertir la presencia de sus huesos afilados y pequeños. Dupree cerró los ojos mientras la estrechaba. ¿Cuándo se había vuelto tan pequeña? La recordaba tan alta como él mismo, y ahora los mechones de su pelo blanco apenas le rozaban la barbilla. Se inclinó y depositó un beso largo en su cabeza.

—Has venido, has venido, mi niño —musitó ella llorando.

Verla llorar le rompía el corazón. La estrechó con más fuerza y apretó los

labios para contener sus emociones.

—Nana, lo siento. Lo siento mucho.

—¿Por qué, *mon cher*?

—Por no haber venido antes —se lamentó Dupree.

La anciana se separó de él lo suficiente para mirarle a la cara.

—No digas tonterías. Los dos sabíamos que no podías volver y que, sin embargo, lo harías tarde o temprano, y ahora que estás aquí no sé si es bueno o es malo.

—Yo tampoco lo sé.

—Será mejor que guardes eso antes de que alguien se haga daño —dijo señalando el arma que él aún llevaba en la mano.

—¿Esto? Es por tu culpa —contestó sonriendo mientras guardaba el arma—. Creía que estaban saqueando tu casa. ¿Se puede saber qué estabas haciendo? Te fracturaste la cadera hace unos meses. No deberías estar arrastrando cosas.

—Tu Nana es más fuerte de lo que te imaginas. ¿Crees que una fractura de cadera va a acabar conmigo como con esas pobres viejas que se meten en la cama y no se levantan más? Mi cadera está bien —dijo mirándole a los ojos—. Es en mi pecho donde hay una herida que no se cura jamás, igual que en el tuyo.

Tirando de su mano, lo condujo a través de la cocina a oscuras hacia el salón. Sus pasos tambaleantes desmintieron su bravata sobre la salud de su cadera. Iba a decirle algo al respecto, pero quedó mudo al acceder al salón. De allí provenía el fulgor anaranjado que Dupree había podido ver tamizado por la cortina de la entrada.

—He tenido que apartar algunos muebles porque necesito el espacio para... —Suspiró ella.

Todos los enseres que conformaban el salón estaban contra las paredes y las ventanas. Sobre las mesas y las sillas colocadas patas arriba, docenas de velas se alternaban con flores de tela y de papel. Los rostros deslavazados de antiguas fotos de antepasados difuntos parecían mirarle con los ojos insuflados de vida por efecto del suave titilar de la luz de las velas. Junto a la pared, un pequeño altar en el que santos y esqueletos intercambiaban el rostro de la muerte, rodeados de monedas que ya no eran de curso legal, y palpitaban con el centelleo de las pequeñas llamas que no llegaban a prender las guirnaldas de seda que adornaban a los *loas*.

—Lo que importa es que estás aquí, eso tiene que significar algo. —Su rostro se ensombreció—. ¿Crees que la tormenta será tan terrible como dicen?

—Sí.

—¿Tanto como para hacerle salir?

Él suspiró profundamente. No dijo nada, pero asintió apesadumbrado. Ella se acercó hasta sentir su cuerpo. Levantó la mano derecha y, como si fuera a bendecirle, situó dos dedos por encima del corazón de Dupree. La herida ardía bajo la tela de su camisa como recién infligida. Entonces ella tomó las manos del hombre y depositó en su interior un saquito de tela. A través del tejido Dupree percibió una textura terrosa y seca. Cerró los ojos, a la vez aliviado y sobrecogido, mientras lo deslizaba en su bolsillo. Cuando volvió a abrirlos ella le miraba serena.

—Acaba con él. Y trae a mis niñas a casa.

Él asintió.

—Haré todo lo posible, Nana.

—Júramelo. Aunque estén muertas. Trae a mis niñas a casa.

Los ojos de Dupree se llenaron de lágrimas.

—Te lo juro, Nana. —Retrocedió un paso para intentar reponerse—. Pero a cambio tienes que prometerme que te irás de la ciudad en cuanto termines de hacer esto. Siguen saliendo transportes. Yo te pagaré un hotel en Baton Rouge, en Dallas, donde quieras.

Ella negó.

—No puedes pedirme eso, sabes que no puedo irme. Pero no tienes que preocuparte por mí. Hay más gente en el barrio, un par de familias con críos y algunos viejos, como yo. ¿Te acuerdas de mis vecinos, los Davis?

Dupree asintió. Recordaba a la pizpireta vecina de Nana. Dos maridos, cinco hijos.

—Ellos tampoco se han ido; Seletha se quedó viuda hace tiempo, le dio un ictus y lleva tres años inmovilizada en la cama. Su hijo Bobby, el pequeño, es el que la cuida, un buen chico. Tiene un coche viejo que no nos llevaría muy lejos, pero ha prometido sacarnos de aquí si las cosas se ponen feas. Dicen que el ayuntamiento abrirá el Superdome como refugio de emergencia.

—Oh, Nana —se quejó Dupree—. ¿El estadio?

—Es solo por si hiciera falta y es un lugar seguro. El difunto padre de Bobby trabajó levantando el Superdome; Bobby dice que está por encima del nivel del mar y que sus cimientos son de hormigón armado. Dice que los

pasillos de acceso son un verdadero búnker. —Sonrió haciendo un gesto hacia el altar—. Además, sabes que siempre he sido seguidora de los *santos*.

Dupree intentó sonreír, pero la mueca solo llegó a los labios. La preocupación se dibujó en su rostro. Regresó hasta la puerta de la cocina que permanecía abierta y tomó la bolsa que había dejado en la entrada. Tendiéndosela a su Nana dijo:

—He pensado que necesitarías esto.

Ella cerró la puerta, tomó el hato, lo puso sobre la mesa y con un cuchillo cortó el cordel y la tela con la que Meire lo había envuelto. Estudió el contenido del fardo tomando algunos de los elementos en sus manos. Entreabrió los sedosos sobres, estudió la enrevesada caligrafía con que Meire había etiquetado los paquetitos y comprobó a la luz de las velas el contenido de los frascos y polveras. Se volvió hacia Dupree.

—Solo tengo una duda. ¿Qué quieres hacer con esto, *mon cher*, alejar el huracán o atraerlo?

Duelo

Nueva Orleans, Luisiana

Joseph Andrews Junior vestía tejanos y una sudadera con el nombre impreso de la Universidad de Tulane. Llevaba el pelo demasiado largo por delante, le caía sobre los ojos azules y contrastaba con la blancura de su piel. Esperaba sentado frente a un libro en la mesa de reuniones del despacho del rector. Pero no leía. Mantenía los hombros y la mirada bajos. Amaia lo observó desde el pasillo mientras ponía atención en escuchar los susurros con que el rector se dirigía a ellos.

—Es un chico estupendo y un estudiante brillante. Aquí le apoyamos muchísimo, y más desde que supimos de su tragedia. Nunca sale del recinto de la universidad, vive en la residencia de estudiantes. Durante los meses de julio y agosto ha permanecido aquí completando su formación con cursos de lingüística y literatura. Cuando llegó la orden de evacuación habilitamos un refugio en el edificio principal para los que quisieran quedarse. Yo sabía que Joseph sería uno de ellos.

—¿Es prudente quedarse aquí?

—El edificio principal ha resistido otros huracanes... —dijo a modo de garantía.

Amaia se percató de la transformación que obraba en el cuerpo de Joseph Andrews Junior cuando entraron en el despacho. Irguió la espalda tensando los músculos de sus hombros hasta que, a pesar de su delgadez, fueron perceptibles bajo la tela de la sudadera. Levantó la cabeza y la mirada para observarlos con dureza entre los mechones oscuros de su pelo. Solo la bajó para comprobar las credenciales que ambos exhibieron mientras Johnson se

presentaba, aunque ya habían acordado que él se limitaría a eso. Johnson pensaba que un chico joven como Joseph Andrews se comunicaría mejor con Amaia que con él.

—Buenas tardes, señor Andrews. Somos los agentes Johnson y Salazar del FBI. Queríamos hacerle unas preguntas. ¿Puedo llamarle Joseph?

—Tú no eres agente del FBI —dijo dirigiéndose a Amaia—. En tu credencial pone «temporal». ¿Cuántos años tienes, veintidós?

Johnson se cruzó de brazos y dio un paso atrás cediendo el protagonismo a su compañera. Había acertado. A pesar de su aparente hostilidad prefería hablar con ella.

—Tengo veinticinco y es verdad, no soy agente, soy subinspectora de policía y colaboro con el FBI temporalmente. Pero él —dijo señalando a Johnson— es un auténtico agente. Formamos parte de un equipo de investigación y estamos interesados en hablar contigo sobre lo que le ocurrió a tu familia.

El chico sonrió con amargura.

—Lo que le ocurrió a mi familia... A mi familia no le ocurrió nada; ocurren las enfermedades, los accidentes, las catástrofes... Mi familia fue asesinada. Llevo repitiéndolo desde hace ocho meses. ¿Por qué el FBI se interesa ahora por esto?

Johnson intervino cauto. No quería esperar al chico con la apertura de un caso que aún no se había decidido.

—Solo deseamos aclarar algunos aspectos. Queremos saber por qué crees que tu familia fue asesinada por un desconocido.

—Vi a mi padre muerto, tenía golpes en la cara, como si se hubiera peleado.

Johnson miró a Amaia dudando y ella entendió enseguida. Pudo ser la esposa al defenderse.

—Y porque yo conocía a mi padre. Y sé que nunca nos habría hecho daño —añadió el chico.

Johnson asintió. Ya había oído esa explicación otras veces.

A Joseph no se le escapó el gesto.

—No lo entiendes. Mis padres nos querían, se querían, estaban enamorados. Mis hermanos y yo solíamos burlarnos cuando los veíamos besarse o abrazarse. Mi padre era un buen hombre que nos quería de verdad. No hay ninguna razón que pueda justificar lo que dicen que hizo.

—En ocasiones un hecho como una mudanza obligatoria puede desestabilizar bastante a una familia, y trasladarse de California a Texas puede suponer un gran cambio —sugirió Amaia.

—Mi padre ascendió dentro de su empresa; mi madre estaba acostumbrada a viajar por todo el país para realizar su trabajo. Hacía meses que esperaban esa noticia. Y respecto al cambio, no todo en California son playas y surf. Sacramento está en el interior, y nuestra casa en Galveston estaba a la orilla del mar. Mudarse a Galveston era algo bueno. Mi hermana ya tenía nuevas amigas y mi madre estaba encantada.

—No todos los miembros de tu familia lo llevaron tan bien, parece que tu hermano pequeño no se estaba adaptando. Varios vecinos se quejaron de él, por lo visto uno llegó a interponer una denuncia por daños a su propiedad.

—Tenía doce años, era pequeño. Para él fue difícil cambiar de colegio, dejar a sus amigos. Tuvo una rabieta, algo infantil. Pisoteó un arriate de flores del vecino de al lado. El hombre aún no los conocía. Pensó que era un gamberro y llamó a la policía, pero mis padres se disculparon con él y pagaron los daños. El hombre se mostró comprensivo y retiró la denuncia. De hecho, a partir de ese incidente mantuvieron excelentes relaciones. Fue el mismo vecino que pasó a ver cómo estaban tras la tormenta, y el que... los encontró...

Amaia percibió su negativa a decir que estaban muertos. Hablaba de asesinato, pero rehuía la palabra «muertos».

—¿Vivías con tus padres en Sacramento?

—Sí.

—Es un poco extraño que tus padres se mudaran de ciudad dejándote atrás...

Dos luces oscuras brillaron en los ojos claros de Joseph. Dejó salir sonoramente el aire de sus pulmones y volvió a llenarlos antes de contestar. Estaba claro que el chico podía enfadarse.

—No me dejaron atrás. Dos meses antes de la fecha programada para la mudanza, mi abuela se cayó y se fracturó la cadera. La operaron y se recuperó muy bien, pero cuando llegó el momento del traslado aún le quedaba un mes de rehabilitación por delante. Intentamos negociarlo con la aseguradora, pero no se hacían responsables de que fuese a recibir la cobertura si se cambiaba

de ciudad. Yo no me incorporaba a mi curso hasta más tarde, así que decidimos que permaneciera con ella en Sacramento hasta que acabase la rehabilitación para reunirnos después en Galveston.

—¿Ibais a vivir todos juntos en la casa de Galveston?

—Ese era el plan.

—¿Incluida tu abuela? —preguntó Amaia dirigiendo una rápida mirada a Johnson.

—Sí —respondió el chico—. Después de su accidente decidieron que lo mejor era que en adelante viviese con nosotros.

—¿Quién sabía que os ibais a trasladar?

Joseph se encogió de hombros.

—Pues... Imagino que mucha gente. Vecinos, amigos, por supuesto toda la gente de la empresa de mi padre, los del programa de mi madre. Los del grupo de teatro de mi madre, los directores y profesores de los centros donde estudiábamos, la gente del seguro médico... Ya te he dicho que era una mudanza programada.

—El detective Nelson nos ha contado que no has regresado por allí desde lo que pasó, y el rector dice que nunca sales del campus y que te quedarás aquí durante el huracán.

Su mirada voló hacia el punto en el infinito en el que se había refugiado antes.

—No tengo a donde ir. —Su voz era la constatación de la desesperanza.

—¿Y tu abuela?

Bajó la mirada y por un momento pareció que no contestaría. Cuando lo hizo, su respuesta les sorprendió.

—¿Has escuchado alguna vez la expresión «morirse de pena»?

Amaia asintió.

—Eso fue lo que dijo su médico, que se había muerto de pena. A pesar de lo bien que se estaba recuperando de su operación, entró en una profunda depresión tras los asesinatos. Falleció hace seis meses, solo dos después que el resto de mi familia.

La mirada de Joseph volvió a perderse en aquel punto del infinito. Observó su gesto. Alcanzaba en aquel lugar una suerte de amarga paz en la que, estuvo segura, se refugiaba cada vez más a menudo. Amaia supo que era un suicida en potencia.

—Necesito conocer tus razones —dijo sacándolo de su abstracción.

—¿Mis razones...? —repitió mirándola como si despertase de un sueño.

—Tus razones para pensar que tu familia fue asesinada por alguien ajeno que entró en la casa. Algo más que saber que tu padre no lo haría. —Amaia se inclinó un poco hacia delante e imprimió a sus palabras un ligero tono de urgencia—. ¿Qué es lo que no cuadra? Tú los conocías mejor que nadie y sé que todos tenemos un lugar en las tripas reservado para sentir todo lo que tiene que ver con la gente que queremos. Cuéntamelo. Dime qué sentiste en las tripas. Tuvo que haber algo, algo que no pudo ver el detective Nelson, porque no lo habría visto ni una legión de detectives, no podrían verlo porque les estaba vedado, pero tú sí, ¿qué fue?

Joseph la miraba superado, su respiración se había acelerado un poco y ella estuvo segura de que estaba a punto de revelar algo. Pero también fue consciente de lo triste que se sentía, con esa clase de tristeza que hace que ya nada importe. Temió por un instante que se retrotrajese sin hablar. Él desvió la mirada, regresó solo un instante a aquel lugar de vacío, pero retornó.

—El violín —dijo con firmeza—. Un violín sin arco, que después desapareció.

Joseph

Joseph Andrews Junior dijo a todo el mundo que ni por un instante había creído que su padre hubiera matado al resto de su familia. Eso es lo que había dicho, eso es lo que mantendría, pero no era toda la verdad. Su convencimiento había comenzado a resquebrajarse en cuanto tuvo al detective Nelson delante. El tipo intentaba ser piadoso, pero su voz traslucía la verdad, y la verdad era que no sentía piedad, sentía lástima. Joseph era inteligente de ese modo que te permite percibir la naturaleza de las emociones que mueven a los demás. Sabía que la pena que el detective sentía por él era del tipo «habría sido mejor que hubiera muerto junto a su familia y ahorrarse este horror». Y esa emoción miserable había sido lo que le había hecho dudar. La sospecha de que pudiera haber algo que el detective Nelson sabía y no le estaba contando. Su aspecto de estar de vuelta de todo, de haber visto lo peor y de estar acostumbrado. Había estado intentando prepararse para lo que encontraría cuando entrase en la casa de sus padres. Nelson le había explicado, evitando entrar en detalles, cómo estaba la casa cuando llegaron; el desorden, los

cristales rotos... por más que lo rehusara, la imaginación de Joseph añadía por su cuenta a su familia reunida en el salón, la sangre en el suelo, el olor del miedo... Sabía que no estaba preparado, que lo que sentiría al entrar allí le cambiaría la vida para siempre, pero preparado o no, era lo que tocaba. El vecino, el mismo que denunció a su hermano por destrozar su jardín, el que encontró los cuerpos, había resultado ser un buen tipo. En cuanto la policía dio permiso, hizo venir a unos operarios que cubrieron las ventanas rotas con paneles de madera y se ocupó también de que lo limpiaran todo. Trató de explicárselo a Joseph mientras le acompañaba hasta la puerta.

Todo el espanto para el que había intentado prepararse simplemente no existía. El desconcierto se apoderó de él y, aunque escuchaba y entendía las explicaciones del buen samaritano, buscó en el suelo las huellas sangrientas, el olor de la muerte, un vestigio de lo que allí había ocurrido, pero no lo halló. No había huellas del horror. Vio, sin embargo, la mochila de su hermano apoyada en el perchero de la entrada. Aspiró maravillado el delicado aroma de las orquídeas blancas que su madre había repartido por todo el salón y que eran su firma. El cuadro abstracto en tonos azules que su hermana pintó un año atrás en clase de arte, y que se habían traído desde Sacramento, presidiendo la blancura de las paredes del salón. La enorme pantalla de televisión que su padre compró con la promesa de que verían juntos el fútbol mientras su madre ponía los ojos en blanco fingiéndose abrumada. Los sintió con toda su fuerza. Fue como si hubiesen salido al cine, o de compras, y fuesen a regresar en cualquier momento. Se sentía agotado, solo era un chico que volvía a casa y necesitaba a su familia. Despidió al buen vecino, que se resistió cuanto pudo a dejarlo allí solo, y cerró la puerta tras él. Repentinamente fortalecido, como si entre aquellos muros le abrazase la energía de los suyos, lo vio todo muy claro. Aquella era su casa, se quedaría allí, donde residían las almas de su familia. Tenía todo el sentido, seguía matriculado en la universidad; se traería a su abuela y vivirían allí.

A menudo, cuando alguien muere los que sobreviven piensan en qué habría querido esa persona, pero la muerte lo cambia todo. ¿Habrían querido que su hijo y hermano se quedase allí después de lo ocurrido? Una pregunta para la que daba igual la respuesta. Porque en ese instante vio el violín. Un instrumento oscuro y brillante, a partes iguales inocente e incongruente. Alguien lo había colocado apoyado en la chimenea de acero que su madre

había llenado de velas blancas. Su presencia clamaba con idéntica fuerza que si el asesino hubiera escrito con sangre los nombres de sus víctimas en la pared.

No podía dejar de mirarlo, fascinado por el horror que suponía. Y de pronto se abatió sobre él la sensación de estar en un cementerio, de ser el único ser vivo de aquella estancia. Con la mirada fija en el instrumento, retrocedió hasta la entrada y abrió la puerta dejando que la brisa procedente del mar lo librase de aquella sensación de mausoleo que le hacía temblar. Se había equivocado: aquella ya no era su casa, y sus padres no regresarían jamás, porque un extraño los había asesinado, y aquel maldito policía era un imbécil incapaz de ver nada más allá de sus narices.

Acariciar a la fiera

Nueva Orleans, Luisiana

El detective Jason Bull condujo por las calles cada vez menos concurridas charlando animado con su compañero, mientras en la parte de atrás Johnson y Amaia miraban silenciosos por sus respectivas ventanillas. Jason estaba seguro, era evidente que aquellos dos habían discutido. No parecía nada grave. Johnson había alcanzado a Amaia junto al coche y le había dicho cuatro frescas a las que ella había replicado con extraordinaria calma. Aquella gente de Washington era tan educada que no tenía ni una bronca en condiciones. Apenas habían intercambiado dos o tres frases en todo el viaje entre el campus de Tulane y el hotel Dauphine.

Johnson vio que Bull le estudiaba a través del espejo retrovisor y apartó la mirada malhumorado. Se tenía por un buen tipo; tolerante con las diferencias, de trato fácil, reconocía sin problemas el talento ajeno, y entendía por qué Dupree la había incluido en el equipo. Siendo sincero podía llegar a entender los celos de Emerson que en algún momento también habían palpitado bajo su camisa. La diferencia entre Emerson y él estribaba en que el primero era un idiota y Johnson llevaba suficiente tiempo en aquel trabajo como para saber que sobre los méritos personales imperaba el bien de la unidad. Por eso Emerson estaba en Florida con Tucker, y él con Dupree en Nueva Orleans.

Había intentado hablar con Dupree cuando caminaba junto a Amaia por los pasillos de la universidad. Su teléfono comunicaba incesantemente. Colgó mientras dirigía una mirada descorazonadora a su compañera. Sabía Dios que se estaba esforzando, pero no entendía a Salazar. Con ella siempre tenía la sensación de estar tratando con un tigre. Su grácil y aparente calma solo era la hermosa piel sobre un depredador hostil. Antes de entrar en el despacho del

rector, Johnson había pensado que, debido a la juventud de Joseph Andrews, este se sentiría más proclive a hablar con Salazar que con él. Y no se había equivocado. Había dado un paso atrás evitando intervenir y dejando que ella dirigiese el interrogatorio. Salazar era hábil. Desplegó con el chico una mezcla de fuerza y fragilidad que resultaban extraordinariamente sensuales. Un instante antes de que comenzase a hablar, Johnson llegó a creer que el chico se cerraría en banda. Lo vio inclinarse hacia delante apoyando la cabeza en las manos y los codos en las rodillas como si fuera a vomitar. Amaia desplazó su silla hacia delante hasta que las rodillas de ambos casi se tocaron e, imitando su gesto, se inclinó hasta que sus cabellos se rozaron. Entonces él comenzó a hablar. Cómo había regresado a casa, cómo había hallado el violín, cómo había sabido en ese mismo instante que lo había dejado allí el asesino de su familia y cómo el detective Nelson no había hecho caso de su certeza transformándola en una débil justificación para lo injustificable.

Tras el relato pareció haberse vaciado.

Johnson se adelantó hasta colocarse detrás de Amaia y se inclinó para susurrarle:

—Opino como Nelson. ¿Un violín?

Ella se giró. Sus ojos ardían con una intensidad feroz. Los músculos tensos. Alerta.

—Vi un violín en la granja de los Allen.

Johnson comenzó a replicar:

—Bueno, no es tan raro...

Amaia lo interrumpió poniéndose en pie y acercándose a Johnson para evitar que el chico pudiera oírlos.

—Y estoy segura de que había un instrumento similar en las fotos del escenario de los Mason en Texas, en la misma habitación donde aparecieron los cuerpos. En una de las imágenes se apreciaba parte de la curvatura y la mentonera, pero con eso es imposible distinguir si se trataba de un violín, una viola...

—¿En serio? ¿El compositor y ahora un violín? —dijo alzando un poco la voz.

La discusión entre ambos había conseguido llamar la atención de Joseph, que levantó la cabeza y miró al agente con un atisbo de esperanza en sus ojos.

—No fui yo la que eligió ese nombre estúpido —susurró ella haciendo un gesto de consideración hacia el chico.

Johnson enmudeció prudente al ver cómo le miraba Joseph. Lo había visto antes. La imperiosa necesidad de algo, lo que fuera que les ayudara a seguir. Pero también conocía sus peligros. Era como insuflar aire en los pulmones de un ahogado: te arriesgabas a crear un dependiente emocional que te perseguiría pidiéndote más, cuando sabías que no había esperanza. Se preguntó si era eso lo que le había ocurrido al detective Nelson durante los últimos meses, la incapacidad de cerrar una página importante en su existencia. Rehuyó su mirada mientras intentaba concentrarse en recordar los detalles que aparecían en las fotos del escenario del asesinato de los Mason. Por más que se esforzó en visualizar la escena no recordaba un violín en medio del caos de aquella casa, ni que no lo hubiera. No estaba seguro. Miró a Amaia consternado.

—Si eso es así...

—Estoy segura. Llame a Dupree, tenemos que regresar al hotel ahora mismo. Hay que hablar con el detective Brad Nelson y volver a comprobar los escenarios —dijo mirando su reloj—. Una agente de la policía estatal me explicó en Texas que todo el contenido de la granja de los Allen iría a parar a un almacén judicial. Si nos damos prisa quizá lleguemos a tiempo de hablar con los encargados de los depósitos estatales antes de que cierren; puede que el contenido de las otras escenas haya corrido la misma suerte.

Antes de abandonar el despacho del rector, Johnson se inclinó hacia delante apoyándose en la mesa y miró directamente a Joseph, que permanecía inmóvil en el mismo lugar.

—Todavía están saliendo autobuses de la ciudad, si te das prisa aún puedes irte. Será bastante peligroso quedarse aquí.

—¿Y qué puede pasarme? ¿Que me muera? —respondió con serenidad demencial.

Johnson no supo qué contestar.

Amaia se volvió hacia él.

—No puedes morir. Nos estás ayudando a atrapar al asesino de tu familia.

Joseph tomó aire, y fue como si aquel muñeco sin huesos que habían tenido delante se insuflase de un hálito de pura vida. Asintió lentamente, casi como si hiciera una reverencia.

—No moriré —dijo mirándola. Era una promesa.

Ella le miró con cierto orgullo filial. Por alguna razón que fascinaba a

Johnson, se sentía identificada con él.

—Dame un número donde pueda localizarte y después sal de la ciudad.

Johnson marcó el número de Dupree, que seguía comunicando. Volvió a mirar a Amaia, que, al contrario que él, no parecía estar sufriendo el estrés de sus diferencias. Su rostro estaba relajado y de su boca asomaba un atisbo de sonrisa mientras veía pasar la ciudad frente a sus ojos. Con aquel gesto parecía más joven, casi una adolescente. La vio parpadear rápidamente y supo que se estaba quedando dormida. Entre viajar a Texas, elaborar el informe y volar de madrugada a Nueva Orleans no creía que hubiera dormido más que unas horas en los últimos días. Negó con la cabeza. Conseguía sacarle de quicio y tenía que superar aquello. A Johnson no le molestaba recibir órdenes. Era un agente entrenado. Pero había una especie de insolencia en ella que le exasperaba. Seguro que lo hacía sin intención, pero lograba imprimir en su modo de hablar una decisión tan imperante como el peso de una sentencia.

—Salazar, creo que se ha equivocado al dar esperanzas al chico. A mí también me ha conmovido su desolación, por eso le he alentado a abandonar la ciudad, pero usted —compuso un gesto de disgusto que curvó hacia abajo su bigote—, usted le ha mentado. No puede hacer una afirmación como la que ha hecho. No estamos seguros de que el caso de su familia sea un crimen del compositor, y ya ha visto su reacción. Se aferrará a lo que sea para no aceptar lo evidente. Ese chico es un suicida en potencia.

Ella se detuvo y volviéndose hacia él le mostró su otro perfil. La hermosa piel del tigre. Hasta su voz pareció un ronroneo.

—Agente Johnson. Lo único que funciona para eludir la muerte es intentar no morir hoy, y no siempre se consigue.

Allí estaba de nuevo aquella maldita majestad y sus preceptos con peso de sentencia. Por el amor de Dios, era demasiado joven para hablar así.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasará mañana si tiene que decirle que se equivocaba? Que no fue un asesino en serie el que acabó con su familia, sino su propio padre.

—Pasaré que habrá vivido un día más. Un día más de oportunidades, de gente cruzándose en su camino, de aprendizaje, de supervivencia. A sobrevivir se aprende viviendo, no hay opciones si estás muerta.

Johnson enmudeció. Había dicho «muerta» y él estaba seguro de que no era un error. No era del chico de quien hablaba.

Antes de morir

Elizondo

Su salvación habría sido dormirse inmediatamente. Quería dormir. Durmiendo estaba a salvo; si estaba dormida cuando ella llegara, no se enteraría, no lo sabría y, si no lo sabía, no sufriría. En una ocasión se durmió, sin pensarlo, sin intentarlo, simplemente ocurrió, quizá porque apenas había dormido la noche anterior. Pero se durmió y, cuando despertó por la mañana, no podía creerse la dicha de haber dormido, de no haber sentido miedo. No había vuelto a conseguirlo desde entonces, pero lo intentaba, lo intentaba con todas sus fuerzas. Siempre se iba a la cama la primera; se lavaba los dientes, para que un despiste no fuera la razón para obligarla a levantarse de nuevo, hacía pis, para que las ganas de orinar no la despertaran en mitad de la noche. Preparaba sus cosas para la escuela, recogía su ropa, lo dejaba todo en orden, se acostaba y cerraba los ojos esforzándose por convocar al sueño, deseando que llegase con su silencio y su amnesia.

«¡Duérmete!»

Vuelta hacia la pared cerraba los ojos y, tratando de ignorarlas, oía la conversación entre sus hermanas, que cuchicheaban secretos de cama a cama. A través de los párpados apretados percibía, como en una pantalla de cine anaranjada, el cambio en el nivel de luz cuando apagaban la del techo y se encendía la de la mesilla de Flora, que aún leería un rato.

«¡Duérmete!»

Oía cómo su padre entraba en la habitación y cómo besaba y daba las buenas noches a sus hermanas. Luego lo sentía acercarse a su cama, inclinándose dudoso sobre ella. En ocasiones, le acariciaba suavemente el

pelo en la nuca; la mayoría de las veces renunciaba a tocarla por miedo a que despertara, se limitaba a tirar un poquito de la manta para arroparla con cuidado.

«¡Duérmete!»

Era el mayor sacrificio. Amaia renunciaba al cálido beso de su padre para no estorbar al sueño que debía llegar, tenía que llegar, en cualquier momento.

«¡Duérmete, es tu última oportunidad!»

La habitación quedaba en un silencio solo roto por el áspero sonido de las hojas del libro de Flora, hasta que veinte minutos más tarde la voz de su madre llegase desde el pasillo indicándole que ya era la hora, debía apagar la luz.

Si no se había dormido cuando llegaba ese momento, ya no lo haría.

«No lo has conseguido y ahora ella vendrá.»

A partir de ese instante, los minutos, las horas se sucederían mientras esperaba.

«¡Nunca boca arriba!»

Si esperaba así, además del calor de su aliento, podía sentir la proximidad de sus labios, su pelo rozándole el rostro, microscópicas gotitas de saliva caliente que salpicaban su cara, y eso no podía soportarlo.

«¡Nunca boca arriba!»

Tampoco miraba hacia la puerta; si lo hacía, no podía evitar abrir los ojos y vigilar. Cuando veía su silueta recortada en la entrada comenzaba a temblar de un modo incontrolable. Sí, cerraba los ojos apretándolos con fuerza y fingía dormir, pero era tarde; las dos sabían que estaba despierta, las dos sabían que la había visto, y de alguna manera tenía la sensación de que eso aumentaba su placer al torturarla, que se alimentaba de su miedo cuando se inclinaba sobre ella para decirle:

—Duerme tranquila, pequeña zorra, la *ama* no te comerá esta noche.

Oía con claridad el crepitar acuoso de su saliva. El óseo entrechocar de los dientes. La tensión de los músculos de su cuello y de su rostro mientras sonreía, y ella se moría de miedo.

«No, no mires hacia la puerta.»

Ahora siempre miraba hacia la pared; cuando la oía acercarse por el pasillo cerraba los ojos, se mantenía inmóvil y rezaba.

«Padre nuestro padre nuestro padre nuestro padre nuestro padre

nuestro...»

Ni boca arriba ni de cara a la puerta estaba menos indefensa que vuelta hacia la pared, pero había en su acto, en su gesto y su postura, una osadía que ofendía a su madre, que la provocaba y la preocupaba a partes iguales, que la enfurecía en su desprecio, pero sobre todo la desconcertaba. Conocía su poder y el terror que ejercía sobre ella, pero la primera vez que Amaia se atrevió a esperarla vuelta hacia la pared, se obró un cambio. La oyó entrar en la habitación, acercarse a su cama. Sintió sus ojos escrutando a la niña que simulaba dormir con los párpados tan apretados que hubiera sido imposible no darse cuenta de que fingía. Amaia notó su aliento en la oreja, en la mejilla, podía percibir la fiebre que ardía en sus labios. Rosario abrió la boca, muy cerca, tomó aire en una exhalación tan profunda que absorbió algunos de los suaves cabellos de la niña, que se pegaron a sus dientes. Balbuceó y hasta tembló impotente, como si fuese a decir algo, pero no lo hizo. Se irguió de pronto, llevándose prendidos en la boca los cabellos de su hija. Como en una moviola, desanduvo sus pasos hasta la puerta del dormitorio y allí permaneció, observando a la niña, mucho mucho tiempo, mientras Amaia rezaba, ahora con los ojos completamente abiertos, a la oscuridad.

«Padre nuestro padre nuestro padre nuestro...»

Arco

Nueva Orleans, Luisiana

Anochecer del sábado, 27 de agosto de 2005

Amaia abrió los ojos. ¿Se había quedado dormida?

—Salazar —susurró Johnson—, es el agente Dupree.

La voz de Dupree atronaba dentro del vehículo. Estaba mareada. Se concentró en entender lo que decía.

—Una familia entera ha sido hallada muerta en el interior de su casa en Tampa, Florida. Los agentes Emerson y Tucker están ahora mismo en el escenario. Los tenemos en *conference call*. Agente Tucker, la escuchamos.

La voz de Tucker resultó casi irreconocible en la distancia. La agente fue enumerando las coincidencias. Amaia aún se sentía atrapada en las redes del sueño. Las interferencias en la conexión y el fuerte acento de Tucker hacían incomprensibles sus palabras y tuvo que hacer un esfuerzo para descifrar lo que decía.

—Se trata de la familia Samuels, pero podría ser cualquiera de las anteriores. Es como estar de nuevo en Texas, todo igual. Padre, madre, tres hijos, dos chicos y una chica, y la abuela. Las marcas de ligaduras, los disparos en la cabeza, un calibre veintidós, el arma del padre y las cabezas apuntando al norte, la coincidencia de edades.

—Nos equivocamos, no era Nueva Orleans, la elegida era Florida —se lamentó Johnson.

—No nos equivocamos, tenemos allí a la mitad del equipo —justificó Dupree.

«La mitad», pensó resignado Johnson.

—Los agentes Emerson y Tucker continuarán con la investigación, custodiarán los cuerpos de las víctimas, el escenario y todo lo que se pueda extraer de él. En cuanto permitan trasladar los cadáveres, asistirán a las autopsias. Nosotros permaneceremos aquí. Tan solo han transcurrido cuatro días desde el asesinato de los Allen. Es evidente que se está acelerando. Sea lo que sea lo que le mueve a acabar con estas familias, va a más. Creo que vendrá aquí —dijo Dupree—. No va a perderse esto.

—Agente Tucker —interrumpió Amaia—, soy la subinspectora Salazar. ¿Está ahora mismo en el escenario?

La respuesta de Tucker llegó metálica a través de la línea.

—Sí, estamos con el forense.

—Compruebe si hay un violín cerca de los cuerpos. Si mira a la familia desde los pies, seguramente estará situado en algún lugar tras ellos o sobre sus cabezas. Quizá aparezca de un modo descuidado, como cualquier otro objeto colgado en la pared o derribado por la tormenta.

Apenas pasaron dos segundos de silencio antes de que Tucker confirmara:

—Hay un violín, está en el suelo, situado más o menos entre la cabeza de la madre y la del hijo mayor, ligeramente inclinado a la derecha y medio cubierto por una silla volcada. ¿Cómo lo sabía?

—Salazar, explíqueme eso —exigió Dupree.

Amaia cerró los ojos y ladeó de nuevo la cabeza contra la ventanilla mientras hacía un gesto a Johnson cediéndole la exposición.

Y como Johnson era un buen tipo, se sintió de inmediato reconciliado con Amaia y respondió:

—Agente Dupree, hemos llegado. El detective Bull está aparcando en el patio del hotel. Nos vemos en un minuto. Agente Tucker, es importante que busquen el arco del violín. Si se trata del compositor, no lo hallarán.

Dupree escuchó los detalles de la declaración de Andrews mientras estudiaba minuciosamente las fotografías de los escenarios. Estuvo de acuerdo en que lo que se veía en el salón de los Mason era la parte de la mentonera de lo que podía ser un violín. Las fotos se habían centrado en los cadáveres. Aunque se había fotografiado el escenario, la acumulación de escombros, de objetos de toda índole, mezclados con tierra, polvo y ramas, y la acción de desenterrar

los cadáveres de los objetos que los cubrían habían contaminado la escena original. En los casos de Cape May, Brooksville y Kelleen, los escenarios habían sido tratados como el resultado de catástrofes naturales, priorizando el rescate de posibles supervivientes. No se apreciaba nada parecido a un violín en las demás fotos.

Johnson miró a Amaia antes de hablar.

—La subinspectora Salazar habló en Texas con una policía estatal que le dijo que elaborarían un inventario con cada objeto de la casa antes de trasladarlos a un depósito estatal en previsión de que los reclamen los eventuales herederos.

—De acuerdo —dijo Dupree consultando su reloj—, nos pondremos con eso en cuanto terminemos con el detective Nelson. Su capitán ha prometido que nos llamará en dos minutos. Los agentes Emerson y Tucker se nos unirán por teléfono desde Tampa.

El capitán era un hombre de palabra y a la hora convenida le pasó al agente Brad Nelson. Dupree hizo una rápida exposición.

—El caso del asesinato de la familia Andrews guarda muchas similitudes con una serie de asesinatos de familias que investigamos. Desde este momento el caso Andrews pasa a ser del FBI. Su antiguo capitán en Galveston nos ha enviado todo lo relativo a esta investigación y nos ha brindado su colaboración; esperamos contar también con la suya... Y huelga decir que no puede comentar el contenido de esta conversación con ninguna otra persona.

—¿Y con quién iba a comentarlo? Está bien, hagan lo que quieran —respondió arrogante Nelson—, ya no es mi caso. De hecho hace meses que dejó de serlo. No olviden decírselo a Joseph Andrews y que les dé el coñazo a ustedes a partir de ahora.

—Detective, soy la subinspectora Salazar.

El detective Brad Nelson escuchó resignado y contestó hastiado: sí, el maldito violín. Lo habían visto desde el principio. Sin duda era un elemento decorativo que no tenía más importancia. Un violín no era la clase de cosa que homicidios procesa como posible rastro de la presencia de un extraño en la escena de un suicidio-homicidio. No habían hallado nada ajeno; ni pelos, ni huellas ni restos de ningún otro tipo. Nada que indicase que una persona

extraña a la casa hubiera estado allí. Seguramente formaba parte del atrezo de la obra en la que participaba su madre, o quizá su hermano pequeño había comenzado a tomar clases.

—Detective Nelson, soy el agente Johnson, ¿sabía que la señora Andrews era interiorista y que ella misma llevó a cabo la decoración de su nueva casa?

—Encantado, agente Johnson. Sí, Joseph nos explicó todo eso de que su madre no habría consentido que el violín rompiera el «clima estético» de su trabajo, y que su hermano pequeño estaba apático y lo último que habría hecho sería tomar clases de violín... Pero hay muchísimas más razones por las que podría haber ido a parar a la casa. Recuerden que él no estaba viviendo allí en ese momento. Cualquier miembro de la familia pudo traerlo. La madre formaba parte de un grupo de teatro.

—La afirmación de un miembro de la familia de que un elemento no pertenece a la casa debería hacerle dudar, aunque él no estuviera en la casa los conocía mejor que ninguno de los presentes —apretó Johnson.

—Y lo hizo. Al día siguiente mandé a un técnico a tomar las huellas del violín... No había ni una.

—Después de que usted autorizara que una brigada de limpiezas traumáticas pasara por la casa —recalcó Dupree.

Amaia miró a su jefe. Que no engañase a nadie su inicial gentileza.

El detective Nelson resopló en la línea. Sonó como un trueno.

—Miren, sé lo que tratan de hacer. A mí también me da pena ese chico, entiendo por lo que está pasando, por eso sigo atendiendo sus llamadas. Por desgracia he visto muchos casos como este. Es el superviviente de una familia, atrapado en una doble espiral de culpabilidad: por un lado, no haber estado allí, y por otro, la negación de lo ocurrido. Intenta agarrarse a un clavo ardiendo, y yo sé cómo acaba esto: si no acepta lo que pasó, poco importará que no muriera aquel día, terminará volándose la cabeza él mismo. Por eso envié de vuelta al equipo, no porque pensara que no habíamos hecho bien nuestro trabajo, sino para acabar de una vez por todas con sus dudas. Procesamos inicialmente el escenario, tomamos muestras de cabellos, saliva, sangre, orina. Residuos de disparo y balas. Los mandé de vuelta a tomar huellas del violín solo para tranquilizar al chico. Y nada, nada indica que otra persona distinta a los miembros de la familia hubiera estado en la casa. El

arma estaba junto a la mano del padre. Había residuos del disparo en su piel. Las balas recuperadas habían sido disparadas con esa arma. Blanco y en botella.

—¿Qué clase de violín era? —preguntó Amaia.

Había cierto alivio en su voz al responder.

—Eso lo sé, después de la guerra que dio el chaval con el violín, no me conformé con las huellas, pedí un informe completo. Un violín común, de los que se usan en aprendizaje, o el que cualquiera le compraría a su hijo adolescente si se empeña en que de pronto quiere aprender violín. Fabricado en Estados Unidos, se vende en todas las tiendas de instrumentos por unos setenta dólares. Cotejamos las tarjetas de crédito para ver si aparecía una compra en una tienda de instrumentos. No apareció nada, pero no es mucho dinero, pudieron pagarlo en metálico.

—Detective, ¿encontraron el arco? —preguntó Amaia.

El desconcierto era evidente en su voz.

—¿El arco?

—Es una vara delgada, ligeramente curva, cuyos extremos están unidos por unas cerdas con las que se rozan las cuerdas de un violín para producir el sonido.

—Sé lo que es un arco —respondió malhumorado.

—¿Y bien? ¿Lo encontraron?

Nelson volvió a resoplar antes de responder.

—No, no lo encontramos, pero no veo qué importancia puede...

—Cuénteme cómo desapareció el violín —pidió Amaia.

—No desapareció, fue hurtado —contestó enfadado—. Y fue después de que el laboratorio lo procesase por segunda vez, así que, si están tratando de relacionarlo, se equivocan de parte a parte. Como les dije, tras la tormenta las ventanas fueron aseguradas con tableros, me temo que no con demasiada habilidad. En los días posteriores una patrulla detectó que uno de los tableros se encontraba parcialmente descolgado; todo apunta a que el propio peso hizo ceder unos clavos demasiado endeble. A pesar de que en la casa había equipo fotográfico e informático, no faltaba nada. Encontraron un paquete de galletas abierto en la cocina y se echó en falta un trofeo de cristal, una bandeja para las llaves también de cristal y el violín. Creemos que cualquier chaval

del barrio, excitado por la noticia del crimen, se vio tentado a entrar en la casa al ver la ventana abierta..., se llevó cuatro baratijas, nada de valor, así que no intenten buscarle tres pies al...

—Detective Nelson —cortó Johnson—, el joven Joseph Andrews insistió en ver los cadáveres de los miembros de su familia; sabemos que como es habitual trató de hacerle desistir de esa idea. Joseph nos dijo que su padre entrenaba a diario y que su carácter le habría empujado a enfrentarse a un agresor. También nos ha explicado que el rostro de su padre presentaba numerosas erosiones compatibles con las heridas que produciría una pelea. Recuerda incluso una uña rota. Según el informe del forense que tengo delante, no constan heridas defensivas, u ofensivas, por parte de los demás miembros de la familia. ¿Cómo explica las lesiones que presentaba el rostro del señor Andrews?

—¿Un agresor externo? Quizá al leerse tan minuciosamente el informe han pasado por alto que la entrada no estaba forzada y que no había señales de lucha. Es solo un tipo que perdió la cabeza, creemos que se autolesionó. Había restos de su piel en la culata del arma. Lo he visto otras veces: antes de dispararse, alcanzar un alto nivel de desesperación. Se golpean como castigo o como escape a la confusión. El dolor físico los ayuda a centrarse.

—Detective, hay un par de cosas que no entiendo del informe de balística —instó Amaia—. La comparativa se hizo con una bala disparada en laboratorio y una extraída de una de las víctimas, concretamente del hijo pequeño.

—Así es —aceptó Nelson.

—¿Por qué solo se comparó una bala? —preguntó Johnson.

Amaia contestó por él.

—Veo que lo intentaron con la esposa y con la hija, pero a menudo, en los casos de disparo en el cráneo, la bala está fragmentada. Recuperaron entera la del niño porque su cráneo no era tan duro.

—Es como dice —corroboró Nelson—, no se pudo hacer la comparativa de la huella del cañón, pero se decretó que era del mismo calibre y marca.

—¿Y la del padre? —apremió Amaia.

—Bueno... —farfulló Nelson.

—No la hicieron —sentenció Amaia.

—Ya saben que se trataba de un calibre veintidós, la huella de deflagración es mucho menor que en otras armas, pero fuimos exhaustivos. Se

hizo una analítica buscando plomo, bario y antimonio. Dio positivo en los tres, y en la mano izquierda; les recuerdo que era zurdo. ¿Cómo iba a saber eso un atacante desconocido? Él disparó.

—¿Y la bala? —insistió Amaia.

—No la recuperamos.

—¿Quiere decir que no se halló en la escena del crimen? —quiso saber Dupree.

—Quiere decir que sigue dentro de la cabeza del señor Andrews —machacó Amaia.

Durante un par de segundos pareció que Nelson se ahogaba. Por fin contestó.

—¡Por el amor de Dios! No era necesario. Tenemos las huellas del disparo, la bala que extrajimos de la cabeza del niño, y las de la esposa y la hija. Seguramente estará fragmentada.

—No lo está —rebató Amaia—. Acaba de llegarnos el informe del forense y en la radiografía del cráneo puede apreciarse la bala entera.

Todos permanecieron en silencio esperando a que Nelson respondiera. Tardó unos segundos.

—En primer lugar, no creo que eso cambie nada. Él disparó, mató a toda su familia y todas las pruebas van en esa dirección. Y, en segundo lugar, parecen estar cargando toda la responsabilidad de esta investigación sobre mí. Soy un detective de homicidios miembro de un grupo de homicidios. Investigamos este caso tan bien como cualquier otro.

—Detective Nelson. ¿Podría responder a una última pregunta? —solicitó Amaia.

—¿La última? ¡Si es la última puede apostar a que podré!

Johnson y Dupree miraron a Amaia sonriendo. Casi podían imaginarse al detective Nelson secándose el sudor de la frente.

—Se recuperó otra bala en el escenario...

—Sí, incrustada en la escayola de la pared. Esa sí que estaba entera. Calibre veintidós y disparada con la misma arma.

—La fotografía que tengo delante está tomada de muy cerca. No me permite apreciar a qué altura de la pared está el impacto, pero apuesto a que es a ras de suelo.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

La estupefacción de Nelson se contagió a Johnson y a Dupree.

Amaia pulsó una tecla y dejó a Nelson en espera antes de responder.

—Todo le salió mal al compositor en este caso; una tormenta que no llegó a ser tan destructiva, familia incompleta, padre ingobernable. Aun así decidió seguir adelante, o, por alguna circunstancia, una vez que hubo empezado no pudo parar. Suponemos que en todos los casos mató a los demás miembros de la familia en primer lugar, dejando para el final al padre. Pero Andrews se le rebeló y tuvo que matarlo para desarmarlo, y para eso tenía que llevar otra arma. La agente Tucker ya apuntó a esa teoría; quizá no la necesitó en los otros casos, pero tuvo que pensar en la eventualidad de que las cosas se torcieran, como terminó pasando. Después de acabar con Andrews, procedió con la familia, la esposa y los hijos, ya con la pistola del padre.

—¿Y la bala en la pared? ¿Cree que Andrews llegó a disparar?

—La bala procede de la pistola de Andrews, pero creo que ese disparo se hizo cuando ya estaba muerto. Los suicidas se disparan en la cabeza, y excepcionalmente, en el corazón. Nadie que tenga intención de matarse se dispara primero en una parte del cuerpo y después en la cabeza, y habría sido muy sospechoso que tuviera dos balas en el cráneo. El asesino puso la pistola en las manos del cadáver y tuvo que hacer un disparo para garantizar que quedaran huellas de pólvora, pero Andrews ya estaba muerto y en el suelo. El tiro salió bajo.

Johnson suspiró y dejó salir el aire soplando lentamente.

Dupree levantó su teléfono.

—Me pongo con la orden para la exhumación del cadáver de Andrews. Si logro convencer al juez de la urgencia, quizá la tengamos esta misma noche.

—Tengo que contárselo a Joseph Andrews —dijo Amaia pensativa.

Dupree objetó.

—Salazar, con una orden del juez no necesitamos su autorización. Está comprobado que a veces es mejor que las familias se enteren cuando ya es inminente, les evita sufrimiento.

—Estoy de acuerdo con Salazar —dijo Johnson—. En este caso, esa clase de sufrimiento es lo más parecido a un triunfo que habrá tenido Joseph Andrews en muchísimo tiempo.

Mary Ward

Cape May, Nueva Jersey

El teléfono atronó en la funeraria Ward. Mary se sobresaltó maldiciendo y sonriendo a la vez. Llevaba cuarenta años dedicada a aquel oficio y todavía saltaba como un gato con cualquier ruido fuerte. Le gustaba trabajar en silencio. Así lo hacía su padre y así lo había venido haciendo ella hasta que su hijo Ben había decidido seguir la tradición familiar y dedicarse al negocio de las funerarias. Le agradaba trabajar con Ben, aunque durante los primeros meses el conflicto por la música heavy a todo volumen había estado a punto de truncar la sociedad.

Habían hallado la solución permitiendo que Ben trabajase todo el tiempo con sus auriculares puestos. Mary sabía que eso iba a tener consecuencias sobre sus oídos y que, probablemente, antes de ser viejo, ya tendría que llevar uno de esos audífonos. Pero, a pesar de considerarse una buena madre, había sopesado sus constantes migrañas y la continuidad de la familia frente al negocio y había decidido que, después de todo, un audífono no era lo peor. Que llevase aquellas cosas puestas en las orejas todo el día tenía una pega: no oía nada más. Para ella no era un problema acercarse y tocarle en la espalda cuando quería hablar con él. Mary sonrió. Bueno... tocarle en la espalda o soplarle en el cuello. Ben había heredado su intranquilidad natural y reaccionaba con alarma propia de un incendio. Ella disfrutaba dándole aquellos sustos y riéndose de él durante horas, a veces días, mientras esperaba a que se la devolviese.

El principal problema podía darse si recibían una llamada para un encargo de un trabajo y la dejaban pasar por no oírla. La clientela del negocio funerario era bastante fiel; normalmente las familias llamaban a la misma funeraria que sus abuelos o sus padres. Pero había que andarse con ojo, la

competencia era feroz. Ben lo había solucionado instalando un sistema como el de las estaciones de bomberos. Cada vez que el teléfono sonaba, un altavoz multiplicaba el sonido por todas las estancias; él lo oía perfectamente y ella saltaba hasta el techo. Era un efecto de trabajar con la muerte que con el tiempo había llegado a ser divertido.

Mary indicó a su hijo que siguiera con su tarea, respondió a la llamada y sonrió cuando la joven voz de mujer del otro lado de la línea se identificó como agente del FBI. Cuánto habían cambiado las cosas. Se sintió un poco decepcionada cuando creyó que no iba a poder ayudarla. Tras el paso de la tormenta y la muerte de la familia Miller, el ayuntamiento de Cape May decretó el estado de ruina de la casa y procedió a su derrumbe como medida de seguridad. No se habían recuperado objetos de su interior. Pero su hijo Ben, junto a varios operarios de la funeraria, había levantado los cuerpos tras la autorización del juez. Entre los cinco y los nueve años lo había enviado a clases de violín, era realmente malo, así que cuando cumplió diez años lo dejó. Pero tenía muy buena memoria: si hubiera habido un violín allí, no se le habría pasado por alto. Seguro que podría ayudarle. Mary dejó el teléfono en la repisa y sonrió al ver que su hijo trabajaba de espaldas con aquella música infernal atronando en sus orejas. Se acercó con sigilo y le puso una mano helada en la nuca.

Predicador

Calle Bourbon, Nueva Orleans
22:00 h del sábado, 27 de agosto de 2005

Durante todo el día apenas habían tomado un bocado, que las propietarias del hotel Dauphine les habían subido a la habitación mientras estudiaban los dossieres.

Las notas procedentes del piano situado en un rincón del bar se mezclaban por momentos con la música que se colaba por la puerta abierta de la calle. La suave luz del establecimiento amarilleaba aún más las paredes de color galleta que brillaban en algunos sitios como si hubieran sido pintadas al óleo. Por un pequeño arco a la derecha de la barra se accedía a un patio interior que Dupree había insistido en mostrarles. Las enredaderas colgaban desde los balcones del piso superior hasta la cabeza de los comensales, cubriendo casi por completo las paredes, que, solo a ras de suelo y donde llegaban a alumbrar los candiles con velas, dejaban ver que el color original era una versión más luminosa del ámbar del interior.

—No lo han vuelto a pintar nunca —explicó Bull—. Es la pintura original de cuando lo abrieron en 1930. Dicen que en otro tiempo fue la casa de un alcalde de la ciudad.

Los sillones de terciopelo negro se arremolinaban alrededor de las minúsculas mesitas que los camareros desplazaban a capricho según el número de comensales. Juntaron dos mesitas para ellos. Bill y Bull se acomodaron alrededor de una con Johnson; Amaia se sentó en la otra con Dupree, con la sensación de que de algún modo sus compañeros lo forzaban así. Quizá se habían percatado de las intensas miradas que Charbou le dirigía

cuando creía que no se daba cuenta. Pidieron ostras Bienville y *fettuccine* con cangrejos de río, que Amaia encontró deliciosos, aunque sus dos compañeros no dejaron de señalar que no era el mejor momento para los cangrejos.

—Tendría que venir en primavera cuando es temporada —dijo Bull dirigiéndose a Amaia—. Casi en la puerta de cada casa hay un caldero de *crawfish boil*, se cuecen junto al maíz y las patatas, después los vuelcan sobre una mesa cubierta con papel de periódico y se comen con las manos remojándolos en mantequilla derretida y salsa picante.

Por suerte el juez se había sentido intrigado por la exposición que hizo Dupree y había autorizado la exhumación. Poco más podían hacer hasta que el equipo de Galveston les comunicase algún avance en la autopsia del cadáver de Joseph Andrews padre. Al recorrer la ciudad durante el día, a Amaia le había dado la sensación de que la recomendación del ayuntamiento y de las autoridades estatales de ponerse a salvo había calado hondo en la población, pero el paseo entre las calles Dauphine y Frenchmen la había dejado encandilada y sorprendida por la cantidad de bebedores, con sus cervezas en la mano, que, apoyados en los capós de los vehículos aparcados a ambos lados de la calle, celebraban la llegada del huracán mientras se burlaban de la potencia que pudiera albergar una criatura con un nombre tan sexi como Katrina.

En la calle Bourbon, el olor a cerveza vieja se mezclaba con la nueva diluyendo el característico tufo de la calle. La pestilencia caliente del mediodía perdía fuerza cuando al anochecer bajaba, solo un poco, la temperatura. El característico olor se combinaba ahora con el aroma procedente de los pocos restaurantes abiertos y el barroco perfume femenino que, como una mano invisible, atrapaba a los transeúntes frente a los clubes de alterne. El breve espejismo de calma dominical que Dupree había observado al mediodía había sido sustituido por una marea de gente que recorría la calle arriba y abajo. Amaia se fijó en que muchos llevaban sombreros festivos, collares o partes de disfraces. El encargado de las relaciones públicas de un *striptease* se dirigió al grupo animándolos a entrar en un local pintado con los colores de la bandera americana, mientras les prometía chicas auténticamente patriotas. A escasos dos metros del local, apostado en medio de la calle y alzado sobre una tarima, un predicador bramaba a los cuatro vientos señalando con el dedo a los que se acercaban al patriótico club.

—¡Arrepentíos, pecadores! El fin está cerca. El señor manda su ira sobre

vosotros; hoy os entregáis a la lujuria y mañana lloraréis como niños, pero mañana será tarde.

Amaia sonrió divertida encogiéndose de hombros mientras miraba cómplice a Dupree. No era la primera vez que veía a un predicador callejero, ni que oía sus agoreros mensajes del fin del mundo, pero, en el contexto de una ciudad en alerta por la llegada de un huracán, sin duda cobraba otro sentido.

Bull se colocó junto a Dupree y susurró algo. Dupree continuó avanzando mirando un poco sorprendido hacia la balaustrada que le indicaba Bull y desde donde una anciana le había saludado aquella misma mañana. Ante la asombrada mirada de Johnson y Amaia, el orador abandonó su tribuna, en dos rápidas zancadas se puso a la altura de Dupree y, con aquel dedo inquisidor, le tocó en el hombro. Dupree emitió un quejido ahogado, como el de aspirar el aire trabajosamente mientras llevaba la mano a su bolsillo buscando el *gris-gris* que Nana le había dado. Lo había olvidado en la otra chaqueta. Bill Charbou ya estaba a su lado y con un rápido giro retorció la muñeca del hombre hasta llevarla a su espalda, mientras con el otro brazo le rodeaba el cuello inmovilizándolo y le susurraba al oído:

—Las manos quietas, amigo, puedes gritar cuanto quieras, pero no puedes tocar.

El presunto apóstol se rindió de inmediato.

—La mayoría son inofensivos, pero a veces se les va un poco la pinza con el discurso agorero, e imagino que la llegada del huracán los está alterando de más. ¿Le ha hecho daño? —preguntó Charbou.

Dupree negó restándole importancia.

—Una contractura en una antigua lesión, lleva doliéndome todo el día, debe de ser por la humedad.

Amaia bajó la mirada. No era dolor físico lo que había visto reflejado en el rostro de Dupree. Conocía aquella sensación. En silencio alzó la mano hasta su cabeza y acarició bajo el cabello el casi imperceptible borde rugoso de una antigua cicatriz. Se reconvino en silencio por haberlo hecho. Podía no percibirla durante meses. Llegaba a olvidar que estaba ahí, pero la conversación con su tía y el gesto de Dupree reavivaron su presencia como la de una herida abierta.

Pensativa recorrió con la yema del dedo el borde de la sutura mientras saboreaba otra cucharada del magnífico helado de higos que el chef le había instado a probar. No solía comer dulces. El aroma del azúcar caliente, de la

harina, de la mantequilla fundida no provocaba en ella las mismas sensaciones que en los demás. Había rechazado el pastel de pacanas típico de la ciudad, pero su negativa solo había reavivado el interés del chef, que no había parado hasta encontrar un postre que ella accediera a probar.

—No estuve seguro al principio porque tienen una manera muy distinta de trabajar a la nuestra, pero creo que Bull y Charbou nos serán de gran ayuda.

—¿Perdón? —dijo Amaia saliendo de su ensimismamiento.

—Bill y Bull. —Dupree hizo un gesto hacia la barra del bar donde los dos detectives de Nueva Orleans charlaban animados con Johnson y le pedían al camarero que subiese el volumen del televisor.

La imagen del huracán girando sobre el golfo de México llenaba toda la pantalla. Charbou levantó una mano y el bar quedó en silencio. La voz en *off* se oyó acompañando al hipnótico desplazamiento de la tormenta.

«Un ciclo de reemplazamiento de ojo interrumpió temporalmente la intensificación de los vientos, pero el huracán ha doblado el tamaño de su radio comenzando un segundo período de intensificación.»

Un murmullo de fastidio, similar al que se producía cuando tu equipo fallaba un gol, se oyó en todo el local. Pero nada más. Se reanudó la música. Nadie corrió hacia la puerta, nadie abandonó su lugar haciendo caer las sillas. Charbou y Bull continuaron su charla con Johnson y el camarero.

Ella asintió observándolos, pensativa. Hasta que Dupree la trajo de vuelta.

—¿Sueña con muertos, subinspectora Salazar?

Ella le miró confundida, dudando de que realmente le hubiera hecho aquella pregunta.

—No entiendo...

—¿La visitan los muertos a los pies de su cama, Salazar?

Ella movió los labios para articular una respuesta, aunque no dijo nada. ¿Qué era aquello? ¿Alguna especie de broma? Como si supiera lo que estaba pensando, él añadió:

—No bromeo. Yo sueño con muertos. Me persiguen intentando decirme algo que me cuesta mucho comprender. Las pesadillas solo cesan cuando consigo descifrar lo que quieren decirme.

Amaia abrió mucho los ojos. Tragó saliva.

—Bueno... —balbuceó.

—La entiendo perfectamente: no es la clase de cosa que se puede ir

contando por ahí ni la que debe decirle al psiquiatra de la policía cuando renueve su capacitación. No hace falta que conteste. Yo sé que sí. Leí su informe sobre el caso del coleccionista que atrapó en su país. Su compromiso inquebrantable con las víctimas y esa vaga explicación que usted llamó...

—Una corazonada —musitó ella.

Dupree continuó mientras asentía lentamente.

—He conocido a muchos policías, agentes e investigadores, y soy capaz de distinguir cuándo tengo ante mí a un individuo dotado para esto, y usted lo está.

Amaia apretó los labios incómoda.

—Sabe, a muchos les parecerá un bicho raro, a sus corazonadas las llamarán percepción, casi adivinación, una especie de sexto sentido. Pero yo sé que ese sexto sentido se desarrolla en personas que han vivido circunstancias especiales, ese tipo de circunstancias que destruirían a otros y que a ellas las ha hecho aprender y desarrollar un poder para detectar las variables latentes, como a Scott Sherrington. ¿Recuerda?, el policía inglés del que les hablé en la conferencia. Él también sabía ver el tipo de posibilidades que pueden darse, pero permanecen ocultas y, sin embargo, palpitantes bajo una fina capa de piel. Una capa de piel que las esconde para la mayoría, pero no para usted.

—No estoy tan segura de que sea así...

Dupree pareció molesto de pronto.

—No es momento para falsa modestia. No es cuestión de que lo reconozca o no. Lo importante es saber de dónde procede. Cuando hablamos de asesinos, de asesinos en serie, las variables latentes no son obvias, no son evidentes. En la mayoría de los casos no son ni siquiera lógicas, o por lo menos no lo son para la mayoría de las mentes, los que no han explorado ese lado oscuro que usted conoce. Cuando Emerson le preguntó cómo manejaba las posibilidades potenciales, usted mencionó la ventaja de utilizar variables latentes. Un gran número de variables observables se pueden agregar en un modelo para representar un concepto subyacente por el que es más fácil entender los datos. La teoría sirve para todos, la he explicado en mis conferencias mil veces. Pero está reservada a unos pocos, y todos tienen una característica en común —dijo clavando su mirada, aún más profunda en sus ojos—: haber visitado el infierno.

Ella bajó la vista un segundo sabiendo que era un error, y que con su

gesto solo confirmaba sus palabras. Al volver a alzarla, le pareció discernir, en el gesto siempre controlado de Dupree, la complacencia de la constatación. No pudo dejar de preguntarse por qué era tan importante para él.

—Eso les permite concebir esas variables que para los demás permanecen en el ángulo ciego, como algo latente, probable o plausible... Y ese conocimiento solo se da cuando se espera el comportamiento de un demonio, cuando se conoce su naturaleza íntima y uno es capaz de sustraerse para garantizar esa observabilidad.

Dupree cruzó los brazos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y se acercó más a ella.

—Usted puede hacerlo y eso nunca es gratuito. Quiero saber de dónde surge. Cuando halló el cadáver de la anciana bajo el tejado de la granja, habló del lugar de donde procede. Hábleme de ese lugar.

Amaia superó esta vez el instinto de bajar la mirada y afrontó a Dupree sin titubear, tratando de ser convincente. Acertó. Su jefe escrutaba cada uno de sus gestos indagando, escarbando la frágil superficie de sus defensas.

—No sé ni cómo lo recordé; no estoy unida a ese lugar, no tengo arraigos ni había vuelto a pensar en esa antigua historia. Supongo que alguien me la contó cuando era pequeña. Creo que fue una simple deducción lógica y una conexión neuronal a una historia de la que ni siquiera me acordaba.

Él negó impaciente.

—Da igual la opinión que usted tenga sobre el hecho. El lugar donde nacemos y pasamos nuestra infancia nos marca de un modo imborrable, deja en nosotros una huella hecha con todo lo que vimos, aprendimos, observamos o escuchamos.

—Agente Dupree, he vivido tantos años en Estados Unidos como en el lugar donde nací; vine aquí siendo una niña.

—Y, sin embargo, regresó.

—El lugar al que regresé es una ciudad. No tiene nada que ver con el lugar donde nací. Un lugar que nunca me gustó especialmente y al que tampoco odio de manera particular, un lugar sin más.

—Elizondo —dijo él.

Ella retrocedió como golpeada por la palabra.

—Un lugar que usted nunca nombra —insistió él—, del que conoce tradiciones antropológicas tan potentes que le han llevado a explicar por qué el compositor no encontró tan grotesco dejar a la abuela bajo el tejado de la

casa.

—Recuerdo esas historias muy vagamente, siempre me parecieron estupideces.

—¿Está segura de que siempre se lo parecieron?

—Siempre.

—¿No hubo un momento en que sí las creyó, en que le parecieron algo plausible? No hay nada de que avergonzarse. Las razones y motivaciones antropológicas que movieron a los distintos grupos humanos en el mundo beben de las mismas necesidades, de los mismos temores y miedos, de la consciencia de su lugar en el mundo. Su conocimiento y dominio le otorga un privilegio maldito, el mismo que tenía Scott Sherrington, el mismo que tiene usted.

Ella seguía negando con la cabeza.

Él pareció darse por vencido. Consultó su reloj.

—Se hace tarde. Mañana tendremos un día duro por delante, será mejor que nos retiremos —dijo Dupree poniéndose en pie y volviéndose hacia la barra para avisar a los demás.

Amaia suspiró aliviada. Dupree se giró y, mientras dejaba una generosa propina sobre la mesa, le dijo:

—Existe una razón que lleva a los seres humanos a desvincularse completamente del lugar donde nacieron y pasaron su infancia, y siempre es una deuda pendiente. Cuidado con las deudas pendientes, Salazar, el tiempo siempre acaba por cobrárselas.

A duras penas Amaia logró controlar el impulso de llevarse la mano a la cabeza. La cicatriz ardió bajo su pelo.

Premonición

Elizondo

Engrasi tenía la teoría de que las premoniciones no eran otra cosa que el instinto básico de supervivencia maleado a través de los siglos por la presunta evolución del ser humano, y sobre todo por la actual sociedad de confort. Todas esas señales que nuestra especie sabía leer en el aire, rumores, sonidos, minúsculos pero perceptibles cambios que constantemente acaecían alrededor y que podían ser interpretados por un humano aleccionado en la naturaleza: la proximidad de una tormenta, la inminencia de un parto, la presencia del agua, el acecho de un depredador, la llegada de una plaga, la cercanía de la muerte.

Ella seguía creyendo en las primeras impresiones. Opinaba que, en ese momento de indefensión ante lo que venía, era cuando los receptores de percepción aún estaban lo bastante limpios como para que las impresiones reales de lo que teníamos delante llegasen hasta nosotros sin la carga de la información añadida, esa que la mayoría creía interpretar como maestros y que solo servía para engañarnos.

Le extrañó la llamada a la puerta a las once de la mañana. Era temprano para que Amaia regresara de la escuela y no esperaba visita. Dejó el libro que había estado leyendo y se dirigió a la entrada. Le sorprendió aún más que fuera su hermano Juan. A esa hora él siempre estaba trabajando. Le chocó su atuendo. Lo normal habría sido que vistiese su ropa blanca de confitero. Sin embargo, llevaba un traje formal, azul marino, que solo le había visto los domingos en la iglesia, ¡pero si hasta se había puesto corbata! Pero lo que más le desconcertó fue que se presentara en casa sin llamar primero. En los tres últimos años, Juan solo había ido a su casa cuando ella le había emplazado. Entonces tuvo el palpito de que algo no iba bien. Uno de esos instintos primarios que nos avisan del peligro.

Más tarde, cuando todo hubo pasado, volvió a pensar en las primeras impresiones y en el modo en que despreciamos la información que recibimos en aras de la que creemos conocer. Sintió las alertas, el asombro, la extrañeza. Sospechó, intuyó y percibió... y, sin embargo, decidió no prestarle atención porque el hombre que estaba en la puerta era su hermano. Un típico caso en el que la información primó sobre el instinto.

Besó y abrazó a Juan como hacía siempre y, tomándolo de la mano, lo condujo al salón. Pero él rehusó sentarse. Se quedó allí de pie con su traje de los domingos y una gran sonrisa. Y le empezó a hablar de lo bien que les iba el trabajo, de las inversiones en maquinaria, de las grandes iniciativas de Rosario para ampliar el negocio, de que sus mantecadas se estaban enviando a Francia y se podían encontrar en hoteles de Biarritz y San Juan de Luz... Engrasi cortó en seco a su hermano.

—¿A qué has venido, Juan?

Él dio dos pasos y se plantó frente a ella. De pronto serio, apurado.

—Es algo bueno, Engrasi, algo muy bueno, que te va a alegrar —dijo sentándose al fin en una silla, pero sin relajarse un ápice. Juntó las manos sobre la mesa reclamando su atención.

Ella rodeó la mesa y se sentó frente a él. Por su gesto concentrado y el modo en que se amasaba los dedos de una mano con la otra, supo que ordenaba sus pensamientos, que repetía mentalmente lo ensayado. Tardó varios segundos en comenzar a hablar.

—Engrasi, me quedé muy preocupado después de la conversación que tuvimos sobre la niña.

Engrasi asintió.

—Me dolió mucho lo que me dijiste, hermana. No pienses que no quiero a Amaia, porque la quiero más que a mi vida...

Engrasi estudió su rostro.

—Hablé con Rosario. Fue para mí muy difícil, pero le conté lo que me dijiste, las cosas horribles que esas mujeres le dijeron a la niña y lo mucho que estaba sufriendo. Engrasi, Rosario se echó a llorar. —Mientras lo decía pareció que él mismo rompería en llanto. Atajó el leve temblor de sus labios apretando con fuerza la boca, cerró los ojos y extendió las manos hasta tocar las de Engrasi. Ella las cubrió con las suyas—. Engrasi, la medicación le hace sentir muy rara, le provoca mareos, malestar, mal humor. El doctor Hidalgo me explicó que son efectos secundarios hasta que se da con la combinación exacta

de medicamentos que debe tomar..., y eso a veces lleva años... Y Rosario me reconoció que hubo momentos en que no se los tomaba, y en una de esas ocasiones fue cuando dijo aquellas cosas. Pero todo está solucionado. —Se encogió de hombros confirmando que ni él mismo lo creía—. El doctor parece haber dado con la formulación exacta de los fármacos. Ella lleva una temporada muy buena. Está de maravilla, feliz, siempre de buen humor, muy cariñosa, como es ella. Como era cuando la conocí, como era antes de nacer Amaia. No sabes lo arrepentida que está. Me ha pedido que me disculpe contigo y reconoce que tienes razón.

Engrasi se irguió defensiva, apartando las manos de las de su hermano. Él no pareció advertir que junto a las manos retiraba su confianza. Siguió hablando.

—La gente es muy mala y este es un pueblo muy pequeño. Rosario se da cuenta del daño que una cosa así puede hacerle a la familia.

Engrasi se percató de que había dicho «a la familia», no «a la niña».

—Me alegra de que lo vea, de que ambos lo veáis —respondió Engrasi cauta.

—Por eso ha pensado, hemos pensado, que lo mejor es que Amaia vuelva a casa.

Allí estaba. La tormenta. El depredador. El aborto. La muerte. Y ella ni lo había oído.

—¿Qué? —replicó incrédula.

—Rosario ha sufrido terriblemente por estar separada de su hija. Esos comentarios, esas cosas horribles que dijo solo eran su manera de defenderse. Se sentía atacada por la gente, con sus preguntas malintencionadas sobre lo raro que es que la niña no viva en casa. Aunque, como yo le digo, es normal que la gente hable. Lo lógico es que una niña tan pequeña viva con sus padres y sus hermanas.

Engrasi miraba a su hermano, pero ya no lo escuchaba. Observarlo de ese modo le permitió en aquel momento percibir el cuidadoso montaje que se cernía a su alrededor. El impecable traje, la visita a deshora, el discurso imposible en el hombre que Engrasi conocía tan bien. Desde pequeños habían sido distintos. Engrasi, parlanchina y risueña, siempre dispuesta a enterrar la nariz en un libro y a pregonar después todo lo que había leído. Él, más callado y taciturno, esperando la campana que anunciaba el final de las clases para correr al obrador que acabaría por heredar. Siempre se habían querido y, a

pesar de ser la pequeña, de alguna manera había cuidado de él. Engrasi comprendía que su instinto de protección hacia Juan se basaba, en parte, en saber que Juan era un *juanxiño*, un hombre trabajador, buenazo y tranquilo, a quien ya desde pequeño le vaticinaban una esposa dominante. Volvió a mirar a su hermano y entonces lo vio como lo que era, un emisario. Una marioneta ejecutando una pantomima. Hacía años que Engrasi no hablaba con Rosario, que ni siquiera cruzaban la mirada cuando coincidían por la calle. Pero no le hacía falta. Aunque sus tiempos en la Facultad de Psicología parecían haber quedado mil años atrás, todavía podía enumerar las pautas de la personalidad neurótica. No podía dejar de preguntarse cómo había podido ser tan tonta como para no reconocer en las palabras de Juan el discurso de Rosario, su aplomo, su dominio. Había subestimado el poder y la influencia de una madre maligna para neurotizarse y psicotizar a los que estaban a su lado.

Allí estaba todo: su victimismo, su dualidad, su sacrificio, sus mensajes confusos. El modo en que Juan veía, casi como un regalo del cielo, que su mujer fuera normal, que se comportara como cualquier mujer, como cualquier esposa o como cualquier madre, hasta el punto de vislumbrar en ella una abnegación propia de la santidad.

Rosario, víctima de su enfermedad, de la incompreensión, de sus impulsos terribles, de los que no era en absoluto responsable. Mártir, sufridora de todo y más que nadie. Ella había padecido, ella había sido separada de su hija. ¡Y ella estaba esforzándose tanto! Comprensiva y resignada. Entendía que los demás la odiasen, pero si ella estaba haciendo todo por repararlo, ¿no podían hacer un poco los demás?

Dual y manipuladora. Reconociendo que no era merecedora de perdón y a la vez reclamando un poco de clemencia. Una oportunidad de demostrar cuánto le importaba, cuánto se esforzaba por hacerlo bien. El balón de la culpabilidad en el tejado de los demás. Ella no podía hacer más que humillarse y pedir perdón, y si alguien no era capaz de sentir piedad, sería debido a la maldad de su propio corazón. ¿Quién no iba a simpatizar con el sacrificio de una madre enferma que reconocía haber causado sufrimiento, pero que, sobre todo, se lo había causado a ella misma? Era síndrome de Münchausen por poderes de manual. La madre provocaba sufrimiento a la hija y ella terminaba siendo la receptora de la piedad, la simpatía y los cuidados. Y así era como una neurótica podía llegar a alienar a su familia y a ascender directamente a los altares de la santidad.

Engrasi se llevó una mano al tórax y apretó, intentando calmar la náusea que agitaba su estómago con su ácida presencia. La ira crecía en su interior como una criatura que atenazaba sus pulmones impidiéndole respirar. Ni una palabra de Amaia, ni una mención al sufrimiento de la niña, al exilio forzoso de una pequeña de doce años que llevaba casi tres fuera de su casa. Nada que decir de su dolor, de su amargura, ni de la carga de tener que soportar que la injuriasen por la calle. Se dio cuenta de que las manos le temblaban y las retiró de la mesa para ocultarlas en su regazo. Tenía que tranquilizarse. Debía pensar. Así que permaneció en silencio observando a su hermano, muy seria.

—¿No vas a decir nada? —dijo él después de un rato.

—Todavía lo estoy procesando —contestó ella con toda la calma de la que fue capaz.

Él pareció decepcionado.

—Esperaba que te alegraras, la verdad, y no sé por qué no lo haces. El otro día, cuando hablamos, fuiste muy dura, y te lo agradezco. Después de hablar con Rosario veo las cosas como son.

—Como ella dice que son.

Él continuó como si no la hubiese oído.

—Creí que esto era lo que querías...

Engrasi negó con la cabeza, asombrada.

—Lo único que quiero es mantener a la niña a salvo.

Juan se puso en pie y rodeó la mesa para llegar hasta su hermana. Se inclinó a su lado y apoyó una mano en su hombro. Conciliador.

—Hermana, nunca podré agradecerte lo suficiente que cuidaras de Amaia cuando Rosario estaba delicada, pero ahora está bien —remató con excesivo convencimiento.

Engrasi retiró la mano de su hombro y se levantó. Sus rostros frente a frente, muy cerca.

—No, Juan, Rosario no está bien. Rosario no estará bien en su vida.

Lo que pasó después no debió de extrañarle, pero lo hizo. Juan compuso un gesto de obviedad, como si descubriese algo que en el fondo esperaba. Se separó de su hermana sin disimular su fastidio por la pérdida de tiempo y esfuerzo.

—¡No me sorprende! —exclamó.

—¿Qué significa eso, Juan? ¿Por qué no te sorprende? —preguntó ella ofendida.

—Porque eso es lo que dijo Rosario que dirías.

Engrasi negó con la cabeza. Su hermano era un lerdo. Dio dos pasos hacia él hasta quedar a su altura de nuevo.

—¿Y qué es lo que dijo exactamente?

—Nada... —rehuyó él acobardado.

—No, no. Dímelo —exigió ella—, quiero saber qué piensa.

Juan levantó la cabeza.

—Cree que te has encariñado demasiado con la niña...

—¿Demasiado? ¿Te refieres a más de la cuenta? ¿De verdad me estás diciendo que crees que se puede querer demasiado a Amaia? —preguntó ella con determinación.

—Que actúas —continuó él— como si fueras su madre. Quizá porque no has tenido hijos propios...

Engrasi abrió la boca de pura estupefacción.

—Pero no lo eres y parece que se te está olvidando.

Engrasi miró a su hermano como si no lo conociera.

—Vaya, pues sí que te ha aleccionado bien, pero si hasta usas sus palabras —dijo ella con desprecio.

—Engrasi, será mejor que te vayas haciendo a la idea: su madre quiere que la niña vuelva a casa y yo también.

Ella se giró y le miró a la cara para que no le quedara duda de su determinación.

—No.

Él asintió como si lo esperara.

—Rosario también dijo que te negarías. Así que se ha adelantado y ha consultado con un abogado. No tienes nada que hacer. Si te empeñas en esto, solo gastarás tiempo y dinero. La niña es nuestra hija y debe vivir en su casa.

—Esta es su casa —replicó Engrasi—, y parece que has olvidado por qué vive aquí y en qué circunstancias la trajiste.

Juan contestó impávido y Engrasi creyó estar viendo a Rosario.

—Cualquier juez entenderá que una madre enferma no podía cuidar de su hija. Tomamos esa dolorosa decisión por el bien de la niña. Tú lo sabías, aceptaste que Amaia viviera contigo mientras Rosario se recuperaba.

El rostro de Engrasi se crispó de pura rabia.

—No, no me la trajiste porque Rosario estaba enferma, a pesar de que llevaba tiempo maltratándola, humillándola y aterrorizándola.

—Rosario se encontraba mal —repitió él como un mantra.

—Y tú, hermano, no hiciste nada. No hiciste nada cuando la obligaba a vestirse con esa ropa de niña muerta. No hiciste nada cuando la veías levantarse por la noche para ir a amenazarla a su cama, no hiciste nada cuando le rapó la cabeza a tijeretazos.

Juan explotó.

—¡Estaba enferma! —gritó.

Engrasi no se amedrentó.

—No hiciste nada porque era mejor cerrar los ojos y esperar, esperar hasta que fue demasiado tarde. Hasta que estuvo a punto de...

—¡Fue un accidente! —gritó de nuevo.

—¡No lo fue! —gritó ella con todas sus fuerzas.

Juan apretó los ojos y la boca. Cuando habló, la voz le salió ahogada por la desesperación.

—Sí que lo fue, Engrasi. Le he dado muchas vueltas y tuvo que ser un accidente.

Engrasi avanzó de nuevo hasta él y con un dedo amenazador le tocó en el pecho.

—No fue eso lo que me dijiste aquella noche, cuando me trajiste a Amaia. No, Juan. Que fue un accidente es lo que le contaste a la gente que te vio salir del obrador con la niña inconsciente llena de harina. Que la niña resbaló y cayó en la artesa golpeándose en la cabeza. Esa es la mierda de mentira que tuviste que contar y que parece que has terminado por creerte.

Ella acompañaba cada palabra con un golpe de su dedo acusador.

—Pero cuando me entregaste a la niña, te sentaste ahí mismo —dijo señalando la escalera— y me confesaste llorando lo que había estado pasando. Puede que tú lo hayas olvidado, pero yo no.

Él rompió a llorar.

—Yo recibí a esa niña y sé cómo venía: herida, frágil, aterrorizada... Transcurrieron meses hasta que pudo dormir sola sin despertarse en mitad de la noche gritando, así que puedes seguir contando esa puta mentira a quien quieras, menos a mí.

Juan se puso pálido, parecía a punto de vomitar.

—La niña lo ha olvidado —susurró sorbiéndose los mocos—. Rosario lo ha olvidado. ¿Por qué no lo olvidas tú?

Engrasi sonrió con amargura. No tenía arreglo.

—Te conozco, Juan. No eres un mal hombre, pero no tienes cojones. Eso no es un delito, a menos que te dejes arrastrar por las mentiras de tu mujer, a menos que te dejes arrastrar hacia el mal. Piénsalo.

Juan se secó las lágrimas con la manga de su americana de los domingos.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo volviéndose hacia la puerta.

—Espera, tengo una cosa para ti —dijo Engrasi tirando de la fina cadena que llevaba al cuello. Se inclinó para que la pequeña llave que pendía de ella llegase hasta el cajón. Sacó un gran sobre y arrojó sobre la mesa la inconfundible radiografía de un cráneo humano, un cráneo pequeño.

—¿Qué es eso? —preguntó él volviendo sobre sus pasos.

—Cuando me trajiste a la niña, ella apenas hablaba. Era evidente que estaba conmocionada. Nunca me he fiado de ese doctor Hidalgo. Tuve miedo de que tuviese una lesión interna y, además de al neurólogo, como te dije, también la llevé a un médico amigo, un patólogo que hizo una reconstrucción exacta de lo que le había ocurrido a la niña. Aquí —dijo señalando una pequeña línea blanca en la radiografía—. Un primer traumatismo con un objeto pesado y romo, que la alcanzó solo lateralmente; también tengo la radiografía de los dedos de su mano derecha fracturados al cubrirse para parar el golpe. Y aquí, el segundo golpe, de este no se defendió, estaba en el suelo inconsciente, con idéntica trayectoria desde arriba, porque fue lanzado desde el mismo lugar, pero con muchísima más fuerza. Aquí el borde del rodillo de acero fracturó el cráneo. —Clavó su mirada acusadora en los ojos de Juan—. Estaba destinado a matarla, fue el que casi lo consigue.

Juan miraba la radiografía sobre la mesa como si fuera a darle un ataque.

Engrasi volcó el contenido del sobre. Radiografías, fotografías y un extenso informe.

—La niña tenía además una abrasión alrededor del cuello producida por el cordel en el que llevaba prendida la llave cuando Rosario se lo arrancó. Presentaba una lesión cervical en las vértebras del cuello a consecuencia de haber sido zarandeada adelante y atrás con muchísima fuerza. Y erosiones en la parte de atrás de las piernas, en el culo y en los codos mientras se arrastraba por el suelo huyendo de ella.

—Mandaste hacer ese informe para...

Ella lo miró asqueada.

—No seas mezquino, llevé a la niña al médico para asegurarme de que estaba bien, pero sí, lo guardé. Y ahora sé que hice lo correcto.

Lo que dijo entonces su hermano, sí que la sorprendió y le dio una idea de hasta qué punto había sido alienado.

—Si enseñas eso ahora, también tendrá consecuencias para ti.

—La diferencia entre tú y yo, hermano, es que yo estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para protegerla, incluso salir perjudicada.

Juan miraba idiotizado los documentos.

—Puedes llevártelos; una amiga de confianza guarda una copia de todo.

Él levantó la mirada alarmado y las manos en claro gesto de rechazo.

—Dile a tu mujer que se las enseñe al abogado ese, a ver qué cree que le parecerá al juez, porque lo que yo veo es lo que ve cualquiera, que no fue un accidente, fue un intento de asesinato.

Juan se fue hacia la puerta y Engrasi le persiguió con el informe en la mano.

—Lo preparó de antemano, la siguió hasta el obrador cuando sabía que no habría nadie. Hacía días que sabía que la niña tenía la llave y pudo haber mantenido esa conversación en casa, pero esperó a que Amaia estuviera sola. Te mintió justificando adónde iba para salir de casa tras ella, la siguió hasta allí para garantizarse que nadie la molestaba mientras la mataba. La golpeó con saña, solo dejó de hacerlo porque creyó que estaba muerta. Después la enterró en la artesa de la harina y solo entonces regresó a casa. Porque consideró que por fin había logrado lo que tenía planeado desde el día en que la niña nació.

Juan ya había abierto la puerta de la calle, se giró visiblemente demudado y replicó consternado:

—¿Cómo eres capaz de mencionar eso? No debí contártelo. Tuvo una depresión posparto, a muchas mujeres les pasa.

—No tiene amigas, sabes que ya no se habla ni con Elena Ochoa, su amiga del alma, con la que siempre iba a todas partes, pues harías bien en ir a hacerle una visita. Me encontré a su hija en la calle, le pregunté, porque hacía tiempo que no la veía. Me dijo que estaba muy enferma y fui a verla. No está enferma, Juan, está loca de miedo. No sé en qué anda metida tu mujer, pero desde que no va con ella, Elena se ha encerrado en casa rodeada de santos y crucifijos por todas partes. Está aterrada. No quiere oír mencionar a Rosario. Me dijo que tu mujer había perdido su alma. ¿Qué crees que significa eso?

—Solo es envidia, las mujeres de este pueblo nunca la han tratado bien.

—¿Sigue saliendo de noche de tu casa sin que sepas adónde va?

Él la miró asustado. Engrasi supo que había acertado. Pero aun así Juan replicó:

—No puedo creerlo, ¿vas a usar todo lo que te conté en confianza contra mi mujer?

Ella lo miró asqueada.

—Juan, no quieres ver, no tiene que ver con Rosario, tiene que ver con Amaia. Ya veo que contigo está todo perdido, puedes seguir justificándola cuanto quieras, pero si crees que hay alguna manera de que yo entregue a Amaia a la mujer que lleva tratando de asesinarla desde el día en que nació, vas listo.

Método Charbou

Nueva Orleans, Luisiana

Domingo, 28 de agosto de 2005

Amaia se había despertado temprano. Después de ducharse y vestirse, había terminado por hacer la cama antes de sentarse a los pies para ver los informativos matinales.

Cada quince minutos desde las seis de la mañana las autoridades usaron todos los medios para advertir de que el Katrina causaría daños devastadores en toda la costa del golfo, y las previsiones para Nueva Orleans no eran muy esperanzadoras. Situada a dos metros bajo el nivel del mar, con el lago Pontchartrain al norte y el caudaloso Misisipi como una serpiente que cruzaba la ciudad, la amenaza de una marejada ciclónica comenzaba a verse de pronto como una realidad inevitable. El Centro Nacional de Huracanes pronosticaba un categoría cinco: vientos de doscientas ochenta millas por hora y ráfagas de más de trescientas veinte por hora. Nueva Orleans jamás había soportado un categoría cinco. El más potente de los que se tenían datos registrados había sido el huracán Betsy.

Se suele decir que las ciudades no tienen memoria y que sus habitantes olvidan rápido para vivir rápido. Sin embargo, la mención de Betsy despertó el miedo antiguo y dormido. El 9 de septiembre de 1965 el huracán Betsy tocó tierra en la desembocadura del río Misisipi cuando era de categoría cuatro y destruyó todas las poblaciones a su paso. Después avanzó subiendo por el río, lo que provocó una crecida de tres metros a su paso por Nueva Orleans. Betsy se llevó ochenta y nueve vidas y provocó tantos daños que pasó a la historia como «Billion Dollar Betsy». Pareció que solo entonces, al establecer la comparación con Betsy, la amenaza del Katrina cobraba cuerpo. Las

televisiones intercalaban las imágenes del avance de Katrina sobre el golfo de México con las fotografías en blanco y negro de la destrucción causada por Betsy.

Incapaz de contener los nervios, Amaia apagó el televisor y salió al pasillo del hotel. Alcanzó a ver de refilón a Dupree, que, prescindiendo del ascensor, bajaba por las escaleras. Aceleró el paso para alcanzarle. El hueco amplificó la voz del agente, que hablaba por teléfono.

—De acuerdo, estoy bajando, espéreme en el coche.

Picada por la curiosidad, volvió atrás y caminó hasta las ventanas que daban a las balconadas por las que, según la propietaria, paseaba la novia fantasma, y salió al exterior. Recorrió el montante sobre los arcos que cuadraban sobre la entrada del hotel y se asomó un poco. El coche oficial que les habían asignado estaba justo debajo. Pudo distinguir a Jason Bull al volante; Dupree ocupó el puesto del copiloto, no alcanzaba a ver a Charbou. Desistió y volvió al interior. Tenía hambre.

«La WWL a. m. transmitiendo en directo para Nueva Orleans. La alerta por huracán se extiende desde Morgan City hasta la frontera con Alabama y Florida.»

Las noticias que llegaban desde el servicio meteorológico nacional atronaban desde un viejo transistor Thompson que las propietarias del Dauphine habían rescatado de algún pesado baúl, siguiendo los consejos de emergencias de cómo aprovisionarse para un huracán. Lo habían colocado bajo la pantalla del televisor, con su omnipresente imagen del huracán avanzando sobre el golfo de México, que, Amaia estaba convencida, era un bucle de imágenes sin actualizar. Las hermanas habían tenido la deferencia de quitar el volumen del televisor y se decantaron por los constantes boletines que llegaban a través de la radio.

Mientras atravesaba el patio del hotel para dirigirse a la cabaña de los desayunos, Amaia ya había notado la llegada de suaves y cálidas ráfagas de aire que le habían revuelto el pelo como si alguien soplase muy suave tras ella. Inclinandose hacia delante, lo recogió con la goma que llevaba en la muñeca. Y entonces vio que, junto a la frágil puerta del invernadero donde

desayunaban, Bill Charbou la observaba sonriente, mientras ayudaba a una de las hermanas del Dauphine a colocar un saco terrero, que se unió a la media docena que ya se apilaban allí.

—Buenos días, subinspectora.

—Buenos días, detective. ¿Qué hace aquí? —preguntó volviéndose ligeramente hacia la calle. Era fácil deducir que Dupree estaba a solas con el detective Bull. Se preguntó si Charbou lo sabía.

—Tenía la esperanza de que me acompañase para desayunar. —Sonrió encantador y Amaia tuvo la confirmación de que estaba en su punto de mira.

Pasó por encima de los sacos mientras asentía sin prestar atención a la sonrisita de la propietaria del Dauphine.

Se sirvió un café y huevos revueltos y se demoró a propósito en la tostadora de pan con la esperanza de que Johnson o Dupree llegaran. Cuando ya no pudo postergarlo más, claudicó y fue hacia la mesa.

—¿No nos acompaña su compañero?

—Sí, está en el coche, hablando por teléfono con su familia. Quiere mucho a sus hijos.

Decidió que Charbou creía lo que decía.

—Por supuesto.

—Y a su mujer... —añadió con una sonrisa.

Ella no contestó.

—A veces pienso que tiene que estar bien —dijo el policía pensativo.

Amaia se llenó la boca con otro bocado de pan decidida a no darle cuartelillo.

—Me refiero a lo de tener esposa. Ya sabe, alguien con quien compartir las cosas.

Ella cabeceó en un gesto que era dual. Así que esa era su estrategia. Nunca había conocido a uno de esos, pero había oído hablar de los hombres que mencionan el matrimonio en su primer acercamiento a una mujer. Tenían el mismo interés en casarse que en arrancarse todas las muelas, aunque de entrada la alusión al matrimonio hacía suponer a la mayoría que no les interesaba ir de flor en flor, y eso les otorgaba una ventaja, la de que no los considerasen lo que en realidad eran.

Masticó lentamente mientras lo observaba. Hoy había prescindido del chaleco antibalas, ese que nunca se quitaba, se lo olvidó en el coche, y, en su honor, llevaba una ajustada camiseta azul que le marcaba la musculatura del

pecho y de los brazos. Los ojos grandes y profundamente oscuros parecían sinceros. Era guapo y lo sabía, y a Amaia le habría gustado más si sonriese un poco menos. Como si pudiese oír sus pensamientos se puso muy serio, y ella pensó que en efecto le gustaba más y que ahora venía la confianza.

Él se inclinó un poco hacia delante para darle a sus palabras un aire de íntima confesión. Ella sonrió al reconocer su estrategia, y eso lo desconcertó un poco. La sonrisa todavía no tocaba. Aun así, continuó:

—Por experiencia sé que es difícil encontrar a alguien que esté dispuesto a soportar nuestros horarios, nuestro modo de vida... —bajó la mirada para dotar de emoción contenida a su siguiente frase—... el modo en que termina por afectarnos lo que hacemos. —Allí estaba la segunda parte del método Charbou. Estuvo segura de que utilizaba una versión idéntica, pero enriquecida con el «no eres tú, soy yo y este maldito trabajo», cuando quería acabar con una relación.

Amaia volvió a sonreír. Después de todo, se estaba divirtiendo. Bill Charbou lo tomó como la venía para un avance.

—Subinspectora, ¿puedo llamarla Amaia? Me he fijado en que no lleva anillo, pero sé que algunas compañeras prefieren no llevarlo para trabajar. ¿Está usted casada?

Sus compañeros atravesaron la puerta. Ella los saludó indicándoles que se acercaran.

—Salazar —dijo entonces ella.

Charbou la miró confuso y algo contrariado por la llegada de los del FBI.

—Puede llamarme subinspectora Salazar.

Una de las orondas propietarias del Dauphine cruzó el comedor corriendo hacia el fondo con el mando del televisor en alto como si sujetase la soga de un caballo difícil de domar. Cuando alcanzó el lugar deseado, apretó la tecla del volumen hasta que su dedo gordezuelo se blanqueó en la yema. Faltaban unos minutos para las nueve de la mañana y el alcalde Ray Nagin comparecía ante los medios de comunicación para decretar la obligación de evacuar Nueva Orleans.

El plan que Dupree y el jefe de policía habían trazado consistía en establecer una especie de Operación Jaula en las horas inmediatamente posteriores al paso del huracán. Se trataba de un plan de contingencia comúnmente utilizado

tras un atentado terrorista. Decretarían un férreo control de las principales arterias de tráfico, de estaciones de ferrocarril, de autobuses y aeropuertos, y un exhaustivo filtro y control de todas las personas que salieran de la ciudad en vuelos privados, incluso militares. Pondrían especial atención en el personal de emergencias. Si el compositor había viajado solo o formando parte de un dispositivo de los que se habían desplazado desde fuera de la ciudad, saldría del mismo modo.

No paraba de darle vueltas a la insignia que aquel chico había visto relucir en el pecho del compositor. Por eso, en cuanto tuvieran confirmación de que se había producido un nuevo crimen, aplicarían una restricción de comunicaciones total o parcial para evitar advertir al compositor sobre la ubicación y el tamaño de los controles y no proporcionarle rutas alternativas para huir, un método utilizado por los ejércitos de todo el mundo durante las contiendas, lo que se denominaba en argot militar «silencio de radio».

Dupree estaba seguro de que su enemigo se encontraba agazapado muy cerca, esperando a que aquel demonio del cielo desatase su ira. Ellos también esperarían. Y, para hacerlo, habían elegido la central de coordinación de emergencias. La base estaba situada en el tercer piso de un parque de bomberos, que ocupaba la primera y la segunda planta, cerca de la sede del FBI y en las inmediaciones del lago. El jefe del parque les había cedido una sala de reuniones que por su aspecto no había sido utilizada jamás con ese fin. Establecieron allí su cuartel general. Instalaron las pizarras, los ordenadores, una línea fija y media docena de camastros de campaña en previsión de que pasaran allí la noche. El edificio era una construcción recia con buenos cimientos que ya había resistido otras tormentas. En la tercera planta había treinta puestos de trabajo, de los que solo estaban ocupados la tercera parte, se repartían frente a treinta pantallas y sus centralitas telefónicas. En el centro, un mapa luminoso de la ciudad indicaba los lugares donde se estaban produciendo acontecimientos de todo tipo. Desde retenciones de tráfico hasta altercados en bares, desde averías en el sistema eléctrico hasta incendios.

Dupree y los suyos dedicaron un rato a formar a los operadores sobre el tipo de emergencia de la que debían alertarlos.

Punto uno. Disparos secuenciales. Cuatro, cinco o más. Muy seguidos.

Punto dos. Todos los miembros de una misma familia muertos por disparos, en el interior de su casa.

Punto tres. Reunidos en la misma habitación.

Una vez que tuvieran la llamada, había que presuponer las dificultades: zonas encharcadas, puertas trabadas, la eventual caída de ramas de los árboles y cables del tendido eléctrico. Contar con los medios de los bomberos facilitaría el desplazamiento en un momento en que las calles estarían impracticables.

A primera hora de la tarde Dupree propuso a Amaia dar una vuelta de reconocimiento por la ciudad. Mientras atravesaban el aparcamiento hacia su coche, una extraña quietud los envolvió. Los pájaros enmudecieron y se hizo audible el rumor del tráfico a lo lejos. Entonces comenzó a llover. Suavemente, calmando el viento amenazante que había aumentado su fuerza según avanzaba la mañana. Subieron al coche en silencio, solo roto por los comentarios que servían para alertar a los demás de los cambios que se habían producido desde primera hora de la mañana. Los coches, que la noche anterior estaban a ambos lados de las calles, habían desaparecido, y, al llegar a la avenida Poydras, vieron que en la rampa de acceso al Superdome comenzaba a agolparse la gente. Personas mayores, gente con muletas o que empujaba sillas de ruedas. Algunos llevaban bebés en los brazos y otros portaban edredones y almohadas en previsión de la noche que tendrían que pasar allí. Amaia vio un par de cámaras de televisión y a los reporteros que entrevistaban a la gente que avanzaba hacia la entrada.

Dupree miró abatido cómo se amontonaban en los accesos mientras se preguntaba si Nana estaría entre ellos. No dijo nada, pero todos percibieron su inquietud.

—Comenzaron a llegar ayer noche —explicó Jason Bull—. La policía que está en el interior del estadio habla de diez mil personas y siguen llegando más.

Nadie volvió a decir nada. Quizá para evitar el pesado silencio, Bull encendió la radio.

El tráfico en la Interestatal, menos intenso que a primera hora, avanzaba a buen ritmo. Los escasos controles policiales de la noche anterior se habían multiplicado por toda la ciudad. Los patrulleros advertían a todo el mundo de la obligación de abandonar la ciudad o de dirigirse a los lugares que se habían habilitado como refugio. No debía quedar nadie en la calle a las seis y media de la tarde. A esa hora se había establecido el toque de queda obligatorio. Cualquiera que estuviese en la calle sería detenido por su seguridad.

Amaia observó las cortinas de lluvia que se desplazaban como en

oleadas dibujando su trazo de este a oeste, mientras en la radio anunciaban la llegada de las primeras bandas externas del Katrina. Un teléfono sonó en el interior del vehículo. Bull bajó el volumen de la radio y Dupree contestó la llamada. Escuchó con atención y colgó.

—Detective Bull —dijo dirigiéndose al de Nueva Orleans, y después a todos los demás—. Regresamos al centro de operaciones. Tienen la bala que había en el cráneo del padre de la familia Andrews. Es distinta de las que acabaron con la vida de los demás miembros de la familia, pero eso no es lo más importante. Los técnicos han reparado enseguida en que era munición antigua, y en cuanto la han metido en el sistema, han saltado todas las alarmas. Tanto la bala como las huellas del cañón se corresponden con el arma y la munición empleadas en el asesinato de una familia en Madison, Wisconsin, solo que fue hace dieciocho años.

»Están enviando todo lo que hay sobre el caso desde Quantico y desde Madison. En veinte minutos tenemos programada una *conference call* con Tucker y Emerson desde Florida.

El mal

Martin Lenx, su esposa, dos hijos varones de doce y diecisiete años y una chica de quince vivían en una gran mansión de una pequeña comunidad a las afueras de Madison, en Wisconsin. Junto a Alma, la anciana madre de Martin, hijo único, y que había heredado la casa tras la muerte de su padre. Este era un estricto pastor luterano de origen austríaco que había emigrado junto a su esposa a Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. La fortuna de Alma, una rica heredera, les había permitido llevar una buena vida. Y tras la muerte de su esposo, la anciana señora vivía con ellos en un apartamento especialmente habilitado para ella en la parte superior de la mansión. Sus cadáveres fueron hallados en avanzado estado de descomposición un mes más tarde, cuando a algunos vecinos les empezó a extrañar que no regresaran del viaje que habían emprendido para visitar a unos familiares. La casa estaba helada y, aun así, apestaba. En premonitorio aviso, las campanas del quinto movimiento de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz atronaban desde el interior, sumándose a los hediondos regueros de sangre pardusca que señalaban el camino hacia la sala de música de la gran mansión. Alineados, con la cabeza hacia el norte, alguien había colocado los cadáveres de todos los miembros de la familia. El padre, Martin, administrativo de una mediana empresa, un hombre gris, no demasiado llamativo y muy religioso, había desaparecido. Sobre la mesa de la cocina, la policía halló una carta dirigida al pastor de su iglesia, en la que Martin Lenx explicaba que su familia se había apartado del buen camino. Al parecer, las costumbres estéticas de su esposa le parecían indignas; el reciente anuncio de su hija adolescente de su intención de convertirse en cantante y los gustos musicales de sus hijos, cada vez más depravados, estaban ofendiendo a Dios. Martin los estaba perdiendo y no se

resignaba. Se sentía responsable, como padre de familia, y sabía que tenía que hacer algo. Después de mucho pensarlo había decidido que lo mejor para ellos era la muerte; salvaría así sus almas antes de que fuera demasiado tarde.

En las semanas posteriores al hallazgo de los cadáveres, la policía descubrió que Martin Lenx atravesaba graves problemas económicos. Su carácter introvertido y sus escasas habilidades sociales le habían hecho perder la posibilidad de ascender en su trabajo en varias ocasiones. Unas semanas atrás se había mostrado inusualmente ilusionado por un puesto en un banco local que al final no había conseguido. Martin no había dado muestras públicas de que eso le hubiera afectado, pero los investigadores descubrieron que, al día siguiente de ser rechazado, cursó la solicitud para comprar un arma. Las especificaciones y el calibre de la documentación en la armería coincidían con las de las balas halladas en cada uno de los miembros de la familia Lenx. La gran mansión heredada de su padre acumulaba dos hipotecas a punto de vencer, y, tras la apariencia de ejemplar existencia que se esforzaba en mostrar, se escondía un infierno interior que hervía en la mente del hombre. El coche de Martin se encontró un mes después de su desaparición abandonado en el aparcamiento público del aeropuerto de Chicago, aunque nada indicaba que hubiera volado desde allí. Nunca hallaron la pistola. Martin Lenx llevaba dieciocho años desaparecido. Algunos psicólogos forenses barajaron la posibilidad de que se hubiese suicidado.

Amaia Salazar no creía que a Martin Lenx esa idea se le hubiese pasado por la cabeza, no, después de liberarse.

Johnson leyó en voz alta la carta que Martin había dejado tras los asesinatos para el pastor de su iglesia. Amaia escuchó cada palabra, consciente de que debía atender tanto a lo que expresaba como a lo que subyacía en su texto, y que solo el análisis conjunto podría arrojar algo de luz sobre sus verdaderas motivaciones. Fue apuntando en su libreta giros imperceptibles, variaciones de estilo y frases enteras. Recurría constantemente a metáforas apocalípticas. «El sol se había oscurecido y la luna ya no daba su resplandor.» Sus palabras oscuras y agoreras pretendían justificar su acto, juzgándolo casi como algo ineludible, a lo que se había visto abocado. Pero bajo su capa de abnegación y sacrificio palpaba como una criatura viva el más añejo de los odios. «Las estrellas caerán del cielo y las potencias que están en los cielos serán conmovidas.» Martin había amasado durante años su resentimiento, mezclándolo con su fracaso, ofensas imaginarias, frustración y

pequeños desprecios, de los que se creía objeto y que coleccionaba como justificantes de su incapacidad para resolver su propia vida. Y, aun así, se sentía superior y muchísimo mejor persona que cualquiera de los miembros de su familia. Este perfil siempre encontraba una coartada freudiana para atribuir su fracaso a las mujeres de su vida. Condenaba primero a su madre, tan estricta con él en otro tiempo y que ahora aplaudía las ocurrencias de su nieta, justificándolas por su juventud y sonriendo ante su descaro. De su esposa no esperaba nada. Se había convertido en una mujer frágil y asustadiza, que había colmado de mimos a sus hijos malcriándolos hasta el punto de que Martin no podía reconocer en ellos ni rastro de los encantadores niños que tan orgulloso e ilusionado le habían hecho sentirse en otro tiempo.

Amaia contuvo el aire al escuchar la parte en la que se refería a la hija. La que había sido niña de sus ojos, su pequeña princesa, había perdido su favor según crecía e iba revelándose como lo que acabaría siendo, la que traería la vergüenza sobre la familia con sus horribles inclinaciones y depravados gustos. En ella parecían centrarse sus angustias. Martin explicaba sus frustrados intentos por corregirla, por reconducirla de nuevo al camino: castigos sin salir con sus amigas, sesiones de oración, visitas a la iglesia. Pero nada había servido. Martin había visto cómo su pequeña se transformaba ante sus ojos. A veces se levantaba durante la noche y recorría los dormitorios observando a los miembros de su familia, que dormían ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos. Aquellos rostros, antes amados. Los cabellos oscuros y ensortijados de los chicos, el rostro abúlico de su esposa enmarcado por los rulos que domesticaban la rebeldía de su pelo. El suave ronquido de su anciana madre, dormida, como cada noche, frente al televisor que jamás apagaba.

Como si de un piadoso Lot se tratase, los observaba durante horas intentando conmovérselo. Entonces entraba en la última habitación. La melena rojiza de su hija estallaba sobre la blancura de la almohada como el fulgor solar de una joven diosa enfurecida. A ella la había favorecido más, en ella había puesto más esperanzas, por eso ella era su mayor decepción. Había terminado el tiempo para la piedad, había hecho todo lo posible, se había esforzado, Dios lo sabía: había trabajado, rezado y se había sacrificado, pero aquella prueba era demasiado para un hombre, por mucho que ese hombre batallase para mantener su casa en pie. Había agotado sus fuerzas hasta quedar exhausto; entonces, mientras miraba dormir a su hija, volvía a estar seguro de

que Dios no le había abandonado, el Señor le había indicado qué hacer. Antes de volver a la cama, cada una de aquellas noches se había inclinado sobre su hija y le había susurrado su compromiso con ella: «Te salvaré, papá te salvará».

Amaia escuchó cada una de aquellas palabras en la voz de Johnson, la fuerza de la amenaza, el lastre de la condena que pesaba en cada una de ellas resonó en su interior. Sin saber cómo, dejó escapar todo el aire de sus pulmones en un jadeo ahogado, que logró que todos se volvieran a mirarla, mientras ella sentía cómo el suelo desaparecía bajo sus pies precipitándola a un abismo oscuro y terroríficamente familiar.

La voz de Tucker le llegó desde muy lejos.

—La subinspectora Salazar tenía razón. —Hizo una pausa—. Salazar, enhorabuena. Las continuas alusiones a Dios y a las Sagradas Escrituras en la carta no dejan lugar a dudas de que se trata de un asesino apostólico, con una misión y a Dios de su parte. En cuanto hemos tenido acceso al texto completo, Emerson se ha puesto a analizar y localizar las citas, que, como sospechábamos, pertenecen al Evangelio, en concreto a Marcos 13:24, donde se relata el fin de los tiempos. Les he enviado todos los textos comparados. Nos ha llamado especialmente la atención la parte en la que habla de las potencias en los cielos y el modo en que serán agitadas y provocadas. Yo creo que esas potencias de los cielos bien podrían equipararse a huracanes, tormentas y tornados. La parte en la que habla de que serán agitadas y provocadas asegura una causa efecto entre el pecado y sus consecuencias, y señalan al compositor quién debe morir. Emerson opina que puede deberse a una casualidad y que la hipótesis es frágil, pero yo creo que con esas palabras puso en marcha, veinte años atrás, la coartada para los crímenes actuales.

—Emerson —invitó Dupree.

—Opino que nos estamos adelantando —dijo airado—. Antes de empezar a elaborar el perfil de nuestro hombre según lo que sabemos de Martin Lenx, debemos establecer sin ningún lugar a dudas que Martin y el compositor sean la misma persona.

—La bala y las huellas que dejó el cañón halladas en el cráneo de Joseph Andrews coinciden con el arma que utilizó Lenx contra su propia familia dieciocho años atrás —señaló Johnson.

—Podría tratarse de un imitador, es más, podría tratarse de un discípulo. Creo que un discípulo encajaría en el perfil de asesino apostólico — argumentó Emerson a través de la línea.

—Enumeremos los aspectos que apuntan a que pudiera tratarse de Martin Lenx —pidió Dupree.

—Bueno —empezó Johnson—, en primer lugar, es factible por edad. Martin Lenx tenía treinta y siete años cuando se cometieron los asesinatos, han transcurrido dieciocho años. Así que, si no está muerto, tiene cincuenta y cinco años. Un hombre en activo que se haya conservado bien puede estar en plena forma. Escapa a los márgenes tradicionales de edad en los que se mueven los asesinos en serie, no sabemos qué ha estado haciendo en estos dieciocho años, pero la edad también lo ha vuelto más reposado, cuidadoso y meticuloso. Algo que encaja en el *modus operandi* del compositor.

—Y el arma —apuntó Tucker—. El hecho de que no la dejara en la escena del crimen de su familia habla de una intencionalidad al conservarla, que puede tener que ver con guardarla como recuerdo, pero también con la posibilidad de volver a usarla. Podría haberla abandonado junto a los cadáveres, o en el vehículo donde se quedaron el resto de sus cosas; una vez que hubo confesado en su carta, que el arma le señalase era lo de menos.

Tanto la voz como el tono de Emerson llegaron glaciales.

—Los perfiles de las familias coinciden con la de Lenx, aunque las edades no sean las mismas, sí que son muy aproximadas —admitió—. Pero en contra está el hecho de que el compositor también asesina al padre. Y si Martin Lenx es el compositor, es evidente que jamás se suicidó, no escenifica su caso.

Dupree tomó la palabra.

—Supongo que todos han reparado en el hecho de que Martin Lenx arrastró los cadáveres por la casa, reuniéndolos en lo que la policía de Madison llamó «la sala de música». Acabo de hablar con el jefe Carter, de Homicidios de Madison, que entonces era un crío, pero ha resultado ser el hijo del anterior jefe y recordaba haber oído contar muchas veces la historia de ese hallazgo. Aunque la gran mansión donde ocurrieron los hechos fue derruida, me ha explicado que, en efecto, la familia Lenx tenía en su residencia una sala de conciertos, con un piano y una pequeña variedad de instrumentos suficiente para poder llamarla sala de música sin que sonase pomposo. Esto nos devuelve a los hallazgos de violines comprobados en cinco de los escenarios;

lo recordaba el empleado de la funeraria de Cape May, y encontraron sendos instrumentos en los depósitos donde se guardaron los objetos procedentes de las granjas de los Jones y los Mason. Si a esto unimos el que estaba en casa de los Andrews y los Samuels... La aparición de un violín no es tan anómala como para considerarla una firma y su presencia no convierte una estancia en una sala de música, pero puede ser el modo en que Martin Lenx resuelve el atrezo de su escenario. ¿Está de acuerdo, Salazar?

Amaia, que había estado mirando atentamente a Dupree mientras hablaba, desvió la mirada hacia el centro de la mesa concentrándola en la lucecita parpadeante que indicaba que el aparato estaba encendido.

—Opino como Emerson —dijo provocando que Johnson se volviera a mirarla mientras alzaba los hombros—. Estoy de acuerdo en todo lo que exponen, pero antes que nada debemos establecer si Lenx es el compositor.

Dupree la miró estupefacto.

—No la comprendo. Martin Lenx encaja perfectamente en el perfil que usted ha estado dibujando.

—Ahora mismo me faltan datos para poder hacer la afirmación que pretende —respondió evasiva.

—Es increíble... —murmuró Johnson dirigiendo el reproche a Dupree.

Dupree la miraba con el ceño fruncido y contrariado.

—Por una parte —continuó ella mirando en la pantalla los textos que había enviado Tucker y comparándolos con un ejemplar de la Biblia—, podría ser él. Hay otro versículo que dice: «de estos grandes edificios no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada». Un asesino apostólico se caracteriza, entre otras cosas, por su capacidad para obsesionarse con los textos bíblicos o, en su defecto, por mensajes místicos o presuntamente sagrados. En su carta de despedida habla de los esfuerzos que le ha costado sostener su casa y cómo siente que se estaba desmoronando. Al matar a una familia tras una catástrofe que ha destruido su casa, simboliza la ruina de su propio hogar y elige a una familia que, como la suya, considera pecadora. Los elige para salvarlos, igual que salvó a su familia, matándolos y enviándolos directos al cielo.

Johnson y Dupree habían asentido a cada una de sus palabras. Desde el aparato les llegó la voz de Tucker.

—Entonces, subinspectora Salazar, ¿va a decirme que tiene argumentos en contra de su propia hipótesis? ¿Dónde está el problema?

—El problema está en que Martin Lenx asesinó a su familia, a los suyos. Su esposa, su propia madre, sus propios hijos, su hija —detalló—. Esto lo convierte en un aniquilador de su familia de manual; encaja por lo menos en dos de las cuatro categorías en las que pueden ser separados los aniquiladores de su familia: pretensión de superioridad moral, anomalía o alienación, decepción, paranoia. Cuatro de cada cinco asesinos de este tipo se suicidan después de cometer el crimen, excepto los que se sienten moralmente superiores, que sería el caso de Lenx. Pero, aunque hubiera sobrevivido, ¿qué le llevaría dieciocho años después a matar a familias que, aunque tengan aspectos en común, son tan distintas, en lugares tan diferentes del país, sin relación entre ellos? Y, sobre todo, el problema reside en qué ha estado haciendo Martin Lenx estos últimos dieciocho años. Los asesinatos de familias enteras son lo bastante llamativos como para que, aunque hubieran ocurrido en el lugar más remoto del país, hubiese quedado constancia, aunque fuera en la prensa. No hay nada. Ni en los archivos del FBI ni en los de las policías estatales. Hicimos un barrido de los casos similares en todo el país y tan solo hallamos a Joseph Andrews y su familia, y eso fue ocho meses atrás. O bien Martin Lenx mató a su familia, huyó y no tiene nada que ver con los casos del compositor o, si es el compositor, ¿cómo ha controlado un impulso tan poderoso? Porque hay algo que sé, y es que, cuando un pirado está convencido de que Dios, el demonio, la entidad que sea, guía sus actos, solo queda la opción de atraparlo, porque él jamás se detendrá. ¿Cómo se mantuvo quietecito Martin Lenx?

Tucker enumeró las posibilidades conocidas:

—Las opciones para el silencio de un asesino en serie siempre son la muerte, una larga enfermedad o que durante ese tiempo haya estado en el extranjero o en prisión por otro delito. Si partimos de que está vivo, cuesta creer que alguien que haya superado una enfermedad que le ha tenido apartado de la vida útil durante dieciocho años esté en condiciones de enfrentarse a familias enteras, no lo olvidemos, con padres en ocasiones bastante fuertes e hijos adolescentes. Y la clase de ciudadano que se esforzaba en ser Martin Lenx no acaba en prisión por un delito menor. La opción de que saliese del país podría ser de entrada la más plausible, pero no sé por qué, no veo a Martin Lenx viviendo en el extranjero. Su exagerada opinión de sí mismo no le permitiría verse como alguien que debe huir. En su momento los investigadores llegaron a la conclusión de que el coche abandonado en el

aeropuerto solo era una pista falsa. Se investigó la posibilidad de que hubiera podido volver al país de origen de sus padres, pero se comprobó que no le quedaba familia en Austria. Apostaría a que se estableció en otro lugar del país con una nueva identidad y una vida distinta, esa que siempre había pretendido y que a su juicio su familia no le permitía tener.

Dupree observó la reacción de Amaia a las palabras de Tucker. Torció la boca en un gesto de contrariedad. Era evidente que no estaba de acuerdo, pero no dijo nada.

—Recapitulemos —pidió Johnson impacientándose—. Entonces, aunque el modo en que Martin Lenx asesinó a su familia, el perfil de los miembros de las unidades familiares, la manera en que colocó los cadáveres, la habitación que eligió para hacerlo, el arma y la bala encajan, ahora pretende que lo eliminemos de la ecuación porque no sabe lo que ha estado haciendo durante los últimos dieciocho años...

Amaia bajó la cabeza.

—Conteste, Salazar —instó Dupree.

—Hasta que no tenga una buena explicación sobre la poderosa razón que le habría llevado a ponerse en marcha de nuevo, tengo que seguir disociando a Martin Lenx del compositor.

Un silencio incómodo sobrevoló la sala, solo alterado por el zumbido procedente del intercomunicador que utilizaban como altavoz.

Fue Dupree el que lo rompió.

—Muy bien, todo el mundo a trabajar, lo haremos en dos frentes: seguiremos, por una parte, tratando al compositor como una entidad independiente y, por otra, desarrollando el perfil de actuación de Martin Lenx y reactivando su búsqueda por todo el país. Busquemos una conexión entre las familias asesinadas y los Lenx. Investiguemos todo lo que hay sobre Martin Lenx, sus relaciones personales fuera de su hogar, por si fuera posible que tuviera una relación de apostolado con alguien, antiguos compañeros de trabajo, gente de su iglesia...

El tono de Emerson era ahora de triunfo. Su voz se oyó con claridad.

—No estaría de más tener en cuenta que pudo llevar una doble vida, otras novias o esposas, hijos fuera del matrimonio, relaciones homosexuales. Esa clase de cosas que podrían hacer sentir muy culpable a un hombre que quiere ser intachable; eso podría haberle empujado a la destrucción y, a la vez, darnos un heredero de sus enseñanzas.

En cuanto se dio por terminada la reunión, Dupree se puso en pie.

—Salazar, acompáñeme —dijo saliendo de la sala de reuniones y dirigiéndose hacia las escaleras interiores del edificio. El único lugar donde podrían estar solos. Fue una mala idea. Las escaleras ascendían los cuatro pisos que ocupaban la unidad de respuesta de emergencias y el parque de bomberos, y ya entonces el viento en aumento se colaba desde la planta inferior haciendo silbar el aire en las fisuras de las sencillas ventanas.

Dupree no hizo caso de los molestos silbidos.

—¿Puede explicarme qué ha pasado ahí dentro?

Ella se encogió de hombros y apretó los labios.

—No sé a qué se refiere.

—¿No sabe a qué me refiero? Me refiero a que fluctúa, a que vuelve a hacerlo. Por momentos nos sorprende con una claridad sobrecogedora y un minuto después le está dando la razón a Emerson. ¿Por qué lo hace? No la he traído aquí para que esté de acuerdo con los demás, ni para que oculte por qué discrepa —dijo recordando su gesto ante la conjetura de Tucker—. En un momento dado es capaz de enfrentarse a todos para defender su teoría sin importarle ir en contra del criterio de todo el grupo, nos empuja, nos obliga a escucharla, a atender su visión diferente, y cuando obtiene avances que la ratifican, cuando todo parece encajar, da un paso atrás.

—He expuesto mi opinión..., pero también respeto la de mis compañeros...

Él la miró calibrándola.

—Es por la familia de Lenx, ¿verdad? Le resulta más fácil admitir que alguien aniquile familias en serie que el hecho de que Martin Lenx matase a los suyos. —Dupree asintió en acuerdo con su propia sospecha—. Los que dañan a los suyos, sobre todo a sus hijos, son los más difíciles de asimilar. Esas cosas que dice sobre su hija... —Dupree se detuvo como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo en lo que no había reparado antes. Guardó silencio un par de segundos mientras ella rogaba mentalmente que continuase sin escarbar más allí. Él lo hizo—. Pero tiene que hacerlo, debe asimilarlo, que no es lo mismo que entenderlo, porque creo que esto último es imposible o... —Se detuvo de nuevo.

Ella entrecerró los ojos aspirando profundo para intentar dominar sus emociones. Claro que era por Lenx, por Martin Lenx y por su propia madre, porque las razones oscuras que llevaban a un padre o a una madre a aniquilar

a uno o a todos los miembros de su propia familia sobrepasaban el límite de los asesinos para entrar en el de los demonios. Porque la amenaza de Lenx sobre los suyos y la naturaleza de aquellos crímenes superaba los perfiles estudiados y se adentraba en un territorio solo explorado por los que habían visitado aquella parte del infierno. ¿No era eso lo que había dicho Dupree mientras cenaban?

Y sobre todo, porque si Martin Lenx y el compositor eran la misma persona no se encontraban ante un asesino apostólico que buscaba el pecado, o un aniquilador de familias que vengaba en otros los abusos de su infancia. Si Martin Lenx y el compositor eran la misma persona, solo estaba ensayando la puesta en escena de su obra, y tantos ensayos solo tenían como fin un grandioso estreno.

Sí, ella había visitado aquella parte del infierno, conocía la naturaleza de aquel demonio que, como el mismísimo diablo, obtenía su poder de que pensarán que no existía. Por su modo de mirarla supo que Dupree la descubriría tarde o temprano, había olfateado la presa, aun no sabía qué era, pero estuvo segura de que ya no perdería el rastro, porque de alguna manera aquella era la razón de que ella estuviera allí.

El viento silbó con fuerza en las rendijas de la cristalera a su espalda.

El irritante pitido desconcentró a Dupree, apartándolo de sus pensamientos. Visiblemente molesto fue hacia la ventana y empujó las hojas correderas para intentar ajustarlas. En el exterior, el viento doblaba la hilera de jóvenes arbolillos que rodeaba la central de emergencias, y las aguas del lago comenzaban a rizarse en pequeñas erupciones blancas, que aparecían aquí y allá sobre la superficie. A pesar de que tiró con todas sus fuerzas y la ventana se encajó un poco más, el molesto chiflido del aire apenas disminuyó. Dándose por vencido con la ventana, se giró de nuevo hacia Amaia.

—¿Por qué se empeña en hacerse pasar por paja?

Ella le miró confundida.

—Paja en el pajar. Conozco a hombres y a mujeres que matarían por ser la aguja. De hecho, hay cantidad de gente que en algún momento intenta hacerse pasar por una. Pero usted es la aguja, la aguja en el pajar. Brillante y afilada, tan distinta de la paja como se pueda ser. Su destino es sobresalir, no ser una más.

Ella le miró desconcertada. No sabía qué contestar.

—No encaja, Salazar. Lo más seguro es que no lo haya hecho nunca. No

es muy normal sacar a una niña de doce años de su casa y mandarla a estudiar al otro lado del mundo. ¿Me equivoco?

Ella apretó la boca. Provocada. Miró a un lado para evitar sus ojos.

—No encaja y solo tiene una opción, que es utilizarlo en su favor.

Quedó inmóvil unos segundos, como alcanzada por sus palabras, pero después alzó la cabeza, le miró a los ojos y asintió.

Él también asintió, satisfecho. Se adelantó un paso para quedar frente a ella.

—Joseph Andrews tenía razón. Su padre se resistió y el asesino tuvo que dispararle con el arma que trajo con él. Con la misma munición y la misma arma que usó para matar dieciocho años atrás a su propia familia. Son hechos. Usted nos indicó que debíamos volver atrás, que no era la primera vez que mataba. Hemos llegado hasta Lenx. Ahora, dígame, ¿es Martin Lenx el compositor?

—No puedo explicar qué ha estado haciendo estos dieciocho años, ni qué lleva a un aniquilador de su familia a convertirse en un asesino apostólico en serie, pero creo que es él.

Dupree asintió complacido antes de añadir:

—Observé que no estaba de acuerdo con Tucker cuando especulaba sobre cómo podría ser su nueva vida...

—No he asimilado a Martin Lenx y tengo que saber qué hay en su mente antes de empezar a suponer qué clase de vida llevará en la actualidad...

—Pero...

—No lo haré antes —respondió tajante.

Dupree contuvo su entusiasmo. Allí estaba de nuevo, la petulancia y el orgullo de una reina. ¿O de una mártir? El último pensamiento le inquietó y dibujó una arruga de duda en su frente.

—¿Podrá hacerlo, Salazar?

Ella asintió.

—Póngase a trabajar en eso, olvide al compositor y céntrese en Lenx —ordenó.

Ella pareció aliviada mientras empujaba la pesada puerta que separaba las escaleras de la tercera planta. Y aunque el estruendo de los chirriantes silbidos iba en aumento, Dupree se quedó un rato más allí, pensando. Después se asomó a la sala que ocupaban, hizo una señal a Johnson y volvió al

descansillo de las escaleras obligando al agente a seguirle. En cuanto oyó que se cerraba la puerta, se dio bruscamente la vuelta y se encontró de frente con Johnson.

—Me dijo que, después de que reclutásemos a Salazar para venir a Nueva Orleans, recibió una llamada.

—Sí, ya había comunicado que la subinspectora Salazar vendría con nosotros y que todas las llamadas urgentes que llegasen para ella debían de ser reconducidas primero al avión y luego a mi teléfono hasta que le hubiésemos asignado uno a Salazar.

—¿Sabe quién la llamaba?

Johnson asintió.

—Sí, la telefonista me la pasó a mí y tuve que pedir que la desviarán a una cabina antes de avisar a Salazar. Era su tía desde España. Seguramente pensó que tenía que explicarme la razón de la llamada y lo hizo antes de que tuviese tiempo de decirle que podría hablar con la subinspectora Salazar enseguida. Me dijo que su padre estaba muy grave, que el médico le daba cuarenta y ocho horas a lo sumo.

Dupree se quedó mirándole pensativo.

Johnson no supo muy bien cómo interpretar su silencio.

—Quizá debería habérselo dicho... En el momento me sorprendió que Salazar no decidiera volver a casa. Pero, por otra parte, ella no ha comentado nada al respecto, y es algo de lo que me enteré por accidente, no me siento muy cómodo con eso...

—No se preocupe, hizo bien —le tranquilizó Dupree.

Nana. Viejas fotografías

Nueva Orleans, Luisiana

Domingo, 28 de agosto de 2005

Nana levantó la mirada hacia arriba sobre el estadio Superdome. Las nubes que habían comenzado a cubrir el cielo a mediodía habían contribuido, como un invernadero, a disparar la temperatura, y la lluvia, que había empezado a caer un par de horas antes, era templada y dulce, como derramada desde una regadera. Nadie hacía gesto de cubrirse para evitar mojarse. Algunos alzaban el rostro al cielo como bajo una ducha deseada.

Un par de cámaras de televisión grababan a las puertas del estadio. Había familias enteras, con niños muy pequeños, pero la mayoría eran ancianos como ella misma, con muletas o bastones como el que ella usaba para ayudarse desde la operación, o con silla de ruedas, como Seletha. Los más jóvenes los sostenían o empujaban mientras arrastraban tras ellos edredones y almohadas protegidos con grandes bolsas de basura; algunos se detenían a saludar a la televisión.

Nana creyó que lo más difícil sería superar la puerta principal, pero una vez dentro la gente se apretujó hacia el vomitorio, y la proximidad de otros cuerpos le hizo perder el equilibrio trastabillando. Bobby la sostuvo por el codo y, tirando de ella, la colocó entre las manetas de la silla de ruedas de su madre y su propio cuerpo.

Desde la megafonía, amables mensajes les daban la bienvenida instándoles a ocupar una silla y a dejar los pasillos libres cuanto antes con el fin de facilitar la entrada a todos los que todavía esperaban fuera, bajo la lluvia.

Nana suspiró envuelta de pronto por una oleada de cálidos aplausos. Confusa, levantó la cabeza y miró a Bobby.

—Acaban de anunciar por megafonía que el ayuntamiento ha proporcionado alimentos para darnos la cena hoy —dijo sonriendo—. Vamos a estar bien, Nana, no te preocupes.

Ella intentó sonreír.

Bobby había aparecido en su puerta a mediodía.

—Nana, el alcalde Nagin ha decretado la evacuación obligatoria y el servicio meteorológico nacional habla de un huracán de categoría cinco. En la televisión llevan toda la mañana poniendo viejas imágenes de Betsy y dan miedo, Nana. Sé que dije que aguantaríamos en casa, pero creo que irse es lo más sensato.

Nana asintió apesadumbrada. A su espalda, Katrina rotaba adelante y atrás sobre el golfo de México en la pantalla del televisor.

—Betsy fue un categoría cuatro... —susurró.

—Pasaremos la noche en el Superdome, mucha gente está yendo allí. Dicen que habrá servicio médico y ambulancias por si las cosas se complican. Estoy esperando a que mi primo Gabriel venga a ayudarme a bajar a mamá y nos iremos. He preparado agua, bocadillos y unas mantas; coge tus medicinas y lo que creas que puedes necesitar.

Cerró la puerta y se dirigió al aparador de la cocina. Deslizó una puerta corredera y del interior extrajo un álbum de gruesas tapas azules. Lo apretó con una mano contra su pecho para usar el bastón con la otra. En las últimas horas, la humedad en el aire había aumentado haciendo que su cadera crujiera como un madero viejo. Colocó el álbum sobre la mesa, suspiró mientras abría la tapa y se sentó ante él. Durante mucho tiempo guardó los periódicos plegados entre la ropa de cama. Cinco o seis años atrás se había decidido al fin a recortar las amarillentas noticias para protegerlas tras las láminas de plástico de aquel álbum. Debió hacerlo antes. El tiempo transcurrido entre las sábanas había decolorado las fotografías, deteriorando el papel, que empezaba a transparentar en algunos lugares y a despintar los titulares. Casi todas las noticias habían sido tomadas de *The Times-Picayune*, uno de los periódicos más antiguos de Nueva Orleans.

Nana deslizó su dedo sobre el plástico que protegía las palabras que sabía de memoria. Aun así, se inclinó un poco hacia delante para poder leer.

EN LA HISTORIA DE LA REGIÓN

Cerca de medio millón de personas en el sur de Luisiana huyeron antes de la tormenta.

EL ALCALDE VIC SCHIRO INSTA A LOS VECINOS A GUARDAR UN HACHA EN SU ÁTICO

Debido a que la tormenta golpeó la oscuridad de la noche, innumerables habitantes de Nueva Orleans se despertaron y encontraron que sus casas estaban inundadas. Para huir, muchos buscaron un terreno más alto en los áticos, donde la mayoría se ahogó mientras subían las aguas.

BILLION-DOLLAR BETSY, EL HURACÁN MÁS CARO EN LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

Llevándose el dudoso honor de ser el primer huracán de mil millones de dólares en la historia de Estados Unidos.

Nana detuvo su mano sobre uno de los recortes.

CONTINÚAN LAS INVESTIGACIONES PARA ESCLARECER LA DESAPARICIÓN DE SEIS CHICAS DURANTE LA TORMENTA

Se suman a las dos docenas de desaparecidos durante el paso de Betsy, aunque la policía no las relaciona con la tormenta.

HALLADOS BAJO LOS ESCOMBROS DE UN EDIFICIO LOS CADÁVERES DEL DOCTOR DUPREE Y SU ESPOSA

El doctor John Dupree regresaba de atender una emergencia, y su esposa Marion, que era también su enfermera, le acompañaba.

Ambos permanecían en el interior de su vehículo, que fue literalmente aplastado por un edificio desplazado de sus cimientos durante la tormenta. Los cuerpos se encontraban en avanzado estado de descomposición debido a las altas temperaturas en la semana que ha transcurrido desde el azote de Betsy.

LA DESAPARICIÓN DE LAS SEIS CHICAS DE TREMÉ SE INVESTIGARÁ COMO RAPTO

Un presunto grupo de rescate las sacó de su casa durante la tormenta sin que se haya vuelto a saber nada de las chicas. Las menores se encontraban bajo la custodia de una niñera y pasaban la tormenta en su casa. Una de las menores desaparecida es la hija de la cuidadora y otra es su sobrina. La mujer y su sobrino, hermano y primo a su vez de dos de las niñas desaparecidas, son los únicos testigos. Hoy declaran ante el fiscal.

BETSY SERÁ RETIRADO COMO NOMBRE DE HURACÁN

Transcurrido un año tras las desapariciones de «las seis de Tremé», la fiscalía cierra la investigación y las reasigna como bajas por efecto de Betsy, sumándose así a las cuarenta y siete víctimas que aún siguen desaparecidas y oficialmente dadas por muertas.

Nana pasó varias de las gruesas páginas hasta el lugar marcado por una vieja fotografía. En ella aparecía una adolescente que sonreía a la cámara, su melena oscura y rizada caía hasta la mitad de su espalda. Era la imagen que habían utilizado para los carteles tras su desaparición. La policía se la había devuelto bastante maltrecha, pero el paso de los años, que había amarilleado la foto y cuarteado los bordes, no había conseguido rebajar el brillo vital de sus ojos negros. Nana se resistía, como había hecho durante años con los periódicos, a meterla entre los protectores plásticos. Necesitaba poder tocarla, tenía la sensación de que al hacerlo se acercaba a ella de alguna manera. Sentía que al meterla tras un plástico o un cristal le daría un halo de reliquia, que no quería para su hija. No la había enterrado, no guardaría su fotografía en una urna ni tras un cristal. Levantó la mirada y la dirigió en

derredor. Se había jurado esperar siempre allí, y ahora tenía que irse. Vio su bolso azul sobre la repisa de la cocina; en su interior llevaba su identificación, algo de dinero y sus medicinas. Volvió a mirar la fotografía como si fuera a coger a un niño entre sus brazos, la tomó con las dos manos, la apretó contra sí y cerró el álbum. Ni siquiera lo guardó, lo dejó allí, sobre la mesa. Deslizó la foto en el interior de su camisa, junto a su pecho, tomó su bastón y el bolso azul y salió de su casa cerrando bien la puerta.

Una aguja

Nueva Orleans, Luisiana

Amaia estudió las fotografías que acompañaban el informe. Las de los chicos parecían sacadas del anuario del instituto. Había una del padre solo, y la única de la esposa era la de grupo junto al resto de la familia. Examinó la fotografía en la que los Lenx habían posado juntos. Martin, un anodino hombrecillo gris. Todo en él, desde el rígido nudo de su corbata hasta el cuello almidonado de su impoluta camisa, hablaba de meticulosidad y cuidado. Se esforzaba por proyectar una imagen respetable e inteligente, rematada con unas gafas de pasta propias de un profesor. La estampa de un hombre que lo tenía todo bajo control, pero quizá el exceso de celo obraba en su contra dejando traslucir en su pose, en su cabello repeinado y sus uñas blancas una inseguridad de castrado. Influido por la educación de una madre estricta, no había sido capaz de proporcionar un hogar a su propia familia y seguía viviendo bajo el techo de su madre. Amaia estaba segura de que resultaba humillante para él, que incapaz de huir de la influencia materna, o quizá con la intención de imitar el éxito que para él suponía la vida de sus padres, había terminado por elegir a una esposa que miraba al objetivo de la cámara apocada bajo el peinado copiado de su suegra.

Los chicos eran otra cosa. Sonreían despreocupados y sinceros, parecían felices. La chica llevaba la larga melena rojiza alborotada y suelta por la espalda, su sonrisa era cálida y confiada. Amaia se fijó en que se había puesto un poco de carmín, que contrastaba con el vestido sobrio y de corte anodino. Estuvo segura de que fue solo para la foto. Se la imaginó retirando los restos con papel higiénico ante el espejo del baño. Todos miraban de frente a la cámara y todos se tocaban levemente entre ellos, excepto Martin, que posaba de medio lado. Amaia tomó la fotografía en la que aparecía en solitario, quizá

captada el mismo día —el padre llevaba el mismo traje y la misma corbata—, y comprobó que la pose era exacta a la que tenía en la foto de grupo. La posición de las manos, la altura de la barbilla, los hombros altos, ligeramente echados hacia atrás, los pliegues en la ropa, todo salvo la boca. El rictus, como un frío corte que dibujaban sus labios en la foto familiar, había desaparecido en la fotografía en solitario. La boca seguía cerrada, pero los labios se advertían relajados, casi el atisbo de una sonrisa. Aumentó la imagen y hasta le resultó legible la rúbrica al pie. Clayton Gray, fotógrafo.

La línea fija por la que apenas una hora antes se habían comunicado con Emerson y Tucker formaba parte del contingente telefónico de emergencias. Hacía unos minutos había comenzado a sonar sin interrupción y al final habían decidido prescindir del terminal. Marcó el número en el teléfono móvil que Dupree le había asignado.

Clayton Gray seguía en activo; se lo explicó sin preguntárselo, y esperaba que no por mucho tiempo, porque la verdad era que ya le iba costando levantarse por las mañanas. Sus hijas se pondrían pronto al frente del negocio y sabía que, entonces, cuando pudiera hacerlo a diario, no le sabría tan bien quedarse bajo las mantas por la mañana. Amaia supo que sonreía.

Por supuesto que recordaba a los Lenx, dudaba de que nadie en Madison hubiera podido olvidarlos. Sí, él había tomado la foto de los Lenx, era un típico retrato familiar muy de moda en la época. Entre los sesenta y los ochenta ese tipo de retrato había sido a las familias de clase media lo que un cuadro al óleo para los nobles del Renacimiento. Desde la llegada de las cámaras digitales, se había dejado de recurrir a los fotógrafos como Gray con tanta asiduidad, aunque había eventos, como las bodas, en los que aún era imprescindible la labor de un profesional de prestigio. No, la policía nunca le había interrogado al respecto. ¿Que si recordaba algo que le hubiese llamado la atención en el momento?

—Mi mujer dice que he equivocado mi carrera y que en lugar de fotógrafo debería haber sido psicólogo. Por el modo en que una pareja posa en su foto de boda puedo pronosticar con muy poco margen de error si seguirán juntos dos años después —dijo riendo—. Yo no creo que sea algo que se pueda estudiar en la universidad, tiene que ver con el modo en que se colocan para la foto, la posición de las manos y sobre todo la boca, ¿sabe? Más que los ojos, aunque digan que son el espejo del alma, a mí me dice mucho más el gesto de la boca.

Amaia sonrió antes de responder.

—Pues su mujer tiene razón, se llama lenguaje no verbal y es una especialización muy demandada.

—Lo tendré en cuenta; si las mantas empiezan a pesarme mucho cuando me jubile, quizá me matricule en la universidad para especializarme —dijo riendo.

—¿Recuerda cuándo tomó la foto?

—Bueno, no vaya a pensar que tengo memoria de elefante, en la mayoría de los casos podría aproximarme bastante, incluso ser absolutamente riguroso si consulto las agendas, las guardo todas. Pero en el caso de los Lenx, lo que ocurrió hizo que todo lo relacionado con ellos se recordase una y otra vez hasta quedar en nuestras memorias como algo imborrable. Fue dos meses antes de los crímenes. El padre, Martin, vino por mi tienda tres veces antes de decidirse. Era un tipo meticuloso y muy exigente. A todos los clientes se les muestra un álbum con una selección de los mejores trabajos, familias con distinto número de miembros, edades y composiciones, lo normal. Pero él, además, me exigió ver el estudio, los fondos que se le podían poner a la foto y hasta una prueba de los tipos de iluminación. Cuando vino con su familia todo estaba decidido, hasta las butacas y sillas donde se sentarían.

—Se diría que le gustaba tenerlo todo bajo control —apuntó Amaia.

—Pues no le sirvió de mucho. Al principio pareció que todo iría bien. Se colocaron, hice algunas pruebas. Pero Martin Lenx no estaba satisfecho. Cambió el orden en que se habían situado recolocándolos de nuevo hasta en ocho ocasiones. A los chicos parecía divertirles el enredo, pero su esposa estaba apabullada. Entonces el señor Lenx sugirió que el hijo pequeño saliese de la foto. La señora Lenx comenzó a farfullar que aquello era ridículo, y aunque era una mujer muy tímida y apocada, eso fue suficiente para que Martin Lenx cesase en su empeño. La fotografía que se quedaron, la que después apareció en los periódicos, que es la que usted tiene, es la primera que hicimos. No guardé las pruebas de las demás, en el momento no eran importantes y las destruí. Pero en esa foto, la tengo delante ahora mismo, hay suficiente información, al menos desde mi punto de vista.

—De acuerdo, señor Gray —dijo ella admirada—, haga su magia. Dígame qué ve en esa fotografía.

—Fíjese en el gesto de la boca de Lenx. Es como el tajo de un hacha.

Ella asintió admirada, era exacto a lo que había pensado al verla.

—En cuarenta años de oficio lo he contemplado en muchas ocasiones, lo llamo «el síndrome de la novia mojada».

Amaia miró la fotografía que tenía ampliada en su portátil y con la punta de un lápiz subrayó la boca del hombre.

—¿La novia mojada? Explíqueme eso.

—Afortunadamente las cosas han cambiado mucho en los últimos tiempos. Casarse ha dejado de ser un objetivo primordial en la vida, pero durante mucho tiempo lo fue para muchos hombres y para la mayoría de las mujeres. Ahora se ve más como una bonita opción, algo que puede llegar a suceder; pero he conocido algunos casos de mujeres, y en alguna ocasión de algún hombre, que habían idealizado ese momento hasta la estupidez. Lo llamo la novia mojada, porque se da más en las chicas. Mujeres que llevaban soñando con casarse desde que eran niñas. No con enamorarse, o simplemente conocer a alguien con el que compartir la vida, sino con casarse. Han imaginado, planeado e idealizado su boda hasta el más mínimo detalle. —Rio.

Ella asintió sonriendo.

—Sé a lo que se refiere.

Gray continuó animado.

—Pero la realidad se impone, y la realidad es que en Wisconsin también llueve. Esas novias se levantan de la cama preparadas para el día más importante de sus vidas y, cuando ven que el cielo se cae, quieren suspenderlo todo. La lluvia no entra en sus planes. En su idealización de la ceremonia no cabe un vestido mojado o los pies embarrados de los invitados, y lo expresan con toda rotundidad. No era así como lo habían imaginado y quieren cancelarlo. Por supuesto, siempre hay alguien, generalmente quien paga la boda, un padre, una madre, que las hace entrar en razón o, mejor dicho, que las obliga a entrar en razón. Y entonces aparece esa mueca, evidente en unos, casi imperceptible en otros, pero ahí está la contrariedad. Y ese es el rictus que puede apreciarse en la boca de Martin Lenx cuando posa con su familia. Es una novia mojada. Quiere volverse a la cama y olvidarlo todo, porque no es así como lo había planeado. Y casi tan llamativo como el suyo es el gesto de la esposa. Desconcertada, sabe que algo no marcha bien, se da cuenta de que el malestar de su pareja es solo la punta del iceberg contra el que naufragará su relación. Pero en el momento está demasiado sobrepasada como para poder afrontarlo, finge que no pasa nada y posa para la foto... Pero ya parece un cordero degollado. Lo he visto unas cuantas veces.

—¿Cree que Lenx estaba tomando decisiones entonces?

—Sé, porque él me lo dijo y luego lo contaron los periódicos, que esperaba incorporarse como directivo en un banco local, creo que la fotografía de familia era de algún modo la forma de posicionarse socialmente. Por lo visto le rechazaron unos días después. Pero sin duda algo pasó durante la sesión, ese baile de niños en el que eliminaba a uno...

Una fuerte ráfaga de viento azotó el edificio provocando que en alguna parte los cristales de una ventana estallasen en pedazos. Un par de gritos asustados siguieron al estruendo, además de algún juramento malsonante.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha sido eso? —preguntó Clayton Gray, que tuvo que oírlo con claridad.

—Un huracán, señor Gray, le llamo desde Nueva Orleans.

—¿Desde el Katrina? Es así como se llama el huracán, ¿no? ¿Y qué hace ahí, criatura?

Amaia dejó salir el aire lenta y silenciosamente mientras ordenaba sus ideas.

—Tengo aquí también un retrato que Martin Lenx se tomó en solitario, es probable que el mismo día —expuso sin contestar al señor Gray y reconduciendo la conversación.

—No es extraño que lo haya pensado, pero aunque lleva la misma ropa, tomé esa fotografía dos días después. Martin Lenx se presentó aquí y me dijo que quería un retrato de él solo. La fotografía más rápida de mi vida. Entró, se colocó y disparé una vez. Martin no me permitió hacer ni una más de prueba. Me dijo que así estaba perfecta.

Amaia deslizó el lápiz por el calendario de dieciocho años atrás que Johnson le había facilitado. Dos días después de la foto familiar. El día en que le comunicaron desde el banco que no obtendría el puesto, un día antes de solicitar un permiso de armas; ese día Martin Lenx se tomó el retrato perfecto, uno en el que aparecía él solo.

Se despidió del señor Clayton, que consiguió arrancarle una sonrisa mientras le aconsejaba que huyese de Nueva Orleans cuanto antes.

—La televisión dice que el huracán destruirá la ciudad. Póngase a salvo, querida —dijo antes de colgar.

Justo en ese instante comenzaron a aullar todas las sirenas de emergencia del parque de bomberos. Levantó la cabeza y percibió que, desde la calle, otras alarmas se habían unido al estruendo. Vio que Johnson también había

interrumpido su trabajo y miraba alrededor superado por el ruido. Le miró perpleja. Él, señalando la esfera de su reloj, moduló con sus labios las palabras «toque de queda». Ella asintió bajando la cabeza y centrando su atención en la fotografía de Lenx.

Aumentó de nuevo la imagen. La comisura de los labios aparecía ligeramente elevada debido a la contracción de los músculos cigomáticos mayor y menor, cerca de la boca. Sin duda sonreía, con recato, como en secreto.

Existen muchas clases de sonrisas, la mayoría falsas: la que se adopta cuando se posa para una foto; la de circunstancias, cuando alguien hace una broma fuera de lugar; la sonrisa incómoda ante comentarios desafortunados; la seductora, que se dibuja en el rostro cuando alguien nos atrae sexualmente; la sarcástica, tan propia de los políticos que sonríen cuando una pregunta no les ha hecho ninguna gracia. Y después está la sonrisa auténtica, la sonrisa de felicidad. Recordaba que, cuando era pequeña y se ponía triste, solía intentar sonreír para no preocupar a su tía, pero ella le decía: «No me engañas, Amaia, no sonríes con los ojos». Así, de aquel modo tan sencillo, Engrasi estaba definiendo la sonrisa de Duchenne, la fisiología de la sonrisa sincera. Aumentó la imagen aún más para poder ver sus ojos con independencia de su boca. Incluso tras los cristales de sus gafas de montura de pasta, Amaia detectó la señal que necesitaba. La tensión en el músculo orbicular elevaba de forma perceptible las mejillas produciendo pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Los psicópatas se especializaban en imitar las emociones humanas, pero aún no había conocido a uno que tuviera un control autónomo de su músculo orbicular. Así obtuvo la conexión con la mente de aquel hombre y la certeza que le permitiría elaborar su perfil sin ninguna duda, la prueba de por qué aquella fotografía satisfizo a la primera al exigente señor Lenx. En aquel instante era feliz, auténticamente feliz.

Sonrisa de ganadora

Elizondo

Engrasi cruzó sobre el río Baztán por Mendinueta y torció hacia la calle Braulio Iriarte siguiendo el cauce del agua. Su casa, la casa en la que vivía desde que regresó de París, estaba hacia la mitad de la calle. La recia piedra de sus paredes la protegía de la humedad del río que pasaba a su lado, aunque Amaia juraba que podía sentir el Baztán fluyendo bajo sus pies. Braulio Iriarte recibió su nombre como homenaje a un vecino de la localidad que viajó a las Américas e hizo fortuna montando una gran cervecería en México. Años después volvió rico y generoso y se convirtió en un gran benefactor de Elizondo. Pero antes de deberle el nombre al señor Iriarte, la calle se llamaba «Del sol», un nombre primario y del todo lógico, teniendo en cuenta que, por su disposición más septentrional, era la calle que más horas de luz solar recibía en todo el pueblo; en un tiempo en que la luz se limitaba, casi por completo, a la del día, y la oscuridad estaba plagada de incertidumbre, no solo era importante, era vital. Caminó distraída, embelesada por el brillo del astro reflejado en la superficie rizada del cauce del río, y dejando que los tímidos rayos de sol templaran la ropa hasta sentirlos en la piel. Por eso no vio a Rosario hasta que llegó a su altura. Vestía un traje elegante con chaqueta de color beis, zapatos de tacón medio y un bolso marrón de asa corta que llevaba colgado a la altura del codo, elevando para ello la mano izquierda, en un gesto que podía parecer despreocupado y que estaba del todo estudiado. De su cabello castaño y bien peinado se desprendían brillos caoba. Estaba parada frente a la puerta de la casa de Engrasi. La esperaba y al verla sonrió. Su sonrisa fue plena, absoluta, media luna en su boca, las mejillas elevadas, los pómulos altos. Casi como si lo hiciera para que a Engrasi no le quedase

ninguna duda, retiró las gafas de sol que le cubrían los ojos y le permitió ver las pequeñas arrugas que se habían formado a su alrededor proclamando que aquel gesto era de completa y genuina felicidad.

Engrasi se detuvo en seco. No tenía miedo a Rosario, pero aquella sonrisa de ganadora la inquietó en lo más profundo, y en esta ocasión le concedió toda la credibilidad. Después de la experiencia con su hermano, su atención a lo intuitivo ocupaba un lugar primordial, y que Rosario le saliera al camino era, en su intuición, lo mismo que si le saliera un lobo.

—¿Qué haces aquí, Rosario?

—¿No te alegras de verme, cuñadita?

—No —contestó seca Engrasi.

Rosario volvió a ponerse las gafas mientras decía:

—Bueno, no hay ninguna necesidad de ser maleducada. Hacía mucho que no hablábamos tú y yo. ¿Cuánto, unos tres años? Y he pensado que ya era hora.

Engrasi siguió inmóvil ante ella, mirándola.

—¿Qué quieres, Rosario? ¿A qué has venido?

La sonrisa de Rosario se agrandó más, si eso era posible.

—Juan me ha hablado de la conversación que tuvisteis...

Engrasi permaneció impasible.

—Para ser justas, tengo que decir, cuñadita, que te había infravalorado. No con mala intención, no me entiendas mal. Pero es que en general no tengo buen concepto de los psiquiatras y los psicólogos, con sus trucos y sus candideces. La verdad es que me parecen una caterva de chalados llenos de traumas que intentan encontrarse el ombligo. —Se encogió de hombros acompañando el gesto con un mohín de la cabeza que habría resultado coqueto en otra situación—. Así que te pido disculpas, cuñadita, porque realmente has sido muy lista.

Engrasi ladeó la cabeza, apretó la boca y aceró la mirada. Su afectada gentileza no la engañaba, aquella aparente amabilidad estaba cargada de veneno. Permaneció inmóvil aguantando el envite cuando Rosario dio un paso hacia ella y la tocó levemente en el brazo con un gesto de confianza.

—No te lo reprocho, Engrasi, aunque sé que de algún modo te lo puse en bandeja, pero aun así tengo que admitir que fuiste lista, se te presentó la oportunidad y la aprovechaste.

—No sé a qué te refieres, pero no hubo oportunidad alguna, solo hubo un hombre que llamó a mi puerta con una niña medio muerta y aterrorizada en los

brazos.

Rosario volvió a sonreír alzando las dos manos y encogiéndose de hombros como para quitarle importancia.

—Ya te he dicho, cuñadita, que no hay ninguna necesidad de ponerse desagradable. Pensaba que con una psicóloga sería más fácil hablar. —Sonrió como si se tratara de una broma, aunque se puso seria para decir—: A lo que me refiero, Engrasi, es a que entonces yo estaba mal, mis actos carecían de lógica alguna... Pero eso ha cambiado, ahora me estoy tomando el tratamiento, un tratamiento que por fin me va bien. —Sonrió de nuevo satisfecha, aunque añadió en tono de confesión—: No creas que siempre fue así, al principio era reacia; tengo que decir en mi defensa que son tratamientos muy difíciles de equilibrar. Me sentía muy mal cuando me lo tomaba; adormilada, lenta, hasta un poco estúpida. Y odiaba sentirme así, cuñadita, tienes que entenderlo, porque si hay algo que yo no soy es estúpida. Sentía un pánico atroz a que las pastillas destruyesen mi personalidad; al fin y al cabo, qué es una sino su propia personalidad.

Engrasi cruzó los brazos sobre su pecho sin dejar de mirarla; comenzaba a cansarse del numerito, pero quería saber adónde conducía todo aquello.

Una magnífica sonrisa se dibujó en el rostro de Rosario.

—Pero todo eso ha quedado atrás, el doctor Hidalgo ha dado por fin con la fórmula adecuada para mí. Me siento bien, Engrasi, de maravilla diría yo. Tomar las pastillas me hace bien; me ayudan a pensar con claridad: cuando las tomo soy capaz de controlar lo que hago sin que me impidan pensar y, lo que es más importante —deslizó las gafas hacia la punta de su nariz para que Engrasi pudiera verle los ojos—, sin cambiar un ápice mi personalidad. Sigo siendo yo misma.

Allí estaba el lobo.

Ahora fue Engrasi la que se adelantó un paso y hasta se permitió colocar su mano derecha sobre el antebrazo de Rosario.

—Pues me alegro mucho por ti, cuñadita —recalcó burlona imitando el tono de su cuñada—, pero me da igual que te tomes el tratamiento o que lo tires por el váter, eso no cambia nada.

Rosario dejó de sonreír, pero levantó su mano y cubrió con ella la de Engrasi.

—Te equivocas, lo cambia todo; como te he dicho antes, mis actos carecían de lógica y de sentido común. No te lleven a error mis palabras,

siempre he sabido lo que tenía que hacer, pero no era capaz de discernir cuándo era el momento adecuado, y la diferencia es que ahora sé lo que debo hacer en cada momento. —Sujetó con fuerza la mano de Engrasi, apretándola contra la suya como si de un cepo se tratase—. Y si hay algo que sé desde el día en que nació esa niña es que todos tenemos un destino, Engrasi, y ella cumplirá el suyo como yo he de cumplir el mío.

Engrasi retrocedió retirando la mano, como golpeada por su maldad.

—¡Putá chalada de mierda! —murmuró jadeando horrorizada.

—¡Oh, por Dios! Lo hubiera esperado de cualquiera, Engrasi, ¿pero de ti?, ¿de la psicóloga? —dijo fingiendo decepción.

Las manos de Engrasi temblaban tanto que sujetó una con la otra para evitar que Rosario lo viera.

—La niña no volverá a tu casa, no os la entregaré, estoy dispuesta a lo que sea, y si queréis ir a los tribunales...

Rosario sonrió de nuevo, divertida, mientras negaba con la cabeza.

—Nadie va a ir a los tribunales, por razones obvias no nos conviene. —Miró alrededor—. No quiero ni pensar en el escándalo que sería para el pueblo, y ahora que por fin he conseguido hacer despegar vuestra piojosa fábrica de mantecadas... No, nada de eso.

Engrasi estaba desconcertada.

—Entonces...

Rosario cruzó frente a ella y siguió caminando calle abajo como si la conversación hubiera terminado. Pero entonces se volvió, con su sonrisa de ganadora.

—Ya te he dicho que ahora pienso con claridad. Ahora sé lo que debo hacer en cada momento.

Engrasi permaneció quieta en mitad de la calle hasta que la perdió de vista. Se alegró de que Rosario tampoco pudiera verla, las llaves se le cayeron dos veces de las manos antes de conseguir abrir la cerradura. Cuando lo hizo, entró en la casa y cerró la puerta apoyándose contra ella como si hiciera barricada con su cuerpo. En toda su vida no había estado tan asustada.

Arañazos

Nueva Orleans, Luisiana

Anochecer del domingo, 28 de agosto de 2005

Dupree entró en la sala de reuniones acompañando a un par de patrulleros de uniforme.

—Johnson, Salazar, estos son los agentes Elliott y Case —dijo mientras los hombres asentían—, de la policía de Galveston. Han conducido más de seis horas para traernos las fotografías originales del escenario de los Andrews y las del estudio posterior del violín. —Levantó una caja de cartón de tamaño mediano para que pudieran verla.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Johnson—. ¿Han venido hasta aquí conduciendo con un aviso de huracán en ciernes? Hace una hora que se activó el toque de queda.

Los patrulleros sostenían sus sombreros entre las manos. Se miraron antes de responder.

—No creímos que fuera tan grave y pensamos que nos daría tiempo. El capitán Reed insistió en que era importante...

Johnson sonrió. El pobre hombre estaba disculpándose como si se lo reprochase.

—Y lo es... Es solo que no esperábamos que vinieran hasta aquí en medio de un huracán.

—Se lo agradecemos —intervino Dupree—, pero ahora no podemos dejarlos marchar, tendrán que permanecer aquí mientras dure la tormenta.

Los hombres se miraron entre sí, visiblemente satisfechos.

—No hay problema, en las noticias dicen que este huracán será magnífico.

Johnson activó la grabadora.

—Hay cinco clases de peritos que no pueden faltar en el perfecto tratamiento de la escena de un crimen. A saber: un fotógrafo, un perito planimétrico, un especialista de rastros, un médico forense y un perito químico —fue enumerando Johnson paseándose arriba y abajo por la sala y observando una por una las doscientas veintidós fotografías de las que constaba el informe, mientras Bill Charbou y Jason Bull ayudaban a Amaia a extenderlas sobre la mesa de la sala de reuniones—. Y por la extensa documentación fotográfica se advierte que todos estuvieron representados en la escena del crimen de la familia Andrews.

Todas las luces cenitales encendidas, y un par de focos de mesa que Dupree había requisado en un recorrido por la central de emergencias, iluminaban el siniestro contenido de las fotografías que se extendían por la amplitud de la enorme mesa. Los colores vívidos y brillantes de las fases en la muerte violenta eran grises y azulados, parduzcos y morados, mates y resecos o untosos y grasientos. Dotaban a aquel lugar de la misma carga ominosa que si se tratase de la mesa de un forense.

Amaia no fue la única en notarlos. Observó que Charbou y Bull permanecían inusualmente silenciosos. Eran tipos duros, Amaia estaba segura de que en el desarrollo habitual de su trabajo les había tocado ver de todo, pero mientras la ayudaban a extender el material ya había notado sus gestos conmocionados. La mayoría de las fotos eran primerísimos planos de gotas de sangre, filamentos de aspecto piloso o huellas empolvadas. Los testigos de plástico, con sus números bien visibles y las marcas métricas colocadas al lado, les conferían un aspecto técnico que las privaba de toda humanidad, pero los planos generales, las cabezas de los miembros de la familia alineadas, los charcos de sangre bajo sus cuerpos, los primeros planos de sus rostros... Eso era otra cosa. Podían ser tipos muy duros, acostumbrados a bregar con narcotraficantes, peleas a puñetazos, tiroteos entre bandas, cadáveres en la acera. La brutalidad y el salvajismo de la violencia cotidiana producían repulsión y asco, pero los crímenes en serie tenían un aire de representación enfermiza, de obra insana, de aberración, que resultaba aterrador y desconcertante a partes iguales.

Dupree tenía razón: para cualquiera que tuviera familia, la posibilidad de haber visto desde dentro la mente de un asesino de aquella clase abría un conducto directo al infierno. Sintió piedad por ellos, porque sabía que tras

acercarse a la obra de un asesino en serie nada volvería a ser como antes, cambiaría el modo en que verían a los demás, cambiaría el modo en que se verían a sí mismos, porque admitir que otro humano había hecho aquello era asumir la parte más perturbadora de la naturaleza humana y, en consecuencia, de la propia naturaleza.

Amaia tomó una carpeta de la caja de cartón y se acercó a la mesa.

—Detective Bull —dijo colocándose a su lado y tendiéndole el legajo.

Él levantó la mirada y cuando sus ojos se encontraron con Amaia reconoció esa expresión grave y reservada del que está procesando el horror.

—Son las fotos del violín que se realizaron tras la insistencia de Joseph Andrews Junior. ¿Puede extenderlas en la otra mesa? —dijo indicándole el fondo de la sala.

Él asintió, tomó la carpeta y sin decir nada se dirigió a la mesa junto a la pizarra.

—Se aprecia un pormenorizado registro del trabajo —opinó Johnson dictando—. Aportan una plantilla individual en la que cada técnico tomó notas por orden cronológico de cada aspecto del trabajo, así como de fenómenos ambientales y climáticos u orográficos. Al tratarse de un domicilio, tanto la temperatura interna como la externa son datos que tuvieron en cuenta, incluido el hecho de que una ventana estuviera rota —dijo mientras dictaminaba inclinándose hacia la grabadora que había dejado en el centro de la mesa—. Y por lo que muestra el material que tengo ante mí, todo fue debidamente documentado. Hay fotografías que señalan la presencia de indicios e informes escritos que explican de qué se trata y dónde fueron hallados.

Amaia señaló un grupo de fotos en las que aparecían diversas manchas de sangre por goteo, proyección o contacto. Todas numeradas y con sus correspondientes testigos métricos colocados al lado.

—El levantamiento de indicios, preservación y cadena de custodia parecen correctos —opinó—. Todas las muestras fueron fotografiadas y rotuladas en sobres de papel.

Johnson llamó la atención de los policías hacia otro grupo de fotos. Fotos tomadas a oscuras con una luz muy brillante.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Charbou.

—Nuestros amigos de Galveston fueron minuciosos, estas fotografías pertenecen a una búsqueda de sangre oculta, con reactivos del tipo luminol y una luz especial. No se encontraron indicios de que se hubiera tratado de hacer

desaparecer sangre o fluido de ningún tipo.

Amaia iba leyendo el informe mientras observaba las fotografías del grupo de huellas.

—Para el levantamiento de las huellas —dijo Amaia señalando otro grupo de fotos mientras iba leyendo el informe— se utilizaron distintos reactivos y polvos de colores. Todas las huellas halladas en la casa eran de la familia. Del mismo modo, todos los filamentos de aspecto piloso que se recogieron en la escena fueron reservados a sus respectivos sobres para su análisis, y todos correspondían a miembros de la familia.

Dupree se detuvo junto a Johnson y Amaia.

—Así que tenemos una escena del crimen perfectamente procesada.

—En mi opinión el procedimiento fue impecable —dijo Amaia.

—Entonces... ¿Por qué? —preguntó Dupree.

Johnson y Amaia se miraron.

—¿Por qué, qué? —replicó Johnson.

—La policía de Galveston ya nos había enviado por correo electrónico los informes del crimen, fotos digitales..., lo habitual. ¿Por qué al solicitar las fotos del violín el capitán Reed manda a dos patrulleros desde Galveston con las fotos originales a pesar de la alerta por la llegada del Katrina?

—No lo sé. ¿Por qué? —volvió a preguntar Johnson.

—Tampoco lo sé —admitió Dupree—. Pero por alguna razón al capitán de Brad Nelson enviárnoslas le pareció importante e inaplazable.

—Puede que esté sensibilizado por la desgracia del joven Andrews y que se sienta culpable al ver que ahora podemos reabrir el caso... —sugirió Johnson.

—O puede que no esté tan seguro como el detective Brad Nelson de que las cosas se hicieran bien desde el principio —dijo Amaia.

Johnson se encogió de hombros.

—Como he dicho —dijo haciendo un gesto que abarcaba toda la mesa—. El trabajo hasta aquí es impecable.

—¿Y el violín? —preguntó Dupree guiándolos hacia la mesa custodiada por Jason Bull.

—Idéntico procedimiento, pulcro y profesional. Es cierto que cuando se hizo el segundo análisis ya había pasado por la casa la empresa de limpiezas traumáticas, pero en las fotografías generales y cenitales tomadas tras el crimen se ve muy bien el violín, y no se aprecian marcas, salpicaduras o

adherencias de ningún tipo. Podemos escanear las fotografías originales de antes de la limpieza e intentar aumentarlas, pero, sinceramente, con un trabajo tan minucioso como el que tenemos aquí no creo que a los técnicos se les hubiera escapado un rastro de cualquier tipo.

Jason Bull carraspeó.

—¿Sí? —invitó Amaia.

—Bueno, quizá sea una tontería, yo no soy un experto ni nada de eso, pero...

—Bull, ¿ha visto algo? —apremió Dupree.

—Quizá no sea nada —dijo señalando una de las fotografías—, pero parece que lleva algo escrito debajo.

Todos se inclinaron hacia la foto que señalaba el detective. Un plano con el violín tumbado, en el que se apreciaba una línea ondulada donde había saltado el barniz de la madera, en la caja bajo la mentonera.

—Parece un simple arañazo producido al rozar contra una superficie más dura —opinó Johnson.

Dupree levantó la fotografía con sus manos enguantadas y la examinó de cerca.

—Parece que continúa tras la curva que forma la madera. ¿Hay otra en la que se vea mejor?

Una por una, fueron inspeccionando todas las fotos sin encontrar otra que permitiese observar si la marca se extendía por la curva del violín.

Dupree suspiró fastidiado.

—Quizá en las del escenario, en las que el violín aparecía derecho, apoyado contra la chimenea —dijo Amaia lanzándose hacia la mesa para buscar mientras los demás la seguían. Las estudió con cuidado y por fin separó dos—. En estas se aprecia perfectamente el costado del violín, aunque desde esta distancia no puede verse hasta dónde se extiende la marca. Las fotografías que nos ha mandado el capitán son de muy buena calidad; creo que si hacemos lo que el agente Johnson ha sugerido, escanearlas e intentar aumentarlas, quizá podría extraer una imagen más clara.

—Adelante —autorizó Dupree.

Escondido a plena vista

Nueva Orleans, Luisiana

En la última hora la lluvia se había intensificado llegando en oleadas cada vez más poderosas que se abatían contra los cristales con el mismo estrépito que si alguien arrojase gravilla contra ellos. El viento soplaba con fuerza sostenida. A lo lejos, los truenos se escuchaban como un eco monótono y los rayos iluminaban un horizonte limitado por la gran nubosidad. El Centro Nacional de Huracanes confirmó que el ojo del huracán tenía cincuenta millas de ancho, ocupaba todo el golfo de México y avanzaba inexorable hacia Nueva Orleans.

Amaia miró hacia la ventana sorprendida por otra batería de intensas crepitaciones mientras volvía a preguntarse si las pantallas de papel y las cruces de cinta aislante que habían colocado los bomberos serían suficientes para protegerlos de los cristales en el caso de que la ventana estallara. Como si la naturaleza quisiera darle respuesta, un rayo iluminó el exterior proyectando sobre el papel de estraza la sombra de lo que pareció un tres en raya dibujado con cinta sobre el cristal.

Escanear las fotografías y aumentar la sección le había llevado apenas unos minutos, había invertido algo más de tiempo en aplicar un programa que identificaba la escritura. El resultado del trazo era algo parecido a



El programa apuntaba a que sus constantes en trazabilidad, morfología, firmeza y dimensiones le conferirían condiciones para poder ser calificado como escritura. Claro que finalmente podía resultar un arañazo accidental,

como decía Johnson, pero también podía tratarse de otra cosa. En el rato que llevaba observando la supuesta grafía, había encontrado paralelismos entre una I, una N, quizá una R, pero también podía tratarse de una M seguida de una N. La cola del último trazo parecía inacabada, como si solo fuese la pausa entre aquel trazo y el siguiente. Movi6 la cabeza negando y dándose por vencida, «o quizá solo un arañazo».

A las diez y cuarto establecieron un nuevo contacto con Emerson y Tucker.

Dupree cedi6 la palabra a Amaia.

—Existe escasa documentación sobre el comportamiento de Martin Lenx antes de asesinar a su familia. Nunca sirvi6 en el ej6rcito, y en los tiempos en los que pudo asistir a la escuela o al instituto no se les practicaban test de personalidad a los alumnos. Nunca recibió tratamiento psiquiátrico ni psicol6gico, y en las empresas en las que trabaj6 jam6s se le pidi6 que pasara pruebas m6s all6 de las capacitaciones laborales y los chequeos m6dicos rutinarios. Todos los informes sobre su personalidad se desarrollaron a partir de su comportamiento en los cr6menes, de su presunta huida y desaparici6n. Como saben, existen distintas hip6tesis, muchas apuntan a que se suicid6 tras cometer los cr6menes, pero, en mi opini6n, nada indica un cargo de conciencia semejante en la carta que dej6 tras matar a su familia. Su car6cter apunta a que habría rehecho su vida. Empezar de cero es algo que cuadra a la perfecci6n con una personalidad como la suya. Sospecho que Martin Lenx y el compositor pueden ser la misma persona.

—Creo que es una posibilidad que debemos tener en cuenta, me alegra que vayamos a trabajar sobre esa hip6tesis —celebr6 Tucker.

Dupree mir6 a Amaia inst6ndola a continuar.

—Bueno —continu6 ella—. Difiero en cuanto a lo que pueda haber hecho en este tiempo en el caso de tratarse de 6l. Agente Tucker, usted apuntaba que habría cambiado radicalmente de vida, de imagen, de aspecto. Pero si es el mismo hombre que se fotografi6 con su familia antes de asesinarla, no habr6 modificado los aspectos m6s b6sicos de su existencia. El modo en que se hizo esa fotografía nos da la clave de sus fantasías. Los movió y recoloc6 en la foto una y otra vez, lleg6 a sacar del encuadre al hijo pequeño. Al ver la conmoci6n y extrañeza que eso causaba en la esposa y en el propio fot6grafo, consinti6 en hacerse una foto familiar, pero a los dos días regres6 y se tom6

otra él solo. Una en la que no había cambiado su ropa ni su aspecto, su peinado o sus gafas; ni siquiera varió la postura. Posó exactamente igual, hasta el punto de que al verla comprobé que era el mismo encuadre del que se había eliminado a la familia, como si hubiese sido captada a la vez. La única diferencia entre las dos imágenes es que, en la que aparece él solo, sonrío satisfecho.

—No sé adónde quiere llegar... —le reprochó Tucker.

—Martin Lenx destruyó a su familia porque no se adaptaban a su ideal, pero no creía que hubiera nada malo en él, nada que corregir, nada que cambiar. Si Martin Lenx rehízo su vida, habrá intentado repetirla, controlando más esta vez, haciéndolo bien, sin errores. Lo único que habrá sufrido un cambio es su familia, él se considera perfecto.

Había esperado que Tucker la contradijera, pero cuando volvió a hablar su tono era analítico y apreciativo.

—Así que usted apunta a que el compositor será un hombre de unos cincuenta y cinco años, que es la edad que tendría Lenx..., casado, tradicional, conservador, ¿cree que tendrá el mismo número de hijos?

—Es probable que así sea —respondió Amaia—. El tipo conservador que era Lenx habrá buscado repetir su ideal, pero sin fallos, y tenga en cuenta que él no se siente responsable.

Johnson siguió enumerando.

—Su esposa no será demasiado llamativa, tampoco lo será su coche, tendrá una casa de clase media y un puesto de trabajo de mando intermedio, y continuará siendo un hombre religioso. Lenx iba a la iglesia varias veces a la semana, obligaba a sus hijos a asistir a catequesis y realizaba distintos trabajos y funciones dentro de su congregación. De hecho, en la carta que dejó utilizó la presunta desviación de su familia del camino de rectitud religiosa como justificación para los asesinatos.

Dupree asintió mirando el aparato.

Juraría que la agente Tucker estaba sonriendo cuando dijo:

—Pues lo que tenemos aquí les va a encantar. —Su tono era el de la persona que se siente refrendada—. Emerson y yo hemos estado trabajando sobre una duda que me surgió tras la entrevista con Nelson esta tarde. El detective Nelson no nos pareció tan negligente como evasivo, y, por los resultados extraídos del material que el agente Johnson nos ha enviado, estamos de acuerdo en que la investigación sobre el asesinato de los Andrews

se llevó correctamente. Así que la actitud del inspector hizo que surgiera en mí la duda de por qué su aparente desidia. Recordemos que estaba en Tampa con un grupo de voluntarios cuando lo llamamos para hablar con él solo unas horas antes de que encontrásemos a la última familia asesinada. También estaba en Galveston cuando se produjeron los asesinatos de los Andrews.

—Es un detective de homicidios —interrumpió Johnson—, y antes de vivir en Florida vivía en Galveston... no sé qué...

—Y justo cuando Joseph Andrews Junior pone el foco de atención en el violín, la prueba desaparece.

—Agente Tucker, les recuerdo que el instrumento desapareció tras la segunda visita de la científica. Fue el detective Nelson quien mandó procesar de nuevo el violín ante la insistencia de Joseph Andrews Junior —precisó Johnson.

—Estoy segura de que quien lo colocó allí debió limpiarlo primero; un asesino como el compositor no cometería un error tan básico. Recuerden que no hay ni una sola huella ni en los cuerpos ni en el resto de los escenarios, y es relativamente fácil fingir un hurto menor, sobre todo para un policía.

—Si había alguna razón para hacer desaparecer el violín, ¿no cree que lo lógico habría sido hacerlo antes de la segunda inspección de la científica? —inquirió Johnson impaciente.

—Creo que habría sido demasiado llamativo que desapareciese justo cuando Joseph Andrews consigue que centren la atención sobre él; sin embargo, una vez pasada la científica, su desaparición carece de importancia, y puede que hubiera en el violín otra clase de pista o que constituyese un indicio en sí mismo, pero no de la clase que pueden hallar los de rastros, sino por su sola presencia allí, como señaló el joven Andrews.

Dupree tomó la palabra.

—Agente Tucker, revisando las fotografías del violín encontramos una marca en el costado; la subinspectora Salazar está casi segura de que se trata de algún tipo de escritura. Hemos pedido ayuda a Quantico, pero les hemos enviado a ustedes una copia.

Les llegó amortiguado el suave sonido del teclado.

—La estoy viendo. En efecto parece algún tipo de escritura, o tiene intención de serlo... A esto me refería, a la clase de huella identificativa que podría pasarse por alto como un arañazo, o el daño ocasionado por una caída accidental, y que sin embargo podría identificar a la persona que dejó allí el

violín. Puede que quien lo puso en la casa ni siquiera se hubiera percatado de que esa marca estaba allí, quizá se dio cuenta del mismo modo que ustedes, al ver las fotografías.

—¿Está insinuando que el detective Brad Nelson está implicado de alguna manera? —inquirió Dupree.

—Pues no tengo modo de saberlo —dijo Tucker sonando un poco cargante—, porque he intentado ponerme en contacto con él para hacerle algunas preguntas más y me han confirmado que está con el grupo de voluntarios que se ha trasladado a Nueva Orleans para ayudar con el Katrina.

—¡Joder! —exclamó Amaia. Johnson y Dupree la miraron conscientes de la importancia de aquella información—. Escondido a plena vista. Agente Tucker, ¿tiene hijos Brad Nelson?

—Dos chicos y una chica, de doce, dieciséis y dieciocho años. Y hay algo más... Nelson y su mujer tienen distintas direcciones. Oficialmente no han emprendido acciones de divorcio, pero viven en distintos domicilios desde que se trasladaron aquí. Primero lo hizo ella, hace ocho meses, pocos días antes del asesinato de los Andrews, y tres meses después lo hizo él, cuando consiguió el traslado por agrupación familiar.

—El abandono de su esposa pudo ser lo que lo pusiera en marcha —indicó Dupree.

—Eso creo —dijo Tucker—. El hecho de que la siguiera hasta aquí prueba que es un hombre lo bastante familiar como para no permitir que su núcleo se rompa, y de la clase que no acepta que en ocasiones las cosas salen mal. Tiene un puesto de trabajo medio en el que nunca ha sobresalido especialmente, conduce un sedán familiar, un Ford Crown Victoria del 2001. Y en la fotografía que tengo delante viste traje y corbata corrientes, de los que pueden comprarse en cualquier gran almacén. Encaja en el perfil.

—Eso solo prueba que es un tipo conservador, como millones de americanos, y en cuanto a lo de reunirse con su familia, ¿por qué no iba a hacerlo? Usted ha dicho que no han comenzado con los trámites del divorcio —objetó Johnson.

—Además —continuó Tucker dotando su tono de cierto retintín—, hizo su primera salida con el grupo de rescate apenas quince días después del asesinato de los Andrews en Galveston. Se trata de una ONG llamada Rescue Me que aglutina a bomberos, policías y personal cualificado de todo el país,

que se desplazan al lugar de las catástrofes. Solo en el ámbito nacional. En media hora tengo pendiente una conversación con su directora para confirmar las salidas de Nelson, lugares y fechas.

—Parece un buen tipo... —comentó Johnson.

—Agente Tucker —intervino Amaia—. Tengo una buena foto de Lenx y un programa para identificar paralelismos entre rostros, incluso aunque se haya hecho la cirugía estética; necesito esa fotografía del detective Nelson.

—Se la envió a su correo, aunque no sé si le servirá de mucho —contestó Tucker.

—De hecho, necesitaría fotos de toda la familia. Y sus nombres.

—Emerson se pone a ello —contestó Tucker.

Dupree tomó la palabra y se dirigió al altavoz mientras miraba a Johnson fijamente.

—Es urgente establecer de manera fehaciente si Nelson estuvo en alguno de los escenarios de los crímenes de las otras familias. Un grupo voluntario de intervención inmediata en catástrofes le proporciona una coartada perfecta para moverse por todo el país, pero aun así solo serían indicios circunstanciales. Queda mucho trabajo por hacer, pero quizá esta sea la razón de la urgencia inaplazable del capitán Reed de Galveston por hacernos llegar las fotografías del caso Andrews. Creo que se impone una conversación con él. Buen trabajo, agente Tucker, agente Emerson. Los llamaré en cuanto tengamos novedades, hagan lo mismo.

Johnson levantó la mano derecha en claro gesto de freno.

—Agente Tucker, no ha mencionado la religión. Martin Lenx era un hombre profundamente religioso. Estamos de acuerdo en el importante papel que su particular noción del pecado tuvo en las justificaciones para asesinar a su familia. ¿Va Brad Nelson a la iglesia?

Tucker tardó unos segundos en contestar.

—Aún estamos trabajando en eso, no hemos tenido tiempo... Pero todo apunta a que no es creyente.

Cuando se cortó la comunicación, Amaia estuvo segura de que había una sonrisa bajo el grueso bigote del agente Johnson.

La agente especial Stella Tucker subrayó con su bolígrafo los nombres de cada una de las localidades que la directora de Rescue Me le iba dictando por teléfono. A la vez los cotejaba con la relación de permisos para acompañar al grupo en las salidas que Nelson había cursado en su nuevo puesto en la central de Miami, y que acababa de obtener del personal de la policía.

—Brooksville, Oklahoma. Texas, en una pequeña localidad cerca de Alvord; Tampa en Florida, y Nueva Orleans, Luisiana —fue repitiendo mientras los señalaba en la lista—. ¿Y está completamente segura de que el detective Nelson estuvo en todos estos lugares?

—Todas las semanas elaboramos una tabla de disponibilidad, de acuerdo con los cuadrantes que los voluntarios nos pasan. Cuando se produce una alerta llamamos a los que suponemos que están disponibles atendiendo a la cercanía al lugar de la catástrofe, aunque en ocasiones hemos movido a personal de un lado a otro del país. Pero se trata de policías, bomberos, enfermeros y médicos. Los cuadrantes de trabajo no siempre se corresponden con la realidad, ya me entiende, turnos dobles, casos que requieren más atención o, incluso, que estén atendiendo una emergencia local. Tenga en cuenta que se trata de voluntarios, que la mayoría de las veces hacen frente al pago de sus propios traslados, no podemos exigirles asistencia como en la escuela. Cuando los avisamos, ellos se ponen en contacto con su jefe de grupo, y es él quien nos reclama más personal si los que hemos convocado no pueden acudir a la alerta. En este caso el jefe del grupo es Meigs. El jefe Meigs es nuestro colaborador más veterano, bombero de Boston y un tipo estupendo; en este momento se encuentra con su grupo en Nueva Orleans.

—Sí, en la comisaría a la que pertenece el detective Nelson me dijeron que se había trasladado allí, pero necesitamos hablar con él, no es nada importante —mintió—. Si está ayudando en medio de un huracán no quiero molestarle, por eso quería obtener la confirmación de que en efecto está en Nueva Orleans.

—Bueno, no tengo modo de saberlo hasta que hablemos con el jefe, puedo confirmarle que atendió positivamente la alerta, si después le surgió algo... Puedo darle el número de Meigs, pero ya le adelanto que lo último que supimos era que estaban en Kenner, en la central de bomberos del aeropuerto Louis Armstrong, e iban a intentar llegar hasta el hospital Charity.

Apuntó el número mientras daba las gracias a la directora, colgó y llamó de inmediato al teléfono de Meigs.

«El número del abonado al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura.»

—Putra tormenta —susurró.

Rodeó con un círculo Cape May, Nueva Jersey y Kelleen, Texas. En febrero y marzo no tenía confirmación de la presencia de Nelson para aquellos casos. Entonces todavía se encontraba asignado a la policía de Galveston y, por supuesto, estaba allí en diciembre cuando asesinaron a los Andrews. Dupree había dicho algo sobre llamar al capitán; si ella también llamaba a la central de policía de Galveston corría el riesgo de que alguien se lo comentase al jefe, y él a su vez a Dupree. Tucker estaba segura de que para Galveston podía ser bastante llamativo que el FBI se pusiera en contacto con ellos dos veces el mismo día, además esa acción entrañaba un riesgo si finalmente se equivocaba.

Sabía lo que los demás opinaban de ella y le daba igual. Hacía tiempo que había aprendido, por las malas, que el único error imperdonable que había llegado a cometer había sido no seguir su propio criterio. Era inteligente, y eso servía para dos cosas: la primera, para saber que un grupo como el FBI no tenía predilección por ayudar a medrar a una mujer, y menos aún si era afroamericana; la segunda, que si había un hecho que pudiera hacerles cambiar de opinión se llamaba «resultados».

La agente Tucker marcó una vez más el número de Meigs antes de rendirse, colgó en cuanto saltó el mensaje de la operadora. Durante unos segundos se quedó mirando el terminal como si se tratase de un objeto desconocido. Su gesto podría haber pasado por estupidez o incapacidad para alguien que no la conociera.

Emerson la observó atento, las manos suspendidas sobre el teclado, esperando. En los meses que llevaba trabajando con ella había aprendido a calibrar sus inacciones, porque aquella mujer enérgica y avasalladora solo se detenía para deliberar. Se quedaba inmóvil durante unos segundos, apenas parpadeaba mientras su mirada vagaba por la habitación posándose, a discreción, en este o aquel objeto. Y entonces regresaba. Y cuando lo hacía, traía con ella una decisión.

Al fin levantó la mirada. Y Emerson aprovechó para decir:

—Agente Tucker, tengo las fotografías de la familia de Nelson que ha solicitado la subinspectora Salazar; la mayoría proceden de anuarios escolares y documentos oficiales. No tienen la nitidez deseable, pero...

Tucker se acercó a la mesa y Emerson deslizó su silla hacia atrás cediéndole su lugar frente a la pantalla. Ella tomó el ratón y fue pasando una a una las imágenes. Emerson ya las había repasado estudiándolas con detalle.

—La señora Nelson era guapa, quizá demasiado llamativa para el perfil de Lenx, y los chicos habían salido a su madre. La chica era distinta, parecía un poco enfurruñada, quizá no se sentía cómoda con las fotos, quizá era solo una preadolescente enfadada con el mundo, u otra cosa.

La agente Tucker dejó el ratón, se dio la vuelta y se sentó apoyada en la mesa frente a Emerson.

Esperaba sus palabras como un gato espera su plato de leche.

—He hablado con la directora del grupo de rescate y he cotejado la lista que han enviado desde el área de personal de la policía de las solicitudes de permisos de Nelson en Miami desde abril con la de requerimientos que se le hicieron desde el grupo de rescate para distintas salidas. Hay coincidencia para todos los casos desde abril, en Brooksville, hasta hace tres días, en Tampa. Estaba en Galveston cuando murieron los Andrews, y hoy, casi seguro, está en Nueva Orleans. En cada ocasión coincidiendo con una tormenta, un tornado o un huracán.

—Es nuestro hombre —dijo Emerson.

—Yo también lo creo. Estoy tratando de comunicar con el jefe Meigs, que coordina el grupo de rescate al que pertenece, pero nos falta confirmación para las salidas a Cape May, Nueva Jersey, y Kelleen, Texas, en febrero y marzo.

Emerson mordió el anzuelo.

—Entonces Nelson aún estaba asignado en Galveston. Podría llamar al departamento de personal de la policía y preguntarlo —sugirió consultando su reloj—, es domingo, espero que haya alguien...

Ella no contestó. No constaría en parte alguna que había ordenado a Emerson pisar una llamada que haría Dupree. Se volvió hacia su mesa dándole espacio mientras él marcaba el número.

Cuando Emerson colgó el teléfono, sonreía.

—Pidió permisos coincidiendo con las fechas para acompañar al grupo de rescate.

La agente Tucker se apoyó en su mesa llevándose una mano al mentón, miró a Emerson traspasándolo con la mirada y se tomó uno de aquellos minutos resolutivos.

—¿Cree que la señora Nelson es de las que se acuestan temprano?

Emerson no contestó, era otra de las cosas que había aprendido trabajando con ella: aquella pregunta no tenía nada de consulta. Él se puso en pie y cogió su chaqueta; solo vaciló un instante al reparar en el correo electrónico con los archivos fotográficos listos para enviar.

Tucker estaba ya junto a la puerta, pero se volvió y respondió como si Emerson hubiese formulado la pregunta en voz alta.

—Cada cosa a su tiempo. Vamos.

Amaia inició la sesión en su ordenador y el símbolo de la supuesta escritura la recibió ocupando toda la pantalla:



De inmediato se encontró preguntándose si podría tratarse de una N, seguida de una E, y si ese trazo inacabado había terminado por ser una L.

—Parece escrito por un niño —dijo una voz a su espalda. Se volvió y comprobó que se trataba del detective Bull. Llevaba dos cafés en las manos.

—Me he tomado un descanso y he pensado que podía apetecerle —dijo tendiéndole uno.

Amaia se lo agradeció con una sonrisa.

—Ha dicho que parece escritura de niño... —prosiguió sin perder el hilo e indicándole una silla a su lado.

El detective se sentó sonriendo, satisfecho de poder ayudar.

—Tengo un niño de seis y una niña de diez, y esa letra se parece a la suya, siempre escriben en minúsculas.

Amaia miró con nuevos ojos los trazos, quizá se tratase de letra infantil.

—Aunque también podría tratarse de la letra de un adulto que escribe mucho a mano...

Amaia se volvió a mirarlo con redoblado interés.

—Explíqueme eso —pidió.

—Addison tuvo muy buena letra desde el principio. Pero Liam, el pequeño, bueno digamos que no se le da tan bien. Yo opino que la letra forma parte de los rasgos de la personalidad, y mi pequeño tiene mucha. Pero la profesora de Liam no piensa como yo, así que constantemente añade notas de su puño y letra a sus trabajos.

Amaia asintió animándolo a continuar.

—La semana pasada la profesora de mi hijo nos puso una de esas notas bajo el texto de una pequeña redacción. Ya había visto en otras ocasiones sus escritos y la letra de otros profesores, pero como esta me fastidiaba tanto, me fijé en que ella misma no trazaba bien los cierres de las es y de las aes y además invertía la curvatura de las emes y las enes; yo mismo lo hago. Solo que en un adulto se admite como un rasgo distintivo y a un niño se le machaca por ello. La nota decía algo así como: «Liam debe mejorar su letra, me resulta muy difícil entender lo que pone». Añadí una nueva nota debajo escrita con mi letra más clara: «Disculpe, profesora, no entiendo su letra».

Amaia rio de buena gana.

—¿Cómo se lo tomó?

—Oh, muy bien, con mucho humor, por la tarde, cuando Liam llegó a casa del colegio, tenía una nueva nota: «*Touché*, pero Liam debe mejorar su letra».

Amaia se concentró en el trazo sin dejar de sonreír.

—¿Cómo se conocieron usted y el agente Dupree? —disparó de pronto, volviéndose hacia él para observar su expresión.

El desconcierto se dibujó durante un par de segundos en el rostro del detective, aunque retomó el control enseguida.

—Usted estaba delante cuando nos presentaron ayer por la mañana —dijo.

Ella sonrió mientras chascaba la lengua inclinando la cabeza hacia un lado en claro gesto de decepción.

Una señal de entrada de correo clamaba en la pantalla; era el archivo de imagen que le enviaba Tucker. Amaia miró a Bull, que se levantó de inmediato.

—La dejo trabajar.

—No me ha contestado —le espetó fingiendo enfado mientras lo veía alejarse.

En cuanto la fotografía se generó en la pantalla, entendió el comentario de la agente Tucker respecto a que quizá la fotografía no le serviría de mucho.

Brad Nelson encajaba en altura, compleción y edad, color del cabello y de los ojos con Martin Lenx. Pero todo su rostro estaba cubierto de cicatrices. Amplió la imagen para ver las señales de cerca sabiendo de antemano que no podría aplicar el programa de reconocimiento facial. Daños por fuego. Los bordes de las cicatrices eran gruesos y brillantes, y abarcaban desde la frente hasta la barbilla, perjudicando en especial la nariz y el pómulo izquierdo. Parecía haber recibido varios trasplantes de piel. Sin duda las suturas habían afectado al nacimiento del cabello. Las marcas parecían firmes y establecidas y carecían del color rosado característico de las cicatrices recientes. Debían de remontarse a muchos años atrás. La foto había sido extraída de un posado en grupo. Brad Nelson llevaba unas gafas de montura ligera que casi resultaban invisibles en su rostro y sonreía. El músculo cigomático estaba en parte destruido, y las pequeñas arrugas de alrededor de los ojos no servían para establecer si su sonrisa era auténtica. También en la mejilla había daños profundos, hasta el músculo. La tensión del tejido cicatricial en la zona de la boca estiraba la piel en el lado derecho del rostro, lo que provocaba una sonrisa torcida. Pero su pose era a la vez orgullosa y despreocupada, la que se espera del integrante de un grupo del que forma parte con gusto.

Abrió los otros archivos que habían enviado Tucker y Emerson. No habían conseguido una foto familiar de los Nelson. Las de los chicos parecían extraídas de anuarios escolares y la de la esposa, quizá del permiso de conducir. Aun así, se apreciaba que era una mujer guapa, de cabello oscuro y ojos grandes. Aparecía maquillada y peinada con un suave ondulado. Sonreía y miraba a la cámara de frente. Si había posado así para una foto oficial, esa debía de ser su imagen habitual. Se llamaba Sarah. Era lo opuesto a la esposa de Martin Lenx. Los dos chicos se parecían a la madre. Dylan y Jackson. Muy guapos, cabello oscuro, ojos grandes. El mayor sonriente, el mediano muy serio. La chica, sin embargo, no se parecía a ellos. Se llamaba Isabella. Su cabello era castaño, tirando a rojizo y ligeramente ondulado, como el de su padre. Amaia se preguntó si había heredado sus rasgos o los de otro de sus familiares. Copió la foto de la chica y abrió de nuevo la foto familiar de los Lenx, aunque sabía que el programa no funcionaría para establecer parecidos con segundas generaciones. Los hijos varones de los Lenx tenían el cabello castaño como la esposa, y la chica, una melena rizada y pelirroja, propia de una princesa irlandesa. Comparó a las chicas. El rizo de Isabella era más abierto y desvaído y su color no alcanzaba ni de lejos el flamígero tono de la

hija de Martin Lenx. Por lo demás, eran adolescentes de distintas épocas y había tantas diferencias entre ellas como aspectos en común. Aquello no conducía a ningún sitio.

Volvió a la fotografía de Brad Nelson y la colocó junto a la de Martin Lenx mientras se preguntaba si aquel hombre habría sido capaz de desfigurarse a sí mismo para salir impune del asesinato de su familia. Decidió que sí, Lenx tenía un alto concepto de sí mismo que iba mucho más allá de su aspecto físico. Era en su moralidad donde residía y alcanzaba la perfección. Una banalidad como el físico no sería obstáculo ni impedimento para conservar su perfección incólume.

Eran las diez de la noche cuando una voz alegre de mujer contestó al teléfono desde Galveston.

—Residencia de los Reed. —Se oía música y alboroto de fondo.

—Buenas noches, señora. Lamento molestarla a estas horas, soy el agente Dupree, del FBI, quisiera hablar con el capitán Reed.

—Ahora le aviso —contestó con desgana, quizá un poco molesta.

Tras unos segundos en los que solo fue audible música y barullo de gente, un hombre atendió el teléfono.

—Soy el capitán Reed.

—Capitán, soy el agente Dupree, del FBI, me han dado su número en comisaría. Espero no molestarle, parece que hemos interrumpido una celebración, pero es de gran importancia que hablemos.

—Es el cumpleaños de mi esposa, damos una fiesta en casa, pero no se preocupe, entiendo la gravedad. —El sonido de fondo se extinguió como si Reed hubiera cerrado la puerta. La voz del capitán sonó tensa cuando volvió a hablar—. Alguien de su oficina llamó a última hora de la tarde a personal para contrastar datos relativos a los permisos que se tomó el detective Nelson mientras estaba con nosotros, aunque no sé qué puede tener eso que ver...

Dupree lanzó una mirada interrogativa a Johnson.

El agente vocalizó en silencio «la implacable Tucker», mientras hacía un gesto que era a la vez de incredulidad y hastío.

Dupree cerró los ojos un segundo al mismo tiempo que dejaba salir el aire por la nariz antes de continuar.

—Capitán, me acompañan la subinspectora Salazar y el agente Johnson. Necesitamos que nos hable del detective Brad Nelson y del caso Andrews.

Fue audible un suspiro, y cuando habló de nuevo la voz del capitán sonó afligida.

—Pregunten. ¿Qué quieren saber?

Dupree fue directo.

—¿Cuánto hace que conoce a Brad Nelson?

—Doce años.

—¿Qué opinión le merece como policía?

—Es un buen policía, pero aún me merece mejor opinión como persona. Es un hombre bueno y generoso, al que el trabajo policial no le ha afectado hasta el punto de deshumanizarlo. Todavía es capaz de sufrir por una víctima.

—¿Sabe qué le ocurrió en el rostro?

—Sí, fue hace mucho tiempo, antes de conocerle, y quizá ahí radique su sensibilidad para con los que sufren... El casero del viejo bloque de apartamentos donde vivía en Boston le prendió fuego para cobrar el seguro. Diez personas murieron en el incendio. A Nelson no le gusta hablar de aquello. Un bombero lo rescató. Cuando consiguió salir del hospital y estuvo lo suficientemente repuesto, intentó ingresar en el cuerpo de bomberos. Los daños que había sufrido le impidieron pasar las pruebas físicas, pero logró entrar en la policía. Conoció a su esposa, tuvo hijos y llegó a mi comisaría. No puedo concretar más porque, como le he dicho, no habla demasiado de aquello.

—¿Hay alguna razón por la que considere que el caso de los Andrews no fue llevado con la debida diligencia?

—No, no es eso, creo que se hizo todo lo que se podía hacer. Pero los policías somos seres humanos, y un ser humano no está al cien por cien todo el tiempo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Siempre se habla de lo mucho que puede llegar a afectar a la vida privada de un policía el estrés que le ocasiona todo lo que ha de vivir en el trabajo, pero lo cierto es que hablamos de personas, y el modo en que nos afectan las cosas va en las dos direcciones. Cuando un policía tiene problemas en casa... Eso puede influir en su rendimiento en el trabajo. No digo que fuera el caso, pero la verdad es que durante la investigación Nelson no estaba pasando su mejor momento.

—¿Se refiere al hecho de que Nelson y su esposa se estuvieran separando?

La respuesta del capitán Reed crepitó ininteligible en el teléfono.

—Capitán Reed, le hablamos desde Nueva Orleans, me temo que el paso del huracán empieza a interferir en las líneas, no hemos entendido su última respuesta. ¿Sería tan amable de repetirla?

—Les decía que no creo que la palabra «separándose» pueda aplicarse en este caso. ¿Qué es lo que saben?

—Que la esposa se trasladó a Florida con los chicos, y que Nelson lo hizo tres meses después, aunque no viven juntos.

—Mire, aprecio a Nelson, no es que seamos amigos íntimos, pero siempre hemos tenido buena relación; comidas familiares, barbacoas, esas cosas. Nunca me dijo que tuviera problemas en su matrimonio, ni siquiera lo insinuó. Después de que se fueron, mi esposa me dijo que Sarah solía quejarse de lo exigente que era con los chicos. Quizá demasiado rígido con los horarios, sus amistades, los estudios, ya sabe... De todos modos, no es tan raro, muchos policías son así con sus hijos; supongo que es un intento de protegerlos de lo que sabemos, lo que vemos a diario, pero por lo visto Nelson perdía los estribos.

—¿Los golpeaba?

—Nunca tuve constancia de eso...

—¿Pero?

—Fue un par de semanas antes del caso Andrews: los vecinos de Nelson avisaron de que se escuchaban gritos y estruendo en su casa. Una patrulla se presentó allí. Los chicos no estaban. Sarah les había dado permiso para salir e iban a pasar la noche fuera. Eso motivó una discusión entre ellos que fue subiendo de tono. Cuando los patrulleros entraron en la casa encontraron a Sarah encerrada en el dormitorio. No la había tocado, pero había destrozado el resto de la vivienda reduciendo a astillas los muebles. Aun así, ella no quiso declarar ni presentar denuncia. Los patrulleros me llamaron y lo trajeron a la comisaría, pasó aquí la noche. Al día siguiente, cuando ya estaba calmado, lo acompañé de regreso. Cuando entré en la casa no podía creerlo: estaba como si hubiera pasado un torbellino, y por lo visto no era la primera vez, aunque nunca hasta ese punto. Sarah se había largado con los críos. Regresó a Florida, donde vivía su familia, encontró trabajo en lo suyo, es agente inmobiliaria, y le dijo que no iba a volver. Nelson solicitó ese mismo

día el traslado por agrupación familiar. Traté de convencerle de que lo dejase estar, pero me dijo que la quería y que podía cambiar. Entonces llegó la tormenta y los Andrews aparecieron muertos, y después ese pobre chico no dejaba de decir que el violín no era de su familia, que no pertenecía a la casa... que la investigación no se había llevado bien.

—¿Cree que Nelson podría tener algo que ver de alguna manera?

—¿Qué? ¿Qué están diciendo? Por supuesto que no. —Sonó realmente indignado—. Nelson no estaba centrado, solo pensaba en obtener el traslado a Florida. Voló allí cada día que tuvo libre. Desde que Sarah se fue solo tenía un objetivo, y era reunirse con ella. Empezó a comportarse de otro modo, a hacer cosas distintas, imagino que en la línea de aquello que me prometió, intentar cambiar, hacerlo mejor, sobre todo a los ojos de Sarah.

—¿Y una de esas cosas fue unirse a un grupo voluntario de intervención tras catástrofes?

—Sí, realizó varias salidas con ellos durante el tiempo en que aún estuvo aquí.

—¿Podría ser más preciso? ¿Podría decirnos cuántas y en qué fechas realizó esas salidas?

—Bueno, me consta que esta tarde ya le han dado esos datos a la persona que llamó...

Johnson lanzó una dura mirada a Dupree como si hubiera recordado de pronto lo enfadado que estaba con Tucker.

—No tengo esos datos aquí —continuó—, y ahora el departamento de administración está cerrado. Podría enviárselos mañana por la mañana, pero creo que fueron dos veces: una en febrero, sé que fue a otro estado aunque ahora mismo no recuerdo adónde, y otra a mediados de marzo, unos días antes de trasladarse a Florida. Esa la recuerdo porque no salieron de Texas, estuvieron ayudando tras el paso de una serie de tornados cerca de Killeen.

—Capitán Reed, soy la subinspectora Salazar. Conoce al detective Nelson desde hace doce años. ¿Es Nelson un hombre religioso?

Era una pregunta sencilla; sin embargo, tardó demasiado en responder. Tanto que hizo dudar a Amaia de la calidad de la línea.

—¿Ha escuchado la pregunta, capitán?

—Perfectamente... Es solo que, bueno, si me hubieran preguntado eso mismo hace un año me habría reído a carcajadas. Nelson es un buen hombre, sincero, generoso, tiene muchas virtudes, pero maldice como un demonio; es

una buena persona, pero no de la clase que va a la iglesia.

—¿Y qué ha cambiado?

—Hace unos meses, después de que Sarah se fuera, vi a Nelson una tarde en una calle del centro de la ciudad. Bajé la ventanilla del coche para preguntarle qué hacía allí, tan lejos de su barrio, y entonces le vi entrar en una iglesia. Me quedé cortado, no dije nada, subí la ventanilla y me fui de allí.

—¿Está seguro? ¿Recuerda qué iglesia era?

—Sí, una que está en el centro. Iglesia de los Ángeles Custodios.

—¿Le preguntó al respecto?

—No, no lo hice... Era evidente que no quería que nadie lo supiera. Miró a ambos lados de la calle antes de entrar, como si temiera que alguien conocido pudiera verle. Si él quería mantener la cuestión de su fe en secreto, no era asunto mío ir divulgándolo, ¿no creen? Imagino que un hombre como Nelson podría pensar que su asistencia a la iglesia podría verse como una debilidad...

Amaia hizo un gesto a Dupree negando con la cabeza. Ya fuera por amistad o por corporativismo, no obtendrían nada más de Reed.

—Gracias por su tiempo, capitán. Nos ha sido de gran ayuda —dijo Dupree, y colgó el teléfono.

—¿Piensa que ha sido del todo sincero? —preguntó Johnson.

Justo en ese instante la puerta de la sala se abrió y el agente Bull hizo una señal a Dupree para que se reuniese con él en el pasillo. Dupree alzó un dedo conminándole a esperar mientras respondía:

—Creo que ha sido franco con nosotros, no sé si lo ha sido con él mismo. ¿Qué opina usted?

—Ha dicho que era muy estricto con sus hijos, como Lenx, dos chicos y una chica, como Lenx. Y está el tema de la iglesia y de que la visitase en secreto. Ser religioso en privado es algo que encajaría...

Amaia había estado consultando su ordenador.

—Sí, a mí también me ha llamado la atención —dijo ella—, por eso le he preguntado si recordaba qué iglesia era. La de los Ángeles Custodios, una iglesia católica. Nos consta que Lenx tenía su propio modo de entender la religión, pero me cuesta creer que un luterano tan estricto cambiara a otro credo, y tampoco me creo que renunciase a educar a sus hijos en sus creencias. La verdad es que esto no me cuadra del todo.

—¿Qué opinan de la historia del incendio? —quiso saber Dupree.

—Creo que Lenx habría sido capaz de provocarlo —contestó Amaia—. Hay que reconocer que un incendio en el que la casa se quema y tu cara se desfigura es una coartada perfecta para un nuevo comienzo; nueva documentación, nuevo rostro... Opino que Lenx estaba tan seguro de sí mismo como para sacrificar su aspecto.

—Pero no puede haber muchos incendios en Boston que coincidan con la fecha en la que Lenx desapareció, y en los que fallecieran diez personas. — Los dedos de Johnson volaron sobre el teclado de su ordenador—. Aquí está. Incendio en un antiguo edificio de apartamentos. Se salda con diez fallecidos, dos heridos leves y un herido muy grave; un hombre cuyas iniciales se corresponden con Brad Nelson salió por su propio pie, pero se desplomó en la entrada del edificio. Los bomberos tuvieron el tiempo justo para rescatarlo antes de que el edificio colapsara. De algunas de las víctimas solo se rescataron partes y no se consiguió identificar a todas, por lo visto en el edificio vivían algunos ilegales. No estoy diciendo que sea así, pero tomar la identidad de alguien fallecido en un incendio es bastante fácil. Pudo acercarse al edificio cuando el incendio era ya ingobernable, entrar, sufrir las quemaduras y salir justo a tiempo para que los bomberos lo rescataran. Suena muy bestia, pero, como dice Salazar, un hombre como Lenx sería capaz de eso y de muchísimo más.

El detective Bull se acercó de nuevo a la entrada y miró apremiante a Dupree. Ninguno de los dos dijo nada. El agente alzó una mano pidiéndole que esperara.

—Continúe, Johnson.

Johnson asomó la punta de la lengua apoyándola en el labio superior, bajo su poblado bigote, y durante un par de segundos estudió el gesto del detective Bull, detenido en el vano de la puerta. Por fin apartó la mirada de Bull y prosiguió.

—Todo esto me ha hecho pensar en algo que dijo Joseph Andrews. De su entrevista con Nelson le había marcado el hecho de que le insinuara de alguna manera que habría sido mejor que hubiera muerto junto a su familia. Joseph no mencionó nada específico, fue más bien como si le hubiera hecho sentir así, y recuerdo que Nelson comentó algo por el estilo cuando habló con nosotros.

—No estoy de acuerdo —dijo Amaia—. Fue más bien la constatación de un hecho: el chico estaba deprimido y acabaría mal de seguir así.

—Y luego está el asunto de que decidiera hacerse voluntario en

intervención en catástrofes justo hace ocho meses —continuó Johnson—, cuando comenzaron los asesinatos y cuando su familia empezó a desmoronarse repitiendo la misma historia. Una salida a otro estado, que perfectamente pudo haber sido Nueva Jersey, y la confirmación de que estuvo en Killeen, donde apareció muerta la familia Mason. Nos faltan los datos que debería haber enviado Tucker con las comprobaciones de sus permisos desde que se trasladó, pero hay que reconocer que de momento todo coincide. Los de rescate portan un maletín y una insignia; por su formación es capaz de moverse en un escenario catastrófico, y un policía, alguien de rescate o que lo parezca siempre sería bienvenido —dijo Johnson mirando a Amaia—. Incluso con un rostro plagado de cicatrices como el de Nelson.

—Creo que bien utilizado podría ser una especie de salvoconducto —expuso ella—. En un momento en que la familia está herida, vulnerable, con la casa destruida, llega alguien que aún lleva en su rostro las huellas de un horror similar. Si tiene la habilidad suficiente para conducirse, puede conseguir un efecto de compasión y un vínculo que no se darían con alguien sano, ajeno, incólume... La clase de confianza que se necesita para desarmar a una familia. Aun así, no debemos precipitarnos. No sabemos si estuvo en Nueva Jersey y, aunque así fuera, podría tratarse de una casualidad, una casualidad sumamente sospechosa, como el hecho de que ahora mismo esté en Nueva Orleans. Urge localizar al grupo, pero con discreción, sin que Nelson advierta que lo estamos controlando. Hay que saber cómo y cuándo han llegado y dónde pasan la tormenta, imagino que en un lugar muy parecido a este.

—Agente Dupree —insistió Bull desde la puerta.

—Continúen —dijo Dupree poniéndose en pie y saliendo junto a Bull.

Amaia se quedó observando a los dos hombres. Estaban muy cerca uno del otro, pero hablaban sin mirarse, dirigiendo la vista de uno por encima del hombro del otro, en un íntimo gesto de confianza y confianza. Bull explicaba algo a lo que Dupree asentía con gravedad. En un momento, Dupree miró hacia ella y sus ojos se cruzaron. Ninguno de los dos disimuló, pero Dupree hizo un gesto a Bull y ambos salieron de su campo de visión.

Charbou entró trayendo una bandeja de bocadillos. Si se había cruzado con su compañero en el pasillo mientras hablaba con Dupree, no dio signos de que eso le extrañase.

Johnson se frotó los ojos y puso un marcador entre las hojas sueltas de uno de los expedientes que había estado revisando. En la tapa, los gruesos trazos de un rotulador con su propia letra decía «Familia Miller». Tomó un bocado y imitó a Charbou, que se había acomodado en uno de los camastros.

—Debería intentar descansar un poco, son casi las tres de la madrugada y mañana el día será duro —le dijo a Amaia, que seguía mirando hacia el pasillo.

—Creo que tendría que intentar localizar al grupo de intervención en catástrofes de Nelson —contestó ella, aunque su cansancio era evidente.

—Me consta que la agente Tucker y el agente Emerson se están ocupando —respondió Johnson con malicia—. Nos llamarán en cuanto sepan algo.

—Y usted, ¿tiene algo? —dijo señalando la pila de carpetas de cartón con los nombres de las familias en sus tapas.

Él negó apretando la boca antes de hablar.

—Nada llamativo, eran familias normales, con problemas normales: los Miller iniciaron un proceso de divorcio un año antes de los asesinatos; estaban acudiendo a un consejero matrimonial y tenían paralizado el proceso. Los Mason pasaban por problemas económicos, acababan de contraer una segunda hipoteca sobre su granja. Parece que tenían dificultades para pagar los estudios del hijo mayor, y el pequeño había tenido algunos conflictos en la escuela, mal comportamiento, peleas... De los Andrews sabemos lo que nos ha contado Joseph. Los Allen también tuvieron su ración de complicaciones: hace un año la esposa fue intervenida de un bulto en el pecho y recibió quimioterapia, parecía que se estaba recuperando bien, pero sin duda había afectado al rendimiento de los hijos en la escuela y a su conducta. Los dos chicos tomaron prestado el tractor de un vecino y lo condujeron por los campos. El tractor volcó y la pierna de uno de ellos quedó atrapada debajo. Tuvieron que operarle, pero se recuperó por completo de la lesión. Acabo de recibir los datos que han podido reunir de la familia de Tampa, más de lo mismo: una familia normal, multas por aparcar mal, un litigio con el ayuntamiento por la construcción de un embarcadero y tres hijos adolescentes. La chica fue detenida en una ocasión por robar un pintalabios en unos grandes almacenes, nada más. ¡Ah, sí!, como nos dijo el chico, los Andrews no tenían a la abuela en Galveston, aunque hubiera sido previsible pensar que pudiera estar en casa, ya que iba a reunirse con la familia unos días más tarde. Y por si le sirve de algo tampoco los Nelson tienen abuela: los padres de él fallecieron

oficialmente cuando este tenía veinte años, tampoco tiene hermanos ni otros familiares. Lo que le viene de perillas si es Martin Lenx y adoptó esa identidad. La madre de la esposa de Nelson, Sarah Nelson, Sarah Rosenblant de soltera, murió cuando ella era una niña; su padre la crio a ella y a sus hermanos en Florida. Por cierto, Stephen Rosenblant es senador republicano por Florida.

Bill Charbou emitió un silbido largo que terminó con una gran sonrisa.

Johnson sonrió un poco bajo su bigote, pero continuó como si no le hubiera oído.

—Estoy tratando de realizar una gráfica con los «presuntos delitos» y las fechas en que se cometieron, comparando los datos de las familias para ver si somos capaces de establecer alguna relación entre los «pecados» de estas personas y el juicio por el que los condena el compositor. —Johnson, que había estado hablando con el bocadillo en la mano, dio la exposición por finalizada con un mordisco a su panecillo.

Charbou le tomó el relevo.

—¿Creen que cosas como que se estuvieran divorciando, tuvieran un litigio con el ayuntamiento, que unos chicos causasen un accidente con el tractor de su vecino o que una chica robara un pintalabios en un supermercado pueden ser las razones por las que los condena a muerte el compositor? Soy un poli de calle; sé cómo se comportan los chulos, los traficantes, las putas y los yonquis; sé lo que se puede esperar de ellos y, en cierto modo, cómo piensan. No sé nada del comportamiento psicópata, pero si se justifica así, por esa regla de tres, nueve de cada diez familias de este país estarían condenadas a muerte.

Amaia se le quedó mirando fijamente mientras lo pensaba.

—Supongo que tiene razón —dijo— respecto a que no parecen aspectos muy graves ni condenables. Los casos similares a los de Lenx están presentes en todos los manuales de psicología, y todos los expertos están de acuerdo en que las motivaciones que este manifestó solo son una burda disculpa para justificar su necesidad de poner fin a una vida en la que se sentía fracasado, que ya no le gustaba, que no era como él había imaginado, y así tener una coartada para tirarla a la basura, porque así es cómo terminan las cosas los psicópatas.

—Por eso creemos que Lenx se hizo una vida nueva —estuvo de acuerdo Johnson—, una que quizá durante un tiempo ha correspondido al ideal que está

en su cabeza, pero que desde hace poco ha empezado a fallar.

Amaia suspiró.

—Lo cierto es que las justificaciones de un psicópata para cometer un asesinato no tienen tanto por qué ser lógicas o graves como simplemente molestas para él. Piense que un hombre como Lenx es el único actor principal y director de su obra: cuando uno de los figurantes no le gusta, lo elimina y lo sustituye por otro, sin más pesar que el que le causaría a un gran director eliminar a un actor de tercera que no acaba de aprenderse su frase.

Charbou la miraba con los ojos abiertos como platos.

—Es muy lista, Salazar, y eso me pone a cien, pero olvide esto último —dijo levantando las dos manos como para contenerla—. Estoy realmente impresionado con su mente. Su mente es sexi.

Desconcertada al principio por su comentario, le miró mientras decidía si debía enfadarse. Ya tenía calado el método Charbou y estaba agotada. Terminó de decidirlo con el comentario de Johnson.

—¿Y yo, detective Charbou?, ¿mi mente no le pone? Soy responsable de la mitad de la exposición de Salazar.

Charbou alzó las manos y se encogió de hombros negando mientras sonreía. Ella también sonrió, aunque procuró disimularlo.

Fuera el viento seguía arreciando con fuerza. Cada vez que alguien abría el acceso a las escaleras, el aire se colaba por las grietas de las vetustas ventanas y bramaba como un ser vivo, algún tipo de animal furioso. Inconscientemente, todos miraron a la puerta y al cristal de la ventana, que tras la plancha de papel se combó de manera perceptible.

—Tómese un descanso, Salazar —dijo Johnson cogiendo otro bocadillo de la bandeja y tendiéndole uno a ella—. Coma algo, e intente dormir un rato.

—Creo que con este estruendo no podría dormir aunque quisiera.

—Le sorprendería en qué condiciones podemos llegar a dormir, antes lo ha hecho, en el coche —dijo Johnson sonriendo.

Charbou asintió.

—Cierto, soy testigo, y si no puede dormir al menos debería intentar descansar.

Ella accedió rindiéndose. Retiró el plástico del bocadillo y se sentó en su camastro con la espalda apoyada en la pared.

—¿Quiere que apague las luces? —preguntó Charbou.

Antes de que pudiera responder, todo el edificio quedó a oscuras y en

silencio, incluso los teléfonos del servicio de emergencias enmudecieron. El huracán rugió con fuerza en el exterior y las ventanas temblaron con un potente trueno.

—Ya veo que no se andan con medias tintas en Nueva Orleans —bromeó Johnson—. Si apagan la luz, apagan la luz.

Un rayo dibujó el perfil de Amaia, que se había acercado a la ventana.

—Es un apagón general —dijo mirando hacia fuera—, se ha ido la luz en toda la zona, o al menos en la parte que puedo ver desde aquí.

—¡Todo el mundo tranquilo, el generador de emergencia se pondrá en marcha muy pronto! —gritó alguien en el pasillo.

A Amaia Salazar no le gustaba la oscuridad, ignoraba si alguna vez en su vida había logrado estar tranquila a oscuras. Si era así, no recordaba cuándo. Desde que tenía memoria dejaba una luz encendida, mínima, para que le permitiera dormir, pero suficiente como para poder reconocer, en cuanto abría los ojos, el lugar donde se encontraba, para saber que estaba a salvo, que nadie vendría a inclinarse sobre su cama amenazando con comerse su alma. En ocasiones había llegado a ser complicado, sobre todo cuando estaba fuera, cuando tenía que dormir en un hotel o como invitada en casa de alguien. Pero había desarrollado toda una suerte de técnicas que iban desde trasladar lamparitas al interior de un armario, dejar entornada la puerta del baño o no bajar las persianas de las ventanas que daban a la calle para que la luz del exterior iluminase la estancia, hasta construir con libros, pequeños muebles, fulares y bufandas, o su propia maleta, un armazón que interponer como pantalla ante una lamparita de demasiados vatios, estratégicamente situada en el suelo para tamizar la luz hasta el grado en que le permitiese dormir y ver. Pocas veces dormía acompañada, para ellos tenía una historia que sin ser auténtica era la más sincera de todas. Pesadillas; pesadillas ocasionadas por las cosas que tenía que ver en su trabajo. Pero nunca nadie lo había cuestionado. Se preguntaba qué habrían dicho si hubiera confesado que no podía apagar la luz porque tenía miedo a que un fantasma del pasado viniera a comérsela.

No le gustaba la oscuridad. Y menos aún la oscuridad y el silencio, en el silencio puede oírse todo. Quizá por eso preguntó:

—Agente Johnson, ¿qué le pasa con Tucker?

—Sí —secundó el detective Charbou, visiblemente divertido—, ¿qué le pasa con Tucker? Antes, durante la conversación telefónica le ha pegado tres o cuatro cortes. Y cuando hablaban con el capitán de Galveston me pareció que la llamaba...

—La implacable Tucker —terminó Johnson.

A excepción del pequeño resplandor que llegaba de los indicadores de las salidas de emergencia desde el pasillo, todo era oscuridad. Amaia no podía ver a Johnson. Por eso le sorprendió cuando él contestó:

—Me cae mal. —Su declaración fue tan sincera, tan desprovista de justificación y artificio que Amaia y Charbou estallaron en carcajadas.

—Espere —pidió Charbou cuando pudo dejar de reír—. ¿Le cae mal como la gente a la que no soportas por su colonia, por su voz o por el modo en que sorben el café? ¿O la odia realmente?

Johnson se tomó un par de segundos para pensarlo.

—Me gustaría creer que no odio de forma abierta a nadie, bueno, sí, a los pedófilos, a los asesinos en serie y a los enemigos de América. —Se notaba que sonreía mientras lo decía—. La agente Tucker me cae mal porque es desleal.

Amaia lo pensó un momento.

—La lealtad me resulta un concepto abstracto, al menos tal y como la plantea usted. Entiendo la devoción hacia las personas que te quieren, la familia, los amigos de toda la vida..., pero es la primera vez que trabajo en equipo, bueno, claro, por supuesto he hecho prácticas de grupo mientras estudiaba, y también trabajando, y entiendo la importancia del cumplimiento y la rectitud, pero nunca he sentido ni se me ha pedido que formase parte de algo con ese grado de adhesión.

Johnson no estuvo de acuerdo.

—Dice que no sabe demasiado sobre el tema; sin embargo, se ha mostrado más leal a esta unidad en las horas que lleva con nosotros que Tucker en toda su vida. Y luego está el hecho de que telefonease a Galveston cuando Dupree le había dicho que hablaría con el capitán en cuanto terminase la llamada. —Resopló—. La implacable Tucker; créame, si la conocieran los del Centro Nacional de Huracanes le habrían puesto a este su nombre.

Implacable e igual de destructivo. Esa clase de deslealtad perjudica la investigación; adelantarse a la acción del grupo solo por llevarse el mérito podría haber generado una mala actitud por parte del capitán Reed cuando le llamamos, que estuviera a la defensiva o cerrado en banda. Pero, sobre todo, ¡me cae mal! ¿No han visto el modo como se ha comportado durante la conversación? Poner de manifiesto que la actitud de Nelson le había parecido sospechosa, ¿por qué no lo compartió con el grupo para que los demás pudiéramos trabajar en ello?, porque me consta que es inteligente y su comportamiento no es irreflexivo. Hay una razón para lo que hace: Tucker es una trepa, y puedo garantizarle que entregará un informe personal en el que quede claro y de manifiesto qué ideas, avances o sugerencias partieron de ella. Es desleal a Dupree, es desleal a la unidad.

Amaia asintió mientras lo pensaba.

—¿Y Emerson?

Oyó claramente cómo Johnson resoplaba y estuvo segura de que, a la vez, negaba con la cabeza.

—Emerson es un cobista; no es demasiado brillante, pero sabe trabajar en equipo; él sabe que no es tan inteligente como Tucker y que, de no ser su sombra, no medrará, por eso se pone a su servicio. Emerson es un secuaz, no demasiado listo, pero leal.

Amaia pareció pensarlo.

—Usted conoce a Dupree, ¿qué opina él, por qué la tiene en su equipo?

—A Dupree solo le importa la investigación en curso, y la agente Tucker es muy buena en lo suyo, lo demás le da igual. —Hizo una pausa y después añadió con cierto desconsuelo—. Tucker trepa sobre su espalda y a él parece que le da lo mismo.

—Espere —dijo Charbou riendo—, aquí hay toda una conspiración.

Amaia fue más precisa.

—¿Cree que Tucker ambiciona el puesto de Dupree?

Johnson rio sin ganas.

—Una cosa es lo que quiera y otra muy distinta lo que pueda. Tucker es una excelente investigadora, pero Dupree es una aguja, la aguja en el pajar. Cada quince o veinte años se da un agente como Dupree. Él simplemente va a otro nivel. Tucker me parece desleal porque lo es. Es desleal anteponer los

intereses personales a la investigación en curso. No se equivoque, Salazar, yo no soy una aguja, pero tampoco soy un secuaz; no me dedicaría a aplaudir a un intrigante solo por tener una buena sombra tras la que cobijarme.

Amaia asintió al reconocer las mismas palabras que Dupree le había dicho en la escalera.

—¿Y en qué cree que anda ahora nuestro jefe? —se atrevió a preguntar, quizá arropada por la oscuridad que tanto temía—. Ha tenido que ver como yo los cuchicheos que se trae con el detective Bull.

—Subinspectora Salazar, hay una cosa que tiene que entender de Dupree: él siempre anda en algo más, un paso por delante, hasta un día por delante; eso sin duda contribuye a que tenga siempre ese aspecto preocupado, como de Atlas con el mundo a cuestas.

—Ya me he fijado en que rara vez sonrío... —observó Charbou.

—Bueno, es un tipo serio, pero es verdad que está particularmente circunspecto desde que hemos llegado a Nueva Orleans.

Amaia se dirigió a Charbou en la oscuridad.

—¿Y usted, Bill? ¿Sabe en qué anda su compañero? Quizá solo sea una impresión mía, pero, aunque se presentaron en comisaría como si jamás se hubieran visto, diría que se conocían de antes.

—Ah, subinspectora, ha tocado hueso —dijo él riendo—. Yo sí sé lo que es la lealtad.

—Pensaba que la lealtad y la sinceridad iban unidas, ¿no le molesta que su compañero le oculte cosas? —insistió ella.

—Subinspectora, somos Bill y Bull, no Tom y Jerry. Lealtad no es contarle todo, es contar todo lo que hay que contar.

Amaia sonrió a Charbou de un modo que no se habría permitido de no estar a oscuras.

Nana. Maudit

Estadio Superdome de Nueva Orleans
03:00 h de la madrugada del lunes,
29 de agosto de 2005

A pesar de que no se había tomado su pastilla para dormir y de que habría jurado que sin ella sería imposible hacerlo, Nana se había quedado dormida. Despertó con el murmullo de diez mil personas respirando o susurrando a la vez y el gemido del viento, que como una queja constante se expandía por la parte superior de la estructura del Superdome. Alzó la mirada. La música que había sonado incesante durante toda la tarde desde la megafonía había cesado, y alguien había hecho descender el intenso fulgor de los focos. Los niños, que durante las primeras horas habían correteado por la pista, parecían haberse rendido por fin. Dormían derrumbados, tirados sobre sus padres o en el suelo, apiñados como gatitos. Nana sintió un agudo pinchazo en el vientre, tenía que ir a hacer pis. Había ido al baño antes de salir de casa, pero después no se había atrevido a moverse de su silla por miedo a que alguien le quitase el sitio. Habían elegido las dos primeras plazas de la fila, junto al pasillo. Bobby colocó la silla de ruedas de Seletha pegada a su asiento, procurando dejar paso a la gente, que siguió llegando en incesante caudal durante toda la tarde hasta el toque de queda. Aunque de vez en cuando arribaban a la entrada coches patrulla que traían a indigentes y vagabundos que se habían resistido a guarecerse. A las ocho repartieron sándwiches y botellines de agua, y a las diez y media una rosquilla azucarada y un brik de zumo. Bobby se había traído de casa una mochila con agua y bocadillos, pero había optado por consumir primero los del ayuntamiento.

—Nana, no sabemos cuánto tiempo más estaremos aquí, ni a qué hora llegaremos mañana a casa; es mejor que nos comamos esto ahora y guardemos nuestros bocadillos por si acaso.

Hacía calor, se había bebido el botellín de agua entero y más de la mitad del zumo, y ahora su vejiga no aguantaba más. Nana se puso en pie apoyándose en el bastón con cuidado. Llevaba mucho rato sentada y, aunque había esperado un aullido desde la cadera anquilosada, el quejido llegó de las rodillas. Seletha dormía con la cabeza desmayada sobre el pecho; a pesar del rumor constante del viento y del de los que no dormían, Nana la oyó respirar trabajosamente. Bobby se había estirado deslizando el trasero hasta el borde del asiento, la capucha de la sudadera ocultaba la mitad de su rostro y dormitaba con los brazos cruzados sobre la mochila que llevaba al pecho. Nana intentó pasar sobre sus piernas sin despertarle, pero perdió un poco el equilibrio y Bobby abrió los ojos.

—¿Adónde vas, Nana? No debes moverte de aquí.

Un hombre sentado en la fila posterior se la quedó mirando. Tenía tres críos que ocupaban dos sillas y otro en los brazos, que se había quedado dormido. Nana sintió el calor en sus mejillas. Le dolían los riñones, pero se inclinó para susurrar al oído de Bobby:

—Cariño, tengo que ir al lavabo.

Bobby se irguió preocupado mientras repartía las miradas entre su madre dormida y la entrada iluminada del acceso que conducía a los pasillos internos, donde estaban los baños.

—¡Por el amor de Dios, Nana! ¿Qué hago? No puedo dejar sola a Seletha, y si te acompaño con ella, nos quitarán este sitio, solo podemos estar en el extremo del pasillo; si no, tendría que sacar a mi madre de la silla de ruedas, y eso es imposible.

—Claro que no, cariño, no te preocupes, puedo ir sola.

—¿Estás segura?

Nana asintió mientras se inclinaba de nuevo hacia él.

—Me pregunto cómo lo has solucionado para Seletha.

Bobby sonrió.

—Le he puesto dos pañales —dijo mirando preocupado a su madre—. Espero que sea suficiente.

—Quizá acabe por pedirte uno. —Sonrió Nana mientras se encaminaba hacia el pasaje.

No era su día de suerte, el indicador del baño, al extremo del vomitorio, señalaba que el más cercano se hallaba a unos cincuenta metros. No había mucha gente allí, la mayoría había optado por la precaria comodidad de un asiento en la grada. En contraste con el intenso calor que se acumulaba en el interior del estadio, la corriente ocasionada por las distintas puertas era húmeda y estruendosa, y, aun así, insuficiente para barrer el intenso olor a orina y otras cosas que notó al superar el baño de los hombres, donde varios hacían cola. Dio gracias a Dios cuando, al acercarse al de las mujeres, advirtió que no había nadie esperando. Justo cuando iba a entrar una mujer salió, casi atropellándola.

—No entre, señora —dijo mientras corría hacia el pasillo.

Se volvió a mirarla un segundo. No dudaba de que encontraría el baño hecho un asco, hacía años que entrar en un lavabo de señoras no era garantía de encontrárselo mucho mejor que el de los hombres. Intentó imaginar lo peor. Vómitos, diarrea, una yonqui pinchándose... Su vejiga iba a explotar, era una emergencia, y había visto muchas cosas horribles en su vida. Empujó la puerta y entró.

No olía mal, o al menos no demasiado mal, había un par de charquitos sospechosos en el suelo junto a los lavabos. Y estaba vacío. Entonces oyó un jadeo, una voz ahogada, quizá un llanto muy quedo, el esfuerzo, un empujón, el ahogo. Rebasó la zona de los lavabos con cuidado de no apoyar su bastón en los tramos mojados y se asomó al pasillo en el que los váteres se repartían a izquierda y derecha. Al fondo, en el último cubículo, había dos hombres jóvenes de pie frente a una puerta abierta. Del interior asomaban dos largas piernas de mujer rematadas por unas sandalias sin tacón, de finas tiras rojas. Por un instante Nana llegó a pensar que estaba dando a luz, que lo que había oído era a una mujer pariendo. Hasta que vio al hombre que se levantaba de entre las largas piernas de la chica, subiéndose los pantalones, mientras el que esperaba turno se los bajaba.

Una intensa ola de calor le trepó desde el vientre, mientras la respiración se le aceleraba y los ojos se le llenaban de lágrimas de pura ira.

—¿Qué le estáis haciendo?! —gritó con todas sus fuerzas.

Los tres hombres se volvieron a mirar, sorprendidos y, casi de inmediato, divertidos.

—Lárguese de aquí, puta vieja —respondió uno riendo—. ¿O también quiere un poco de esto? —dijo mientras se agarraba los genitales.

Nana temblaba de pies a cabeza. Sin pararse a pensarlo avanzó hacia ellos, sintió cómo el bastón resbalaba de entre sus dedos temblorosos, pero siguió avanzando tambaleándose de lado e impelida por una furia y un odio que solo recordaba de otra noche de huracán.

Uno de los hombres le salió al encuentro con inmensa chulería y, mientras reía, abrió los brazos como si fuera a recibirla con un abrazo. Nana cerró su puño derecho y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el pecho del hombre. No llegó a golpearlo. Él lo interceptó y, sujetando sus brazos, la obligó a desandar el camino, forzándola a retroceder hacia la zona de lavabos, guiándola por las muñecas y sin ningún esfuerzo, casi como si bailaran un vals. Nana lloraba de odio. Las lágrimas le ardían como veneno de culpa e impotencia mientras se debatía, con todas sus fuerzas, contra el hombre que se reía y la rechazaba, casi con cuidado, como si quisiera evitar hacerle daño, y eso la hacía sentir aún más humillada. Cuando la tuvo contra la puerta y como para acompañar su gesto, le dijo:

—Lárgate, vieja, no quiero hacerte daño, me recuerdas a mi abuela.

Nana estaba exhausta, los brazos le ardían por el intento de contener a aquel salvaje, las piernas le temblaban de miedo, las manos le dolían aprisionadas entre los puños de aquella bestia, y al fondo del baño los lamentos de la mujer, a la que no había visto el rostro, se habían redoblado. Ahora el llanto de las dos se mezclaba hermanándolas como a una. Nana ya no podía más; gimió impotente cuando el hombre soltó al fin sus manos, que cayeron inertes a los lados del cuerpo como dos animales muertos. Odió su cuerpo de vieja, su cuerpo torpe e inútil que solo albergaba rabia y odio. Levantó la mirada hacia el tipo, que seguía observándola despreocupado, casi compasivo, y todo el odio, todo el rencor y la ira le subieron a la boca y brotaron por ella como el eructo de una furia del infierno.

—Maldito seas. Yo te maldigo a ti y a esos canallas, en el nombre de tu abuela, en el nombre de tu madre, en el nombre de todas las mujeres que yacen en la tumba de tu familia —bramó levantando la mano para apuntarle con un dedo severo—. Que seas maldito por siempre, que jamás veas la luz, que tu simiente se pudra en tu interior, que no halles descanso jamás.

El rostro del hombre se fue ensombreciendo mientras Nana hablaba. La sonrisa se le borró de la cara, apretó los labios y comenzó a negar con la

cabeza.

—¿Qué estás diciendo, maldita bruja? —soltó confundido. No quedaba rastro de la burla ni del dominio del que hacía gala un minuto antes.

—Yo te maldigo —continuó Nana redoblando su desprecio, destilando en sus palabras toda su rabia y todo su dolor, creciendo en su odio según él se acobardaba.

—¡Cállate! —casi rogó el tipo.

Tomó aire profundamente, estiró el cuello y le miró a los ojos.

—*Maudit!* —contestó ella constatando un hecho.

Estaba asustado, su respiración se había acelerado, jadeaba angustiada y los ojos se abrían desmesurados desde sus órbitas proyectados por la adrenalina. Alzó un puño inmenso y lo lanzó contra el rostro de Nana.

En ese momento se fue la luz.

Nana percibió la velocidad, el arrastre del aire y el estruendo justo junto a su oreja cuando el puño impactó en el panel que había a su espalda. Las piernas se le doblaron y se escurrió hasta el suelo. A gatas, deslizó los dedos casi insensibles por el borde de la puerta oscilante. La empujó y gateó hasta que el aire húmedo y cálido confirmó que estaba en el pasillo. Allí había algunas luces, pequeños distintivos luminosos que con flechas verdes señalaban las salidas. Se arrastró hasta la pared y apoyándose en los salientes consiguió ponerse en pie. Sostenida por el muro caminó mientras se preguntaba por qué seguía oyendo el llanto ahogado de aquella mujer, hasta que se dio cuenta de que era el suyo. Se detuvo obligándose a respirar mientras intentaba calmarse. El aire que circulaba por el pasillo era cada vez más fuerte, como si en lugar de en los accesos de un estadio se encontrara en un túnel de viento. Percibió algo húmedo allá abajo. No necesitaba hacerlo, pero aun así se llevó la mano hasta la entrepierna y palpó la humedad y la vergüenza. Entonces volvió la luz y Nana comenzó a gritar.

No esta noche

Nueva Orleans, Luisiana
05:00 h de la madrugada del lunes,
29 de agosto de 2005

Amaia aguzó el oído para distinguir la cadenciosa respiración de Johnson y Charbou. Dormían recostados en sus camastros, a pesar del magnífico estruendo de la tormenta y del sonar constante de los teléfonos que llegaba amortiguado desde la contigua central de emergencias. Supuso que Dupree y Bull seguían inmersos en lo que fuera que los ocupaba en alguna parte del parque de bomberos. Pulsó el botón de su reloj para comprobar la hora, eran casi las cinco de la madrugada. Pronto amanecería, aunque a través de la ventana, cubierta con papel de estraza, no se adivinaba ni un vestigio de claridad. Ante la insistencia de Johnson había aceptado descansar un poco en su litera, aunque ni siquiera se había quitado las deportivas.

Desde donde estaba alcanzaba a ver, extendidas sobre la mesa de reuniones, algunas de las fotografías de los escenarios que habían separado aquella tarde. El desorden, la destrucción y el caos imperaban en cada una; podía percibirse el viento, el exterior invadiendo el interior, la fuerza destructora de la naturaleza y la naturaleza humana más devastadora. No tenía dudas, por eso no dejaba de preguntarse qué era lo que le daba vueltas en la cabeza. La respuesta estaba en el escenario, en aquella representación del deseo que un hombre recreaba una y otra vez. ¿Como una especie de terapia en la que proyectaba su amargura sobre otros? ¿O como un ensayo de su gran obra? Y si era así, ¿a qué esperaba para acabar de nuevo con su propia familia? ¿Cuánto más tenía que ensayar?

Si cerraba los ojos, volvía a ver la fotografía de Lenx sonriendo en solitario ante el fotógrafo, la de Brad Nelson formando parte de un grupo en una fiesta de la policía, las rojizas cabelleras de las hijas de ambos. La esposa de Lenx, con su aire mojigato y aprensivo; la de Nelson, confiada, sonriendo hasta en su permiso de conducir. El capitán Reed había mencionado que se dedicaba al negocio inmobiliario. ¡Se las veía tan distintas! Se preguntó si esa era la clase de «corrección» que un psicópata aplicaría a su nueva vida. Una esposa guapa e independiente no cuadraba demasiado con Lenx, aunque Reed también había insinuado que, si bien no tan grave, no era la primera vez que a Nelson se le iba la mano, quizá intentando devolver al redil a su esposa. Sarah Nelson sonreía con seguridad a la cámara, pero también sabía que eso no significaba nada. ¿Podía Sarah haber estado soportando malos tratos? Al menos, sí violencia. La brutalidad aplicada a las cosas solo era el grado intermedio antes de dirigirla a las personas. Y luego estaba Nelson entrando a escondidas en una iglesia. Amaia pensó que habría sido interesante tener fotografías de la casa de Nelson antes y después de su estallido de violencia aquella noche. Su esposa se largó con sus hijos a mil doscientas millas. ¿Qué haría un hombre como Lenx entonces? ¿Volver a resolverlo como la primera vez? Ir tras ellos, desde luego. Pero si ahora era un policía, un hombre de la ley, no podía correr sin más tras su esposa y sus hijos para terminar con ellos.

Alguien abrió la puerta al final del pasillo y un estruendo de docenas de teléfonos sonando a la vez llegó como una oleada, amortiguada al instante cuando la puerta se cerró de nuevo. Pensó entonces que el perpetuo sonar de las señales de llamada en la central de emergencias parecía haberse incrementado en la última hora. A pesar de que acababa de mirarlo, consultó de nuevo su reloj y se volvió hacia la ventana. Tenía que pensar, pero, aunque intentó mentalmente poner en orden las fechas y los datos escuchados durante el día, empezaba a notar la confusión en forma de pensamiento repetitivo, propia del umbral del sueño, que se obligó a controlar para no darse por vencida. Ni se le había pasado por la cabeza procurar dormir, la cosa nunca había funcionado así para ella. Dormir no era una decisión consciente ni un acto al que se abandonase a voluntad. El sueño llegaba a ella como un robo, un secuestro de su consciencia, al que jamás se entregaba sin luchar; siempre había sido así, porque su sueño era el de un condenado esperando cada noche a que el verdugo se inclinase sobre él para indicarle que la hora de su muerte había llegado.

Y...

Está muy cansada, pero sabe que no puede dormirse, así que se obliga a abrir los ojos, saca los pies de la cama y percibe en la piel desnuda la tibieza de la madera encerada. Mira sus pies de niña, pálidos y pequeños, desplazándose sobre el suelo oscuro, hasta detenerse entre las camas de sus hermanas. Ros tiene los ojos cerrados y parece dormida, su cabello largo y oscuro como el de Flora recogido en una trenza que reposa en la almohada como una mascota fiel. Flora lee alumbrada por una lamparita de bronce con una ninfa en su base; como si presintiese la presencia de su hermana pequeña, aparta el libro con desgana.

—¿Ya estás otra vez? ¿Qué te pasa ahora?

Amaia toma aire y suspira aterrada antes de responder.

—Tengo miedo, Flora, déjame dormir contigo.

—Ya te he dicho que no, y será mejor que vuelvas a la cama antes de que se entere la *ama*.

Ros abre los ojos y se incorpora apoyándose en los codos y, a pesar de que la ha escuchado, vuelve a preguntar, Rosaura es así.

—Amaia, ¿qué te pasa?, ¿por qué no duermes? —La mira paciente.

—Ros, tengo mucho miedo, déjame dormir contigo. —Siente cómo se le rompe la voz, está a punto de llorar, y con todas sus fuerzas, que son exiguas ya, intenta no hacerlo. Flora se burla de ella cuando llora.

—Amaia, no tienes por qué tener miedo. —Ros siempre le habla como a una niña pequeña, despacio y endulzando la voz—. Flora duerme junto a la puerta, y luego estoy yo, nosotras te protegemos de cualquier monstruo, fantasma o vampiro.

—Yo no, por la noche no protejo a nadie, solo duermo —la contradice Flora, mordaz—. Y vosotras deberíais hacer lo mismo, voy a apagar a la luz.

«No, no, no, no apagues la luz no apagues la luz no apagues la luz no apagues la luz.»

Amaia está muy cansada, siente que está todo perdido. A pesar de la tibieza de la habitación comienza a temblar, los ojos se le cierran, agotada. El pulso por mantenerlos abiertos arranca las primeras lágrimas. Después es fácil, un torrente de miedo, ruego y angustia se derrama por su rostro.

—Por favor —suplica sollozando, aunque el agotamiento hace que sus palabras suenen *poh favó*.

Ros inclina la cabeza a un lado conmovida por su llanto mientras levanta las mantas y le hace sitio.

—Anda, ven aquí.

Amaia se acurruca junto a su hermana formando un ovillo pequeño. Desde muy lejos oye a Ros, que le está hablando.

—Pero tendrás que volver a tu cama antes de que la *ama* venga a llamarnos por la mañana, porque si te encuentra aquí se enfadará. ¿Me oyes, Amaia?

Pero Amaia ya no la oye. Duerme profundamente, a salvo.

Hasta que oye las campanas. Ding, dong.

Abre los ojos esperando percibir tan solo el silencio que certifique que el poderoso tañido procede de un sueño, pero las escucha de nuevo con toda claridad. Ding, dong. Se sienta en la cama y mira a sus hermanas, asombrada de que el estruendo no las haya despertado. Escucha con atención y se da cuenta de que, además del tañer de las campanas, flota de fondo un rumor furioso, como de viento o de incendio. Algo llama su atención, vuelve la mirada hacia la puerta y alcanza a ver la seda perlada de la bata de su madre, que ondea tras ella cuando se gira hacia el corredor. Saca los pies de la cama y siente bajo sus plantas cómo el suelo ha perdido toda su tibieza: la casa está helada. Se asoma a la puerta de la habitación y observa la luz ambarina del salón que se derrama hasta la mitad del pasillo. Llega a distinguir a su madre, de espaldas. La cola de la bata flota tras ella como una estela. Ding, dong. Amaia vuelve a pensar, convencida, que es un sueño, es imposible que esas campanadas no hayan despertado a toda la casa, a todo Elizondo.

El sonido de las campanas es estremecedor. Amaia se lleva las manos a los oídos para intentar amortiguar el impacto, seguido de un rumor tétrico de estentórea respiración que llena los silencios entre cada toque, como un mal presagio. Mira alrededor y ve que hay rastros sangrientos que desde las distintas habitaciones confluyen en el centro del salón. Procurando sortear los caminos de sangre, se acerca temblando de frío y de miedo. Una familia entera, primero los adultos, después los niños, ordenados de mayor a menor, el más pequeño no es mayor que ella misma. Ding, dong, la música brota ensordecedora de las paredes de la sala de música y un recuerdo del día de la ira como una burla en el aquelarre de brujos y demonios que asisten a su

funeral. Amaia está tiritando de frío y no puede dejar de mirar las manos de los muertos, que reposan laxas a los lados de los cuerpos alineados, con la cabeza apuntando hacia el río que, Amaia sabe, es el norte. La bala de calibre pequeño ha dibujado en sus frentes un círculo oscuro que asusta porque se presiente insondable, y en el niño más pequeño, y más cercano a ella, ha levantado el cabello en la coronilla, como si se le hubiera formado un remolino al dormir. La sangre se ha derramado desde el cráneo quebrado, resbalando por su pelo y cubriéndolo de una masa viscosa y oscura, como melaza. Se va formando un charquito que se expande lento hacia los pies de la niña, cada vez más desconsolada, y que, a pesar de que no debe hacerlo, siente el deseo irreprimible de restañar aquella herida con sus propias manos. Abre los ojos y Rosario está sobre ella. La mira desdeñosa.

—¿Acaso crees que da igual? ¿Que da igual una noche que otra? —
Compone un gesto de absoluto desprecio—. ¿Que todo esto da igual? —
Separa las manos haciendo un amplio gesto hacia el salón, los cadáveres, la música de Berlioz. Se cierne sobre ella acercándose más y más hasta que su aliento caliente le alborota el cabello sobre la frente—. ¿Acaso crees que estoy loca? No, la *ama* no te comerá esta noche. Duerme, pequeña zorra.

Regresó como si surgiese del agua helada, la frente húmeda, el frío del sueño aún adherido a la piel, temblando de miedo y de certeza. Con la respiración agitada, miró alrededor esperando no haber gritado, sabiendo que no había llegado a dormirse, que habrían pasado tan solo unos segundos desde que cerró los ojos. «¿La visitan los muertos a los pies de su cama, Salazar?», sonó clara en su cabeza la voz de Dupree. «Es una puta alucinación hipnagógica, ¡joder! Solo es estrés, cansancio y preocupación y una puta alucinación entre la vigilia y sueño.»

—Los muertos solo están muertos —susurró como para convencerse. Se dio cuenta entonces de que lo había dicho en voz alta y se volvió alertada a comprobar que sus compañeros siguieran durmiendo.

Se levantó aturdida y, a tientas, fue hacia la entrada, a la escasa luz que iluminaba la escalera. Confusa, pensó que debería ir allí, pues quizá aquella luz azul, aquel estruendo, conseguirían acallar los restos del sueño. «¿Acaso crees que estoy loca?» En un instante fue como si el viento redoblase su fuerza con un gemido casi humano, que parecía estar a la vez fuera y dentro del

edificio. Amaia se llevó la mano al pecho sobrecogida de pronto por un palpito oscuro y siguió su impulso de caminar hacia aquella luz. Supo con certeza que no daba igual, que no era lo mismo una noche que otra, que nada era al azar y que, cuando su madre se acercaba hasta su cama, no le concedía dormir una noche más, no le estaba perdonando la vida, solo estaba ratificando su sentencia, como Martin Lenx.

A pesar de que los equipos de aire acondicionado traqueteaban dando muestras de funcionar a pleno rendimiento, la sala hervía. Bajo el resplandor azul de una docena de plasmas colgados del techo surgían imágenes en directo de las cámaras de tráfico, que mostraban calles desiertas barridas por la lluvia y el viento, y otras irreconocibles por las que de vez en cuando se veían volar, arrastradas por la furia del huracán, ramas, vallas publicitarias, plásticos, maderos arrancados de las ventanas, canalones de tejados. En la mayoría de las pantallas, la imagen era apenas una sucesión de manchas grises desenfocadas y sacudidas violentamente por el viento. La omnipresente foto satélite del Katrina desde el espacio avanzando ineludible hacia Nueva Orleans.

A la ausencia de ventanas se sumaba el calor corporal de los treinta operadores frente a las pantallas de sus ordenadores y de otros diez más que iban y venían entre cada uno de los puestos. En un mostrador central trabajaban el director de la sala y su ayudante, una mujer a la que había conocido por la tarde mientras le daban las premisas del tipo de llamada sobre el que debían estar alertas. Al ver a Amaia le hizo un gesto para que se acercara y le tendió un vaso de café helado que vertió de un termo. Sin levantarse de la silla, arrastró otra para que Amaia se sentara a su lado. Apartó de su oreja izquierda el auricular.

—Siéntate aquí, esto es una locura —dijo mientras levantaba la mano para indicarle que mirara a una de las pantallas.

Una sucesión de ráfagas grises en medio de la oscuridad.

—El Katrina está en Luisiana, ha entrado por Buras en el oeste del delta del Misisipi. Esas imágenes son de una cámara de tráfico en la Interestatal. Es todo lo que tenemos, hemos perdido la comunicación, pero el Centro Nacional de Huracanes habla de ocho metros y medio de inundación por marejada ciclónica.

Amaia la miró impresionada.

—Ocho metros y medio, eso es...

—Eso es, todo —dijo ella como una sentencia.

Amaia se dio cuenta en ese momento de que la mujer estaba terriblemente asustada.

—No tenemos manera de confirmar los datos que nos llegan, la mayoría de la información son rumores que nos pasa la gente que llama a emergencias, las comunicaciones están cortadas con la costa, pero dicen que Gulfport y Biloxi están bajo las aguas. —Tomó aire profundamente—. Tengo amigos que viven allí.

Le pareció ver el incipiente brillo de llanto en los ojos de la mujer.

—¿Y en la ciudad? —preguntó casi por cambiar de tema.

—En algunas zonas no ha vuelto la luz después del corte de suministro de las tres —explicó ella señalando las pantallas, en las que todo era una escala de grises—. Por suerte los teléfonos fijos siguen funcionando. Estamos recibiendo un montón de llamadas de gente que culpa al ayuntamiento del apagón. ¿Se lo puede creer, en plena tormenta? La mayoría solo están cabreados, pero lo que nos preocupa es que, al volver el suministro, algunas de las bombas de achique que se encargan de desalojar el agua de las calles no se han cebado y han dejado de funcionar. El Centro Nacional de Huracanes estima que la marejada ciclónica empujará las aguas del lago Pontchartrain hacia la costa; nos consta que ya ha comenzado a salirse y las aguas llegan a las casas situadas más cerca del lago; de hecho, la tenemos a las puertas de la estación de bomberos.

Amaia la miró incrédula.

—Pero el lago no es tan preocupante; por su configuración, las aguas se saldrán de una manera más mansa, ya ha ocurrido otras veces, pero si el viento empuja las aguas del Misisipi a contracorriente, como durante el huracán Betsy, puede provocar en el río un oleaje que puede llegar a superar los muros de contención. Imagino que sabe que la ciudad está dos metros por debajo del nivel del mar. Si las bombas no arrancan, las calles se llenarán de agua mientras siga lloviendo. Ahora mismo el centro ya empieza a inundarse. De momento, un par de palmas. En la carretera 90 el agua corre como un río bravo.

Acababa de decirlo cuando la luz se fue de nuevo dejando a oscuras las pantallas que colgaban del techo y los terminales frente a los operadores. Una

queja de desaliento se extendió por la sala.

—¡Paciencia, en un minuto arrancará al generador! —gritó el coordinador jefe para hacerse oír entre el creciente murmullo—. Trabajaremos a medio gas hasta que restablezcan el suministro.

Dupree apareció en la puerta de la sala y le hizo a Amaia un gesto apremiante para que le siguiera. Cuando Amaia salió, vio a Johnson con los policías de Nueva Orleans, que aguardaban junto a la escalera; en cuanto la vieron, comenzaron a descender.

—La agente Tucker ha localizado a Nelson y a su grupo, están en la central de urgencias del hospital Charity. La línea está sobrecargada, pero el jefe de bomberos tiene conexión directa por radio con el director de urgencias del Charity. Ha localizado al jefe Meigs, el responsable del grupo en el que está Nelson. Vamos a hablar con él en dos minutos.

—¿Y el silencio de radio? —preguntó Bull haciendo referencia a la premisa de no divulgar información por medios poco seguros en previsión de que el asesino también estuviera escuchando.

—No será por el canal oficial, usaremos uno alternativo. Si está escuchando, es poco probable que pueda hacer un barrido de todos los canales a la vez. De cualquier modo no hay otra manera.

Los bomberos ocupaban dos plantas del edificio. En la segunda estaba la cocina, el comedor y el dormitorio donde descansaban cuando estaban de guardia. En la primera estaban ubicados el garaje, el taller y el almacén de materiales. Salvando cinco escaleras, en lo que podría ser una entreplanta, había un área de recepción separada de la calle por una gran cristalera. Tenía un pequeño mostrador que no parecía haber sido utilizado más que para posar vasos de café, tres grandes sofás dispuestos alrededor de un viejo televisor apagado y, tras una mampara, la emisora de radio.

El agua frente a la cristalera alcanzaba unos sesenta centímetros, casi cubriendo el quinto escalón de acceso. Frente a la ventana un grupo de hombres miraban hacia el exterior mientras charlaban animados. No parecía preocuparles lo más mínimo la crecida mansa de las aguas, pero acogían casi con regocijo las crecientes olas que la marejada ciclónica comenzaba a arrojar contra las casas. Una tortuga del tamaño de una mano grande golpeó la cristalera con su caparazón, zarandeada por las olas. Los hombres aullaron

complacidos. Ya lo había observado en el meteorólogo de Kenner: excitación, casi regocijo, que los bomberos intentaban reprimir compensando las bromas y las risas con gestos alternados de preocupada contención. Se entretuvieron cinco minutos observando a uno de ellos, que, ataviado con su equipo de protección personal, se arriesgaba a bajar los cinco escalones del exterior y, con el agua a las caderas y una pala, rescataba a la tortuga y la ponía a salvo en lo alto de la escalera, mientras era jaleado por el resto de los hombres.

—Es una tortuga carnívora —comentó uno de los bomberos volviéndose hacia ella—. Cuando la tormenta acabe, aparte de toda la destrucción, nos tendremos que enfrentar a tortugas mordedoras, hormigas de fuego, serpientes de agua, ratas de los pantanos, y a todo ese lodo pútrido que la tormenta ha levantado y que, además de apestar, está lleno de bacterias capaces de causarte todo tipo de infecciones —dijo señalando la marca oscura que las olas dejaban en los cristales.

El jefe de bomberos les hizo una señal para indicar que su comunicación estaba lista. Condujo al grupo hasta la pequeña cabina acristalada donde tenían la radio; el hombre que se sentaba frente a la emisora los saludó y, señalando un micrófono de mesa provisto de una tecla roja, les dio las instrucciones básicas.

—Es muy sencillo: apretar para hablar, soltar para escuchar. Recuerden decir cambio al final de cada comunicación para que ellos sepan que han terminado.

Se inclinó sobre el micro y accionó la tecla.

Dupree colocó su teléfono junto al altavoz de la emisora para que Tucker y Emerson pudieran escuchar la conversación

—Atención, Charity, aquí central de bomberos de Lake Marina Tower. Le paso con el agente del FBI. Cambio.

—Aquí el jefe Meigs desde la central de ambulancias del hospital Charity. Cambio.

Dupree indicó a Johnson que ocupara el lugar del bombero frente a la radio.

—Jefe Meigs, soy el agente especial Ambrose Johnson del FBI. Estamos investigando un caso y necesitamos confirmar la presencia de uno de los miembros de su grupo en algunas de las intervenciones que han tenido en los últimos meses. Se trata de Brad Nelson. Cambio.

—Será un placer si puedo ayudarles, ¿qué quieren saber? Cambio.

—¿Estaba Nelson en el grupo que se desplazó a Cape May, Nueva Jersey, en febrero pasado? Cambio.

—Sí, fue la primera vez que Nelson nos acompañó, aunque al final casi no intervinimos. Los daños se limitaban a la línea de costa, lo tenían controlado cuando llegamos. Cambio.

—¿Y el 15 de marzo en Killeen, Texas? Cambio.

—Sí, Nelson nos acompañó. Cambio.

—¿Qué me dice de Brooksville, Oklahoma, el 26 de abril? Cambio.

—Sí... no, no estoy seguro. Sí que nos acompañó, pero no regresó con nosotros. Pasó algo... le surgió una emergencia y tuvo que regresar antes a casa. Su compañero conoce los detalles mejor que yo. Procuero mantener al grupo junto, pero estamos a las órdenes de las autoridades locales y a veces tenemos que separarnos. De cualquier modo, siempre se trabaja por parejas, y yo no estaba con ellos cuando se fue. Cambio.

—¿Quién es su compañero? ¿Está ahí con ustedes? ¿Podemos hablar con él? Cambio.

—Se llama Phil Lorenzo y está aquí, pero en este momento está movilizado. La tormenta ha arrancado parte del techo del Superdome y llueve en el interior del estadio, sobre la gente. El aviso nos llegó hace unos veinte minutos y somos el grupo de rescate más cercano; iba a salir para allá cuando me dijeron que querían hablar conmigo. Si le urge mucho, mandaré a Phil a la radio en cuanto sea posible, aunque dudo que se pueda hacer algo en las próximas horas. Acaban de confirmarnos desde el servicio meteorológico de Kenner que el ojo del huracán está a ciento cinco millas de Biloxi. De momento el impacto de la marejada ciclónica en toda la costa está siendo superior a lo que habíamos previsto. Cambio.

—Entendemos lo extraordinario de la situación, no le entretendríamos si no fuera importante. Le agradeceremos que nos ponga en contacto con Phil Lorenzo cuando sea posible. Me quedan un par de preguntas más. ¿Los acompañó Nelson a Alvord, Texas, a principios de este mes? Cambio.

—Sí, estuvo con nosotros, pero no desde el principio, no estaba disponible cuando se le requirió; se incorporó unas horas más tarde. Cambio.

—¿Cuánto más tarde? Cambio.

—Pues, creo recordar que nosotros llegamos a mediodía y él se incorporó por la noche. Cambio.

—¿Los acompañó a Tampa, en Florida, hace tres días? Cambio.

—Así es. Viajó él solo, porque era el que estaba más cerca, y fue hasta Tampa en su coche, pero se reunió allí con nosotros. Cambio.

—Y nos consta que ha viajado a Nueva Orleans con el grupo. Cambio.

—No, Nelson no está aquí, tenía trabajo; a última hora nos avisó diciendo que no podría venir. Cambio.

Johnson se volvió a mirar a Dupree y a Amaia, extrañado.

—Presentó el justificante de viaje en Miami —susurró Dupree.

Johnson volvió hacia el micrófono y pulsó la tecla roja.

—Jefe Meigs, esto es muy importante: ¿está seguro de que Brad Nelson no ha viajado con ustedes hasta Nueva Orleans? ¿Quizá vaya a incorporarse más tarde? Nos consta que presentó la correspondiente solicitud en su comisaría. Cambio.

—Estoy completamente seguro, no tiene nada de raro, ocurre a menudo, tenga en cuenta que son policías, bomberos, paramédicos, les surgen urgencias y a última hora tienen que cancelar. Cambio.

Johnson despidió al jefe Meigs y se volvió hacia sus compañeros.

—¿Dónde está Nelson?

Fue Charbou quien respondió.

—Yo voy a decirle dónde está: está aquí, en Nueva Orleans. Ya han oído al jefe Meigs, estuvo en todos los escenarios, en cada uno de los crímenes. Y el hecho de que a algunos se incorporase más tarde y de que de otros se fuese antes, lejos de exonerarle, solo le deja espacio y tiempo para llevar a cabo los asesinatos sin estar sometido al control del grupo.

—Estoy de acuerdo —dijo Tucker a través de la línea telefónica—. Viajar solo le permite tener libre albedrío, tiene justificación ante su comisaría y ante el grupo. Es un policía, lleva una identificación que le acredita como miembro de un grupo de rescate y en medio del desastre pasa desapercibido, y si alguien le identifica, queda como un héroe si explica que al ver la importancia de la catástrofe ha decidido unirse al grupo a última hora.

Dupree ladeó la cabeza escuchando, analítico.

—Johnson, ¿qué opina usted?

—Que nos estamos precipitando, lo primero sería comprobar que en efecto no haya surgido una emergencia que le ha impedido viajar. Sigue habiendo algunas cosas que no cuadran. Pero si lo que estamos analizando es la oportunidad, admito que podría ser...

—Sí —reconoció Dupree—. Inicialmente, también a mí, esta posibilidad me suscitaba bastantes dudas, viajar con el grupo le permite estar en los escenarios, pero también ejerce un control sobre él; de entrada planteaba bastantes dificultades escabullirse el tiempo suficiente como para llevar a cabo los crímenes... Pero a la luz de los nuevos datos, parece que es más fácil de lo que pensé justificar que estaba ocupado en otra área o que le han necesitado en otra parte. Si están a las órdenes de la autoridad local y los grupos se dividen, dudo de que alguien pueda responder por alguien, excepto su compañero, e incluso el jefe Meigs está seguro de que en alguna ocasión se separaron. Por poner un ejemplo, creen que sería difícil para Phil Lorenzo, que está ahora entre el hospital Charity y el Superdome, despistarse del grupo digamos durante... ¿Cuánto creéis que le llevaría desplazarse desde la base establecida hasta los lugares, cometer los crímenes y regresar?

La voz de Tucker llegó metálica a través de la línea, se perdió durante dos segundos, pero volvió a escucharse.

—Los asesinatos en sí, entre veinte minutos y media hora, como mucho una hora; por el testigo sabemos que es rápido. Ha ido a hacer un trabajo, lo lleva a cabo y se marcha, encaja en el perfil y la naturaleza de ejecutor; los preparativos son previos, pero el regodeo no parece propio de una mentalidad así, y resultaría contrario a su deseo de purificar a las víctimas y hacerlas parecer tan solo otro daño de la tormenta. Otra cosa es el tiempo que necesite para desplazarse. En medio de la catástrofe debe de ser complicado, y hay que tener en cuenta que, en todas las ocasiones, él tuvo que ser el primero en llegar hasta las familias, antes de que ninguna otra fuerza de rescate lo hiciera, y hablamos de comunicaciones cortadas, carreteras destrozadas e impracticables... Sin duda las cosas pueden llegar a complicársele bastante, pero es que aún no sabemos cómo elige a las familias.

Dupree observó a Amaia mientras escuchaba a los demás. Amaia había permanecido rezagada, apoyada, casi sostenida por el panel divisorio, y en silencio. Algo había cambiado en ella en las últimas horas. No era solo el cansancio. Su rostro se veía ensombrecido por el halo grisáceo que otorga el discernimiento. El descifrar algo que los demás desconocen. Mientras sus compañeros hablaban, ella permanecía inmóvil, la mirada al suelo, como economizando energía para dedicarla a un pensamiento que la extenuaba por dentro.

—Salazar —le dio paso Dupree.

Ella se adelantó y, lejos de corroborar lo atormentado de su aspecto, su voz fue clara y su tono firme.

—Estamos de acuerdo en que el compositor y Martin Lenx son probablemente la misma persona.

Todos asintieron.

—Pero tengo serias dudas de que esas identidades confluyan en Nelson. Sí, ya sé que encaja —dijo atajando las primeras protestas—, pero también sé que todos los indicios que apuntan hacia él son circunstanciales. De Lenx tenemos su escenario, sus fotos y la carta que dejó a la policía. Del compositor tenemos sus escenarios, y esas son las únicas y auténticas pistas con las que contamos para atrapar a este asesino. De la escena que deja, deducimos el modo de comportarse y conducirse mientras asesina, y esa es la base sobre la que debemos cimentar la investigación. Seis escenarios repartidos por todo el país, y uno más dieciocho años atrás cuando Martin Lenx asesinó a su familia. Desde luego hay que sustraerse a la fuerza de los elementos, a la furia del huracán y a la destrucción de las tormentas, pero si somos capaces de mirar por encima de todo eso, cada uno de los escenarios es tan ordenado e impoluto como el original en la sala de música de aquella remota mansión.

—Ese aspecto ya está aceptado, ¿adónde quiere llegar? —inquirió molesta Tucker.

Sin hacer caso de su tono perentorio, Amaia continuó.

—A donde quiero llegar es a que Nelson, en un ataque de furia, por una diferencia de criterio con su esposa sobre la hora de regreso de los hijos, destrozó el salón de su casa hasta reducirlo a escombros; el capitán de Galveston dijo que «estaba como si hubiera pasado un torbellino».

—Como el resto de los escenarios —apuntó Charbou.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No, eso es lo que nos está confundiendo. Nelson destrozó los enseres de su salón porque se acaloró por una simple discrepancia con su esposa, y no era la primera vez. Nelson es un hombre dado a la ira, una bestia incapaz de controlarse cuando está enfadado. Una actitud que ya había mostrado otras veces, tantas que acabó con la paciencia de su esposa, que terminó por hacer las maletas. Martin Lenx había soportado años de decepciones, años de mala suerte en los que nada salió como él deseaba, y a eso se sumó la supuesta desobediencia de sus hijos, la laxitud de su esposa, el rechazo en el puesto de

trabajo que anhelaba... Además, sabemos por la investigación que acumulaba deudas, había contraído varias hipotecas sobre la casa y su mundo se desmoronaba. Y en todos los meses previos a los asesinatos, jamás dio una muestra, ni ante su familia ni ante sus compañeros de trabajo ni ante los feligreses de su parroquia, de estar sufriendo ni la más mínima contrariedad. De hecho, de entre las numerosas entrevistas a todos sus conocidos de entonces, destaca que todos insistiesen en su carácter controlado, su exquisita educación, sus modales circunspectos. Martin Lenx se lo tomó con calma, y eso es un dato que hay que tener en cuenta. Transcurrieron muchas horas desde el primer crimen, el asesinato de su madre, hasta el último, su hijo mayor, que regresaba del instituto. Y, todo ese tiempo, permaneció tranquilo en casa, acompañado por los cadáveres de su familia, con tiempo de sobra para pensar, explotar o enloquecer, pero no lo hizo. Después se dirigió a la cocina, donde había dispuesto papel y una pluma de tinta azul, y se tomó su tiempo para escribir una carta de tres páginas al responsable de su iglesia. No había faltas de ortografía, ni renglones torcidos. Los grafólogos afirman que estaba completamente en calma cuando la escribió. La dejó allí, sobre la mesa. El resto de la historia ya la saben. Nada, ni uno solo de los actos de Martin Lenx fue irreflexivo, o guiado por la ira o la furia. Nada en él fue instintivo o precipitado. Y en cada uno de los seis asesinatos de los últimos ocho meses, la pauta se ha repetido con exactitud milimétrica.

«¿Acaso crees que estoy loca?», atronó la voz de su madre en su mente.

Amaia cerró los ojos un segundo, tratando de borrar de su cabeza la sombra de su madre inclinada sobre ella.

—No, no da igual una noche que otra —dijo arrepintiéndose de inmediato. Pero ya era tarde, Dupree había inclinado levemente la cabeza a un lado y la observaba. Se había dado cuenta de que hablaba de sí misma.

—¿Qué significa eso, Salazar? Lenx asesinó a su familia por la mañana.

—Quiero decir que no da igual un día que otro, un momento u otro; el orden, el momento importan. Cada uno de esos seis asesinatos de familias, milimétricamente calcados del de su familia original, no son hechos *per se*, no tienen entidad por sí mismos, solo son ensayos del verdadero. Cada vez que asesina, ratifica la sentencia sobre su verdadero objetivo, que es su familia actual.

—¿Por qué no lo ha hecho ya? —preguntó Dupree con sosiego, como si de antemano supiera la respuesta.

Amaia volvió a sentir la presencia de su madre inclinándose sobre ella, noche tras noche en su infancia.

Abrió los ojos y dijo:

—Porque no daba igual una noche que otra, esperaba una señal, formaba parte de un ritual.

—¿Esperaba, formaba? —La voz de Tucker sonó desconcertada a través de la línea telefónica.

—Quiero decir, «espera», «forma» —corrigió Amaia reconviniéndose mientras cerraba un segundo los ojos en un gesto de frustración—. Esa espada de Damocles pendiente sobre sus víctimas le hace sentirse poderoso, y la fuerza de voluntad para esperar el momento adecuado nos da una lectura clara de su estado mental, y no es el de un hombre atormentado y loco de ira, no es el de alguien que pierde los nervios. No hay ni un indicio que apunte a la clase de frenesí que poseyó a Brad Nelson la noche en que destrozó el salón de su casa, o en cada una de las ocasiones en que discutió con su esposa y terminó rompiendo objetos, incapaz de controlar su arrebato.

—¿Está diciendo ahora que la destrucción que presentan los escenarios no tiene nada que ver con una representación de la ira? Creí que eso era lo que se extraía de la elección del símil con la Biblia en la carta de Lenx —planteó Tucker desde el teléfono. Su voz quebrada por las interferencias que iban en aumento sonó maliciosa, como de vieja bruja.

—Una destrucción —contestó Amaia— que el compositor deja en las manos de Dios, de la naturaleza, un juicio que él no realiza, pero al que se somete. Y aquí tenemos otro aspecto discordante. Johnson y yo pensamos que es difícil que un hombre con las convicciones morales y religiosas de Lenx renuncie a esa guía moral en su nueva vida.

—No olviden que su capitán de Galveston le vio entrar en una iglesia casi a hurtadillas. Podría ser que en esta fase de su vida haya decidido mantener su fe en privado —apuntó Dupree.

Amaia negó.

—Eso también me genera dudas, veo poco probable que un luterano convencido como él adoptase el catolicismo sin más. La defensa de la fe, primando sobre las buenas obras, es la justificación de sus actos en su carta tras los crímenes. El concepto es profundamente luterano, contrario al

precepto católico de la buena obra que redime incluso la fe equívoca. Martin no estaba dispuesto a perdonar pecadillos, ellos estaban fallando ante Dios y él era su martillo.

Apuntó con un dedo a Johnson y él tomó la palabra.

—Y luego está el tema de la abuela, hemos establecido que en todos los casos la había, y, en su defecto, buscó una figura sustitutiva, luego tiene importancia para él. Los padres del Nelson oficial fallecieron hace muchos años, y la madre de su esposa cuando ella era pequeña, no tienen a otra sustituta, sus hijos son ya demasiado mayores, no tienen sirvienta, niñera, o nadie que viva con ellos.

Emerson intervino por primera vez.

—Sí, tengo ante mí las conclusiones de la subinspectora, pero cabe la posibilidad de que esta vez no haya repetido todas las pautas de su vida anterior. Si, como sostiene Salazar, esta fuese una versión corregida, pudo haber eliminado algunos de los aspectos. Incluso cambiar de religión podría ser una decisión tomada a conciencia para evitar encontrarse jamás, ni por casualidad, con alguien de su antigua parroquia.

Amaia resopló antes de responder:

—Por supuesto, no creo que quisiera que lo que él consideraba los «errores» de su vida anterior volvieran a repetirse de nuevo, pero su fe era su valor principal, y la figura de la abuela tiene tanta importancia que la ha repetido en cada uno de los asesinatos hasta el punto de que, en el caso de la familia Allen, se aseguró una sustituta a la que persiguió campo a través para dejarla bajo el tejado. Creo que habrá intentado subsanar errores de su vida pasada, pero también creo que está abocado a volver a cometerlos por el mero hecho de que espera un ideal imposible. La realidad cotidiana de las familias tiene bastantes más aspectos en común de lo que parece, y el mismo tipo de conflictos vuelve a darse en ciertas etapas del desarrollo de los hijos.

—Si no, que se lo pregunten a los terapeutas familiares y a los psicólogos infantiles y juveniles —intervino Johnson—. Mientras los niños eran pequeños es probable que pudiera tener más control, pero es frecuente que los chicos reclamen parcelas de independencia en la adolescencia. Ahí, como en la ocasión anterior, comenzarían a surgir los conflictos. Si además podemos contar con la eventualidad de que su actual esposa no esté de acuerdo con unas normas tan rígidas, la posibilidad de que el mismo patrón de comportamiento

vuelva a repetirse es altísima. Está garantizado que la obra deje de satisfacerle, que ya no le guste y decida, como la vez anterior, tirar todo a la basura, y quizá comenzar de nuevo.

La voz de Tucker a través del teléfono sufrió varios cortes antes de extinguirse.

Dupree tomó el móvil y marcó de nuevo el número.

—Lo lamento, agente Tucker —dijo cuando ella respondió—, me temo que en cualquier momento nos quedaremos sin comunicación telefónica. En cualquier caso, internet aún funciona; si las comunicaciones se cortan podemos seguir por email. Continúe con lo que estaba diciendo.

—Sí. Subinspectora Salazar, no estoy de acuerdo con su hipótesis, yo creo que es Nelson; cada uno de los argumentos que usted pretende dar en su contra me parece que lo confirman. Emerson opina igual. Johnson, ¿qué dice?

—Estoy con Salazar, no me encaja del todo, aunque hay suficientes aspectos coincidentes como para mantenerlo como sospechoso, y por supuesto comenzar por comprobar que no esté en su casa metido en la cama, llorando borracho...

—¿De qué quieren la pizza? —preguntó Tucker.

—Doble de anchoas y aceitunas —respondió Johnson.

Los policías de Nueva Orleans repartieron miradas entre el teléfono situado junto al micrófono y Johnson, que los miraba divertido.

—Es un método muy habitual cuando queremos comprobar si alguien está en su domicilio, un agente vestido de repartidor le lleva una pizza —dijo sonriendo—. Todo el mundo abre al repartidor de pizza, aunque no la hayas pedido.

La pantalla del móvil se oscureció. La llamada se había cortado. Dupree marcó otra vez el número de Tucker intentando restablecer la comunicación; esta vez fue imposible.

Nana. Sueño eterno

Estadio Superdome de Nueva Orleans
08:45 h del lunes, 29 de agosto de 2005

Nana empujó un calmante en su boca y lo tragó sin agua junto con su propia saliva y la angustia que se había congregado en su pecho, provocándole solo ganas de llorar y un regusto metálico, como si tragara sangre. Se apoyó en la pared intentando aliviar el peso sobre su cadera derecha. El dolor lacerante recorría su pierna desde el talón hasta la cintura, con fuertes calambres que amenazaban con derribarla en cualquier momento. Cerró los ojos y se concentró en convocar el efecto sedante del calmante para convencerse de que ya comenzaba a sentir alivio.

Llevaban casi tres horas en el pasillo del Superdome; habían tenido que trasladarse allí cuando, hacia las seis de la mañana, una terrible ráfaga de viento había arrancado la cobertura del techo sobre sus cabezas y provocado que la lluvia cayese en el interior del estadio. Empapados y aterrados, se refugiaron primero en el túnel de acceso, pero poco a poco la gente desplazada desde sus asientos los había ido empujando hacia el pasillo interior. Bobby colocó la silla de ruedas de su madre contra la pared y ayudó a Nana a sentarse a su lado, en el suelo, apoyada también contra la pared, en la almohada que se había traído desde casa. Y así, con la cabeza reclinada en la rueda de la silla de Seletha, había permanecido inmóvil, superada, mientras veía a la gente deambular de un lugar a otro buscando un tramo de pared libre donde dejar sus cosas. Hacía calor, tenía el cabello húmedo de lluvia, pero la mancha de orina de su falda se había secado dejando tan solo un cerco blanquecino. Nana lo frotó disgustada y se dio cuenta de que Bobby la contemplaba preocupado.

—No pasa nada, Nana, no tiene importancia, y ya casi no se nota.

Ella cerró los ojos como respuesta. Cuando había gritado en el pasillo, tras salir del baño donde violaban a una mujer, había conseguido que un grupo de chicos, de los que se sentaban en ruidosos grupitos cerca de las escaleras, se acercasen; pero, cuando les explicó lo que pasaba, sus expresiones cambiaron mirando afligidos hacia la puerta del baño. Un par de ellos se ofrecieron a ir hasta la siguiente puerta, donde según una de las chicas había un par de policías. Habían tardado una eternidad en regresar, y mientras esperaban Nana había visto salir a los tres hombres, que se habían desvanecido entre la gente en el pasillo; un rato después vio salir a la mujer. Miró a ambos lados del pasillo y se alisó la ropa con una mano y el pelo con la otra.

Cuando los chicos regresaron con dos policías, ya había perdido de vista a la mujer.

—Estaban violando a una chica joven, eran tres hombres, pero ya se han ido, todos.

Los policías se miraron entre sí, entraron a inspeccionar los baños y tardaron apenas dos minutos en regresar.

—Ya no hay nadie —dijo uno de los policías, que traía en la mano su bastón.

—Se lo he dicho, se han ido ya —repitió—. Eran tres, no he podido hacer nada.

Uno de los policías se fijó en la mancha de su falda.

—Señora, ¿ha venido con alguien? Será mejor que vuelva a su sitio, y, por favor no vaya sola al baño, no es seguro.

Dos de las chicas la habían acompañado hasta su asiento. Las chicas se fueron, Bobby le dijo que lo sentía y Seletha continuó durmiendo. Y nada más. Nadie hizo nada. No había nada que hacer. Había permanecido allí sentada y quieta, pensando en toda aquella mierda hasta que una ráfaga de viento arrancó el techo del Superdome, arrojando la lluvia sobre ellos y obligándola a retornar al pasillo.

Miró desolada el charquito pardo, que continuaba extendiéndose bajo sus pies. La marea ciclónica y la subida de las aguas en el exterior habían provocado que las tuberías de aguas fecales devolviesen su contenido a la superficie. Durante la última media hora, los váteres y los lavabos del Superdome habían comenzado a vomitar como hediondos géiseres. Estaba tan abatida que no se había dado ni cuenta cuando su almohada empezó a

encharcarse de porquería. Bobby la había ayudado a ponerse en pie mientras se disculpaba como si fuese el responsable de que la mierda estuviese saliendo de los váteres. Levantó del suelo la almohada de Nana, le arrancó la funda manchada y le tendió el relleno acolchado, que presentaba un pequeño rastro amarillento en una de las esquinas.

Bobby posó una mano extendida en la frente húmeda de su madre.

—Creo que tiene fiebre.

—Hace mucho calor aquí —contestó Nana, segura de que Bobby no se equivocaba, pero resuelta a seguir aplicando su porción de trivialidad para sobrellevar aquello.

—¡Mamá, despierta! Mamá, mamá...

Bobby se inclinó sobre ella acercando su oído a la boca abierta para escuchar la respiración. Separó sus párpados para ver el tamaño de sus pupilas, que se advertían desiguales y no reaccionaron a la luz. La tomó de la mano sin dejar de llamarla.

—Mamá, despierta, mamá, por favor despiértate. —Comenzaba a sonar angustiado.

Estiró uno de los dedos e hizo presión sobre el lecho de la uña. Bobby apretó hasta dejar en ella una fina marca sangrienta donde se rasgó la piel; los ojos de Seletha no mostraron la más mínima reacción.

—Nana, creo que mi madre ha entrado en coma.

Anchoas y aceitunas

Miami, Florida

A través de las ventanillas tintadas de la furgoneta, la agente Tucker alcanzaba a ver un par de ampulosas nubes de evolución sobre el cielo azul de Miami. La puerta de la casa de Nelson quedaba parcialmente oculta por el acceso a la vivienda de su vecino. Era un adosado bastante nuevo y no tenía mala pinta, aunque se notaba la diferencia entre la casa de al lado, mejor mantenida y adornada con maceteros y flores, y la suya, en la que ni siquiera se apreciaban cortinas en las ventanas. Llevaban allí casi una hora, y los veintinueve grados del exterior volvían irrespirable el interior del vehículo con el motor detenido. Tucker había tratado de concentrarse en leer el informe con los datos que tenían hasta ese momento y que había enviado Amaia. Una gota de sudor resbaló por su frente produciéndole la sensación de que un insecto se le movía sobre la piel. Suspiró resignada mientras miraba hacia el interior de la furgoneta. El calor que emanaba de los cuerpos y el olor a sudor de los tres tipos que la acompañaban comenzaban a ser insoportables. Habían utilizado un sistema de escucha a distancia al mismo tiempo que uno de los agentes, haciéndose pasar por un falso teleoperador, había llamado al teléfono fijo de Brad Nelson, hasta que saltó el contestador. No era concluyente. Al ver el número podría haber decidido no contestar. Después, desde la identidad de su compañía de teléfono, habían llamado a su móvil. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.»

Suspiró aliviada al ver acercarse la moto con el portapizzas adosado y al agente ataviado con la chaqueta roja y la gorra de colores. Enrolló las hojas que había estado leyendo e hizo una señal a los técnicos para que realizaran

una última comprobación de la radio asegurándose de que el agente del exterior los escuchaba bien, y empezaron. El joven agente dejó la moto junto a la acera, atravesó la zona de gravilla y el acceso ajardinado hasta la puerta.

—Adelante —ordenó Tucker a través de la radio.

El agente tocó el timbre una vez. Nada. Dos. Nada.

—Vuelva a llamar —insistió Tucker.

Nada.

Tucker dejó pasar unos segundos mientras observaba la entrada desde el interior de la furgoneta.

—Insista una vez más para asegurarse y procederemos con la cámara bajo la puerta.

El agente volvió a llamar un par de veces más. Y entonces se abrió la puerta del adosado contiguo. Un hombre de unos setenta años, ataviado con un pijama desabotonado en el pecho, se apoyó en la barandilla de su escalera mientras miraba al repartidor.

—Hijo, dudo mucho de que mi vecino haya pedido esa pizza —dijo malicioso.

—Sígale el rollo —indicó Tucker. Por experiencia sabía que los vecinos de al lado solían ser una fuente fidedigna de información.

—Pues, señor —respondió el repartidor fingiendo leer en un pequeño bloc—, tengo aquí un pedido de una pizza familiar con doble de anchoas, aceitunas y alcaparras para el señor Brad Nelson en la avenida Tiboly número 556 B. ¿No me habré equivocado?

Dentro de la furgoneta se extendió un rumor de risillas y gestos de asco.

El hombre del pijama se llevó una mano a la barbilla como si comprobase si se había afeitado bien.

—Es aquí, sí, y Brad Nelson es mi vecino, pero me temo que alguien les ha gastado una broma. Vi a mi vecino metiendo el equipaje en el coche y me dijo que se iba de viaje.

El agente repartidor resopló resignado.

—Sí, debe de ser eso: hay unos críos que nos han gastado ya varias de estas bromas, debimos darnos cuenta, no mucha gente tomaría anchoas para desayunar. —Se dio la vuelta como si fuera a enfilar hacia la calle, pero se detuvo—. ¿No sabrá cuándo va a regresar el señor Nelson? Es un buen cliente, y la pizza ya está aquí, podría dejársela en la puerta si va a volver pronto...

—No cuente con eso. Me dijo que estaría fuera dos o tres días, puede que

más.

El agente repartidor puso cara de circunstancias, dio las gracias al vecino y se dirigió hacia la calle.

—Oiga, hijo, que digo yo que también podría dejármela a mí, como ha dicho que la pizza ya está aquí, y no creo que tenga muchos clientes a los que les gusten las anchoas en el desayuno.

Dentro de la furgoneta los agentes estallaron en risas. Tucker tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para conseguir que se callaran y no los oyeran desde el otro lado de la calle.

Tucker bajó de la furgoneta y caminó hasta su coche mientras se despegaba el fino jersey que había quedado adherido a su espalda con sudor y golpeaba rítmicamente su cadera con el canuto de papel del informe de Salazar. «Joder, ¿es que los tíos no saben lo que es el desodorante?» Necesitaba una ducha con urgencia para quitarse aquella peste de encima, pero antes tenía que hacer algo más importante. Accionó la apertura del coche y se sentó en el asiento del copiloto para que Emerson condujera.

—Bueno —dijo Emerson—, con esto queda confirmado que Nelson no está en la ciudad y que muy probablemente haya salido hacia Nueva Orleans, o que ya esté allí. ¿Va a llamar al agente Dupree?

—Las comunicaciones están cortadas desde esta mañana, y la sede del FBI en Nueva Orleans ha sido desalojada, no queda nadie allí. Restablecer la comunicación con la unidad va a resultar complicado por ahora e imposible cuando abandonen la central de emergencias.

Emerson se quedó pensativo unos segundos. Por un momento Tucker pensó que estaba calibrando lo que acababa de decirle, por eso le sorprendió cuando afirmó:

—La subinspectora Salazar se equivoca. Nelson es el compositor.

Tucker se giró en su asiento para verle mejor.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué se equivoca exactamente?

Emerson miró un segundo a la agente Tucker, que le hizo un gesto para que siguiese fijándose en la carretera. Titubeó antes de responder.

—Bueno, se equivoca... En su análisis —dijo señalando los papeles que Tucker sostenía—. Ella cree que Martin Lenx es el compositor; sin embargo, no está de acuerdo con que haya podido tomar la identidad de Nelson.

—¿Y su análisis le parece equivocado?

Él se volvió de nuevo a mirarla, confuso. Estaba tratando de halagarla, de decirle que estaba de su parte, y ella...

—Bueno, me refiero a que nosotros tenemos razón y ella no.

—A mí su análisis me ha parecido brillante, de una gran clarividencia. Y creo que tenemos suerte de contar con ella en este equipo. Haría bien, agente Emerson, en aprender de ella; si aspira a progresar y a llegar a algo en el FBI, aprenda a dejar de poner en duda lo que dice una mujer, solo porque es una mujer. Párese a pensar la próxima vez.

Emerson resopló angustiado. Parecía un crío a punto de echarse a llorar.

—No lo entiendo, usted tampoco está de acuerdo con ella.

—La diferencia es que yo la respeto. Puede hacerme la pelota todo lo que quiera, pero, si espera que haga camarilla con usted para criticar a una mujer que le da dos vueltas, se ha equivocado de parte a parte.

Emerson dejó salir el aire por la nariz y optó por el silencio, incapaz de acertar lo que había que decir.

Tucker sonrió de nuevo. Sacó su teléfono, buscó un contacto y pulsó la tecla de llamada.

—No esté triste, agente Emerson. Puede que Dupree esté en Nueva Orleans, que Nelson esté en Nueva Orleans y hasta que Salazar tenga razón —dijo levantando el informe ante sus ojos—, pero créame si le digo que nosotros estamos en el lugar adecuado y en el momento oportuno.

Monedas de plata

Washington, D. C.

Lunes, 29 de agosto de 2005

El director Wilson observó por la ventana el escaso tráfico, propio de un lunes de agosto en la avenida Pennsylvania. Con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón deportivo, y el sol contribuyendo a dar color a su rostro, ya de natural rubicundo, presentaba un aspecto relajado e indolente, que contrastaba con el gesto duro en la boca y el ceño apretado sobre el arco de sus gafas de montura ligera.

—¿Soy el único al que esto le parece una cabronada? —preguntó Michael Verdon desde detrás de su mesa.

Wilson se volvió a mirarle con una mezcla de pesadumbre y resignación. Suspiró antes de responder.

—De cabrones, cabronadas...

—Y está claro que la agente Stella Tucker es una cabrona...

—Sí —estuvo de acuerdo Wilson—, pero es una cabrona que tiene razón, y sé lo suficiente de esta vida como para saber que a veces más vale ponerle una medalla a alguien como Tucker que dejar que ruede la cabeza de un amigo.

Verdon negó asqueado, pero a la vez levantó el auricular del teléfono y pidió la comunicación que había solicitado. Puso el altavoz para que Wilson pudiera escuchar la conversación y esperó unos segundos mientras imaginaba la sorpresa de Dupree al recibir una llamada desde la oficina del director del área de investigación criminal en Washington por la línea fija del jefe de bomberos de la estación.

—¿Michael? —La voz de Dupree fue clara, pero Verdon, que lo conocía bien, captó un ápice de desconfianza en su tono.

—Aloisius, Jim Wilson está aquí conmigo. Buenos días desde Washington, imagino que no tan buenos en Luisiana. Las imágenes de los informativos son pavorosas. Se habla de una gran destrucción y ya se manejan cifras de cientos de muertos y desaparecidos. Creemos que las cosas se os pueden complicar bastante en las próximas horas dificultando mucho una Operación Jaula.

Dupree había escuchado con atención y respondió con prudencia; nada de lo que Verdon le estaba contando le parecía tan importante como para hacer que Jim Wilson interrumpiera sus vacaciones.

—Michael, Jim, ¿qué está pasando?

Verdon miró a Wilson y suspiró alzando ambas manos con absoluta impotencia. Dupree no era idiota, sabía de sobra que no le llamaban para darle el parte meteorológico.

—Dupree, las especiales circunstancias meteorológicas, el hecho de que tu unidad esté repartida en dos lugares distintos en este momento y la magnitud de la catástrofe que asola Nueva Orleans nos han llevado a tomar algunas decisiones.

Dupree permaneció en silencio. Solo el constante crepitar de la línea les hizo estar seguros de que la comunicación no se había cortado.

—Estimamos necesario darte algunas explicaciones —añadió Verdon deferente—. Hemos estado siguiendo con interés vuestros avances en la investigación, la agente Tucker nos ha informado...

—¿He oído bien? ¿La agente Tucker os ha informado a vosotros? —interrumpió Dupree.

—Aloisius, por favor, deja de ponerte a la defensiva y escúchanos; somos tus amigos —intervino Wilson alzando la voz.

—Como te estaba diciendo —continuó paciente Verdon—, la agente Tucker nos ha informado de que habéis obtenido confirmación de la presencia de un policía de Miami, Brad Nelson, en todos los escenarios de los asesinatos de familias, y que la subinspectora Salazar ha establecido importantes similitudes entre los crímenes del compositor y un caso de asesinato de familia de hace dieciocho años.

—Pues veo que la agente Tucker ha olvidado mencionar que, aunque, en efecto, Nelson estuvo con el grupo de rescate en algunos de los escenarios, regresó antes desde Brooksville y no está oficialmente en Nueva Orleans. Y,

por supuesto, ha olvidado señalar que, aunque Salazar opina que el compositor puede ser un hombre llamado Martin Lenx que asesinó a su familia hace dieciocho años, no cree que Nelson encaje en el perfil.

—Tenía entendido que era vuestro sospechoso...

—¿Me preguntas a mí o a la agente Tucker?

—Aloisius, ¡por Dios! —rogó Wilson.

—Nelson es nuestro sospechoso, pero todos los indicios son circunstanciales; estamos a la espera de poder interrogar a su compañero en el grupo de rescate y de obtener las confirmaciones que le pedí a Tucker en torno a las seis de la mañana. Todavía no he recibido el informe, pero veo que vosotros sí.

—Tucker intentó ponerse en contacto contigo, pero afirma que le fue imposible.

—¿Qué más? —El tono de su pregunta era duro e impaciente.

Wilson asintió mirando a Verdon, era evidente que Dupree se olía la faena; retrasarlo más no tenía sentido.

—La agente Tucker habló con la esposa de Nelson —soltó Verdon disgustado.

—¿Cómo? —No era una pregunta simple, no preguntaba por su modo de proceder en la entrevista, le preguntaba cómo había osado.

Verdon lo entendió.

—A la vista de los datos que había ido recabando, le pareció que era lo que correspondía.

—¿Por qué no pidió autorización? —replicó Dupree.

—Escucha, Dupree, entiendo que estés molesto, pero las comunicaciones son casi imposibles: los teléfonos móviles no funcionan en Nueva Orleans; nos ha llevado más de una hora conseguir hablar contigo a través de una línea fija, y contamos con todos los medios.

—¿Desde qué hora tiene la confirmación de que Nelson no está en Miami? —inquirió Dupree sin contestar a Verdon.

—Algo después de las siete de la mañana.

—¿Por qué no nos lo comunicó entonces? Son casi las once. Perdimos la comunicación telefónica tras el apagón, pero le di órdenes claras de informar de cualquier avance a través de correos electrónicos.

—No era mucho más de lo que ya teníais, le pareció que hablar con la esposa era lo mejor para la investigación.

—¿A qué hora?

—Dupree...

—¿A qué hora habló con la esposa de Nelson? Hay cuatro horas en coche desde Miami hasta Tampa.

—No tenemos constancia de ese dato —mintió Wilson, consciente de que Dupree lo sabía.

Verdon intervino apaciguador.

—Tú mismo has reconocido que entre la tormenta y el apagón ha habido problemas con las comunicaciones.

—Estoy en la central de emergencias del 911, tienen un generador y hay treinta operadoras cogiendo los teléfonos; me cuesta creer que no haya podido ponerse en contacto conmigo. Parece que ahora que sí que hay algo que comunicar habéis encontrado la manera —dijo sarcástico.

—Aloisius... —pidió Verdon conciliador.

—Aloisius —continuó Wilson—, el caso es que la esposa de Nelson confirma aspectos respecto a su conducta que son bastante llamativos. Se presentó en su casa anteayer; dijo que lo encontró inusualmente sereno, raro y misterioso, muy alejado del comportamiento más doliente que ha tenido en los últimos tiempos. Sus palabras exactas fueron: «Todo lo que ha ocurrido es por mi culpa, sé que lo he hecho todo mal, pero voy a solucionarlo. Ahora tengo que irme porque he de hacer algo que no puedo aplazar, pero cuando vuelva estaré preparado para corregir todos los errores».

—¿Dijo «los» o «mis» errores? —inquirió Dupree.

—Lo tengo recogido como «los errores».

—Podría ser sin más la promesa de un hombre que trata de enmendar sus faltas, pero también un anuncio de que el momento que espera está a punto de llegar —explicó Dupree—. «Los errores» sugiere que se excluye de la responsabilidad de haberlos cometido, aunque se sienta responsable de subsanarlos. Salazar cree que nuestro hombre solo aplaza el asesinato de su familia a un momento concreto, una especie de señal que aún desconocemos, seguimos trabajando en ello.

Dupree hizo una pausa reflexiva; cuando volvió a hablar la indignación había regresado a su voz.

—¿Os dais cuenta de la importancia de lo que me estáis contando? Es información vital para la investigación, y la agente Tucker la ha retenido de forma deliberada. Su acción ha sido irreflexiva. Puede haber puesto en riesgo

toda la investigación. Si resulta que Nelson es nuestro hombre y llama a su esposa y ella le habla de su visita, podría ponerle sobre aviso.

—Por eso nuestra llamada, Dupree —explicó Verdon—. He autorizado una operación de salvaguarda para la familia de Nelson y he puesto a Tucker al frente de un equipo en Miami.

Dupree permaneció en silencio.

—Aloisius —dijo Wilson con tono conciliador—. Entiéndelo.

—¿En serio estáis tan ciegos que no os dais cuenta de lo que está haciendo Tucker?

El grueso suspiro de Michael Verdon fue audible a través de la línea.

—Aloisius, te aprecio de veras, pero no puedes cargarnos con toda la responsabilidad de esto. Estás de vuelta en tu ciudad; después de lo que pasó la última vez, es inevitable para nosotros que eso plantee algunas dudas... No voy a ofenderte preguntándote si tiene algo que ver con Samedi... Porque de veras espero que no.

—Yo no voy a contestarte, porque hacerlo estaría fuera de lugar —rechazó Dupree con dureza.

—Pues un agente de tu experiencia debería saber que hay particularidades de la investigación que deberías habernos comunicado.

—No sé a qué te refieres.

—Hay un aspecto que olvidaste mencionarme y que está en el informe que Salazar envió a la agente Tucker: Sarah Nelson era Sarah Rosenblant de soltera, y es hija del senador Rosenblant.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Dupree asombrado—. En serio me estás diciendo que todo este circo se debe a que el suegro de Nelson es senador.

—¡Por el amor de Dios, Dupree! ¿Qué es lo que te sorprende? —gritó airado Wilson—. ¡De sobra sabes cómo funcionan estas cosas!

Verdon tomó la palabra recuperando el tono calmado, aunque igual de firme.

—Creo que no eres consciente de la gravedad de la situación. Desde inteligencia de la base naval de Lakefront, nos han confirmado que la sede del FBI en Nueva Orleans está totalmente destruida, el techo ha sido arrancado de su lugar por el viento y las cristaleras han estallado literalmente. Se ha desalojado a todo el personal, incluido el retén de guardia. Los militares están centrándose en rescatar a los agentes y sus familias y en evacuarlos de allí.

Cuando la tormenta termine y salgáis a la calle, estaréis solos. Si la Operación Jaula falla, y si por una casualidad resulta que ese tipo es un asesino y el senador llega a saber que su hija y sus nietos han estado en peligro porque no tenemos activado el protocolo de seguridad, rodarán cabezas, y no hace falta que te diga que las nuestras están bien afianzadas.

Antes de colgar, Verdon le hizo un último apunte.

—Hay una cosa más. A pesar de que consideres que nuestra intervención es una injerencia en la dirección de tu equipo, confiamos en ti. Tengo información relativa a la subinspectora Salazar, pero dejo a tu criterio lo que desees hacer con ella y cómo puede afectar al desarrollo de la investigación. Es una circunstancia extraordinaria y merece medidas extraordinarias. Si decides ocultar esta información, la retendremos cuanto podamos; no creemos que suponga un gran problema.

Insomnio

Central 911 de Nueva Orleans
Entre las 10:00 h y las 12:00 h del lunes,
29 de agosto de 2005

Amaia se inclinó junto a la ventana para poder ver algo a través del improvisado corte que alguien había hecho en el papel de estraza que protegía los vidrios. El cristal le devolvió su propio reflejo. Haciendo pantalla con las manos miró hacia fuera. La ciudad se veía plomiza: aunque hacía horas que había amanecido, el cielo seguía tan oscuro como un lago profundo. A lo lejos le pareció ver el resplandor de un incendio, probablemente una explosión de gas.

Vio pasar flotando el techo de varios coches que sobresalían del agua como tortugas muertas.

Tras la comunicación con el capitán del grupo de rescate había tratado de volver al trabajo releendo la declaración de los testigos, que llevaba una y otra vez a la de Joseph Andrews y del capitán Reed de Galveston, a la del equipo de criminalística que había procesado la casa y a la del propio Nelson respecto a lo que había visto allí. Johnson y ella habían escarbado en toda la historia criminal del país en los últimos dieciocho años, y desde el asesinato de la familia Lenx no había vuelto a darse otro que reuniese las peculiaridades de aquel, hasta el caso de Galveston. Todo se iniciaba allí. El crimen de los Andrews era el particular Génesis de aquel hacedor de muertos.

Sí, pero ¿de qué modo, cómo, cuál era la señal que aquel ente esperaba para su Armagedón?

El estruendo proveniente de la sala de emergencias la sacó de su concentración. Johnson y los policías de Nueva Orleans ya estaban junto a la puerta. Cerró la tapa de su ordenador y los siguió.

Las líneas estaban colapsadas. En cuanto los operadores colgaban una llamada, entraba la siguiente. Amaia se situó junto a la operadora con la que había estado hablando y ella la saludó con un gesto mientras atendía una llamada. El tono de su voz no había variado, conservaba la calma. Amaia pensó que incluso hablaba más despacio, pero su rostro traslucía la tensión. Y mientras escuchaba las peticiones de auxilio a través de la línea, fruncía los labios en una mueca que los hacía casi invisibles, como si quisiera tragarse su propia boca.

El coordinador jefe puso el altavoz para que pudieran oír algunas de las llamadas.

Llanto.

«Por favor, ayúdenme, mi casa se ha movido, y estoy aquí con dos críos pequeños, las olas están entrando en mi casa.»

—Señora, no podemos hacer nada; no puedo enviarle a nadie ahora, los policías no pueden salir hasta que haya pasado la tormenta.

O con profunda calma.

«Hola, estamos aquí abajo en la playa, hemos sido unos estúpidos, y creo que vamos a morir aquí.»

—Señora, haga lo posible por ponerse a salvo, no podemos enviarle a nadie por ahora.

Desesperados.

«Por favor, ayúdennos, estamos en un ático, pero no hay salida por arriba, el agua ya llega al dintel de la puerta; por favor, sáquenlos de aquí.»

—Señor, todos los agentes se han retirado de las calles para ponerse a salvo; si quiere puedo tomar su dirección y sus nombres.

«¿Nuestros nombres?, ¿para así saber quiénes somos cuando nos encuentren muertos?»

Sin esperanza.

«Voy a morir, me llamo Ethel Burel, estoy en el Distrito 9.»

—No va a morir, señora, intente ponerse a salvo, le mandaremos a alguien en cuanto amaine la tormenta.

«No lo entiende, voy a morir.»

—Todas las llamadas son así.

El director le puso una mano en el hombro instándola a continuar; la mujer volvió a ponerse los auriculares y atendió una nueva llamada.

—La gente pide ayuda y lo único que podemos hacer es tomarles los datos y añadirlos a una lista de espera.

—¿Cuál es la situación ahora mismo? —preguntó Johnson.

El hombre le miró de pronto enfadado y levantó una mano hacia las pantallas que colgaban del techo. Todos miraron hacia allí, excepto Johnson, que estudió el rostro crispado del coordinador de emergencias.

—En una palabra: caos. La ciudad está a oscuras. Nos avisan de que han caído varias torres de alta tensión, los teléfonos móviles han dejado de funcionar, es probable que el viento haya arrancado las antenas de telefonía. Lluve dentro del Superdome, la gente se amontona en los pasillos y las aguas fecales salen de los váteres inundándolo todo. Ha habido agresiones, violaciones y peleas, tanto en el Superdome como en el centro de convenciones. Se habla de varios muertos por arma blanca. Hay casas ardiendo, creemos que es debido a los escapes de gas producidos al desplazarse los cimientos. Desde varias zonas nos han informado de remolinos y pequeños tornados, como si no tuviéramos suficiente. Tenemos avisos de cadáveres que flotan por la calle. De casas enteras arrastradas por las aguas. Pero si lo que pregunta es por sus «disparos continuados», de momento no tenemos nada de eso.

Johnson lo miró incrédulo. Adelantó un paso hasta ponerse frente al hombre, tan solo separado de él por el atril desde el que dirigía las operaciones. Leyó su nombre en la placa situada sobre la mesa. Bernard Antée.

—Escúcheme bien, señor Ante.

—Antée —le corrigió sin molestarse en mirarle.

—Míreme, monsieur Antée —ordenó Johnson.

El coordinador le contempló malhumorado levantando el mentón.

—Dígame —contestó airado.

Sin perder la calma, Johnson se acercó un poco más y se inclinó hacia delante obligando al hombre a hacer lo mismo; después le habló al oído.

—Estamos aquí para ayudar; buscamos a un asesino, un monstruo que aparecerá de entre las ruinas de esta ciudad para asesinar en su propia casa a la desgraciada familia que haya tenido la suerte de sobrevivir a todo esto. Y

sí, serán disparos continuados, uno tras otro, mientras les vuela la cabeza uno a uno, incluidos los niños, y mientras obliga a los demás a verlo. Sé que esto no le divierte, pero no tiene derecho a suponer que a mí, sí. No son «mis disparos»; serán, si no lo evitamos, los disparos de una familia sin más delito que haber sobrevivido a todo esto para que un asesino siegue sus vidas.

Cuando Antée levantó la cabeza, su rostro estaba demudado. Miró a Johnson asintiendo y no dijo nada más.

Pulcritud

Nueva Orleans, Luisiana

Martin había elegido aquel hotel porque los baños carecían de ventanas. Estaban contruidos como un habitáculo independiente entre el dormitorio y la pared del pasillo interior, y su única conexión con el exterior era una rejilla de ventilación, que él mismo había obstruido con las toallas para evitar escuchar el intenso zumbido, similar al de una tuba, del viento al hacer vibrar el conducto de metal. Eran casi las doce de la mañana cuando se decidió a abrir la puerta de su refugio. La cristalera del balcón que daba a la calle había desaparecido, y con ella todos los enseres de la habitación, incluida la cama. Tan solo el cabecero, anclado a la pared, y uno de los apliques de lectura seguían en su sitio. La falsa escayola del techo estaba destrozada, y todavía colgaba parte de la estructura que la sostenía con los tubos amarillos de conducción de electricidad. El viento aún soplaba con fuerza, pero ya no era un huracán. Sorteando los escombros, se acercó al hueco abierto en la fachada, donde antes estuvo la ventana. El balcón conservaba la barandilla, pero los intensos golpes recibidos la habían torcido en algunas partes. Martin decidió no arriesgarse. Observó la ciudad apoyado en el quicio. El cielo seguía oscuro hacia el este, pero comenzaba a despejarse; llovía con mucha menos intensidad y el nivel de las aguas había empezado a bajar.

Desde hacía un rato venía escuchando por el *walkie-talkie*, que llevaba consigo, que los helicópteros de la base de Sikorsky de los guardacostas se preparaban para salir. Debía darse prisa. Regresó al baño, encendió su linterna y la apuntó al espejo para repasar su aspecto. Desechó la camiseta de algodón que había llevado hasta ese momento. Abrió, por instinto, el grifo del lavabo, que emitió un gorjeo ahogado seguido de un silbido. Ya de madrugada lo único que salía de los grifos era una mezcla pardusca de agua y barro, hacía

horas que ni eso. Utilizó para asearse uno de los botellines que llevaba en el maletín, se lavó los dientes, la cara y se humedeció el pelo corto en la nuca como el de un marine. Sacó de su maletín una camisa limpia y cuidadosamente planchada que remeti6 en los pantalones antes de ceñir el cintur6n. Repas6 su atuendo y alis6 la ropa hasta que su aspecto le satisfizo. Antes de coger su maletín, abri6 el alfiler de su identificaci6n y lo prendi6 a su camisa sobre el lado izquierdo, dejando bien visible la insignia sobre su pecho.

Sonri6 al pasar por la que había sido la recepci6n del hotel. El agua le llegaba a la rodilla, pero no le impediría caminar. Allí, simplemente, no quedaba nada. Como si una enorme aspiradora hubiera succionado todo el contenido.

Ni puertas, ni ventanas, ni accesos ni iluminaci6n. De la estructura del techo faltaban todas las placas de escayola, y las tiras plateadas de aislante colgaban como adornos navideños crepitando con el movimiento del aire, como yesca seca.

Sali6 del hotel y camin6 prudente hasta el centro de la calle desierta, a salvo de anuncios, carteles y restos medio desprendidos de la fachada, que colgaban peligrosamente sobre las aceras. Había dejado de llover. Anduvo con dificultad por la avenida Esplanade. Varios de los grandes 6rboles cerca de Cabrini, incluido el gran 6rbol del caf6 Degas, no habían resistido la tormenta. Yacían derribados en el suelo, como guerreros vencidos. En el aire flotaba una mezcla de olores que iban desde el ozono hasta una mixtura húmeda de hongos, cemento fresco, madera mojada y lodo negro. Pequeñas colonias de mosquitos comenzaban a arremolinarse a escasos centímetros del agua, y Martin supo que cuando saliera el sol el hedor pantanoso sería irrespirable. Sac6 de su bolsillo el mapa callejero donde había marcado su ruta, y que había doblado ignorando sus pliegues originales para poder consultarlo de un solo vistazo.

A lo lejos vio gente que se asomaba a las ventanas y salía a la calle mirando en derredor como cosmonautas recién aterrizados en un mundo nuevo, hostil y de atm6sfera distinta. Se movían despacio, observando la destrucci6n a su alrededor y convenciéndose de que en efecto aquello había pasado. Como afectados por una resaca comunitaria, se miraban encogiéndose de hombros y compartiendo los gestos de la desolaci6n que Martin conocía tan bien. Hizo caso omiso de un par de llamadas, peticiones de ayuda, de los pocos que empezaban a salir del *shock* inicial.

—¡Eh, amigo!, ¿puedes venir a ayudarnos aquí?

Inclinó la cabeza hacia delante fingiendo no haber oído nada.

Caminó sorteando escombros, colchones, mobiliario, muros derruidos, árboles abatidos. En un par de ocasiones tuvo que desviarse hasta dos calles para evitar el tendido eléctrico caído, porque aunque las noticias que llegaban por radio eran que no había luz en gran parte de la ciudad, al pasar cerca de algunos tendidos derribados pudo escuchar el zumbido de la fuerza eléctrica y el chisporroteo en los lugares donde los cables tocaban el suelo. Le llevó más de una hora llegar hasta su objetivo.

La construcción se elevaba sobre una sólida base de cemento, lo que quizá había convencido a sus propietarios para quedarse en la casa durante la tormenta. Se accedía a la vivienda por unas escaleras laterales que comunicaban por la pasarela exterior que formaba un estrecho balcón. Subió hasta el octavo escalón y se sentó para sacar el agua de sus botas mientras observaba disgustado la mancha densa y renegrida que teñía sus pantalones casi hasta la cintura. Consternado miró hacia el final de la calle. Sobre la superficie quieta del agua se dibujaba una estela móvil donde la corriente se movía. Aquello no tenía sentido, pero el agua estaba subiendo, aunque lo lógico habría sido que allí hubiera bajado ya. Sacó un pañuelo y trató infructuosamente de quitar el tizne que calaba el tejido hasta dentro pegándosele a la piel con textura mucosa. Solo consiguió arruinar la blancura del pañuelo; volvió a doblarlo con cuidado y lo colocó en el bolsillo trasero de su pantalón. Por encima de la incomodidad, aquella suciedad le disgustaba. Era un hombre pulcro; puede que su trabajo estuviese ligado a la destrucción, pero Martín sabía que, en aquel momento de caos, de grosera pérdida en el que todo alrededor resultaba sucio y astroso, su aspecto limpio se traducía en esmerado cuidado hacia ellos, en minucioso juicio, en solicitud y atención que calmaba el histerismo inicial, rindiéndose a su influencia sin recelo alguno.

Accionó el timbre solo para comprobar que no había electricidad en la vivienda. El botón volvió a su posición inicial con un ligero siseo. Nada más. Martín dejó salir el aire despacio como un actor que se prepara para irrumpir en escena. Llamó con los nudillos a la puerta, y del interior le llegó un eco audible. Casi a la vez, los murmullos, las voces ahogadas, la angustia contenida en aquellas gargantas, una nota de esperanza y de miedo. Escuchó las llamadas a la calma, la petición de silencio de alguien que chistaba. Martín casi pudo verlo poniendo dos dedos sobre los labios. Cuando abrieron, la

puerta se trabó un poco encajándose en el suelo mientras por la abertura asomaba el cañón de un arma. Valiéndose de una técnica sacada del manual del perfecto vendedor, que en los años cincuenta recorría el país entero aprovisionando a las señoras de aspiradoras y baterías de cocina, retrocedió un paso en el mismo momento en que se abrió la puerta. Sin moverse más que lo imprescindible, percibió la mirada desconfiada del hombre clavada en su rostro. Sonrió sin exagerar y llevó su dedo índice hasta la identificación sobre su camisa impoluta, dirigiendo allí la atención del hombre, mientras preguntaba:

—¿Familia Sabine?

Esperó los tres segundos de manual antes de escuchar la exclamación aliviada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias a Dios! ¡Qué pronto han venido!

Martin no se movió de su sitio mientras el hombre luchaba con la puerta trabada en el suelo tratando de dejar un paso suficiente para franquearle la entrada y permitirle ver que parte de la pared trasera y del techo habían salido por los aires, dejando que la lluvia entrase en la casa. El suelo de madera empapado comenzaba a hincharse, los tablones se levantaban en caprichosas ondas que conferían a la estancia un halo de espejismo.

—¿Están todos bien? —preguntó Martin de verdad interesado.

—Gracias a Dios todos estamos bien, solo magulladuras y heridas leves; creo que Jana tiene la muñeca rota —dijo señalando hacia una adolescente que, sentada en el suelo, se abrigaba con una colcha como si tuviera frío—. Pero la casa, la casa está destrozada... —trataba de explicar mientras apartaba a puntapiés objetos caídos, hojas y ramas del exterior, astillas y cristales que habían sido sus enseres. Miró a Martin, que seguía inmóvil en la pasarela exterior y que, ante su gesto interrogante, lanzó una breve mirada al revólver que todavía colgaba olvidado en su mano.

»Oh, por supuesto. ¡Perdóneme! —dijo mirando en torno suyo mientras buscaba una superficie sobre la que abandonarlo. Halló una mesita que aparecía cubierta de escombros, apartó las astillas de un manotazo y dejó allí su arma. Martin entró en la casa. Serio, confiado, y miró uno a uno a todos los miembros de la familia que como llamados por una señal divina se hallaban allí congregados. Con la puntera de sus botas apartó los cascotes lo suficiente como para poder posar su maletín. Se inclinó para dejarlo y en el mismo gesto rescató el arma de donde el hombre la había dejado.

—Este es el Smith and Wesson que compró en el año 2000; no tiene más armas en la casa, ¿verdad?

—No —respondió el hombre, y quizá en su voz hubo una nota de intranquilidad.

Martin sonrió.

Dependencia

Central de emergencias de Marina Tower, Nueva Orleans

Dupree subió de dos en dos las escaleras interiores de los dos pisos, entre el despacho del jefe de bomberos y la central de emergencias del 911.

En su mente retumbaban las palabras de Michael Verdon que le ofrecían, como un privilegio, la ocultación de información. Insensible hasta el punto de no entender que, para Dupree, ocultar los hechos a alguien solo habría supuesto la aceptación de la traición que le vendían como eficacia. Se dirigió a la sala de juntas que habían estado usando como cuartel general; la encontró desierta, seguro que los hallaría en la central de emergencias.

Amaia se sentaba junto al coordinador y su ayudante, tenía unos auriculares puestos y escuchaba con atención mientras iba leyendo la clasificación de las llamadas de emergencia en la pantalla del ordenador.

Dupree entró en la sala y tuvo que avanzar hasta donde estaba y tocar con su dedo por encima de la pantalla para llamar su atención.

—Salazar, acompáñeme —dijo mientras desandaba sus pasos hacia la puerta de vaivén.

Dupree entró en la sala de juntas, se dirigió a la ventana y comenzó a arrancar el papel, que se rompió en largas tiras que se rasgaron casi hasta el techo. Amaia entró tras él, cerró la puerta y durante unos segundos se dedicó a observar cómo el agente despejaba las ventanas. Cuando se volvió a mirarla estaba muy serio, casi se diría que enfadado.

—Salazar, creo que debería sentarse.

Ella permaneció inmóvil mirándole. Quizá para animarla, él se acercó a la mesa, separó dos sillas y se sentó en una haciéndole un gesto hacia la otra. Amaia se situó frente a él.

—Vengo de la sala de emergencias; no hace falta que diga que el paso del huracán ha sido mucho más destructivo de lo que habíamos previsto inicialmente. La mayor parte de la ciudad está sin suministro eléctrico y sin agua, y aunque el centro del huracán ha pasado al este de la ciudad evitando la devastación total, sabemos que en las zonas costeras el agua alcanza seis metros. Han comenzado a volar los helicópteros de los guardacostas, y el aspecto que la ciudad ofrece desde arriba es desolador, y desolador no es un adjetivo que ellos usen con facilidad. El Barrio Francés ha resultado indemne, pero otras partes están arrasadas. El West End está inundado y las primeras informaciones hablan de cables de tensión caídos y personas refugiadas en lo alto de los puentes. La Operación Jaula tal y como la teníamos planteada va a complicarse bastante. Necesito a todo el equipo al cien por cien... —Hizo una pausa bajando la mirada al suelo durante un segundo—. Salazar, me han comunicado desde Washington que su tía llamó desde Navarra. Siento tener que darle esta noticia: su padre falleció la pasada madrugada.

Amaia aspiró profundo, necesitaba todo el aire de la habitación, necesitaba todo el aire del mundo. Dupree abandonó su lugar frente a ella y se desplazó de nuevo hacia la ventana, ya despejada, manipulando los cerrojos hasta conseguir abrirla. La hoja, que era un largo y estrecho corte en la fachada que casi llegaba hasta el techo, se abrió llevando consigo restos de cinta adhesiva, que crujieron al arrancarse del marco.

El aire entró húmedo y salobre, como si el mar estuviese a las puertas, y la corriente arrastró todas las fotografías que había sobre la mesa arrojándolas al suelo vueltas del revés. Amaia se quedó mirándolas, como si incluso así fuese capaz de captar el horror que guardaban.

Durante unos segundos, Dupree estudió su gesto, fascinado, y cruzó la sala hacia la puerta.

—Voy a esperar con el resto de la unidad en la sala de emergencias. Si todo sucede como esperamos, la llamada tiene que estar a punto de entrar. Si decide no acompañarnos, trataré de buscarle un transporte hasta la base naval de Lakefront, las últimas noticias que tengo es que los marines están fletando sus aviones para evacuar al personal del FBI que había quedado en la ciudad. En cuanto llegue a un aeropuerto seguro, tendrá a su disposición un billete para que pueda regresar a casa.

Amaia distinguió su presencia, pasando a su lado, y cómo se detenía un instante y extendía su mano, casi a punto de tocarla, arrepintiéndose en el

último segundo. Lo oyó salir cerrando la puerta a su espalda. Se inclinó y recogió una de aquellas fotos, la que había ido a parar más cerca de sus pies. La contempló durante unos segundos, la dobló por la mitad y de nuevo en dos, y la guardó entre su ropa.

Padrenuestro

Elizondo

Amaia aspiró el untuoso aroma de la mantequilla derretida. Le gustaba más que el del azúcar quemado, que en un descuido se tornaba acre como un incendio, y se pegaba a la ropa y a los cabellos sin que nada pudiera hacerlo desaparecer; o el de la harina, engañosamente mansa, con su olor crudo y primigenio, pero tan asfixiante como la tierra de una tumba. Miró a su padre, que amasaba las pesadas placas de hojaldre, y sintió cómo se le aceleraba el corazón. En la radio, que siempre tenía encendida mientras trabajaba, sonaba un vals de Strauss. Él sonrió al verla y la niña trató de devolverle el gesto, pero no pudo. Se limitó a mirarlo con sus ojos grandes y tristes mientras pensaba cómo abordarlo. ¿Cómo se le cuenta a alguien a quien amas algo que le hará sufrir? Mientras intentaba convocar las palabras observó su espalda; el pelo corto en la nuca, los brazos tensos por el esfuerzo de amasar. Y como si mirase desde arriba, vio a una niña de nueve años, detenida tras él, reuniendo palabras que una pequeña debería desconocer. Le quería tanto, tanto... Escuchó la música, la impetuosa aceleración del vals, imperial, elegante y tan incongruente para hablar del miedo. Apretó los labios, en un gesto de contención que brotaba desde dentro, y supo que no se lo diría, porque si lo hacía, él dejaría de sonreír, apagaría la radio y el vals se perdería en las ondas, sustituido por el crepitar de los hornos y el goteo del grifo, que no cerraba bien, al golpear sobre el pilón de acero. Decidirlo no fue gratuito, un profundo dolor le comprimió el pecho obligándola a cerrar los ojos para dejar de verlo. Los párpados arrastraron una lágrima que, silenciosa y pesada, descendió rápida por su rostro justo en el instante en que su padre se volvía sonriendo hacia ella.

—¿Me concede este baile, princesa?

La sonrisa se esfumó de su rostro mientras se arrodillaba frente a ella y tocaba incrédulo el surco brillante que el llanto había dejado en la carita de su hija.

—¿Qué te pasa, mi amor?

Amaia siguió apretando los labios mientras lo miraba debatiéndose atormentada contra el hado de la fatalidad. Le echó los brazos al cuello y se apretó contra él para no tener que verle.

Juan la abrazó afligido.

—¿Amaia? —dijo preocupado. La levantó del suelo y la sentó en una mesa de acero que la dejó a su altura. Se soltó de su abrazo para apagar la radio, después tomó sus manos y las besó mientras le decía—: Dime qué te pasa, cariño.

El vals ya se había perdido. Escuchó los chasquidos que salían de los hornos, el goteo constante de aquel grifo sobre el acero del profundo pilón. La sensación fue tan intensa que casi la mareó con la certeza de lo inevitable.

Sus labios se abrieron para dejar salir las palabras del horror.

—*Aita* —llegó a decir mientras el llanto rompía su voz—. Me asusta... me da mucho miedo. Por las noches, mientras tú duermes, viene a mi cama. — La desesperación sustituyó al miedo mientras abría más los ojos—. ¡Quiere comerme, *aita*! Quiere comerme y, si no haces algo, una noche me comerá...

Juan apartó la mirada de los ojos suplicantes de su hija para fijarla en un punto en el vacío. En su mente oye de nuevo el roce de la ropa de cama. El leve crujido de la madera bajo el escaso peso de su esposa, que cruza la habitación a oscuras. Juan se incorpora sobre su lado derecho girándose hacia la puerta, abre los ojos a la oscuridad, como si eso le permitiera oír mejor. La habitación de las niñas está frente a la de ellos. Rosario apenas debe recorrer dos metros desde una puerta hasta la otra. Percibe su movimiento, en ocasiones, hasta el leve murmullo de sus palabras, que no consigue (no quiere) entender. Nunca tarda más de un minuto, un minuto en el que él espera alerta, con la respiración contenida mientras ruega que ese minuto no llegue a prolongarse. Advierte su regreso. Juan se recuesta con cuidado de no hacer ruido y finge dormir. Ella se tiende a su lado, y él, aun sin tocarla, percibe en ella el frío de la casa prendido en el cuerpo y el latido desbocado de su corazón. Ya ha pasado, no volverá a levantarse esta noche. Pero él no se duerme hasta que está seguro de que ella lo ha hecho.

Juan soltó las manos de su hija, solo un instante. Para encender de nuevo

la radio. Un piano melancólico había sustituido al vals.

—Muchos niños tienen pesadillas, es normal a tu edad, tienes mucha imaginación, y lees mucho; eso hace que la imaginación se dispare. No te preocupes, son solo sueños. No pueden hacerte daño.

Ella replicó incrédula:

—Pero, *aita*...

—Lo has soñado, Amaia. Los sueños no son reales aunque lo parezcan, solo son pesadillas y están en tu imaginación. —La bajó al suelo. La niña lloraba, ahora rota de llanto, hipando profundamente, pero con los ojos cerrados. Juan estuvo seguro de que lo hacía así para no tener que verle. Él volvió de nuevo la vista hacia aquel punto en la pared, y esta vez fue por vergüenza. Arrepentido, pero sin poder mirarla, se inclinó sobre su hija y la besó en la cabeza mientras le decía—: Pero si alguna vez la pesadilla te da mucho miedo, llámame. —Se dio la vuelta hacia su mesa.

Amaia siguió llorando mucho rato, sin abrir los ojos. Cuando lo hizo, su padre había reemprendido la faena, y las notas de un nuevo vals flotaban en el aire mezcladas con el dulce aroma de los pasteles. Amasaba el hojaldre vuelto de espaldas, aunque se diría que la mitad de la fuerza, del ímpetu habitual en esa labor, se había esfumado. Amaia recogió su cartera escolar y se dirigió a la puerta arrastrando los pies, concediéndole tiempo para detenerla, para llamarla otra vez a su lado. Pero la llamada no llegó nunca. Se giró para mirarlo por última vez desde la puerta, como una condenada a muerte esperando la llamada del gobernador, y, en ese instante, la puerta del obrador y aquella sala de juntas del parque de bomberos Marina Tower, al otro lado del mundo, fueron el mismo lugar. La niña que no podía contener su llanto y la mujer que no podía llorar se volvieron a la vez para mirar a su padre.

—*Agur, aita* —dijo ella.

—*Agur, maitia* —respondió él desde el fondo del obrador.

Nueva Orleans

Amaia entró en la sala del 911 en el instante en que Charbou alzaba la mano reclamando la atención de todos.

—Disparos repetidos en la calle Maine, en Jefferson; parece un domicilio familiar. La mujer que ha llamado habla de cinco o seis detonaciones bastante seguidas.

—Tenemos varias familias registradas en la zona —dijo Johnson, extendiendo un mapa y señalando la casa.

—Hay un problema —interrumpió Bull—. De momento no sabemos a qué se debe, pero desde hace media hora todas las llamadas coinciden en que el agua está subiendo, incluso en lugares que no se habían inundado o donde el agua había comenzado a bajar, y sube rápidamente. Algunos dicen que se ha roto el dique de la calle 17, son noticias sin confirmar, pero una de las últimas llamadas hablaba de agua hasta la cintura en la calle Poydras.

—Bueno —dijo Amaia—, la parroquia de Jefferson ya estaba inundada, no pensarían volver a casa con los pantalones secos, ¿verdad? ¿A qué esperamos?

Dupree la miró calibrando su fortaleza. Se dirigió a la puerta mientras daba órdenes para que comprobaran el equipo, las provisiones, baterías, linternas... y revisaba el plan. Al pasar por su lado inclinó la cabeza en un leve asentimiento que abrigaba más respeto que nada de lo que hubiera podido decir.

—¿Quiere que trate de enviar algún mensaje de respuesta a Navarra?

—No. Mi tía ya lo sabe. Pero...

—¿Sí?

—¿Podrían hacer llegar un mensaje a la inspectora Gertha Schneider? Es una policía alemana que formaba parte del grupo de Europol. Díganle que el carácter montañés aguanta. Ella lo entenderá.

SEGUNDA PARTE

Lo que la oruga llama fin el resto del mundo lo llama mariposa.

LAO TSE

El lunes 29 de agosto de 2005, después del mediodía, el huracán Katrina se dirigió al interior de Estados Unidos perdiendo su fuerza. Devastó la costa, pero finalmente pasó justo al este de Nueva Orleans, evitando así su destrucción total.

Esta es la historia de lo que ocurrió después.

Después de la tormenta

Nueva Orleans, Luisiana
Lunes, 29 de agosto de 2005

Salir del parque de bomberos tuvo en ellos el mismo impacto que aterrizar en otro planeta. Quedaron, de pronto, eclipsadas las angustiosas llamadas recibidas en emergencias, las borrosas imágenes de las cámaras de tráfico, los partes meteorológicos, el relato de los patrulleros o las noticias que habían ido llegando a través de los propios afectados. Porque lo cierto es que nada que otro ser humano pudiera transmitirles desde su horror, o su desesperación, podría haberlos preparado para lo que había fuera.

Observando desde un lateral de la lancha, Dupree estudió los rostros de su tripulación. Al partir de la base habría apostado a que su preocupación se centraría en Amaia. Era consciente del riesgo que corría al permitir que una agente en su estado anímico los acompañara. Sin la menor duda, cuando Wilson y Verdon le autorizaron a usar la información como más conviniese a la investigación, se referían a retenerla, no a salir tras un asesino y en un territorio complejo con una agente en duelo. Pero algo le decía que ella funcionaba bien así. Junto a aquella casa sin tejado y mientras la empaquetaba de vuelta a Quantico, ella le había preguntado: «¿Por qué yo?». Se había desembarazado aludiendo a la importancia de la investigación de los individuos como herramientas, a los investigadores como parte del engranaje, simplemente algo necesario para conseguir su función. Le mintió. Amaia era una rastreadora. Uno de esos seres dotados de modo natural de la capacidad para discernir el rastro del mal. Un dudoso privilegio, seguro, adquirido en una visita al averno personal. Era tan temperamental y petulante como cualquier policía que se ha convertido en estrella antes de los veinticinco años; y a la vez tan templada y disociada del dolor que le obligaba a

plantearse si era el mecanismo de defensa que solía ser en los demás, o si ni siquiera sabía de dónde provenía su don. La segunda opción la convertiría en alguien extraordinario. Una rara criatura a la que, si todo iba hacia donde esperaban, pronto pondrían a prueba.

Sin embargo, los que le preocupaban ahora eran los de Nueva Orleans.

Amaia y Johnson apenas habían intercambiado cuatro palabras a media voz durante todo el trayecto. Sin duda estaban afectados, pero sobre todo contenidos ante las reacciones de Bull y Charbou, como si comprendiesen que toda su estupefacción empequeñecía en comparación con lo que tenían que estar sintiendo ellos al ver destruida su ciudad. Los de Nueva Orleans habían abandonado las exclamaciones de los primeros minutos. Renunciaron al todoterreno en la Interestatal 10 para continuar en la zódiac. La magnitud de la destrucción era tan sobrecogedora que pronto se sumieron en un mutismo traumático que presentaba todos los síntomas del *shock*: el balbuceo de palabras que se ahogaban sin llegar a ser moduladas, el rápido movimiento ocular que iba de un lugar a otro sin destino final, la palidez, la economía de movimientos.

El número 428 de la calle Maine era el único edificio de dos plantas a la vista. Seguramente no había tenido mucho mejor aspecto antes de la tormenta. Pero, por suerte, las viviendas habitadas se elevaban sobre el segundo piso, como si la idea inicial del constructor hubiera sido dedicar toda la planta baja a locales comerciales y, a última hora, los hubiese cegado cerrándolos con muros de hormigón. Se accedía a los pisos por una pasarela exterior que los conectaba y adonde daban las puertas de las viviendas. Cuando superaron el cruce entre la carretera 90 y el inicio de la calle, detuvieron la embarcación para que el ruido del motor no supusiese una alarma; confiaban en que el impulso de la lancha los llevara hasta su destino. De inmediato la zódiac comenzó a retroceder empujada por la corriente en dirección norte. Se miraron asombrados mientras usaban los remos para acercarse al edificio. El agua llegaba a la altura de la cubierta de la mayoría de las casas de la calle y ocultaba las más bajas, de las que solo era visible la entrega de los tejados. La corriente procedía de River Road; el agua embarrada del río era dueña del camino al que daba nombre, revolviéndose en pequeños remolinos en el lugar donde la calle confluía con el paseo del río. Fue imposible no repasar la lista de familias que se barajaban como posibles resistentes en aquella parroquia

sin pensar en su suerte, y en aquel lodo marrón procedente del río que entonces aún conservaba su aroma mineral y que llegaría a apestar según fuera subiendo la temperatura.

Pero al parar el motor fueron, sobre todo, conscientes del silencio, o más bien del nuevo orden del sonido, del modo en que las ondas se desplazaban sobre el agua, de la manera en que habían perdido referencias visuales, pero también auditivas. Durante el trayecto habían levantado la cabeza, alertados por el inminente paso de los helicópteros de los guardacostas que sobrevolaban la ciudad en todas direcciones. Y nada más. Si se prestaba atención, se alcanzaba a escuchar un rumor lejano, como el que es perceptible desde una colina a las afueras de una gran urbe. Un rumor que indica que hay vida en lontananza, pero un rumor al cabo, tan leve que un susurro, un chapoteo en el agua o el motor de la zódiac lo hacían desaparecer, como si solo hubiera sido un eco, un espejismo o un recuerdo de lo que el mundo fue.

Amarraron la zódiac a la baranda de la escalera que aparecía peligrosamente inclinada hacia el exterior, y cuya base había desaparecido bajo el agua, como en un embarcadero. Amaia calculó que al menos diez peldaños estaban sumergidos en el agua.

Protegidos por los chalecos antibalas siguieron a Bill y a Bull, que impelidos por una energía nueva, y olvidado cualquier miramiento, se precipitaron escaleras arriba mientras señalaban a la izquierda de la pasarela, en la que faltaban tramos de barandilla, hacia la dirección buscada. Pasaron ante dos puertas en las que alguien había dibujado con un espray de color naranja, idéntico al que ellos mismos portaban en sus mochilas, dos grandes equis obedeciendo al sistema de marcación de rescate y búsqueda urbana establecido por la Agencia Federal para el Control de Emergencias (Fema).

Bill y Bull alcanzaron la entrada del apartamento y se posicionaron uno a cada lado de la puerta; inmediatamente, se volvieron hacia Dupree, interrogativos. La puerta presentaba la misma equis pintada en naranja. Aquella casa había sido revisada. Los cuatro ángulos de la equis debían señalar, en la parte de arriba, el día en que el grupo había efectuado el rescate y la hora en que habían abandonado el lugar; a la derecha, el estado de la estructura; en la parte de abajo, el número de vivos o muertos hallados en el interior; y, a la izquierda, la identificación del grupo que había realizado el rescate.

—No había nadie en el interior de la casa. La estructura está dañada,

recomiendan no entrar —susurró Bull.

Charbou señaló con su pistola la fecha y la hora en la parte superior del aspa. 8/29-12:30 p. m., mientras hacía un gesto hacia su propio reloj. Dupree comprobó la hora entendiendo enseguida lo que había advertido Charbou.



Era casi imposible que no se hubieran cruzado con aquel equipo, o que no siguieran revisando las otras viviendas de la calle. Retrocedió por el corredor y observó las equis en las puertas que habían rebasado; la información estaba incompleta, pero fue Johnson el que liquidó en un susurro:

—La 3-505 PIR es la infantería de paracaidistas 62 división aerotransportada; no dudo que vengan, pero no han tenido tiempo de llegar.

Dupree regresó a su lugar junto a Bull e indicó a Charbou que observase la siguiente puerta del corredor. Este se volvió hacia ellos vocalizando en silencio la negativa mientras la acompañaba de un gesto raso con la mano.

Dupree asintió. El compositor había cubierto su camino de huida, garantizándose que nadie le importunara, pero no se había tomado la molestia en ir un poco más allá.

Dupree indicó que procedieran, mientras con una seña les advertía de que el asesino aún podía estar dentro.

Charbou aporreó la puerta.

—¡Policía de Nueva Orleans, abran! —gritó mientras aguardaba junto a la pared.

Escucharon con atención. Nada.

Esta vez fue Bull quien gritó.

—¡Policía de Nueva Orleans, apártense de la puerta, vamos a entrar!

Pero no lo hicieron. Charbou disparó a la cerradura y retrocedió de nuevo mientras el soporte metálico saltaba girándose sobre uno de los tornillos hasta dar casi la vuelta y haciendo volar esquirlas de madera. El aire se llenó de olor a pólvora y a pino quemado, mientras el eco del disparo se desplazaba lejos sobre las aguas. La puerta se abrió despacio poco más de un palmo, hasta quedar trabada en el suelo.

Bull de nuevo:

—Les habla la policía, apártense de la puerta; vamos a disparar.

Tampoco lo hicieron. Bull lanzó su hombro contra la endeble estructura, que cedió hasta trabarse de nuevo más adentro y sin abrirse del todo; se agachó cubriendo a su compañero, lo que permitió que Bill saltase por encima hasta caer de rodillas, mientras apuntaba a cualquiera que pudiera haber en el interior.

El aroma picante de la pólvora y el otro más primario de madera quemada se vieron sustituidos de inmediato por el de la muerte reciente. La calidez ferrosa de la sangre vertida, el aliento suspendido sobre las bocas de los muertos, las salobres gotas de sudor y lágrimas que se secan sobre la piel dejando característicos cercos blancos, la orina y las heces del miedo atroz a la muerte violenta.

A los de Nueva Orleans les llevó apenas unos segundos constatar que no había nadie más en la pequeña vivienda. Entonces entraron.

La pared trasera del salón había desaparecido en buena parte y desde la puerta de la calle abierta podía verse el solar de la calle trasera en el que el cartel de SUMINISTROS JEFFERSON aparecía derribado y trabado entre los postes que lo habían sostenido. Del agua sobresalían los colores amarillo y negro de la maquinaria más grande, expuesta y arruinada.

Los muebles de la estancia estaban amontonados en un rincón. Pudo hacerlo la familia para tratar de cubrir el boquete en la pared trasera, pero Dupree apostó por el propio compositor; la casa era muy pequeña y los muebles habrían obstaculizado su puesta en escena, necesitaba espacio suficiente para tender en el suelo a sus víctimas. La familia aparecía posicionada en paralelo a la entrada con sus cabezas apuntando al lago Pontchartrain, y sus pies al Misisipi, aunque ahora el lago y el río estaban por todas partes.

Amaia se quedó detenida allí de pie, y por un segundo volvió a ser una niña descalza, con los pies fríos sobre el mármol de un salón de baile. Bajó la

mirada hasta sus botas, para cerciorarse de que no pisaba un reguero de sangre negra, y en su mente escuchó con claridad el ominoso tañer de las campanas. La casa era tan pequeña que en dos pasos ya había llegado hasta el cadáver más cercano a la puerta. Un niño pequeño, menudo, delgado. Estaba segura de que tendría once o doce años, así lo elegía el compositor, pero habría pasado por diez. Llevaba una camiseta de los Saints negra y dorada y había llorado mucho, el rostro aún se veía húmedo de mocos y lágrimas, y los ojos, que no habían llegado a cerrarse, estaban tan enrojecidos en los párpados que parecían pintados.

«Un niño no mucho mayor que yo misma.» Cerró un segundo los ojos, apretándolos con fuerza, para intentar borrar de su mente aquel pensamiento absurdo. Pero al abrirlos y descender la mirada de nuevo sobre el cadáver, vio que, desde la coronilla levantada por el disparo, había resbalado la sangre formando un charquito que se extendía hacia sus pies. Se agachó junto al cuerpo y durante unos segundos lo observó de cerca. Convenciéndose de que no quedaba en él rastro de vida y consciente, de una manera primitiva, casi animal, de que estaba asistiendo a lo que los creyentes en el alma llaman el descarnamiento.

El olor era tan intenso que el mismo Johnson no pudo resistirse a comprobar el pulso de cada uno. Retrocedió hasta colocarse a sus pies y negó contrariado.

—Hemos tenido que cruzárnoslo, no solo no hay rastro de rígor mortis, sino que aún están calientes.

Mientras Bill y Bull inspeccionaban el resto del edificio, Dupree dejó que Johnson disparara la primera ráfaga de fotos antes de empezar a apartar los objetos que los cubrían, en su mayoría, el contenido de una alacena, incluida una antigua vajilla. Recogieron muestras de sangre, que sabían que no podrían mandar a analizar hasta que todo aquello hubiera pasado. Aun así las etiquetaron y guardaron debidamente. Sobre sus cabezas Johnson localizó el violín. A pesar de los esfuerzos del compositor por mimetizarlo entre la destrucción, relucía con un brillo de ataúd que a Dupree le resultó siniestro y le produjo un enfado inexplicable que dominó según surgía, apretando la boca en aquel gesto tan suyo. Desde el exterior les llegaron las voces de Bull y Charbou, que aporreaban puertas mientras gritaban a los moradores que abrieran. En medio del delirio del asesino, sus voces aportaron la necesaria porción de realidad.

Sin duda aquella era la vivienda más humilde que había visitado el compositor. Recordó la previsión de Bill y Bull la mañana anterior en la comisaría del Distrito 8 cuando habían especulado sobre el tipo de familias que se quedarían a pasar la tormenta. El pequeño salón, al que se accedía directamente desde la entrada, ocupaba todo el ancho de la casa, y desde allí se iba, a través de las puertas, a un dormitorio, destinado a los padres, y a la cocina. No había luz y todas las ventanas estaban cegadas con tableros clavados desde dentro. Por otra puerta, se accedía a un estrecho pasillo con un exiguo baño y otros dos minúsculos dormitorios, uno para los chicos y el otro compartido por la chica y la abuela. Una de las paredes, repleta de pósteres de grupos musicales; en la otra, apenas una balda que sostenía un breviario y una cruz sobre una base de madera. Amaia recorrió las pequeñas estancias, que aún lo parecían más debido al tamaño de los muebles, que casi las ocupaban por completo. Barrió las superficies con el haz de su linterna. Dadas las circunstancias, se veían bastante ordenadas. En la cocina, una gran mesa contra la pared guardaba en su parte trasera dos sillas, las otras estaban encajadas debajo y alrededor. Amaia imaginó que la movían al centro de la estancia a la hora de comer. No había nada en el fregadero, excepto las salpicaduras de barro producidas al abrir el grifo. Revisó el frigorífico, que todavía conservaba una buena temperatura. Había bastante comida, y todo se veía organizado y bien envuelto. La puerta del baño estaba descolgada, el dintel medio arrancado por la presión del viento. La bañera aparecía llena hasta arriba de agua razonablemente limpia, quizá una previsión de la familia, que también había dejado un cubito de plástico como los que los niños llevan a la playa. Un solo bote de gel y otro de champú, el mismo para todos, continuaban en su sitio en una esquina de la bañera. Pero la maltrecha ventana situada sobre ella no había resistido la tormenta; se había desgajado hacia dentro y arrojado sobre el contenido de la bañera serrín y polvo negro de carcoma. Levantó la tapa del retrete y el olor de la orina fue evidente. Bajó la tapa y el haz de la linterna iluminó un objeto, que a primera vista le pareció de cristal, oculto tras el váter. Se inclinó para recogerlo y se cercioró de que solo era el envoltorio plástico de un vendaje hidrófilo. Al salir del baño notó un fuerte tirón a la altura de la pantorrilla. Un clavo del marco de la puerta asomaba cinco centímetros entre la madera desgajada. Se agachó para comprobar los desperfectos y vio sorprendida que tan solo se había rasgado la tela de su pantalón de campaña. Dirigió de nuevo el haz de su linterna hacia el

clavo y entonces supo por qué había esperado ver una herida. En el clavo había sangre. Y no solo en el clavo; al observar de cerca el suelo de oscura madera le pareció percibir que en algunos lugares estaba mate. Regresó al salón donde Johnson y Dupree seguían agachados junto a los cuerpos.

—¿Alguno de los miembros de la familia está herido? Lo más probable es que sea en una pierna, por encima del tobillo, o puede que hasta en la pantorrilla. Se trataría de un corte profundo que sangró bastante y requirió un vendaje.

Apartaron algunos objetos y levantaron las perneras de los pantalones. En las mujeres era evidente que no, todas llevaban vestidos de verano.

La miraron negando y ella explicó:

—La tormenta reventó la ventana del baño y a su vez la puerta. La fuerza del viento ha arrancado por completo el marco, y un clavo ha quedado por fuera asomando más de cinco centímetros. Alguien se cortó con él, alguien que usó un vendaje y que se tomó la molestia de limpiar las manchas de sangre del suelo —les dijo mientras los guiaba hacia el pequeño pasillo que conducía a los dormitorios y al baño.

Johnson frotó la sangre seca con un bastoncillo que protegió enseguida mientras miraba a Amaia determinado.

—¿Se da cuenta de la importancia de esto?

Amaia lo pensó, no estaba tan segura como Johnson.

—No sé...

—Pero ¿qué está diciendo? Es el ADN del asesino.

—Sí —admitió—. Probablemente, pero ha empezado a hacer cosas raras y eso me da que pensar.

—Cosas raras... ¿cómo? —quiso saber Johnson.

—Como que le ha importado más poder llevar a cabo su puesta en escena para los cuerpos que disimular su paso por esta casa, al contrario que en las anteriores. Los muebles en el salón estaban amontonados para dejar sitio a los cadáveres. Ha hecho esa pintada del Fema en la puerta, y es la primera vez que la encontramos, a pesar de que los demás escenarios también formaban parte de grandes catástrofes.

—Ha de reconocer que nunca tan grandes como esta; además este escenario es más urbano —indicó Dupree—. El primero en el que hay vecinos tan cerca, de hecho el primero en una vivienda de estas características, todas

las anteriores eran unifamiliares. Es probable que quisiera asegurarse intimidad mientras llevaba a cabo los crímenes.

—Sí, Bull y Charbou tenían razón respecto al tipo de barrio que elegiría para llevarlos a cabo, y eso puede haberle supuesto tener que cambiar algunos aspectos... —apuntó Johnson.

Amaia asintió mientras indicaba señalando con el haz de su linterna:

—Creo que después de matarlos fue al baño. Hallé orina en el fondo del retrete, la cisterna está vacía. La familia había llenado la bañera de agua y tenían un cubito... Pero eso él no podía saberlo, creo que esa orina no pertenece a un miembro de la familia, la casa es humilde, pero incluso en medio de este caos se percibe que estaba limpia y ordenada. Creo que se cortó cuando salía del lavabo; es verdad que limpió la sangre, puede que tuviera prisa y se conformase con pasarle algo por encima, pero también puede que no le importase tanto, claro, no como para dejar goterones evidentes de sangre, pues en un pasillo a oscuras en una casa sin luz y en medio de esta catástrofe es poco probable que alguien reparase en que la madera no brillaba frente al baño.

—¿No irá a salir ahora con que quiere que le atrapemos? Si es así no lo haga, porque no creo en esa posibilidad. No solamente no quiere que le detengamos, sino que además se nos acaba de escapar por los pelos —dijo Johnson.

Amaia se fijó en que Dupree parecía sonreír un poco. Él era el más firme defensor de la teoría de que el compositor no deseaba ser atrapado, ni siquiera que supiesen que existía. Ella estaba de acuerdo, pero también era consciente de la potencia de lo que ocurría a su alrededor y de su efecto sobre todos ellos, incluido el compositor. Lo expuso.

—No, no va a dejarse coger, pero esta tormenta, esta ciudad... Ya han visto las caras de Bill y Bull mientras veníamos hacia aquí, es el Armagedón. Y si alguien normal no puede sustraerse a esta destrucción, imagínese a alguien que lo va buscando. A lo que me refiero con que quizá no le importe es a que creo que está culminando su obra. Creo que tiene que constituir para él no una señal, sino una conferencia directa con el mismísimo Dios. No quedará piedra sobre piedra... Si en los últimos días se había ido acelerando, ahora ya no va a parar: Nueva Orleans es una revelación para él. Creo que de alguna manera no le importa lo que ocurra después de esto...

Johnson volvió a concentrar su atención en la mancha del suelo.

—Aun habiendo limpiado la mayor parte, es mucha sangre. Con una herida así alguien normal buscaría un médico. ¿Cree que podríamos mandar un aviso a los hospitales?

—Se ha hecho la cura. A menos que haya tocado un vaso sanguíneo, puede ser suficiente con el vendaje oclusivo. Además ya ha visto las calles; el lodo no permite ver dónde se pisa, las heridas y los cortes en pies y piernas van a ser de lo más corrientes en las próximas horas.

—Se quedará en la ciudad —dijo Johnson.

—Estoy convencida de que siente que tiene mucho trabajo que hacer.

—Yo también lo creo —dijo Dupree—. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que él tendrá tantas dificultades como nosotros. Esperemos que algunas más. La Operación Jaula como tal es imposible: acabo de hablar por radio con el jefe de policía, están absolutamente superados; todos los controles policiales en las carreteras de salida han sido suspendidos, todos los efectivos son necesarios. El 911 está desbordado con llamadas de gente atrapada en los tejados, en las azoteas, ahogándose de calor en los desvanes sin ventanas de sus casas. Los móviles no funcionan, no hay luz ni agua, casi alcanzamos los treinta grados y todo el alcantarillado de la ciudad ha rebosado, así que caminar por el agua es caminar por la inmundicia. No hay tiendas de suministros abiertas. Solo funcionan algunos teléfonos fijos y el agua sigue subiendo. Se empieza a hablar de fugas en los diques de contención. Y eso es lo que más temen: si los diques colapsan, será una reacción en cadena, Nueva Orleans desaparecerá bajo las aguas. Todas las autoridades presentes en la ciudad se desviven en este momento procurando comunicar con Washington o con los estados vecinos para que nos envíen ayuda. —Dupree se llevó una mano al puente de la nariz y lo presionó en un pellizco en un intento de atajar un incipiente dolor de cabeza. Sonrió con amargura—. La verdad es que le he llamado por radio a la comisaría del Distrito 8 para tantear si era posible que alguien sacase los cadáveres de aquí para llevarlos al depósito. Después de oír todo lo que me ha contado no me he atrevido. Sellaremos la puerta y pondremos una cinta policial. No podemos hacer más. Y solo tenemos una visión sesgada de los daños que causó la tormenta, pero con lo que hemos visto viniendo hacia aquí podemos hacernos una idea de que en las próximas horas esto solo puede ir a peor. Pero igual que usted, yo también creo que él se quedará en la ciudad.

Amaia oyó el ruido de un motor que se acercaba y se asomó a la entrada

en el momento en que Bill y Bull regresaban de su inspección por el edificio.

—Acaba de llegar una lancha con un equipo de rescate, uno de verdad. La policía estatal. Hemos hablado con ellos. La vecina que dio la alarma por los disparos es la anciana que vive al lado. Tenía un viejo teléfono fijo. Son las únicas líneas que han resistido. No hay nadie más en el edificio; nos ha costado un buen rato convencerla de que abriera la puerta, y cuando lo ha hecho ha confesado que estaba escondida debajo de la cama, y eso que lleva dos muletas. Nos ha dicho poco más que en la llamada a emergencias: que oyó cinco o seis disparos seguidos, puede que con un intervalo de cuatro o cinco segundos entre cada uno, y, lo que es peor, también escuchó los gritos. Dice que quien fuera comprobó la cerradura de su casa y que estuvo unos segundos detenido ante su puerta, probablemente cuando realizaba la pintada para despistarnos. Pero no vio nada. No se atrevió a moverse, y eso le salvó la vida. Van a llevársela ahora, por si quieren hablar con ella antes.

Mientras Johnson emborrionaba y volvía a pintar la señal naranja del Fema con los datos correctos, Dupree se acercó a la anciana, que dos policías estatales sacaban en una camilla; estaba pálida y conmocionada. Se inclinó hacia ella para repetir las mismas preguntas que ya habían hecho Bull y Charbou. La anciana le sonrió y Dupree pensó que realmente no quería preguntarle nada. La anciana estiró el brazo y tomó su mano.

—¡Que Dios los bendiga! Ustedes son los buenos. He pasado mucho miedo, el demonio vino aquí, pero ustedes son los buenos samaritanos. ¡Los buenos samaritanos! —repitió mientras los policías la llevaban en volandas escaleras abajo.

Dupree permaneció mucho rato mirándolos mientras avanzaban con su lancha hasta el siguiente edificio, donde volvían a repetir a gritos sus llamadas; de nuevo pensó que era extraño el modo en que el sonido viajaba sobre el agua. Fue Bull el que lo sacó de su ensimismamiento alzando el *walkie-talkie* en su mano.

—Varios disparos secuenciales en el Distrito 9, dirección sin concretar, cerca de la calle North Gálvez.

—Si vamos por el barrio entre Claiborne y la Interestatal 10 estaremos en North Gálvez en un momento; si evitamos las inmediaciones del Superdome, quizá tengamos suerte.

Charbou le miró incrédulo.

—Claro, ¿y por qué no nos acercamos de paso hasta Simón Bolívar con

una zódiac cargada de blanquitos y me garantizo que les peguen un tiro en el culo?

Dupree fue a replicar, pero Bull interrumpió:

—Quedamos en que la seguridad iba de nuestra cuenta, esas eran las condiciones; atravesaremos el Mid-City y luego quizá la avenida Saint Bernard, si está transitable, que enlaza con North Gálvez. Si no se puede, probaremos a bajar por la avenida Florida, o cualquier otra opción que consideremos segura.

Johnson y Dupree se volvieron a mirar a Amaia, que ratificó:

—Mucho trabajo que hacer.

Oceanetta

Nueva Orleans, Luisiana

El cielo seguía encapotado. La persistente brisa de la mañana había cesado, y allá arriba las nubes se desplazaban lentas y oscuras. A lo lejos comenzaba a adivinarse algún claro. Cada vez hacía más calor.

El Distrito 9 se encontraba en la parte más oriental de la ciudad. Río abajo limitaba con el Misisipi por un lado y con el lago por el otro; por el suroeste, con la parroquia de Saint Bernard, y con el canal por el otro extremo. Era el más extenso de los diecisiete barrios de Nueva Orleans y ofrecía a lo lejos un aspecto desolador. El agua llegaba en la calle North Gálvez a la altura del pecho de un hombre. Vieron el techo de algunos coches que se desplazaban flotando, y, en más de una calle, tuvieron que sortear cables caídos y árboles arrancados de cuajo que iban a la deriva. Aunque no tenían la dirección concreta, desde que habían llegado a la zona se habían ido guiando por el sonido de las detonaciones. Parecía una escopeta; el sonido delataba que se efectuaban en el exterior, y el tirador dejaba pasar un par de minutos entre cada disparo.

Vieron a bastantes personas, la mayoría jóvenes y en buen estado, que los miraban desde las pasarelas superiores de los apartamentos y desde las cubiertas de las casas. En todo el trayecto habían visto gente que al divisar la zódiac hacía señales y ondeaba banderolas improvisadas con prendas de ropa desde los tejados, desde los balcones. Dupree fue testigo de cómo la rabia y la impotencia iban en aumento en los rostros de los policías mientras pasaban de largo. Reportaban por radio el aviso «Hay gente en los tejados» o «Gente pidiendo ayuda». En un par de ocasiones, Charbou había tomado el megáfono para gritarles que la ayuda estaba en camino, pero después de un rato renunció a hacerlo, consciente de que mentía; no lo sabía, no tenía modo de saberlo.

Pero al llegar al Ninth Ward, las voces habían enmudecido. Tan solo había miradas desconfiadas a sus distintivos de la policía y el FBI impresos en sus chalecos antibalas y gritos despectivos cuando ya los habían superado.

Al inicio de la calle Clovet encontraron a tres chicos negros que repartían a los vecinos atrapados lo que llevaban en su barca. Uno de ellos estaba en el agua, que teñía de oscuro su camiseta roja, haciéndola parecer de sangre. Se desplazaba desde la barca hasta las ventanas de las casas procurando mantener la mercancía seca. El que estaba en el agua sonrió al verlos, los otros los miraron recelosos.

—¡Eh! No hacemos nada malo.

—¿Qué vendéis a los vecinos? —inquirió Bill Charbou.

—¿Vender? No vendo nada, tío, lo estoy regalando. Budweiser y cigarrillos, soy el Robin Hood del gueto, tío. El Robin Hood del gueto —repitió voceando hacia la casa, desde la que dos hombres le jalearon—. La Cruz Roja no tiene nada para vosotros, hermanos, pero yo sí.

—Eres muy generoso —dijo Charbou.

El chico sonrió. De alguna manera parecía feliz y, desde luego, orgulloso.

—Si estamos esperando vuestra ayuda... —replicó desde la barca otro de los chicos.

—Oye, gilipollas, soy más negro que tú —dijo Charbou sin perder la paciencia.

El chico asintió fingiendo darle la razón con voz desganada.

—Claro, el hermano poli.

Bull se hizo con las riendas de la conversación.

—Escuchad, hemos recibido un aviso de que alguien está disparando; desde lejos hemos oído algunos disparos, pero no sabemos dónde está. ¿Lo habéis visto?

—¡No te jode! Esto es así. El agua no deja de subir en el barrio y os sopla los cojones; ahora, un viejo loco pega dos tiros desde su tejado y estáis aquí en menos que canta un gallo, y con el FBI.

—Escucha, listo, puede alcanzar a alguien por error, a Robin Hood, por ejemplo —dijo señalando al chico de la camiseta roja—. ¿Y entonces qué, a quién vais a llamar?

—¿Has dicho que está en un tejado? —interrumpió Bull.

—Es Jim Leger —dijo el chaval que había permanecido en silencio.

—¿Para qué dices nada? —le recriminó el otro.

—A mí tampoco me cae bien, está chiflado, siempre sale amenazando con su escopeta en cuanto pisas su acera. Vive cerca, por ahí —dijo señalando impreciso en dirección a la calle principal.

Charbou hizo un gesto de agradecimiento, pero antes de enfilarse hacia el cruce se volvió y preguntó:

—¿Sabéis si queda mucha gente?

El mismo chico que había contestado volvió a hacerlo:

—No lo sabemos, aquí la cosa no está tan mal, pero dicen que la parte baja del Distrito 9 ha desaparecido, que la tormenta arrancó las casas de sus cimientos; la mayoría de los que vivían allí eran ancianos, así que espero que se refugiaron en el Superdome.

La mención del estadio encogió el corazón a Dupree.

—Nadie imaginaba que algo así pudiera pasar —lamentó Charbou.

—¿Cómo que no? —contestó el otro chico—. Claro que lo imaginábamos, porque lo que ha pasado es que los blancos han abierto las compuertas.

Bull no pudo resistirse.

—Pero ¿qué estupideces estás diciendo?

—Lo que oyes: los hijos de puta del norte están secos, pero todo el centro está inundado; los blancos abrieron las compuertas para salvar sus casas a costa de nuestras vidas. Todo el mundo aquí lo está diciendo.

—Eso no es verdad —intervino Dupree—. El agua está subiendo en toda la ciudad, también en el norte; todavía no saben bien por qué.

—¿Que no lo saben? Yo sí lo sé —repitió obcecado el chico—. Está en la historia de nuestra ciudad, en cuanto el agua sube dinamitan los diques para salvar el puto Barrio Francés.

Charbou negó despidiéndose de ellos.

—Tened cuidado.

—Vosotros sí que tenéis que tener cuidado —contestó el chico en un tono que tanto podía ser una amenaza como un consejo bienintencionado.

Charbou siguió negando con la cabeza mientras miraba a Amaia y apretaba los labios. Ella le sonrió admirando su paciencia. Bull enfiló el timón hacia una calle lateral, y salieron de nuevo a la calle North Gálvez.

Charbou se puso en pie sosteniéndose contra Bull para tratar de ver algo a lo lejos. De pronto comenzó a reírse mientras señalaba a lo alto de un tejado en el que una mujer negra resistía paciente bajo una sombrilla de rayas

amarillas y blancas.

—¡Oceanetta! —llamó haciendo bocina con las manos—. *Where are you?*

Ella saludó con las manos.

—*Awrite!* —respondió ella alzando una Budweiser. El Robin Hood del gueto había estado por allí.

—Oceanetta Charbou es la tía de Bill, les hablamos de ella. A pesar de que lo intentamos, fue imposible convencerla de que abandonase la ciudad —explicó Bull.

Amaia le miró confusa, encogiéndose de hombros.

—«¿Dónde estás?»

—Imposible de explicar, es un saludo de Nueva Orleans. Y ya sé que no tiene sentido —se disculpó sonriendo.

Oceanetta Charbou no se había casado nunca y seguía viviendo en la misma casa donde habían nacido ella y sus cuatro hermanos. Era la hermana pequeña del padre de Bill, y podía tener en torno a los cincuenta y cinco años, quizá más. De constitución fibrosa, su aspecto era decidido, capaz y tan atractivo como el de su sobrino. Lanzó desde el tejado dos bolsas llenas de botellines de agua y barritas de chocolate y cereales. Luego se deslizó como por un tobogán hasta el borde del tejado y dejó que los policías la cogieran. Cuando estuvo sentada en la barca sonrió a cada uno presentándose. Estaba tan tranquila que se la veía capaz de soportar otro huracán con el mismo estoicismo.

Charbou miró hacia la sombrilla abandonada sobre el tejado.

—No sabía que hubiera una ventana en tu buhardilla.

—Y no la había, hasta ahora. ¿Has oído hablar alguna vez de la recomendación de Vic Schiro?

—Claro, soy de Nola —admitió Charbou.

—Yo no —dijo Amaia.

—Era el alcalde de Nueva Orleans cuando nos azotó Betsy en 1965... Murió ya hace unos años —explicó Dupree—. Muchos vecinos murieron ahogados atrapados en buhardillas sin salida. La recomendación de Vic Schiro

fue que todos los vecinos de Nueva Orleans guardasen un hacha en su ático — dijo inclinándose y tomando las manos de Oceanetta, en las que eran visibles gruesas ampollas causadas por el mango del hacha.

—¿Abrió el techo a hachazos? —se asombró Johnson.

Oceanetta no le contestó. Toda su atención se concentraba en Dupree.

—Usted es de Nueva Orleans y pasó el Betsy aquí. Ha dicho «cuando nos azotó». Debía de ser muy pequeño entonces —aventuró ella mirándolo a la cara de ese modo en que lo hacen algunas mujeres, adivinando tu edad, a qué familia perteneces y de quién eres hijo—. ¿Cómo se apellida?

Amaia observó divertida a la mujer. Suspica y directa, le recordó un poco a su tía Engrasi.

Charbou hizo entonces las presentaciones.

—Dupree —paladeó ella pensativa—. Es usted muy blanquito para ser de origen haitiano, no se ofenda. Hay muchos negros de origen haitiano en esta zona, conozco los apellidos.

Dupree sonrió.

—No me ofendo, pero mi familia era de linaje criollo; el apellido es de origen francés.

—Puede que sí, o puede que no, muchos esclavos modificaron sus apellidos cuando fueron libres, y Dupree se parece mucho al haitiano Dipré. De todas maneras, me suena su apellido, ya me acordaré de qué; tengo una excelente memoria.

Pero lo que podía haber sido una broma tuvo en Dupree un efecto inesperado. Tanto Amaia como Oceanetta se dieron cuenta de cómo su jefe apartaba los ojos rehuyendo mirar a la mujer. Ella se dirigió entonces a su sobrino con fingido disgusto.

—No se te habrá ocurrido venir por mí... ¿Se puede saber qué haces aquí?

—¡Oh! Uno de tus vecinos está disparando, no queremos que mate a nadie. Un chico nos ha dicho que se trata de Jim Leger.

—¡Oh, por Dios, ese viejo loco! He oído los disparos. Es un rifle semiautomático, no tiene más armas en casa y el rifle normalmente lo guarda en un armero. La tormenta debe de haberle alterado.

Amaia la miró sorprendida.

—¿Es amigo suyo?

—Bueno, es cliente, tiene conmigo todos sus seguros; llevo en la ciudad

la sucursal de una aseguradora nacional.

—¿Sabe dónde vive?

—Sí, siguiendo esta calle y doblando a la derecha en la siguiente.

Charbou la miró dubitativo.

No fue necesario seguir las señas, el estruendo de un nuevo disparo los guio hasta él. Cuando alcanzaron la calle, detuvieron el motor de la zódiac a una distancia prudencial. Jim Leger estaba apostado en un ventanuco circular del piso superior. Antes de que ninguno se decidiera a actuar, Oceanetta gritó haciendo bocina con las manos.

—¡Eh! Jim, soy Oceanetta Charbou, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo?

—¡Hola, Oceanetta! —respondió cortés—, me alegra que estés bien, estoy defendiendo mi casa, no voy a dejar que esos malnacidos me roben el fruto del trabajo de toda una vida.

Oceanetta negó poniendo los ojos en blanco.

—Pero ¿qué te van a robar, Jim? ¿Has mirado bien a tu alrededor? Lo hemos perdido todo, Jim, lo único que consigues así es asustar a la gente. Ves, la policía ha venido por ti, y te aseguro que en este momento tienen un montón de cosas que hacer; deja de hacer el tonto y baja de ahí antes de que hagas daño a alguien.

Hubieron de esperar un rato hasta que Jim salió por la ventana del segundo piso. El pelo blanco orlaba una cara arrugada por la edad, aunque aún se apreciaban buenos músculos bajo los tirantes de su camiseta. Amaia le calculó unos sesenta y cinco años. Parecía afligido con el hecho de que su acción hubiera sido suficiente como para traer a la policía.

La versión menos amistosa de Jason Bull se dirigió al hombre.

—Señor Leger, hemos recibido un aviso por disparos que están asustando a los pocos vecinos que quedan por aquí. ¿Ha estado disparando, señor?

—Bueno —titubeó—, sí, pero he disparado al aire, solo para que no se acerquen, para que sepan que estoy aquí.

—Muy bien, señor, pues deje de hacerlo. De momento no ha herido a nadie, pero podría hacerlo, no vuelva a disparar, ¿lo ha entendido bien?

El hombre asintió mirando a Oceanetta.

—Tiene suerte, como la señorita Charbou ha hablado en su favor esta vez no le denunciaremos. Pero si me entero de que vuelve a disparar, si me hace volver hasta aquí, le detendré y presentaré cargos. ¿Lo ha entendido, señor?

—Gracias, Oceanetta —murmuró con timidez mientras cabeceaba lentamente.

Ella imploró a su sobrino con la mirada.

—No podemos dejarlo aquí, ya sé que estáis trabajando: no me creo que el FBI venga hasta aquí porque un viejo loco dispara desde el tejado... solo hasta un lugar seco desde donde podamos caminar.

Él dirigió la demanda a Dupree, que asintió.

Charbou habló al hombre en la ventana:

—Oiga, prepare una bolsa con su documentación, medicinas y lo más básico, le trasladaremos junto a la señorita Charbou hasta un lugar seco.

Leger compuso un gesto triste y se dirigió únicamente a la mujer, como si entendiese que solo a ella le debía explicaciones.

—Yo me quedo, Oceanetta, no puedo dejar mi casa sola.

Ella no replicó, hizo un gesto con la mano dándolo por imposible y le preguntó:

—¿Estarás bien?

—El agua comenzará a bajar pronto, no es mi primer huracán. Tengo agua y comida, y mi casa tiene buenos cimientos, pero eso ya lo sabes.

Oceanetta se volvió hacia su sobrino.

—Vámonos, le conozco bien, ni el ejército conseguiría sacarle de ahí.

Entonces Oceanetta no podía saberlo, pero fue el ejército el que terminó sacando a Jim Leger de su casa dos semanas más tarde. Desorientado, deshidratado, famélico y aún aferrado a su rifle.

A primera hora el cielo cubierto parecía hallarse todavía bajo la influencia de la tormenta, como si de nuevo pudiera volver a ocurrir. Pero ahora el sol lo hizo parecer más real; les trajo la certeza de que el huracán había pasado, se había ido; todo aquel horror se quedaría allí brillando bajo el sol de la evidencia, fijado en la realidad.

Un quejido quedó sacó a Amaia de su ensimismamiento. Se giró hacia la trasera de la zódiac. Oceanetta Charbou lloraba con los ojos abiertos de espanto, incredulidad y rabia. Había recogido ambas manos contra su pecho y miraba desolada en derredor.

—Debiste hacernos caso, tía, debiste irte... Eres una cabezota —le riñó sin fuerzas su sobrino.

—Tenía que estar aquí para ayudar a la gente. ¿Quién iba a pensar que las cosas irían tan lejos?

—Consuélate, en las próximas semanas vas a tener mucho trabajo y muchos a los que ayudar.

—La mayoría de esta gente no tiene seguro, y, si lo tuvieron alguna vez, dejaron de pagar las mensualidades hace tiempo. La gente aquí es pobre, está en el paro o sobrevive con las pensiones de sus abuelos. Casos como el de Jim son la excepción, no sé cómo van a reconstruir sus casas.

—Imagino que para tu compañía también será un buen palo, si tienen que pagar las primas de las pólizas...

—No, claro que no —dijo secándose las lágrimas y recuperando su ímpetu—. ¿En qué mundo vives? Las aseguradoras no quiebran. Cuando ocurre una catástrofe, se espera a certificar los daños, a ver si lo califican de zona catastrófica y cuánto dinero destina a la tragedia el gobierno. Además, la mayoría de las aseguradoras forman parte de la American Insurance Association, que crearon depósitos de reserva, al que todos los asociados contribuyen con un porcentaje de cada póliza precisamente para hacer frente a situaciones como esta.

Amaia la miró interesada.

—Oceanetta, antes ha dicho algo que me ha llamado la atención, quizá pueda ayudarme...

—Claro.

—Sabía que Jim Leger tenía un arma, sabía que era un rifle y que la guardaba en un armero...

—Soy su agente de seguros, tiene conmigo varias pólizas: de vida, de hogar, de decesos para pagar su entierro...

Todos se rieron.

—No os riais, es mi producto estrella. A la gente le preocupa cada vez más dejar su entierro pagado y con los detalles decididos, la música, las flores. Las condiciones en las que está protegido el hogar, alarmas de incendios, antirrobo, rejas, puertas blindadas, número de entradas: todo cuenta a la hora de calcular el importe de riesgo, y por supuesto de la póliza. Tener un arma cuenta en los dos sentidos, suma puntos tan solo si se guarda debidamente en un armero. Mi compañía rechaza asegurar a quien no la guarde así.

Amaia echó una rápida mirada a Dupree antes de continuar:

—¿Y los agentes de seguros están obligados a preguntarlo?

—No solo a preguntarlo, sino a documentarlo con un informe y

fotografías que atestigüen la declaración.

—Así que sabe todo lo que hay en una casa...

—Si la he asegurado yo, sí.

—¿Sabe cuántas personas viven en un domicilio y qué edades tienen?

—Por supuesto. Si están cubiertas por la póliza tengo que saberlo.

—Y cosas como si han estado enfermos, o si han tenido problemas con la ley; por poner un ejemplo, daños de los niños en el colegio, a un vecino o a una propiedad privada, como un vehículo o un tractor, cosas así.

—La mayoría de los seguros del hogar incluyen una parte de responsabilidad civil. Hoy en día además hay mucha gente que los tiene, pero no tanto por sus hijos como por sus mascotas; de hecho, más para las mascotas.

Amaia miró esperanzada a Dupree, que negó no sin cierto fastidio:

—Ya comprobamos las aseguradoras. No coincidían en ningún caso. Investigamos la posibilidad de que un agente hubiera cambiado de compañía, trabajando en diversos períodos en más de una, pero no hubo ninguna coincidencia. Eran personas distintas que no se conocían entre sí, en la mayoría de los casos agentes locales, como Oceanetta, y compañías diferentes. Lo único en común es que todos tenían sus propiedades aseguradas, pero no es extraño teniendo en cuenta que vivían en zonas de riesgo y algunos de ellos ya se habían visto afectados con anterioridad por tormentas o tornados, como los Jones.

Amaia miró fijamente a Oceanetta, como si de la inteligencia de sus rasgos fuera a ser capaz de extraer el indicio que buscaba.

La mujer la miraba pensativa.

—Claro que...

—¿Sí? —la animó Amaia.

—Si esas personas de las que hablan ya se habían visto afectadas con anterioridad, por ejemplo, por un tornado, seguro que sus datos también constan en la American Insurance Association.

—Entonces, quiere decir que los seguros cubrirán la reconstrucción de toda esta zona —supuso Jason Bull.

—Probablemente los que más suerte tengan después de todo serán los desgraciados a los que el banco los obligó a contraer, junto con la hipoteca, uno de esos seguros absurdos que cubre hasta daños por la lava de un volcán,

aunque el volcán más cercano esté al otro lado del país. Y aun así, se sacarán un as de la manga para no pagar.

—En este caso está claro —dijo Johnson observando alrededor.

—No tanto —dijo ella mirándole con gravedad—. ¿De dónde viene toda esta agua? ¿Está claro que la trajo la tormenta? ¿Por qué sigue subiendo si a las once de la mañana dejó de llover?

Johnson, que había llevado la radio toda la mañana, contestó:

—En este momento los guardacostas están revisando todo el perímetro de diques desde el aire, pero la prioridad son los rescates de emergencia: personas más vulnerables, enfermos, ancianos y niños. Se tardarán horas en tener un informe fiable de lo que ha pasado; por ahora todo son suposiciones basadas en el relato de testigos, en la mayoría de los casos personas muy asustadas.

—Espero que así sea —aseveró pesarosa Oceanetta—. Porque los seguros no cubren las rupturas de los canales construidos por el hombre.

—Pero eso no puede ser, si el canal se ha roto está claro que ha sido el huracán... —replicó Johnson.

—Claro para usted, claro para mí, no tan claro para ellos. En 1965, durante el paso del huracán Betsy los diques colapsaron debido a la mala calidad de los materiales con los que habían sido construidos. La lluvia de la noche se acumuló hasta una altura de sesenta centímetros, estuvo así durante horas, y de pronto en quince minutos ascendió casi treinta centímetros, y otros treinta en los quince minutos siguientes, así hasta alcanzar esta altura, la mitad del segundo piso. Llevo desde las once de la mañana subida a mi tejado viendo pasar flotando las propiedades de mis vecinos con una fuerza y una velocidad que solo pueden estar impulsadas por una corriente de agua desde el este hacia el oeste, o lo que es lo mismo, desde la zona que linda con el canal hacia el exterior del barrio. Si el dique ha colapsado en el canal comercial, nos darán lo mismo que nos dieron entonces: buenas palabras. Nada más.

—No iré a decirme, como los chavales, que los blancos abrieron los diques para salvar el Barrio Francés.

—Los blancos responsables de esta mierda no tuvieron que venir en plena tormenta a dinamitar los diques, o a abrir las compuertas; lo dejaron preparado, como una bomba de relojería. Después del paso de Betsy,

construyeron los diques con materiales de segunda. Materiales deficientes para americanos de segunda.

Johnson replegó los labios de aquel modo que los hacía desaparecer bajo su grueso bigote. No le gustaba lo que oía, no lo creía. Y aquel era su modo de mostrar su inconformidad. Amaba a su país, era un gran país. Lo que Oceanetta insinuaba era repugnante. Estaba acostumbrado a escuchar las quejas de los detenidos; traficantes, evasores, violadores, homicidas... todos tenían su porción de reproches hacia el sistema, el gobierno, las instituciones, la policía. Se había acostumbrado a escucharlos como el que oye llover, consciente de que se trataba de un subterfugio psicológico de los cobardes para no hacer algo por su propia vida. Pero Oceanetta le gustaba, le caía bien. Una buena mujer comprometida con su barrio, inteligente y formada; no encajaba en el perfil del quejica, lloroso e infantil, que solía salir con aquel tipo de paranoia conspirativa.

—Entonces, Oceanetta —interrumpió Amaia captando de nuevo su atención—, esa entidad ha de tener acceso a la misma información que las aseguradoras...

—Se dedican a seguros, pero sobre todo a reaseguros, crean depósitos de reserva, y aunque las leyes de cada estado marcan la normativa para las aseguradoras, ellos establecen criterios generales en todo el país. La representación está repartida por cuatro zonas geográficas: noreste, sureste, medio oeste y oeste.

Amaia tomó aire profundamente mirando a Dupree y a Johnson.

—A ver, que me quede claro; entonces, cuando se contrata una nueva póliza y se asegura a alguien aquí en Nueva Orleans, su casa, su vida, a las personas que viven con él, a su perro, todos esos datos, informes y fotografías, además de a la central de su aseguradora...

—Llegan también a la American Insurance Association —afirmó con seguridad Oceanetta.

—¿De todas las aseguradoras del país?

—Sí.

Amaia dejó salir todo el aire de sus pulmones, miró alrededor de la embarcación y, a pesar de la desolación que les rodeaba, en su rostro comenzó a dibujarse el atisbo de una sonrisa que ya era plena en el brillo de sus ojos.

Gato blanco

Nueva Orleans, Luisiana

19:00 h del lunes, 29 de agosto de 2005

A las siete de la tarde, el calor acumulado durante el día y la evaporación del agua hacían el aire irrespirable. Las noticias más fiables eran las que llegaban a través del canal de los guardacostas, y aunque ninguno de los datos era oficial, todos estaban de acuerdo en que los guardacostas, por encima de la policía de Nueva Orleans, la policía del estado o el propio Fema, parecían ser los que mejor estaban gestionando la situación. Hacía poco más de una hora habían confirmado la ruptura del muro del dique de los canales de la calle 17, del de la avenida London y del Industrial navegable. Los rumores que apuntaban, a primera hora, a que la marea, al subir por el río, hubiera superado la altura del dique de la calle 17, desbordándose al otro lado y causando así el colapso, habían sido desmentidos desde el cuerpo de bomberos. La primera fractura se abrió en el lado inferior, en el extremo oeste de Nueva Orleans, hacia el interior desde el puente Old Hammond Highway. Varios capitanes de bomberos mantenían que habían presenciado cómo el muro de contención fallaba antes de que el agua llegara a la cima. La ruptura había arrancado más de cien metros de dique, dejando que el agua se adueñase del territorio como si siempre hubiese sido suyo.

En el canal Industrial las cosas pintaban incluso peor. El relato de los que lo veían desde el aire hablaba de hasta cinco hileras enteras de casas arrastradas por las aguas.

También el canal de la avenida London se abrió en dos lugares. En el lado superior, justo detrás del bulevar Robert E. Lee, y en el lado inferior, cerca del puente de la avenida Mirabeau.

Durante la noche y la primera hora de la mañana, se habían reportado avisos por fracturas en los diques en, al menos, quince lugares, y las alarmas y los rumores no habían cesado durante todo el día. Algunas de las carreteras por las que habían circulado a mediodía estaban sumergidas, y el agua seguía subiendo.

Sobre las seis y media habían conseguido transbordar a Oceanetta a una lancha de la policía del estado de Luisiana, que interceptaron a mitad de camino y que se dirigía al hospital Charity con varios heridos. En cuanto pasó a la otra embarcación comenzó a repartir las chocolatinas y el agua que llevaba en su bolsa. Su sobrino la miró negando con la cabeza, orgulloso y preocupado a la vez, sabiendo que para cuando llegase al hospital no le quedaría nada. Cuando las embarcaciones tomaron caminos distintos, ella se volvió para despedirse agitando la mano y, mientras lo hacía, recordó de qué le sonaba el apellido Dupree. Abrió la boca y los ojos sobrecogida por el espanto y alzó la voz llamando a su sobrino, que a pesar del ruido de los motores pareció oírla. Bill Charbou se volvió a mirarla una última vez y le lanzó un beso desde lejos. Oceanetta cerró la mano alzada, como si hubiera atrapado el cariño de su sobrino a través del agua, apretó el puño, aterrada, lo cubrió con la otra mano y se lo llevó al corazón; esperando que su mensaje llegase hasta él, dibujó con los labios una sola palabra que vocalizó sin sonido. Aunque las embarcaciones se alejaban a toda prisa, creyó distinguir la expresión de la alerta en el rostro amado de su sobrino. Rogó que así fuese.

Habían seguido pendientes de los avisos de disparos esporádicos. Hubo muchos, en la mayoría de los casos sin otro fin que atraer la atención de ayuda para los que aguardaban sobre los tejados. Dupree decidió que lo mejor era que buscaran un lugar donde apostarse para aguantar las horas de espera que quedasen por delante. Dar vueltas bajo el sol y sin dirección con la zódiac les hacía gastar un combustible que de pronto se había vuelto preciado y una moral que en las próximas horas sería más preciosa todavía. Tenerlos a la intemperie esperando bajo el sol les robaba unas fuerzas que necesitarían más adelante, pero sobre todo minaba sus convicciones. La visión de las casas anegadas, los coches flotando y la gente pidiendo auxilio desde los tejados les hacía perder el norte, la razón por la que estaban allí. Amaia acumulaba frustraciones como si las almacenase en baterías. Cada pocos minutos volvía a

comprobar la cobertura de los teléfonos móviles, que seguían sin dar ninguna clase de señal. Alentados por la posibilidad de hallar cobertura en otras zonas se habían desplazado primero hacia el norte, después hacia el este, para regresar al punto de partida sin conseguir la tan valiosa comunicación. Los *walkie-talkie* continuaban funcionando y tenían baterías de repuesto para varios días, pero la onda corta en dos metros, que usaba la policía y los cuerpos de emergencias, tenía un alcance muy limitado, navegar entre edificios no lo ponía fácil, y en algunos momentos la cantidad de emisiones de los bomberos, la Guardia Nacional, la policía, los guardacostas y la onda pesquera hacían imposible cualquier tipo de comunicación que excediera los avisos de emergencias. Johnson conservaba junto a él un portátil con una batería de recambio. Cuando Amaia se dio por vencida y vio que sería imposible lograr establecer una llamada o una radio llamada para contactar con la American Insurance Association, pidió a Johnson que comprobase si los correos electrónicos seguían saliendo.

—En teoría deberían hacerlo, internet va vía satélite; claro que si los repetidores en tierra están fallando puede que queden almacenados sin llegar a salir. Internet va muy lento, pero en algunas zonas parece que funciona. Déjelo escrito y envíelo, si tenemos cobertura en algún momento el mensaje saldrá. Lo que no puedo garantizarle es que vayamos a tener la misma suerte para recibir respuesta.

Amaia tecleó un mensaje para el jefe de personal de la asociación. Y se lo dio a leer a Dupree antes de enviarlo. Solicitaba información sobre los datos de un asegurado a los que los inspectores podían acceder, sobre la labor de los inspectores y sobre la posibilidad de la presencia de los mismos en áreas donde se hubieran producido catástrofes. Se interesaba por los que pudieran tener entre cincuenta y sesenta años y tres hijos. Luego volvía a comprobar la cobertura mirando desolada en rededor. Pero lo que llevó a Dupree a decidirse fue la explosión nerviosa de Charbou. Llevaba en silencio desde que habían transbordado a su tía, mirando a lo lejos y respondiendo con monosílabos a los comentarios de los demás. Rebasaron el cadáver de un gato blanco flotando junto a la embarcación. Alguien lo había adornado con un lazo azul al cuello. Y después de lo que llevaba visto aquel día, la ruina, la destrucción, la familia Sabine muerta en su salón con los pies hacia el

Misisipi, fue un gato blanco con un lazo azul lo que lo llevó al límite. Dejó salir todo el aire por la nariz y se dirigió al grupo sin hacerlo a nadie en particular.

—No le cogemos, es imposible —sentenció—. Tardamos horas en llegar desde Jefferson hasta aquí, una distancia que haríamos en quince minutos en condiciones normales. El compositor puede estar ahora mismo en Lakeview o en Kenner. ¿Cuánto nos llevaría llegar hasta allí? La mitad de las carreteras que eran transitables cuando salimos esta mañana están ahora bajo las aguas, eso sin contar con los árboles caídos, los cables, los vehículos que flotan o los escombros que no vemos bajo las aguas...

Dupree habló sin alzar la voz, aunque se inclinó un poco hacia delante obligando a los demás a hacer lo mismo para poder escucharle sobre el ruido del motor.

—Creo que el compositor tiene los mismos problemas que nosotros. Tendría que contar con una embarcación, y lo veo poco probable. Cuando llegó a Jefferson aún se podía caminar por el agua, y estamos casi seguros de que lo hizo así. Las circunstancias han cambiado para todos. Creo que elegirá a sus víctimas entre las que puedan estar más cerca de una zona de huida, no puede arriesgarse a que un equipo de rescate dé con él mientras actúa.

»¿Qué opina usted? —dijo dirigiéndose a Johnson, que había desplegado un mapa en el centro de la embarcación.

—Estoy de acuerdo en que lo que ha ocurrido nos ha superado, pero también a él. Si tenía un plan, tendrá que variarlo, aunque eso le suponga un gran problema; en cualquier parte de la ciudad donde elija a unos desgraciados que han sobrevivido a la tormenta, la familia encajará en su patrón. Y por mucho que tenga varias familias que se ajusten a su perfil en Kenner, no va a ir hasta allí; ahora mismo la ciudad es un buffet libre. El instinto en caso de peligro es quedarse cerca de donde se pueda tener asistencia; por mucho que desee la hecatombe, es un hombre sometido por estas circunstancias igual que nosotros, y no podemos olvidar que está herido.

—Alargó el dedo sobre el mapa y fue señalando zonas—. Creo que se quedará en el Barrio Francés, en Frenchmen, cerca de la parte exterior de Tremé, en las inmediaciones de la calle Canal, de Magazine o de la plaza Jackson. Usará estos lugares como punto de partida y centro al que regresar. Tiene que tener un sitio donde quedarse, y, si no lo tiene, ha de buscarlo, como nosotros.

—No sé —dijo Charbou—. Esto es el caos, no hay luz, no hay agua,

pronto será difícil encontrar combustible. Cuando se haga de noche estaremos en la edad de piedra. Creo que deberíamos estar rescatando gente y no dando vueltas a la espera de un nuevo aviso de disparos.

Dupree había estado temiéndolo todo el día; había observado las miradas furiosas del policía cuando cruzaban frente a las casas, cuando veían pasar las pertenencias de la gente flotando por el agua sucia. Había visto cómo se tensaba su mandíbula cuando vieron a un grupo de mujeres que, llevando a sus bebés en brazos, gritaban desde los puentes de la Interestatal pidiendo que alguien las sacase de allí. Lo había visto hervir por dentro, tensarse y suspirar consumido, sobre todo desde que Oceanetta había desembarcado.

Fue Bull quien contestó a su compañero.

—Ya sabías en qué consistía nuestra misión, lo que hacemos es importante. Hay otra gente haciendo eso, pronto llegará la ayuda.

Charbou se revolvió alzando la voz.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está? Porque yo solo oigo a gente gritando, pidiendo auxilio, un auxilio que no llega mientras nosotros estamos aquí mismo. No me hice policía para esto. —Sus últimas palabras tuvieron el peso de una sentencia.

Amaia, que había permanecido en silencio, se sentaba en la zódiac frente a él. Se inclinó hacia delante y extendió una mano con la que tocó la de Charbou. Su piel perlada de sudor brillaba oscura y tensa, en contraste con la palidez de ella.

Pareció que el mero tacto de otro humano lo desarmaba de inmediato. Las manos cerradas en puños se abrieron para recibir la caricia, la tensión que crispaba su mandíbula se relajó. Dupree estuvo seguro de que iba a decir algo, pero su voz se perdió en la brisa; boqueó tomando aire y quedó en silencio mirándola con los ojos muy abiertos.

Ella le habló con firmeza.

—No se pasa por todo esto, no se sobrevive a la tormenta para dejar que un asesino acabe con el derecho a vivir que has conquistado luchando y resistiendo. Los que han sobrevivido hoy son hijos de la tormenta. Si ella no los ha matado, nadie tiene derecho. No podemos permitir que el compositor convierta la lucha por la supervivencia de esas familias en su parque temático de Armagedón.

Dupree asintió sabiendo que ella se lo había ganado, y seguro de que no había sido con sus palabras. Era un hecho incuestionable estudiado en todos

los ámbitos de la supervivencia del hombre, desde los campos de batalla hasta los de refugiados, desde los dispensarios militares hasta las incubadoras de los neonatos en los hospitales. Cuando las razones se empezaban a cuestionar, cuando las consignas dejaban de tener sentido, cuando el cansancio hacía presa en los cuerpos y en las almas, cuando continuar o no pasaba a ser una opción. No existía fuerza tan redentora como el poder del contacto humano.

La hora oficial de la puesta de sol para la ciudad eran las 19:24. Sin embargo, en la última media hora la luz emprendió una rápida huida hacia el oeste que coloreó el cielo de rosa y morado, en un atardecer tan hermoso e incongruente que jamás podrían olvidarlo. La predicción de Charbou tomaba forma y la ciudad de la música se sumía en la edad de piedra mientras la luz se extinguía en el horizonte. Necesitaban encontrar un lugar donde pasar la noche enseguida. La mayoría de las referencias de las calles habían desaparecido, y aunque la intención inicial era llegar hasta la avenida Florida, optaron por una calle que podía ser Dorgenois o Rocheblave. Bull llevaba la embarcación e hizo sonar la bocina. El sonido se perdió en la noche mientras se aproximaban a una casa de dos plantas inundada hasta el primer piso. La estructura se veía estable y podían acceder con facilidad por la ventana del segundo piso. Solo por cerciorarse giraron hacia el lateral de la propiedad mientras con sus linternas barrían la fachada en busca de una señal de vida. Bull estaba haciendo girar la embarcación cuando Johnson alertó:

—Ahí, he visto algo. Creo que hay alguien.

Bull enderezó la lancha y la hizo retroceder hacia el lugar que Johnson indicaba al mismo tiempo que todos apuntaban la luz de sus linternas hacia allí.

La puerta trasera de la planta baja estaba entreabierta, no mucho, lo suficiente para que una mano asomase aferrada al tablero.

—¡La veo! ¡Hay una persona atrapada!

Tras acercar la zódiac a la fachada, Johnson y Charbou asieron la puerta por la parte que sobresalía del agua tirando con fuerza de ella. Fue inútil, estaba trabada por algo, seguramente el propio lodo y las piedras y ramas que había arrastrado el agua. Dupree se les unió. Tiraron con todas sus fuerzas, la puerta cedió un poco, después un poco más, hasta que lo que fuera que la trababa quedó liberado y se abrió del todo. La mano que se aferraba a la

puerta se soltó, mientras la embarcación retrocedía y el cadáver salía flotando de la casa, escurriéndose entre la fachada y la embarcación hacia la calle trasera. Era un hombre mayor. Amaia lo supo por el pelo blanco de la cabeza y la barba; la piel blanquecina y acorchada por el agua poco podía contar de su edad. Probablemente había muerto la noche anterior durante las horas más duras de la tormenta; las bacterias del agua y las altas temperaturas alcanzadas durante el día habían hecho el resto. Los pies decolorados como gelatina salieron primero. Estaba descalzo, pero llevaba unos tejanos azules y una camiseta blanca, que se había recogido, dejando al aire la parte baja de una panza pálida, que comenzaba a azular por efecto de la putrefacción en algunos lugares. El mensaje con letras rojas de su camiseta decía «El mejor padre del mundo».

Amaia chilló, dejando escapar un gemido de dolor. Todos se volvieron a mirarla alarmados. Ella se había cubierto la boca con las dos manos como si intentase contener dentro todo el dolor negado, toda la oscuridad. Con el rostro crispado y los ojos cargados de horror miraba desolada cómo la suave corriente arrastraba el cuerpo fuera del patio. Antes de que nadie pudiera hacer nada, antes de que ni siquiera diera tiempo a pensar, Amaia saltó al agua. Cayó de pie sobre una sustancia blanda, seguramente la tierra del jardín reblandecida, y, mientras los gritos de sus compañeros le instaban a regresar, avanzó con los ojos cegados de lágrimas y agua sucia, cruzando el patio contiguo hacia la calle de atrás, mientras agradecía llevar aquel chaleco antibalas que flotaba, y no el suyo. Bull maniobró la embarcación para seguirla, pero las puntas de las cercas que asomaban del agua entre los dos jardines le hicieron desistir; retrocedió un par de metros y atajó por el lateral saliendo a la misma calle. Charbou iba a saltar al agua cuando Dupree lo detuvo.

—Espere.

—Pero... —replicó incrédulo.

—Espere.

Amaia ya había alcanzado el cuerpo sujetándolo por una mano, quizá con la misma con la que se había aferrado hasta la muerte a aquella puerta. Había sido un hombre grande, fuerte. Aun flotando, el cadáver resultaba ingobernable, no podría llevarlo de vuelta a la casa. Miró alrededor desesperada.

—¡Amaia, ya no puedes hacer nada, está muerto! —gritó Charbou desde

la zódiac.

Pero ella no lo oía. Con los ojos arrasados en lágrimas volvió a observar la leyenda de su camiseta. «¿Había sido aquel hombre el mejor padre del mundo?», se preguntó. Su voz de doce años respondió desde muy lejos. «Basta con que lo haya sido para alguien.»

Le soltó la hebilla del cinturón y, tirando de él, lo sacó de las trabillas de sus tejanos, volvió a pasarlo por las dos delanteras y, tras tomar el extremo, lo arrastró remolcando el cadáver hasta una señal de tráfico, donde lo ató asegurándolo con el cinturón. Si aquel hombre había sido un buen padre, habría un hijo para llorarlo en su tumba; era justo darle esa oportunidad e impedir que se lo llevase el agua. Después permaneció de pie a su lado, muy quieta. Intentó rezar una oración. «Padre nuestro padre nuestro padre nuestro padre nuestro padre nuestro.» Desistió cuando se dio cuenta de que no podía dejar de leer una y otra vez la leyenda de la camiseta.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Charbou fascinado.

Dupree iba a contestarle, pero Johnson se adelantó.

—Está enterrando a su padre.

Bull y Charbou se volvieron a mirarle.

—El padre de Salazar falleció la pasada madrugada. Avisaron de que debía volver para verle justo cuando salíamos hacia Nueva Orleans y esta mañana han confirmado su muerte.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo no la hicieron regresar? ¿No ven cómo está?

—Ella decidió estar aquí. Y nadie es quién para juzgarla, todos tomamos decisiones que luego cuesta mantener en el tiempo, hace un instante era usted el que parecía vencido. En mi opinión ella lo hace muy bien, pero eso no quita que en un momento haya una leyenda en una camiseta, o un gato ahogado, que te hagan pensar en mandarlo todo a paseo.

Charbou encajó el reproche y asintió sin dejar de mirarla.

—¿Y no creen que debería ir a buscarla?

—Sí —estuvo de acuerdo Dupree—, pero dele un minuto.

Eligieron una casa bastante grande a dos calles hacia el oeste. Después de llamar a gritos y comprobar que estaba vacía, forzaron una ventana en el segundo nivel y entraron, tras lo que recuperaron la extraña sensación de

volver a caminar erguidos que habían perdido durante las últimas horas. En las escaleras que llevaban a la planta baja el agua llegaba hasta el quicio superior de la puerta. Había tres dormitorios en buen estado y un cuarto de baño, en el que el agua del inodoro se había salido formando alrededor un apestoso charco. Johnson cerró la puerta mientras Bill y Bull inspeccionaban los huecos y la pequeña buhardilla repleta de trastos, en la que no había ventana. Hacía calor, el aire en el interior de la vivienda era húmedo y olía a fango; aun así agradecieron poder estirarse, quitarse los chalecos, refrescarse un poco. No usaron las camas. Fue un acuerdo tácito. Parecía lícito usar la casa de alguien como refugio, pero las camas aun guardaban las huellas de sus moradores. Tomaron cojines y almohadas y, apoyándolas en la pared, se sentaron juntos en la habitación por la que habían entrado, la única que tenía la ventana abierta. La oscuridad fuera era total. Todo oscuro, sin estrellas. Ahora que los helicópteros habían dejado de volar, los únicos sonidos procedían del crujido de las maderas al hincharse de agua sucia y de la respiración de cinco personas en una habitación prestada. Desde el desayuno en la central de bomberos no habían tomado nada, excepto un par de barritas de chocolate. Repartieron las provisiones destinadas a aquella noche y hasta sonrieron mientras comían, por primera vez animados.

Johnson se dirigió a Amaia.

—He estado todo el día dándole vueltas a por qué me sonaba tanto su lugar de origen. Estuve un tiempo en una unidad especializada en sectas, antes de venir a comportamiento criminal. En más de una ocasión, en sectas, se hizo referencia a esa región en la zona fronteriza en los Pirineos, entre España y Francia, como referente de la brujería. Zugarramurdi y los lugares donde se celebraron aquelarres deben de estar muy cerca su pueblo, ¿Elizondo?...

Ella asintió sin ganas.

—Sí, está cerca.

—De hecho, ¿no fue en Elizondo donde un inquisidor de la Iglesia católica llevó a cabo su investigación para establecer si el diablo estaba en la zona o no? —expuso Johnson con creciente entusiasmo.

Amaia no contestó.

Johnson la miraba extasiado.

—Sí, fue en Elizondo —dijo confirmando su propia exposición—, y el inquisidor de la Santa Inquisición se llamaba como usted, Salazar. Salazar y Frías —añadió, con lo que consiguió que todos se volviesen a mirar a Amaia

interesados.

—Los de la Santa Inquisición eran el equivalente a los tribunales de los juicios de Salem, que juzgaba a las brujas, ¿no? —preguntó Charbou—. ¿Tiene algo que ver con ese Salazar? ¿Era su antepasado?

Amaia contestó seria.

—Lo dudo. Mi apellido procede del nombre de un valle y un río cercanos al lugar donde nací.

—Pero ¿lo ha indagado? —insistió Johnson pasándose una mano inquieta por el bigote—. Creo que sería muy interesante... Conozco a un investigador heráldico capaz de remontarse varios siglos tras un apellido.

Dupree, que había estado observando a Amaia, intervino:

—Johnson, diría que a Salazar no le entusiasma el tema.

—¿Cómo es posible? —se extrañó Bull—, si fuera mi caso me encantaría saber más.

Johnson no se rendía.

—Si su familia siempre ha vivido en la zona, es bastante probable que en algún momento se vieran involucrados en alguno de los muchos juicios por brujería que realizó la Inquisición allí, como testigos o como acusados. Estoy recordando que cuando el inquisidor Salazar investigó sobre la presencia del diablo, obtuvo miles de declaraciones de autoinculpación o de denuncia a otros. Eso debería ser casi toda la población de la región.

—¿Cuántos habitantes tiene hoy en día su pueblo? —preguntó Charbou.

—Unos tres mil —contestó ella.

—Ahí lo tiene —exclamó Johnson—, toda la población acusada o acusando a sus vecinos.

—Sí —respondió ella con amargura.

Dupree se dirigió a Amaia.

—Parece molestarle, ¿por qué?

Amaia no contestó. Fue Johnson quien habló.

—Subinspectora, es algo que pasó hace siglos, si fuese en Estados Unidos, en ese pueblo habrían abierto seis hoteles encantados, tres rutas de las brujas y una docena de tiendas de regalos. Fíjese en nuestra anfitriona del hotel Dauphine.

—Eso es básicamente por dos razones —respondió Amaia—: o no cree una palabra de lo que cuenta o tiene una manera más sana de convivir con los aspectos mágicos de su mundo.

Dupree insistió.

—¿No es sano como lo viven en Baztán?

—¿Qué es Baztán? —preguntó Bull.

Amaia suspiró.

—Baztán es el valle donde está mi pueblo. Y creo que el mundo estaría mejor sin esas supercherías. Puede parecer divertido cuando se plantea con una visión lúdica, pero ese tipo de pensamiento, atrasado y supersticioso, solo genera sufrimiento, estigma social y comportamientos excluyentes.

Bull la miró encantado.

—¿Quiere decir que todavía hoy creen en brujas en Baztán?

Johnson respondió.

—La pregunta es: ¿hay hoy en día brujas en Baztán?

La comida en el cuerpo les hizo sentir de inmediato el intenso cansancio físico y emocional que les había procurado aquel día. Bull se ofreció a hacer la primera guardia junto a la radio mientras los demás se aprovisionaban de almohadas y cojines y buscaban un rincón donde dormir.

Amaia se quedó junto a la ventana, sola en aquella habitación. Necesitaba el escaso aire que entraba por allí, pero, aprensiva, volvió su mirada hacia dentro de la habitación. Odiaba la oscuridad. Con la linterna trabada por la hoja del ventanal, conseguía proyectar la luz hacia el suelo sin deslumbrar, pero arrojando la luminosidad suficiente para escapar de los de la noche. Los *gaueko*. Miró de nuevo afuera dándose cuenta de que no había vuelto a pensar en ellos desde que era una niña. Los *gaueko*, los espíritus de la noche. Los oscuros. Los que vagan sin hogar buscando un resquicio de oscuridad en tu alma donde poder quedarse a vivir. Pensó en la anciana que, como una niña, se había escondido bajo la cama huyendo de los *gaueko*. «Ha venido el demonio», había dicho. Pensó en el compositor y estuvo segura de que, en aquel mismo instante, él también miraba a la oscuridad desde algún lugar de la ciudad. Con la diferencia de que él ya estaba hermanado con la noche: la oscuridad estaba en su interior, llevaba a los *gaueko* dentro porque era uno de ellos. Movi6 la cabeza asombrada por la fuerza del recuerdo y por la certeza que arrojaba sobre el análisis de personalidad del compositor.

—*Gaueko* —murmuró hacia la oscuridad. La palabra antigua y ominosa, pronunciada en euskera tan lejos de Baztán, trajo la esencia de otras muchas, oscuras e insidiosas, y de algunas amadas y curativas como un abrazo.

La voz de Dupree, que regresaba a la habitación, la trajo de vuelta.

—¿Se encuentra mejor?

Ella suspiró avergonzada.

—Lo siento, fue una imprudencia, no lo pensé.

—No se preocupe, es solo que el agua está llena de bacterias. A la inmundicia que ha rebosado de las cloacas se une el lodo de los pantanos, que es una amalgama de plantas muertas, microorganismos en descomposición y larvas de todo tipo. Si tiene alguna herida, límpiela bien, o acabará infectada seguro.

—Yo no me refería al agua... —dijo ella tratando de sonreír, aunque el gesto le quedó muy triste.

Dupree asintió, tampoco él quería hablar del agua, pero Amaia le planteaba un reto para poder acceder a ella. Era una de las personas más intrincadas que había conocido en su vida. Probó a ir de frente.

—Mis padres murieron durante el huracán Betsy. Mi padre era médico y mi madre su enfermera. Habían ido a atender un parto y quedaron atrapados en Grand Isle cuando llegó la tormenta. Los hallaron una semana después, muertos dentro de su coche.

—Lo siento —dijo Amaia estudiando su rostro—. El huracán debe remover terribles recuerdos para usted.

—Era muy pequeño, casi todos los recuerdos que tengo de ellos son las imágenes de las fotos. Me crie con Nana, la prima de mi padre.

—¿Tiene hermanos?

Dupree desvió la mirada.

—Tengo una hermana. ¿Y usted? —preguntó demasiado rápido, y el detalle no quedó perdido para Amaia: le pareció que prefería no abundar más sobre el tema de su familia.

—Tengo dos hermanas más mayores. Pero no estamos muy unidas, yo también me crie con mi tía.

Dupree la observó conteniendo las ganas de preguntar. Dos hermanas más mayores a las que no estaba muy unida, desde los doce años estudiando en Estados Unidos y un padre al que no acompaña en su muerte.

—La vi rezar por ese hombre. Eso estuvo bien.

Ella se quedó mirándole durante cinco, seis, diez segundos. Como si no hubiera entendido lo que había dicho o, por el contrario, estuviera analizando en profundidad sus consecuencias. Después bajó la mirada y durante otros diez segundos la mantuvo fija en la luz de su linterna. Por eso cuando volvió a hablar su voz casi les sorprendió a los dos.

—Cuando era pequeña rezaba el padrenuestro, ¿conoce el padrenuestro?

—Sí, soy católico. No demasiado practicante, pero soy católico.

Ella continuó hablando y él supo que no lo había escuchado; su pregunta no quería una respuesta, era parte de un discurso o de un razonamiento. Dupree prestó entonces atención a su postura. Con la espalda apoyada en la pared y las rodillas ligeramente flexionadas, miraba al suelo concentrada en el pequeño círculo de luz brillante que el haz de la linterna formaba en el suelo. Hablaba despacio y en voz muy baja, y más aguda de lo habitual.

—Yo rezaba cada noche, todas las noches. Repetía cada estrofa, pero sobre todo la primera: Padre nuestro, padre nuestro. Pero no le rezaba a Dios, yo rogaba a mi padre; él estaba en la habitación contigua y, sin embargo, nunca escuchó mis plegarias.

Hizo una pausa. Sonrió un poco.

—No me había dado cuenta en todos estos años, lo he sabido hoy mientras intentaba decir una oración por el alma de ese hombre.

Dupree la miraba hipnotizado. Cientos de preguntas se agolpaban en su mente y él hacía esfuerzos por omitirlas mientras su instinto analítico le obligaba a tomar nota; su padre en la habitación de al lado, ¿de qué tenía miedo? ¿Rogaba a su padre? Concentrando toda su atención en sus palabras, en lo que mostraba con cada gesto, con cada sonido, su confianza tenía la profundidad de una revelación, y con cada golpe de su voz era consciente de que había acertado de pleno con ella y de que, a la vez, aquella mujer era un misterio en sí misma.

—Yo clamaba a mi padre, yo era como esta ciudad gritando desde los tejados —dijo. Y Dupree se dio cuenta de que Amaia reaccionaba a su testimonio como si mientras hablaba la verdad se estuviese desvelando también para ella—. Crees que perteneces a una familia y rezas suponiendo que tu padre te escucha, pero tuve que morir para que escuchara; esperó y esperó hasta que tuvo que rescatarme de una tumba.

Levantó la mirada hacia Dupree y él imploró en silencio que no parase, que al verle no tomase consciencia, de pronto, de cuánto estaba revelando.

—Durante años pensé que su amor me había sacado del lugar donde yacía, pero solo le movió lo mismo que lo había motivado hasta entonces, la vergüenza. La vergüenza le hizo no prestarme atención, y la vergüenza le hizo sacarme de allí, solo porque el mundo miraba. Solo porque de no haberlo hecho habría sido aún peor. Yo soy como esta ciudad, y cuando él me rescató, solo se salvaba a sí mismo de la vergüenza.

Dupree observó a Amaia. El tránsito al sueño había sido imperceptible. En un momento estaba hablando, y un segundo después la vio acurrucarse contra el murete de la ventana, y al instante dormía. Fue tan rápido que le hizo preguntarse hasta qué punto estaba despierta mientras hablaba, o se había tratado de un episodio de semisonambulismo provocado por el estrés y el agotamiento. La luz que se proyectaba desde el reflejo del haz en el suelo dibujaba en su rostro sombras siniestras, que, estuvo seguro, eran el reflejo de la oscuridad que poblaba sus sueños. Una aguja en el pajar, un ser capaz de razonar con toda la lógica científica del mundo, y tan sensible a lo invisible como el principito del cuento. Analizaba el mundo desde dos frentes que se mantenían en su interior en eterna liza. Dupree llevó su mano hasta la cicatriz en su pecho y bajo la camiseta contó los bordes rugosos de la herida. Cinco. Había sido sincero: no recordaba aquella noche por la muerte de sus padres, aquella fue la noche de Samedi. La noche que sumió la ciudad en el caos. Miró a la joven dormida temiendo y deseando a la vez que llegara el momento de llevarla al límite. De que el Barón Samedi regresase para reclamar su reinado de anarquía y muerte sobre la ciudad.

Corazón de corzo

Elizondo

A Ignacio Aldecoa no le gustaba Elizondo. Joxepi, su mujer, decía que lo que le pasaba era que, de estar tanto en el monte, se estaba volviendo tan esquivo como sus perros y sus ovejas. Solía decir a sus amigas que, para Ignacio, pasear por Elizondo tenía el mismo efecto que montar en una noria, y que al llegar a casa parecía tan mareado y desorientado como si acabase de bajar de una. A Ignacio le daba igual, sabía que su mujer lo amaba como era, que respetaba su espacio y su silencio, y que era feliz criando a sus hijos junto a él en aquel remoto caserío, al que todas sus hermanas le habían dicho que sería imposible que una mujer aceptase mudarse.

A cambio, Ignacio sabía que, al menos una vez a la semana, debía acompañar a su mujer a Elizondo. Tomar un café, merendar en una pastelería, hacer algunos recados, detenerse en los escaparates... Llevaban un rato parados en la calle Santiago, frente al acceso a la iglesia. Su mujer charlaba con Engrasi, una amiga de la infancia. Ignacio asentía de vez en cuando sin atender a la conversación de las mujeres, mientras observaba el juego de la sobrina de Engrasi. Era una niña delgada y alta, de unos diez o doce años. Saltaba, evitando los cortes naturales de las losetas de la acera mojada por la lluvia de la tarde, como en una rayuela invisible. De vez en cuando alzaba la cabeza, miraba a su tía y continuaba su juego silencioso y solitario. A Ignacio le caía bien Amaia. No solían gustarle los críos, más allá de los suyos. Los encontraba ruidosos, frenéticos y exigentes. Pero aquella chiquilla era distinta. Una vez se lo comentó a Joxepi y ella le contó: «La pobrecilla ha sufrido mucho. Su madre está mal de la cabeza, y de una manera inexplicable, y aunque tiene tres hijas, rechaza a esta niña desde que nació».

Ignacio sabía de qué hablaba, él se había criado en un caserío. En la naturaleza y entre los animales, ocurría a veces que una madre rechazaba a su vástago sin razón aparente, que lo dejaba morir de hambre, de frío o de falta de amor. Y podía hacerlo, con la carga de crueldad extra que suponía que lo hiciese, mientras se volcaba en sus otras criaturas. Sabía también que sacar adelante a una de esas crías rechazadas suponía un trabajo ímprobo, aunque a veces lo lograban, pero en la mayoría de los casos terminaba con la muerte del pequeño, que parecía asumir, al sentirse rechazado, que su destino era morir.

Ignacio sabía también que Amaia le gustaba porque de alguna manera se parecía a él. Tranquila y sigilosa, saludaba tímida y se alejaba unos pasos para jugar en silencio, orbitando cerca de su tía. A ella tampoco le gustaba Elizondo. Se movía como un corzo entre el tráfico, deteniéndose para escuchar y provocando en él la sensación de que su pequeño corazón iba de un sobresalto a otro.

La niña saltaba en su rayuela invisible. Pequeñas nubes de vaho escapaban de su boca acompañando el silencioso conteo de los saltitos. En el asfalto mojado se reflejaron las luces amarillas de un coche que pasaba muy despacio. Ignacio levantó la vista al cielo. Había oscurecido y casi no se había dado cuenta porque las farolas llevaban un rato encendidas. Miró su reloj y comprobó la hora constatando los desastres que causaba en su percepción horaria el alumbrado urbano de Elizondo. Volvió a mirar a la niña, ahora iluminada por la luz anaranjada de los fanales de la iglesia, y al hacerlo percibió la primera señal de alerta. Al principio no supo muy bien a qué se debía, pero salir cada día al monte con un rebaño de ovejas, que eran a los depredadores lo mismo que los canapés gratis a los jetas, había desarrollado en su interior un instinto de cuidado y protección del que siempre se fiaba. Sin advertir a las mujeres retrocedió un paso y se giró para poder ver mejor a la niña. No ocurrió nada notable en los siguientes cinco minutos. Lo que podía esperarse de aquella hora; cada vez menos gente por la calle, un repunte de coches, de los que volvían a casa por carretera, y la sensación de que junto a la fuga de luz se escapaba la temperatura. La niña saltando en la rayuela invisible.

Engrasi y Joxepi seguían charlando animadas. En algún momento, Ignacio percibió la petición de su esposa para que corroborase algo: «¿Verdad, Ignacio?». Él asintió mecánicamente sin quitar los ojos de la niña. Un coche se detuvo junto a la acera. Las gotas de agua parecían adheridas a la carrocería

como pequeñas ampollas causadas por infinitas quemaduras. La luz anaranjada de las farolas arrancaba de la chapa brillos ambarinos. Pero ya en la primera mirada había reconocido el coche de matrícula francesa que unos minutos antes había pasado muy despacio calle abajo. Esa misma noche, mientras se debatiese en la cama incapaz de dormir, llegaría a estar casi seguro de que aquella no fue la segunda, sino la tercera vez que lo veía, que unos minutos antes ya le había extrañado la escasa velocidad a la que circulaba un vehículo de lunas oscuras.

Amaia detuvo su juego. Su instinto de corzo le hizo retroceder un paso mientras se metía las manos en los bolsillos del abrigo. «Buena chica», pensó Ignacio al tiempo que concentraba toda su atención en el coche. La cercanía con la frontera los había surtido de muchas cosas, buenas y malas, a lo largo de la historia. Por lo general las relaciones con sus vecinos del otro lado de la frontera eran excelentes. Los que como ellos habían nacido a unos pocos metros de la muga sabían lo abstractos que llegaban a ser los conceptos fronterizos. Durante siglos hombres y mujeres de ambos lados habían convivido intercambiando amistad, lengua, amores, contrabando, estraperlo, ovejas, caballos; saltándose siempre las normas arancelarias que regían en las fronteras oficiales. Pero una cosa eran los franceses y otra los turistas franceses. Con la diferencia entre francos y pesetas, les salía a cuenta pasar a repostar, a comprar tabaco, alcohol, comida, o simplemente a pasarlo bien, así que cada vez con más frecuencia veían por el pueblo turistas, en ocasiones tan perjudicados que no eran capaces de encontrar el camino a casa.

«Unos franceses perdidos buscando la frontera», dijo la lógica. «Espera...», dijo el instinto. La lógica decía que la ventanilla del conductor bajaría a trompicones mientras alguien manipulaba la manija desde dentro y que asomaría un despistadísimo turista francés suspirando por la frontera. Pero en lugar de eso fue la puerta trasera la que se abrió. Ignacio dio un paso hacia la calle colocándose casi detrás de su esposa. Una mano pálida y femenina asomó de una manga vaporosa indicando a la niña que se acercara. Había en su gesto algo seductor y hechizante, como la coreografía de una bailarina clásica. Aquella mano blanca y pequeña se meció en el aire como una serpiente. Amaia avanzó hacia el coche y casi a la vez Ignacio echó a correr hacia ella. Engrasi y Joxepi interrumpieron su charla sorprendidas por la extraña reacción del hombre que se interponía entre ellas y la pequeña impidiéndoles ver bien el coche. Cuando lo pensó después, a Ignacio le

pareció que todo había ocurrido muy rápido y muy despacio, a toda prisa y tan lento como en un sueño. Como en un sueño llamó a la niña, y como en un sueño su voz se le ahogó en la garganta sin emitir más sonido que un jadeo pequeño como el aire que se escapa en el último aliento.

Pero la niña con corazón de corzo había aprendido a escuchar. Amaia giró la cabeza y sus ojos se toparon con la alarma del pastor. Se quedó quieta. Jadeó petrificada por la amenaza y el conjuro que seguían llamándola desde el interior del vehículo. Ignacio casi llegaba a la acera, que entonces se le antojó inmensa. Debía darse prisa, porque entre él y la niña había la misma distancia que entre la niña y el coche. Amaia seguía inmóvil, como hipnotizada por la mano blanca del hada de la muerte que la reclamaba para ella. A su espalda los gritos alarmados de Engrasi y Joxepi, que ahora veían el coche. Ya casi llegaba. Extendió una mano y rozó el pelo que bordeaba la capucha del abrigo de Amaia. Casi a la vez, una pierna enfundada en un pantalón oscuro y una bota de tacón asomó de la parte trasera del coche afianzándose en el bordillo de la acera. La dueña de la mano blanca se había cubierto la cabeza con la capucha de su abrigo, pero varios cabellos oscuros y mates se escapaban orlando el lugar donde debía estar el rostro. Aun así, en la mente de Ignacio quedó grabado el color y la textura de aquel pelo que nunca llegó a tocar y que para él siempre sería de lobo. Aquella mano blanca se mecía en el aire una vez más antes de apresar el brazo de Amaia y arrastrarla con una poderosa sacudida. Ignacio no lo pensó. Rodeó con sus brazos la cintura de la niña y tiró con todas sus fuerzas. Amaia sintió cómo sus pies se alzaban en el aire y su cuerpo se elevaba sobre la acera. La mano blanca que aprisionaba su brazo se deslizó sobre la tela de gabardina de su chaquetón emitiendo un sonido chirriante de las uñas contra el tejido, y no cedió en su fuerza cuando alcanzó la piel de la mano, en la que dejó un indeleble rastro rojizo, ni siquiera cuando el segundo tirón de Ignacio arrancó definitivamente a la niña de sus garras.

Después todo fue muy rápido. La mujer volvió al interior del vehículo. Se cerró la puerta. El coche aceleró y se perdió en la distancia. Engrasi y Joxepi los alcanzaron. Ignacio tomó aire. Abrazada como la tenía podía sentir los latidos enloquecidos de su pequeño corazón de corzo. Posó a la niña en el suelo, pero no la soltó de su abrazo. Solo retrocedió un paso cuando Engrasi y Joxepi la reclamaron hablando a la vez. Entre Dios míos y gracias a Dios, revolvían el cabello y las ropas de la niña mientras la interrogaban. Engrasi chilló. La niña sangraba. Él se inclinó tomando la mano de la pequeña. Las

marcas en el abrigo eran visibles, como si en lugar de uñas lo hubieran arañado con las púas de un tenedor. En la mano, los regueros rojizos que había visto al principio estaban abiertos en blanquecinos jirones de piel que dejaban al aire la carne rosada y sangrante de la niña.

—No es nada —susurró Amaia mirándole a los ojos—, casi no me duele.

A Ignacio no lo engañaba, en su voz vibraba una nota de pánico que Amaia intentaba contener para tranquilizarlos. Sintió cómo se le encogía el corazón por aquella niña. «Casi no me duele», pensó mientras suspiraba, aunque no podía estar más lejos de sentirse aliviado. Cabría esperar que lo estuviera, al fin y al cabo, su esposa y la tía de la niña no dejaban de repetir que la había salvado, y quizá habría estado de acuerdo de no haber llegado a ver los ojos de aquella mujer. No había en ellos odio, resentimiento o locura. Cuando él la miró determinado a no soltar a la niña, ella sonrió, divertida, dejándole ver sus dientes pequeños, gastados y afilados, como los de un infante al que se le retrasa la segunda dentición o los de una rata. No dejó de mirarla hasta que cerró la puerta del coche, y lo que le fascinó fue que no vio ni un ápice de fastidio o de derrota en ella. Aquel lobo volvería.

Bazagr 

Nueva Orleans, Luisiana

05:00 h del martes, 30 de agosto de 2005

Johnson la tocó suavemente en el hombro.

—Salazar, despierte. Tenemos un aviso por disparos. Es muy cerca de aquí.

Se puso el chaleco antibalas mientras echaba una rápida ojeada por la estancia para asegurarse de que no se dejaban nada.

— Qu  hora es? Aún no ha amanecido... —dijo confusa, intentando arrancarse la sensación de letargo del sueño y tratando de ubicarse mientras consideraba la oscuridad del exterior.

—Poco más de las cinco.

— Disparos secuenciales?

—El aviso no fue muy concreto, disparos en un domicilio familiar cerca del cementerio de Saint Louis..., creen que es la calle Bienville, no est n muy seguros —dijo Bull.

—Pues eso no es de ayuda; Bienville va desde el cementerio número uno al número dos, y los dos se llaman Saint Louis —se quejó Charbou.

—También se mencionó a personas retenidas —explicó Johnson.

Amaia saltó al interior de la zódiac posicionándose en la parte trasera junto a Bull, que ya había arrancado el motor y maniobraba rápidamente para salir del patio de la casa.

— Significa eso que aún está con ellos?,  los tiene retenidos? —preguntó Amaia.

—No lo sabemos —admitió Bull—. El aviso no ha sido reportado desde la central, sino desde una lancha de la Cruz Roja que pasó cerca de la zona, eso explica que no se ubiquen bien, muchos de los voluntarios no son de la

ciudad y las referencias de las calles han desaparecido en su mayoría.

Amaia se sujetó con fuerza a la maroma que bordeaba el perímetro de la embarcación. El vientre plano de la lancha era una gran ventaja cuando se desconocía cuántas ramas, escombros o, incluso, vehículos podía haber bajo el agua mientras navegaban a gran velocidad. Por esa razón las lanchas neumáticas eran elegidas habitualmente por los equipos de rescate. Aun así el riesgo de que el timón o la hélice se trabaran con algún objeto sumergido era manifiesto. Si eso llegaba a ocurrir a la velocidad a la que iban, saldrían disparados de la embarcación.

Apostaron por el cementerio número uno. Si quien había dado el aviso no era de la ciudad, era probable que desconociese que existía otro cementerio de Saint Louis, o lo habría concretado.

Cuando alcanzaron Bienville y redujeron la velocidad y el ruido de la lancha, los pavorosos alaridos procedentes de una casa de una sola planta les guiaron hasta su objetivo.

El agua cubría más de la mitad del primer piso, y de la ventana abierta en uno de los costados del tejado a dos aguas, además de los gritos, brotaba un exiguo fulgor amarillento y titilante, tal vez procedente de la luz de unas velas. Aseguraron la embarcación, se encaramaron a la cubierta embreada y, a la orden de Bull, los policías irrumpieron en la pequeña estancia autorizando de inmediato la entrada de los demás. La buhardilla, aunque provista de aquel portón, era en realidad el espacio entre el techo y el tejado. De burda madera sin pintar ni barnizar, las columnas de la casa atravesaban la estructura a través del suelo. En los lados se amontonaba una lanilla amarilla y apelmazada, que habría tenido que cubrir toda la superficie para cumplir con su función aislante. Casi bajo la ventana, un anciano negro, pequeño y arrugado jadeaba sudoroso postrado en el suelo por un intenso dolor, con la mano derecha afianzada sobre el pecho. Al verlo, Amaia pensó que le habían disparado, una idea respaldada por la presencia de una anciana que sostenía un rifle con el que apuntaba hacia la empinada y descendente escalera, mientras profería furiosas amenazas contra alguien que se hallaba sumido en la oscuridad, allá abajo. Un crío pequeño, al que calculó cuatro o cinco años, se había ovillado hasta encajarse en la parte más baja del tejado, entre la asfixiante lanilla amarilla. Lloraba desconsolado haciendo mucho ruido.

Nada más acceder al interior Amaia notó cómo su piel se cubría de una pátina de sudor. Debía de haber cuarenta y cinco grados allí dentro. Olía a

moho, orina y sudor, y a algo picante y asfixiante a la vez, que atribuyó al aislante amarillo. La única luz procedía de un cabo de vela en el interior de un candil antiguo. La anciana lo tenía a sus pies alumbrando el hueco de la escalera, lo que provocaba que, cada vez que se movía, su sombra se proyectase en toda la buhardilla, dejándolos por momentos a oscuras.

Charbou rodeó por detrás a la mujer inmovilizándola por completo y desarmándola, no sin cierta sutileza, firme y tranquilizadora. La mujer cedió el arma, pero a la vez redobló las advertencias contra quien fuera que estaba al cabo de la escalera provocando la alarma de Charbou, que apuntó su arma hacia allí.

El calor, el hedor, los gritos, llantos y quejidos se ahogaban en la pequeña estancia como ellos mismos. La lanilla descompuesta era insuficiente para mantener fuera el calor, pero parecía responsable del nuevo orden acústico que causaba la sensación de que todos los sonidos confluían en el centro de la estancia. Las luces de las linternas de los policías bailaron enloquecidas por la habitación en busca de agresores ocultos. Amaia jadeó con la boca abierta intentando controlar el mareo, mantener la cordura y sustraerse a los alaridos de las víctimas y a las voces de Bull y Charbou, que a gritos pedían calma.

Johnson se agachó junto al hombre. Su ropa estaba empapada de sudor, se veía tan mojada como si le hubieran arrojado un cubo de agua por encima. Sin contemplaciones y de un tirón, Johnson rasgó su camisa para ver el estado de la herida: no sangraba por ningún lado, aunque presentaba un fuerte impacto en el pecho florecido en varios puntos de rojez que comenzaban a amoratarse donde se formaba el hematoma.

—Creo que es un infarto... —dijo sin demasiada seguridad.

La anciana, ahora desarmada, se había situado detrás de Charbou agarrada a su cintura mientras farfullaba a voces señalando a la oscuridad; parecía indecisa entre retenerlo o empujarlo hacia la escalera. Bull, a su lado, trataba de convencerla de que soltase a su compañero, mientras la interrogaba sobre lo que había pasado. Pero era inútil. La mujer seguía gritando incoherencias y acompañaba sus chillidos histéricos con una especie de baile errático zapateando el suelo mientras avanzaba y retrocedía, dando pequeños saltos, sin dejar de gritar con su brazo extendido hacia la escalera.

Dupree retrocedió hasta el espacio bajo el portón que se abría a un cielo tan negro como si el amanecer fuese algo solo posible en otro mundo. Apuntó

su arma al exterior provocando que la luz de la linterna adosada al cañón dibujase en la noche un haz luminoso, y disparó. El estruendo atronador del tiro se absorbió en el pequeño espacio, lo que produjo la sensación sonora de una corriente de aire, que ensordeció un instante a todos los presentes, obligándolos a volverse hacia él. Cuando tuvo la atención de todos, no dijo nada, aunque Amaia dudaba de que hubieran podido oírlo, los oídos les zumbaban como en un cambio de presión. Dupree se llevó un dedo a los labios conminando al silencio; pasó sobre el hombre en el suelo y se movió lentamente hasta donde estaba escondido el crío. Se puso en cuclillas y su cabeza tocó la cubierta y, evitando deslumbrarle con la luz directa de la linterna, le habló sin alzar demasiado la voz.

—Somos la policía, hemos venido a ayudaros, estáis a salvo. Deja de llorar y atiéndeme. ¿Hay alguien más aquí?

El crío, que había enmudecido, señaló hacia la escalera.

—Está bien, entiendo que hay alguien abajo, pero ¿hay alguien más aquí arriba, hay alguien escondido?

El crío negó señalando de nuevo hacia la escalera.

—¿Te ha tocado? —preguntó Dupree indicando su pecho.

—Solo al abuelo.

—Está bien, quédate ahí —le ordenó Dupree saliendo de la parte más baja para ponerse de pie. Guardó su arma en la pistolera y se dirigió a la anciana. No le habló. La tomó de los hombros apartándola de Charbou y la hizo girar sobre sí misma para que le mirase a la cara.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Se han llevado a las niñas —contestó ella entre lágrimas.

—¿Quién se ha llevado a las niñas? —preguntó Dupree sin alzar la voz.

Su estrategia dio resultado. La mujer respondió aterrada, pero sin gritar.

—Samedi, Samedi se las ha llevado.

Charbou intervino confuso.

—¿Samedi?

—El Barón Samedi, *le criminel*, Samedi —respondió la mujer volviendo a levantar la voz—. Samedi se ha llevado a mis niñas.

Dupree y Bull se miraron asintiendo. Y Amaia interrogó a Johnson con los ojos: estaba harta, llevaba dos días asistiendo a aquel baile de miraditas cómplices y palabras en clave. ¿Qué coño significaba todo aquello? Estaba

claro que aquel no era un escenario del compositor y estaba igual de claro que tanto Bull como Dupree habían estado esperando que aquello sucediese durante los últimos días.

—¿Están abajo? ¿Han huido por ahí? —interrogó Dupree a la anciana.

—No, se han ido y se han llevado a las niñas, pero mi marido... —dijo haciendo un gesto hacia el hombre tendido en el suelo—. Disparó a uno de los demonios, lo dejaron atrás y huyó a esconderse ahí abajo. Sé que está ahí, puedo oírlo; no podrá ir muy lejos después de lo que mi Henry le hizo. No se les puede matar, pero mi marido lo dejó fuera de combate —comentó volviéndose orgullosa hacia el hombre—. Por eso casi lo matan.

—¿Qué edades tienen las niñas?

—Ocho y doce, Ania y Bella, son mis nietas, las hermanas de Jacob —dijo señalando hacia la oscuridad el lugar donde se escondía el niño—. Samedi solo se lleva a las niñas. Quiere la sangre de las vírgenes. Quiere comerse sus corazones.

Bull asintió intercambiando una mirada con Dupree mientras indicaba la escalera.

Charbou meneaba la cabeza a un lado y al otro al escuchar las incoherencias de la anciana y atónito ante la credibilidad que parecían concederle Dupree y su compañero.

—Pero ¿se puede saber de qué coño...?

—¡Cállese! —ordenó implacable Dupree concentrándose de nuevo en la anciana. Amaia miró a Dupree extrañada por su reacción mientras se colocaba ante la mujer para tranquilizarla.

—Señora, ¿cuántos hay abajo?

—Uno, Henry le disparó y le alcanzó en una pierna, lo dejaron atrás... Está ahí abajo, puedo oírlo —repitió señalando temblorosa hacia la escalera.

—Piénselo bien, ¿hay otra salida por abajo?

—No, clavamos las puertas y las ventanas con tableros y nos refugiamos aquí arriba; la casa es muy antigua, esta salida en el tejado fue pensada para las inundaciones.

Dupree sacó su arma y encendió la linterna apuntando ambas hacia el hueco descendente. El agua llegaba hasta el primer descansillo donde la escalera giraba y se perdía en la oscuridad. El reguero de sangre confirmaba la historia, y por la cantidad vertida, el dueño de aquel fluido estaba cercano a desangrarse. Dupree también podía oírlo. Era un chapoteo semejante al que se

produce al tomar agua en las manos para lavarse la cara, o al de alguien muy liviano caminando por una orilla en la que cubre poco. Sus movimientos provocaban pequeñas ondas que empujaban el agua sucia que cubría el siguiente peldaño. Se volvió hacia la mujer y susurró señalando al fondo de la buhardilla.

—Quiero que vaya junto a su marido y su nieto y que permanezca ahí quieta y en silencio. ¿Lo ha entendido?

La mujer asintió sin decir una palabra y retrocedió, asombrosamente silenciosa y obediente, hasta colocarse junto al anciano, que respiraba con dificultad.

Dupree hizo un gesto a Amaia y a Johnson, que se colocaron junto a Charbou, que mostraba su desazón meneando la cabeza, mientras dedicaba miradas cargadas de reproche a su compañero. Era evidente que estaba cabreado. Se apostó en la parte de la escalera como le indicó Johnson, pero no puso ninguna objeción cuando fueron Dupree y Bull los que encabezaron el descenso por la escalera.

Bajaron evitando pisar la sangre vertida. El olor herrumbroso del fluido se mezclaba con el del agua sucia estancada y otro más terroso, como a hongos y podredumbre. Antes de alcanzar el descansillo donde la escalera giraba se apostaron junto a la pared.

—Le habla la policía... —Un chapoteo acuoso fue perfectamente audible y las ondulaciones provocadas por el movimiento desplazaron el agua sobre la huella del siguiente peldaño.

Charbou señaló la curva de la escalera advirtiéndole a Dupree de que el sospechoso se encontraba a la vuelta. Era lo normal. El agua superaba la altura de una persona en el salón, tenía que estar por fuerza en uno de los descansillos de la escalera.

—¡Sabemos que está ahí y que está herido! ¡Arroje las armas al agua y levante las manos de modo que sean visibles sobre su cabeza! —gritó Bull.

De nuevo el sonido de salpicaduras de los pies al desplazarse en el agua.

—Estamos armados, no hay otra salida, y sabemos que está herido; no complique las cosas, porque, si no tenemos más remedio, dispararemos —advirtió Bull con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Bull se asomó a la curva y retrocedió de inmediato.

«Está ahí mismo —vocalizó sin sonido—, el agua le llega a las rodillas.» Indicó con un gesto hacia las suyas. Después cerró el puño, extendió un dedo y

levantó un pulgar para confirmar que no había visto armas.

Dupree se volvió para alertar con gestos a los de arriba. Vio que Amaia había bajado tras él.

Con Dupree cubriendo su avance, Bull salió al siguiente tramo descendiendo de lado y sin dejar de apuntar al sospechoso. En cuanto el haz de la linterna le alcanzó, comenzó a dar vueltas en círculos, como un animal atrapado, chapoteando en el pequeño espacio, de apenas un metro cuadrado, que formaba el descansillo. Mantenía la cabeza baja y una especie de greña mugrienta ocultaba su rostro. Su cuerpo se tambaleaba de un lado a otro como si fuera a derrumbarse con cada paso. Bull dirigió la luz de su linterna hacia los pies del hombre. El agua estaba teñida de rojo a su alrededor, y cada vez que alzaba sus extremidades en su siniestro paseo, una porción de un objeto blanquecino sobresalía del charco de sangre, antes de que en el siguiente paso su cuerpo volviera a tambalearse como si fuera a quedar de rodillas. Calculó que mediría unos veinte centímetros, no le había dado tiempo a verlo bien, pero podría tratarse de la empuñadura de un cuchillo o un pequeño machete. No portaba otras armas, o al menos no en las manos, ya que se ayudaba con ellas, apoyando una en la pared y la otra en la barandilla de madera. Bull levantó el haz de su linterna tratando de ver el rostro del hombre, que quedaba oculto por la cabeza gacha y el pelo, que se alternaba con partes calvas, retorciéndose en guedejas polvorientas como las de una oveja tiñosa. Reparó entonces en que no había emitido un solo sonido. No había dicho nada, pero tampoco se quejaba, a pesar de que estaba perdiendo sangre y aquella herida que apenas le permitía mantenerse en pie debía de doler. Aprovechando el siguiente paso en el eterno círculo que el individuo se empeñaba en trazar, volvió a enfocar su linterna hacia sus extremidades. Cuando en la siguiente vuelta el individuo alzó la pierna fuera del agua, Bull pudo verlo con claridad. El detective trastabilló perdiendo el equilibrio y quedó sentado en la escalera. Alarmado, Dupree se precipitó tras él mientras apuntaba al sospechoso, a la vez que con la otra mano ayudaba a Bull a ponerse en pie, y ambos descendían las escaleras. Se detuvieron dos escalones por encima del hombre. Dupree gritaba que se tirase al suelo mientras Bull trataba de decir algo, y Amaia, tras ellos, apuntaba su linterna desde arriba consiguiendo una iluminación más general que les permitió percatarse de la escasa envergadura del individuo, perceptible incluso bajo el amplio sayo que cubría su cuerpo hasta las

rodillas. Su espalda estaba encorvada, y el cuello parecía encajado entre los omóplatos de una manera antinatural. Los hombros estrechos y el escaso abultamiento de su pecho le hicieron estar segura.

—Es una mujer —dijo a sus espaldas.

Sin dar muestras de verlos ni oírlos, aquel ser devastado continuó dando vueltas casi sobre sí mismo, ayudándose para mantener el equilibrio de unas manos huesudas y alargadas, de uñas largas y duras como hueso oscuro, que se aferraban a la barandilla arañando el barniz que la cubría. En la siguiente vuelta Amaia pudo ver con claridad lo que había sobresaltado a Bull. Cuando la mujer dio el siguiente paso en el charco de agua sanguinolenta, vieron que la porción blanquecina que había confundido con el mango de un cuchillo era su hueso roto y afilado que asomaba por entre la carne de su pierna. Con cada paso arrastraba la masa informe que era su pie, y cada vez que cargaba el peso con cada avance lo hacía sobre su tibia astillada, que asomaba de la herida clavando la otra porción en su propia carne.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Amaia horrorizada, sin poder dejar de mirar la herida mientras se preguntaba cómo podía sostenerse en pie sin aullar de dolor.

—¡Joder! Deténganla de una puta vez —rogó Charbou desde atrás.

Dupree bajó los dos escalones y de un manotazo en el hombro la hizo girar sobre sí misma hasta que cayó y quedó trabada entre la barandilla y el siguiente tramo de escaleras. Con Bull y Amaia apuntando sus armas hacia la mujer, fue Dupree quien la iluminó desde arriba. Venciendo la repugnancia, estiró hacia su rostro una mano enguantada y ella retrocedió instintivamente como si fuera a golpearla.

—No voy a hacerle daño, solo quiero verle la cara —dijo. Y Amaia percibió en su voz una emoción nueva, que no le había conocido antes.

Un sonido como un bisbiseo brotó de la mujer.

—Estoy...

—Ha dicho algo, está hablando —advirtió Amaia.

Permanecieron en silencio para escuchar el escaso hilo de voz.

De nuevo un susurro ininteligible. Y de nuevo aquel susurro aspirado.

—... ssssstoy muerta.

Amaia miró a Dupree por encima del hombro de Bull y de la cabeza de la mujer.

—Creo que ha dicho que... está muerta.

Dupree tomó entre los dedos las guedejas de pelo, como esparto, y casi las arrojó por detrás de su cabeza. Su rostro era gris, como tizado de ceniza; la piel aparecía tan estirada sobre los huesos que semejaba pergamino a punto de romperse, era tan poca la carne sobre su calavera que en las mejillas se adivinaba la presencia de los molares. Los labios estaban secos y cuarteados, cubiertos por una costra como herpes, y los ojos se veían enormes, proyectados por la adrenalina del miedo y la poca piel de sus párpados sin pestañas. Pero lo peor era su mirada, que a pesar del miedo estaba vacía y sin esperanza, como la de un pez muerto.

Dupree se clavó de rodillas frente a la mujer y la miró a los ojos.

—Esssstoy muueeeerta —repitió la mujer.

Dupree dirigió la luz a las retinas y comprobó que apenas eran reactivas.

Alzando la voz preguntó:

—¿Cómo se llama? Dígame su nombre.

La mujer hizo entonces un gesto extraño como si acabase de despertar o tomase consciencia de algún aspecto de la realidad. Alzó la cabeza como en un sobresalto. Entre los labios reseco y tumefacto asomó una lengua blanca, cubierta de hongos, como nata de leche. Los dientes, del color del corcho, parecían sostenerse a duras penas enclavados en las encías enfermas.

Sin apenas articular los labios, un sonido de arrastre, cargado de flema, brotó de su garganta.

—Méeedora.

Dupree respiró el olor a tumba que emanaba de su boca y retrocedió horrorizado.

—Es imposible, no puede ser... —jadeó Bull mientras apartaba la greña que ocultaba el cuello de aquel ser. La piel deshidratada aparecía oscurecida por la presencia de un sarcoma amarronado, pero aun así el tatuaje era visible. Con bellas letras rococó llevaba escrito su nombre—. Es Médora Lirette. ¡Por Dios santo! —balbuceó Bull.

La mujer levantó la mano derecha y apoyó sus cinco largos dedos sobre el pecho de Dupree, que la miraba incrédulo.

—Médora, Médora Lirette... —repitió él.

La mujer contestó como si lo hiciera desde el interior de una tumba, su voz fue apenas audible.

—Bazagr ... Estoy muerta y t  también.

Dupree empalideci , jadeó como si le faltase el aire o estuviese de pronto muy fatigado, dejó caer su arma y con ella la linterna que alumbraba a la mujer. Alzó la mano derecha llevándosela al pecho, sobre la garra huesuda de la mujer. Estuvo seguro de que era un infarto, iba a decirlo, pero ya no podía hablar. Su rostro se cubrió de sudor y tembl  presa del ataque, antes de caer fulminado hacia atrás.

Volver

Florida

Brad Nelson introdujo los dedos bajo la montura de sus gafas para frotarse con fuerza los ojos cansados. Llevaba horas conduciendo sin detenerse, haciendo caso omiso de las señales del detector de fatiga de su coche, que al menos en tres ocasiones le había recomendado parar a descansar. No podía hacerlo; además, no sentía la necesidad, se encontraba estupendamente, solo los ojos delataban el esfuerzo que le suponía conducir de noche.

Había sido un largo camino hasta allí y no pensaba en la gran distancia recorrida ese día, sino en el modo en que todo se había precipitado ocho meses atrás, aquella noche en Galveston, y el penoso calvario que había tenido que recorrer hasta estar preparado de nuevo. Galveston había sido un error. Su vida allí, su trabajo, la influencia de aquel lugar sobre sus hijos, sobre su matrimonio... Entonces su mundo se había venido abajo por un error que él mismo había provocado, y desde entonces llevaba pagando las consecuencias. Había sido un arduo camino, un regreso a los inicios en el doloroso proceso de reconocer sus errores y corregir todo lo que estaba mal. Se había descuidado, había sido flojo y dejado en su obligación de llevar las riendas de su propia vida. Y ahora debía pagar el precio.

Una campanita sonó en el panel recomendándole detenerse a descansar tras recorrer otras doscientas millas. Brad Nelson consultó su reloj. En poco más de una hora llegaría a la casa de su esposa, donde ella y los chicos quizá aún dormirían, quizá estarían levantándose para ir al instituto, al trabajo. Tenía que llegar antes de que se fueran, no estaba seguro de que la decisión que le sustentaba fuese a aguantar hasta que regresasen. Tenía que aprovechar la energía de la determinación que abrigaba. Apagó la señal en el panel y aceleró resuelto; no podía parar ahora, porque una cosa era ensayarlo a quinientas

millas de casa y otra muy distinta llevarlo a cabo. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro plagado de cicatrices. No tenía por delante una tarea fácil, pero sabía también que había en el acto una razón de regocijo. No en vano se había estado preparando durante aquellos ocho meses.

Caos

Hospital Charity, Nueva Orleans
06:37 h del martes, 30 de agosto de 2005

La zona de urgencias del hospital Charity estaba bajo el agua. La recepción de los heridos se hacía ahora por el ventanal arrancado del segundo piso. Habían avisado por radio de su llegada, y el personal sanitario se arremolinó junto al hueco en la fachada mientras la médica jefe de urgencias recitaba en voz alta el diagnóstico inicial y las órdenes.

—Varón, cuarenta y cuatro años, taquicardia, dolor y presión en el pecho, dificultad para respirar, sudor frío, mareos, perdió la consciencia durante unos seis minutos, aunque la ha recuperado. Parece un infarto. Es policía, estaba de servicio en una liberación de rehenes. Box uno.

Una docena de manos sujetaron el cuerpo desmadejado de Dupree, que, pálido como el papel, apretaba los dientes conteniendo el dolor mientras lo tumbaban en una camilla. Johnson salió de la embarcación tras él mientras otro equipo médico se preparaba para recibir al anciano.

—Varón, ochenta años con síntomas idénticos, aunque él no llegó a desmayarse. Box tres.

Sacaron al anciano, y la esposa y el niño fueron tras él.

—Por radio dijeron que traían a una mujer herida —señaló la jefa de urgencias consultando sus notas.

Bull les indicó un bulto en el extremo de la embarcación y dos enfermeros subieron a bordo para ayudar.

—¿Por qué la han cubierto así? Hace mucho calor, se va a ahogar.

El equipo médico del Charity había visto casi de todo en los últimos dos días: ahogados, gente deshidratada, asfixiada de calor, heridos de bala, terribles cortes en las extremidades, aplastamientos y fracturas de toda índole.

Pero sin duda no estaban preparados para lo que vieron cuando el enfermero retiró la manta con la que la habían tapado. El olor a hongos se extendió por la embarcación.

—¡Joder! —exclamó retrocediendo hasta caer de espaldas...

—Es un puto cadáver —dijo el otro conmocionado.

—No, no lo es, está viva —explicó Bull evitando mirarla—. O algo así.

—O algo así —repitió irritado Charbou.

La jefa de urgencias recuperó el mando.

—Sacadla de ahí —ordenó—. Mujer de edad indeterminada, fractura abierta en tibia y peroné, presenta deshidratación e inanición extrema. Recordad que nos dijeron que se trataba de una liberación de rehenes; quiero que os sobrepongáis y la tratéis como a una víctima. ¡Venga!, hemos visto cosas peores.

—Peor que esto, no —susurró una enfermera.

Amaia miró hacia el pasillo. Johnson seguía montando guardia ante la puerta cerrada de la sala donde atendían a Dupree. Charbou se estaba ocupando de la zódiac; trataba de convencer a los conductores de que le dejaran guardarla en el garaje de las ambulancias, no podía dejarla sin vigilancia o se la robarían. Y Bull estaba desaparecido desde que habían llegado al hospital, ¡y por Dios que tenía ganas de hablar con él!

Miró alrededor; las salas de espera estaban reconvertidas en salas de curas, y las camas, las camillas y las sillas de ruedas se hacinaban en medio de la estancia y contra las paredes en los pasillos. Los quejidos de los heridos y el resuello de los enfermos se elevaban en una nube de vapor caliente que era casi visible, como una niebla tenue y hedionda. El aire acondicionado no funcionaba, y a pesar de que habían abierto todas las ventanas, incluso rompiendo los cristales de las fijas, el calor y el olor eran mareantes.

Sentado en el suelo, frente al control de enfermería, vio al crío que habían traído con ellos. Estaba solo. Sostenía entre las manos dos pequeñas figuras de acción, pero no jugaba. Mantenía la mirada perdida en un punto en la pared frente a él. Calculó que desde allí también vería a Johnson si había alguna novedad. Había conseguido un par de botellas de agua y fue a sentarse a su lado tendiéndole una.

—Te llamas Jacob, ¿verdad?

El niño asintió.

Estaba pensando en qué más decirle para animarle a hablar cuando él lo hizo.

—¿Y tú?

—Me llamo Amaia —dijo tendiéndole la mano.

—¿Qué nombre más raro!

Ella sonrió.

—Sí, supongo que sí, es que no es de aquí, es de otro lugar.

—¿Qué significa?

—¿Qué significa? —repitió ella confusa.

—Jacob es un nombre de la Biblia. Bella significa guapa en italiano y Ania era la reina de la Luna.

Amaia pensó que para un niño tan pequeño ser la reina o ser la diosa era prácticamente lo mismo.

—¿Bella y Ania son tus hermanas? ¿Las niñas que se han llevado?

Él asintió.

—¿Dónde están tus padres?

—Trabajando en Baton Rouge. —Notó cómo se entristecía al recordarlo —. Pronto vendrán, la abuela lo ha dicho —añadió sin demasiada seguridad.

—Significa «el fin».

Jacob le miró desconcertado.

—Amaia quiere decir el fin, el final. Otros dicen que procede de la primera madre. La madre de todos. El principio o el fin.

El niño sonrió.

—Es muy raro.

—Sí, supongo que lo es.

El crío le mostró las dos figuritas. Eran dos animales mutantes, no supo identificar qué eran. Uno era casi por completo amarillo, semejante a un conejo gordinflón; el otro era como un pequeño dragón naranja, con la llamarada en la cola en lugar de en la boca.

—¿Cuál eliges?

—El dragón —dijo sin pensarlo.

—Es Charizard, es un Pokémon tipo fuego, volador. Pikachu es mejor.

Entendió que Pikachu era el otro y captó también el alivio del pequeño al ver que optaba por el dragón.

—Pues elijo a Charizard.

Jacob se lo dio.

—Para ti.

Amaia se sorprendió, creía que el niño le proponía jugar y lo que hacía era darle a elegir para regalárselo.

—Muchas gracias, Jacob, pero no puedo aceptarlo —dijo con el dragoncito en la mano. Entonces le dio la vuelta y vio que Jacob había escrito algo debajo. Se lo mostró al niño.

—¿Es tu nombre?

—Sí.

—¿Marcas así todos tus juguetes?

—Sí.

—¿Por qué lo haces?

—Porque Ania también colecciona Pokémons y siempre dice que los míos son suyos.

Amaia se quedó mirando a Jacob mientras se aflojaba el chaleco antibalas para buscar entre su ropa. Sacó un pliego que desdobló con cuidado y le mostró al niño la fotografía que había recogido del suelo el día anterior en la sala de juntas. Era la ampliación en la que se veía el costado que se identificaba perfectamente como un violín y el arañazo misterioso.

—¿Qué dirías si te enseño esto?

Jacob cogió la foto y la miró inclinándola un poco.

—Que este violín es de un niño que se llama Mic.

—¿Mic? ¿Crees que es eso lo que pone?

Jacob asintió.

—Pone eso. Mic. Es de Mic —afirmó sin dudas.

Amaia estudió la fotografía sorprendida por la claridad que apreciaba de pronto en la grafía. Como cuando te enseñan cómo cuadra una pieza imposible en un puzle. Miró de nuevo al niño.

—¿Cuántos años crees que tendrá Mic?

Jacob lo pensó.

—Puede que vaya a cuarto o a quinto.

—¿Por qué lo crees? —preguntó fascinada, casi por el placer de escuchar su explicación.

—Porque junta las letras, los pequeños las hacen separadas.

—Claro, porque tú ya eres mayor —sonrió Amaia.

Le dio la vuelta al dragón y comprobó que en efecto las letras del nombre

del niño se habían unido después de trazadas.

—Jacob, me has ayudado mucho. No iba a aceptar tu Charizard, pero creo que tendré que quedármelo, estoy convencida de que va a traerme mucha suerte. —Dobló la foto, se la guardó junto a Charizard, miró a Jacob, que la observaba sin perder detalle—. Lo malo es que no tengo nada que darte a cambio...

El niño bajó los ojos y al seguirlos se dio cuenta de que miraba el arma que Amaia portaba a la cintura.

—¿Quieres mi pistola? —preguntó sorprendida.

Jacob asintió.

—Sabes que es de verdad —le dijo muy seria.

—Sí.

—Entonces sabrás que no puedo dártela, porque un niño no pueda andar por ahí con un arma.

Él asintió abatido.

—¿Por qué la quieres?

—Porque tengo miedo —respondió mientras se echaba a temblar mirando de lado hacia la pared.

Amaia miró hacia allí sin ver nada extraño.

Se removi6 indecisa entre hacerlo o no y, finalmente, echó un brazo por encima del pequeño y lo acercó a ella en plan colegas.

—Escucha, cuando yo era como tú, también tenía miedo. Pero tendrás que hacerte mayor y hacerte policía para llevar una pistola.

—¿Eres policía porque de pequeña tenías miedo?

—Sí, creo que sí. Estoy segura —dijo tomando consciencia de que de algún modo era así.

—¿Y ahora ya no tienes miedo?

—Tengo miedo, pero también tengo esto —dijo señalando su arma—. Y esto. —Sonrió señalando su insignia—. Esto me da poder para perseguir a los que dan miedo.

Jacob no pareció muy convencido.

—Y cuando los encuentras, ¿los matas?

Pensó mucho la respuesta; en otra circunstancia habría contestado que no, el arma no era para matar, solo para defenderse, y solo la usaría para evitar que los malos hicieran más daño. Miró al niño asustado que tenía delante y se

dio cuenta de que no podía venderle un cliché, que además era mentira. No después de todo lo que había pasado.

—Sí, acabo con ellos.

Jacob sonrió, pero enseguida bajó la cabeza mirando de nuevo de lado.

—Pero algunos no se pueden matar, como el zombi que estaba abajo. Mi abuelo le disparó y ni siquiera le dolió, seguía andando, como un robot un poco roto. ¿Qué harás si ya está muerto o si es un fantasma? —Había una nota de auténtico terror en su voz.

—¿Pudiste ver bien a las personas que entraron en tu casa?

—Había dos hombres con la cara tapada, con máscaras, otro como ella y el fantasma, que era el jefe.

—¿El jefe era un fantasma? ¿Por qué crees que era un fantasma?

—Porque no hablaba, les decía lo que tenían que hacer con el pensamiento... Y además su cara...

—¿Cómo era?

Jacob bajó la cabeza y permaneció quieto unos segundos mientras — después estuvo segura— se armaba de valor. Se puso en pie y le tendió la mano invitándola a acompañarlo. Sin saber muy bien para qué, tomó la mano del niño y le siguió. Él la guio apenas cuatro pasos hasta el mostrador del control de enfermería que tenían delante, y entonces entendió el porqué de las miradas de reojo, la razón de su miedo. El niño levantó la mano y sin mirarlo señaló el póster de anatomía del cuerpo humano con sus músculos y sin piel.

—Era así.

Ángel de la guarda

Elizondo

Ignacio Aldecoa no tenía despertador, nunca lo había necesitado. Encendió una lamparita y tomó de la mesilla el reloj que había heredado de su padre. Eran las cinco de la madrugada. Supo que cuando bajase aún encontraría rescoldos rojizos en la chimenea del comedor. No había pegado ojo en toda la noche; por más que lo intentaba, no lograba quitarse de la cabeza la oscuridad de aquella mirada. En su mente se reproducía una y otra vez una eterna moviola de imágenes: la mano blanca meciéndose en el aire, el vaporoso encaje que la envolvía, el pelo mate y negro de lobo y aquella sonrisa.

Aunque no tenía apetito, se terminó el copioso desayuno que por costumbre tomaba cada mañana y, cuando fue a salir, comprobó, solo a medias sorprendido, que por primera vez en años su esposa había echado la llave a la puerta. El caserío más próximo estaba a tres kilómetros, y por tradición no se cerraba la puerta en aquella casa. Se demoró unos segundos contemplando el llavín mientras se preguntaba cuánto había llegado a ver Joxepi de la mujer del coche. Sin duda lo suficiente como para impulsarla a cerrar una puerta que no había cerrado jamás. Salió cerrando de nuevo y se dirigió a los establos silbando para llamar a sus perros Argi e Ipar, una pareja de border collie que eran sus inseparables compañeros de trabajo.

Cuando regresó a mediodía, encontró a Joxepi hablando por teléfono con Engrasi. No le hizo falta preguntar, por sus palabras pudo deducir la conversación. La tarde anterior habían acudido juntos hasta el cuartel de la Guardia Civil para presentar la denuncia. Y esa misma mañana el teniente la había llamado para explicarle que según los registros de la policía francesa no había ningún coche en el país con aquel número de matrícula. Puede que lo hubieran tomado mal o que hubieran confundido una letra con un número.

Ignacio negó suavemente con la cabeza mientras troceaba sobre la fregadera la comida para sus perros. No le sorprendía nada que la matrícula fuese falsa, o que el teniente no se hubiera molestado ni lo más mínimo en buscarla. No se le escapaba el gesto burlón que, mientras creía que no miraban, le había dedicado al sargento. La posibilidad de un secuestro le parecía tan remota como la de una abducción extraterrestre, incluso se había permitido esgrimir tres o cuatro teorías sobre los grados de borrachera que podían alcanzar los turistas un viernes y la tendencia a la imaginación y la confusión de una niña pequeña. Daba igual, Ignacio ya había tomado una decisión.

Desde el interior del aula, Amaia vio a Ignacio detenido en el patio. Sabía que la tía vendría a buscarla, pero se alegró de que él estuviera allí. Serio e inmóvil permanecía bajo el suave *zirimiri* del que los demás se escondían. Llevaba puesto un chubasquero azul marino y la boina negra calada y perlada de gotitas de lluvia que la hacían brillar como plata. Sentado a su lado, esperando atento, Ipar. Cuando sonó la campana Amaia se rezagó como tenía por costumbre para dejar salir primero a la horda de ruidosos críos. Algunos se acercaron a Ignacio, incluso hicieron un ademán de tocar a Ipar.

—Muerde —advirtió grave a los más aventurados.

Amaia sonrió al ver el gesto con el que recogían la mano protegiéndola con la otra, como si realmente se los fuese a comer. Cuando Amaia los alcanzó, Ignacio se inclinó un poco para hablarle.

—¿Cómo está tu mano? —dijo reparando en el vendaje que la cubría.

—¡Oh! —exclamó ella disculpándose—. La tía se empeñó.

Ignacio hizo un gesto al perro que, tras erguirse sobre sus patas, comenzó a olisquear a la niña rodeándola una y otra vez. Después volvió a su posición inicial sentado junto a su dueño.

La niña extendió la mano y dejó que el perro oliese el vendaje.

—Amaia, este es Ipar. Es un border collie, la mejor clase de perro pastor que existe. Estos perros llevan cuatro generaciones con mi familia, así que Ipar es el tataranieta del Ipar original. Su olfato y su oído son extraordinarios, siempre está atento, no se le escapa nada y es muy valiente. Desde hoy Ipar cuidará de ti. Es tu perro.

Amaia sonrió abriendo muchos los ojos, aunque después pareció asaltarle la duda.

—¿La tía...?

—Tu tía está de acuerdo. Durante unos días os acompañaré en el trayecto del colegio a casa y de casa al colegio. Tú puedes jugar con él, pero no dejes que los demás chicos lo hagan. Amaia, Ipar no puede tener amigos, estos perros solo tienen un jefe, y su jefa vas a ser tú. Tú no te separes de él, porque nada malo te pasará mientras él esté a tu lado. Ipar sería capaz de enfrentarse a un lobo y lo haría para defenderte.

Amaia miró a Ipar calibrando su fuerza y de nuevo a Ignacio, y él supo entonces lo que estaba pensando. Ella nunca había visto a un lobo; para ella era un animal salvaje que salía en los documentales de naturaleza, tan ajeno como un tigre bengalí o un león africano. Necesitaba más garantías. Así que dijo lo que tenía que decir.

—Y si vuelve la bruja, la matará.

—¿De verdad? —Allí estaba, el anhelo de certeza en su voz.

—Acabará con ella, te doy mi palabra.

La niña no sonrió. Entendía que era algo serio. Puso su mano herida sobre la cabeza del perro y le dijo:

—Vamos, Ipar.

Sin piel

Hospital Charity, Nueva Orleans
Mañana del martes, 30 de agosto de 2005

Amaia vio que Johnson le hacía señales desde la puerta del box mientras se despedía de un hombre con el que había estado hablando. Sin soltar a Jacob de la mano, se dirigió hacia allí.

—¿Se sabe algo ya?

Johnson se giró hacia la puerta con gesto de impaciencia.

—Aún nada, no para de entrar y salir gente, pero no dicen nada. La he llamado porque tengo un par de cosas que contarle.

Amaia se fijó en el rostro de Johnson. Estaba pálido, a pesar del intenso calor que hacía allí. Su piel se veía tan apagada como tras un invierno. Incluso su bigote, el elemento más personal de su rostro, de habitual grueso y desafiante, parecía más pequeño y deslucido. Estaba preocupado por Dupree; ella no se lo reprochó, estaba claro que se apreciaban y que, por encima de la evidente desaprobación por la manipulación y ocultación que se habían traído entre manos Bull y él, Johnson anteponía su devoción por aquel hombre.

Quizá para escapar a su escrutinio, Johnson la miró a los ojos.

—¿Ha visto al tipo con el que hablaba? Era Lorenzo.

Ella le miró perdida.

—Phil Lorenzo, de Rescue Me. ¿Recuerda que tenían el hospital como base? Hablamos con ellos aquí ayer por la mañana.

—El compañero de Brad Nelson —dijo cayendo—. ¿Qué dice?

—Pues muchas cosas, pero no sé si nos sirven de algo, todo muy ambiguo. Por una parte, dice que es verdad que Nelson se ausentó por lo menos una vez, y otra llegó más tarde. De hecho, dice que hubo una ocasión en

la que él le cubrió alegando que estaba en otro puesto, cuando en realidad se había ido. El jefe del grupo no llegó a saberlo.

Amaia le miró interrogativa. Todo cuadraba.

—Pero también dice que Nelson tenía problemas en su matrimonio y muchas cosas que solucionar con su familia. Y él es un tipo comprensivo, porque hace diez años estuvo a punto de divorciarse. Bebía mucho. Total, que se vio reflejado en Nelson y decidió cubrirle, porque reconoce que él también lo pasó mal y que entonces le daba vergüenza decir cuáles eran sus verdaderos problemas. Iba a Alcohólicos Anónimos, siempre a escondidas, y tenía que inventarse excusas y mentiras. Me ha reconocido que por aquella época era un mentiroso profesional, pero también entiende que es una fase y que cuando estás preparado lo superas. «Las cosas que te avergüenzan se convierten en tu orgullo», me ha dicho. Hasta me ha mostrado una chapa azul y dorada por llevar diez años sobrio.

—Entonces, ¿cree que Nelson tiene problemas con el alcohol?

—Parece ser que no ha querido preguntárselo directamente, como parte de lo comprensivo que es —dijo Johnson resignado.

—Vale, tenemos a un tipo que le da coartada porque se identifica con él y cree que es alcohólico. Bueno, lo cierto es que no arroja ninguna luz sobre lo que ya sabemos, excepto confirmar que Brad Nelson tenía grandes problemas con su familia, que pensaba que tenía que solucionarlos y que para hacerlo tuvo que ausentarse de su trabajo en varias ocasiones. Y sin que nadie lo supiera, salvo su encantador compañero, en los lugares donde esas familias fueron asesinadas.

—Y sin embargo usted no cree que sea el compositor...

—Los ataques de ira me cuadran mejor con alguien que tiene problemas con la bebida. Y las reuniones de Alcohólicos Anónimos a menudo se hacen en los locales parroquiales de las iglesias. Recuerde que el capitán Reed vio a Brad Nelson entrando a hurtadillas en una, a pesar de que nadie hubiera dicho que fuera creyente.

—Bueno. Ya le he dicho que tenía al menos otra noticia —dijo dando unos suaves toquitos a la mochila con el portátil que llevaba al costado—. Los teléfonos móviles siguen sin funcionar, pero parece que el sistema informático del hospital se mantiene operativo. Una enfermera me confirmó que la intranet funcionaba y, aunque va muy lento, el correo electrónico también. He conseguido conectarme con su clave y me han entrado varios

correos. Todo va muy despacio, me ha costado veinte minutos que el texto se generase. Uno va dirigido a usted —dijo sacando el portátil y mostrándole la pantalla.

—De Virgil Landis. Es el director de la American Insurance Association.

Amaia leyó el correo mientras Johnson sostenía el portátil apoyándolo en su antebrazo y resumía el contenido en voz alta.

—Le explica el funcionamiento de su asociación, la labor de los inspectores. Confirma que esas personas tienen acceso a todos los datos de las pólizas que reaseguran. Suelen visitar los escenarios de catástrofes para autorizar los pagos que se hacen con el fondo común para estos casos. La verdad es que se muestra muy colaborador y sin poner pega, cosa rara. Lo único que no incluye es la información que le pidió sobre los inspectores de ese rango de edad con tres hijos. Dice que no puede enviar esos datos en un correo electrónico al que podría acceder cualquiera.

Hizo un gesto de obviedad encogiéndose de hombros.

Amaia levantó los ojos de la pantalla.

—Bueno, de todas maneras no habríamos adelantado mucho; creo que he podido equivocarme en la edad de los hijos. La edad de las víctimas me ha inducido a pensar en que todo se repetía, pero no ha tenido tiempo literal. Si hace dieciocho años... —miró al pequeño Jacob a su lado— hizo aquello y desapareció, aunque hubiese rehecho su vida muy pronto, sus hijos tienen que ser por fuerza más pequeños. Jacob me ha ayudado con eso. Creo que puede tener un hijo que cursa cuarto o quinto y que se llama Mic, Michael o Michel, y es el dueño del violín; puede que otro de sus hermanos también toque, y creo que esa es la razón por la que regresó a por él en Galveston.

—Se dio cuenta de que su hijo lo había marcado y pensó que eso podría llevarlo hasta él —teorizó Johnson.

Amaia inclinó la cabeza a un lado, pensativa.

—Hay otro aspecto que veo ahora. Al dejar un violín en el lugar de los asesinatos no solamente convierte cualquier estancia en la sala de música. Si sus hijos también tocan el violín, convierte el hecho en una transmutación perfecta. Se confirma la teoría de que todos esos crímenes son solamente el ensayo del asesinato de su familia.

Johnson asintió mientras lo consideraba.

—Creo que es un razonamiento brillante. A Dupree le encantará.

Amaia dejó salir todo el aire de sus pulmones resoplando cansada.

—No lo sé, es todo confuso; no sé si pienso con demasiada claridad o mi cerebro trata de completar vacíos con teorías absurdas.

—Creo que no está todo perdido con Landis; en su correo dice que no le parece el canal adecuado para enviar esa información, pero no menciona nada como una orden judicial, y le manda su número de teléfono personal. Yo creo que le apetece un poco de cotilleo —dijo Johnson.

—Ya, pero los móviles siguen sin funcionar.

Johnson se inclinó para hablarle al oído.

—Escuche, la enfermera que me dijo lo de la intranet me explicó también que las líneas fijas del hospital aún funcionan. Los números de información y centralita están saturados, si levanta un teléfono no obtendrá ninguna señal, pero ella me contó que han puesto un código para acceder al exterior. En la cuarta planta hay despachos de administración que están cerrados donde hay teléfonos fijos. Cero, cero, uno, almohadilla. ¿Sabe usar una ganzúa? —dijo deslizándole dos agujas de metal en la mano.

Ella le tendió a su vez la manita de Jacob.

—Esa enfermera es una verdadera mina, o usted le ha caído muy bien...

—Uno no ha perdido todo el encanto... —Intentó sonreír. Su bigote pareció un poco menos mustio.

Pensó en la hora cuando ya había marcado. Por la ventana comprobó que en algún momento, mientras estaba sentada en aquel pasillo junto a Jacob, había amanecido. No podía ver el exterior, porque las ventanas de aquel despacho estaban cubiertas por ese horrible plástico que imitaba el efecto al ácido impidiendo ver afuera. Consultó el reloj: 07:40 h. Bueno, con la diferencia horaria entre Nueva Orleans y Washington, era probable que el señor Landis estuviese ya despierto. Y si no, correría el riesgo. Al fin y al cabo, si uno daba su número personal, era porque contemplaba la posibilidad de que le llamasen.

Landis ya se había levantado, de hecho estaba desayunando cuando sonó el teléfono. Amaia no trató de disculparse; quizá en otra circunstancia le habría propuesto llamarle más tarde, pero no podía arriesgarse: las posibilidades de encontrar un teléfono eran escasas. A Landis no pareció importarle.

—Espero haberle sido de ayuda, la verdad es que el trabajo de los inspectores de seguros es el gran desconocido.

—Señor Landis, ha sido muy amable al facilitarme su número. Entiendo que la información que le solicitaba puede llegar a ser algo delicada. De momento se trataría solamente de información genérica a la que tiene acceso cualquier departamento de personal, y nos sería de gran ayuda, ya que estamos en medio de una importantísima investigación de naturaleza reservada, bueno —dejó escapar una risita tonta—; lo cierto es que no debería contarle esto... pero sospechamos que uno de sus inspectores puede estar metido en un asunto muy serio.

Johnson tenía razón. Landis se moría de gusto.

—Mi máxima ha sido siempre ayudar en todo lo que pueda a la policía, imagínese cuando vi que se trataba del FBI, estoy encantado de colaborar.

—Es usted muy amable, señor Landis. Por supuesto confío en su discreción porque me veré obligada a ir revelándole más aspectos de la investigación en la medida en que nuestra colaboración progrese, y tratándose de un asunto tan «delicado» —dijo poniendo énfasis en la última palabra, que lanzó como un sedal del que cuelga una sardina.

—Por supuesto.

—Dígame una cosa, ¿todos los inspectores viajan a los lugares donde han ocurrido catástrofes?

—Sí, se lo explicaba en el correo; han de hacerlo si tienen que autorizar que la indemnización salga del fondo creado a tal efecto.

—¿Y viajan por todo el país?

—Bueno, las inspecciones están divididas en cuatro secciones que, más o menos, dividen el país en cuatro cuartos. Los inspectores normalmente viajan dentro de su zona, pero pueden ser requeridos en otros lugares cuando se trata de un gran desastre. Como sabrá, la actuación inmediata en esos momentos es primordial, en ocasiones varios inspectores se trasladan a una zona.

—En su correo decía que jamás lo hacen antes de la catástrofe, aunque sea un evento anunciado como en este caso el huracán Katrina.

—Es algo impensable arriesgar la vida de nuestros empleados. Sería una absoluta insensatez y además tendríamos que aumentar la prima de sus seguros —añadió riendo.

Amaia supuso que era un chiste de aseguradores. Fingió reír.

—Bastante tienen con tener que acudir a esos sitios después de las

catástrofes; le aseguro que su trabajo no está libre de riesgos —advirtió él.

—Y un inspector tendría acceso a información privada que contienen las pólizas, que en muchos casos se hacen incluso bajo juramento, ¿verdad?

—Sí, la falta de veracidad en lo declarado es óbice para cobrar las indemnizaciones. Los tomadores son informados de esta particularidad al contraer el seguro —explicó Landis.

—Claro, y dígame, ¿necesitan algún tipo de autorización para acceder a esa información?

—Su grado como inspectores los autoriza a acceder al contenido de cualquier póliza extendida por nuestros asociados.

Amaia hizo una pausa mientras imaginaba a Landis relamido y estirado como un gato.

—El hombre que buscamos puede tener entre cincuenta y sesenta años —expuso Amaia.

Landis hizo un ruidito, como un «umm», que reforzó la imagen gatuna que Amaia se había formado de él.

—Eso ya supone un problema. Si es un inspector, es probable que esté en esa franja de edad: nuestra empresa valora la dedicación, pero sobre todo el conocimiento. Ser inspector es un grado que se obtiene acumulando experiencia. Hay alguno más joven, pero la mayoría se mueve en esa franja de edad.

—Pues si tuviera que afinar más diría que tiene alrededor de cincuenta y cinco años. Pero además estará casado y tendrá tres hijos, muy probablemente dos chicos y una chica, y bueno, no sé si tendrán ese tipo de datos, pero creemos que uno de los chicos puede llamarse Michael y tenga alrededor de diez años.

—Somos una compañía de seguros de compañías de seguros, tenemos todos los datos, nuestros trabajadores tienen la obligación de tomar un seguro con la empresa; además, hace cinco o seis años se creó un fichero con los cumpleaños de los empleados y sus hijos para felicitarlos en su día.

—Dígame, ¿solo tienen oficinas en Washington?

—No, por supuesto tenemos más. De hecho, en Washington solo están las oficinas administrativas; nuestro personal se divide en dos centrales, una en Nueva York y la otra en Austin, Texas.

No pudo evitar calcularlo. Nueva York estaba más cerca de Cape May, en Nueva Jersey; Galveston, Killeen y Alvord estaban en Texas; Brooksville muy

cerca, en Oklahoma. También habría sido fácil moverse desde allí hasta Florida o Nueva Orleans... Aunque si todos los inspectores tenían acceso a la misma información, solo tenía que tomar un avión hasta una distancia prudencial del lugar donde iba a producirse una gran tormenta. Sin demasiada convicción, Amaia arriesgó en su última petición:

—Señor Landis, voy a pasarle también una lista de lugares en los que se han producido grandes catástrofes en los últimos meses, incluida Nueva Orleans, donde la tragedia está ocurriendo en este momento. Así que no sé cuándo podré volver a llamarle, aunque lo intentaré por todos los medios. Pero podría ser muy interesante para el desarrollo de nuestra investigación establecer qué inspector o inspectores visitaron estos lugares y en qué momento. Y también si alguno de ellos ha pedido vacaciones coincidiendo con las fechas de esos desastres, o está de vacaciones desde hace dos días.

—Ajá —contestó Landis, que debía de estar tomando notas.

Tuvo un chispazo de inspiración.

—¿Podría cotejar los lugares de nacimiento de sus inspectores con esa lista?

—Sí.

—¿Cuánto estima que tardará en tener todos estos datos?

Landis quedó en silencio durante unos segundos mientras Amaia rogaba que fuese rápido.

—Algunos podré tenerlos hoy, pero para la mayoría tendré que consultar al departamento de personal en nuestras oficinas... Digamos mañana a mediodía.

Florida. 07:40 h del 30 de agosto de 2005.

Inmediaciones de la residencia familiar de los Nelson

La agente Stella Tucker notó que la pierna izquierda se le había dormido. Se estiró todo lo que pudo, que no fue mucho, hasta que su cabeza tocó el techo de la furgoneta, lo que la obligó a inclinarse hacia delante si quería extender del todo las piernas. Volvió la cabeza hacia los cinco hombres que la acompañaban a tiempo de ver cómo todos, excepto Emerson, que estaba apostado a su lado junto a la ventanilla posterior, giraban la cabeza fingiendo que no habían estado mirándole el trasero. Puso los ojos en blanco mientras se

masajeaba las pantorrillas tratando de reactivar la circulación en la zona. No iba a quejarse; al menos, el saber que ella estaría de nuevo en la furgoneta en la vigilancia a la casa de los Nelson había provocado que todos se pusieran desodorante; alguno, loción para después del afeitado y colonia, y, los más cumplidos, hasta habían pasado por la ducha.

Por los auriculares le llegó la voz clara del jefe de los SWAT, el equipo de armas y tácticas especiales.

—Acaba de moverse, continúa con las manos cruzadas sobre el volante, pero ha levantado la cabeza.

—Esperen —contestó ella—. Recuerden que a menos que haga algo raro esperaremos a que llegue a la casa. Si lo detenemos ahora, aunque vaya armado, el fiscal nos lo tirará por los suelos, recuerden que es un policía. Aguardaremos a que entre en la casa.

Lo había repetido diez veces, pero entendía que los SWAT se impacientasen; ella misma estaba nerviosa e irritable. Las piernas le ardían de estar en cuclillas para poder ver el coche por la ventana trasera; la otra opción era quedarse de pie inclinada hacia delante, pero sabía que, en este caso, ella misma terminaría detenida por pegarle un tiro a alguno de los cromañones que casi gruñían cada vez que ella cambiaba de postura buscando un poco de alivio para sus piernas.

Brad Nelson llevaba una hora y siete minutos dentro de su coche, ante la casa de su esposa.

Cuando llegó, paró frente a la entrada y detuvo el motor decidido. En aquel momento estuvo segura de que saldría y caminaría directamente hacia la entrada. Hasta había abierto la portezuela, con lo que la luz del techo en el interior del coche se encendió. Pero entonces había vuelto a cerrarla y se había quedado allí, mirando hacia la casa fijamente, sin moverse apenas. En la última media hora había alternado momentos de inmovilidad absoluta con períodos recostado sobre el volante, con los brazos cruzados y apoyando la cabeza sobre ellos como si dormitase. Hacía diez minutos había levantado la mirada durante unos segundos, como si algo llamase su atención, pero después había entrecruzado los dedos de ambas manos apoyándolos de nuevo en el volante e inclinando la cabeza.

—Mi hombre en la azotea dice que parece que esté rezando —le había dicho el jefe de los SWAT.

Eso le había parecido significativo. Que el compositor rezase sus

oraciones antes de emprender la matanza era algo que encajaba en el perfil que había desarrollado a partir de sus crímenes y del comportamiento de Martin Lenx.

—Ha descruzado las manos y ha echado la cabeza para atrás.

Oteó por la ventanilla. Tenía una vista inmejorable de la fachada de la casa de estilo español, con una gran terraza en la azotea y una palmera frente a la entrada que estorbaba, en parte, para poder ver el acceso al patio trasero. Aunque desde su posición no alcanzaba a divisar más que la parte trasera lateral del coche, lo que le impedía una buena visión de la cabeza del conductor en su interior.

—Estén atentos. Que haya terminado sus oraciones puede ser la señal de que ya se siente preparado.

Fue como si lo hubiese adivinado.

—Atención, se mueve —alertó el jefe de los SWAT—. Ha agarrado el volante con las dos manos y mira hacia la casa muy erguido. Se ha agachado a coger algo de la guantera. Atención, arma. Repito, tiene un arma.

—Atentos ahora —rogó Tucker una vez más—. Recuerden esperar hasta que entre en la casa.

Vio cómo la puerta del coche de Nelson se abría con tanta fuerza que tocó en el extremo y volvió sobre sí misma golpeando al hombre, que no pareció inmutarse. Llevaba el arma sujeta con las dos manos. Con firmeza. Sin preocuparse de la puerta del coche, que quedó abierta, corrió agachado hacia el lateral de la casa. Tucker estaba asombrada; no habría jurado que ese fuese a ser su proceder. Durante más de una hora había permanecido detenido frente a la casa, indeciso y apocado, como si le faltase el valor. Tucker había llegado a estar segura de que arrancararía el coche y se iría de allí. La voz del jefe de los SWAT atronó en sus auriculares.

—Atención, va por detrás. Está armado y se dirige a la puerta trasera.

Anhelando el aire fresco libre de loción masculina e incapaz de contenerse más, abrió el portón trasero, tan solo una rendija. En la tranquila calle de primera hora de la mañana, el estruendo de los golpes le llegó antes que la voz del jefe.

—Atención, está derribando la puerta trasera, la está tirando a patadas.

—Esperen a que entre —le dio tiempo a repetir.

Lo siguiente que oyó fueron varios disparos, en el momento habría jurado que cuatro, aunque tras hacer la reconstrucción contaron cinco: cuatro de

Nelson y uno del SWAT apostado en su salón, a quien no le quedó más remedio que disparar.

Hospital Charity, Nueva Orleans

Al regresar a urgencias, Amaia vio que Bull se había reunido con Johnson frente a la puerta del box y que el pequeño Jacob ya no estaba. Charbou venía por el pasillo visiblemente cabreado.

—¿Dónde está el niño? —preguntó ella.

—No se preocupe, está con su abuela —contestó Johnson—, el marido está estable. Los han trasladado al tercer piso.

—¿Se sabe algo? —preguntó haciendo un gesto hacia la puerta.

Charbou respondió airado mirando a su compañero.

—No, no se sabe una puta mierda, ¿y sabe por qué?, yo se lo voy a decir, porque estos dos, su jefe y mi colega, nos han estado haciendo la cama mientras creíamos perseguir a un asesino en serie.

—Eso no es así. Perseguimos al compositor —respondió paciente y en voz baja Jason Bull.

—Salazar lo vio desde el principio, los cuchicheos, las miraditas, las llamadas aparte. Ya te puedes reír, colega. Yo no lo vi y, si lo vi, no quise creerlo, a pesar de que ella me advirtió, porque ni en un millón de años podría haber imaginado que hicieras algo así.

Bull mantenía la cabeza gacha aguantando el rapapolvo. Contestó en voz muy baja.

—No lo entenderías.

Charbou le miró indignado.

—¿Que no lo entendería? Insinúas que soy imbécil. Si hay algo que no entiendo es por qué no me lo has explicado. Y ya puedes empezar a largar comenzando por qué cojones es eso que hemos traído en la zódiac, tapado como un puto pájaro dormido.

—¿Qué te parece a ti que es? —preguntó calmado Bull mirando a Charbou a los ojos.

El otro no se sintió intimidado; adelantó un paso hasta quedar frente a su compañero y contestó:

—Lo que me parece no tiene nombre, y si lo tiene, no quiero decirlo.

Bull asintió.

—Pues eso es exactamente lo que es.

Charbou le mantuvo la mirada dos segundos y fingió que reía.

—¿Pretendes decirme que es un puto zombi?

—Solo digo que algunas cosas son lo que parecen. Ya sabes, la explicación más sencilla... —respondió sin alterarse.

—¿Qué es Samedi? —inquirió Amaia muy seria.

Bull apretó los labios antes de responder.

—No puedo contestar a eso; forma parte de la investigación que llevo con el agente Dupree. No puedo sin su autorización.

Fue Johnson el que habló.

—¿Su autorización? El agente Dupree ha sufrido un infarto, ¿o es que no lo ha visto? Está ahí dentro con su vida pendiendo de un hilo. Soy el siguiente agente de más rango y estoy al mando. Le ordeno que informe.

—No puede darme órdenes, yo no soy un agente del FBI. La naturaleza de mi colaboración con el agente Dupree es...

Charbou lo agarró del cuello y lo aplastó contra la pared. Y Bull ni siquiera levantó las manos para protegerse.

—Fui a tu boda, soy el padrino de tu hijo pequeño y me vienes con esas.

Johnson y Amaia sujetaron a Charbou, pero sin hacer demasiada fuerza.

—Está bien —se rindió Bull cerrando los ojos.

Charbou lo soltó y retrocedió dos pasos.

—Se llama Médora, Médora Lirette. Y fue raptada hace diez años, cuando acababa de cumplir dieciséis, durante el paso del huracán Casilda.

Johnson asintió.

—Continúe.

—Entonces yo estaba en delitos contra las personas. Médora era la hermana pequeña de Jerome Jay Lirette, un conocido traficante de Terrebonne, en los pantanos, como a una hora de aquí. Jerome había comenzado muy joven vendiendo droga, pero era listo. Nunca se enganchó y prosperó en el negocio hasta convertirse en un traficante a media escala, con un montón de gente que trabajaba para él. En unos años se había ganado cierto prestigio, si es que eso es posible en su mundo. Cuidaba de su madre y de su abuela, y era particularmente protector con su hermana pequeña. La misma noche en que el huracán Casilda pasó sobre los pantanos, unos individuos de idéntica

descripción a los que se han llevado a las hermanas de Jacob irrumpieron en su casa y se llevaron a Médora, que era preciosa, y a dos amigas que pasaban la noche con ella. Las tres menores.

—¿Médora es la víctima de un secuestro de hace diez años? ¿Está seguro?

—Lleva su nombre tatuado en la nuca, un regalo de su hermano por su cumpleaños. Es lo único reconocible que queda en ella. Y fue un rapto, no un secuestro. Los que se la llevaron no querían nada a cambio porque no tenían la intención de devolverla. A pesar de que los traficantes resuelven ellos mismos sus asuntos, cuando Médora desapareció, Lirette presentó una denuncia, y no lo hizo en Terrebonne, donde vivía. Vino a Nueva Orleans, entró en la central de policía acompañado de tres abogados, se identificaron y pidieron hablar con el capitán y con el fiscal.

»De entrada, me lo enviaron a mí. Jerome estaba descompuesto. Se notaba que llevaba tiempo sin dormir y que aquello, lo que fuera, estaba más allá de su alcance. Al principio no dijo una palabra. Estaba tan demacrado que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

»Después declaró que su hermana había sido raptada, empleó esta palabra, y no secuestrada o retenida. Dijo raptada. Declaró que sabía quién la tenía y que estaba dispuesto a revelar nombres del entramado de tráfico de drogas en la ciudad a cambio de inmunidad respecto a esos delitos y la colaboración de la policía de Nueva Orleans y del FBI para resolver el rapto de su hermana. Creo que se pueden imaginar nuestras caras. Lirette no volvió a decir una palabra, pero sus abogados fueron concretos en la petición. Dijeron que el señor Lirette era consciente de la gravedad del asunto, pero también de la importancia de lo que iba a desvelar y que implicaría destapar muchos aspectos de los mecanismos internos de su negocio: socios, distribuidores, canales de entrada, personal implicado en el puerto y en el control de mercancías. Nos constaba que la mayor entrada de drogas se producía a través de los canales y los pantanos, pero aun así la estructura del puerto era un caramelo imposible de rechazar. Lo tenían todo por escrito y lo entregarían si llegaban a un acuerdo. Se encerraron en el despacho con el capitán y se concedió al fiscal quince segundos para hojear una declaración de veinte páginas. En diez segundos el fiscal ya había accedido. Se firmó la documentación, entregaron el material, y los de narcóticos se pusieron inmediatamente a trabajar.

»Jerome nos contó que un mes atrás había comenzado una relación de tanteo con una organización de la que solo sabía con certeza que venía de Baton Rouge. Jerome no había llegado hasta donde estaba siendo tonto. Las preguntas le hicieron sospechar que el interés de aquellos tipos no era para garantizar los negocios, sino para quedarse con la infraestructura de sus redes. Entonces fue cuando rompió relaciones con ellos. Dos noches atrás, mientras el huracán Casilda arrasaba la zona, un grupo había irrumpido en su casa aterrorizando a su madre y a su abuela y llevándose a su hermana de dieciséis años y a sus dos amigas. Dijo que se la había llevado Samedi.

—Lo mismo que ha dicho la abuela de Jacob —dijo Amaia—. El niño describió a dos encapuchados armados y a otro individuo con el mismo aspecto de Médora, y, después de contarme con todo detalle cómo se había producido el ataque, ha identificado al jefe de los secuestradores que se llevaron a sus hermanas mostrándome un póster de anatomía en el que el cuerpo aparece con músculos pero sin piel.

—¡Por Dios! —protestó Charbou—. Está sugestionado por lo que ha dicho su abuela, y bueno, que ver a la amiga Médora pone los pelos de punta a cualquiera. Pero es un crío de cuatro años.

—Cinco —rebatió Amaia—. Es un chaval muy listo y uno de los testigos más fiables y templados que he entrevistado nunca.

—Vale, si ahora va a dar credibilidad a lo que diga un niño de cuatro años estamos arreglados.

—Cinco, cinco años, y no sé por qué no le iba a creer. No entiendo por qué se pone en duda la palabra de los niños. No sé por qué iba a tener menos credibilidad Jacob que Jerome Lirette, y por él abrieron un caso —le espetó Amaia irritada. Johnson la miró como en un *déjà vu*; a menudo tenía la sensación de que la subinspectora hablaba de ella misma.

—Todo el mundo en Luisiana sabe quién es Samedi —argumentó Charbou—. Samedi es el Barón Samedi, uno de los *loas* de vudú. El *loa* de la muerte. Un espíritu maléfico, al que se le atribuyen las peores fechorías, y que habrán visto representado un millón de veces durante el carnaval o en Halloween. Un esqueleto de cuencas hundidas con un sombrero de copa y un puro en la boca; en ocasiones también lo representan vestido con un esmoquin o un frac... Estoy seguro de que todos los críos saben identificarlo. Es una figura de nuestro folclore, como los duendes verdes lo son de Irlanda. —Hizo una pausa y miró a Bull—. Y luego está la leyenda de Samedi, la organización

secreta, de la Casa negra, o la Iglesia negra, como lo llaman algunos. Supongo que todos los policías en Luisiana han escuchado alguna vez cómo se le atribuían a Samedi los casos que no podían explicarse. La imposibilidad de esclarecer algunos casos de desaparición ha llevado a la sospecha de una red de pedofilia, de prostitución de menores o de trata de chicas muy jóvenes. Pero yo creo que Samedi no existe —aclaró Charbou—. Es la versión del cuento de viejas para policías: una supuesta organización criminal secreta y muy poderosa, a la que poder achacarle crímenes sin resolver. Un fantasma. Ninguna investigación oficial ha arrojado ni un indicio de su existencia.

Bull matizó, más abierto:

—Yo siempre acepté que podía haber algo de verdad en esas historias. Es sabido que muchas redes criminales operan en la sombra durante años sin que su existencia llegue a probarse, o quizá gracias a ello. Samedi podía tener algo de eso, pero el resto de lo que se decía sin duda era leyenda; hasta aquel momento para mí era una organización ficticia e imaginaria. Hasta que llegó Jerome Lirette. Jerome nos contó que dos noches antes unos individuos habían irrumpido en su casa, de madrugada, justo tras el paso del huracán. Como en el caso de hoy. En la vivienda estaban en ese momento su madre, su abuela, su hermana Médora y dos amigas, además de él y dos de sus lugartenientes. No había luz y el teléfono no funcionaba, pero la casa había soportado bien el huracán. Oyeron un gran estruendo y pensaron que un tornado que formaba parte de la cola del huracán había reventado la puerta. Los individuos que irrumpieron en la casa ejecutaron inmediatamente a los dos lugartenientes disparándoles en la cabeza. Después, el mismísimo Barón Samedi entró en la vivienda acompañado por tres personas más: Jerome dijo «de aspecto extraño», aunque se negó a darnos una descripción. Entre los gritos despavoridos de su madre y su abuela, los que le acompañaban rodearon a las niñas y las empujaron hacia el exterior, mientras el barón, o el hombre vestido de Barón Samedi, de pie en medio de la estancia, observaba el caos de gritos y terror con evidente regocijo, como si todo aquello le divirtiese muchísimo. Su madre y su abuela trataron de impedirlo, pero las derribaron sin piedad. Su abuela quedó muerta en el suelo; su madre tenía la clavícula y un brazo rotos. Entre lágrimas nos confesó que no hizo nada, estaba literalmente aterrado, y el miedo lo había paralizado. Entonces, mientras salían por donde habían entrado, escuchó los gritos de su hermana. Médora le llamaba pidiendo socorro, aterrorizada, y él fue incapaz de ayudarla.

»Dijo que llevaba los gritos de su hermana clavados en el alma. Le hicimos pasar el polígrafo, aunque no habría hecho falta: era evidente que él creía que decía la verdad. Se sentía humillado y atormentado, y era incuestionable que lo que estaba contando le causaba una terrible vergüenza y deshonra, además de que ningún traficante de su talla iba a entregar a la fiscalía la mitad de su negocio por una burla. Comprobamos su historia. El caso en la localidad se había solventado como un ajuste de cuentas entre narcotraficantes. Jerome le había contado al *sheriff* que unos individuos habían entrado en su casa de madrugada, matado a sus amigos y a su abuela y herido de gravedad a su madre. No había mencionado la desaparición de Médora ni de las otras chicas. Cuando el *sheriff* le preguntó por su hermana, Jerome le dijo que estaba en casa de un familiar en Saint Bernard. En el depósito de cadáveres de Saint Gabriel en Terrebonne estaban los dos lugartenientes de Jerome. El *sheriff* había autorizado la salida del cuerpo de Amelia Lirette, la abuela de Jerome, hacia una funeraria local. El caso es que las lesiones en los cadáveres coincidían con su historia; las otras dos chicas faltaban de su casa.

»Fuimos al hospital y la declaración de la madre de Jerome fue aún más rara, porque ella sí nos contó cómo eran los acompañantes del hombre vestido de Samedi: dos encapuchados y tres personas no vivas, así lo dijo. Así que, cogiendo con pinzas la declaración de Jerome, iniciamos una investigación por el secuestro de Médora Lirette y las otras dos chicas, que estábamos convencidos de que habían sido víctimas de oportunidad. La investigación se planteó inicialmente como un secuestro y con la sospecha de que los negocios de Jerome tenían algo que ver con la desaparición de su hermana. Sobre todo, porque aquellos fulanos de Baton Rouge que tenían tanto interés en hacer negocios habían desaparecido de la faz de la Tierra. La investigación nos llevó hacia la posibilidad de la existencia de una red criminal organizada que estuviera absorbiendo a medianos y grandes traficantes y sus canales de distribución a través de la presión ejercida secuestrando a sus familiares más cercanos. Es una práctica extendida en México, en Brasil y en Colombia, entre los cárteles de la droga. Nos llegaron rumores, la Iglesia negra, la Casa negra, Samedi... Pero la organización era un fantasma, simplemente no existía, aunque en todos los países y en todas las policías hay una leyenda a la que atribuir los casos inexplicables, y así era en este caso. Un callejón sin salida. Hasta que un agente del FBI nos hizo cambiar el planteamiento de la investigación y

dejamos de verlo desde la perspectiva de que no tuviera tanto que ver con Jerome como con la propia Médora. Usted tenía razón —admitió Bull mirando a Amaia—. Dupree y yo nos conocíamos de antes, de mucho antes.

—Diez años —dijo ella.

Él asintió.

—Dupree y Carlino fueron los agentes asignados por el FBI para ayudar en la resolución del caso Médora Lirette.

Johnson ladeó la cabeza.

—No conozco al agente Carlino.

—Eso es porque el agente Frank Carlino, al igual que Jerome Lirette, murieron hace diez años, durante el transcurso de la investigación que estuvo a punto de costarle la vida a Dupree.

Petit bon ange. Pequeño ángel bueno

Hospital Charity, Nueva Orleans

La puerta se abrió y dos médicos se plantaron frente a ellos.

—Imagino que ustedes son los del circo de las anomalías —dijo uno de ellos.

Amaia no entendió la broma si es que lo era. Dedicó al gracioso una mirada asesina.

—No se ofendan; nos han traído tres ingresos, y jamás nos habíamos encontrado con tantas rarezas juntas.

—¿Cómo está el agente Dupree? —preguntó Johnson antes de que ella pudiera decir nada.

—Tengo buenas y malas noticias. Lo de su amigo parece un infarto agudo de miocardio, tiene los síntomas de un infarto, duele como un infarto, pero aquí viene la buena noticia, no es un infarto. Su amigo tiene lo que se conoce como síndrome del corazón roto, una cardiomiopatía de Takotsubo. Presenta síntomas similares a los de un ataque cardíaco, como el dolor en el pecho y la dificultad para respirar. Se cree que está motivado por un aumento de las hormonas relacionadas con el estrés, como la adrenalina... Las arterias no se obstruyen, sino que es el músculo cardíaco el que se resiente y debilita hasta el punto de que el ventrículo izquierdo adquiere una forma cónica, de ahí su nombre: el *takotsubo* es una especie de vasija abombada y de cuello estrecho que se usa en Japón como una trampa ideada para capturar pulpos. Tiene esta forma cónica que se estrecha en el centro para que, una vez dentro, el animal no pueda salir. El corazón de su amigo está literalmente comprimido por la mitad.

Johnson miró a Amaia sobrepasado.

—Por la mitad... —susurró.

El otro médico tomó la palabra.

—Examinando la zona hemos visto que tiene cicatrices de una antigua lesión, que presenta cinco impactos, como las huellas de un apuñalamiento, aunque a nivel interno la ecografía no revela nada. Tal vez sepan qué le ocurrió.

Amaia miró a Johnson, que negó con un gesto.

—No lo sé, pero en los últimos días se ha quejado de dolor en una antigua cicatriz.

—Es cierto —corroboró Amaia recordando el episodio con el predicador frente al *striptease* de la calle Bourbon. Observó a Bull, que casi de modo imperceptible echó el cuerpo hacia atrás bajando un poco la cabeza.

—Nos ha llamado la atención —continuó el médico— la similitud de las marcas que tiene su amigo y las que presenta el anciano que vino con ustedes. Cinco puntos de intensa presión, verdugones como los extremos de una estrella de mar. ¿Le dispararon con una táser o algo así?

Negaron.

—¿Intentaron algún tipo de reanimación con el anciano?

—No, al principio creímos que le habían disparado..., pero al ver las marcas en el pecho no le tocamos —explicó Johnson.

El médico hizo un gesto de perplejidad mirando a su colega.

—Esperaba que me confirmasen el intento de reanimación, eso podría justificar su relato. El anciano dice que quisieron arrancarle el corazón. La presión sobre el pecho durante un ataque es muy agobiante y podría haber tenido esa sensación mientras trataban de ayudarle... Solo había visto algo parecido en lesiones causadas tras recibir disparos parados por un chaleco antibalas. De todos modos, no creemos que tenga relación con lo que le ha ocurrido hoy al señor Dupree.

—¿Van a tener que operarle? —inquirió Johnson.

—No, el corazón vuelve por sí mismo a su forma original con tratamiento farmacológico, al cabo de unos días, o unas semanas, puede que un poco más. La dificultad extra que se nos presenta tiene que ver con el huracán. Está monitorizado y le hemos administrado aspirina y diuréticos, pero tiene que ser tratado con betabloqueantes e inhibidores de la enzima conversora de la angiotensina. En la farmacia del hospital se ha terminado la medicación que necesita. En circunstancias normales, la pediríamos a cualquier otro hospital de la ciudad. Mandaría una ambulancia a buscarla y estaría aquí en menos de

veinte minutos. Pero aparte de la dificultad que entrañaría mandar a alguien a otro hospital, nos consta que sus farmacias tienen el mismo problema que la nuestra.

—¿Qué van a hacer?

—Lo poco que podemos: mantenerlo monitorizado y en reposo, administrarle paliativos del dolor y poco más hasta que las cosas se vayan solucionando ahí fuera. A su corazón, bombear le supone un enorme esfuerzo, además de un intenso dolor, y aquí es donde quizá puedan ayudar. —Hizo una pausa mirándolos—. Porque tras informar a su amigo de su estado y de las circunstancias que nos rodean, el señor Dupree ha manifestado su intención de abandonar el hospital y ha pedido el alta voluntaria.

—¿Podría ser peligroso para él? —inquirió Johnson.

—Muy peligroso, aunque la recuperación normalmente transcurre sin problemas. Si no recibe tratamiento y hace esfuerzos, su estado podría complicarse por la rotura del ventrículo izquierdo. Si esto ocurriera se produciría la muerte súbita.

—Entonces no podemos dejar que salga del hospital... —dijo Bull.

El médico se encogió de hombros.

—Si fuese otro día insistiría hasta convencerle, pero ya ve cómo está esto —dijo mirando alrededor—. Necesito cada cama, cada camilla. Una cardiomiopatía de Takotsubo es muy interesante para un médico; me gustaría ver su evolución, pero estamos bajo mínimos. Hemos tenido que renunciar al aire acondicionado para que el generador alcance para mantener funcionando los soportes vitales, y se nos agota el gasoil. Se empieza a hablar de evacuar el hospital. No voy a retener aquí a nadie que por propia voluntad quiera irse. Intenten convencerle.

—¿Podemos verle?

—Ahora le están administrando medicación, podrán hacerlo dentro de un rato, pero antes necesitamos su colaboración. Los neurólogos y los psiquiatras que están tratando a la mujer que han traído quieren hacerles algunas preguntas. Están literalmente alucinados con su caso. El circo de las anomalías —dijo mirando conciliador a Amaia.

Ella no le rio la gracia.

—Yo me quedo —dijo Johnson haciendo un gesto hacia la puerta a su espalda— por si...

—Ya voy yo —respondió terminante Bull echando a andar tras los

médicos.

—Y yo —contestó Amaia sin dar lugar a discusión.

—Y yo —añadió Charbou, dedicándole una mirada cargada de intención.

—¿De dónde han sacado a esa mujer? —preguntó uno de los médicos nada más verlos.

Amaia estudió su gesto: expresaba un profundo interés, pero, además, vio en él aquella excitación algo insana ante lo extraordinario que había observado en los últimos días en varias personas; ante la inevitabilidad del huracán, el portentoso desastre o el frenesí de la caza de un depredador como el compositor o la barbarie de sus actos. Empezaba a estar un poco harta de aquel arrebatado de paroxismo ante lo que el otro médico había llamado «circo de las anomalías». Y sus miradas, como si esperasen de ellos nuevas extravagancias o los creyesen responsables de las existentes. Impaciente echó un vistazo hacia fuera a través de una ventana rota. La cuarta planta conseguía escapar a los efluvios del exterior, aunque no del intenso calor, porque allí, exceptuando las ventanas que la tormenta había destrozado, el resto seguían cerradas, como las puertas de acceso. Quizá, pensó Amaia, para garantizarse la seguridad de los internos de psiquiatría.

El silencio se podía cortar y las caras de sus compañeros no debieron reflejar una actitud más comprensiva, porque el médico bajó la mirada mientras parecía pensarlo de nuevo y retomó la conversación presentándose:

—Soy el doctor Stone, jefe de neurología; el doctor Matteu es el jefe de psiquiatría —dijo adelantándose y tendiendo la mano mientras señalaba a su colega.

—¿Cómo está la paciente? —preguntó Bull.

Los médicos se miraron antes de contestar.

—Está... bien, dadas las circunstancias. Traía una fractura abierta con muy mala pinta. Tenemos muchos problemas porque los quirófanos están en la planta baja, que como saben está inundada. Cuando el agua comenzó a subir, se trasladó todo el material posible a las plantas segunda y tercera, pero, aun así, no contamos ni con las condiciones ni con las instalaciones adecuadas para una operación. Solo se hacen las que son de vida o muerte. —Volvieron a

mirarse entre ellos antes de continuar—. Bueno, ustedes la han traído. Nos han comentado desde urgencias algo relativo a un secuestro; suponemos que ella es la que ha estado retenida...

Amaia y Charbou se miraron, Bull dirigió la vista al suelo. El médico continuó:

—Ya habrán observado que, a pesar de la gravedad de la fractura que presentaba, no se quejaba, de hecho no emitía ningún sonido. Pensamos que podía estar en estado de *shock*, algunas personas reaccionan así ante el espanto que les causa ver el alcance de sus lesiones. Pero hemos comprobado que presenta una analgesia completa. No da muestras físicas ni neuronales de sentir dolor. Creemos que se trata de analgesia congénita, y en ocasiones hereditaria, nos vendría bien saber su apellido para buscar familiares en nuestro registro. Es una enfermedad rara, de las que hay una entre un millón, y que se caracteriza por la incapacidad de sentir dolor aun ante las lesiones más graves.

Bull asintió mientras Amaia y Charbou miraban al suelo sin dar muestras de sorprenderse.

Los médicos volvieron a mirarse.

—Le han colocado los huesos de la fractura en su posición correcta y le han inmovilizado la pierna con una férula. Le hemos administrado antibióticos y se le ha aplicado un vendaje sobre el corte, no se puede hacer más hasta que dispongamos de un quirófano. Pero ni con mucho esa es la parte más interesante de la paciente que tenemos aquí —dijo señalando un cristal que había tras su espalda.

Sus palabras motivaron que todo el grupo avanzase unos pasos hasta la ventana que separaba la sala donde hablaban de una habitación con las paredes acolchadas; la luz que entraba por el cristal no alcanzaba a iluminar toda la estancia. Había una camilla en el centro, pero la mujer permanecía de pie en un rincón con la cabeza inclinada hacia delante y el rostro medio oculto por la greña mate y enredada que era su cabello. Amaia vio que habían sustituido la túnica de arpillera que llevaba por un camisón hospitalario de color azul con florecillas blancas, haciéndola parecer, de algún modo, más incongruente aún.

—Hemos intentado por todos los medios que se quedase tumbada, incluso pensamos en la posibilidad de inmovilizarla con correas. Fueron necesarias mientras solucionaban lo de su pierna, pero después decidimos

soltarla; no queríamos tener que recurrir a las drogas, lo que habría dificultado enormemente la comunicación con ella. Está quieta en ese rincón desde que la soltamos. Presenta un estado semihipnótico, muy parecido al sonambulismo, pero responde a preguntas básicas.

El otro médico tomó la palabra.

—Esperaba que quizá ustedes pudieran ayudar; cualquier cosa que puedan contarme sobre ella: dónde estaba, en qué condiciones, cómo la encontraron. Nos han dicho que se trataba de un secuestro... Si pudieran decirnos cuánto tiempo estiman que ha sido retenida o si recibió tratamiento alguna vez.

Bull tragó saliva.

—Bueno, no fue exactamente así...

—Ha dicho que se llama Médora, pero no sabe o no recuerda su apellido. El caso de esta mujer es extraordinario. Llevo veinte años ejerciendo la psiquiatría y, aunque hice mi doctorado sobre el síndrome de Cotard, solo había leído de casos como este.

—¿Quiere decir que es una enfermedad? —preguntó Charbou interesado de pronto.

—¿Qué creía que era? —dijo y sonrió—, no me lo diga, creía que era una zombi.

—Ella dice... —trató de explicar.

—Sí, ya sé lo que dice, que está muerta, y sé que puede ser muy desconcertante; yo también soy de Luisiana. Pero eso es exactamente el síndrome de Cotard, conocido como delirio de negación o delirio nihilista: las personas que lo padecen creen estar muertas. ¿Les dijo algo más?

—Perdón, ¿qué tiene que ver que sea de Luisiana o no? —inquirió Amaia.

—Que no se me escapa el calado folclórico de fondo. Les he dicho que hice mi doctorado sobre el síndrome de Cotard; lo titulé «El delirio de negación y los muertos vivientes».

—Cree que el síndrome de Cotard sería la explicación para los zombis —inquirió Charbou mirando de reojo a Bull.

—El primer caso que se documentó fue diagnosticado por primera vez por el neurólogo francés Cotard en 1880. Su paciente, también una mujer, afirmaba estar muerta, creía que su corazón se había detenido y que sus órganos se estaban descomponiendo. En otros casos simplemente piensan que

no existen y afirman ser espíritus que vagan como almas en pena. En los más agudos experimentan alucinaciones olfativas en las que huelen la descomposición y llegan a ver gusanos devorando su carne. En muchos casos la convicción de su muerte les lleva a no ingerir alimentos hasta morir de inanición.

—Entonces es una enfermedad mental... —dijo Amaia.

—Sí, o neurológica, están documentadas las dos vertientes. Una enfermedad muy cruel y terrorífica para quien la sufre y para quien la ve.

—¿Qué ha podido causarla? ¿También es hereditaria? —preguntó Amaia.

—No, es una enfermedad rara, y, respecto a las causas, esperaba que ustedes pudieran ayudarnos en eso. Saber cómo y dónde ha estado... y sus antecedentes familiares podrían permitirnos establecer si hay más casos de enfermedades mentales en su familia, quizá dolencias hereditarias o aspectos de otra índole.

—¿De qué índole? —insistió ella.

—Tóxicos. Se sabe que en alguno de los casos documentados el delirio pudo estar motivado por exposición a tóxicos.

—¿Motivado o inducido? —preguntó Bull—. ¿Puede provocarse?

—¿Habla de zombificación inducida? —preguntó el neurólogo, divertido.

—Yo también soy de Luisiana —respondió Bull.

—No hemos podido extraerle sangre de momento, porque ha perdido mucha, pero de cualquier modo nos hemos quedado sin sangre para transfundirle, y el laboratorio no funciona ni para los análisis más básicos. Puede que haya sido sometida con drogas, pero la zombificación inducida, bueno, no está suficientemente documentada como para poder afirmar algo así.

—Ni para descartarlo, ¿verdad?

El psiquiatra interrumpió:

—Existe mucha documentación al respecto, por desgracia nada científica. Los daños neurológicos no son la única explicación, y creo que tampoco se debe descartar la influencia de algunos tóxicos en comportamientos alterados, pero desde luego no hasta este punto. Médicamente debemos eliminar esa posibilidad. Aunque...

—¿Sí?

—Sus ojos presentan graves lesiones abrasivas, yo diría que está casi ciega, por supuesto tendría que verla un oftalmólogo. Y hay huellas de lo que parecen antiguas quemaduras químicas. Me atrevería a decir que en algún

momento pudo ser adicta a las drogas..., eso, o estuvo sometida a un largo tratamiento. Tiene callos de inyección y viejas marcas de posición, cicatrices de úlceras de presión y heridas crónicas por inmovilización.

Bull tragó saliva antes de hablar.

—Han comentado que han establecido cierta comunicación con ella. ¿Qué les ha dicho?

El psiquiatra se le quedó mirando.

—En circunstancias normales no se lo mostraría, pero son ustedes policías, y tengo toda la impresión de que esta mujer ha podido ser víctima de un delito. Creo que deberían ver esto.

El médico accionó un mecanismo manual y levantó la persianilla que oscurecía la habitación acolchada tras el cristal y, a la vez, apuntó a la paciente con una linterna. Las florecillas blancas de su camisión refulgieron bajo el exceso de luz. La mujer no reaccionó. El hombre se acercó a la reja empotrada en el cristal de la ventana que comunicaba los cuartos y desplazó la tapa que lo cubría. Antes de hablar explicó:

—Hemos comprobado que reacciona mejor a la voz que a la presencia humana. Esto es un intercomunicador parecido a los que se usan para vigilar a bebés y por suerte va con pilas —dijo antes de apretar la tecla.

»Médora.

El eco de su voz en la pequeña habitación cerrada reverberó en el cristal que los separaba de ella.

La figura en el rincón de la sala no dio señales de haber oído nada. Permaneció inmóvil.

—Médora.

Nada. El médico cerró la trampilla y explicó:

—Es un síntoma común en este delirio: la negación de la identidad. Están documentados daños en áreas del cerebro que intervienen en el reconocimiento facial. Su visión, aparte de las lesiones físicas, puede estar alterada impidiéndole reconocer rostros en su memoria, incluso identificarlos como humanos —dijo el neurólogo antes de volver a abrir la estrecha ventanilla.

—¿Cómo estás?

Primero fue como el rumor del aire aspirado, de nuevo aquel gorgoteo de flema y cañería. Amaia sintió cómo el vello se le erizaba en la nuca.

La boca seca y llena de pústulas era visible entre el pelo. El aire brotó

entre los labios sin que se observase movimiento alguno.

—Estoooooy mueeerta. —La voz podría haber pertenecido tanto a un hombre como a una mujer, pero, sin duda, muy ancianos.

—¿Sabes dónde estás?

—Estoooooy mueeerta —susurró.

—¿Sabes qué te ha pasado?

—Muerta. —La voz brotando desde su interior entre los labios aparentemente inmóviles producía una sensación malsana e inquietante.

—¿Dónde estabas antes?

El cuerpo se tambaleó un poco cuando distribuyó el peso de una pierna a otra. Pareció que se derrumbaría, pero se mantuvo en pie.

—... la tuumba.

—Pregúntele si recuerda dónde estaba antes de morir —sugirió Bull.

—¿Dónde estabas antes de la tumba? —preguntó el psiquiatra.

Silencio. Y de pronto un leve quejido, como si fuese a llorar.

—Morí.

—¿Qué pasó después?

—La tuuuumba.

—¿Y después?

—Sa-me-di. —Sonó aspirado, como si se ahogase.

—¿Qué? ¿Lo han entendido? —Se volvió a preguntar el médico.

Bull se adelantó hasta colocarse junto a él.

—¿Me permite?

El hombre le miró vacilante. Bull se dirigió al neurólogo al otro lado de la sala.

Asintió.

La voz grave de Bull resonó a los dos lados del cristal.

—Médora Lirette —dijo.

La mujer se movió de forma imperceptible, pero Amaia creyó que ladeaba un poco la cabeza, como prestando atención.

—Médora Lirette. ¿Qué te hizo Samedi?

—Samediiii... me mató... y me saaacó de mi tuumba.

Bull suspiró.

—¿Quién es Samedi?

De improviso, la mujer echó a correr desde el rincón donde se había refugiado, atravesando la sala pequeña hasta chocar ruidosamente contra el

crystal. La piel seca de su rostro quedó aplastada y sus labios cubiertos de herpes dejaron un rastro oscuro en el lugar donde la fina piel reventó. Todos retrocedieron instintivamente. Amaia pensó en las alucinaciones olfativas. Era como respirar tierra de un patatal. Podía sentirlo.

—No puede vernos —les tranquilizó el neurólogo.

Como para desmentir al médico, aquellos ojos muertos recorrieron la estancia posándose en cada uno. Después los cerró y se quedó inmóvil. Sin mover los labios, un gruñido brotó de algún lugar en sus entrañas. Tembló.

—Tiene *mon petit bon ange* —emergió una voz clara e infantil.

—¿Quién es? —repitió Bull.

La mujer permaneció inmóvil, pero abrió sus ojos y taladró con su mirada el muro de cristal que la separaba de Bull. Entonces, sin que su rostro revelase el más mínimo movimiento, emitió un sonido semejante a un grito que brotase desde dentro. De nuevo aquella voz juvenil, casi de niña. Amaia habría jurado que había otra mujer prisionera en alguna parte entre las entrañas de aquel ser.

—Le Grand...

Nana. Promesas

Estadio Superdome de Nueva Orleans

Al descubrir que Seletha estaba en coma, habían emprendido una agónica búsqueda, de un lado a otro, por los pasillos interiores del estadio, tratando de llegar al lugar donde se suponía que estaba el puesto de la Cruz Roja. La cantidad de gente que ocupaba el pasillo, expulsada por la lluvia que ahora caía en el interior del estadio, la dificultad de empujar la silla de ruedas de Seletha entre los grupos y el torpe caminar de Nana, apoyada en su bastón, habían transformado el recorrido en un periplo agónico. Bobby se detenía cada pocos pasos para volver a colocar erguida la cabeza de su madre, que al cabo de un momento caía de nuevo desmadejada sobre el pecho en medio de guturales gorjeos de ahogo.

Dieron con un grupo de sanitarios que confirmaron que Seletha estaba en estado comatoso. No tenían allí mucho más que antitérmicos y suero salino, pero al menos la trasladaron a una camilla, lo que facilitó, al estar tumbada, que pudiera respirar mejor. Había que aguardar hasta que pasase la tormenta para llevarla al Charity, que era el hospital más cercano. Mientras tanto solo se podía esperar.

Consternado, Bobby había mirado primero a su madre y después a Nana y al médico.

—Pero algo se tiene que poder hacer...

El médico alzó los hombros mientras miraba al techo y se sometía al colosal estruendo de la tormenta, que por momentos arrancaba el techo del Superdome.

Sentados en el suelo y apoyados en la camilla donde agonizaba Seletha, y en aquel pequeño dispensario, que hasta el día anterior había sido un almacén de utillaje, habían pasado la noche y la siguiente mañana.

A la una del mediodía el médico se había acercado.

—Vamos a sacar a tu madre. La van a trasladar al Charity en una balsa.

Bobby había tendido una mano a Nana para ayudarla a ponerse en pie.

—Solo un acompañante por enfermo —dijo el sanitario.

—Pero eso no puede ser, mírela —había dicho haciendo un gesto hacia Nana—. Ella también está enferma, acaban de operarla y casi no puede andar. No puedo dejarla aquí sola.

El médico fue inflexible.

—Hay más de cien personas para trasladar y en la barca solo caben veinticinco sentadas. Le doy prioridad porque su madre está grave, pero hay otras personas muy enfermas, y ella —añadió refiriéndose a Nana— puede valerse.

Bobby comenzó a protestar.

—Lo siento —dijo terminante el médico—. O va ahora con su madre, o esperan a que haya sitio en una lancha. Y no puedo garantizarles cuándo será eso.

Bobby no respondió. Dejó salir todo el aire por la nariz, impotente y enfadado.

Nana lo tomó de la mano.

—Bobby, cariño, tienes que llevar a tu madre al hospital, yo estaré bien.

—¿Entonces? —dijo el médico apremiante.

Bobby se quitó la mochila y comenzó a colocársela a Nana.

—Póntela hacia delante o te lo robarán todo. No compartas el agua, hay la justa para ti, y de los grifos solo sale lodo.

Miró alrededor desesperado.

—Nana, quiero que te quedes aquí, junto al dispensario, y no te muevas. ¿Me has oído? Yo volveré a por ti en cuanto mi madre esté ingresada en el hospital. Volveré a por ti, te lo prometo. Pero no debes moverte de aquí, porque, si no, no podré encontrarte.

Nana asintió aturdida.

—Prométemelo —pidió Bobby mientras los enfermeros empujaban la camilla de su madre—. ¡Prométemelo, Nana! Dime que no te moverás de aquí.

—Te lo prometo —dijo ella mientras miraba en derredor desolada.

El circo de las anomalías

Hospital Charity, Nueva Orleans

Johnson los esperaba haciéndoles señas desde la puerta. Pasaron a ver a Dupree. En la sala había cinco camillas, todas ocupadas. Dupree se encontraba al fondo de la sala junto a una ventana a la que alguien, quizá Katrina, había despojado de cristales. La palidez extrema de su cara le hacía parecer helado, sensación a la que contribuían los labios azulados, aunque desmentido por la capa de sudor que cubría su piel. Estaba semiincorporado y trataba de ponerse la camiseta sin mucho éxito.

—¿Qué se supone que está haciendo? —le espetó Johnson. Le quitó la prenda de la mano. Exhausto, Dupree se dejó caer hacia atrás. De modo inevitable, la mirada de todos fue hacia las antiguas cicatrices en su pecho.

—Tengo que salir de aquí. —Su voz apenas fue audible.

Amaia se colocó junto a la cama. A pesar de su aspecto, la determinación de Dupree era indudable.

—Ya hablaremos de eso más tarde, pero creo que primero nos debe una explicación —dijo ella.

Dupree cerró los ojos durante un par de segundos.

—No es fácil...

—Me parece justo que no lo sea, siempre debería ser difícil mentir. No sé qué opinan los demás, soluciónelo con cada uno, pero a mí debería haberme dicho que veníamos a por Samedi. No habría supuesto menos entrega por mi parte, pero al menos no habría perdido el tiempo creyendo que perseguía al compositor.

—No los he engañado, la prioridad es el compositor.

—No, lo oficial es el compositor —puntualizó Amaia—, la excusa para estar aquí. No me gusta que me manipulen. Debieron decirlo.

Bull intervino.

—Creo que ya se habrá dado cuenta de que era complicado de exponer. No se nos escapa que perseguimos a una sombra. Hace diez años la investigación se abandonó, pero nunca se cerró. No es una investigación reabierta porque nunca fue clausurada. Tras la muerte del agente Carlino y de Jerome Lirette, recibimos la orden de dejarlo. Pero teníamos la certeza de que volvería a ocurrir. Permanecemos alerta, abiertos a la posibilidad de que reapareciera con la tormenta como cuando se llevó a Médora Lirette.

Charbou chasqueó la lengua en señal de descontento.

—Entiendo que debe de ser duro, he conocido a policías que habían perdido a su compañero estando de servicio, y nunca se supera. Pero me parece muy imprudente poner toda la operación en peligro por una venganza personal.

Dupree le miró con dureza.

—La operación nunca ha estado en peligro, estamos muy cerca de detener al compositor.

—Opino como Charbou —reprochó Amaia—. He creído todo el tiempo que estaba aquí para cazar al compositor y, con todos mis respetos, se ha distraído. Si no cómo explica que Tucker haya terminado al mando de la operación en Florida. Ella está avanzando, nosotros no.

Johnson bajó la mirada y cubrió su grueso bigote con una mano. Que no tenía simpatía por Tucker era sabido, pero también era evidente que albergaba dudas por el modo en que estaban llevando el caso.

Dupree la miró infinitamente cansado.

—Tucker no sabe una puta mierda, y la razón por la que la traje es porque creo que tiene la capacidad para cazar al compositor, pero también para entender a Samedi. —Cerró los ojos y se quedó en silencio y tan inmóvil que le recordó a Médora Lirette.

—Está el asunto de esa mujer, Médora Lirette. ¿Están seguros de que es ella? Han pasado diez años...

—Es ella —afirmó Bull, mientras Dupree asentía—. Sin lugar a dudas. Amaia dudó un instante sobre cómo plantear lo que pensaba...

—La he visto, parece...

—Alienada —dijo Dupree con voz débil.

—Al decir alienada, ¿quiere decir abducida, dominada?...

Dupree asintió.

—Eso es lo que les hacen.

—¿A quiénes? —quiso saber ella.

—A los que se llevan.

—He hablado con los médicos, dicen que esa mujer tiene una enfermedad mental.

—Y la tiene... —aceptó Dupree.

—Pero usted cree que alguien se la ha causado —expuso Amaia—. En los albores de la psiquiatría se consideraba que las personas que padecían trastornos mentales habían sido alienadas en su propia naturaleza.

—Sí. En su caso así lo creo. —Su voz era un susurro.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Amaia sin compadecerse de su creciente fatiga.

—Porque no es la primera vez que lo vemos —afirmó incluyendo a Bull.

—Los médicos apuntan a dos vertientes como origen de la enfermedad: psíquica o neuronal... —insistió Amaia.

—Sí, causado por una enfermedad mental o, en parte, por la exposición a un tóxico —explicó él.

—Sí, los médicos también mencionaron eso, pero ¿estamos hablando de lo mismo? —preguntó ella.

—No lo sé, ¿de qué habla usted? —respondió debilitado.

—Hablo de lo que he visto ahí arriba: sometimiento de la voluntad, disminución de los signos vitales, convicción de la propia muerte, subrogación del consciente...

—¡Joder, lo que describe es la zombificación! —dijo alucinado Charbou.

—Puede llamarlo así —estuvo de acuerdo Dupree, que cada vez tenía peor aspecto.

Ella se acercó más a la cama y se inclinó sobre él. Al hacerlo vio que en la mano llevaba apretado un hatillo gris, que le pareció de piel de cabra. Dupree lo ocultó bajo la sábana.

—No, no voy a llamarlo así, porque no hace falta haber nacido en el recorrido del Misisipi para haber oído hablar del sometimiento de voluntad, y no hablo de un extraño virus que viaja por el aire resucitando los muertos, sino de la vertiente más cruel y real: el sometimiento por medio de drogas; GHB, escopolamina, flakka, incluso estramonio, la hierba del diablo.

»En los últimos años las policías europeas han trabajado en la desarticulación de redes de trata de blancas que sometían a las mujeres

manteniéndolas en un estado de semiinconsciencia, en la que su voluntad quedaba totalmente anulada. Algunas de esas mujeres tenían cierta consciencia de su situación, de estar cautivas, pero describían su estado como estar medio dormidas, soñando o, más bien, en una pesadilla de la que no podían despertar. La mayoría se asombraron al saber que llevaban años en esa situación, años de los que habían perdido toda noción. Hace unos meses atrapé a un coleccionista de mujeres que las mantenía prisioneras y sometidas suministrándoles un medicamento llamado Rohypnol. La sumisión era absoluta y el individuo se podía hacer la ilusión de que aquellas mujeres que eran sus prisioneras estaban con él de forma voluntaria. La escopolamina es conocida como la droga de la violación, pero se tiene constancia también de que ha sido utilizada para inducir a personas a entregar todo el dinero de sus cuentas corrientes o proporcionar claves e identidades...

—No voy a discutirlo —dijo Jason Bull—, pero quizá sí que haya que haber nacido en la orilla del Misisipi para admitir que en el sometimiento que ha sufrido Médora Lirette muy probablemente habrá habido *poudre de mort*. Polvo de muerto, tetrodotoxina si prefiere el término científico. Por eso las mujeres liberadas de esas redes de trata recuperan su consciencia y voluntad en cuanto dejan de administrárseles la droga. Médora Lirette no lo hará, porque es consciente de lo que le falta.

—¿Es eso que dijo que le había quitado Samedi? —apuntó Charbou.

—*Le petit bon ange*. El pequeño ángel bueno de su interior. Su alma.

—Bueno, me parece que nos estamos yendo mucho del tema —dijo Charbou todavía cabreado—. Yo no soy un superagente del FBI —comentó mirando con malicia a su compañero—, pero en mi humilde opinión, parece bastante traído por los pelos suponer que un solo hecho establezca un modus operandi, solo porque la desaparición de Médora se produjo durante una tormenta, y, más aún, esperar que diez años después vuelva a repetirse.

Dupree se irguió en la cama con un gesto de dolor que le cubrió el rostro de sudor.

—Deberíamos dejarle descansar —sugirió Johnson alarmado.

Dupree levantó una mano pidiendo tiempo mientras se recuperaba.

Bull se acercó a la cama y suspiró.

—Cuénteselo, por favor —le dijo a Dupree.

Entonces Dupree se quedó mirando al vacío y comenzó a hablar.

—En 1965, el huracán Betsy arrasó Luisiana. Los diques reventaron, la

ciudad se inundó, la gente se ahogó atrapada en los desvanes de sus casas, por eso recuerdo la consigna del alcalde Vic de guardar un hacha en la buhardilla. Yo tenía cuatro años, y la noche en que sucedió, Nana, la prima de mi padre, tenía a siete niños a su cargo, además de su propia hija: a cuatro niñas del vecindario, mi prima, mi hermana y yo. Mi padre y mi madre quedaron sitiados por el inicio de la tormenta en Grand Isle. Los padres de aquellas niñas, como los míos, estaban trabajando en Baton Rouge o en la costa, y Nana había hecho de su casa la guardería del barrio. Pasamos toda la noche en vela, en el desván de Nana, que sí tenía ventana. Por la mañana muy temprano un grupo de desconocidos irrumpió en la casa, nos doblegaron a Nana y a mí y se llevaron a las niñas. Durante meses, estuvo apareciendo en la prensa. «Las seis de Tremé», las llamaron. Inicialmente trataron el caso como un secuestro, pero no había nada, ni una pista. Al cabo de dos años pasaron a engrosar la lista oficial de desaparecidos por el huracán Betsy.

Todos contuvieron el aliento, mirándose sin saber qué decir. Dupree continuó.

—Pero yo estaba allí. Era muy pequeño, pero sé que no se las llevó el huracán: vi quién lo hizo.

Johnson acabó la frase.

—Samedi...

Dupree no contestó.

—¿Cuántos años calcula que podían tener los individuos que entraron en la casa? —inquirió Johnson.

—Sabemos a qué se refiere —intervino Bull—. Han pasado cuarenta años. Treinta, entre el de la familia del agente Dupree y el caso de Médora Lirette. Ya le hemos dicho que recibimos la orden de archivar ese caso y así lo hicimos, pero nos hemos mantenido alerta. Y sospechamos que hubo más noches de Samedi. El 20 de septiembre de 1996, un año después de la desaparición de Médora Lirette, Andrea López, de quince años, desapareció de un parque de caravanas a las afueras de Gretna. Su madre, una adicta al crack, declaró que la muerte se la había llevado. El 11 de enero de 1999, un hombre fue detenido en el condado de Acadia acusado de estar implicado en la desaparición de sus dos hijas, de catorce y dieciséis años. El tipo era un indeseable que por lo visto las había ofrecido a conocidos suyos a cambio de dinero. Pero insistió en que un demonio acompañado de tipos armados había entrado en su casa y se había llevado a sus hijas en mitad de la noche, durante

el transcurso de una tormenta. La madre de Samantha Oliver, en Estherwood, puso una denuncia por la desaparición de esta durante el transcurso de otra gran tormenta. En un principio se trató como una fuga voluntaria, aunque una anciana vecina, que vivía enfrente, explicó que fueron los muertos, capitaneados por el mismísimo Barón Samedi.

—Si en efecto hay un tipo que se dedica a llevarse a chicas, ¿por qué iba a hacerlo disfrazado de fantoche? —preguntó Charbou.

—Es una acción de despiste —aseveró Johnson—. Estuve dos años en investigación de sectas y crímenes rituales. Viéndolo en perspectiva, imagino que eso me valió unos buenos puntos para que el agente Dupree me seleccionase para esta unidad —dijo pensativo—. Pero en ese tiempo aprendí que, en el ochenta por ciento de los crímenes en los que aparece un aspecto místico, mágico o satánico, se trata de acciones destinadas a confundir. Y casi siempre lo logran, porque la prensa se vuelve loca con esas cosas; los policías solo quieren archivarlas y pasar página, y los testigos no tienen credibilidad. Solo dos de cada diez casos son, en realidad, crímenes rituales.

Bull asintió.

—No creemos que Samedi sea un individuo, más bien una organización sectaria, con un líder a la cabeza, un *bokor* que toma esa identidad para aterrorizar e influir a los demás. No sería la primera vez. Se tiene constancia de que en Haití, el presidente del país, François Duvalier, se vestía en ocasiones de Barón Samedi y se dejaba ver así en el balcón del palacio, o bien salía a las inmediaciones de la residencia presidencial para provocar en la población el temor de que el presidente era el mismo Samedi o de que contaba con su protección. De cualquier manera, deben admitir que un testigo, por fiable que sea, queda desautorizado cuando afirma que tipos encapuchados, muertos vivientes y el barón de los muertos son los responsables de haberse llevado a unas niñas. Los casos son tan absurdos e irracionales que ni siquiera han llamado la atención de la policía. Si no hubiéramos estado atentos a las desapariciones de chicas muy jóvenes que se producían durante tormentas, difícilmente nos habríamos fijado en casos como estos.

—El perfil victimológico de Scott Sherrington —dijo Amaia mientras Dupree asentía satisfecho—. Están estableciendo la posibilidad de que haya un depredador, o un seguidor, lo que le daría un cariz más oscuro.

—¿Un seguidor? —preguntó Charbou.

—Un individuo o incluso una organización —respondió ella, mirando pensativa y fijamente a Dupree— que se dedica a conseguir víctimas a la carta para psicópatas, pedófilos o coleccionistas, que pagan por ellas auténticas fortunas. Eligen víctimas de alto perfil de riesgo, chicas muy jóvenes que podrían haberse fugado de su casa. Y ahora Médora Lirette ha vuelto y acaba de decirnos dónde está Samedi.

—Por eso tienen que sacarme de aquí —jadeó Dupree.

—¿Y adónde va a ir? —protestó Johnson—. Me consta que le han explicado la gravedad de su lesión y lo peligroso que puede ser que se mueva.

—También me han explicado que no tienen tratamiento; lo único que sugieren es que me quede aquí tumbado. Lo que tengo no pueden curarlo. Tiene que sacarme de aquí.

Johnson le miró desesperado, cogió una de sus manos y la apretó.

—¿Y adónde vamos? ¡Por el amor de Dios! Las cosas han empeorado mucho desde ayer: el agua ha seguido subiendo durante la noche, el ochenta por ciento de la ciudad está inundada. No quedan medicinas en los hospitales. Está llegando la Guardia Nacional de todos los estados colindantes y no es suficiente. La gente está asaltando los supermercados para coger ropa seca, agua y alimentos para los niños. Y se habla de chalados que disparan contra esa gente. Reina la anarquía ahí fuera. La ciudad es un caos, y usted me pide que le saque de aquí, pero ¿adónde?

Dupree hizo un gesto para que se acercase a él.

—Si me quedo, moriré. Necesito un *traiteur*. Tiene que llevarme a los pantanos.

Johnson se incorporó mirándole asombrado; se volvió hacia los demás y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Un *traiteur* es un curandero cajún, un sanador, un brujo —explicó Bull. Johnson se volvió hacia Dupree, abrumado.

—La madre que me... —acertó a farfullar.

Dupree asintió.

—Nos vamos —dijo en un susurro—. Y nos llevamos a Médora. —Y antes de que Johnson pudiera protestar, añadió—: Es una prueba, y lo que ella tiene tampoco pueden curarlo aquí.

—Vamos a por él, ¿verdad? —preguntó Amaia mirando a Dupree.

Él no contestó.

—Por eso nos llevamos a Médora, porque usted cree saber dónde están las niñas... y confía en que ella nos conduzca hasta el lugar.

Dupree tomó aire antes de hablar con enorme esfuerzo.

—Hace diez años, casi una corazonada —dijo mirando a Amaia— nos llevó primero hasta un campamento en los pantanos, donde hallamos un rastro inequívoco, un pequeño broche que la madre de Médora identificó sin lugar a dudas. Y después, el rastro nos condujo hasta una enorme propiedad. Una antigua plantación que estuvo durante años abandonada. Cuando llegamos hasta allí, nos la encontramos vallada, electrificada y repleta de cámaras de seguridad. No pudimos cursar la orden de registro porque ese día Jerome Lirette desapareció y el agente Carlino, apareció... —Desvió la mirada sin acabar la frase. Bull le tomó el relevo.

—No hemos dejado de seguir la pista en este tiempo y sabemos que la propiedad pertenece a una corporación con sede en Holanda. En los registros la finca sale rebautizada con el nombre de Janssen Huis, pero su nombre original era Le Grand Bayou Plantation, aunque los cajunes siempre la habían llamado simplemente «Le Grand».

—Lo que Médora te dijo cuando le preguntaste por Samedi —admitió Charbou de mala gana.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que diez años después sigan llevando allí a las chicas? —preguntó Amaia.

—¿Por qué no? Como he dicho nunca se llegó a cursar la orden y ese avance no aparece en ninguno de los informes de la época. Nadie tiene constancia de que llegase a levantar sospechas —contestó Bull.

Charbou le miró a los ojos.

—Bull y yo estaríamos fuera de nuestra jurisdicción.

—El secuestro es un delito federal, y ustedes forman parte de mi equipo como guías en la zona, nada más.

—Le llevamos a su *traiteur*, buscamos la casa y, si no hay nada, regresamos a Nola cagando leches —condicionó Bill Charbou.

—No pensé que te convencería —admitió Bull.

—Me hace ilusión lo de poder meter las narices fuera de mi jurisdicción. Todos se volvieron a mirarla.

—Salazar, ¿qué dice?

—¿Y qué pasa con el compositor? Hemos hecho muchos avances en las últimas horas. Creo que hemos conseguido afinar el perfil respecto a la edad

de los hijos. Nelson sigue sin encajar del todo en el perfil; hemos hablado con su compañero en el equipo de rescate, y en efecto le dio cobertura, pero también apunta a un comportamiento desordenado, atropellado y confuso por su parte que no encaja en absoluto con el de Martin Lenx o el compositor. La hipótesis de un inspector de catástrofes es la que cobra más fuerza. He hablado con un directivo de la American Insurance Association, y en unas horas tendré una lista de nombres bastante precisa con la que trabajar.

—¿En unas horas?

—Sí, puede que mañana a mediodía. Todo depende de que encuentre una línea por la que hablar con él.

—Le pido esas horas —dijo Dupree.

—¿Qué?

—Tiene razón. La traje para cazar al compositor; Samedi simplemente se nos ha cruzado, pero, teniendo conocimiento de un delito y capacidad para perseguirlo, no podemos evitarlo. No la abandonaré aquí y no la obligaré a ir si no quiere. Está en sus manos, usted decide. No iremos si usted no quiere. Pero le ruego que me dé esas horas, hasta mañana.

—Quedan muchas preguntas por contestar —señaló ella.

—Las contestaré todas —aseguró Dupree.

—Las haré todas —puntualizó—, hasta las más complicadas. Y quiero toda la verdad; si sospecho que me oculta algo, no contará conmigo.

—Está bien.

—Y volveremos a Nola y a por el compositor en cuanto sea posible.

Johnson interrumpió con cara de circunstancias. Les mostró la pantalla del portátil y un correo electrónico que acababa de entrar.

—Malas noticias.

Dupree y Amaia se volvieron a mirarle.

—Tucker ha detenido a Nelson en Orlando. Lo esperaban en la casa de su esposa, que había sido tomada por los nuestros. Regresó de viaje, detuvo el coche frente a la entrada y estuvo allí, reuniendo el valor durante una hora. Después, como si se hubiese vuelto loco de pronto, corrió hacia la casa pistola en mano, derribó la puerta de atrás a patadas e irrumpió en la vivienda disparando. Un SWAT apostado en su salón recibió un disparo, pero lo abatió alcanzándolo en el pecho. Mantienen a Nelson en coma inducido en el hospital, está muy grave.

Amaia miró a Dupree decepcionada.

—Tucker no sabe una puta mierda, ¿eh?

Marie-France

Elizondo

La inspectora Marie-France Renaud miró a su compañero y suspiró mientras se contenía para no sacarlo del coche de un manotazo. Ludovic era un buen tipo, joven, guapetón, un genio con los ordenadores; de hecho, si estaban allí era por él, o mejor dicho por su pericia informática. Ludovic era uno de esos casos en que los estudios universitarios retrasan los demás aspectos de desarrollo en la vida, logrando al fin de la carrera un tipo formadísimo, pero en pañales en lo que a otras habilidades se refería. Acababa de sacarse el carnet de conducir y pedía las llaves del coche como un perro labrador pide un paseo. A la inspectora Renaud, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, el manejo informático le llevaba a quitarse el sombrero y, de alguna manera, se sentía halagada paseando todo el día, de aquí para allá, con su joven y pedante subinspector, del que presumía ante sus colegas, aunque en privado la enervaba. Sin duda lo que peor llevaba era su modo de «desconducir» y, aunque en cada ocasión Marie-France se prometía no volver a hacerlo —que practicase en su tiempo libre—, siempre acababa por claudicar dejándole llevar el coche. Ella había conducido desde Biarritz casi hasta la frontera, pero, al adentrarse en las tranquilas carreteras del País Vasco francés, la bucólica belleza le había hecho disminuir la velocidad y su resistencia a ceder el volante. El trayecto hasta allí había sido lento, aunque bastante soportable, pero ahora llevaban cinco minutos intentando aparcar en una plaza paralela al río Baztán, en Elizondo. Y a pesar de que trató con todas sus fuerzas en concentrarse en la belleza del pueblecito, en el que la niebla de primavera iba cediendo al sol de media mañana, resopló impaciente cuando por segunda vez sintió el golpe atrás.

—¡Por favor! —dijo bajando del coche sin que Ludovic hubiera llegado a detenerlo.

Comprobó las señas en su agenda y fue contando los números de la calle. La casa era muy bonita. De la clase que a ella le hubiera gustado tener. La entrada se abría en un arco que penetraba en una zona cubierta custodiada por dos bancos construidos con la misma piedra que el resto de la fachada, y las ventanas del primer piso estaban adornadas con jardineras de las que colgaban petunias nuevas de un vivo color rosado. El portón oscuro se abría en dos piezas que permanecían cerradas, y a los lados pendían antiguas argollas destinadas a amarrar allí los caballos.

—Hablaré yo —dijo ella antes de llamar a la puerta. Ya era un juego entre ellos: por supuesto era imposible mantener a aquel engreído callado, pero a ella le gustaba practicar su travesura de dominio para ver cuánto le chinchaba.

—Como quiera, jefa, pero sepa que hablo y escribo correctamente en español, italiano y portugués.

—Pero no sabes conducir —murmuró ella maliciosa mientras llamaba a la puerta—. Además, la señora habla francés.

Les abrió una mujer de mediana edad, delgada y elegante. Vestida con pantalones y un jersey de cuello alto, llevaba el pelo recogido en un moño. Marie-France sonrió; era justo como se la había imaginado por su voz cuando la había llamado por teléfono la tarde anterior. Rememoró la llamada.

—¿Engrasi Salazar?

—Sí, soy yo —contestó.

—Soy la inspectora Marie-France Renaud, de la Police Nationale francesa. Nos gustaría poder hablar con usted respecto a una denuncia por intento de secuestro en el que se vio implicado un vehículo de matrícula francesa.

—Por supuesto. ¿Han encontrado el vehículo?

Marie-France continuó sin responder a su pregunta.

—En la transcripción de la denuncia observo que hubo otros dos testigos del incidente, además de usted.

—Sí, nos acompañaban unos amigos en el momento en que ocurrió.

—¿Cree que sería posible que pudiéramos hablar también con ellos, por ejemplo, mañana, sobre las once de la mañana? ¿Qué le parece si quedamos todos en su casa? A esa hora la niña estará en el colegio, ¿verdad?

Habían cerrado la cita.

La mujer se echó a un lado para franquearles la entrada, pero un border collie le salió al encuentro enseñando los dientes.

—Quédense quietos, es Ipar, está haciendo su trabajo y acabará enseguida.

En efecto, unos segundos después el perro retrocedió hasta colocarse entre ellos y la salida. El interior de la casa estaba caldeado y olía a leña. Marie-France comprobó, no sin cierta envidia, que había un par de sillones orejeros dispuestos ante la chimenea, en la que ardía un buen fuego. De pie junto a la mesa los aguardaban dos personas. Calculó que rondarían la edad de Engrasi. La mujer, Joxepi, pequeña, enérgica, de pelo corto. El hombre, Ignacio, alto, nervudo y fuerte, y con un gesto recio y desconfiado.

—¿Han encontrado el coche? ¿Por eso vienen? —preguntó impaciente Joxepi.

La inspectora hizo un gesto dual entre una afirmación y un encogimiento de hombros. El cabello liso y con raya a un lado se combó en sus hombros mientras lo hacía.

—Antes de nada, al subinspector Bélanger y a mí nos gustaría volver a escuchar su versión de los hechos. Parece que quien mejor lo vio todo fue usted, señor Aldecoa —dijo mirando a Ignacio.

—Lo he pensado mucho —dijo él corroborando la primera impresión de Renaud—. He repasado cada recuerdo intentando rememorar todos los datos y estoy seguro de que el coche pasó dos veces arriba y abajo, por la calle Santiago, antes de detenerse. Recuerdo que pensé que se trataba de un turista francés perdido, buscando la frontera.

—¿Qué ocurrió cuando el coche se detuvo?

—Iban en sentido Francia. Yo esperaba que bajase la ventanilla del acompañante, y que preguntasen si iban bien. Pero en lugar de eso se abrió la puerta trasera. Hablaron a la niña, que jugaba en la acera, desde el interior. No oí su voz en ningún momento pero, aunque la puerta abierta del coche me entorpecía en parte la visión, alcancé a vislumbrar la manga de una blusa blanca y vaporosa, como de encaje, y una mano que era de mujer. Le hacía señas a la niña para que se acercase. Amaia es una niña prudente, pero ante la insistencia comenzó a acercarse. Entonces yo le di un grito de advertencia y la

niña se paró en seco. A partir de ahí todo fue muy rápido, yo comencé a correr hacia la niña; la mujer llegó a sacar una pierna del coche y aprisionó el brazo de Amaia. Yo llegué a su altura y tuve que arrancársela de las garras. Mire —dijo instándole a que se fijara en la prenda que Engrasi había puesto sobre la mesa. La manga del chaquetón conservaba visible el reguero arañado en la tela—. Los rasguños en la mano aún se le notan. Después, la mujer se volvió hacia el interior del coche y salieron huyendo.

—¿Pudo verla bien? —preguntó la inspectora.

—Sí, y hubiera preferido no hacerlo —dijo mientras a su mente regresaba la imagen imborrable de aquella sonrisa lobuna—. Ya di la descripción en el cuartel de la Guardia Civil.

—Sí, la tenemos, y eso nos ha llamado la atención, entre otras cosas... —Bélanger parecía dispuesto a arrancarse en una de sus exposiciones, pero la mujer de Ignacio le interrumpió exasperada.

—Pero ¿han localizado el vehículo o no?

El subinspector suspiró disgustado.

—La matrícula que nos facilitaron pertenecía a un coche robado en Burdeos dos días antes, y esto también es coincidente con otros casos. De entrada no saltó en las alertas porque en cada ocasión varían un número de la original, suponemos que lo hacen para no llamar la atención. Los coches robados pasan de inmediato a las alertas de antiterrorismo, pero lo que realmente nos ha sorprendido es el modo en que se ejecutó el intento de rapto.

Engrasi se llevó las manos a la boca, estremecida.

—Entonces, ¿es seguro que intentaron llevársela?, ¿no es otra cosa?

Renaud asintió.

—Estamos seguros porque el relato del señor Aldecoa coincide palabra por palabra con el de los testigos de otros cuatro casos de rapto de niñas menores en los últimos cinco años, todas prepúberes, de una edad similar a la de Amaia.

—¿Cómo es posible? Cuatro niñas, si no hemos oído nada... —se extrañó Ignacio.

El subinspector Bélanger colocó cuatro retratos de niñas rubitas de pelo largo, podría decirse que guardaban cierto parecido con Amaia, desde luego entre ellas sí lo tenían. No habían sido elegidas al azar.

—Tres de las niñas desaparecieron en distintas regiones de Francia y la cuarta en Bélgica.

—¿Y qué pasó? Dígame que las encontraron —pidió angustiada Engrasi.

La inspectora Renaud apretó los labios antes de contestar permitiendo que alrededor de su boca se formasen las arrugas que delataban años como fumadora.

—Por desgracia, no.

—Pero ¿quién es? ¿Quién se las lleva? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Engrasi.

—Creemos que no actúa sola; es evidente la colaboración de al menos la persona que conduce. Pero creemos que forma parte de un grupo.

La mujer de Aldecoa los miró de hito en hito.

—¿Y para qué iba a querer un grupo a unas niñas? No lo sé, una siempre se imagina a una mujer que no ha podido colmar su deseo de ser madre y que esté enferma, ya sabe, de los nervios... —trató de explicar Joxepi.

Ludovic vio el momento de explayarse.

—Creemos que puede tratarse de un grupo organizado, no sabemos con certeza cuáles son sus fines: podría ser trata de blanca, sectas...

—¿Sectas? —preguntó sorprendido Ignacio.

—La elección de niñas de esa edad, y rumores que nos han llegado sobre la instauración de grupos en distintos lugares de Francia. De entrada son pacíficos, pero en algún caso se han asociado con prácticas cercanas a la brujería, al sacrificio de animales...

—¿Satanistas? —quiso saber Ignacio.

—Ummm —dijo Ludovic—, más bien brujería ancestral, poderes preternaturales indefinidos, en estos tiempos puede ir desde extraterrestres hasta el demonio.

Engrasi lo miró con interés.

—¿Y cree que esa secta puede estar establecida por esta zona?

—Aún no sabemos si es una secta —se apresuró a recalcar la inspectora Renaud mientras reconvenía a su pupilo con la mirada.

—Pero podría ser —continuó él como si nada—. Desde antiguo, toda esta zona a los dos lados del Pirineo ha sido considerada mágica. Zugarramurdi, la brujería, los juicios de la Inquisición.

—¿Y qué van a hacer ahora? Aquí la Guardia Civil no nos ha hecho ni puñetero caso... —dijo Engrasi.

—Por supuesto vamos a informarles. Les pedimos, a título particular, que extremen los cuidados con la niña. En todos los casos se llevaron a las niñas

de la acera junto a la carretera. No creemos que vuelvan.

Ignacio negó en desacuerdo. Aquellos dos no tenían ni idea de lo que él había visto bajo la capucha que cubría el rostro del lobo. Engrasi lo miró intranquila y, quizá con intención de comprar un poco de calma, preguntó:

—¿Por qué están tan seguros de que no volverán? ¿No volvieron en ninguno de los casos en que el rapto se frustró?

—Ningún rapto se frustró. Ninguna niña consiguió escapar. Los relatos con que contamos provienen de los testigos que las vieron subir al coche antes de que desaparecieran.

Krewe. Tripulación

Afuera de Nueva Orleans

Mediodía del martes, 30 de agosto de 2005

El sol brillaba con fuerza calentando el agua que se evaporaba, creando una atmósfera húmeda y pesada y provocando destellos en la superficie de las aguas turbias, que ahora cubrían, en mayor o menor medida, todas las calles. Acomodaron a Dupree recostado en la popa de la zódiac, la parte más estable, con el fin de evitarle movimientos bruscos, y junto a Bull, que pilotaba la embarcación. Antes de alejarse de la ventana del hospital por la que habían embarcado ya estaba pálido y sudoroso por el esfuerzo. Tragó con un sorbo de agua dos calmantes que Johnson le suministró y cerró los ojos. A un lado se situaron Johnson y Amaia, y enfrente Charbou. Médora, totalmente cubierta con una sábana, ocupaba la proa. Desde allí su olor se expandía a toda la embarcación en cuanto tomaban un poco de velocidad, pero al menos no tenían que tenerla cerca. Su presencia ya resultaba bastante inquietante, en parte debido a la mortaja que la cubría, que aumentaba la sensación de llevar a bordo un cadáver.

—Quizá habría que destaparla un poco, hace mucho calor —dijo Johnson.

—Ni hablar —sentenció Charbou—. Así es mejor.

—¿Mejor para quién? —preguntó Bull suspicaz.

—Mejor para mí —afirmó tajante—. Mejor para todos. ¡Juro por Dios que si tengo que ver eso me explotará la cabeza!

Nadie le había llevado la contraria.

Amaia se sentía demasiado desconcertada para discutir. Todavía estaba valorando las últimas noticias llegadas desde Florida. La detención de Nelson, el jaque de Tucker y la estrategia de Dupree para convencerlos de que

ir a los pantanos era una buena idea. Bull estaba de su parte, y con Johnson había jugado la carta de la lealtad, sabiendo que no lo cuestionaría aunque lo arrastrase al infierno. Pero lo más alucinante era que, después de exponer sus argumentos, Charbou y ella habían claudicado.

Claro que eso había sido antes de saber que Tucker había cerrado el caso. Ahora la confusión del exterior y la de su mente eran casi lo mismo, aunque pronto la grandiosidad del desastre devoró sus inquietudes, y la luz y la belleza de aquel día le resultaron tan incongruentes, enfrentadas con el caos, que en muchos momentos su cerebro cortocircuitaba ante la enormidad de lo absurdo. Dando vueltas por las calles inundadas, viendo el éxodo de miles de personas hacia el centro, el hedor, el calor, los llantos de los niños en mitad del silencio de una ciudad destruida, que llevaba tres días clamando desde su tumba de agua sin que nadie hiciese caso. «Yo era como esta ciudad», pensó.

Habían perdido al menos dos horas tratando de salir de Nueva Orleans mientras Bill y Bull discutían; finalmente se decidieron por una de las rutas más arriesgadas: cruzar el Misisipi hacia el Westbank frente a Gretna, remontar el canal paralelo a la avenida Destrehan y después por el canal ascendente de nuevo hacia el Misisipi hasta la entrada del aeropuerto que la Marina tenía en Callender Field. Luchando con la sensación constante de estar retrocediendo en lugar de avanzar, ya habían invertido más de dos horas para un viaje que apenas tendría que haber durado una, y en dos horas más anochecería. Johnson había logrado el compromiso de ayuda de la Marina, que prometió enviar al embarcadero un vehículo todoterreno dotado con un remolque para la zódiac. Cuando abandonaron el Misisipi, y ya en las aguas más serenas del canal, Dupree abrió los ojos y levantó la cabeza. Miró uno a uno a los miembros de su particular tripulación posapocalíptica y sonrió.

—Menuda *krewe* tengo —dijo.

—Ni que lo diga, capitán —respondió Bill Charbou.

Bull se dirigió a Amaia, seguro de que no había entendido la broma.

—La *krewe* es la tripulación de una carroza del carnaval, y el capitán es el loco al mando.

Amaia se quedó mirando a Dupree.

Él le dedicó una mirada cargada de intención: no se le olvidaba que, en parte, estaba en deuda con ella.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Dupree.

Johnson interrumpió.

—Creo que ahora debería descansar, no le conviene hacer esfuerzos.

Dupree hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Estoy bien —afirmó, aunque la palidez y el sudor que cubría su rostro no pronosticaban lo mismo.

—Hay muchas cosas que quiero saber. ¿Qué es Bazagrá? —dijo Amaia observando su reacción—. Creo que es eso lo que dijo Médora antes de que... bueno de su ataque.

Dupree cerró los ojos mientras asentía. Sin duda era un tema difícil para él, pero más hostil fue la reacción de Johnson, que la fulminó con la mirada como si hubiese mentado la sogá en casa del ahorcado.

No se dejó intimidar. Sostuvo la mirada a Dupree hasta que contestó.

—Según algunos, es una palabra sin sentido, sin otra intención que causar confusión en quien la escucha.

—¿Y según otros?

—Es una maldición. Una invocación mágica a un demonio. Bazagrá, Bazagré, Bazagreá, derivados de Beelcebú, Baalzebud o Baal, del antiguo dios de Canaán y Fenicia, que llegó a infiltrarse en la vida religiosa judía durante la época de los Jueces.

Amaia prosiguió como si se tratase de un interrogatorio y Dupree no acabase de decirle que lo habían maldecido.

—¿Qué son esas marcas en su pecho, idénticas a las que tenía el abuelo de Jacob?

—Me las hizo el que se llevó a mi hermana y a mi prima cuando traté de impedirlo la noche del Betsy. Nana tiene la misma marca en su pecho.

Solo se oía el ruido del motor, y Amaia fue consciente de que era la única que miraba a Dupree; los demás dirigían la vista al horizonte, donde las dos orillas se difuminaban tomadas por el río, y evitaban mirar al agua lodosa, en la que flotaban enseres, animales ahogados y ropa para el agua, de la que prefirieron no saber si aún llevaba a sus propietarios.

—De acuerdo —admitió ella—. Pero sobre todo hay algo que necesito que me explique, porque es imprescindible que lo entienda. Podría llegar a concebir que se cerrase una investigación sin resolver sobre la muerte de un traficante de drogas; a menudo los ejecutores de los crímenes ni siquiera son los que ordenan cometerlos. Lo que no me cabe en la cabeza es que el FBI mandase archivar una investigación sin resolver del asesinato de uno de sus agentes.

Dupree se incorporó un poco apoyándose sobre el antebrazo derecho. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—No tiene tanto que ver con su muerte como con el modo en que murió —contestó jadeante.

—Ya he pensado en esa opción —admitió ella—. Y solo puedo colegir que, en el momento en que se produjo el fallecimiento, se encontrase haciendo algo que estuviera fuera de la ley, y que archivar el caso fuese el modo en que el FBI corría un tupido velo sobre algo que podría haber derivado en un escándalo, quizá.

Bull interrumpió sin poder contenerse.

—Nada más lejos de la realidad. El agente Carlino falleció cumpliendo con su deber, y de alguna manera Jerome Lirette lo hizo cumpliendo con su deber de hermano.

Dupree alzó una mano que pretendía contener la indignación de Bull.

—Cuando me incorporé a la investigación, vi de inmediato las similitudes entre lo que narraban Lirette y su madre y mi experiencia durante la desaparición de mi hermana, mi prima y las otras niñas. Jerome ya comenzaba a desesperarse ante la insistencia de la policía en plantear el caso de la desaparición de Médora como un secuestro para ejercer presión por parte de otros narcotraficantes. Pero, aun así, el saber con qué nos enfrentábamos y hacia dónde debíamos dirigir nuestro trabajo no ayudó a que en los días siguientes no hubiese ni una pista de dónde podía estar Médora, hasta que en aquel campamento del pantano hallamos su prendedor del cabello.

Dupree hizo una pausa respirando lentamente. Bull le tomó el relevo.

—«El pantano tiene ojos» no se refiere solo a las bestias que lo pueblan. Muchos de los cajunes viven en campamentos, en casas flotantes o en sus propios barcos. Sin embargo, nadie sabía nada, y eso nos extrañó. Los habitantes de los pantanos tienen un sexto sentido, reportan constantemente al departamento del *sheriff* la presencia de extraños, cazadores o furtivos de cualquier clase. Pero también la de presencias que escapan a las explicaciones racionales.

—¿Cómo es eso? —se interesó Charbou.

—Tú sabes que antes de entrar a homicidios en la ciudad comencé como policía en la oficina del *sheriff* de Terrebonne. La gente aquí es supersticiosa, y en los pantanos, más. Vivir en los pantanos otorga otra concepción del

mundo, y no sería la primera vez que en la oficina del *sheriff* se atendía el aviso de alguien que afirmaba haber visto al *rougarou*, o incluso por actuaciones de los *lutins*. Así que nos extrañó que nadie hubiese visto ni oído nada.

—¿*Rougarou*? ¿*Lutins*? —inquirió Johnson.

—El *rougarou* o *loup-garou* es un monstruo de los pantanos, el equivalente a un hombre lobo. Los *lutins* son algo más difíciles de explicar: se supone que son espíritus traviesos, como duendes, y están también los *fifolets*, las luces del pantano, fuegos fatuos probablemente, pero, según la cultura cajún, espíritus malignos, fantasmas de los muertos arrastrados por las corrientes hacia los *bayous*.

—¿Y la policía de Terrebonne atiende a esas llamadas? —preguntó extrañado Johnson—. Mi experiencia cuando investigaba sectas es de escepticismo por parte de las autoridades.

—Le aseguro que si estuviese viviendo allí una temporada no le parecería tan ridículo. El pantano está vivo. Si trabaja como policía cerca de un grupo étnico como los romaníes, los nativos americanos o los cajunes, debe aprender y entender sus costumbres o estará completamente perdido. Además, no es un secreto que en la parte sur de Luisiana se practica vudú.

—¿Vudú como brujería? —preguntó escéptica Amaia.

Bull la miró incomodado. Y contestó muy serio:

—Vudú como la religión mayoritaria en países como Togo o Benín, y la religión oficial de Haití en su versión caribeña, desarrollada a partir de las creencias de los esclavos traídos desde África y la fusión con el cristianismo y sus variantes: santería, candomblé, umbanda. Y sí —dijo mirando a Johnson—, se admiten las llamadas y avisos sobre cualquier actividad sospechosa, porque cuando una creencia forma parte de una raíz cultural hay que aceptar que en toda la zona se producen actos relacionados con ella. Ceremonias que implican sacrificio de animales, reuniones nocturnas, expolio de tumbas, robo de huesos...

—Vale —asintió Johnson levantando una mano, sobrepasado.

—Jerome metió la pata —continuó Dupree—. Su hermana llevaba más de una semana desaparecida y no teníamos nada. Nadie había visto nada o, lo que era peor, si alguien lo había visto, como sospechábamos, no iba a decirlo. Así que, sin comentarnos nada, Jerome ofreció una recompensa de veinte mil dólares por cualquier información sobre Samedi. En los pantanos las cosas no

funcionan como en el resto del mundo: no puso un anuncio en el periódico local, ni recurrió a la radio del condado. Veinte mil dólares son una pequeña gran fortuna, solo tuvo que hacer correr el rumor de que pagaría esa cifra, y el resto se hizo solo.

»Llevábamos horas intentando contactar con Lirette sin resultado. A final de la mañana nos presentamos en la casa. Su madre abrió la puerta armada con un rifle, muy nerviosa y asustada, aunque poco se le podía reprochar a la pobre mujer después de la experiencia vivida en los últimos días. Nos dijo que su hijo no estaba en casa; que, a pesar de que sabía que ese día le daban el alta, no había ido a recogerla al hospital, que sin duda algo malo tenía que haberle pasado. Estuvimos de acuerdo: cualquiera que hubiera conocido a Jerome Lirette sabía que sentía adoración por su familia. Y que no iba a dejar abandonada a su madre después de haber perdido a su abuela y a su hermana. Llamamos al *sheriff* y comenzábamos a organizar una batida para buscarlo por los pantanos cuando se recibió una llamada anónima que indicaba dónde podíamos encontrar su cuerpo. Unas coordenadas y una indicación en un *bayou* del pantano, que solo podría haber interpretado un cajún de la zona.

»Casi a la vez, la madre de Jerome volvió a llamarnos histérica diciendo algo sobre un mensaje de su hijo para nosotros. Creímos que se trataba de una broma de mal gusto, o de un embustero, que atraído por la oferta de veinte mil dólares de la recompensa de Jerome había telefoneado a su madre con un recado falso. Aun así, decidimos dividirnos. Yo fui con el *sheriff*, el detective Bull y una partida de sus hombres hasta el lugar donde, según la llamada, se hallaba el cuerpo de Lirette; Carlino se dirigió a hablar con la madre de Jerome a su casa.

—Era una trampa —supuso Charbou.

—No, no lo era, eso es casi lo más aberrante del caso, había un mensaje de Jerome para nosotros en la casa de su madre. Hallamos el cuerpo de Lirette en el lugar indicado. Decapitado. Lo habían clavado al tronco de un árbol en una lóbrega zona rodeada de vegetación flotante. Estaba desnudo y sujeto así, al árbol, daba la sensación de estar caminando sin cabeza sobre el prado verde y nebuloso que tapizaba el agua a sus pies.

—Entonces Carlino... —dijo Johnson.

Dupree dejó salir todo el aire de sus pulmones.

—Cuando llegamos, el agente Carlino yacía postrado en el porche de Lirette, ensangrentado y con un boquete en el torso; aún estaba vivo. A dos

metros escasos, colocada con sumo cuidado en la última escalera, estaba la cabeza decapitada de Jerome. Me incliné sobre mi compañero, que trataba por todos los medios de explicarme algo. Las palabras salían impelidas por la sangre que manaba de su boca; traté de convencerle de que no hablase, pero él estaba desesperado por decirme algo. Me acerqué hasta pegar mi oído a su boca, y entonces pude entenderle:

»—Lirette está vivo.

»Preguntaba por la suerte de Jerome, aunque era algo extraño teniendo en cuenta que desde donde estaba podía ver la cabeza decapitada del joven. Pensé que el *shock* del disparo le hacía delirar y le respondí:

»—Lo siento, amigo, no lo ha conseguido. Lirette ha muerto.

»Él negó tosiendo su propia sangre.

»—No, no, está vivo —dijo extendiendo una mano hacia la cabeza que descansaba en el último escalón. El corte era dentado e irregular, como si la cabeza hubiera sido arrancada en lugar de cortada, sensación a la que contribuían tendones, nervios y jirones de tejido que colgaban de cualquier manera de la base del cuello. Tenía el aspecto que se puede esperar de una cabeza separada del tronco. Blanco azulada, gris en algunas zonas. De la boca entreabierta asomaba la lengua blanca e inflamada. Tenía los ojos cerrados y cualquier parecido con el apuesto Jerome Lirette había desaparecido. Aun así, era él, sin lugar a dudas. Entonces Lirette abrió los ojos y me miró. Recogió la lengua en la cavidad bucal y entreabrió los labios como si fuera a hablar. — Dupree hizo una pausa observando la reacción de Amaia; ella asintió sin dar muestras de duda, conminándole a continuar—. Me quedé mirándolo asombrado, enloquecido por los gritos de la madre que llegaban desde el interior de la casa y por aquella visión. La mano de mi compañero cayó sobre la mía obligándome a concentrar mi atención en él. Volví a inclinarme sobre Carlino para poder entender sus balbuceos.

»—Me ha arrancado el corazón. Samedi se lo ha llevado.

»Aprensivo miré hacia el terrible boquete que horadaba su torso. Pensé que debían de haberle disparado con un rifle y a muy corta distancia. Debí darme cuenta entonces de que no había quemaduras por la deflagración, y tendría que haberlas para haber causado aquel daño. Tan solo una honda desgarradura de bordes irregulares que se hendían hacia dentro cada vez que él respiraba. Usé mi propia camisa para taponar la herida mientras mi compañero me instaba una vez más a que me acercase.

»—Si vas tras él, te arrancará el corazón —me dijo.

»Carlino murió al entrar en el hospital, pero aguantó vivo todo el camino. Lo desalojamos primero hasta Houma y desde allí en helicóptero hasta Baton Rouge. Yo le acompañé todo el viaje, unos veinte minutos. Abrió los ojos un par de veces, con la mirada de alguien que se muere. Yo no dejé de hablarle, ni de apretarle la mano; solo un instante antes de aterrizar perdió la consciencia. Vieron que había fallecido en cuanto lo conectaron a los monitores en la sala de urgencias: no tenía pulso, ni presión ni ningún tipo de actividad. Pero Carlino era un agente joven, tenía treinta y cuatro años, y el médico no se conformó. Le dio varias descargas con el desfibrilador sin resultado y entonces optó por usar las palas directamente sobre el músculo cardíaco. Cuando le abrieron el pecho, comprobaron alucinados que el agente Carlino no tenía el corazón. El informe médico habla de una escisión cardíaca manual a través del agujero que presentaba bajo las costillas.

—Pero eso es imposible —protestó Charbou.

Bull explicó:

—Estudios antropológicos sobre los sacrificios de la era clásica maya en América Central describen una ceremonia consistente en extraer el corazón de un sujeto vivo por un agujero practicado con las manos bajo las costillas, llamada «remoción del corazón pulsante».

—Creo que Charbou no se refiere a que no pueda existir ese tipo de crimen, sacrificio o ceremonia, llámelo como quiera, sino al hecho de que después sería imposible que la víctima conservase la vida, y menos durante un tiempo tan prolongado —echó un cable Johnson.

—Eso no es todo —dijo Dupree entristecido, y con una media voz que delataba su agotamiento—. El cuerpo del agente Carlino conservó signos vitales y actividad cerebral durante cuarenta y ocho horas más. Y cuatro días después, el forense tuvo que detener la autopsia porque algunos órganos aún se presentaban reactivos, lo mismo que la cabeza cercenada de Jerome Lirette. Los restos de ambos fueron incinerados.

»Entregué un informe completo avalado por los del *sheriff* de Terrebonne y el departamento de homicidios de la policía de Nueva Orleans en la persona del detective Jason Bull. La madre de Lirette también declaró. Como consecuencia, pasó mucho tiempo ingresada en un psiquiátrico. Volví a verla el otro día en un balcón de la calle Bourbon, aunque en el momento no la reconocí. Me dijo algo que no apunta a que esté mucho mejor... —dijo

mirando a Bull—. Cuatro horas después de entregar mi informe, fui requerido al despacho de mis superiores, que me instaron a que presentara una nueva declaración omitiendo cualquier aspecto que escapase a la lógica criminalística. Así lo hice.

Amaia desvió la mirada a un punto en el horizonte. Ella también sabía bastante sobre dar versiones en las que se omitía lo que no era lógico.

Traiteur. Curandero

Los pantanos

El pantano comenzó a devorar la luz en cuanto entraron en él. A pesar de que nunca había estado en un pantano, la sensación de los árboles hurtando la luz del cielo hacia sus raíces era idéntica a la que Amaia había experimentado mil veces en el bosque de Baztán. El relato de Dupree la había transportado en el tiempo hasta una noche, y un bosque, que creía tener olvidados. Sintió que un escalofrío recorría su espalda, mientras evocaba la belleza y el temor que le producía.

Habían abandonado el vehículo a las afueras de una población desolada, quizá cerca de Houma, y de nuevo navegaban en la zódiac. Médora, inmóvil en la proa, como el mascarón mortuorio de un barco pirata, había permanecido allí incluso durante el trayecto en coche, cuando Charbou había jurado que iría sobre el capó del vehículo antes de tenerla sentada a su lado en un espacio tan reducido.

Dupree volvía a tener fiebre. A pesar del intenso calor que había hecho durante todo el día, sintió su piel ardiente cuando ayudó a instalarlo de nuevo en la lancha. Dormitaba a ratos, y de vez en cuando levantaba la cabeza para compartir con Bull unas indicaciones, que probablemente ya no servían de nada en un territorio donde se habían perdido casi todas las referencias. Vieron varias casas flotantes que parecían abandonadas, algunas parcialmente hundidas, ladeadas mientras el agua violaba los huecos abiertos por la tormenta. Distinguieron al menos tres barcos que navegaban en la distancia, y aunque en un par de ocasiones se cruzaron con vecinos que trasladaban enseres en barcas atestadas, y a pesar de que les aseguraron que iban bien, Johnson y Charbou intercambiaban miradas que decían, a las claras, que no las tenían todas consigo. Faltaba una hora para el anochecer y el sol seguía

brillando con fuerza, pero al penetrar en las zonas sombrías del pantano el temor de que la noche los alcanzase allí se instaló entre el grupo. Amaia volvió a sentir un escalofrío que la llevó a preguntarse si ella misma tenía fiebre.

Bill Charbou acababa de proponer que regresaran hacia la zona poblada cuando avistaron el campamento.

Era el lugar más extraño que Amaia había visto jamás. Había tres casas de buen tamaño, construidas sobre pantalanes flotantes, que permanecían ancladas al fondo o sujetas con cadenas a los grandes árboles. Sus tejados pugnaban ahora por rozar las copas de los árboles bajo los que solían cobijarse cuando el pantano estaba al nivel habitual. Al menos una docena de barcos camaroneros permanecían amarrados a los costados de los improvisados muelles, y las luces de las guirnaldas que los recorrían de proa a popa eran las primeras que veían en los últimos días. El ruido producido por un generador se mezcló con el murmullo de la gente que los saludaba con las manos en alto. Amaia estuvo segura de que hasta percibió una alegre música entremezclada con las voces de niños y adultos. La sensación fue de regocijo, de inmensa alegría, como la de una niña perdida que encuentra una casita iluminada en medio del bosque.

—*Howsyamammaaneem?* —les gritaron desde los porches de las casas flotantes.

Bill y Bull levantaron los pulgares a la vez sonriendo.

—*Howsyamammaaneem?* —repitieron ellos a su vez provocando una auténtica algarabía de gritos y saludos de bienvenida.

—¿Mamá y ellos? —preguntó Amaia sonriendo contagiada.

—Oh, sí, subinspectora, Luisiana se declara estado matriarcal.

Amarraron la zódiac a la baranda del porche delantero de una de las casas y una docena de manos los ayudaron a desembarcar.

Amaia reflexionó sobre cómo había discurrido su pensamiento y el vericuelo mental por el que se había imaginado al *traiteur*, como una especie de chamán colorido y gritón, como el jefe de un desfile del carnaval tradicional sureño. Ataviado con plumas, vestido de colores, con una casaca bordada de conchas, lentejuelas y corales, y una máscara entre africana y caribeña con la que enfrentarse de igual a igual a los espíritus.

El *traiteur* era un hombre de piel dorada que se estiraba sobre un cuerpo delgado y un poco encorvado, como si pasase muchas horas inclinado hacia

delante, o como si temiera ser demasiado alto si se erguía. Llevaba un pantalón ancho remangado hasta dejar a la vista sus tobillos fuertes y huesudos y sus grandes pies, a duras penas contenidos por unas sandalias de plástico. Vestía una camiseta de los Pelicans de Nueva Orleans, bastante vieja y descolorida. Tenía el pelo un poco largo, lo que hacía resaltar más las hebras grises que parecían mayoría entre sus cabellos. Había subido a la embarcación antes de permitir que nadie moviese a los pacientes. Destapó a Médora y la observó sin dar muestras de espanto ni de asco. Si hubo un gesto fue de piedad. Con Dupree fue muy rápido. Una mirada y una señal a los hombres para que lo sacasen de allí. Media docena de pescadores habían trasladado a Dupree al interior de la casa, mientras Johnson perseguía al *traiteur* intentando alcanzarle y procurando que supiera de la insistencia de Dupree en que lo llevaran allí y lo que habían dicho los médicos. En un momento el hombre se había vuelto hacia Johnson, sorprendiéndole con su gesto, deteniéndose frente a él.

—Gracias —le había dicho. Y el agradecimiento había sonado tan sincero que Johnson no había podido añadir nada más, aunque le había correspondido con una leve reverencia con la cabeza, como si reconociese su autoridad. Había al menos veinticinco personas en la habitación, que era toda la extensión de la planta de la casa. Hombres y mujeres, pescadores camaroneros y habitantes de los pantanos, pero su presencia no parecía incomodar al *traiteur*. El hombre actuaba como si estuviera a solas con su paciente: no miraba a nadie, no se dirigía a nadie, no preguntó nada, ni necesitó nada de nadie, solo estaba allí para Dupree.

La voz del *traiteur* era suave, masculina y dulce a la vez. Amaia pensó que le gustaría oírle reír. El hombre se inclinó y rescató de entre los dedos crispados del agente el pequeño saquito de piel de cabra que Amaia le había visto en el hospital. Lo observó y con mucho cuidado lo colocó en la almohada junto a Dupree.

—¿Sabe qué es eso? —susurró Amaia a la mujer que tenía más cerca.

—Es un *gris-gris* —respondió rauda.

Amaia la miró sorprendida, en parte por la respuesta, en parte porque ni siquiera esperaba obtener una.

—Es un amuleto vudú. Alguien que le quiere mucho lo hizo para él porque sabía que estaba en peligro; si no lo hubiera llevado, habría muerto.

Amaia sintió un leve mareo y estuvo segura de que tenía fiebre. Eso, o el

ambiente sobrenatural de aquel lugar sumado a las horas al sol, se le estaba subiendo a la cabeza. Advirtió una dolorosa laceración en el vientre y calculó, mientras descartaba que fuese la menstruación. Sintió otro pinchazo y el dolor se extendió hasta la cara interior del muslo. Una enorme debilidad se adueñaba de su zona lumbar. No le hizo demasiado caso mientras se concentraba en observar a aquel extraño.

El *traiteur* se sentó a la cabecera del camastro donde habían colocado a Dupree. Se arrodilló en el suelo de madera y puso sus manos sobre el pecho del hombre al mismo tiempo que inclinaba la cabeza y musitaba oraciones, o magia, o hechizos. Amaia no sabía qué o por qué, pero supo que aquel hombre era poderoso de la manera más humilde, un guerrero manso, un príncipe llano.

Fue moviéndose a los lados, a los pies, de nuevo a la cabeza, y en cada ocasión reemprendía o iniciaba el ritual con la misma energía de novedad y confianza, colocando las manos sobre Dupree como si depositase allí un tesoro, una ofrenda o una manta con la que abrigar su sufrimiento. Se puso en pie y miró a los presentes.

Dupree descansaba con los ojos cerrados y las manos extendidas a los lados del cuerpo; ya no sudaba, parecía dormir plácidamente.

—Ahora debemos dejarle hacer, yo ya lo he curado, ahora tiene que curarse él.

—¿Está dormido? —dijo Bull, aunque era a medias una pregunta y una afirmación.

—No —respondió el *traiteur*. Y sin dar más explicaciones miró a los pescadores y con un gesto les indicó que trajeran a Médora.

Ninguno de los presentes hizo gala de la piedad del *traiteur* cuando apartaron la sábana que cubría a Médora. El olor a tumba antigua se extendió sutilmente provocando que la mayoría se cubriese la boca y la nariz con las manos, o con el cuello estirado de sus camisetas, mientras proferían exclamaciones de horror y de miedo. Unos se santiguaban y otros besaban amuletos o santos, según sus creencias.

De pie en medio de la habitación, Médora no pareció ser consciente de otra realidad que no fuera la percepción de la luz. Cuando el *traiteur* la destapó, Médora bajó la cabeza escondiéndola de la escasa claridad de la habitación, que provenía de media docena de bombillas que colgaban del

techo y que oscilaban amenazando con fundirse con el runrún del generador. El esparto de su pelo cayó sobre el rostro ocultando la calavera cubierta de tensa piel reseca.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó con dulzura el hombre.

La mujer no respondió, pero emitió un siseo muy suave, como una débil fuga de agua.

El *traiteur* levantó las manos y las colocó sobre los hombros esqueléticos, cuyos huesos se percibían puntiagudos a través del inadecuado camión de diminutas flores.

Ella respingó al sentir el contacto y retrocedió dos pasos provocando la espantada de los que se hallaban en aquel lado de la estancia. El *traiteur* avanzó hasta situarse de nuevo frente a ella y, sin tocarla esta vez, inclinó la cabeza y comenzó a recitar su plegaria, moviendo tan solo los labios.

La mujer empezó a balancearse adelante y atrás, como si una onda plácida recorriera su cuerpo desde los pies, subiendo por las rodillas, las caderas, los hombros y el cuello, mientras siseaba.

—Sssssh, sssssh, sssssh.

Amaia la observó hechizada, ni en un millón de años habría supuesto que un cuerpo tan maltratado, seco y anquilosado como aquel podía contonearse así.

—Sssssh, sssssh, sssssh.

Había algo hipnótico en el sonido que emitía, que tenía tantas notas de atracción como de advertencia, como una señal de peligro.

Se movía adelante y atrás, muy despacio.

—Sssssh, sssssh, sssssh, sssssh.

Como un zumbido, como un siseo.

Los brazos oscilaban a los lados del cuerpo como ramas secas y muertas, y el bamboleo se extendía a su cabeza, que campaneaba a un lado y al otro, con el rostro cubierto por el estropajoso cabello.

—Sssssh, sssssh, sssssh —silbaba.

—Es la serpiente —dijo la mujer que le había hablado antes.

Sí, era eso, cómo no se había dado cuenta. Siseaba y se movía como un reptil, y no como cualquiera, lo hacía como una serpiente. De pronto la señal de advertencia que había creído percibir cobró toda su carga, disparando sus alarmas y haciéndole ver que la luz en la casita de en medio del bosque era en

realidad un portal del infierno. Lo sintió con tal fuerza que tuvo el impulso de correr hacia el *traiteur* para advertirle. La mujer la sujetó poniendo una mano fuerte de pescadora sobre su muñeca.

El *traiteur* dio un paso hacia Médora y, mientras recitaba su plegaria, de pronto la rodeó con sus brazos, como a una niña pequeña, dejando que el cráneo de la mujer reposase en su pecho. No la sujetó, no la retuvo. La abrazó con un gesto íntimo y filial, de sincera protección, de amor verdadero. Médora se desmadejó en sus brazos como si toda la fuerza que la sostenía desde dentro la hubiera abandonado. Los brazos cayeron desmayados a los lados del cuerpo, las rodillas se doblaron y los pies perdieron apoyo, mientras la cabeza caía hacia atrás, dejando a la vista de todos la crueldad de la muerte en su rostro.

El *traiteur* la sostuvo para evitar que cayera y con sumo cuidado la recostó en el suelo, mientras con un gesto daba órdenes para que la cubrieran con una manta.

Johnson, Amaia y los de Nueva Orleans se acercaron al hombre.

—Su amigo se pondrá bien —dijo haciendo un gesto hacia Dupree, que descansaba inmóvil—. A ella, no puedo curarla.

Amaia le miró estupefacta. ¿Qué era entonces lo que acababa de ver?

Como si el *traiteur* hubiera escuchado su pregunta, dirigió a ella su respuesta.

—La cardiomiopatía de Takotsubo se llama también el síndrome del corazón roto, eso es lo que le pasaba a su amigo. Lo que le constreñía el corazón era una grapa de miedo e inseguridad, colocada a traición sobre él. No puedo curar a esta mujer, porque el lugar donde radica su mal no está con ella.

Bull y Johnson asentían como si entendiesen algo.

—No lo entiendo —dijo Charbou.

—No puede curar lo que no tiene —dijo Amaia—. *Son petit bon ange*, el alma, lo que dijo que Samedi le había quitado.

—Pero ¿es eso posible? —preguntó Charbou dirigiéndose al *traiteur*. Amaia se dio cuenta de que de algún modo también él reconocía su autoridad. La actitud de Charbou hasta el momento había sido de puro escepticismo, y por primera vez observaba la posibilidad de que hubiera otra respuesta.

El *traiteur* respondió:

—Ella cree que lo es, y eso es suficiente. Quizá no se la ha quitado, pero

sí que la tiene cautiva. Mientras tanto ella es su esclava, y el lugar que *le bon ange* ocupaba es ahora un tambor, una caja de resonancia para otros visitantes. Como una casa abandonada por su dueño en la que cualquiera puede entrar.

—Pero yo le he visto hacer eso que ha hecho —dijo mirando a la mujer que dormía en el suelo—, y si me lo permite diría que hasta tiene mejor cara —añadió provocando la sonrisa en todos.

—Es un alivio temporal. Pero ese lobo volverá...

Amaia lo miró alertada por sus palabras. Fue consciente de cómo el hombre la observaba redoblando su interés.

El *traiteur* la examinó intrigado.

—Los médicos dijeron que padece síndrome de Cotard —argumentó ella.

—Estoy de acuerdo —convino el *traiteur*.

—Entonces, ¿usted también cree que tiene una enfermedad mental que le hace estar así? —planteó Charbou buscando alivio para su inquietud.

—Por supuesto, pero no enfermó ella sola: la enfermaron, se lo indujeron, como si le hubieran contagiado a posta una enfermedad.

—Siempre... bueno, ya me entiende; soy de Nueva Orleans, he oído hablar de vudú, de los zombis, de las maldiciones y las muñecas para provocar dolor y enfermedad... pero siempre pensé que eso era la interpretación del cine... No pensé... y desde luego nunca lo creí.

—Es de eso de lo que se trata, de creer o no. El *bokor* que hizo esto es un sacerdote oscuro, alguien que usa la invocación de los espíritus para el mal y la dominación. Toda esa superchería en torno al vudú tiene una parte cierta, es la religión de los espíritus. Eso es justo lo que significa la palabra «vudú»: el espíritu que habla. Y cuando se habla con los espíritus se puede elegir hablar con los buenos o con los malos. Médora padece una enfermedad mental que le hace obrar y sentir como si estuviera muerta, no puedo imaginar un sufrimiento más grande, pero si no sana su alma, no lo hará su cerebro. Médora está enferma porque es una creyente. La ceremonia de zombificación consiste en que el *bokor* logre convencer a la víctima de que ha muerto, de que le ha arrebatado su alma y de que solo él la ha regresado a la vida, por lo tanto, le pertenece.

—Dupree dijo que usted ayudaría a Médora —insistió Amaia.

—Puedo ayudarla a usted, si quiere —dijo señalando su vientre—, pero los *traiteurs* tenemos límites, y no le vendría mal tomar un antibiótico. Pídaselo a Annabel —dijo señalando a la mujer que le había hablado—. Las

aguas de por aquí están llenas de bacterias y las mujeres de los pantanos sufren cistitis a menudo.

Amaia sintió cómo la debilidad que había rondado sus lumbares se extendía por toda la columna, y los pinchazos aumentaban su intensidad unidos a la urgente necesidad de orinar, lo que delataba sin lugar a dudas la infección en su vejiga. Sobreponiéndose al mareo apretó los labios.

—Pero si usted no la ayuda, ella no podrá ayudarnos. Necesitamos preguntarle, establecer con ella algún tipo de comunicación; la vida de dos niñas pequeñas depende de lo que pueda decirnos.

—No creo que vaya a decir nada más de lo que ha dicho.

—No ha dicho nada —zanjó Charbou.

El *traiteur* sonrió.

—Puede que no en su idioma, pero le aseguro que el que estaba ahí —dijo señalando el cuerpo de Médora— ha hablado.

Stella Tucker

Florida

La agente Stella Tucker observó su imagen en el espejo mientras se enjabonaba las manos. El pelo corto era un acierto. Le permitía tenerlo siempre en perfecto estado de revista. La piel se veía hidratada, aunque la tensión y el esfuerzo de las últimas horas le habían pasado factura en forma de oscuras marcas bajo los ojos. Ensayó una sonrisa y el efecto fue de inmediato iluminador. El traje estaba bien, aunque de haber podido elegir se habría cambiado la camisa. Mientras se secaba las manos con una toalla de papel, decidió que tendría que ser así; era demasiado tarde para regresar a su hotel y no podía hacer esperar a un senador. La llamada desde Quantico del jefe Wilson le había robado un tiempo precioso, pero había sido placentero escuchar cómo la felicitaba y reconocía su trabajo, a pesar de que Tucker era consciente de que Wilson y Verdon la consideraban un mal bicho. Le daba igual. Con Dupree desaparecido en Nueva Orleans y su equipo desbaratado, Stella Tucker no volvería a trabajar bajo sus órdenes. Tras la exitosa experiencia de dirigir su propia unidad, nadie se atrevería a arrebatárselo. Un par de estridentes pitidos señalaron la entrada del SMS que esperaba de Emerson. El senador acababa de llegar desde Washington. Estaba accediendo al edificio. Su secretario había llamado una hora antes. El senador regresaba de urgencia y solicitaba verla en la sala VIP del hospital donde custodiaban a Brad Nelson. Las cosas no podían ir mejor también respecto a este. Veinte minutos antes los médicos le habían comunicado que Nelson volvía a estar consciente; aunque aún bajo el *shock* e intubado no podrían interrogarle, los médicos eran optimistas sobre su recuperación. De un modo milagroso, los disparos del SWAT no habían tocado ninguna zona vital. El médico hablaba de una vértebra destrozada, con lo que era probable que Nelson no pudiera

volver a caminar o que lo hiciera con grandes dificultades, pero Tucker sabía que muerto habría deslucido su extraordinaria actuación; caminar por los juzgados llevando a juicio a un asesino en serie supondría una publicidad extraordinaria. Extendió la mano derecha hacia su reflejo en el espejo y ensayó una inclinación de cabeza respetuosa, pero no servil. Profesional. Ni aséptica ni impresionada. Tucker era la agente al mando de la operación que había salvado a la familia de un senador de Estados Unidos, pero también era su obligación, su trabajo. Debía hallar un tono entre la adusta profesionalidad y la humildad del héroe que no le impidiese aceptar la merecida gratitud que esperaba del senador.

Fermentar

Elizondo

Era un gesto tranquilizador, interiorizado hasta el punto de que lo hacía mientras dormía, de un modo casi inconsciente, que le permitía acallar las alarmas y descansar. Juan percibió el vacío, estiró el brazo hacia la tibieza huidiza. Abrió los ojos. Rosario se había ido.

No estaba en la casa, lo supo desde el instante en que se despertó. Aun así, recorrió una a una todas las estancias, descalzo, dejando que el frío le escalase por los pies. Regresó a la habitación y se sentó en el borde de la cama mirando al lugar vacío que debería ocupar su mujer. Se inclinó hacia su mesilla, abrió el cajón y apartó un montón de calcetines que, recogidos en pares, llenaban todo el cajón. De debajo, extrajo un sobre grande y amarillo que colocó a su lado, sobre la cama. Con una mano temblorosa acarició los trazos de tinta azul con los que alguien había escrito el nombre de su hija. Suspiró acongojado.

Rosario dejó de levantarse a visitar el cuarto de las niñas desde que Amaia vivía con la tía Engrasi. Y no había vuelto a salir de casa durante la noche desde hacía doce años, cuando estuvo embarazada por última vez.

Años de desvelo, de vigilar su sueño. Recordaba la primera vez que despertó y se dio cuenta de que no estaba. El sobresalto inicial al notar que no regresaba después de pasado el tiempo prudente para que volviera del baño, la posibilidad de un mareo, un desmayo, la amenaza presente en cada embarazo de un aborto súbito. Las dudas, tras recorrer toda la casa con el alma en vilo y salir al obrador con un abrigo sobre el pijama solo para comprobar que tampoco estaba allí. Y después esperar sentado en la sala, entre la aprensión y la sospecha, mirando al teléfono y concediéndose quince minutos más antes de llamar a la Guardia Civil. Escuchar la llave en la puerta

y dejarse vencer por el impulso de volver rápido a la cama, fingirse dormido y simular despertarse cuando ella se acostaba con el frío de la calle aún prendido en el cuerpo.

—¿Dónde estabas, estás bien? —se atrevía a preguntar con la voz trémula.

Ella respondía serena:

—Tranquilo, estoy bien, no podía dormir y me he levantado a tomar un vaso de leche.

Juan ya no volvió a dormir. Rosario estuvo levantándose al menos una vez cada diez días, saliendo de casa en mitad de la noche, de madrugada. Regresando helada y serena antes del amanecer para meterse en la cama y fingir que siempre había estado allí.

Mil veces pensó en hablar con ella, mil veces en cómo abordarlo. Cada noche en que salió de casa, mientras esperaba sentado a oscuras, en el salón, se imaginaba la conversación cuando ella entrara y él la sorprendiera regresando a hurtadillas, de madrugada. No tendría más remedio, entonces, que explicarle, que decirle de dónde venía, con quién había estado, por qué se iba de su lado, sola y embarazada, en mitad de la noche. Entonces escuchaba la llave en la cerradura. Imaginaba a Rosario sosteniendo apretado el llavero para evitar que el tintineo de las llaves se oyese en la casa silenciosa. El suave arrastrar del burlete que habían colocado en el dintel para evitar que el calor se fugase por la puerta. El modo en que contenía la manilla para evitar el clic cuando se cerraba la puerta. Sus pasos quedos, sorteando todos los tablones que crujían en la escalera. Y ese cuidado, esa intención furtiva, y a la vez preocupada, por no ser descubierta era lo que le hacía regresar a la cama, solo un instante antes de que ella entrara. Se convenció de que su silencio era recato, de que su ocultación era compostura, de que el cuidado en no ser descubierta revelaba arrepentimiento y vergüenza. Aquella primera noche sentó un precedente, porque cuando ella ya estuvo acostada, mientras advertía cómo se sosegaba su respiración y se templaba su cuerpo, cuando se durmió al fin, él se incorporó de lado para poder verla, y todo lo que sintió fue agradecimiento por tenerla, porque hubiera regresado. Y a pesar de que en cada una de las ocasiones en las que salió de casa hasta el día en que dio a luz se prometió esperarla cargado de reproches, de acusaciones, sospechas y preguntas, aquella primera noche, aunque no lo sabía todavía, había decidido que jamás le diría nada.

¿Y qué iba a decirle? ¿Qué iba a reclamarle él? Si cuando la veía durmiendo a su lado todavía se preguntaba qué hacía una mujer como ella con un desgraciado como él, si aún no podía creerse que lo hubiera elegido, que aún estuviese a su lado. Engrasi decía que era un avestruz, que enterraba la cabeza para no ver los problemas. Pero él se sentía como un pato, un pato enamorado de un cisne que comprendía que el destino le había otorgado la extraña suerte de un amor inalcanzable para otros, el privilegio de estar al lado de una mujer extraordinaria. Junto a ella se sentía invencible, pero jamás olvidaba que era un patito pequeño y torpe junto a la majestad de un cisne, un hombre sencillo al que le faltaban cultura y modales, junto a una reina. Cómo iba él a someterla, cómo obligarla.

La segunda vez que ella salió estuvo tan preocupado que en los días posteriores apenas podía pensar en otra cosa. ¿Adónde iba su esposa con el abrigo sobre el camisón y los zapatos en la mano? ¿Adónde podría ir una mujer embarazada, en mitad de la noche, en un pueblo en el que desde las nueve estaba todo cerrado? La duda le volvía loco. Insomne en la noche, irritable en el día, masticaba bocados que se volvían de esparto, en cuanto los tragaba, y de hiel, cuando los vomitaba. Tras la tercera noche en que Rosario salió de casa, Juan decidió consultar al médico.

Cuando tuvo a Flora y Rosaura todo había ido bien; por eso se asustó cuando el doctor Hidalgo comenzó a explicarle:

—Por las peculiaridades de este embarazo, las cosas pueden ser especialmente difíciles para ella.

—¿Corre peligro su salud?

—No —le tranquilizó el doctor—, su salud está bien, ella se lo está tomando en serio con la dieta; además camina mucho, no ha ganado demasiado peso, algo que podría ser contraproducente para un embarazo como el suyo. En su caso estoy haciendo el doble de los controles, la última analítica está perfecta, pero un embarazo como este, con sus particularidades, no solo es un reto para el cuerpo de la mujer, también lo es anímico y mental. Pero no te preocupes, Rosario es una buena madre y le hará frente a la situación.

Una noche, después de que ella regresara, cuando el calor comenzaba a retornar a su cuerpo, él se atrevió a susurrar a la oscuridad:

—Soy tu marido y te quiero. Vayas a donde sea que vayas, yo podría ir contigo.

Rosario no respondió inmediatamente. Tardó tanto que hasta llegó a

pensar que se había dormido, o quizá se sintiera tan avergonzada que le faltaban fuerzas para contestar. Pero entonces con voz despierta y rotunda, Rosario contestó:

—Nunca.

Permaneció el resto de la noche despierto, mirando al techo y dándole vueltas a aquella palabra, a lo que significaba, y a la amenaza implícita que la acompañaba. Rosario estuvo saliendo de noche, casi todas las semanas durante los últimos tres meses de su embarazo. Juan no volvió a preguntar. Después dio a luz, el mundo se vino abajo y él supo que era el único responsable, porque la noche en que Amaia nació junto a una niña idéntica a ella, a esa, Rosario la hizo dormir para siempre. Y aunque él había querido creer que aquel horror había sido un accidente o, como dijo el doctor Hidalgo, una crisis de depresión posparto, que desaparecería diluyéndose como un mal sueño, habían sido muchas las veces en las que en los meses posteriores al nacimiento de Amaia, había encontrado a su mujer velando junto a la cuna de la niña. Al principio quiso creer que era solo instinto de protección, como el que lleva a tantos padres y madres a levantarse en la noche para comprobar que su bebé sigue respirando. Pero había en su rostro, en su mirada, algo que nada tenía que ver con el cuidado y la protección, sino con el desvelo y la ansiedad ante una tarea pendiente. La miraba desolado, y aunque en el fondo sabía que de nada servía, le susurraba palabras de aliento asegurándole que la niña estaría bien y no le ocurriría nada. Le pasaba un brazo por los hombros y la convencía para volver a la cama, solo hasta la noche siguiente.

Se había conformado, convenciéndose noche tras noche de que nunca iría más allá. Esperando, incorporado en el lecho, cuando ella se levantaba e iba a la de Amaia a susurrarle palabras oscuras, queriendo creer que la niña dormía y no se daba cuenta, hasta que todas aquellas amenazas desembocaron en la oscuridad más absoluta de aquella noche en que tuvo que sacar para siempre a su hija de su casa.

Juan era de esos hombres que son conscientes de sus limitaciones. Un hombre sencillo de pensamientos plácidos y ordenados que tenían que ver con el trabajo, el cuidado de la familia, la responsabilidad y el cumplimiento, y había sido así desde pequeño. Pero había cosas que no dominaba, que le podían. A Juan le sobrepasaban las palabras, le resultaba tortuoso ponerle nombre a

cada objeto y que todo tuviera uno. Porque él era de los que pensaban que las cosas existían cuando se las nombraba, que había horrores que no tendrían cabida en su vida o en su casa si se negaba a nombrarlos. Con fuerza había reprochado a Engrasi que le dijera que matar a la niña había sido el objetivo de Rosario desde el día en que Amaia nació. Negó inconsciente con la cabeza para acompañar aquel pensamiento, que era demasiado horrible. Suspiró profundamente, acongojado de miedo y pena, tomó el sobre amarillo que descansaba a su lado sobre la cama y abrió la solapa dejando a la vista el oscuro reborde plástico de una radiografía. Tiró de la placa deshaciéndose del sobre y la sostuvo ante sus ojos. El cráneo pequeño de su hija aparecía violentado con dos ominosas magulladuras blancas que señalaban los lugares de impacto, rodeadas de charquitos grises hasta donde se había extendido el derrame. Cerró los ojos mientras rompía a llorar, arrojó la radiografía sobre la cama y se puso en pie decidido.

Igual que hizo doce años atrás, elevó una plegaria para que ella estuviera cerca, para que su demora al volver a la cama se debiera a que se había resbalado en la escalera, a que se sentía mareada o indispuesta en alguna parte de la casa. Torturado por desear que hubiera caído fracturándose un hueso, estuviese herida e inválida, tirada en el obrador, cualquier cosa antes de que hubiera vuelto a salir. Comprobó de nuevo cada rincón sabiendo que no la encontraría. Cogió la llave del obrador y se puso el abrigo sobre el pijama. Salió a la niebla nocturna del Elizondo silencioso de los sueños, solo molestado por el rumor del río. Fue hasta el obrador; desde fuera ya apreció que estaba a oscuras, pero aun así abrió la puerta e inspeccionó el interior. No estaba allí. Apoyó un momento la cabeza en la puerta, desesperado, sabiendo que no podía hacer más.

Dejó de llorar, conmocionado por la claridad del pensamiento. Debía hacerlo. Estaba decidido; aun así, cuando intentó hablar, la voz le salió demasiado baja y rota por la angustia.

—Rosario —susurró tembloroso—, Rosario va a matar a nuestra hija.

Se llevó ambas manos a la boca, asombrado ante la brutalidad de las palabras, como si aún pudiera taponarla para retener dentro aquel horror. Pero rendido ante la inevitabilidad, dejó caer los brazos y de su interior brotó un gemido furioso y descarnado, que no le pareció ni siquiera humano. Mientras

tomaba consciencia de que siempre había tenido razón, de que aquella atrocidad había vivido en su interior contenida para no ser contada y que de algún modo al nombrarla tomaba por fin toda su infausta crueldad. Salió del obrador sin preocuparse de cerrar la puerta y corrió sobre los adoquines mojados de la niebla del río, hacia la casa de su hermana.

Engrasi

Elizondo

Ipar levantó las orejas y miró a Engrasi con un gesto que a ella le pareció entre angustiado y resignado. Había vuelto a subirse a la cama, a pesar de que Engrasi había preparado un camastro en el suelo para él junto a la cama de Amaia. La niña abrazaba al perro con una mano que descansaba entre el pelaje abundante de su cuello. Sabía de sobra que Amaia lo instaba a acostarse a su lado en cuanto ella se daba la vuelta. Sonriendo magnánima, se llevó un dedo a los labios para indicarle que no hiciera ruido. Ipar suspiró y se recostó de nuevo como si la hubiera entendido. Engrasi se apoyó en el marco de la puerta mientras observaba embelesada a la niña que dormía. Lo hacía alumbrada por la suave luz de una lamparita nocturna, que debía dejarle encendida para que pudiera dormir, o más bien para que cuando se despertara sobresaltada en mitad de la noche, consciente de la presencia de alguien junto a su cama, fuera capaz de reconocer inmediatamente el lugar donde estaba y recuperar la calma. El cabello rubio dorado de Amaia se esparcía por la almohada y captaba reflejos de luz entre sus ondas. Tenía una hermosa melena que superaba la altura de sus hombros, y que Engrasi tenía pensado dejarle crecer hasta que la propia niña pidiera cortarlo. Aquel cabello rubio y fuerte, distintivo de su familia como el de ella misma, pensó mientras se llevaba una mano a la cabeza. Como el de su propia madre, Juanita, la abuela de Amaia. Aquel cabello que la diferenciaba de sus hermanas y que Rosario había trenzado para cortárselo después a tijeretazos irregulares que dejaron a la niña con un aspecto vejado y abusado, que ya debió hacer saltar todas las alarmas entonces. A menudo Engrasi pensaba en aquello, en los días previos a la noche en que la niña casi muere a manos de su madre. El modo en que la violencia se había ido cercando en torno a ella; la ropa que la obligaba a ponerse, la

comida que la obligaba a comer, el modo en que le rapó el pelo, como si destruyese un distintivo, una bandera. Engrasi movió la cabeza negando. Mientras pensaba en cuántas veces nuestro silencio nos hace cómplices cuando vemos los síntomas del horror y no movemos un dedo.

—*Gabon*, Ipar —dijo mientras cerraba la puerta de la habitación, segura, al menos, de que Amaia se sentía a salvo.

Engrasi llevaba intranquila todo el día. Tras la visita de los policías franceses, Joxepi le había advertido:

—Engrasi, no puedes dejarla sola ni un instante. Ve con la niña a todas partes. No dejes que se asome a la puerta sin Ipar, porque si son tan peligrosos como esa inspectora francesa ha dicho...

Ignacio, callado como siempre, meneó la cabeza en desacuerdo.

—Engrasi, Ipar morirá por ella, pero la clase de codicia que guía a alguien que hace algo así no se va a detener ante un perro.

Engrasi asintió sombría. Tenía razón.

—Hace tiempo que pienso en la posibilidad de mandar a Amaia a estudiar fuera. Aunque lo cierto es que es algo que propuso ella misma. Es muy lista y va muy adelantada en el colegio. Meses atrás un profesor le habló de un internado en Pamplona. Es un colegio muy bueno, estudian en inglés y estaría allí toda la semana. Hay chicos que solo van a casa en vacaciones. Y si fuera necesario yo podría ir a verla los fines de semana.

—Si fuera mi niña yo no lo pensaría más, no después de lo que nos han contado.

Lo había meditado, de hecho llevaba días pensándolo seriamente, y no por el episodio del coche francés, sino porque no podía quitarse de la cabeza lo último que le había dicho Rosario.

«Si hay algo que sé desde el día en que nació esa niña es que todos tenemos un destino, Engrasi, y ella cumplirá el suyo como yo he de cumplir el mío.»

Bajó las escaleras y llegó a la sala. Alimentó el fuego con un par de trozos de leña y fue hasta el aparador. Usando la llave que llevaba al cuello, abrió el cajón y sacó un hatillo de seda negra que llevó a la mesa. Sentada delante deshizo, uno a uno, los nudos que sujetaban el mazo de cartas. Una baraja de tarot de Marsella que miró con cierta aprensión, como una medicina necesaria y amarga, ya cargada del peso de la gravedad de la consulta que iba a realizar.

Las barajó lentamente, sin dejar de mirarlas, y concentrada en la formulación de la pregunta. Colocó el mazo en la mesa, lo cortó y volvió a barajar. Engrasi jamás elegía los naipes entre los de su baraja. Aquel juego era tan antiguo, estaba tan manoseado, y lo conocía tan bien que, al extenderlas del revés sobre la mesa, era capaz de distinguir las marcas dejadas por el tiempo en el envés y las esquinas de los principales naipes. Cuando consultaba para ella misma, usaba el método romaní, por el que debe interpretarse la lectura de las diez cartas que quedan en la parte superior del mazo. Las fue volteando mientras las colocaba formando la cruz celta. Volvió la primera carta que en este caso representaba a Amaia. Era el naipe conocido como «las estrellas». Una bella aguadora desnuda que vierte el agua de su conocimiento en un río que se pierde en el horizonte, y lo hace bajo un cielo límpido y estrellado. Engrasi sonrió al verla. Esa era su niña. La carta que mejor representaba la juventud, la belleza, el brillo del alma. La claridad de una mente compensada, que le permitía discernir la verdad y ver con nitidez lo que a otros les estaba vetado. Hablaba del brillante futuro por delante, de la buena suerte, de la sonrisa, de un cielo que sería clemente con ella. Tomó la siguiente carta del mazo, la volteó, aunque sabía cuál era sin tener que ver las cuencas vacías de la muerte segando cabezas en un campo de batalla. Se resistió a colocarla en su lugar, cruzada encima de las estrellas como si, en efecto, fuera a cubrir con ella a la niña que dormía arriba. La sostuvo en el aire sin dejar que los naipes se tocaran. La parca, la carta más temida de la baraja, no siempre simbolizaba la muerte. A menudo, como en aquella ocasión, hablaba de la inevitabilidad, de la precipitación, del destino que se teje alrededor sin que podamos sortearlo. De un grave peligro y de la posibilidad de evitarlo apuradamente.

Estudiaba aprensiva las cuencas vacías del esqueleto, como si de su oscuridad pudiera extraer alguna respuesta, cuando unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Sobresaltada, dejó caer el naipе, que quedó atravesado sobre la carta anterior cubriendo todo el cielo estrellado y buena parte de los largos cabellos de la bella aguadora. Los golpes volvieron a repetirse. Urgentes. Engrasi se puso en pie, dejó el mazo sobre la mesa y deslizó la carta de la muerte alejándola de la niña de las estrellas. Se detuvo frente a la puerta, alarmada.

—¿Quién es?

—Engrasi, soy yo, Juan. Ábreme, por favor.

Engrasi abrió la puerta y se dio de bruces con el rostro desencajado y cubierto de lágrimas de su hermano.

—Engrasi, ¿dónde está la niña? —preguntó asustado.

—Amaia está bien, está arriba, durmiendo. ¿Tú has visto qué hora es? —contestó ella tratando de aportar un poco de sentido a todo aquello.

—Necesito verla, va a matarla —fue su respuesta mientras irrumpía en la casa, apartaba a su hermana y se dirigía a la escalera. Engrasi corrió tras él tratando de advertirle:

—Juan, no... No abras la...

Lo alcanzó justo en el momento en que accionaba el picaporte de la puerta para entreabrir la. El hocico afilado de Ipar se coló por la abertura lanzando una dentellada que no alcanzó la mano de Juan, pero que la roció de baba.

Juan se volvió hacia su hermana, pálido y demudado por la impresión mientras acertaba a balbucear.

—¿Qué...?

—Es Ipar —respondió muy seria Engrasi—. Ahora es el guardián de Amaia. Será mejor que bajemos. Tenemos que hablar.

Permaneció inmóvil durante unos segundos, mirando hipnotizado hacia la puerta tras la que dormía su hija, consciente de la presencia silenciosa del perro, alerta, al otro lado. Después, se volvió hacia su hermana y asintió mientras hablaba muy bajo, aunque también decidido.

—Firmaré los papeles para que Amaia pueda ir a ese colegio. Tenemos que sacarla del pueblo, ya.

Engrasi nunca había visto tanta determinación en su hermano.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Lo que ha pasado es que Rosario vuelve a salir por las noches, como antes de que naciera Amaia. Ha vuelto a empezar, Engrasi. Si no hacemos algo, la matará —dijo rompiéndose en llanto—. Rosario matará a mi niña.

Infección

Los pantanos

Anochecer del martes, 30 de agosto de 2005

La fiebre no era muy alta, pero los escalofríos recorrían todo su cuerpo. Amaia creyó morir al sentir la intensa sensación de quemazón en su vientre cuando fue a orinar. Sudorosa y mareada había claudicado y seguido el consejo del *traiteur*, mientras maldecía su mala suerte. Por fortuna, Annabel tenía una buena provisión de antibióticos monodosis para la infección urinaria.

—Es superefectivo, en veinticuatro horas esto le parecerá un mal sueño. Lo sé por experiencia. Estas aguas y sus bacterias... —dijo al tiempo que diluía el contenido de un sobre en un poco de agua. Se lo dio a Amaia, que lo tragó sin respirar mientras escuchaba los consejos de la mujer para que comiera algo.

Los pescadores habían improvisado mesas colocando tableros sobre caballetes, neveras, arcones congeladores y toda suerte de muebles. Alrededor, docenas de sillas plegables cada una de un padre. Y a pesar de que le había jurado a Annabel que entre la fiebre y el dolor no podría comer nada, el apetitoso olor del refrito que hacían en una cocina portátil le abrió de inmediato el apetito.

—¿Qué es lo que huele tan bien?

Annabel sonrió. Era una mujer grande y fuerte a la que le sobraban unos kilos, llevaba el pelo a la altura de los hombros y se lo apartaba del rostro con una coleta que separaba la mitad del cabello en la parte superior de la cabeza. Un peinado infantil para una mujerona que no tenía complejos a la hora de lucir un vestido corto, azul claro, sobre unas ajustadas mallas.

—Mi marido y los chicos están cocinando *jambalaya* de camarones y jamón.

—Oh, nunca lo he probado —admitió Amaia—, pero huele de maravilla.

Amaia se acercó al puchero donde se freía una picada de hortalizas que presentaba un suave color rojizo. Johnson estaba preguntando la receta al hombre que removía la mezcla con un remo de madera.

Annabel fue repartiendo latas de cerveza entre los presentes. Amaia, que habría matado por una, la rechazó en favor del efecto del antibiótico, consciente de la debilidad que se había extendido por sus piernas y su espalda.

—Cuando yo era pequeña, mi madre solía hacerlo los días de fiesta —explicó Annabel refiriéndose a aquel plato—. Puede parecer inoportuno hablar de celebración, pero tenemos mucho que agradecer. Aunque la mayoría hemos perdido nuestras casas, hemos salvado los barcos, que al fin y al cabo son nuestro modo de ganarnos la vida. Nuestras familias están bien y nuestros hijos a salvo, ya sabe, *«laissez les bons temps rouler»*.

—Sí, sin duda tiene razón, lo importante es que todos estén bien. ¿Han conseguido comunicarse con todas las familias?

—Sí, la mayoría somos camaroneros, y los barcos cuentan con una potente radio marítima que tiene bastante alcance. Habitualmente es nuestro medio de comunicación, porque en los pantanos los teléfonos móviles no tienen demasiada cobertura, pero con las radios nos apañamos bien. Hoy hasta he hablado con un primo mío que vive en Maine y que estaba muy preocupado.

Amaia la miró interesada.

—¿Cómo es posible? La radio de un barco tiene un alcance de unas pocas millas.

—¡Oh, claro!, por supuesto no por la radio, o al menos no solo por la radio —explicó—. Llamamos por radio a un barco que esté en una zona de mayor cobertura, por ejemplo, a mi prima Paula, en Cocodrie, le damos el número de teléfono al que queremos llamar, ella lo marca en su móvil y deja el micro abierto frente al teléfono; de este modo podemos hablar con la persona que está al otro lado de la línea. Créame, es un truco muy utilizado por esta parte del mundo. Solo tiene una pega, las llamadas de radiotelefonía son abiertas a todas las emisoras que estén escuchando; las oyen desde todos los barcos que se encuentren en ese canal.

Johnson y Amaia se miraron.

—¿Han oído eso? —dijo mirando a Johnson y a Charbou y sonriendo ante la inesperada facilidad.

Johnson se dirigió a Clive, el marido de Annabel.

—¿Podría enseñarme cómo hacerlo? No puede imaginar lo importante que es para nosotros poder establecer comunicación en este momento.

—He quedado con la prima de mi esposa en establecer contacto hacia las once de la noche. Lo intentaremos entonces. La *jambalaya* ya está. Esto hay que comerlo en cuanto se termina de cocinar, y parece que esta tropa tiene hambre —dijo haciendo un gesto a su espalda.

Johnson se volvió y vio que alrededor de la improvisada mesa había una fila formada por los camareros y sus pequeños, que sostenían boles y cucharas en las manos.

Amaia relevó a Bull junto al camastro de Dupree en cuanto terminó de cenar mientras Johnson y Charbou acompañaban a Clive y a Annabel a su barco.

—No se ha despertado, pero no tiene fiebre y presenta bastante mejor aspecto —dijo Bull.

Amaia se sentó en el suelo al lado del camastro y miró a través de las ventanas hacia la oscuridad del pantano, esa oscuridad en la que los pobladores de los *bayous* decían ver los *fifolets* flotando como ánimas sobre la superficie oscura del agua, o a los pequeños *lutins*, los espíritus de los niños traviesos, que aprovechaban el sueño de los humanos para trenzar sus cabellos, los de sus perros o sus caballos. Se concentró en los sonidos de aquella noche. Escuchaba de fondo el ruido festivo de los comensales en la casa contigua, maravillándose ante la capacidad de recuperación de los seres humanos. Pero oyó también los ruidos de las sogas que amarraban las casas para mantenerlas juntas y que crujían al tensarse. Creyó distinguir un suave murmullo y reconoció el bisbiseo que se produce cuando alguien reza. Reparó entonces en que Médora no estaba allí; se asomó a la ventana y vio al *traiteur* sentado en el porche trasero frente al despojo que era la mujer mientras murmuraba una plegaria con sus manos puestas sobre las de ella.

—¿Qué es *gaueko*?

La voz de Dupree la sobresaltó en la oscuridad.

—Qué susto me ha dado, ¿se encuentra mejor?

—Sí, estoy mucho mejor —respondió él. Puede que no estuviese a cien por cien, pero su voz había recuperado el timbre y la fuerza habituales—. ¿Qué es *gaueko*? —repitió—. Le oí decirlo ayer anoche, mientras miraba a la

oscuridad de Nueva Orleans.

Ella volvió a sentarse en el lugar que había ocupado, junto a él, en la penumbra. Suspiró como si se rindiera.

—*Gaueko*, los de la noche —dijo—. En el lugar de donde soy abundan las leyendas sobre criaturas mágicas de toda índole, pero se dividen en dos grupos, los de la luz y los de la noche. A los *gaueko* pertenecen todos los seres de la oscuridad, los que vagan por los montes, por las calles, los que están hechos de noche, de muerte, de soledad y buscan un resquicio oscuro por donde colarse en un cuerpo humano. Según las leyendas tienen libertad para ir a donde les plazca hasta el alba, pero deben huir para ocultarse en las grutas y bajo las piedras en cuanto llega la luz del nuevo día. La leyenda está tan extendida que muchas de las casas de mi zona adornan sus puertas con una flor de cardo, la *eguzki-lore* o flor del sol. Según la leyenda, la diosa Mari se la regaló a los humanos para proteger sus hogares de los *gaueko*. Al imitar al sol con su aspecto, los espíritus nocturnos no entrarían en las casas que la exhibieran. Mi tía siempre ha tenido una en la puerta de nuestra casa, por si acaso.

—Sé a lo que se refiere —respondió él desde la oscuridad—. Existe un demonio en el vudú, llamado Kalfou, que se sube sobre el pecho de su víctima mientras duerme y la inmoviliza, permitiéndole ser consciente de su pesadilla, pero incapaz de liberarse. Cuando era pequeño, mi tía Nana me hacía dormir con las ventanas cerradas aunque estuviéramos a cuarenta grados.

—Pensé que había dicho que era católico... —dijo Amaia.

—Mi madre lo era. Después de fallecer mis padres, me crie con Nana. Ella insistió en que siguiese recibiendo educación cristiana, incluso me acompañaba a misa los domingos. Pero ella practica vudú. Quizá le parezca raro.

—No, qué va. Mi tía Engrasi lee las cartas del tarot y eso que es psicóloga por La Sorbona de París. Ya ve.

—¿Y usted?

—Yo no creo en esas cosas; respeto la fe y las creencias, un buen investigador debe hacerlo, pero nada más.

—Sospecho que no siempre fue así —aventuró Dupree.

—Como dijo usted, el lugar donde nacemos tiene sobre nosotros una influencia innegable, y cuando eres de un lugar como Baztán, darle cabida a esas cosas resulta tan natural como hacerlo en los pantanos. Ayer, mientras

veía Nueva Orleans a merced de la oscuridad, recordé esa historia y pensé que, de alguna manera, por más que amaneciese, los de la noche se habían hecho con la ciudad. Lo que ocurrió después solo vino a confirmarlo. Nueva Orleans está bajo un hechizo perpetuo de la noche de Samedi, como en esos cuentos en los que un malvado brujo encanta a una ciudad y a toda su corte.

—Es una leyenda preciosa, y muy interesante. Pero cuando le pregunté por esas historias junto al tejado de los Allen usted las negó, dijo desconocerlas, no acordarse...

—Y es cierto, en parte. Pertenecen a un lugar y a un tiempo que ya no está en mi vida, que ya no importa. Es solo que, en los últimos días, con los crímenes del compositor, con el regreso de Samedi, esas historias parecen volver a mi mente con toda su fuerza como si de algún modo pudiera establecer conexiones, que sé que son imposibles, entre aquellas leyendas, los recuerdos de mi infancia y lo que ocurre aquí. Sin duda, una mala pasada que me juega la mente.

Dupree permaneció en silencio unos segundos antes de contestar.

—Lo más atractivo de esas leyendas es que junto al aviso de peligro siempre se muestra la manera de protegerse o de luchar contra el mal. Siempre hay una flor del sol para luchar contra los *gaueko*, que, a pesar de su poder, no son invulnerables.

Ella se quedó callada, no había *eguzki-lore* en el mundo capaz de detener aquel mal.

—Solo son cuentos... —contestó ella al fin.

—El otro día, cuando Johnson nos habló de su lugar de origen, le pedí que me contara más. Me mencionó a una diosa de la fecundidad como centro de la naturaleza, a un señor de los bosques, a una especie de sirenas con pies de pato que habitan los ríos.

Amaia suspiró.

—Sí, seguro que no le ha hablado de que a esa diosa femenina también se la considera reina de las brujas, que las pobres mujeres que la ofrendaban para pedirle hijos, o buena cosecha, fueron acusadas, avergonzadas y torturadas por sus creencias. Que cualquier pequeña señal absurda, como tener conocimientos de las hierbas y sus propiedades, asistir en los partos a las vecinas, decidir no casarse y vivir sola, o dirigirse con palabras a un animal, era suficiente para ser considerada bruja.

Oyó cómo Dupree chascaba la lengua en la oscuridad.

—Pero no es exclusivo del Pirineo; en toda Europa, en todo el mundo, incluso en el nuevo mundo tuvimos nuestra ración de histerismo brujeril: ahí está Salem y sus juicios. Y a usted, ¿qué le hicieron? Por qué no quiere ni oír hablar de ese lugar.

Amaia se quedó en silencio en la oscuridad y miró hacia donde él estaba como si pudiera verle.

—No es casualidad que yo esté aquí, ¿verdad?

—¿Cree en las casualidades? —dijo Dupree a modo de respuesta.

Ella no contestó.

Y él le lanzó una nueva pregunta.

—¿Cree que los seres humanos son tan distintos unos de otros, por más que los separe un océano y miles de millas?

—¿A qué se refiere?

—A que los deseos, los miedos y las ambiciones de los hombres de todo el mundo son los mismos. La historia de la humanidad es la historia de sus miedos. Por qué no iban a establecer idénticos mitos para definirlos, para nombrarlos o para tratar de controlarlos. Creo en las corazonadas. Creo en el modo natural en que nuestra mente primitiva establece conexiones instintivas, quizá no tan lógicas, pero del todo prácticas para la supervivencia. Creo en ese tipo de investigación detectivesca que tiene más que ver con sentirlo en las tripas que con los datos reales. Usted lo llamó «variables latentes». Las variables que no se observan directamente, sino que son inferidas a partir de otras variables que sí se ven. Del mismo modo que las variables latentes indicaban para usted que el compositor ya lo había hecho antes, que estaba ensayando, y que nos condujo hasta Martin Lenx. Del mismo modo que para Scott Sherrington indicaron que en la zona había un depredador, cuando los datos vistos solo hablaban de jovencitas fugadas de una zona deprimida. Del mismo modo, hechos que ocurren aquí hacen saltar en su mente variables latentes relacionadas con conceptos que maneja, quizá en otra dimensión, pero que no dejan de inducir a pensar que existe comunicación.

—No me ha servido de mucho con el compositor.

Él suspiró en la oscuridad.

—No se atormente. Ahora intente dormir. A primera hora de la mañana saldremos hacia Le Grand, o lo que quede de ese lugar, y, si alguna vez la capacidad para observar variables ocultas ha sido necesaria, mañana será un ejemplo. La necesito fuerte.

El desánimo dominó la voz de Amaia.

—Estaba tan segura... que ahora, reconocer esa cerrazón, esa obcecación, me hace dudar, plantearme que quizá estaba equivocada desde el principio. Quizá no soy la herramienta que necesita.

Charbou entró precedido por la luz de su linterna.

—Salazar, Johnson le pide que vaya, es importante.

Siguió a Bill por los pantalanos que bordeaban las casas y después saltando de un barco a otro hasta llegar al de Clive y Annabel. La luz brillante del interior del puente de mando le hizo entrecerrar los ojos.

—Salazar —la asaltó Johnson en cuanto la vio aparecer—. La prima de Annabel en el golfo ha conseguido llamar a Nola; hemos establecido comunicación con la central de emergencias, tengo al otro lado al coordinador Bernard Antée, ¿le recuerda de la central de Marina Tower?

Amaia asintió.

Johnson apretó la tecla del micrófono y habló.

—Bernard, tengo a mi lado a la subinspectora Salazar, ¿es tan amable de repetirnos lo que acaba de decirme?

La voz metálica y algo quebrada por la distancia llegó a través de los altavoces de la cabina.

—Hola, subinspectora, me alegra saber que están bien. Hace escasamente dos horas, un grupo de la Guardia Nacional de Texas ha hallado en un domicilio cerca de la plaza Jackson a una familia integrada por seis miembros, todos muertos por disparos. En cuanto los han encontrado han llamado a nuestro número para ponerse en contacto con la policía y, al describir el escenario, he pensado de inmediato en ustedes.

Amaia abrió la boca y jadeó sobrecogida. Se volvió hacia Johnson, que asintió expectante, y Charbou, que la miraba atónito.

Nerviosa, se humedeció los labios mientras trataba de poner en orden sus pensamientos y las preguntas que se amontonaban en su mente.

—Jefe Antée, sería vital que pudiese hablar con el grupo que los encontró.

—Me temo que va a ser imposible. Haré todo lo posible por ponerlos en contacto si vuelven a comunicarse, pero están haciendo batidas por todas las casas para sacar a la gente. Distintos cuerpos del ejército han llegado hoy a la ciudad y está previsto que mañana a primera hora de la mañana se inicien las labores de evacuación total y obligatoria de Nueva Orleans. Comenzarán a

salir autobuses y camiones en dirección a todos los estados colindantes, y tras la revisión de las casas, hogar por hogar, todas las fuerzas y grupos de rescate tienen orden de colaborar en la evacuación. Pero como le he dicho, al ver las coincidencias con los datos que ustedes nos habían dado, he intentado reunir toda la información posible. Espero poder ayudarlos.

Amaia resopló. Mejor eso que nada. Apretó el micrófono y preguntó:

—¿Qué puede contarme?

—Tres mujeres y tres varones, tres de ellos muy jóvenes, adolescentes. Una de las mujeres era una anciana. Todos presentaban disparos en la cabeza. Y todos los cuerpos estaban alineados en la misma dirección. Aunque no me han especificado cuál era... Junto a la mano del hombre adulto había un revólver.

—¿Dijeron algo sobre que la casa podría haber sido revisada anteriormente?

—Sí, en efecto, pero les llamó la atención que la marca era la de su propio grupo, aunque estaban seguros de que nadie de su división había estado allí.

—Igual que en Jefferson —susurró Johnson.

Amaia se mordió el labio antes de preguntar. Aunque sabía que era muy improbable que alguien hubiera reparado en algo así, tenía que preguntarlo.

—Jefe, ¿recuerda si mencionaron que hubiera un violín en el lugar?

—No, no mencionaron nada.

—Y esto es lo más importante, jefe, ¿le indicaron cuánto tiempo podían llevar muertos?

—En eso puedo ayudarle —dijo animado ante la perspectiva de ser útil—. Entre los integrantes del grupo había un sanitario. En el momento en que se produjo la llamada afirmó que no llevarían muertos más de dos o tres horas.

Amaia miró a Johnson y a Charbou sobrepasada por la información que acababa de recibir. Levantó el micro y apretó de nuevo la tecla.

—Jefe Antée, ¿sabe cómo se ha procedido con el escenario?

—El domicilio ha sido precintado como escenario de un crimen. Huelga decir que no se ha procesado criminalísticamente, ni se han podido trasladar los cadáveres, pero está sellado, que es todo cuanto se puede hacer ahora mismo.

—Gracias, jefe. Ha sido de gran ayuda.

Cuando cerró la comunicación, dio las gracias a la prima Paula en

Cocodrie, se volvió hacia el portón de la cabina y vio a Dupree, que había estado escuchando.

Se dirigió a él.

—Tenemos que regresar, tengo que ver a esa familia...

Él la miró valorando su petición.

—Los pescadores están preparándose; antes de que amanezca saldremos a buscar Le Grand y a las hermanas de Jacob. Si hay alguna posibilidad de hallarlas, es ahora; según pasen las horas las posibilidades disminuirán. No llegué a tiempo de salvar a Médora, pero estamos seguros de que las retienen un tiempo antes de que desaparezcan definitivamente. No puedo irme ahora sabiendo que pueden acabar como Médora Lirette. Las buscaremos; después, sea cual sea el resultado, volveremos a Nueva Orleans.

—Pero... —protestó ella. Entendía lo que Dupree quería, pero el vuelco en los acontecimientos demostraba que el compositor estaba en Nueva Orleans, que ella tenía razón. Se sentía como un sabueso que ha detectado un rastro y no puede oler nada más que no sea la presa que busca.

Dupree lo sabía, por eso le contestó:

—Él no va a ir a ninguna parte. Si es listo, y lo es, saldrá de la ciudad entre los refugiados cuando el ejército comience la evacuación. Y ya ha escuchado a Antée, mañana empezarán con los heridos y los enfermos. El compositor no conseguirá subir a un autobús hasta dentro de un par de días. La necesito aquí —dijo volviéndose hacia el portón y saliendo del puente de mando.

—Agente Dupree —lo detuvo ella.

—¿Sí?

—Tenía razón. Tucker no sabe una puta mierda.

Él sonrió a la oscuridad.

La navaja de Ockham

Florida

Tucker llevaba un rato aguardando. Comenzaba a ponerse nerviosa y, al menos en dos ocasiones, había cambiado de opinión sobre si esperar sentada en el duro sofá de falsa piel de la sala o hacerlo de pie junto a la puerta. Fue hasta la mesa donde alguien había dispuesto agua, café y un surtido de galletas dulces y saladas. Decidió volver a su sitio para no parecer insegura ante Emerson, que desde que habían llegado permanecía sentado, fingiendo ojear una revista mientras estudiaba cada uno de sus movimientos. Por Dios que aquel tipo le resultaba irritante hasta decir basta. Acababa de sentarse cuando un hombre, que debía de ser el secretario, abrió la puerta y retrocedió dos pasos para dejar pasar a Rosenblant. El senador republicano por Florida, Stephen Rosenblant, era un hombre impresionante. Alto y sobrado de peso, tenía el rostro rudo y oscuro de quien ama la vida al aire libre y toma demasiado el sol. En contraste, vestía de modo elegante, con un traje de color tostado, de impecable factura, que hacía resaltar aún más el excesivo bronceado de su piel. Llevaba el abundante cabello, corto y peinado hacia atrás, cubierto de una pátina brillante que Tucker no veía en un hombre desde hacía años. Reconoció el aroma gomoso de la brillantina.

—Lamento haberlos hecho esperar —dijo entrando con un ímpetu que arrastró el aire tras él—. Me temo que me he entretenido más de lo previsto inicialmente. Los médicos me han permitido ver a mi yerno.

Tucker sonrió mientras le estrechaba la mano y pensaba en abroncar a Emerson por permitirlo. Se suponía que ellos serían los primeros en hablar con el detenido en cuanto le quitasen la intubación. Claro que, por otra parte, se puso en la piel del policía de uniforme que vigilaba la puerta y entendió que, en su casa, nadie se opusiese a los deseos del senador por Florida.

Más tarde, al repasar la conversación, se reconvendría por no haberse dado cuenta de que había dicho «mi yerno».

El senador se sentó en el sofá sin indicarle que hiciera lo mismo. Tomó entre sus gruesas manos un informe guardado entre tapas marrones que le tendió el hombre que lo acompañaba.

—Así que es usted la agente Stella Tucker, del FBI, y al mando de la operación que ha puesto a salvo a mi hija y a mis nietos y ha acabado con mi yerno en el hospital.

Ella asintió firme, con las manos atrás, y consciente del fastidio de Emerson al ser ninguneado.

—Y dígame, agente Stella Tucker, ¿usted cree que yo soy idiota?

Tucker lo miró desconcertada, consciente de cómo la sonrisa que había ensayado se helaba en su rostro y de que el agente Emerson era todo atención, no tan molesto, al parecer.

—Por supuesto que no, señor —acertó a decir ella.

—Solo pregunto, porque debe pensar que no investigué a Brad Nelson cuando mi hija se enamoró de él. Un hombre sin rostro, sin identidad, resucitado de un incendio y la hija de un senador. Por supuesto que le investigué, ¿y sabe qué? No solamente descubrí que estaba limpio, sino que, además, era un buen hombre que había superado adversidades a las que pocas personas tienen que enfrentarse en toda su vida. Mantengo desde entonces una excelente relación con él. No crea que no sé que es un hombre feroz, un salvaje, si quiere. Pero también yo lo soy y respeto a esa clase de hombres, siempre que sean capaces de controlarse y dirigir esa fuerza hacia algo bueno. Durante años lo hizo. Y luego, no sé qué pasó... puede que fuera debido a su trabajo, o que simplemente terminó por salir su naturaleza... Mi yerno metió la pata con mi hija, y mi hija es igual de brava que yo. Se lo ha hecho pagar muy caro desde entonces, y me parece bien. Pero aprecio a Nelson, y él a mí. Cuando vio que su vida se iba al garete, vino a mí como a un padre, a pedir ayuda. Y sé que ha estado intentando corregir aquel error desde entonces. Lleva ocho meses alejado de su familia, va a cursos de control de la ira. Ha estado encerrándose en el desierto con chamanes, psicólogos y psiquiatras, que lo han sometido a todo tipo de terapias para aprender a controlar esa ferocidad. En todas las ocasiones en las que se supone que estaba en distintos lugares del país asesinando a esas familias —dijo señalando las tapas del informe—, estaba realmente en terapia con grupos de apoyo que se reúnen

para hacer retiros terapéuticos en el desierto de Texas. Lo sé porque corro con los gastos, y, gracias a esto, he tenido cumplida información de los progresos de Brad en este tiempo.

Tucker tenía la boca abierta; la cerró al darse cuenta y se humedeció los labios mientras pensaba rápidamente.

—Senador, es usted muy generoso, y es de apreciar su gran corazón, pero debe tener en cuenta que Brad Nelson fue detenido cuando irrumpió armado en la casa de su hija y sus nietos. Tiró la puerta abajo a patadas, señor. He recibido entrenamiento como tiradora. El arma por delante, sujeta con ambas manos, amartillada —dijo uniendo sus manos para acompañarse del gesto—. Le aseguro que su yerno iba a disparar a su familia, lo hizo contra uno de los policías que había en el interior de la casa. Nadie con buenas intenciones entra así en un domicilio.

Quizá lo que más ofendió a Tucker fue la reacción de Rosenblant en ese momento. El senador miró a su secretario con gesto incrédulo como si le costase concebir tanta ineptitud. Luego se volvió hacia ella, arrojó el informe de tapas de cartón sobre la mesa y le habló como a una niña pequeña a la que se explica dónde está la gracia de un chiste.

—Vio a uno de sus tiradores vestido de negro agazapado en la azotea. Pensó que eran ladrones o asesinos que iban a por su familia. No es un secreto que los enemigos de la libertad odian a los senadores de este país. Que mi familia vive aquí es un hecho de sobra conocido en esta comunidad. Brad Nelson es un magnífico policía, capacitado y autorizado para llevar su arma. Entró armado «en su casa», estaba defendiendo a «su familia» —dijo el senador poniéndose en pie y saliendo de la sala.

La agente Tucker sintió cómo el mundo se le venía encima. Un intenso mareo sacudió su cabeza. Retrocedió dos pasos y se dejó caer en el sillón de rígida piel sintética, pero aún tuvo ocasión de escuchar, y de ver, un par de cosas antes de fundir a negro: al secretario del senador, que se inclinó sobre ella antes de salir para decirle:

—Prepárese para una demanda.

Y al agente Emerson, que salía tras ellos diciendo:

—Me posicioné en contra de esta operación desde el principio...

Compás de espera

Hospital Charity, Nueva Orleans

Martin pasó la lengua por sus labios reseco y notó que en la comisura se le había formado una ampolla. Por fin volvía a pensar con claridad. Se preguntó durante cuántas horas había tenido fiebre antes de ser consciente. El calor y la humedad de Nueva Orleans se asemejaban en muchos momentos al agobio y la calentura febril. La debilidad y el mareo eran fácilmente achacables al esfuerzo de caminar por las aguas, y al arrebatado de gratitud que le producía enviar a una familia al cielo siempre le sucedía la sensación de malestar, de obligación inconclusa, que no estaría satisfecha hasta que hubiera salvado a su verdadera familia. Supuso que se encontraba tan mal por eso, porque el tiempo se acababa, porque en el fondo sabía que todas aquellas familias podían constituir una suerte de ensayo general, pero no eran su familia. Estaba haciendo el trabajo a otros mientras su propia casa se desmoronaba.

La fiebre había llegado primero, pero no la reconoció hasta que comenzó a sentir frío. Estaba completando su labor, su parte del trabajo con aquella familia de la calle Chartres con Jackson. Un escalofrío recorrió su cuerpo sorprendiéndole por su violencia. Empezó a temblar. Al levantar la pernera de su pantalón había descubierto el motivo. El vendaje estaba saturado y pegajoso. Una especie de pulpa amarillenta supuraba entre el entramado de gasa como si una legión de hongos creciese allí. La carne alrededor de la herida estaba tersa y caliente, con un preocupante tono violáceo, y tan inflamada que la venda había quedado incrustada en la carne como un sucio silicio. No recordaba bien cómo había llegado al hospital Charity, fue como si descubrir el motivo de su malestar lo hubiera precipitado al mareo y a la debilidad. Se acordaba de haber caminado por la calle entre la muchedumbre

en la plaza Jackson, en lo poco que quedaba de zona seca, después una lancha de la Cruz Roja y la sensación de estar en un sueño al entrar en el hospital por una ventana.

Llevaba horas sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Al principio había aceptado la silla que le había cedido un joven que acompañaba a su madre moribunda en una camilla, entre los asientos del pasillo. Pero al cabo de unos minutos el sopor y el mareo eran tales que había optado por sentarse en el suelo, apoyado en la pared y protegido por la camilla de la anciana, con quien compartía la percha que sostenía la bolsa de suero fisiológico. Martin abrió los ojos y elevó la mirada hacia su bolsa, un poco más que mediana. Le habían puesto la vacuna antitetánica, antibióticos y aquella era la segunda dosis de suero. Levantó la mano libre de agujas hasta palpar su frente. Diría que ya no tenía fiebre. Se encontraba mucho mejor, pero aún estaba débil, tenía que descansar y recuperar fuerzas. Estiró los dedos de su mano hasta tocar la piel que asomaba del vendaje. Aún conservaba calor, pero, aunque enrojecida, se veía menos tensa.

Miró alrededor. El joven que le había cedido el asiento estaba llorando con la cabeza entre las manos. Su madre acababa de morir, aunque Martin pensó que era probable que llevase años encamada y muy enferma: había poco más que piel y huesos en la mano que colgaba laxa del lecho. El médico le explicaba que tenían que llevarse a su madre ya. Necesitaban la camilla para otros pacientes. Trabaron la percha del suero de Martin en el respaldo de uno de los asientos, y se la llevaron. Vio al joven caminar tras ella, aunque supuso que no le dejarían entrar al lugar adonde ella iba. Martin pensó que aquel joven era un buen hijo, se preguntó si ella habría sido una buena madre y, de pronto, se encontró pensando en la suya y en cómo la había enviado al cielo. Rezó una breve oración por su alma.

Nana. El desamparo de los *Santos*

Estadio Superdome de Nueva Orleans

Nana se despertó de nuevo. No estaba segura de si habían pasado unos minutos o unas horas. Se sentía demasiado cansada y mareada como para invertir energía en abrir la cremallera y buscar en su bolso, dentro de la mochila, el pequeño reloj dorado que Bobby le había instado a ocultar. Como cada vez que despertaba, una capa de gotas de sudor florecía en su piel deshidratándola un poco más. Daba igual, podía sentir la camisa pegada a su espalda y cómo las gotas resbalaban por su pecho y por su vientre, bajo el plástico de la mochila que mantenía sujeta al cuerpo. Maldijo las ganas de orinar que la torturaban desde hacía horas y que estaba segura de que no podría controlar mucho más. Miró alrededor, y, aunque parecía imposible, habría jurado que había más gente. Tomó una bocanada de aire viciado y sucio que olía a orines, a sudor y al aliento de miles de personas. Lamentó la debilidad que la acechaba y pensó en terminarse, tal vez, la media barrita de cereales y chocolate que guardaba en la mochila. La náusea en su estómago acució las ganas de orinar. Había prometido a Bobby esperar allí, pero había pasado todo el día, una noche y volvía a ser la mañana. Si no salía pronto de allí terminaría por hacérselo encima, y eso sería terrible. A pesar del hedor de aquel lugar aún podía distinguir el tufo amoniacal de la orina que se había secado en su falda, solo para volver a humedecerse de sudor. Tomando su bastón, puso una mano en el hombro del hombre que se sentaba más cerca mientras le rogaba:

—Por favor, ¿me ayuda a levantarme?

Pensó en un principio, pobre ilusa, en llegar hasta los lavabos más cercanos. Le daba igual en qué estado estuvieran. Aunque tuviera que hacerlo en el suelo, podría soportarlo si al menos había un lugar donde ocultarse.

Pensó en cómo las circunstancias nos llevan a aceptar como admisibles las mismas cosas que veinticuatro horas atrás habríamos jurado no hacer jamás. Nana era una mujer educada a la antigua usanza, de las que aún se ruborizaban cuando debían descubrirse ante su médico. Pensar en agacharse y hacer sus necesidades en público era para ella algo inconcebible. Le costó más de media hora llegar hasta las puertas de los servicios y, ya desde lejos, percibió en el suelo el pestilente charco, engordado por el chapoteo de miles de pies. En un par de ocasiones sintió cómo la goma en el extremo de su bastón resbalaba sobre la inmundicia y, sin opción, siguió caminando conducida medio en volandas entre la gente que, aprisionada, la arrastraba hacia la salida. Junto a la puerta, los grupos que intentaban entrar se mezclaban peligrosamente con los que salían, provocando que, por momentos, la gente quedase atascada en un tapón que se mantenía así unos segundos, hasta que alguien avanzaba en una u otra dirección. Nana sintió el viento en la cara. Estaba caliente y húmedo, y apestaba. Pero lo prefirió al aire viciado y cargado del interior. Casi alcanzaba la puerta. Entonces alguien la empujó de un lado, de otro. La goma de su bastón resbaló y Nana cayó hacia delante quedando de rodillas y parando el golpe con las palmas de las manos, que golpearon el suelo con una fuerza que fue incluso audible. El impacto en las rótulas escaló por sus piernas hasta la cadera, que aulló de puro tormento. Pero Nana no prestó atención al dolor, solo tenía espacio para el pánico al verse arrojada al suelo. Reducida en altura. Superada. Pensó que era su fin, que moriría allí, entre toda aquella gente. Llegó a recibir un par de pisotones en las pantorrillas antes de que una mujer que pasaba, y que después se perdió entre la multitud, la agarrase de la axila tirando de ella de un modo muy doloroso, pero que la puso en pie evitando que la aplastasen. Nana continuó caminando, zarandeada. Había perdido su bastón. El dolor en las piernas era insoportable y las punzadas en la cadera, un martirio, pero siguió adelante arrastrada entre aquella marea humana hasta que el estadio la vomitó en la explanada principal. Se dio cuenta de que ya no había tanta gente. Estaba fuera.

El sol ardía en lo alto. Nana trastabilló cojeando de un modo tan exagerado que a cada paso su cuerpo imprimía un balanceo que amenazaba con arrojarla de nuevo al suelo, en cualquier momento. Llegó hasta la barandilla que circundaba el acceso al estadio y miró hacia su ciudad. Sintió cómo se le rompía el corazón. Durante horas había escuchado los relatos de

los que llegaban, pero ni en la pesadilla más infernal pudo imaginar un espectáculo más dantesco. Ancianos como ella misma, con los ojos erráticos de demencia esperaban agrupados contra la baranda. Mujeres que arrastraban hacia el estadio a pequeños que no dejaban de llorar, personas tendidas en el suelo, semidesnudas, sucias. El agua rodeaba el estadio, el olor era nauseabundo y las moscas bebían de la comisura de la boca de los ancianos que babeaban abandonados a su suerte. Nana supo que estaba perdida en el centro de su propia ciudad. Apenas podía caminar sin su bastón. No podía regresar dentro. Lo sabía, y sabía también que Bobby ya no la encontraría. Estaba sola. Miró alrededor y vio que todo el césped que rodeaba el estadio se había convertido en una inmensa letrina. La gente estaba allí, en cuclillas, haciendo sus necesidades como animales, unos junto a otros. Horrorizada, loca de dolor y consciente de que no aguantaría mucho más, penetró en lo que había sido césped. Empapada de heces y orina, la tierra reblandecida se hundió bajo sus zapatos. Se acercó a la pared evitando pisar la inmundicia y, llorando, se levantó la falda, se agachó un poco y orinó, mientras el ejército irrumpía con sus camiones en la zona de acceso al estadio y los soldados comenzaban a descender de las traseras.

Manglar negro

Los pantanos

Miércoles, 31 de agosto de 2005

Habían salido del campamento antes del amanecer y llevaban más de una hora navegando por el pantano. Después del calor de la jornada anterior y de una noche a más de veintisiete grados, parecía imposible que la temperatura descendiese tanto, hacía frío. La humedad suspendida en el aire se adhería a la piel como una pátina de transpiración helada. Según empezó a calentarse el sol, la niebla, que cubría toda la superficie del lago como una densa manta, comenzó a elevarse. El rostro pálido y demudado de Dupree delataba el sufrimiento vivido, pero, como para compensarlo, sus acciones estaban imbuidas de una decisión y una fuerza que parecían brotar desde el mismo lugar de donde ayer surgía el dolor. Susurraba indicaciones al oído de Bull, que iba guiando la lancha ayudado por dos pescadores. Amaia, Johnson y Charbou permanecían sentados en el fondo de la embarcación cubiertos con los capotes plásticos que los camaroneros les habían prestado. Y delante, el oscuro mascarón que era Médora presidía en vanguardia la proa de la embarcación custodiada por el *traiteur*, que había insistido en acompañarlos. Navegaron las orillas anegadas por la tormenta y la subida de las aguas de dos días atrás, que volvían poco a poco a recuperar sus márgenes. Las hileras de cabañas que se habían enclavado en las orillas originales aparecían, en el mejor de los casos, destrozadas, ladeadas sobre sus cimientos como si una poderosa mano las hubiese retorcido, o volcadas hacia delante, inclinadas como cortesanos ante la majestad del *bayou*. Flotaban árboles a la deriva. Otros, medio arrancados, habían cegado sendas de agua en medio de la

vegetación. Entre los canales marrones de lodo, avistaron el palo mayor de varios barcos camaroneros que se habían ido a pique arrastrando al fondo el modo de vida de sus propietarios.

El sol comenzó a calentar en cuanto terminó de amanecer y las estalagmitas de niebla fueron sustituidas casi a la vez por nubes de mosquitos que se movían en zumbones cirros sobre el agua. Penetraron en un *bayou*, que incluso con la primera luz de la mañana de un día radiante resultaba oscuro. Las altas copas, hasta las que nunca llegaría el agua, cerraban el camino cerniéndose a los lados como en un túnel de vegetación. Los pescadores les indicaron que mirasen al lugar donde sobresalían los montículos rugosos de los ojos de los caimanes que los observaban desde el agua. Clive apuntó con su escopeta hacia la espesura de las copas.

—Atentos arriba: las serpientes se refugian en los árboles cuando hay subidas de agua y a menudo se dejan caer sobre sus presas.

Aprensivos miraron hacia arriba conscientes de que su poca pericia en el pantano les dificultaba mucho distinguir a un reptil de una rama, o de una de aquellas oscuras lianas que pendían de todas partes. La corriente del *bayou* se fue extinguiendo mientras penetraban, más y más, en un remanso de poca profundidad. Bull detuvo el motor y levantó la hélice del agua. El terreno que se extendía por delante era un tupido bosque de árboles, de no demasiada altura, cuyo porte achatado contribuía a oscurecer todavía más el espacio entre ellos. Las raíces aéreas salían del agua formando en su base un entramado intrincado y nudoso, como hecho de huesos, similar a un manglar, pero completamente negro. Amaia percibió un movimiento entre las sombras y apuntó su arma hacia allí. Un jabalí y media docena de jabatos se acercaron curiosos a la orilla. Uno de los pescadores levantó su arma y Dupree le miró negando.

—Ni se le ocurra, lo último que queremos es anunciar nuestra presencia.

El hombre chascó la lengua disgustado.

—Si hay algo que distingue a un buen cajún es ser capaz de comer de todo, y mire usted, creo que comer se va a poner complicado durante una temporada. Un jabalí puede solventar la papeleta del sustento en mi casa un par de semanas, y eso es mucho tiempo —se quejó sincero el hombre.

—Quizá a la vuelta —le concedió Dupree.

En la proa del barco, la oscura figura de la muerte se movió un poco. El capote que la cubría se deslizó por su espalda dejando a la vista su

esquelética figura. El entablillamiento y el profuso vendaje blanco que el *traiteur* había añadido para reforzar la férula y el vendaje que le habían puesto en el hospital captaron la escasa luz del pantano haciendo refulgir las vendas como si tuvieran luz propia. Médora se inclinó hacia delante estirando sus huesudas manos sobre la proa. Dupree había levantado una mano, en señal inequívoca, pidiendo a todos que esperaran, aunque había sido innecesario. Todos contenían el aliento observando la anomalía que suponía su sola existencia. Escuchaban turbados el estentóreo sonido que brotaba de su boca cada vez que se movía, como un escape de agua silbante, seguido de una absorción flemosa. Médora alzó su pierna herida por encima del abultado borde de la embarcación y se dejó caer al otro lado con un torpe chapoteo. Dupree asintió bajando la mano e indicando que la siguieran. Quizá las patas duras y delgadas de un jabalí eran adecuadas para aquel terreno, pero los pies humanos se enganchaban en las raíces que se elevaban de entre el agua. Resbalaban sobre su nudosa superficie redondeada, y los huecos en el entramado eran tan profundos que una pierna entera cabía entre ellos. Médora iba delante seguida por el *traiteur*. A pesar de la imposibilidad de doblar su pierna entablillada, que la hacía tambalearse peligrosamente, avanzaba más rápido que ningún otro miembro de la expedición. Amaia miró a Dupree y pensó en sus palabras de la noche anterior; sin duda iba a tener que echar mano de todas las variables posibles, pensó, porque avanzar por aquel armazón de ramas tras Médora era lo más parecido a perseguir a un zombi por un osario infinito que amenazaba con tragárselos en cualquier momento.

El olor era intenso, a madera mojada, a hongos y a agua estancada y viva. Intentaba no pensar en las serpientes, en los caimanes que pudieran ocultarse entre el manglar negro. Llevaba puestos sus guantes y evitó tocar las cortezas de los árboles, cubiertas de hormigas de fuego y de orugas venenosas. Pero se daba cuenta de que aquel lugar era lo más parecido al infierno y que las probabilidades de sobrevivir allí para alguien que no hubiese nacido en el pantano eran ínfimas. La intensa concentración que requería mirar dónde se pisaba y la preocupación por no extraviar a Médora le habían hecho perder la noción de la dirección, de la distancia y del tiempo. Cada vez que levantaba la cabeza, un nuevo tramo idéntico al superado aparecía ante ella. Se volvió varias veces a mirar, preocupada por Dupree, que los seguía un poco rezagado con uno de los camaroneros. En cada ocasión Dupree la instó a continuar con un gesto de su mano. Mientras, Amaia comenzaba a preguntarse si había sido

buena idea dejarse guiar por una mujer casi ciega y si conseguirían salir alguna vez de allí. Como si el hado quisiera responder a su pregunta, la intensa luz del sol de la mañana brilló sobre una pradera que se abría frente a ellos. Médora se paró al borde del armazón de raíces mirando alrededor como si buscara una referencia. Todos se detuvieron a observarla mientras descansaban. Amaia aspiró el aire fresco y verde, que le trajo reminiscencias de otra pradera, de otro tiempo. Apartó el pensamiento de su mente y se concentró en seguir a la mujer, que con dificultad bajó del armazón nudoso hundiéndose hasta las rodillas en aquella falsa pradera que se extendía al menos dos millas hacia delante.

De entre los brotes verde esmeralda del pasto que cubría la llanura surgían olorosas flores rojas, que le parecieron una especie rara de orquídea estrellada, hasta que cayó en la cuenta de que eran lirios de lis, las heráldicas flores que eran el símbolo de Nueva Orleans.

El avance era muy lento incluso para Médora. Dupree se había colocado junto al *traiteur* y hablaba con él en voz tan baja que resultaba imposible saber qué se decían. El agua estaba templada como una sustancia serosa y orgánica que resultaba repulsiva en la piel. Y entonces oyó el primer trueno. Sonó rotundo e inmenso, muy cerca.

«Ya viene.»

Levantó la mirada al cielo. La niebla había ascendido a media altura. La visibilidad a ras de suelo era total, pero una densa capa de nubes bajas y deshechas flotaba en un manto regular. ¿Cómo llamaban a ese cielo? El aroma de las flores se expandía dulzón y hechizante elevándose en una orla perfumada a su alrededor, y pareció que la carga de ozono de la tormenta acechante lo avivaba de un modo embriagador. En la medida en que avanzaban, el terreno se inclinaba hacia una suave pendiente que fue reduciendo la cantidad de agua por la que debían moverse. La bruma densa impedía ver nada y provocaba que el sol que estaba tras ella se reflejase en su superficie produciendo un efecto de extraño resplandor que resultaba hiriente para los ojos. Un nuevo trueno rompió el aire retumbando durante uno, dos, tres segundos.

«La Dama viene.»

¿Cómo lo llamaban? «De niebla batida», pensó y casi a la vez lo dijo:

—De niebla batida.

Se giró al oír voces airadas a su espalda. Dupree, que caminaba cerca de

Médora, se colocó ante ella obligándola a detenerse. La mujer se quedó quieta y desconcertada. Evitando mirar de frente a Dupree, lo hizo, sin embargo, a los lados, muy despacio, como si fuera consciente a medias del lugar donde se hallaba. Confusa, y ante la imposibilidad de avanzar, se rodeó con sus propios brazos y comenzó a mecerse adelante y atrás.

Ahora pudo oírlo con claridad. Bull discutía con los pescadores. Miró a Dupree que le hizo un gesto para que fuese a ver.

Los camareros se habían detenido a cierta distancia.

—No vamos a continuar, y ya está —dijo terminante el más mayor.

—Pero ¿por qué? No entiendo a qué viene esto ahora —se quejaba Bull.

—No vamos a continuar porque es peligroso —explicó el hombre.

Johnson, que ya había retrocedido hasta su altura y los miraba de hito en hito, dijo:

—No me vengáis con esas. Sois tipos duros, cajunes de los pantanos, camareros. Sabíais que buscábamos Le Grand. ¿Qué pasa ahora?

Clive se volvió anhelante hacia el camino recorrido mientras el otro respondía.

—Son los truenos...

—¿Los truenos? ¿Os da miedo la tormenta? —dijo Johnson mirándolos incrédulo.

El más mayor pareció ofenderse.

—No lo entiende, son los truenos, esos truenos no son normales. Mire al cielo.

Todos lo hicieron entrecerrando los ojos heridos por la luz.

—¿Dónde están las nubes negras? ¿Dónde están los grandes cúmulos nubosos cargados de agua? —interpeló el hombre dirigiéndose al *traiteur*.

—La tormenta aún está lejos... —adujo Bull sin darle tiempo a responder.

—No, está sobre nosotros, ¿no ha escuchado esos truenos? El último ha hecho temblar la tierra —discutió el camarero.

—De acuerdo, está sobre nosotros —concedió Bull—, ¿y qué?

—Es un mal augurio —respondió muy serio Clive—. Todo el mundo lo sabe —dijo observando de frente al *traiteur*.

El hombre no dijo nada, pero asintió dándole la razón.

Bull los miró alucinado.

—¿Los truenos son un mal augurio?

—Estos truenos... —dijo el hombre especificando exaltado mientras

apuntaba con su arma al cielo—. El cielo no está oscuro, no hay ni un solo nubarrón de agua, ni una sola señal. Cuando truena en un cielo así, es un mal auspicio.

—No se debe continuar cuando ves estas señales —le secundó el otro.

—¿Por qué? —preguntó burlón Bull—. ¿Qué puede pasarte?

Los hombres se miraron entre ellos antes de responder.

—Se dice que si vas por el pantano y escuchas truenos en un cielo en el que no hay señales de tormenta debes retroceder. Los espíritus del pantano están reunidos; si los molestas entrando en su territorio, te sumirán en un sueño en el que permanecerás durante al menos cien años.

—Es Rip van Winkle. —Todos se volvieron a mirar a Dupree—. Es el cuento de Washington Irving.

—Lo ven —dijo Johnson—. Un cuento.

—Aunque lo cierto —precisó Dupree— es que Irving se documentó en antiguas creencias y leyendas de los montes para escribirlo. Distintas maneras de llamar al mismo temor en distintos lugares —dijo dirigiéndose a Amaia, pero ella miraba abstraída a lo lejos, como si escuchase algo en la lejanía sin prestar atención a la conversación del grupo. Recordando otros truenos.

—Los truenos son la señal de que no debemos continuar —remató el pescador—. Pensábamos que sabían adónde iban, pero nos guía esa zombi...

—Es una mujer enferma —saltó el *traiteur*—, la víctima de un rapto retenida durante diez años, y lo peor es que sigue prisionera. Ella no eligió estar así. Tened más respeto.

Los hombres bajaron la cabeza, pero no se movieron de su sitio.

El *traiteur* se dio la vuelta y avanzó hasta colocarse junto a Médora.

Dupree dedicó una nueva mirada a los camaroneros, chascó la lengua fastidiado y les habló como si hubiese perdido la paciencia.

—Da igual, váyanse si quieren, esperen junto a la zódiac. No podemos perder más tiempo, la vida de unas niñas puede depender de ello.

—Ni de broma —intervino Charbou, que había permanecido en silencio hasta el momento—. Si permitimos que estos dos paletos asustados regresen hasta la zódiac, en el momento en que escuchen otro trueno saldrán huyendo como ratas del pantano y nos dejarán aquí tirados.

Dupree miró interrogativo hacia los hombres, pero ambos rehuyeron su mirada.

—Lo siento, amigos, pero tenéis que continuar, es tarde para una vuelta

atrás —dijo Bull dando la conversación por terminada.

—¿Estamos detenidos o algo así? —preguntó Clive.

—No —contestó Charbou—. Pero si insistís en quedaros aquí os esposaré a uno de esos árboles llenos de hormigas de fuego, y esperaréis ahí hasta que regresemos.

Echaron a andar a regañadientes.

La llanura acababa abruptamente en unos tupidos arbustos que formaban una barrera natural y alcanzaban el doble de la altura de un hombre. Un nuevo trueno resonó sobre sus cabezas en el momento en que alcanzaban la valla. Los camaroneros se miraron cargados de pesar. Médora se introdujo entre los espinos arañándose la piel mientras los demás la seguían. Justo al otro lado, una valla circundaba lo que desde allí les pareció una extensa propiedad.

—Ante ustedes la antigua plantación de Le Grand Bayou —susurró Dupree.

Siguiendo a Médora comenzaron a rodear el perímetro de la finca. Bull hizo una señal a Dupree marcando los lugares donde estaban las cámaras, pero tras verlas más de cerca se percató de que la mayoría podrían estar inutilizadas por la tormenta. Aparecían cubiertas de líquenes y hierbajos, y algunas revelaban un ángulo del todo inadecuado para la vigilancia. La valla presentaba desperfectos en distintos lugares y la puerta principal colgaba desviada fuera de sus goznes, aunque una gruesa cadena con un candado nuevo y engrasado sujetaba las dos hojas del portón. Por todas partes había señales que delataban que apenas unas horas atrás toda aquella zona había estado bajo el agua. Médora avanzó dejando a un lado la entrada y se introdujo tras una barrera de arbustos que flanqueaba los costados del acceso principal. El vallado estaba roto allí, exhibía un agujero suficiente como para pasar reptando a ras de suelo. La frágil Médora se arrojó al barro y se arrastró remolcando su pierna entablillada hasta el otro lado. El agua llegaba hasta la altura de la rodilla en el interior de la finca, aunque numerosas marcas evidenciaban que la inundación había alcanzado un nivel mucho más alto; aunque había descendido en las últimas horas, el agua se había estancado en el terreno que se extendía formando una cuenca natural que, Amaia estuvo segura, se utilizaría en otro tiempo para los cultivos de humedal. Se diría que el *bayou* había reclamado el terreno que llevaba su nombre, y hasta imaginó que era probable que hubiera sido el primitivo dueño del lugar hasta que lo domesticó el hombre. La superficie del agua se percibía quieta, oscura y amenazante

como un gran espejo negro. A lo lejos podían verse al menos cinco edificios que rodeaban al principal, que se elevaba sobre una pequeña loma y era el único que no estaba anegado de agua. El primer edificio era una planta rectangular similar a una antigua cuadra y rebosaba hasta la puerta de bidones metálicos y de plástico de distintos tamaños y colores. No había nadie allí.

Según avanzaban, la sensación de que la propiedad había sido abandonada precipitadamente iba tomando fuerza. No se veía ningún vehículo a la vista, con la excepción de un jeep con la tapa del capó abierta. Al acercarse comprobaron que el motor estaba ahogado de lodo. Aun así tomaron la precaución de rodear los edificios anejos por detrás, bordeando el perímetro junta a la valla, donde los arbustos eran más altos y ocultarían su presencia a cualquiera que observase desde la casa principal. Bill y Bull se dirigieron hacia allí arrastrando con ellos a uno de los pescadores mientras Johnson y Amaia se llevaban al otro hacia los establos. El resto del grupo esperó hasta que regresaron. No hallaron rastro de presencia humana. Había una pequeña casita de guardeses en el extremo de la finca. Médora se dirigió hacia allí seguida de Amaia, el *traiteur* y Dupree. El avance era penoso. A cada paso sus botas se hundían en la masa cenagosa que era el fondo bajo el agua. Amaia intentaba no pensar para sustraerse a la sensación de que alguien, o algo, la sujetaba tirando hacia abajo como una potente succión que la reclamaba como algo suyo, como algo que el pantano quería cobrarse. Trató de serenarse mientras otro trueno hacía vibrar el aire a su alrededor como la onda expansiva de una voladura.

«La Dama viene», repitió el coro griego en su cabeza.

Alcanzaron un extraño edificio que de cerca daba claras muestras de que se encontraba abandonado desde hacía tiempo. Anegado en la planta principal, desde fuera se apreciaba que el lugar hasta donde había llegado el agua, casi cubriendo el tejado, era alargado y carecía de ventanas.

Un nuevo trueno hizo vibrar el aire y comenzó a llover con gruesos goterones que se precipitaban desde un cielo que seguía tan brillante y neblinoso como antes. El agua caía templada y en menos de treinta segundos ya los había empapado totalmente.

«Ya llega.»

Fatalidad

Elizondo

Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. La encontraron de madrugada a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Cuando le preguntaban siempre decía que no recordaba gran cosa. Sin embargo, podría relatar con detalle cada una de las emociones y sensaciones, los sentimientos y temores que la habían acompañado mientras estuvo en el bosque. El pánico inicial al darse cuenta de que se había desviado del sendero. Las llamadas al sentido común que le decían que sería capaz de volver a encontrarlo. Después, admitir que se había perdido como la protagonista de uno de los oscuros cuentos de Grimm. Recordaba con claridad el trueno, el desgarró etéreo de un cielo gris de niebla batida, en el que no había rastro de las oscuras nubes preñadas de lluvia que cualquier senderista aprendía a distinguir y a temer... Recordaba el árbol, la tormenta, la presencia, la casa y al hombre.

Era una mañana fresca de fin de invierno; podría haber sido como otra cualquiera, pero no lo fue. La niebla densa derramándose por las laderas de los montes como agua jabonosa de una bañera. Los coches aparcados en hilera al borde de la carretera en el lugar de encuentro, muy cerca del campo de tiro. Los saludos festivos de los caminantes al reencontrarse, como si hubiera transcurrido mucho más tiempo que una semana desde la última vez en que se vieron. Los primeros kilómetros silenciosos, en los que solo era audible el trotar de las botas sobre la tierra compacta del sendero. Aún quedaban huellas en forma de charcos de la última lluvia y, a tramos, se cubría del oro quebradizo de las hojas de los árboles que por sorpresa se derramaban sobre ellos como confetis de una fiesta.

Había algo de liturgia en caminar por el monte, siempre era igual y siempre distinto, y eso le proporcionaba un descanso de piloto automático que le permitía ensoñarse y descansar como en ningún lugar. Las mañanas húmedas y frías de su infancia perlaban de gotas brillantes sus prendas de lana y se quedaban flotando allí, como pequeñas joyas que la engalanaban. Durante la primera hora los caminantes apenas hablaban. Se concentraban en marcar el paso, en hallar el ritmo respirando por la nariz el aire frío de Baztán que se volvía agua cuando lo exhalaban a través de sus bufandas. Y eso le permitía caminar sin más. Al frente, escuchando los pasos del grupo tras ella, o detrás, permitiendo que se alejasen lo suficiente para recrear la sensación de estar sola. Siempre igual y nunca lo mismo, jamás pensó que pudiera gustarle tanto, ni que un día, que era hoy, tuviera que despedirse de él. El bosque la arrullaba, la mecía en su seno descargándola de la sensación de miedo, de la alerta constante, de la vergüenza y, sobre todo, del pensamiento que bullía día y noche en su cabeza, que jamás la abandonaba ni la dejaba descansar y que solo allí se replegaba a su reino oscuro y la permitía ser libre, sentirse dueña, orgullosa propietaria y humilde sirvienta de la belleza de su bosque.

Podría haber sido una mañana como otra cualquiera, pero era la última. Se iba, y solo echaría de menos al bosque y a Ipar. La tía iría a verla, pero no volvería en mucho tiempo a su bosque, y era imposible llevar a Ipar. Cada vez que lo pensaba los ojos se le llenaban de lágrimas. Se detenía y, arrodillada, abrazaba al perro hundiendo su naricilla entre el abundante pelaje de su cuello. Y él, como si presintiese ya que tenían que separarse, se encajaba como el mejor amigo en su abrazo y limpiaba el llanto de su rostro a lametones. Hizo muchas fotos de Ipar. Dispuesto a su abrazo, caminando a su lado, adelantándose para explorar la senda por la que ella iba a pasar, mirándola embelesado como un chalado con la lengua fuera y los ojos llenos de risa... y como más le gustaba: parado, muy quieto, escuchando atento los sonidos que procedían de la parte oscura del bosque, que le hacían gruñir advirtiéndolo, a quien fuera, que debía mantenerse allí. Amaia dejó que el grupo se alejara buscando plasmar el sendero vacío. Caminó un par de pasos y un reclamo de blancura entre la hierba llamó su atención. Una primula tan pálida que parecía estar muriéndose de frío, quizá la primera, pensó la niña sintiéndose privilegiada, como si el bosque quisiera regalarle algo especial en su despedida. Ipar, contagiado de su curiosidad, olisqueó la flor provocando la risa de la niña, hasta que vio que sin querer la había tronzado con su hocico.

—¡Pero qué bruto eres! —Se arrodilló apartando a Ipar e intentó colocar la flor derecha entre su mullida corona de hojas verdes. Pero fue en vano, la frágil florecilla estaba por completo cercenada de su tallo. La sostuvo entre sus dedos mientras miraba a Ipar entre disgustada e indulgente, y, entonces, vio el árbol. Redondo y voluptuoso, su tronco brillaba con la humedad de la mañana como un vestido de seda sobre las caderas de una majestuosa dama.

Amaia alzó la mirada para comprobar que el grupo aún era visible desde donde estaba. Salió del sendero y hubo de bordear las ramas caídas de un haya y una barricada de altos helechos, que como centinelas custodiaban la senda abierta ante el árbol dama. Era magnífico de una manera primitiva, natural y antigua. Amaia lo miró sobrecogida por su grandiosidad, el brillo pulido de sus hojas como jades, que parecían bañadas de rocío, igual que el tronco. Contempló prendada el modo en que la sombra y la quietud se extendían bajo sus ramas creando un ámbito de influencia protegida en la que el aire estaba quieto y era dulce y arcilloso. Las raíces sobresalían de la tierra, voluptuosas y arqueadas como formas de mujer, y se prolongaban bajo los pies de la niña en un entramado firme y armónico, que se expandía alrededor del árbol como un trabajado mandala. En un acto impulsivo se agachó y depositó la flor que aún llevaba entre los dedos en una oquedad entre sus raíces. Se quedó allí, dejando que la autoridad protectora de la dama árbol la meciese durante... Nunca sabría cuánto tiempo había permanecido allí, mirándola embelesada. Pero recordaba que fue un trueno lo que la hizo tomar consciencia de que algo extraño pasaba. La luz brillaba hiriente entre las hojas del árbol, los gruñidos furiosos de su perro que sonaban como si estuviese muy lejos. Renunciando a seguir contemplando a la hechizante Dama, bajó la cabeza y sintió cómo el mareo la dominaba. Se sentó en el suelo y, elevando las rodillas, miró fijamente hacia abajo en el espacio entre sus pies hasta dominar el vahído. Levantó entonces muy despacio la cabeza y vio a Ipar, que ladraba histérico mirando hacia la espesura. Se adelantaba unos pasos y retrocedía hasta tocarla, solo para volver a lanzarse otra vez hacia la fronda describiendo un semicírculo, como si lo que fuera que los vigilaba desde el bosque los estuviese rodeando. Amaia retrocedió unos pasos para salir de la influencia de la copa del árbol y alzó la vista al cielo. La tía y ella lo llamaban «de niebla batida». Un cielo turbio, de nubes a media altura que impregnaban el aire de agua y no permitían ver el sol. Entrecerró los ojos y oyó un nuevo trueno. Echó una ojeada alrededor extrañada y en ese instante fue consciente de lo mucho

que se había alejado del camino. A pesar de que habría jurado que solo se había adentrado en el bosque diez o doce metros, desde donde se encontraba no podía ver el sendero. Llamó a Ipar a su lado y se dirigió hacia la pista procurando hacerlo por donde había venido, pero el camino no estaba. Regresó al árbol dama y probó a retroceder caminando de espaldas mientras mantenía la perspectiva del lugar que la había atraído. Se alejó hasta que casi no pudo verlo sin hallar la senda. Asustada, volvió hasta el árbol.

—¿Por dónde es, Ipar? —preguntó al perro.

Pero Ipar tenía toda su atención puesta en vigilar el avance de lo que había entre la espesura. Le lanzaba rápidas miradas para constatar su posición y se movía adelante y atrás desde su sitio ladrando furioso.

Otro trueno sonó como una bomba haciendo vibrar el suelo bajo sus pies. Amaia levantó la cabeza, pero solo distinguió aquella capa de bruma alta que no dejaba ver el cielo.

El grupo de senderistas del que formaba parte la echó de menos cuando se detuvieron a almorzar a las diez de la mañana. Javier Atienza, el responsable del grupo, tardó unos ocho minutos en interrogar a las cincuenta personas, la mayoría padres con sus hijos, que integraban la agrupación Aranza, una comunidad de senderistas, casi todos de la cercana ciudad de Pamplona, que, cada fin de semana y utilizando como lugar de partida la pequeña localidad de Elizondo, se lanzaban al monte comandados por un montañero que, tras coronar en su juventud tres o cuatro ocho miles, dedicaba su jubilación a fomentar en los más jóvenes el amor al monte.

Atienza se pasó una mano seca por el rostro arrugado y maldijo en voz alta por no haber estado más atento. Solía hacerlo, porque Amaia era la única niña que venía sola. Su tía, a la que conocía desde que ambos eran jóvenes, se la había encomendado personalmente, porque sus recientes operaciones de rodillas le impedían caminar. Le confesó que se sentía arrepentida de haber presionado tanto a la niña para que saliera a hacer algo, y, cuando al fin se decidía por una actividad, era una a la que ella no podía acompañarla. Atienza la tranquilizó prometiéndole que no le quitaría el ojo de encima, que la niña lo pasaría bien, descubriría un entorno de extraordinaria belleza y haría amigos. Javier pensaba que había acertado dos de tres. Silenciosa y solitaria, se notaba sin embargo que lo pasaba bien: siempre con su cámara colgada del

cuello iba fotografiando mariposas, setas, flores... Era evidente que disfrutaba, pero se mostraba reticente a hacer amigos. Eludía la compañía de los otros y prefería caminar unos pasos por delante o por detrás de la marcha. Durante las primeras excursiones algunos se habían acercado curiosos, un par de niñas intentaron entablar conversación, los padres de los otros chavales la invitaban a sentarse con ellos cuando paraban a almorzar. Pero Amaia buscaba un árbol alejado y, apoyando en él su espalda, sacaba de la mochila el bocadillo que le había preparado la tía Engrasi y se lo comía con la mirada puesta en la copa de los árboles. Él la dejaba estar, porque sabía que hay muchas maneras de relacionarse con el bosque y para algunos, los más privilegiados, era así, en silencio, casi como si comulgaran, como si pudieran oír una voz que más allá de la espesura les susurrara palabras que solo ellos podían entender. Estaba seguro de que con los años Amaia se convertiría en una de esas admirables caminantes que prefieren hacerlo solas, que encuentran en su relación solitaria con el bosque una suerte de felicidad indescriptible que se refleja en sus rostros cuando regresan a casa como la luz resultante de haber presenciado un milagro.

Eran las nueve de la mañana la última vez que alguien recordaba haberla visto. No estaban muy seguros, porque Amaia solía rezagarse para fotografiar cualquier cosa que llamase su atención a los lados del sendero. Aienza, consciente de ello, se volvía una y otra vez hasta que la veía venir corriendo, sujetando la cámara para que no se golpeará, uniéndose de nuevo al grupo. Estaba bastante seguro de haberla visto regresar a la marcha, por lo menos una vez. Una batida comandada por el padre de Amaia salió a buscarla antes del mediodía. Gritaron su nombre llamándola en las praderas y entre la espesura, revisaron los regatos y las cascadas, las cuevas y los huecos de los árboles, las bordas y los caseríos, los refugios de cazadores, los barrancos... Solo los truenos retumbando en aquel extraño cielo blanco dieron alguna respuesta. Hasta que anocheció y la sangre de Juan Salazar hirvió de indignación al tener que escuchar cómo los voluntarios se retiraban con cierto alivio. Una niña era una niña, pero aquella era la niña rara, la chica de los Salazar que no hablaba con nadie y que no tenía amigos. Además, los truenos en un cielo despejado eran de mal agüero. La inequívoca señal de que la señora de las tormentas regresaba a Baztán.

Juan Salazar les dio las gracias por ayudarle a buscar a su hija. Los hombres murmuraron disculpas y palabras de aliento, sin duda avergonzados,

pero se fueron. Juan Salazar continuó la búsqueda junto a media docena de cazadores, algunos pastores, los guardias civiles de Elizondo y el propio Javier Atienza, que, enfermo de culpabilidad y pálido como un muerto, se había negado a comer y a beber hasta encontrar a la niña. A las ocho de la tarde había oscurecido por completo. Entonces estalló la tormenta.

Ipar había vivido otras tormentas. No le asustaba el ruido de los truenos, o la luz del rayo, pero le preocupaba lo que se ocultaba en la espesura. El agua caía helada sobre Amaia. La niña se encogió tiritando bajo la capucha de su abrigo, que estaba totalmente calado de lluvia. El agua se escurría, como por un caño, por la mano con la que se sujetaba al largo pelaje en el cuello de Ipar, dejando su piel aterida. No se veía nada, excepto en los momentos en que los rayos cruzaban el cielo iluminando la noche; entonces, como imbuida por una nueva fuerza, Amaia retomaba la vereda y continuaba caminando siguiendo la senda, que en un segundo de luz había grabado en su memoria. Ipar podía notar que la niña estaba muy cansada. A ratos, como ahora, se rendía sentándose en el suelo para descansar, entonces él se le acercaba para darle calor mientras percibía cómo bajaba su temperatura y los latidos de su corazón se ralentizaban. Amaia lo abrazaba cerrando los ojos, se apoyaba en su cuello y se dormía, solo para despertar transcurridos unos segundos, asustada y febril. Ipar sabía que no era bueno que se durmiese bajo la lluvia, pero cuando caminaba lo hacía en la dirección equivocada, y a pesar de que Ipar le había enseñado e insistido de todas las maneras en que un pastor puede guiar a su oveja, Amaia seguía yendo hacia el norte, como si de algún modo obedeciese al heraldo oscuro que se ocultaba entre la fronda y que sutilmente aún marcaba el camino a la niña. Ipar no podía hacer mucho más que permanecer junto a la pequeña, escuchando atento los movimientos en la espesura, gruñendo y ladrando de vez en cuando para avisar a lo que acechaba de que no podía acercarse, no mientras él estuviera allí.

Le Grand Bayou

Los pantanos

Miércoles, 31 de agosto de 2005

Al rodear la propiedad vieron la entrada. La puerta estaba abierta de par en par, pero, a diferencia de los demás edificios, en este alguien había trabado la hoja con una rama para mantenerla así. Nada más traspasar el umbral, Médora se pegó a la pared como un pequeño ratón. Como si recordara, miraba horrorizada las paredes decoradas de aquel lugar. Las cabezas cercenadas de pumas, jabalíes, caimanes y cocodrilos disecados sobresalían de sus bases en la pared desde media altura hasta cerca del techo, donde llegaba la marca del agua. El pelo de los animales se veía apolillado y mate por el tiempo, y aunque el calor lo había secado, el pelaje se había apelmazado de lodo y agua sucia, dándoles un aspecto enfermo y tiñoso que resultaba repulsivo. Había dos grandes mesas rodeadas de bancos que aparecían volcados. La parte superior quedaba justo fuera del agua, pero los tableros estaban cubiertos de pecina. Media docena de ventanas embarradas partían de la línea a la que llegaba el agua. Comparada con la brillante luz del exterior, la estancia se veía casi en penumbra. Los cristales habían resistido de milagro, pero estaban tan cubiertos de limo del pantano que apenas dejaban pasar la luz. En la mitad del edificio podían observarse las vigas de madera que contenían el tejado; la otra mitad estaba ocupada por un altillo voladizo al que se accedía por una escalera de dos vueltas. La puerta en lo alto de la escalera estaba abierta; a través de ella les llegó el inconfundible sonido de una tonada silbada, audible por encima del ruido de la lluvia contra el tejado del pabellón. Casi a la vez, y sin darles tiempo a replegarse, un hombre asomó por el vano. Se había desnudado de cintura para arriba, caminaba de espaldas y comenzó a descender de esa manera, mientras arrastraba lo que parecía un fardo, que fue

descendiendo escalón a escalón con golpes secos. Todos apuntaron sus armas hacia él mientras esperaban la señal de Dupree. Médora empezó a chillar; su grito fue como el de un animal aprisionado en una trampa, con movimientos espasmódicos que sacudían su cuerpo como si tratase de liberarse o agonizara. El silbador en lo alto de la escalera detuvo su tonada, se volvió soltando el fardo y permitiéndoles ver que era el cadáver de una joven con el cabello largo y negro apelmazado en guedejas y que, como por inercia, siguió deslizándose por la escalera mientras su cabeza golpeaba con un ruido sordo; parecía como si de algún modo persiguiese a su captor. Este intentó en un primer momento subir de nuevo en dirección al piso superior, pero el cadáver escurriéndose por las escaleras le obstruía el paso. Jason Bull disparó, probablemente uno de los camaroneros también lo hizo, pero ambos fallaron. El hombre se movía con extraordinaria rapidez y de la cintura de su pantalón extrajo un arma con la que comenzó a disparar y alcanzó a los animales muertos varias décadas atrás. El pelaje apelmazado saltó describiendo un arco de virutas y serrín que cayeron como nieve sobre Médora. El silbador bajaba deprisa la escalera, pero antes de que llegara abajo, en el último descansillo, Charbou lo interceptó lanzándose sobre él y derribando la barandilla, con lo que ambos cayeron a un metro de agua. Forcejearon entre los gritos de los demás, que intentaban apuntar al hombre y le instaban a rendirse. Se oyeron varios disparos amortiguados por el agua lodosa, y el silbador quedó inmóvil sobre Charbou, que se lo quitó de encima saliendo del radio donde la sangre empezaba a teñir el agua oscura.

Médora había dejado de chillar. Se volvieron hacia ella y vieron que el *traiteur* le había cubierto la cabeza con su chaqueta. Eso parecía tranquilizarla. Se quedó inmóvil contra la pared, apenas sostenida por los frágiles huesos de sus piernas. Parecía un gran pájaro sarnoso y desplumado cubierto por un capuchón. Pero estaba en calma. Se mecía adelante y atrás y emitía aquel siseo como de fuga de agua. El vendaje se veía sucio y una mancha parda afloraba desde la herida abierta en su piel.

—¡Oh, Dios! —exclamó el *traiteur*.

Corrió hacia ella y la alcanzó en el momento en que sus piernas cedían incapaces de sostenerla. De rodillas en el agua, pasó un brazo bajo los esqueléticos hombros de Médora y a duras penas consiguió mantener su cabeza fuera del lodo. Con la otra mano trataba de detener la hemorragia que, como una mancha de tinta roja, se extendía ampliándose por la tela mojada de

aquel absurdo camión de florecillas. El *traiteur* negaba sacudiendo la cabeza ante la injusticia, mientras miraba el rostro devorado por la muerte, en el que, en aquel momento, justo al final, una hermosa, aunque pálida, luz brillaba en los ojos moribundos de aquella niña de vida robada. Médora no chillaba, no gritaba, pero movió los labios como si tratase de decir algo. El *traiteur* inclinó la cabeza para escucharla sobre el estruendo de la lluvia que batía la cubierta. El cuerpo se le escurrió de entre los brazos y el abdomen se hundió en el agua sucia. Dupree y Bull se arrodillaron junto a él, ayudándole a sostener los pobres huesos de la joven y su cabeza fuera del agua. El *traiteur* puso entonces una mano en su frente y otra sobre su pecho sin dejar un solo instante de musitar su ruego de curación. Se inclinó de nuevo hasta pegar su rostro a la boca espantosa de la joven y escuchó. Siguió rezando por ella, incluso después de que aquella pequeña luz en sus ojos se hubiese extinguido para siempre.

Dupree ayudó a llevarla hasta una de las mesas sin quitar ojo de la escalera. El cuerpo de la chica había quedado detenido casi en el inicio; una pierna se había girado hacia un lado provocando que se diese la vuelta y quedara trabado entre los dos tramos de barandilla.

Bull susurró:

—Si hubiera alguien más arriba, creo que ya se habría asomado.

—Siempre que fuera armado... —especificó Charbou.

Se miraron asintiendo, salieron hacia la escalera pasando por encima del cuerpo inerte y ascendieron con rapidez uno detrás del otro. Cuando llegaron al descansillo del piso superior se lanzaron a los lados de la puerta. Asomando el arma primero y alternándose para mirar al interior, penetraron en la estancia. Bull se asomó al momento.

—Despejado. Hay un hombre joven muerto y, Dupree, hay más niñas aquí arriba... —dijo haciendo un gesto que englobaba al *traiteur* y a los pescadores—. Será mejor que ellos no suban.

Había cinco víctimas, todas niñas. Amaia calculó que estarían entre los doce y los dieciséis años. Hacía horas que el agua había descendido y, aunque aún podía verse la marca muy cerca del techo, todo estaba seco. Sin embargo, sus ropas y sus cabellos tenían ese delator aspecto acartonado de lo que se ha deshidratado tras haber estado encharcado, como una sábana arrancada de un tendal durante la tormenta que aparece seca y acartonada tirada entre el polvo y las piedras. El calor era asfixiante: nada más entrar en la habitación tuvieron

la sensación de penetrar en un horno. La humedad presente en todo el pantano y en la parte baja del pabellón había desaparecido por completo, sustituida por un calor de fuego, seco y consumidor. En la parte de la entrada y en el centro, la estancia alcanzaba una altura suficiente como para que un adulto alto como Bull o Charbou se mantuviese erguido; en el resto, la habitación describía la forma del tejado obligándolos a agacharse e, incluso, a acuclillarse. En la estancia había una docena de jergones rellenos de musgo español, que escapaba de las costuras reventadas, una mesa de buen tamaño a la que le faltaba una pata y que yacía tumbada de lado y un candil de petróleo encendido y colgado de un clavo junto a la puerta. No había ventanas ni ningún otro foco de luz en la estancia. Apuntaron a los cuerpos con sus linternas.

Jason Bull se arrimó a una de las paredes y se sostuvo allí.

—¿Se encuentra bien? —musitó Amaia al pasar junto a él.

Bull bajó la mirada.

—No, cómo voy a encontrarme bien. Cinco niñas.

Dupree lo miró.

—Seis, con la que hay en la escalera; se la llevaba a alguna parte, lo más seguro es que estuvieran haciendo limpieza —dijo señalando al cuerpo del hombre muerto junto a la puerta. Se había escurrido contra la pared hasta quedar sentado y era evidente por su estado que llevaba pocas horas muerto—. Discutieron por alguna razón, es probable que por la muerte de las niñas; creo que lo mató el tipo de ahí fuera.

Charbou fue mirando uno a uno los cuerpos.

—¿Hay algún modo de saber si entre ellas están las hermanas de Jacob? ¿Tenemos alguna señal identificativa?

Johnson emitió una especie de gruñido que manifestaba su incomodidad.

—Son las hermanas y las hijas de alguien. ¿Qué más da? Llevan muertas más de cuarenta y ocho horas. No estoy seguro de cuántas. Es probable que se asfixiaran con el calor. No les dejaron comida ni agua —dijo mirando alrededor—. La temperatura ha sido altísima desde el paso del huracán, y eso acelera la descomposición y dificulta establecer la data de las muertes.

—Desde la noche del Katrina —dijo Dupree. Inclinandose sobre el cuerpo, contempló a Johnson—. Apártese.

Johnson retrocedió y Dupree tiró lateralmente del cuerpo hasta dejarlo boca arriba. Debía de tener unos trece años. La piel oscura; el cabello negro y rizado le llegaba a los hombros. Llevaba una camiseta rosa de rayas rojas

pegada a unos pechos que comenzaban a redondearse. No quedaba en sus ojos sombra de vida; en su lugar una película blanquecina los había velado de un modo cruel. Con sumo cuidado, Dupree puso una mano sobre otra, las dos sobre el diafragma de la chica, y presionó como si fuera a realizarle un masaje cardíaco. La boca de la pequeña se entreabrió dejando escapar algo que sonó como un suspiro, mientras entre los labios afloraba una nube de espuma blanca y rosada.

Bull y Charbou se cubrieron la boca y la nariz intentando escapar del hedor.

—Se ahogaron aquí —dijo Dupree.

Charbou puso una mano sobre el hombro de Johnson. Su voz sonó dura comparada con la cercanía del gesto.

—No pretendía decir que estas víctimas no importen, pero no tenemos forma de saber desde cuándo estaban aquí; sin embargo, en el caso de las hermanas de Jacob sabemos que se las llevaron de Nola la noche del Katrina. Se supone que hemos llegado hasta aquí siguiendo su rastro, me gustaría tener una sola pista de que siguen vivas.

Johnson se levantó y le miró asintiendo contrito.

—Tiene razón. Jacob me dijo que Ania estaba castigada por teñirse el pelo en casa de una amiga, sin permiso de sus padres. Se había puesto algunos mechones rubios. Todas estas niñas, incluida la de la escalera, tienen el cabello negro.

—Gracias —contestó Charbou.

Johnson casi hizo un gesto de disculpa por lo que dijo a continuación:

—No sabemos a cuántas chicas había bajado ya el silbador.

Amaia había ido hasta el fondo de la habitación acuclillándose para llegar a la zona donde descendía del todo el tejado. Desde allí observaba la escena. Los jergones, embebidos de agua, apenas se habían desplazado de su lugar junto a la pared, pero los cuerpos de las chicas aparecían apuntando en todas direcciones; no estaban juntas como era de esperar si habían tenido miedo, y eso era más que probable. Regresó al centro y elevó una mano para tocar la marca que el agua había dejado en la pared.

—Se subieron a la mesa —dijo Amaia levantando la esquina que tocaba el suelo para mantenerla en equilibrio en su posición natural—. Cuando el agua comenzó a inundar la habitación, debieron de sentirse aterrorizadas, estaban a oscuras. No hay nada con qué alimentarlo, así que el candil debió de

traerlo el silbador. Se mantuvieron aquí encima, notando cómo la tormenta sacudía la estructura, a oscuras, sintiendo cómo el agua les llegaba a los tobillos, a las caderas, al pecho. Aterradas. Prisioneras del hombre y zarandeadas por la tormenta.

«Ya viene.»

—Es difícil para una niña tan pequeña saber cuál de los dos quiere hacerte daño, cuál de los dos quiere salvarte.

El bosque y su señor

Elizondo

Ipar avanzaba junto a la niña. Hacía mucho rato que ella no decía nada, y eso era raro porque solía hablarle todo el tiempo. Notaba su cansancio, percibía el agotamiento, el modo en que temblaba su cuerpo y cómo los latidos de su corazón se habían ido ralentizando a medida que bajaba su temperatura.

La última vez que se habían detenido a descansar, Ipar se había acercado para darle calor mientras la niña se apoyaba en él sin fuerzas ni para abrazarlo. Había estado así mucho rato, dormitando y despertando con cada trueno, solo para volver a caer en aquel peligroso letargo. Ladrando hasta despertarla, Ipar la había empujado con su hocico hasta lograr que se pusiera en pie.

Un abanico de rayos iluminó el cielo mostrando un camino serpenteante en la ladera.

—Vamos, Ipar —susurró Amaia con un hilo de voz.

Habían comenzado a descender la pendiente entre los matorrales bajos que rodeaban el bosque. Ipar volvió a vislumbrar la presencia oculta que los había acompañado todo el camino. Avanzaba por delante deteniéndose agazapada en la oscuridad a esperarlos. En cuanto se pusieron en movimiento el emisario lo hizo también.

Entonces Ipar escuchó un suave silbido procedente de la espesura en la parte en que el bosque se cerraba. Levantó las orejas para estar seguro y volvió a escucharlo. Llamándole. La niña intentó seguir la senda, pero estaba exhausta, y en la oscuridad Ipar la empujó suavemente hasta corregir su trayectoria llevándola hacia la espesura.

Si habían creído estar a oscuras, no ver nada, la fronda les demostró que no. El bosque se tupía más a cada paso tragándose hasta la luz de los rayos que cruzaban el cielo, pero a la vez les proporcionó una suerte de abrigo entre los árboles, que crecían tan cerca unos de otros que la lluvia apenas lograba penetrar en él y hasta producía, al frenar el viento, la sensación de que en el interior del bosque hubiera un par de grados más. De momento el emisario oscuro se había quedado a la entrada del bosque, como un indeseable a las puertas de palacio. Ipar localizó un par de lugares bastante secos y mullidos junto a los árboles más gruesos. Guio a la niña hasta allí y ella, como si hubiera llegado a casa, se dejó caer en su cama del bosque. Ipar se sentó a su lado, en la oscuridad. Entonces lo sintió con claridad. Se sorprendió de no haberlo olfateado antes, pero es que olía a bosque, a setas, a bayas, a tierra y hojarasca. Todos los olores del bosque se combinaban en él en perfecta armonía. *Basajaun*. Seguramente había estado allí todo el tiempo porque lo intuyó como un recuerdo, una figura respetada y lejana, diluida en el tiempo. Ipar, que era un perro pastor, hijo de perros pastores, y que había pasado sus siete años de vida en el monte, intuía de alguna manera que lo había tratado antes. No tenía modo de saber si lo había conocido él mismo o, como tantas cosas que sabía y que sentía, le había sido transmitido en los genes de una estirpe de orgullosos pastores.

Basajaun estaba en el bosque con ellos, y, al contrario que el heraldo, que olía a hambre y a ansiedad, estaba tranquilo. Se movía despacio, de un modo majestuoso que tenía en parte que ver con su tamaño, pero, sobre todo, con su naturaleza. Su respiración era profunda y cavernosa, templada, como su ánimo. Ipar lo supo de un modo instintivo, visceral. Estaba seguro de haber escuchado sus silbidos alguna vez, y el mensaje implícito en el que decía que podía estar tranquilo, porque el señor del bosque velaba por todos.

Ipar consiguió tranquilizarse por primera vez desde que se habían alejado de la senda, sintiendo al poder del bosque respirar sereno entre los grandes árboles de su hogar, pero no podía confiarse: la niña estaba mal. Amaia se había dormido recostada en un encame de hojas secas, junto al tronco de un haya gigante. Ipar se pegó a ella intentando transmitirle su calor, pero sobre todo su presencia, porque mientras dormía podía sentir cómo se agitaba presa de un terror que no la dejaba descansar.

La niña soñaba. Lloraba en sueños.

Ipar olisqueó su frente ardiente, aunque sin tocarla podía percibir el calor enfermizo que emanaba de su cuerpo, mientras ella seguía debatiéndose en una pesadilla en la que intentaba apartar algo de su rostro.

—Solo soy una niña —susurró dormida.

Amaia era a medias consciente de estar dormida. Sabía que estaba soñando, pero eso no era un consuelo; cuando no estaba en el sueño, estaba perdida, y de una manera intuitiva supo que iba a morir de nuevo, y no quería, no quería morir, y eso la entristecía.

No quería morir, pero la tormenta le daba tanto miedo...

«La Dama está aquí.» Resonaron las voces del coro en su cabeza.

«Tengo miedo», les contestó.

«La Dama viene.» Respondieron intratables las lamias.

«Me asusta», rogó.

Distinguir quién

Los pantanos

Miércoles, 31 de agosto de 2005

Trece años más tarde, en una habitación de un pabellón de caza, el pensamiento de la niña y la voz de la mujer se fundieron en una.

—Es difícil para una niña saber quién quiere salvarla cuando el mundo parece conspirar para acabar con ella.

Bull la miraba en silencio, sin entender del todo. Charbou, por el contrario, la observaba con una mezcla de fascinación y arrobo que nacía de la más sincera admiración y del más absoluto desconcierto. Johnson fue a decir algo, pero Dupree lo detuvo.

—Permanecieron sobre la mesa, intentando respirar con la cabeza fuera del agua, hasta que la pata se rompió y se fue flotando hasta la parte más baja del tejado —dijo señalando hacia allá—. Las niñas cayeron al agua, unas sobre otras, aterrorizadas. Aguantaron hasta que les abandonaron las fuerzas y fueron ahogándose comprimidas contra el techo de madera y el agua que lo inundaba todo. Cuando el agua comenzó a descender los cuerpos lo hicieron a la vez, desmadejados y perdidos.

Bull intervino, casi para romper el hechizo de escucharla.

—Imagino que fue un accidente, nadie se toma la molestia de secuestrar a tantas niñas para dejar que se ahoguen después. Las esconderían aquí de forma temporal, probablemente es lo que hicieron con Médora y las otras chicas, hasta que pasados unos días fuera seguro llevarlas a otro lugar. Toda la hacienda es como un gran almacén de productos químicos. Pero eso no es tan raro, al fin y al cabo la empresa propietaria de la finca es una farmacéutica. No hay en la propiedad nada, excepto este pabellón de caza, que indique que tuvieran retenidas a más niñas o a otras personas.

—Viendo a Médora, casi se diría que han tenido suerte —dijo Charbou.
Amaia miró con tristeza a las niñas.

—Después de todo, la tormenta solo quería salvarlas de algo mucho peor, pero la Dama no mide sus fuerzas. Ella es así.

Johnson levantó una mano pidiendo silencio e inclinó un poco la cabeza para constatar lo que estaba escuchando. El sonido del motor de una lancha se coló entre las rendijas de las tablas que formaban la pared.

—¡Joder! Vuelve el socio.

Desde el principio habían establecido que el silbador que arrastraba cadáveres escaleras abajo tenía que tener al menos un socio en alguna parte. Habían calculado que sería solo uno; si fueran dos, o más, alguien se habría quedado con él para ayudarlo a mover los cuerpos. Pero era seguro que había alguien más, necesitaban un medio de transporte si querían sacar los cadáveres de allí. El sonido del motor de la lancha acercándose al pabellón de caza les hizo estar convencidos de que habían acertado, al menos en parte.

Se precipitaron escaleras abajo rogando que los camaroneros, envalentonados por la acción, no hubieran decidido actuar por su cuenta. Clive estaba dentro del pabellón junto al *traiteur*, que velaba a Médora, pero no vieron al otro por ninguna parte.

—¿Dónde está su amigo? —preguntó Bull.

—Cuando nos dijeron que el socio podía regresar, mi colega decidió apostarse en los arbustos de ahí fuera para esperarle. No vamos a dejar que nos coja por sorpresa como ese —dijo haciendo un gesto hacia el cadáver que flotaba junto al primer ramal de la escalera.

Se miraron alarmados. Mientras Bull y Charbou se dirigían a la entrada, Dupree, Amaia y Johnson corrieron a una de las ventanas laterales. El disparo de una escopeta retumbó entre la lluvia, como si quisiera competir con los truenos de aquel extraño cielo brillante. Johnson, que había abierto la ventana, tuvo tiempo de ver cómo el disparo impactaba en uno de los dos hombres que se acercaban en la zódiac y lo lanzaba al agua. Era evidente que los habían pillado por sorpresa.

—Maldita sea —exclamó.

El otro hombre que iba en la lancha dejó el timón y levantó una escopeta, con la que disparó, sin apuntar demasiado, hacia la entrada de la casa. Johnson pensó que era probable que aún no supiera de dónde había venido el disparo, eso o había llegado a ver a Bull y a Charbou. El tipo tuvo tiempo de volver a

apuntar antes de que el camaronero lo alcanzara en el abdomen. Se llevó las manos al vientre y cayó hacia delante; su arma fue a parar al agua y él se quedó tendido sobre la cubierta de la lancha, que siguió avanzando despacio hasta chocar contra la pared del pabellón. Johnson y Amaia se lanzaron por estribor, mientras Bull y Charbou hacían lo propio por babor, saltando al interior de la embarcación mientras le gritaban que levantase las manos. No lo hizo, pero era comprensible. El tipo concentraba toda su energía en gritar como un poseso al mismo tiempo que intentaba mantener sus tripas dentro de los pantalones. Johnson ya se había fijado en el 243 Winchester que llevaba Clive, pero el viejo llevaba un 300, y si tenía pensado abatir algún jabalí, eso explicaba el boquete que el tipo de la lancha tenía en la barriga. Los gritos del hombre se mezclaron con los de los camaroneros, que se jaleaban mutuamente.

—Llévalo dentro —ordenó Dupree, y volviéndose hacia el camaronero situado en los arbustos, gritó—: ¡Y usted salga de ahí y deje de disparar y de gritar, debe de haber espantado a todos los jabalíes del pantano!

Arrastraron la lancha desde el lateral del pabellón hasta la entrada principal. Repararon entonces en que el hombre había dejado de gritar.

Pusieron los restos del hombre de la lancha en la otra mesa cerca del cadáver de Médora. Charbou apañó un vendaje oclusivo con unos trapos aceitosos que había en la propia lancha. Había hecho un trabajo bastante aparente manteniendo las tripas del hombre en su sitio y conteniendo la hemorragia, pero el hombre, de unos cuarenta años, había perdido el conocimiento.

El *traiteur* le dedicó una mirada rápida mientras negaba con la cabeza.

—Puedo rezar por su alma, el cuerpo ya no tiene remedio. Se está desangrando, morirá en una hora, puede que en menos, y será doloroso —dijo volviéndose de nuevo hacia los despojos de Médora.

—*Traiteur* —le rogó Dupree tomándolo del brazo y conduciéndolo a los pies del improvisado velatorio por Médora. Tras señalar al tipo de la mesa, dijo—: Quizá este hombre sea el único que puede decirnos dónde están las niñas, niñas robadas de su casa, como Médora, niñas que acabarán como ella si no consigo detener a esos monstruos. Llevo persiguiendo a estos tipos toda mi vida; cuando Médora fue raptada nuestros pasos nos llevaron muy cerca, tanto que para detenernos mataron a su hermano y a mi compañero, con un sufrimiento inhumano. En este tiempo he visto cómo decenas de adolescentes desaparecían de sus casas sin que nadie se interesase por ellas ni por dónde

habían ido a parar, y esta es la vez que más próximos estamos de lograr algo. Había seis ahí arriba, no sé cuántas más pueden tener en otros lugares, pero sí sé que, si no hacemos algo, nadie lo hará.

—¿Cómo es posible? —preguntó, y no era retórica. Quería una respuesta. Dupree lo miró desconcertado. Fue Amaia la que contestó.

—Acompáñeme.

—¿Cómo?

—Venga arriba conmigo —dijo ella levantando una mano hacia el altillo. Dupree la frenó.

—Salazar, no sé si es buena idea...

—Iré —dijo el *traiteur* dirigiéndose a Dupree—. Creo que su amiga quiere mostrarme algo más que unos cadáveres. —El hombre siguió a Amaia por las escaleras y Dupree los acompañó.

El candil de petróleo seguía encendido. Con la precipitación por la llegada de la lancha nadie lo había apagado. Derramaba una luz rojiza, e insuficiente, que coloreaba cálidamente la asfixiante estancia y provocaba la extraña sensación de haber entrado en una cámara de muñecas durmientes. Con la excepción de la que Dupree había vuelto boca arriba para realizar la prueba de ahogamiento, todos los cuerpos estaban recostados de lado, con la cabeza reposando entre los brazos tendidos hacia delante. El cabello ocultaba en parte sus rostros y se veía mate y estropajoso como el de los animales exhibidos abajo.

Mientras hablaba, Amaia fue apuntando con su linterna, uno a uno, a cada cuerpo.

—Buscamos a un demonio, y su mayor argucia es llevarnos a pensar que lo que tenemos ante nuestros ojos es otra cosa distinta a la realidad. Este tipo de depredador es capaz de ejercer durante años su macabra labor, procurándose discreción, ocultando sus huellas o los cadáveres de sus víctimas, haciéndolas pasar por desapariciones, fugas, accidentes o suicidios, y eligiendo para ello a víctimas de alto riesgo, personas cuya desaparición pueda pasar inadvertida o resulte poco llamativa por su falta de arraigo, por su situación de exclusión social. Adolescentes negras, guapas, fuertes y pobres. La clase de chica que tendrá suerte si tiene una familia que se preocupe por ella, la clase de chica que se da por supuesto que huye de su

casa, que se fuga porque no quiere ir al instituto o porque no la dejan llegar tarde y salir con chicos. Adolescentes que puede que no se llevasen bien con su madre, que discutiesen con su padre, que de alguna manera ya estuvieran fuera de casa. Chicas desobedientes, que se tiñen el pelo sin permiso y a menudo están castigadas, que se portan mal y dan disgustos. Todo el mundo lo sabe en su pueblo, en su barrio. A veces van solas por la calle, se separan de los grupos porque les gusta estar solas... La clase de chica que puede desaparecer durante un huracán arrastrada por las aguas o en un bosque durante una tormenta. La clase que se suma al número de víctimas totales, con lástima, pero sin drama, y sin molestarse en indagar un poco más sobre lo que pudo pasar. ¿Para qué? Si de cualquier modo esas chicas acabarían fugándose, escapándose y desapareciendo. Él solo se lleva los excedentes de la sociedad.

»Este tipo de monstruo no tiene ninguna intención de dejarse atrapar, es perfectamente capaz de representar su papel de buen ciudadano toda su vida, no tiene afán de notoriedad, ya tiene su lugar en el mundo. Es un demonio cazando almas, que no solo las atrapa, sino que las trae a un pabellón de caza, como presas cobradas en una montería, y esto solo es el inicio de lo que les espera... ¿Se hace una idea de cuántos desaparecidos habrá en la lista oficial cuando acaben los recuentos de esta catástrofe que nos ha asolado? ¿Docenas, cientos? Si lo piensa, es el escenario perfecto para hacer desaparecer a alguien. Así es como ha levantado su imperio, así es como seguirá alimentándose como un vampiro en la oscuridad.

Hizo una pausa y fijó su mirada en la de Dupree. Había repetido palabra por palabra su discurso sobre el perfil victimológico y los asesinos ocultos de Scott Sherrington. Para rematarlo añadió:

—Su satisfacción y su poder provienen, como en el demonio, de que creamos que no existe.

El *traiteur*, que había escuchado mientras iba de una niña a otra, se acercó a Amaia hasta casi tocarla. Se inclinó hacia delante y tomó una de sus manos. Amaia percibió la figura silenciosa de Dupree, que había retrocedido hasta la puerta y, por alguna razón, sintió una terrible vergüenza. Dio un paso atrás cediendo casi al impulso de apartar la mano, como si de algún modo presintiese que así el *traiteur* tenía acceso a algo íntimo, algo que no podía compartir. Pero el hombre la había agarrado con firmeza, y era una fuerza sorprendente para alguien tan delgado. La retuvo mientras avanzaba un paso

para llenar de nuevo la distancia que ella había provocado y, como si lo hiciese con una manta grande y pesada, cubrió la mano de Amaia con las suyas. La verdad brotó como un torrente.

—Una vez me salvó una tormenta.

Ipar. Norte

Elizondo

La niña ardía de fiebre y soñaba delirando bajo un haya. Su perro, que la amaba absolutamente, estaba a su lado lamiendo de su rostro las lágrimas que ella parecía querer borrar a manotazos.

Amaia aspiró el aroma mineral y primigenio de la harina. El fino polvo entró en sus vías respiratorias adhiriéndose a los senos nasales y obligándola, aunque algo le decía que no debía hacerlo, a respirar más profundo. Abrió la boca intentando respirar, y la harina en la que estaba enterrada penetró en su garganta mezclándose con su saliva y ahogándola en una amalgama pastosa que le produjo arcadas. «No quiero morir, solo soy una niña», trataba de decir. Pero con cada palabra solo conseguía que la masa polvorienta que anegaba sus vías respiratorias penetrase más y más adentro, con la crueldad añadida de que eran los ruegos por su vida lo que la estaba matando. Oyó un trueno y la música de Berlioz acompañando su muerte con las lóbregas campanadas. Y cuando ya estaba segura de que era el final, sintió unas manos húmedas y calientes que apartaban la harina de su rostro. Entonces pudo abrir los ojos... Rosario le sonrió.

—Será hoy, pequeña zorra. La *ama* te comerá esta noche.

Gritó aterrorizada y el grito rebasó el sueño y brotó de su garganta a la vez que la niña se despertaba en medio de la oscuridad del bosque. Durante mucho rato creyó estar muerta, porque no veía nada, no oía otra cosa que sus propios gritos afónicos de frío y de infección, en una voz que le era ajena.

Fueron los ladridos de Ipar los que la trajeron de vuelta a la realidad. Estaba perdida, estaba en el bosque, iba a morir. Se la iba a comer.

Se puso en pie agarrándose al haya y como una invidente aseguró su mano enredándola en el pelaje del cuello de Ipar antes de dar el primer paso.

—Vamos, Ipar —le ordenó con aquella voz desconocida.

El perro se mantuvo en su sitio. Inmóvil.

Amaia se arrodilló junto a él y abrazándolo le rogó:

—Vámonos, Ipar, vámonos, por favor.

Volvió a enredar los dedos en los largos pelos de su cuello y dio un paso hacia delante. Esta vez Ipar no se resistió. Caminó junto a su dueña, pero volvió varias veces la cabeza, como tratando de explicarle al señor del bosque que no podía hacer otra cosa.

Amaia no veía nada. En algún momento probó a cerrar con fuerza los ojos para ver si así lograba ver algo al abrirlos. Ipar la guiaba. Conseguía que no chocase contra los árboles, que sentía al pasar cerca como una presencia amable, pero tropezaba constantemente con las raíces, con las piedras y los desniveles. Cayó de rodillas. Ipar se colocó ante ella parando el golpe y evitando que se fuese hacia delante, pero el dolor en sus muslos y la sensación ardiente en las rodillas la hizo llorar de dolor y de miedo. Tardó un rato en poder ponerse en pie de nuevo, y, cuando lo hizo, cada paso la atormentó como si llevase piedras incrustadas entre las rótulas. En un par de ocasiones creyó oír el río, pero el agua que seguía cayendo estruendosa sobre las copas de los árboles le impedía estar segura. Solo podía continuar.

Sintió la pérdida del refugio, el modo en que la temperatura descendía al menos un par de grados a su alrededor, la orfandad de la presencia de los árboles, que fue como renunciar al único abrigo que podía recibir allí. Pero fue el agua golpeando de nuevo en su rostro lo que le hizo saber que estaba fuera del bosque. Cuando cruzaba la linde creyó oír un intenso silbido que se prolongó unos segundos. Ipar se detuvo, como a la voz de su amo. Pero tras unos segundos esperando a que se repitiera, la niña decidió que había sido provocado por el viento que pasaba entre los árboles. Un relámpago azotó el firmamento iluminando la noche. Cegada por la luz, percibió un sendero que se abría ante ella dibujando la inclinación del monte. Y algo más. Amaia gritó. Había alguien allí. Ipar comenzó a ladrar enloquecido escapándose de entre sus dedos. Se quedó sola, cegada por el rayo, y con el recuerdo grabado en la retina de la oscura figura que había alcanzado a ver durante el segundo en que el rayo había iluminado la noche. Había alguien allí, y no era bueno, de eso estaba segura; era un grado que otorgaba el dudoso privilegio de haber vivido toda la vida condenada a muerte. Temblando de fiebre y miedo, llamó a gritos a Ipar. Si no lo tenía a su lado, el miedo se multiplicaba hasta ser pánico. El

perro, adelantado en el sendero, siguió ladrando durante unos segundos que le parecieron eternos. Cesó de pronto, y al momento lo percibió a su lado. Se agachó abrazándose a él. Aquello se había ido.

—No me dejes, Ipar. No me dejes —dijo llorando aliviada mientras volvía a asegurar sus dedos ateridos entre el pelaje del perro.

Antes de emprender la marcha, trató de escuchar, de percibir si había alguien más allí. Pero la lluvia le imposibilitaba oír nada por encima del eco de su propio corazón acelerado, que resonaba en sus oídos como fuertes latigazos. Ipar gruñó un par de veces más, pero Ignacio le había enseñado a distinguir los gruñidos de alarma de los que eran ufanos alardes del perro cuando estaba seguro de haber alejado el peligro.

El sendero se iba cerrando en la misma medida en que se inclinaba, hasta que fue imposible caminar erguida sin precipitarse hacia delante. Percibía el vacío al frente y agradeció las botas de monte, porque con otro calzado habría sido imposible descender por allí. Sin soltarse del cuello de Ipar, se agachó hasta casi quedar sentada, para poder agarrarse con la mano libre a cualquier saliente, arbusto o roca, segura de que, si caía por allí, rodaría colina abajo sin que nadie pudiera detenerla. Sentía las rodillas peladas bajo la tela del pantalón y cómo la costra que se había formado encima se agrietaba cada vez que flexionaba las piernas, de un modo muy doloroso. Descendieron así un buen tramo y cuando, agotada, paró a descansar y alzó la cabeza, vio la luz.

Era una casa. Una casa en medio del bosque. Una casa con luz. Eso significaba en la mente febril de la niña: gente, un teléfono para llamar a su tía, una chimenea. Estuvo segura de no haber parpadeado en todo el tiempo, temía perder de vista aquella visión. Incluso Ipar se animó al presentir la presencia humana. Según iba descendiendo la ladera y acercándose a la casa, vio que eran muchas las luces. Rodeaban toda la propiedad, estaban distribuidas por el jardín e iluminaban la fachada, la entrada principal y el acceso, en el que se veían aparcados varios vehículos. Su visión bajo la intensa lluvia tuvo un aire de irrealidad después de la oscuridad, el frío, las heridas, la fiebre y el sufrimiento; sintió una especie de euforia, que fue sustituida de inmediato por un sentimiento rayano en el ridículo. Había sido tan tonta al perderse y hacía solo unos minutos había llegado a aceptar que moriría en el bosque cuando estaba a menos de un kilómetro de aquella casa.

Amaia alcanzó la pista de rugoso cemento, y la sensación fue como la de alcanzar la playa cuando la resaca se empeña en alejarte de la orilla. Dio un

par de pasos torpes sobre la superficie firme del camino y tuvo que reprimir las ganas de echarse a llorar que se le acumulaban en la garganta como una bola que no podía tragar.

Entonces dejó de llover. Como si alguien allá arriba hubiera cerrado el grifo que vertía los océanos sobre la tierra. Dejó de llover, y fue como un augurio. Ipar se detuvo, y Amaia con él. Permanecieron así unos segundos escuchando tan solo el goteo de entre los árboles, el rumor quedo de los cientos de regatos y fuentes que se formaban en Baztán cuando llovía. El agua deslizándose por el corrugado de la pista hacia los costados. Amaia suspiró, y su exhalación fue audible de un modo que no recordaba, como si todo aquel tiempo bajo la lluvia hubiera estado sorda. Un largo silbido laceró el aire, y se asustó. Se volvió esperando ver al autor. Había sonado tan cerca que habría jurado que estaba tras ella.

—¿Qué pasa, Ipar? —azuzó al perro.

Pero Ipar no estaba preocupado. Tenía aquella pose que tanto le gustaba. Atento, totalmente erguido, con sus orejas puntiagudas orientadas hacia donde miraba vigilante. Fuera lo que fuera, a Ipar no le asustaba.

La niña limpió con sus dedos el agua de lluvia que perlaba sus pestañas y caminó hacia la casa.

Había muchos más coches de los que había apreciado al ver el caserío desde lejos. Se notaba que no todos eran de la casa, porque habían aparcado de cualquier manera en el camino como se hace cuando vas a una fiesta. Vehículos grandes y brillantes estacionados a los lados del camino acumulaban sobre la chapa miles de pequeñas gotas, como las ampollas resultantes de una quemadura. Amaia se detuvo ante uno de ellos pensando, tratando de recordar por qué le había inquietado tanto. El mareo la sacudió haciendo girar el mundo a su alrededor y tuvo que sostenerse contra el vehículo para no caer. Llegó a tocar las perlas de agua, que al instante se convirtieron en un reguero que resbaló por la chapa hacia el suelo.

Otro potente silbido rasgó el aire sobresaltándola. Había sido tras ella, estaba segura. Se volvió tan rápido que el vahído regresó, lo que la obligó a sostenerse entre Ipar y el coche. No había nadie. Temblando de pies a cabeza, se asió con firmeza a su perro y corrió como pudo hacia la entrada de la casa.

La puerta de recia madera carecía de adornos, salientes o aldaba. Se veía iluminada desde arriba, y a los lados dos maceteros sostenían un par de elegantes arbolitos de hojas rojizas. Se accedía a la entrada por un camino de

lajas, entre las que crecía la hierba bien recortada. Amaia llegó hasta la puerta y soltó a Ipar para tocar el timbre. Una gran indecisión se apoderó de ella al darse cuenta de que no sabía qué iba a decir. ¿Qué se decía cuando llegabas a una casa después de haberte perdido en el bosque?

No tuvo que pensarlo. Inesperadamente la puerta se abrió, mientras Amaia retrocedía tres o cuatro pasos, y una porción de luz dorada dibujaba en el suelo un triángulo perfecto.

Un hombre joven la miraba desde el umbral. Llevaba pantalones oscuros y una camisa blanca que se había remangado un poco. La luz dorada del interior incidió sobre su cabello, que era castaño y le caía sobre los ojos en un flequillo demasiado largo que él se apartó con un gesto de su mano izquierda. No pareció sorprendido al verla, casi como si ella fuera la invitada especial para la que se celebraba la fiesta. Sonrió de un modo cálido y sensual mientras la miraba invitándola a hablar.

—Me he perdido —acertó a decir con voz muy baja, mientras su nerviosismo iba en aumento. La fiebre estaba subiendo y se sentía cada vez más mareada. Pero también tenía que ver con él—. Necesito llamar a mi tía.

La sonrisa del hombre se hizo más cálida.

—¿Cómo te llamas?

Muchos años más tarde, Amaia aprendería que así era como un hombre preguntaba su nombre a una mujer, y que aquella pregunta, y responderla, encerraban más que una cuestión y su respuesta.

—Amaia Salazar Iturzueta —recitó como un loro sintiéndose ridícula al instante, mientras notaba cómo se le arrebolaban las mejillas. Suspiró y cerró los ojos. Tratando de calmarse.

—Amaia —repitió él.

Amaia tenía doce años. Le gustaban los chicos. Le habían gustado dos o tres desde infantil hasta ahora, pero nunca había experimentado la sensualidad, la efervescencia bajo la piel, el acelerón del corazón que sintió mientras él decía su nombre. Levantó una mano e instintivamente se tocó el pelo, que sintió frío, áspero y enredado. Se sorprendió preguntándose qué aspecto tendría su ropa, pero no se atrevió a dejar de mirar aquella sonrisa. Sus labios eran gruesos, pero masculinos. Los dientes blancos y perfectos; los ojos podían ser marrones o verdes, sin duda claros. Pero era algo en su actitud, serena y mundana, lo que la hechizaba.

Entonces supo qué era. No se había alarmado. Actuaba como si fuese

normal que una chiquilla llamase a su puerta en plena noche, empapada, febril, herida y magullada. Pero lo que dijo entonces terminó de convencerla de que de algún modo la esperaba, siempre la había estado esperando.

—No te imaginaba así —dijo sorprendido y encantado.

Amaia se encogió de hombros, desconcertada, mientras sentía cómo la debilidad se apoderaba de ella. No entendía nada. ¿Debía conocerla? ¿La había imaginado? La maraña de pensamientos se mezclaba con la confusión febril. Reparó entonces en que Ipar había comenzado a gruñir de aquel modo ronco y estentóreo que era una advertencia en toda regla.

Un rayo se dibujó a lo lejos iluminando el perfil del monte.

—¿Quieres entrar? —preguntó él sin abandonar su sonrisa.

Los broncos gruñidos de Ipar iban en aumento. Amaia dejó de mirar un instante al hombre para observar a su perro. Ipar se mantenía a su lado; el pelaje húmedo le caía a los lados como el de un carnero, y en el cuello lo llevaba alborotado en el lugar donde ella lo agarraba. Se mantenía en equilibrio sobre tres de sus patas y conservaba una de las delanteras un poco levantada del suelo. Tenía la cabeza gacha y no perdía de vista la entrada de la casa. La cola larga y peluda, como la de un zorro, estaba recogida debajo, y los pelos sobre el lomo se habían erizado. Un ronquido feroz, aunque dominado, brotaba constante desde su interior.

—Amaia —la llamó el hombre.

Cómo le gustaba el modo en que él lo pronunciaba, como si nadie, nunca antes, hubiera sabido decir su nombre. Como si en su boca el nombre de niña se volviese el de la mujer que sería un día, de amante...

Levantó la mirada. Allí estaba él con su sonrisa encantadora, cargado de sensualidad y complacencia. Entonces vio que había alguien más junto a él. La luz dorada que iluminaba al hombre no llegaba a permitirle ver a los que lo acompañaban.

«Claro, había más gente, todos aquellos coches, quizá daban una fiesta.»

Fue a dar un paso adelante, pero Ipar se cruzó ante sus pies, custodiándola y redoblando sus gruñidos.

«Pero ¿qué te pasa, Ipar?», pensó.

Uno de aquellos colosales silbidos cruzó el aire. Un rayo cayó cerca con su estruendo de chapa y cobre, y a la vez un trueno retumbó haciendo vibrar el suelo, sus huesos, sus dientes.

Amaia retrocedió dos pasos y comenzó a llover de nuevo.

—Amaia —la llamó de nuevo el hombre desde la entrada. Seguía sonriendo, pero algo había cambiado en su voz. ¿Comenzaba a impacientarse?

Prendada de su sonrisa lo siguió mirando mientras sus rasgos se desdibujaban con las gruesas gotas de lluvia, que iban en aumento. Quería ir con él. Estaba enferma, tenía frío. Le gustaba su voz. La lluvia que volvía a caer estaba helada.

«La Dama viene», pensó.

Ipar, completamente cruzado ante ella, no le permitía avanzar.

Otro de aquellos ensordecedores silbidos cruzó el aire.

El hombre encantador llamó su atención.

—Amaia. —Volvió a sonreírle de aquel modo—. ¿Quieres entrar?

Iba a contestar que sí, sí, quería entrar, ¿qué iba a hacer si no? ¿Qué esperaba Ipar que hiciera? ¿Qué sabía él, perro tonto, de lo que necesitaba una niña?

Un nuevo trueno.

«Ya viene», pensó.

Entonces el hombre encantador se ladeó un poco y una de las figuras que había estado en la sombra dio un paso adelante hasta quedar bañada de luz dorada.

Amaia abrió la boca asombrada mientras comenzaba a temblar, esta vez de puro terror.

—¡Nooo! —le salió del alma—. No, no.

Gritaba a la figura que desde la puerta asentía paciente mientras sonreía.

—¡No! —gritó retrocediendo un paso, y otro, y otro.

Ahora había más gente en la entrada, y mientras ella gritaba y retrocedía, la observaban magnánimos, solazados, sin prisa.

Un trueno terrible hizo temblar la tierra mientras el cielo se partía en docenas de relámpagos. Y los silbidos parecían proceder de todas partes.

«La Dama está aquí.» Lo supo.

Las figuras que esperaban guarecidas en la entrada parecieron perder la paciencia de pronto y salieron bajo la lluvia avanzando hacia ella.

Amaia ya no podía gritar. Afónica y aterrada, retrocedió tropezando con una de aquellas lajas que componían el camino, trastabilló a punto de caerse y, en ese instante, el sendero se iluminó con una luz cegadora que deslumbró a todos los presentes en medio de un estruendo magnífico. Amaia cerró los ojos y solo sintió el potente envite de la onda expansiva del rayo cuando la alcanzó.

Mermelada en la alacena

Los pantanos

Miércoles, 31 de agosto de 2005

El *traiteur* miró a Dupree antes de poner sus manos sobre el hombre inconsciente.

—Yo no miento, no puedo hacerlo, es un pacto que tengo con Dios, así que si hay que mentir, tendrá que hacerlo usted.

—Sin problema —aceptó el agente, que pareció revitalizado de pronto.

El *traiteur* cerró los ojos y comenzó a pasar las manos primero sobre su cabeza y después sobre su vientre. Levantó el profuso vendaje que Charbou había improvisado e introdujo allí su mano derecha, moviéndola con sumo cuidado, y cerró los ojos mientras murmuraba una plegaria. Cuando los abrió, miró a Dupree y asintió.

El agente se inclinó sobre el hombre desvanecido y, agarrándole por el mentón, lo sacudió levemente.

—Despierte.

El tipo abrió los ojos y lo miró confuso mientras se llevaba las manos al vientre.

—Estese quieto —le ordenó sujetándole las manos—. Este hombre es un *traiteur* de los pantanos, le está ayudando. ¿Cómo se llama?

—Dominic —murmuró.

Johnson se quitó la chaqueta y la dobló en tres para ponerla bajo su cabeza.

El hombre boqueó confuso.

—No me duele —dijo asombrado.

—Pero puede volver a dolerle si él deja de hacer su magia.

—No —rogó el hombre—. Por favor...

—Bien, Dominic, ¿hay alguien más en la propiedad, esperan visita?

—No.

—Muy bien. ¿Dónde están las niñas?

—Muertas. Pero nosotros no las matamos —dijo jadeando—, se ahogaron cuando subió el nivel del agua... durante la tormenta.

—Faltan otras niñas, las que se llevaron de Nola la noche posterior al huracán —insistió Dupree.

El tipo cerró los ojos apretándolos muy fuerte. Cuando los abrió, gruesas lágrimas rodaron por su rostro.

—No debí meterme en esto, Len me convenció. Había mucho dinero... Llegaron aquí y encontraron a las niñas muertas, Len se cabreó mucho, entonces les encargaron limpiarlo todo... por eso vino a buscarme. Yo sabía en lo que Len andaba y le había pedido muchas veces que me metiera. Hay mucho dinero en esto, pero son tipos muy peligrosos...

—¿Se refiere a Samedi?

Asintió.

—¿Le ha visto alguna vez? ¿Sabe quién es? —preguntó esperanzado.

El tipo negó componiendo una mueca que quería ser una sonrisa.

—No tiene ni idea, ¿verdad? Es Samedi —respondió como si hablase de un dios.

—Las niñas de Nola. ¿Dónde están?

El hombre cerró los ojos y suspiró mientras negaba.

—No puedo decírselo.

—Bastantes problemas tiene ya; hágase un favor, ayúdenos y le ayudaremos.

—No lo entienden, me matarán.

—Es usted el que no entiende. Voy a serle sincero. Tiene una herida muy fea ahí abajo —dijo señalando el vientre y levantándole la cabeza para que pudiera ver el amasijo—. Estamos a millas del hospital más cercano; estará muerto en unas horas si no le prestamos ayuda, y no voy a sacarle de aquí mientras crea que las niñas pueden seguir en algún lugar de esta enorme propiedad. Registraré uno a uno cada almacén, cada barril, aunque me lleve días, y solo cuando las haya encontrado, vivas o muertas, nos iremos de aquí.

Dominic apretó los labios sin dejar de observar su vientre, como hipnotizado.

Dupree asintió mirando al *traiteur*, que hizo un leve movimiento con su

mano. Dominic gritó de dolor mientras su rostro se perlaba de gotas de sudor.

—Ayúdenos y le sacaremos de aquí.

—Lo que hacen a los que los traicionan es mil veces peor que la muerte.

Dupree se llevó instintivamente una mano al pecho, mientras empalidecía e iba sintiendo cómo las viejas heridas volvían a arder bajo la ropa. Su corazón latía sincopado. Intentó serenarse.

—Le daremos protección.

—¿Protección?, ¿qué protección? Len me dijo que Samedi tiene fieles en la policía.

Bull y Dupree se miraron alarmados. No habían pensado nunca en esa posibilidad.

Dupree sacó su identificación y la puso ante los ojos de Dominic.

—No somos la policía, somos el FBI. Le integraremos en el programa de protección de testigos. Nueva vida, nueva identidad, lejos de aquí, fuera de peligro.

Dominic miraba la identificación mientras hacía sus cálculos. Dupree asintió mirando al *traiteur*, que apenas se movió, pero Dominic aulló de nuevo.

—Tuvieron que llegar ayer, como muy pronto anteayer, y las niñas de arriba llevan muertas desde la tormenta. ¿Dónde están las niñas de Nola?

El *traiteur* movió las manos y el alivio fue evidente en el rostro de Dominic.

—Me sacarán de aquí y me darán una nueva identidad...

—Tiene mi palabra.

Dominic cerró los ojos.

—Están en la mansión.

—Hemos estado allí y no hay nadie —dijo Johnson dirigiéndose a Dupree—. La casa está como en la época de las plantaciones.

—En la alacena de la cocina hay un doble fondo —susurró Dominic.

Johnson y Charbou salieron hacia la puerta seguidos de los camareros.

—Llevaos la zódiac —aconsejó Bull.

Dupree observaba a Dominic: era un tipo blanco, más o menos de su edad, y estaba cada vez más pálido y en sus ojos se había instalado esa mirada perdida característica de los que están más allá que acá.

—¿Samedi vino aquí? ¿Vio lo que les había ocurrido a las niñas?

—No. Él no viene aquí.

—¿Quién es el tipo muerto que está arriba?

—Pitt, era hermano de Vince. Es el que debía vigilar a las niñas. Dijo que no le había dado tiempo a llegar para sacarlas, pero Len estaba muy cabreado. Le pegó un tiro.

—¿Y ese? —dijo señalando el cuerpo que flotaba boca abajo en la escalera.

—Es... era Vince, era amigo mío.

—¿Y tu amigo se quedó tan ancho como para silbar después de ver cómo Len se cargaba a su hermano?

—No se llevaban muy bien —dijo a modo de explicación.

—Así que el de fuera debe de ser Len...

Dominic asintió muy debilitado. Dupree se inclinó un poco y vio que un charco de sangre se había formado en la mesa y resbalaba por el borde que casi llegaba al agua.

—Len y Vince trajeron aquí a las niñas, debíamos esperar hasta que fuese seguro trasladarlas; ahora las carreteras están llenas de policía, el ejército, hasta los marines...

—¿Quién decide cómo se hace el traslado? —preguntó Bull.

—Cuando es seguro, ellos avisan a Len.

—¿Cómo contactan?

—Len tiene un teléfono especial, siempre lo lleva encima. No puede llamar. Ellos contactan.

Amaia salió del pabellón caminando por el agua. El cadáver de Len se veía medio sumergido a unos metros de la entrada... Buscó entre su ropa hasta encontrar el teléfono. Lo sacó del bolsillo de su chaleco y miró desolada cómo chorreaba agua sucia.

Regresó al interior mientras intentaba infructuosamente encenderlo.

—Está ahogado —dijo.

Dupree suspiró contrariado.

—¿No había otro modo de comunicar? —preguntó Bull.

—No lo sé —respondió Dominic. Se estaba quedando sin fuerzas por momentos.

—Dices que Samedi no vino aquí, pero ¿sabes si Len les informó de lo que le había sucedido a las niñas? —inquirió Dupree.

—Sí, Len le dijo que habíamos perdido la pesca y que se había cargado a Pitt por dejar que ocurriera.

El *traiteur*, que había permanecido en silencio, repitió entristecido las palabras de Dominic.

—La pesca...

Oyeron el motor de la zódiac que regresaba y Amaia fue hasta la ventana.

—Traen a las niñas —dijo triunfante.

Dupree se había sentado en el espacio que quedaba en la mesa, a los pies de Dominic. Parecía estar a punto de desmayarse.

—Justo a tiempo —dijo afligido el *traiteur*, sacando las manos cubiertas de sangre de debajo del vendaje—. El señor Dominic acaba de fallecer.

Una dura mirada del *traiteur* acabó con las protestas de los camaroneros, que se habían alzado cuando Dupree anunció que se llevarían de vuelta el cadáver de Médora.

El recuerdo de las seis niñas muertas que dejaban atrás pesaba bastante más que el liviano cuerpecillo de Médora, que habían introducido en la funda de uno de los colchones de musgo del piso de arriba.

Las hermanas de Jacob no habían dicho una palabra desde que las habían rescatado del hueco tras la despensa de la mansión. No habían contestado a las preguntas de Johnson y Dupree sobre si habían visto a alguna niña más, o si recordaban algo de lo que habían dicho los que se las llevaron. Cogidas de la mano, se habían limitado a asentir o a negar con la cabeza. La pequeña podría tener ocho o nueve años; la mayor unos doce. Eran muy guapas: la pequeña más despierta, la mayor algo melancólica. Estaban muy asustadas.

Ya sentadas en la zódiac, Amaia reparó en que las niñas no podían quitar los ojos del pequeño cuerpo amortajado de Médora. Amaia se desplazó por la embarcación interponiéndose entre el cadáver y las pequeñas.

—Ania es la reina de la Luna, y Bella significa guapa en italiano —dijo provocando el desconcierto de las niñas.

Se soltó el chaleco antibalas e introdujo su mano bajo la ropa, consciente, mientras se levantaba la camiseta, de que también había captado la atención de Charbou. Sacó el pequeño dragoncito anaranjado y se lo mostró.

—Jacob me mandó a por vosotras.

—¡Oh! —exclamaron las dos al verlo.

Ania se lo arrebató de las manos y le dio la vuelta para poder leer el nombre de su hermano.

Comenzaron a reír y a llorar a la vez, mientras se le echaban encima, abrazándola, casi derribándola, y Amaia hacía esfuerzos por sostenerlas sin caer sobre el cadáver. Todos las miraban asombrados por la reacción de las pequeñas.

—¿Dónde está Jacob? ¿Cómo están nuestros abuelos? —preguntaron a dúo.

—Todos están bien.

—Pero el abuelo...

—Lo llevamos al hospital y se va a poner bien. Están allí todos juntos y os llevaremos con ellos en cuanto sea posible —las tranquilizó Amaia—. Jacob dijo que vuestros padres trabajan en Baton Rouge.

Las niñas asintieron.

—Sabemos el número de teléfono del trabajo —dijo Bella, la mayor.

—De momento es muy difícil hacer llamadas telefónicas, pero lo solucionaremos.

Dupree miraba a Amaia exhortándole a preguntar.

Amaia miró a las niñas.

—Necesito saber si esos hombres os hicieron daño, si os dieron alguna medicina...

—Nos daban miedo —respondió Ania.

—Bueno, eso es normal. Creo que habéis sido muy valientes, porque esos tipos daban mucho miedo. Yo vi a uno bastante gordo y más viejo, uno rubio, uno calvo y otro muy alto. Cuatro. ¿Había alguno más?

—No.

—¿Visteis a más niñas?

Las hermanas de Jacob se miraron entre sí. Ania comenzaba a asentir cuando Bella dijo:

—No, no había nadie más.

Cuando Johnson y Charbou las trajeron, ya le había llamado la atención que sus largas melenas estuvieran limpias y brillantes, como recién cepilladas, y peinadas con diminutas trenzas que partían de la parte superior de la cabeza y flotaban sobre el resto del cabello suelto.

—¿Os habéis peinado vosotras?

—No —dijeron muy bajo e inclinándose hacia delante como si quisieran evitar que los demás las oyesen.

Amaia hizo lo mismo mientras trataba de imaginar quién las habría

peinado, ya que le resultaba increíble que uno de aquellos patanes embrutecidos se hubiera tomado la molestia de hacerlo con aquel cuidado.

—Fueron los *lutins* —dijo Bella—, nos peinaron mientras dormíamos.

—A los *lutins* les gusta trenzar los cabellos —aseguró Ania convencida.

Amaia tomó aire mientras pensaba en el modo de plantear aquello.

—¿Los *lutins* estaban allí con vosotras? ¿Los visteis?

Negaron.

—Somos demasiado mayores, solo pueden verlos algunos niños pequeños, pero los oíamos reír, y nos peinaron —aseguró Ania atusándose el cabello.

—¿Y os hablaron? —inquirió cauta.

—No hablan, solo se ríen y quieren jugar. ¿No sabes lo que son los *lutins*? —preguntó como si ignorarlo fuera una rareza.

—Sí, sé lo que son, en el lugar donde nací los llaman *mairu*, son espíritus de niños que murieron sin bautizar.

—¿Viste alguno cuando eras pequeña? —quiso saber Bella.

Charbou, sentado en el lateral de la embarcación, no se perdía una palabra.

—Pues no lo sé —respondió pensativa Amaia—. Cuando era muy pequeña, lo que más me gustaba era ir a casa de mi abuela Juanita, que tenía una casa muy grande y solo utilizaba la primera y la segunda planta. Yo recuerdo que allí solía estar otra niña pequeña, que era como yo entonces. Me esperaba en lo alto de la escalera que subía al ático y allí íbamos juntas a jugar. Luego la olvidé. Pero cuando fui más mayor la recordé un día y le hablé a mi tía de aquella niña que me esperaba para jugar en la casa de mi abuela. Me dijo que nunca había habido allí otras niñas más que mis hermanas y yo.

—¿Y te hablaba?

—No recuerdo que hablase, pero sí que se reía. Solo quería jugar —dijo sonriendo al recordarlo.

—Era un *lutin* —sentenciaron.

Amaia sonrió a Charbou, que la miraba embobado, y entonces él extendió la mano hasta su cara y le quitó una brizna de hierba. Fue solo un roce, un segundo, pero el efecto para los dos resultó tan evidente que las niñas rieron maliciosas.

—Tenías algo... —se disculpó él azorado.

Amaia bajó la cabeza y las niñas se le echaron de nuevo encima

hablándole al oído.

—¿Ese chico es tu novio?

—No —contestó ella segura de que también él lo había oído.

—Pues quiere ser tu novio —aseguró la más pequeña, mirando a Charbou y sonriendo mientras asentía.

Las risas de las niñas se extendieron por la embarcación y sobre el agua revuelta de los pantanos.

Johnson miró a Dupree, que sonreía escuchándolas, e hizo un gesto aprobatorio. Había tenido sus diferencias respecto al modo de conducirse de la subinspectora con el joven Andrews, pero tenía que admitir que empatizaba con las víctimas de una manera sorprendente y rara. La hermosa piel de la bestia. Pensó mucho en eso y en cómo ella se lo inspiraba.

Charizard

Los pantanos

Amaia saltó de la lancha en cuanto llegaron al campamento. Ania la retuvo tendiéndole de nuevo el dragón anaranjado.

—Jacob quería que tú lo tuvieses. Para que te dé suerte.

No discutió. Apretando a Charizard en su mano, abrazó a las dos niñas. Era la una y quince minutos de la tarde cuando tiraron el cabo, y los hombres que esperaban en el pantalán lo aseguraron en el noray. Dejaron a las pequeñas a cargo del *traiteur*, que había hecho todo el viaje de vuelta en silencio mientras custodiaba el bulto inmóvil y amortajado que era el cadáver de Médora. Amaia se adelantó al resto del equipo y fue saltando de barco en barco hasta llegar al de Annabel. Esperaba que Landis no hubiera perdido el interés que había mostrado en su anterior conversación.

—Creí que me había dicho que debía hablar con él antes del mediodía —comentó Annabel poniéndola aún más nerviosa—. Tengo a Paula esperando desde hace dos horas.

Amaia tomó el micro que Annabel le tendía.

—Adelante, Paula, cambio.

Landis contestó a la primera, justo en el momento en que Johnson entraba en el puente del barco sosteniendo a Dupree. Había recuperado algo de color, pero su aspecto seguía siendo enfermizo y parecía muy cansado.

—Agente Salazar, tengo los datos que me solicitó —atronó la voz de Landis por los altavoces de cabina.

—No sé cómo agradecerle su ayuda, señor Landis.

—Oh, no hay nada que agradecer, no todos los días se tiene la oportunidad de investigar junto al FBI; lo cierto es que me lo he pasado muy bien, agente Salazar.

Amaia se dispuso a tomar notas sin sacarle de su error con el cargo. Al fin y al cabo era una agente temporal...

—Como le dije ayer, todos los inspectores viajan a los lugares donde han ocurrido catástrofes, aunque no hay ninguno que haya estado en todos los de su lista; alguno en dos, no más. Pero esto es normal. Los de la zona de Texas a menudo se ocupan de las pérdidas por tornado, del mismo modo que los de Nueva York se ocupan de los daños por fenómenos costeros en el este. Están familiarizados con el tipo de daños que causan esos fenómenos meteorológicos.

—¿Qué me dice de los hijos? —inquirió Amaia.

—De entre los inspectores hay nueve que tienen tres hijos o más; encontramos a dos que tienen hijos que se llaman Michael, uno tiene veinticinco años y el otro era un niño de dos años que falleció en un accidente de tráfico. Fue una pérdida terrible en un accidente absurdo...

—¿Respecto a las vacaciones...? —preguntó apremiando.

—Respecto a las vacaciones, tres de nuestros inspectores están de vacaciones en este momento, dos mujeres y un hombre. No hay ningún inspector cuyas vacaciones hayan coincidido con más de una o dos de las fechas que usted me señaló ayer.

—¿Qué me dice del inspector que está de vacaciones hoy?

—Yo casi lo descartaría —se atrevió a opinar Landis, que ciertamente parecía estar divirtiéndose mucho con todo aquello—. Es nuestro inspector más joven, tiene treinta y dos años y acaba de casarse, está de luna de miel en Hawái.

Amaia tuvo que reconocer que Landis tenía razón.

—He comprobado también los lugares de nacimiento —continuó entusiasta el hombre—. Y no consta que ninguno de nuestros inspectores sea oriundo de alguna de las poblaciones afectadas por las catástrofes que usted sugirió.

Amaia suspiró. Mientras, garabateaba sin sentido en la libreta.

¿Cómo, entonces? Había estado segura de hallar algo en aquella dirección, en algún lugar debió de establecer la conexión inicial; «lo que la oruga llama fin el resto del mundo lo llama mariposa —pensó—. ¿Dónde, cómo y por qué decidió nuestra oruga romper con su vida anterior y volver a cambiar?»

—Aunque uno de ellos tiene una segunda residencia en Galveston.

Amaia prestó toda su atención mientras lanzaba una mirada cargada de intención a Dupree.

—Hábleme de él.

—Es Robert Davis, un buen tipo, fiable, muy serio. Lleva muchos años con nosotros. No es que seamos amigos, pero solemos hablar... Encajaría en el perfil de edad que busca, pero en nada más. Y yo no sabía nada de su segunda casa... El dato ha saltado porque dio un parte por daños en la vivienda, que por supuesto está asegurada con nosotros.

—¿Qué clase de daños?

—Vandalismo. Pero el parte no prosperó, para que lo haga debe ir acompañado de una denuncia y, por lo visto, Davis no la cursó.

—Pero Robert Davis no está de vacaciones en este momento, ¿verdad?

—No, ya le he dicho que no cuadra: es uno de nuestros mejores inspectores, está adjudicado a la oficina central de Texas, en Austin, es allí donde vive, y nunca se toma vacaciones, a lo sumo, días de asuntos propios. Últimamente ha tenido que usarlos para ocuparse de su mujer, así que él no ha coincidido en ninguna de las inspecciones de las catástrofes que mencionó en su lista.

—¿Está enferma su mujer?

—No, solo algo delicada. Tiene un embarazo de riesgo, por la edad, ¿sabe?

—¿Tiene más hijos?

—Sí, tampoco cuadra. Tiene dos, un chico y una niña. —Alargó la a, de niña, mientras buscaba el dato—. Thomas de doce y Michelle de nueve.

—¿Ha dicho Michelle?

Amaia escribió «MIC» bajo el garabato, parecido a un corazón, que había estado dibujando. Levantó el papel para que Johnson y Dupree pudieran verlo.

—¡Oh!, no me había dado cuenta... —murmuró Landis confundido—. Tonto de mí, estaba buscando a un chico.

Amaia sonrió aprensiva ante la perspectiva que se abría ante ella.

—No sabrá por casualidad si su hija toca el violín.

—Los dos lo hacen. Los hijos de los empleados tocan un villancico en Navidad; las distintas oficinas se lo pasan por Facebook para felicitar las fiestas.

Amaia resopló para calmarse.

—¿Sabe de cuánto tiempo está embarazada su esposa?

—Umm... no, pero tiene que estar a punto de dar a luz, aquí consta que acaba de tomarse unos días de permiso de paternidad.

El lápiz con el que garabateaba se le escapó de los dedos yendo a parar entre los aparatos del puente.

Landis se disculpó.

—Lamento no haberlo visto antes, cuando me ha preguntado por las vacaciones, pero en esta empresa los días de permiso cuando nace un hijo no se consideran vacaciones y no aparecen en el listado general.

Amaia no contestó. No podía. Su cabeza iba a mil por hora mientras cotejaba los datos, una y otra vez. A punto de dar a luz, eso rondaba las cuarenta semanas. Si era un embarazo de riesgo, cabía la posibilidad de que le hubieran programado un parto adelantado. Calculando que hubieran conocido el embarazo a la primera falta menstrual, eso hacía ocho meses, la fecha en que se habían iniciado los crímenes y justo en el lugar donde Davis tenía su segunda residencia. Se volvió hacia Johnson y Dupree azorada por la importancia que podía tener aquello.

Johnson levantó cuatro dedos de cada mano mientras vocalizaba:

—O-cho-me-ses.

Amaia se llevó una mano al estómago. Sintió un vacío allí que no se saciaría con nada que pudiera comer. El vértigo ante el precipicio. La pieza del puzle.

Ya conocía aquella sensación y, como en cada ocasión anterior, la pilló desprevenida, en un momento inesperado, cuando todavía estaba dispuesta a mucho más para encontrarle... Zas. Un giro afortunado, un cúmulo de casualidades. «Tendrás todas las respuestas si sabes hacer todas las preguntas», solía decir su tía. Y de pronto allí estaba. Escondido a plena vista.

El anuncio de un nuevo embarazo, el ciclo se completa, de nuevo tres hijos, los mismos errores, los mismos pecados.

—Ha dicho que lleva muchos años en la compañía, ¿cuántos?

—Un segundo —rogó Landis mientras lo comprobaba—. Diecisiete años y medio.

Amaia sonrió boquiabierta mientras miraba a sus compañeros, que asentían.

Había acertado de lleno con su pronóstico de cómo sería la nueva vida de Lenx.

Hacía dieciocho años que Martin Lenx había asesinado a su familia en una mansión a las afueras de Madison. Apenas seis meses después entró a trabajar en Texas en la American Insurance Association: nuevo empleo, nueva ciudad, nueva familia.

—¿Conoce a la señora Davis personalmente?

—La he visto en alguna ocasión en la fiesta de Navidad que la compañía da para los empleados y sus familias.

—¿Diría que la señora Davis es una mujer atractiva?

—Umm —masculló Landis.

En dos conversaciones, Amaia ya había aprendido a distinguir que era así como Landis comenzaba sus frases cuando le resultaba penoso responder.

—Supongo que es atractiva a su manera. Es una señora delgada, que se mantiene bien para su edad y no tiene demasiadas arrugas...

—Necesito saber si es guapa, o si lo fue alguna vez...

—No, entiéndame, no es que sea una mujer fea, es que resulta... poco atractiva, aunque creo que se debe sobre todo a que parece bastante tímida.

«Cabronazo —pensó—. Ha repetido el patrón paso por paso.»

Se llevó de nuevo una mano temblorosa a la boca del estómago y apretó para aliviar el vértigo que amenazaba con succionarla hacia el abismo. La respiración se le había acelerado y, si no se controlaba, comenzaría a hiperventilar de un momento a otro.

—Señor Landis, ¿tendría acceso al parte por daños en su propiedad de Galveston que finalmente Davis no cursó?

—Un momento... —dijo mientras se tomaba unos segundos en los que incluso en la distancia, y con teléfono y radio de por medio, se le podía oír teclear—. Lo tengo delante.

—¿Los daños fueron en el jardín?

—¿Cómo lo sabe? Dice: destrucción intencionada de un parterre de flores tropicales.

¿Cómo había dicho Landis? «Un buen tipo, fiable, muy serio.» La clase de vecino firme, pero comprensivo, que retira una denuncia contra un menor cuando se entera de que solo es un crío pasándolo mal para adaptarse a su nueva casa. La clase de buen vecino que ofrece de forma desinteresada su ayuda al hijo mayor tras los crímenes. «¡Joder!, pero si hasta pagó de su

bolsillo a los de las limpiezas traumáticas. Insistiendo en acompañar a Joseph cuando entró en la casa.» Podía imaginarse su terror cuando vio la reacción del chico al ver el violín.

—Landis, esto es muy importante. ¿Coincide alguno de los días de asuntos propios que se tomó el señor Davis con las fechas que le he indicado?

Tardó cinco segundos en contestar mientras lo buscaba.

—¡Oh, Dios mío! ¡Coinciden todas!

Amaia salió del puente del barco y se detuvo agarrándose a la barandilla, mientras trataba de recuperar el calor que los nervios le habían hecho perder. La temperatura había subido hasta los treinta grados antes del mediodía; aun así, un escalofrío recorrió su espalda. Las manos le temblaban levemente, pero el vacío en el estómago comenzaba a llenarse con certezas mientras seguía comprobando una y otra vez los datos que tenían.

Johnson la siguió al exterior, pero Dupree aún se entretuvo unos segundos mientras observaba la hoja en la que ella había ido tomando notas. Contenía algunos datos y un corazón bosquejado. Resultaba curioso, porque cuando alguien dibujaba un corazón solía hacerlo con dos arcos que se cerraban encontrándose en una punta común. Ella había dibujado un órgano con sus ventrículos irregulares y su ápex redondeado. Dupree plegó la hoja y se la llevó en la mano.

Johnson se había colocado junto a Amaia, así que él lo hizo al otro lado. El sol de mediodía refulgía sobre la superficie rizada del agua, movida por la corriente del *bayou* y el reflujó de la marea ciclónica que regresaba al golfo. Amaia se preguntó cuántos cadáveres arrastraría con ella hacia las profundidades del golfo de México. ¿Cuántos serían los desaparecidos dados por muertos cuando publicasen las listas oficiales? ¿Docenas? ¿Cientos? ¿Cuántos de aquellos habrían encontrado una suerte nefasta durante la tormenta? ¿Cuántos habrían sido asesinados bajo la cobertura que proporcionaba la tempestad? ¿Y cuántos serían víctimas de algo infinitamente peor?

—Tenemos que regresar —dijo Amaia sin dirigirse a ninguno de los dos en particular.

—Agente Johnson, por favor, vaya a buscar a los detectives Bull y Charbou. Deben estar todos presentes.

Mientras Johnson iba saltando de barco en barco, Dupree miró a Amaia. Después de terminar la llamada con Landis, había realizado otra muy breve, a otro número que el mismo Landis le había facilitado. El del médico ginecólogo que trataba a la señora Davis y que le correspondía por el seguro de empresa de su marido.

El doctor Steve Owen se había mostrado inabordable. Se había aferrado al secreto médico-paciente como si le fuese la vida en ello. Pero de sus silencios y negativas también habían extraído alguna información.

—No es que no quiera colaborar, lo he hecho otras veces en que se me ha pedido cooperación, pero no consigo imaginar a qué clase de investigación puede afectar que yo revele datos sobre el estado de una paciente. Si pudiera decirme la naturaleza del delito que persigue...

Amaia compuso una sonrisa torcida mientras pensaba: «Claro, doctor, sospecho que el marido de su paciente es un peligroso asesino en serie, que hace dieciocho años liquidó a toda su familia, porque le habían decepcionado, y decidió mandarlos al cielo. Que desde que sabe que su esposa espera un nuevo hijo ha estado ensayando sus muertes, asesinando familias por todo el país, y creo que les volará la cabeza si la criatura que espera su esposa es un niño.»

—De acuerdo, probemos de otra manera —le había propuesto ella sin rendirse—. Si yo tuviera unos cuarenta y cinco años, que es la edad que tiene la señora Davis, y usted llevase mi embarazo, supongo que me realizaría toda clase de pruebas prenatales para garantizar mi salud y la del feto, ¿no es verdad?

—Ese sería el procedimiento habitual.

—Pruebas como la amniocentesis se realizan en torno a la semana dieciséis, y tengo que suponer que se la hizo a la señora Davis.

—Puede suponerlo.

—Y tengo que suponer también que los resultados de aquella prueba fueron favorables puesto que el embarazo ha continuado su curso.

—Eso es mucho suponer: algunas parejas deciden seguir adelante con el embarazo a pesar de resultados concluyentes en la amniocentesis de que el feto presenta anomalías. Cuestiones religiosas y cosas por el estilo.

—Doctor Owen, creo que un hombre tan íntegro como usted, que se preocupa tanto por la seguridad de sus pacientes, no habría sometido a la señora Davis a una prueba que no está exenta de riesgos de provocar un aborto

de haber sabido que no tenía ninguna intención de suspender su embarazo, ni en el peor de los casos.

Aunque no en las formas, en el fondo, el doctor Owen pareció un poco ablandado cuando contestó:

—Mi misión es velar por su seguridad y la de su criatura, y así lo hice en su caso, como en el de todas mis pacientes.

—¿Solicitaron saber el sexo del bebé? —preguntó a bocajarro.

Debió de pillarle desprevenido, porque respondió:

—No, la señora Davis no quería saberlo, es partidaria de dejar esa sorpresa para el momento del nacimiento —dijo, aunque añadió en su descargo—: No considero que al decir esto esté revelando nada.

Sin embargo lo había hecho. No había dicho «era partidaria», sino «es partidaria», de lo que se podía deducir que la señora Davis aún no había dado a luz.

Amaia continuó como si nada.

—Pero el sexo del bebé es algo que se revela en la prueba, que sale en la analítica, ¿verdad?

—Así es —confirmó el médico.

—¿Pidió el señor Davis saberlo?

—No puedo contestar a eso, es privado.

—De acuerdo, haremos una cosa: usted no va a decírmelo, pero yo soy libre de seguir suponiendo, ¿no es cierto? Pues lo que creo es que Davis seguramente se mostró muy preocupado por el progreso del embarazo desde el principio. ¿Es así?

—Puedo contestar a esto, porque no es nada extraño. Su esposa ya no es tan joven, entiéndame, para tener hijos. Sería normal que al marido le preocupase un aborto.

«O más bien, lo desease —pensó Amaia—. La voluntad de Dios librándole de su amargo cáliz.»

—Creo que el señor Davis fingió que no le importaba cuando su esposa rechazó conocer los resultados, más allá de lo que tenía que ver con el sano desarrollo del feto. Pero también creo que le preguntó, más tarde y a solas, por el sexo del bebé, y creo que usted le dio ese dato.

—Tanto el padre como la madre son progenitores en igualdad ante la ley, en derechos y obligaciones hacia su hijo —dijo muy prudente.

—Supongo que la cuestión del sexo no debería tener tanta relevancia

para un padre que ya tiene un niño y una niña; sin embargo, para él la tenía. Puedo suponer que a pesar de eso no se sintió muy feliz cuando usted le dijo que tendría otro niño. Estoy segura de que a usted tuvo que parecerle raro porque si ya tenía un niño y una niña, debería darle igual lo que fuera. Esa reacción le extrañaría, sobre todo, porque venía de un hombre que se había preocupado tanto por el progreso del embarazo.

El doctor Steve Owen suspiró de modo audible.

—Si le sirve de algo, le diré que es usted muy intuitiva y bastante eficaz suponiendo. No querría ser su marido.

Cuando cortó la comunicación e iba a entregarle el micro a Annabel, una voz femenina llegó a través de la radio.

—Subinspectora. Cambio. Subinspectora Salazar, aquí Paula Thibodaux. Cambio.

Amaia miró sorprendida a Annabel, que la animó a contestar.

—Adelante, Paula. Cambio.

—Quizá le parezca una tontería, ya sabe que he tenido que estar escuchando... Cambio.

—Claro, Paula, se lo agradezco mucho, ¿hay algo que quiera decirme? Cambio.

—Bueno, sí, que oyendo al médico este, me he acordado de que la mujer de nuestro primo Tim tampoco quiso saber el sexo del bebé cuando nuestra sobrina nació. Nos parecía una vergüenza tener que presentarnos en el hospital sin un regalo en condiciones para el bebé por no saber si era niño o niña. Lo solucionamos llamando a la floristería del hospital, que tiene una lista de todos los niños y niñas nacidos cada día y el número de habitación, no tiene más que dar el nombre de la madre. Le llevamos ropita, pulseras, peluches y flores, todo rosa... Mi cuñada aún se está preguntando cómo lo supimos —dijo riendo—. Si quiere puedo probar. Cambio.

—Claro, Paula —dijo Amaia sonriendo—. Es el Seton Family Hospital. Cambio.

Esperó unos segundos mientras escuchaba el tono de llamada y la voz que contestaba.

—Hola, buenos días, deseo enviar dos docenas de rosas a una paciente que ha dado a luz y unos globos, por favor, pero no sé en qué habitación está, ni si es niño o niña.

—¿Cómo se llama la paciente?

—Señora Davis, Natalie Davis, sé que iba a ingresar para un parto programado.

—Bueno, querida, se ha adelantado usted un poco; su amiga tiene el ingreso programado para pasado mañana. Pero si quiere puede dejar las flores pagadas y se las enviaremos en cuanto dé a luz.

—No será necesario, siendo pasado mañana, pasaré por el hospital para elegir las personalmente. Y así podré añadir los globos y una bonita tarjeta — contestó Paula.

—Como desee, aquí estamos para lo que necesite —se despidió la florista, y Paula cortó la comunicación.

—¿Qué le ha parecido? Cambio.

—Que es un genio, Paula. Cambio y corto.

¿Ya es de noche en Baztán?

Los pantanos

Dupree miró de nuevo a Amaia, que seguía aferrada a la barandilla del puente del barco como si de allí brotase la fuente de sus pensamientos; se acercó a ella, adelantó las manos y desplegó ante sus ojos el pliego de papel donde ella había dibujado un corazón.

—Bonito dibujo.

—Aprendí a dibujarlo así cuando tenía doce años. Un médico me enseñó.

—El mío está un poco más comprimido por el centro, como una de esas trampas para pulpos de Japón.

—Takotsubo —dijo ella.

Dupree sonrió mirándola de aquel modo que tanto había inquietado a Amaia desde el principio. Esta vez no lo hizo.

—Dígame, si tuviera que quedarse con un solo aspecto, un solo matiz que definiese aquel tiempo, ¿cuál diría?

Respondió sin pensarlo.

—La noche... —Hizo una pausa en la que, estuvo seguro Dupree, ella misma asimilaba la respuesta—. El día era tolerable, pero cuando se hacía de noche en Baztán...

—Y ahora, ¿es de noche en Baztán, Salazar?

—Siempre es de noche...

Dupree sonrió de un modo triste, pero tierno.

—Tiene miedo, Salazar.

Ella abrió la boca; iba a contestar, pero no supo qué decir.

—Por eso deja una luz encendida cuando duerme.

No contestó.

—Tiene miedo, pero entre la oscuridad y la luz, decide ver llegar a su enemigo. Tiene miedo, pero lo está esperando, y eso la convierte en alguien extraordinariamente valiente.

Ella bajó la mirada. Pero Dupree la tocó suavemente en el mentón obligándola a mirarlo.

—Lo supe desde la primera vez que la vi. Usted era entonces una joven universitaria en aquella conferencia en Loyola. Lo reconocí de nuevo cuando volví a verla en Quantico. Es una investigadora natural. Dome un poco esa soberbia, no demasiado, porque si no se deja llevar por su instinto, será solamente una más. Y escuche a su corazón. Llegará a ser una de las mejores investigadoras que habré tenido la suerte de conocer. Escuche a su corazón porque es lo que tenemos en común Scott Sherrington, usted y yo. A los tres se nos paró el corazón, los tres regresamos por alguna razón. Los tres tuvimos que morir para aprender a regresar del infierno. La ventaja reside en que ahora no solo conocemos el camino y la salida, sino que además distinguimos a los que caminan por él.

—Maldito privilegio —murmuró.

—Tengo que pedirle un favor. Hay alguien en Nola, Nana..., es como si fuera mi madre. Vive en Tremé, ya sé que el barrio está muy afectado, pero dijo que se refugiaría en el Superdome.

—No sé si se ha llevado algún registro, lo preguntaré —respondió ella.

Él asintió, consciente de que le pedía un imposible, pero tenía que hacerlo.

—Y ahora deje que le cuente algo antes de que regresen. Luego tendré que contar una versión para los otros. Ya se irá acostumbrando, tendrá que hacerlo muchas veces a lo largo de su carrera. Tendrá que acostumbrarse a ocultar la verdad si es necesario, porque nada se puede contra la estupidez o la intolerancia y no todos ven lo que usted ve. Mienta si no queda más remedio, mienta para salvar la piel, para proteger la justicia y la verdad, pero prométame que siempre será consciente de que está mintiendo, de cuál es la verdad y de que nunca se mentirá a usted misma, ni a mí —comenzó Dupree—. Voy a contarle algo. Algo que sé que usted comprenderá.

—Responda a esto primero —interrumpió ella—. ¿Somos amigos?

—Puede apostar mi vida —dijo mientras le tomaba la mano derecha y depositaba en ella un pequeño paquetito gris.

Amaia sonrió.

Bruja

Elizondo

Cuando Amaia Salazar tenía doce años estuvo perdida en el bosque durante dieciséis horas. Fue un pastor, Julián Andía, quien la encontró en mitad de una pradera, y durante años contó a todo el que le quiso escuchar que él iba cruzando la campa cuando un rayo depositó a la cría de los Salazar ante sus pies. Era de madrugada cuando la encontraron a treinta kilómetros al norte del lugar donde se había despistado de la senda. Desvanecida bajo la intensa lluvia, la ropa ennegrecida y chamuscada como la de una bruja medieval rescatada de una hoguera y, en contraste, la piel blanca, limpia y helada como si acabase de surgir del hielo. Había perdido una de sus botas, la mayor parte de la ropa se había volatilizado y, a pesar de haber estado durante horas bajo la lluvia, estaba seca. Aquella niña había venido montada en un rayo como la mismísima diosa Mari. Al principio, Julián había gritado no para llamar a los demás, sino de la impresión. No se atrevió a tocarla, porque había oído decir que, si se tocaba a alguien alcanzado por un rayo, la electricidad te pasaba a ti y podía matarte. Que lo mejor era sacudir al herido con un palo, o algo de madera, para descargarlo, y ya después se le podía tocar. Pero el primer guardia civil que acudió a sus gritos le dijo que eso eran tontadas, que la electricidad le había salido a la cría por los pies, por eso le había arrancado una bota y agujereado la otra. Se agachó a su lado, le buscó el pulso, vio que no tenía. La descarga había parado el corazón de la niña. Aquel guardia y su compañero se habían turnado en la labor de intentar mantener viva a la pequeña, y de conservar cuerdo al padre, que en el instante en que la vio se arrojó sobre ella gritando incoherencias. Como «No eran sueños», «Tenías razón, y no eran sueños», «No eran solo pesadillas».

Por lo que el pastor llegó a la conclusión de que la niña había estado soñando, como si adivinase, conjeturaba Julián, que la alcanzaba un rayo, y el padre, claro, no le había hecho caso, ¿quién podía reprochárselo? Pero no dejaba de ser misterioso que los sueños de la niña se cumplieran, eso sin contar que hasta allí la había traído un rayo. Lo había visto él con sus propios ojos. Que cuando le apartaron los jirones de la ropa que le quedaba, en el pecho llevaba un dibujo muy extraño, un rayo rojo, como si la bruja de las tormentas se lo hubiera tatuado con fuego. Luego estaba la cuestión de cómo podía estar helada si la había alcanzado un rayo, o cómo podía estar seca después de estar bajo la lluvia una jornada entera, en la que no había parado de llover, o aquello tan raro de su perro, que apareció unas horas después. Julián tenía sus propias teorías al respecto, esas no las compartía con todo el mundo, pero a los de confianza ya les había dicho que, de antiguo, las brujas subían a las grutas de Mari a hacer ofrendas, a pedir favores para lograr lo que Dios no les daba, para ir contra natura. Y que era sabido que en una de aquellas cuevas se estaba seco. ¡Ahora sí, Dios le librase a él!, que prefería calarse hasta los huesos que deberle a la bruja esos favores. Siempre le había parecido rara esa hija pequeña de Salazar, y esto, juraba Julián que lo decía sin malicia, que no tenía nada contra la criatura, que con esas es mejor estar a bien que a mal. Que, como decía su difunta abuela, que de esto sabía mucho, no hay que creer que existen, no hay que decir que no existen.

Amaia reposaba sobre una camilla. Solo una fina sábana le cubría el torso, pero el resto de su piel, con la excepción de las rodillas y las manos magulladas y arañadas, se veía tan pálida como si hubiera muerto y toda la sangre de su cuerpo la hubiera abandonado. Una enfermera vigilaba la pantalla a su lado mientras otra examinaba cada pocos minutos sus pupilas.

Engrasi y Juan Salazar se daban la mano y escuchaban al médico, mientras la miraban a través de los cristales de la UCI.

—Le haremos más pruebas cuando recupere la consciencia, pero todo apunta a que no hay lesiones importantes.

—¿Por qué no ha despertado todavía? —preguntó Engrasi.

—Es un enorme esfuerzo para su organismo, y si a esto le sumamos que ha estado tantas horas bajo la lluvia helada, sola, perdida y mucho de ese tiempo en la oscuridad, es normal que esté agotada. El cansancio va a durarle

varios días. Cuando estamos expuestos a un peligro extremo, el cerebro pone toda la maquinaria a trabajar con el único objetivo de sobrevivir, está extenuada.

—¿Es verdad que se le paró el corazón? —preguntó de nuevo Engrasi.

—Sí, estuvo un rato en parada, no podemos estimar cuánto tiempo. El rayo descarga un pulso electromagnético masivo en una fracción de milisegundo, y en el diez por ciento de las personas que son alcanzadas por un rayo se produce una parada cardiorrespiratoria. Suerte que los guardias que estaban allí sabían realizar la resucitación.

Engrasi se cubrió la boca con las manos. Aquella palabra, resucitación, la asustaba de un modo que no había experimentado nunca. Porque para que Amaia hubiese resucitado, tenía por fuerza que haber estado muerta. Su niña había muerto, le daba igual si habían sido unos minutos o unos segundos. Su niña había muerto, y ella, sabiendo como sabía que estaba en peligro, no había sido capaz de protegerla. Ignacio y Joxepi tenían razón, debió sacarla de allí, debió llevársela lejos, a algún lugar donde aquel valle no pudiera alcanzarla. El médico seguía hablando, volvió a prestarle atención.

—Es muy joven y fuerte, y esperamos que no queden lesiones, pero debo advertirles que, en ocasiones, a los días se presentan convulsiones, desmayos y, lo más común, amnesia. La mayoría de los alcanzados por un rayo no recuerdan nada de lo que pasó antes del accidente.

—Y ese extraño dibujo en su pecho... —preguntó Juan aprensivo.

—Es una quemadura; ha tenido mucha suerte, porque no presenta ninguna más, pero alrededor de un rayo el aire se calienta tanto que es capaz de evaporar el agua, eso explica que se volatilizase parte de su ropa y que estuviese completamente seca cuando la encontraron. Aunque parece un tatuaje, es, como le digo, una extraña quemadura que se ha producido de dentro hacia fuera mientras la energía del rayo recorría la superficie del cuerpo de Amaia, obligando a los glóbulos rojos en los capilares a salir a la epidermis dejando esa extraña marca que se llama tatuaje de Lichtenberg. Se le irá borrando con el tiempo.

—¿Podemos entrar? —rogó Engrasi mirando hacia los cristales que la separaban de Amaia.

—Sí, pero solo uno cada vez.

—Ve tú —concedió ella mirando a su hermano.

Cuando Amaia recobró la consciencia vio a su padre junto a la cama del hospital. El rostro pálido, el cabello mojado por la lluvia pegado a la frente. La línea roja que circundaba los párpados irritados por el llanto. Al verla abrir los ojos, se inclinó protector, el rostro crispado de preocupación pero con un incipiente alivio. Su gesto le provocó una inmensa ternura que amenazó con ahogarla de emoción.

—Había un árbol, *aita*, era especial. Y después no encontré el camino...

—No hables, *maitia*. Descansa.

Los ojos limpios y azules de Amaia resplandecían con el peso de las lágrimas contenidas.

—Había alguien en el bosque, Ipar no dejó que se acercase...

Un escalofrío recorrió la espalda de Juan mientras imaginaba los peligros que había corrido su niña.

—Ya pasó, *bihotza*. Estás a salvo y te vas a poner bien.

—Yo tenía mucho frío, pero entonces vi la casa...

—¿Llegaste a una casa? —se sorprendió Juan.

—Había un hombre... muy guapo... Y más gente...

Juan envaró su espalda mientras el oscuro presentimiento que le había acompañado durante todo el día aprisionaba su corazón. Aquello no le gustaba.

—Eran... malos. Yo iba a entrar, porque tenía frío, pero Ipar no me dejó.

La niña abrió más los ojos, como si de pronto hubiera recordado algo.

—¿Dónde está Ipar, *aita*?

Juan ladeó un poco la cabeza. ¡Joder!, no quería tener que decirle aquello a su hija.

—*Maitia*, Ipar te quería mucho, fue un buen perro y te cuidó hasta el final.

Las lágrimas contenidas rodaron sin control. Amaia emitió un «no» ahogado y rompió a llorar con un sentimiento y una aflicción que Juan jamás había visto. Su niña de los llantos silenciosos se rompía en sollozos y suspiros tan fuertes y profundos que las enfermeras acudieron corriendo alarmadas por el pico en sus constantes.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó una de ellas mirando con dureza a Juan y empujándolo hasta los pies de la cama.

—¡Nada, por Dios! —contestó ofendido—. Es que su perro... ha muerto —trató de explicar.

—¿Y no podía haber escogido un momento mejor para decírselo? ¡Ahora hay que protegerla, hombre!

Dijo «hombre» como quien dice un insulto. Pero lo que realmente le agravió fue que aquella mujer le recordara, a él, que era el padre, que a aquella niña había que protegerla.

—Ahora tiene que irse —indicó más templada la otra enfermera.

—Deje al menos que me despida —rogó él.

La mujer asintió, y Juan se acercó de nuevo al costado de la cama.

Amaia seguía llorando, pero ahora solo era un río de lágrimas que se escapaban de sus ojos, apretados y cubiertos por la mano que tenía libre de agujas.

—*Maitia...* Tengo que irme —susurró.

Amaia abrió los ojos. No había reproche en ellos. Levantó su brazo libre en silenciosa petición de abrazo. Ella lo amaba, como lo había amado siempre. Iba a decírselo...

Juan se inclinó sobre su hija, lleno de amor y tristeza, y escuchó su voz.

—*Aita*, la *ama* estaba allí, estaba con aquel hombre. Estaban esperándome, para...

Juan se incorporó desasiéndose del abrazo de su hija. Los ojos muy abiertos, el corazón acelerado de oscuros presagios, de lutos certeros. Se inclinó de nuevo sobre su hija y le susurró al oído:

—Amaia, no se lo cuentes a nadie. Si me quieres, lo harás por mí. No lo cuentes.

Todo el amor que sentía, que había sentido siempre por él, le aprisionó el pecho hasta dolerle. Las palabras destinadas a decirle cuánto le quería se le murieron dentro y se quedaron como un doloroso recuerdo, adheridas a sus cuerdas vocales, impidiéndole hablar. Incapaz de emitir un solo sonido, asintió, y su silencio se convirtió en el último secreto que le guardaría a su padre y en la razón por la que dejó de amarlo.

Juan sintió contra el suyo el roce del rostro de su hija mientras asentía.

Cuando se incorporó de nuevo, Amaia había dejado de llorar.

Lo miraba directamente. Juan supo que estaba viendo el rostro serio y cargado de certezas que Amaia tendría de adulta. Desvió la mirada lleno de vergüenza y se dirigió a la salida.

—*Agur, maitia.*

Amaia tardó tres segundos en responder. Y cuando lo hizo, Juan ya sabía

que era para siempre.

—*Agur, aita.*

Engrasi esperaba al otro lado de los cristales y, aunque no había podido escuchar una palabra, no se había perdido un solo gesto de su hermano y su sobrina. Juan se detuvo a su lado, sin levantar la cabeza. Lloraba. Sin siquiera mirarle, Engrasi le dijo:

—¿Lloraba por Ipar?

—Sí.

—¿No le habrás dicho...?

—No, claro que no —se enfadó él—, y no se lo digas nunca.

Engrasi se volvió a mirarlo furiosa. Él bajó de nuevo la cabeza.

—¿Qué clase de persona hay que ser para contarle a esa niña que alguien destripó a su perro y lo clavó a un árbol en la linde del bosque?

Juan no contestó. Volvía a llorar. Engrasi volvió la cabeza, asqueada.

—Voy a sacar a Amaia de Elizondo, ya.

—Sí —contestó él.

—No lo has entendido. En cuanto le den el alta. Amaia no volverá a Elizondo.

Juan asintió.

—Llévatela lejos, no creo que Pamplona sea suficiente... Llévatela, te daré dinero... pero no me digas nunca dónde está, porque no soy fuerte, Engrasi, y si lo supiera...

El violín de Mic

Los pantanos

Miércoles, 31 de agosto de 2005

Johnson regresó con Bull y Charbou. Dupree no se hizo de rogar.

—Lo tenemos. El compositor es Martin Lenx, y Martin Lenx ahora se hace llamar Robert Davis. Es un inspector de catástrofes de la American Insurance Association. Consiguió el trabajo seis meses después de matar a su primera familia en Madison. Mediante las pólizas tuvo acceso a toda la información sobre las familias, número de miembros, personas que vivían en la casa, armas en el domicilio, edades, accidentes, enfermedades, partes y responsabilidad civil en pequeños delitos y faltas. Conocía y juzgaba de primera mano el comportamiento de las familias, y en estos casos también los condenaba. Vive en Texas con su nueva familia, pero estaba en su casa de Galveston, junto a la de los Andrews, hace ocho meses, cuando su esposa le comunicó que esperaban un nuevo hijo, el tercero.

—El puto buen samaritano —murmuró Charbou mirando a Amaia.

Dupree continuó.

—Tiene un chico y una niña que se llama Michelle y toca el violín. Debió de usarlo para convertir el salón de los Andrews en una sala de música. Salazar tenía razón. Ese fue el primer crimen, impulsivo, irreflexivo, arriesgado. En un momento en que el universo se precipitaba sobre él con la llegada de un nuevo hijo, que repetía, paso por paso, su historia anterior, y justificado a su juicio por el mal comportamiento de un chico díscolo, que daba disgustos a sus padres y que destrozó su jardín.

—Cabronazo —dijo Charbou incapaz de contenerse.

—Pagó personalmente la limpieza de la casa para asegurarse de que todo quedaba en orden. Es fácil imaginar lo que pasaría por su cabeza cuando Joseph comenzó a hablar de llamar a la policía. Si a esto le añadimos que quizá su hijita le dijo que no encontraba el violín que tenía su nombre...

—Entró en la casa y se lo llevó antes de que regresasen los de criminalística —dijo Johnson.

—¿Por qué no lo hizo antes? Fue muy arriesgado usar el violín de su propia hija —opinó Bull.

—Ese fue su error, fruto de la precipitación y del arrebato que le produjo la noticia de que un hijo venía en camino y su historia volvía a alcanzarle. Asesinó junto a su casa, a conocidos, un error de novato en los crímenes en serie, y un impulso irresistible que lleva a atrapar a la mayoría de los de su clase. El círculo de Canter, la teoría del círculo geográfico de actuación de los asesinos en serie, que expuso el agente Emerson, ¿lo recuerdan?

—Su esposa tiene el parto programado para dentro de dos días en Texas. Salazar y yo creemos que apurará el tiempo en Nola antes de regresar y matarlos.

—Tenemos que volver ya, aquí hemos terminado —dijo Johnson.

Dupree desvió la mirada un segundo antes de volver a hablar.

—Charbou, Salazar y usted regresarán a Nueva Orleans, lo buscarán y seguirán a Lenx hasta Texas, hasta su propia casa si es necesario, pero lo detendrán. El detective Bull y yo tenemos trabajo que hacer aquí. Nos quedamos.

Amaia observó que Bull había permanecido todo el tiempo mirando al suelo. Lo había pactado con Dupree.

Johnson miró a Amaia y a Bull antes de hablar.

—Con todos los respetos, agente Dupree, Salazar es una agente temporal y Charbou ni siquiera es agente del FBI. No se ofenda —añadió dirigiéndose a Bill.

—La verdad no ofende.

—Salazar es tan buena como el mejor agente con el que usted haya trabajado, y Charbou, bueno —dijo guiñando un ojo al policía—, es de Nola y él les salvará el culo en esa ciudad que conoce como nadie.

Johnson iba a replicar, pero Dupree continuó:

—Yo no les sería de gran ayuda. Ayer mismo estaba medio moribundo y el esfuerzo de ir hoy a Le Grand me ha debilitado de nuevo. Me temo que al

traiteur aún le queda trabajo que hacer conmigo. Bull se quedará para ayudarme con el caso Samedi, ha habido secuestros, muertes, disparos... Hay seis niñas muertas en aquella habitación y tres tipos despanzurrados. Regresaremos con las hermanas de Jacob a la ciudad cuando sea seguro. De ninguna manera voy a dejarlas aquí, no es prudente llevarlas a Nueva Orleans ahora. Además el *traiteur* quiere hacer una ceremonia para Médora, un rito de descarnamiento, lo ha llamado. Una especie de funeral para que pueda terminar de morir en paz y su alma encuentre el camino. Bull y yo creemos que debemos estar aquí; al fin y al cabo, nosotros conocimos a su familia y en parte somos responsables de lo que le pasó al no haberla rescatado entonces.

—Sin duda es terrible lo que le pasó —dijo Charbou—. Pero ni tenéis la culpa ni se puede hacer ya nada por ella.

—Morir no es tan fácil —dijo Dupree mirándole a los ojos—. Y menos para alguien que como Médora lleva casi toda su vida creyendo que está muerta. A Frank Carlino y a Jerome Lirette les llevó muchas horas conseguirlo, después de que les hicieran lo que fuera que les hicieran, a pesar de que a uno le habían extraído las entrañas y al otro lo decapitaron.

—Lo que está diciendo es que algunos se quedan después de morir...

—Lo que digo es que algunos no se van tan fácilmente, sobre todo si los han convencido de que alguien tiene una fórmula para hacer que regresen, o que no se vayan. Morir, como nacer, no es sencillo, puedes hacerlo solo, pero es mejor si tienes ayuda, si hay alguien esperándote a los dos lados del camino. —Les dedicó una mirada que no dejaba lugar a dudas—. Bull y yo nos quedamos. Prepárense, saldrán de inmediato. ¿Preguntas?

La verdad y la justicia

Los pantanos

Bull y Dupree los miraron desde los pantalanes mientras se alejaban en la zódiac. Antes de emprender el regreso, habían realizado unas cuantas llamadas para asegurarse de que alguien esperase con un vehículo adecuado cerca de Houma y de que autorizasen de nuevo el acceso por la base naval. Las cosas seguían tan complicadas para entrar en la ciudad como lo habían estado para salir de ella. Cuando la estela de la embarcación se desvaneció, Bull sacó de su bolsillo un teléfono móvil y se lo tendió a Dupree.

—He cambiado la tarjeta a mi propio teléfono, *et voilà*. —Le mostró mientras lo encendía y la pantalla se llenaba de simbolitos burbujeantes.

—Bien —respondió taciturno Dupree.

—Sí, bien, pero ahora ¿qué? Puede que quedándonos aquí solucionemos el asunto de tener la ubicación adecuada cuando llamen, pero Samedi, sea un individuo o una organización, conocía a Len. Es su voz la que esperan escuchar cuando llamen, y lo harán. En cuanto sospechen algo raro cortarán toda comunicación. No tenemos un equipo de localización telefónica y dudo de que, tal y como están las cosas, encontremos en todo el estado un cuerpo de policía dispuesto a prestarnos uno.

—No tengo el propósito de intentar localizar la llamada.

Bull esperó paciente.

—Cuando llamen, Dominic les contará lo que ha pasado.

—Pero...

—Samedi no conocía a Dominic, Dominic no conocía a Samedi, el nexo común era Len. Len se cabreó porque el inútil de Pitt dejó que las niñas se ahogaran y le pegó un tiro. Él mismo comunicó a Samedi que habían perdido

la pesca y que había matado a Pitt por ello. Supongo que también obtuvo autorización para integrar a un nuevo ayudante... Al que nunca han visto. Y qué casualidad, todos los que le conocían están muertos.

—Dominic.

—Lo que pasó después es que Vince, el hermano de Pitt, no se tomó tan bien su muerte y se enfrentó a Len. Dos tipos de gatillo fácil y con muy malas pulgas: acabaron muertos los dos.

»Y ahora yo, o sea, Dominic, soy el único superviviente, he contestado al teléfono de Len, porque sabía que ellos llamarían. Soy un tipo fiable y eficaz. Yo solito he realizado toda la limpieza, y gracias a mí Le Grand vuelve a estar en orden. Y ahora solo espero que me digan qué debo hacer.

—No le van a creer solo porque se lo cuente.

—No, por eso mañana vamos a volver a Le Grand. Tomaremos fotos, que les mandaré junto a mi relato de los hechos, y haremos aquello de lo que Dominic presume, por si les da por aparecer por allí, o por enviar a alguien a comprobarlo.

—Vale —admitió Bull sin convencimiento—, pero ¿adónde nos conducirá eso? No van a revelarle el entramado de una organización criminal al primer desgraciado que responda al teléfono.

—Claro que no. He pensado mucho en Samedi en estos años y sé que no los entenderemos si no conseguimos asomarnos a sus tripas. Y no nos acercaremos si no formamos o, mejor dicho, si ellos no creen que formamos parte del entramado. Necesitamos que Samedi crea que pertenecemos a Samedi. Ya oyó a Dominic, tienen gente en la policía. Cómo si no se explica que durante tantos años hayan podido mantenerse actuando en la sombra. Alimentando esa leyenda de lo sobrenatural, del vudú y de Samedi. —Dejó salir todo el aire por la nariz—. Esto ha de hacerse desde dentro, y ni usted ni yo obtendremos nunca la autorización para hacerlo.

—No accederán a verle así porque sí —razonó Bull.

—Olvida a las niñas. Samedi sabe que las niñas de Nola están vivas, Len se lo dijo. Pedirán a Dominic que las lleve a algún lugar, como estaba programado.

—¿Y si en vez de eso mandan a alguien a buscarlas?

—Podemos correr el riesgo.

—De acuerdo, pongamos que aceptan y fijan un lugar para la entrega. Si el plan fuera hacer una redada y llevarnos por delante a quien acuda a

recogerlas, perfecto, pero usted habla de infiltrarse. ¿Qué les impediría pegarle un tiro si aparece allí sin las niñas? ¿Por qué iban a confiar en alguien que se presenta con las manos vacías?

Dupree le miró en silencio durante unos segundos antes de contestar.

—Tiene razón, Bull, por eso les entregaré a las niñas.

El cuarto día

Nueva Orleans, Luisiana

Jueves, 1 de septiembre de 2005

Regresar a la ciudad había sido más fácil que salir, pero menos preciso en el destino. Habían llegado a través de Westbank, cruzando el Misisipi frente a Bywater; ahora debían caminar hacia el este si querían ir a la plaza Jackson, y la ruta, a ratos sobre los viaductos, a ratos con el agua al cuello, se complicaba a cada momento. La sensación al regresar fue como cuando, después de despertar de una pesadilla, vuelves a dormirte, y es aún peor.

La gran diferencia entre la ciudad que Amaia dejó y la que encontró al volver de los pantanos tenía que ver con la desesperanza.

En la primera jornada tras el paso de Katrina, la gente estaba en *shock*. La incredulidad en las miradas, las exclamaciones de asombro ante la destrucción, el pasmo frente a la fuerza bruta de la naturaleza... Durante aquella noche el agua subió de nivel, así que el día siguiente fue un nuevo día de catástrofe aumentada, en el que el estupor ante lo que estaba ocurriendo siguió acrecentándose en una especie de bucle, en el que lo extraordinario tenía cabida para más. La catástrofe aún estaba sucediendo, así que mantuvieron abierta la expectativa ante lo que podía ocurrir.

El tercer día no pasó nada que no hubiera pasado ya. Las aguas habían alcanzado el que parecía que sería su máximo nivel, claro que podía romperse algún dique más, pero eso ya no iba a cambiar demasiado las cosas. Ya todo había sucedido. El ochenta por ciento de las casi quinientas millas cuadradas de tierra seca que ocupaba la ciudad de Nueva Orleans estaba ahora bajo el agua. No había luz ni agua corriente; no había tiendas abiertas o aire acondicionado en una ciudad que alcanzaba treinta y tres grados durante el día,

y no bajaba de veintiocho durante la noche. Había barrios enteros donde el agua llegaba al segundo piso, y a la rodilla en los lugares donde estaba más baja.

Ese tercer día fue de desesperación. Ancianos y niños se desmayaban al sol, en lo alto de los puentes elevados de las autopistas, después de tres días sin comer ni beber ni una gota de agua. La ayuda no llegaba, a pesar de que las pocas noticias que se propagaban de boca en boca entre la gente y que provenían, según decían, de lo que habían escuchado los pocos que tenían un transistor con pilas, afirmaban que la ayuda estaba en camino. Pero tras el día que habían pasado en los pantanos, la ciudad que encontraron era muy distinta. El cuarto día se perdió la cordura.

La desesperación inicial había derivado en una desesperanza gimiente que se resistía a morir de abandono, pero que en parte ya lo había asumido.

Amaia, Johnson y Charbou caminaban sobre el viaducto. Eran las cinco de la tarde, pero el sol seguía calentando con tanta fuerza como si fuese mediodía, y bajo su reinado de luz y alegría, la ciudad apestaba a heces, a fango y a muerte. Lo que resultaba difícil de procesar para su cerebro era que, a solo unas millas de distancia, los vuelos internacionales siguiesen saliendo puntuales, que los presentadores del informativo nocturno se estuviesen maquillando en ese instante, que hubiese gente dándose una ducha o haciendo el amor.

A lo lejos se elevaban columnas de humo de los numerosos incendios que, según los más agoreros, habían sido intencionados, y, según la lógica, se producían por las roturas en los conductos del gas ocasionadas al desplazarse los cimientos de las casas destruidas. En el nuevo orden del sonido, el rumor de la brisa caliente que barría la superficie de las aguas se rompía de vez en cuando con el eco de un disparo, o de varios. Decían que había gente apostada con rifles para defender sus propiedades del saqueo. Pero otros hablaban también de grupos de pistoleros organizados que patrullaban la ciudad erigidos como nueva fuerza del orden que, sumarísimamente, juzgaban y ejecutaban, disparando en la mayoría de los casos contra personas inocentes. Todo eran rumores, no había modo de confirmar que las historias que se divulgaban fueran reales, o fruto de la invención o el miedo.

Pero en ese cuarto día, la masa de ciudadanos que hacía piña común hacia la estupefacción del primer y segundo día había mutado en las últimas horas, dividiéndose como una célula cancerígena en dos mitades monstruosas:

los que habían perdido la esperanza, y los que habían perdido la esperanza y además estaban furiosos.

Los primeros se amontonaban a los lados de los puentes en grupos silenciosos, sumidos en una vegetativa inmovilidad destinada a economizar energías. Apenas levantaron la cabeza cuando los vieron pasar. Se habían perdido las preguntas de las primeras horas, en las que la gente demandaba un poco de agua, ropa seca o medicamentos básicos. A nadie le quedaba nada. Un hombre que tenía un transistor con pocas pilas, que mantenía pegado a su oreja para poder oír algo, les dijo:

—Mañana vendrá el presidente, lo han dicho por la radio.

—Lo mismo dijeron ayer y anteayer —replicó una mujer a su lado.

—Repiten todo el tiempo que la ayuda está en camino —dijo el hombre con el tono del que reproduce lo que ha oído.

—Pues debe de ser que han tomado el camino equivocado y han enviado la ayuda a Canadá, porque hace cuatro días de la tormenta y aquí no ha venido nadie.

Algunos alzaban la cabeza al verlos avanzar, solo para advertirles de que no había salida, de que aquel camino, como la mayoría en el Nueva Orleans pos-Katrina, no conducía a ningún lugar.

Los del segundo grupo se distinguían por el ruido y el alboroto que armaban. Les chillaron al pasar haciéndolos blanco de sus demandas, de su ira.

—¿Dónde está la ayuda? —gritaban al ver sus distintivos policiales.

—¡Nos han abandonado aquí para que muramos, pero no vamos a ponérselo fácil, aún estamos vivos! —gritó una mujer jaleada por su grupo.

—Hermano —se dirigían a Charbou—. ¿Adónde vas? Quédate con los tuyos. Mira alrededor. ¿Ves alguna cara blanca por aquí?

—¡No mandarán ayuda, nuestro amado país ha encontrado la manera de exterminarnos! —vociferaba un hombre.

Charbou miró a Amaia y dijo:

—Tienen razón. Unos terroristas vuelan el World Trade Center y el país se vuelca con la desgracia, pero si una ciudad entera llena de negros desaparece bajo las aguas, ¿a quién le importa? ¿Habría sido concebible que cuatro días después de caer las torres no hubiera llegado la ayuda?

Amaia asintió.

—Totalmente inconcebible.

Había otro grupo, cada vez más escaso, pero no por eso menos extraordinario. Una suerte de impertérritos caminantes. Entre ellos, mujeres que portaban bebés en sus brazos. Hombres escuálidos que empujaban carritos de la compra cargados hasta arriba de objetos de lo más variopinto. Ancianos con el torso desnudo y enrojecido por el sol que se tambaleaban llevando en sus bolsas las viejas fotografías de su boda. Todos ellos arrastraban los pies y solo se detenían para hacer visera con las manos mirando a lo lejos antes de continuar su insólito peregrinaje sin destino, como los condenados del infierno de Dante que debían caminar una jornada tras otra sin llegar jamás.

El tramo anterior los había obligado a vadear con el agua hasta la cintura antes de encontrar un paso peatonal por el que acceder al puente elevado de la Interestatal. Se tomaron unos minutos para vaciar las botas del agua fangosa que las encharcaba y para secar las armas antes de emprender de nuevo el camino. Johnson y Charbou se turnaban al frente de la marcha. En algunos momentos, Charbou le indicaba al otro un lugar o un edificio mientras le explicaba su importancia en la ciudad, o por qué le gustaba especialmente. Amaia se mantenía un par de pasos por detrás, escuchando hablar a los dos hombres. Charbou señaló hacia el sur; Johnson se giró para mirar, se tambaleó hacia un lado y se precipitó al suelo. Amaia se detuvo confusa sin saber si Johnson se había desmayado o había tropezado. Pasó medio segundo antes de que pudiera oír el eco del disparo. Un fuerte tirón en su brazo la arrastró al suelo mientras un nuevo disparo surcaba el aire sobre su cabeza.

—¡Nos están disparando! —gritó Charbou mientras se desplazaba arrastrándose a su lado para llegar hasta Johnson.

Se acuclilló y tomó al agente por las axilas para llevarlo hasta el murete que bordeaba el puente, donde Amaia se había apostado.

—Creo que nos disparan desde aquel edificio —dijo ella señalando un lugar sobre su cabeza—. Espera hasta que te avise.

—¡Date prisa! —gritó él mientras intentaba proteger a Johnson con su cuerpo.

Arrodillada, asomó el arma por encima del muro y chilló a Charbou que se moviera mientras disparaba un cargador entero en dirección al edificio, sin fijar un blanco concreto y con el único objetivo de cubrir a sus compañeros.

Charbou cayó como un fardo a su lado con Johnson apoyado encima. El agente estaba cubierto de sudor y respiraba por la nariz, con la boca apretada, procurando dominar el *shock* producido por el disparo.

Amaia inspeccionó la herida: estaba en el hombro izquierdo, justo en el límite de su chaleco antibalas. El brazo se había retorcido de un modo forzado, que le hizo pensar en daños en el hueso y los tendones. Abrió su mochila volcando el contenido en el suelo y eligió una camiseta de algodón con la que taponó la herida mientras con los dedos inspeccionaba la espalda de Johnson buscando, sin hallarlo, el orificio de salida de la bala.

—No es grave, Johnson. La tiene dentro, puedo sentirla a través de la piel; creo que le ha fracturado el hueso, pero no sangra demasiado; saldrá de esta, amigo.

El agente Johnson no contestó, pero miró alrededor, al puente desierto con sus dos extremos sumergidos en el agua, consciente de su situación.

Amaia se enfadó al comprender lo que estaba pensando.

—No haga eso, Johnson, no lo haga; vamos a sacarle de aquí, ¿me oye?

Charbou se había incorporado un poco tratando de ver de dónde habían venido los disparos. Se sentó a resguardo.

—Creo que han cesado. Seguramente no esperaban que respondiésemos —dijo sacando la radio de su funda para pedir ayuda.

—Atención, código tres. Soy el detective Bill Charbou, tenemos a un oficial herido, repito, código tres. Estamos en el puente de la Interestatal sobre Elysian con la calle Tonti.

La respuesta fue inmediata.

—Aquí central.

Otra emisión de radio interrumpió a la primera.

—¿Detective Charbou? —La voz titubeó—. ¿Es el detective Bull el oficial herido?

—No, es un agente, Johnson, del FBI. Le han alcanzado en el hombro.

La radio quedó en silencio unos segundos antes de que llegase la respuesta.

—Le enviamos ayuda enseguida —contestó la central.

Tardaron menos de diez minutos en llegar. Una lancha de la policía de Nueva Orleans arribó al puente por el mismo lugar que ellos habían usado para acceder. Pareció que la rápida respuesta tranquilizaba a Johnson, que se

había incorporado apoyándose en el repecho del muro y, aunque era evidente que estaba sufriendo, había recuperado el color. Tras las primeras curas los instó a que se acercasen.

—Tenéis que continuar —dijo olvidando los formalismos y mirando de frente a Amaia—. Tiene algunas ventajas ser un agente del FBI herido en servicio. Han recibido instrucciones de trasladarme a la base militar del lago. En cuanto esté estable, me evacuarán junto a otros agentes heridos y las pocas familias que se quedaron. No podéis perder el tiempo acompañándome hasta el otro lado de la ciudad, no ahora que estáis tan cerca.

Amaia asintió. Ella tampoco habría consentido que abandonaran ahora.

Los sanitarios se ocuparon de él, le vendaron la herida y le colocaron en un cabestrillo el brazo que colgaba retorcido de un modo denteroso. En cuanto estuvo estabilizado, Johnson le hizo un gesto a Amaia para que se acercara.

—Es lo justo —dijo intentando sonreír—. Usted lo rastreó, es su pieza, cúbrela. Pero tenga en cuenta también que estará sola. Si informa de esto, no les importará que usted lo encontrara, que usted lo acechara hasta cazarlo. Pueden pasar dos cosas: que accedan a escucharla, pidiendo detalles, pruebas y procedimientos, y que lleguen a Texas cuando Lenx haya huido; o bien que no quieran ni escucharla hasta que sea demasiado tarde, con lo que permitirán que Lenx se salga con la suya. De cualquier manera Lenx gana. Pero hay algo que puedo garantizarle: en cuanto olisqueen la presa, la apartarán tan rápido que creerá que la ha alcanzado un rayo. Esta casa está llena de agentes Tucker.

Ella asintió.

—Y hay otra cosa.

—Dupree —dijo ella—. No va a regresar..., ¿verdad?

—No —reconoció Johnson a su pesar—. Pero sabe lo que hace.

Cuando los sanitarios levantaron la camilla para subirlo a la lancha, Johnson repitió:

—Recuerde. No informe hasta que esté hecho.

Charbou había logrado que la lancha les dejase en el límite del Barrio Francés antes de seguir su camino. Desde allí fue pan comido llegar a la plaza Jackson y a la calle Chartres. Subieron hasta el segundo piso buscando el apartamento en cuestión. Tal como el coordinador de emergencias les había advertido, poco se había hecho, más allá de colocar la consabida cinta policial de escena

del crimen, un par de precintos de papel con la fecha y la hora, además de la sempiterna equis naranja que indicaba, para quien padeciera anosmia, que en el interior había seis cadáveres.

Charbou cortó los precintos con una navaja procurando dañarlos lo menos posible. Después retrocedió un par de pasos, miró a Amaia, que asintió, y tomó aire mientras estiraba el cuello de su camiseta para cubrirse la nariz y la boca. La luz del sol precipitándose hacia su puesta, que en el exterior teñía el cielo de morado y rosa, era insuficiente en el apartamento, que tenía todos los portillos cerrados. Amaia se preguntó si estaban así cuando los encontraron muertos, o si había sido una precaución por parte del sanitario que había inspeccionado los cuerpos para limitar la intensa temperatura exterior e impedir que entraran insectos. De cualquier modo su esfuerzo había sido en vano. Aun sin verlos, Amaia escuchó el siniestro zumbido de las moscas sobre los cadáveres. Una hembra de mosca colocaba entre cinco y seis partidas de huevos, que variaban entre setenta y cinco a cien unidades por puesta. Nacían en períodos que iban de las dos a las veinticuatro horas. Con aquella temperatura tan elevada, aquellos serían pupas en cuatro días.

Apuntó a los cuerpos con la luz de su linterna mientras luchaba contra el impulso de apartar a manotazos de sus brazos las moscas que se le posaban con sus patitas infectas llenas de... Miró a la puerta, anhelante, deseando salir de allí, y casi cedió al impulso de echar a correr. De dejar de respirar la muerte, de ver la muerte, de sentir la muerte. Dominándose se situó a los pies de los difuntos, inclinó la cabeza y rezó una oración por sus almas. Nunca antes lo había hecho en una escena del crimen. Supo que de algún modo tenía que ver con estar al mando, con ser la responsable ante ellos de una manera que ni siquiera alcanzaba a plantearse. Lo hizo. Y no dejaría de hacerlo el resto de su vida cada vez que se encontrase ante un asesinado, ante alguien a quien debía respeto, a quien debía escuchar y hacer suyo, hermanándose con la víctima para ser su paladín.

Cuando terminó de rezar, respiró hondo a través de la tela de la camiseta y se sosegó dejando que el olor inundase sus fosas nasales. Fue más tolerable después. Aun así no se descubrió el rostro. No podría concentrarse si las moscas le rozaban la cara.

Sin duda sus cabezas apuntaban al norte. Estaban colocados en orden, y el asesino había eliminado las ligaduras llevándoselas con él, como en los otros crímenes. Pero había sido infinitamente menos cuidadoso. Eso o algunos

de los miembros de la familia se habían debatido mientras estaban atados, porque eran visibles profundos verdugones en las muñecas y en los pies de, al menos, dos de ellos. La pistola, en el suelo, junto a la mano derecha del padre, que abría la comitiva de muerte. La abuela, la esposa, los dos adolescentes y un prepúber. Apoyado en la pared, y más o menos a la altura de la cabeza de la madre, un violín. Amaia sacó su teléfono móvil, que seguía sin línea y que había recargado en el campamento. Hizo varias fotos mientras le indicaba a Charbou cómo debía iluminar la escena.

La plaza Jackson era un hervidero de gente. Al pasar ante la catedral vieron la puerta abierta. El altar iluminado con velas era la única luz en el interior, suficiente para hacer resplandecer los dorados y para distinguir desde la entrada las banderas de Castilla, de España, de Inglaterra y Francia, ondeando en primer término, por delante incluso de la *Stars and Stripes*, para rendir homenaje a los orígenes civilizadores de su tierra en escrupuloso orden de llegada. Cientos de personas abarrotaban el templo hasta la puerta.

—¿Quieres entrar? —preguntó Charbou al ver cómo miraba hacia dentro. Ella se sintió incómoda de pronto.

—No, no, ¿por qué iba a querer?

—No sé —trató de explicar él—. Te he visto rezar en el apartamento de esa familia.

—Travis —apuntó ella.

—¿Qué?

—Es el apellido de esa familia... No sé por qué lo he hecho, pero creo que tiene algo que ver con eso. Creo que de algún modo es una forma de ponerme en paz con ellos, de despedir a la familia Travis, y a partir de ahí dejar que sean solo cadáveres. Señales, pistas, rastros, pupas y larvas.

—No pretendía burlarme de ti, me parece bien que reces por ellos, y no es coña, quizá yo sí que debería entrar a la iglesia y dar las gracias. La bala que se ha llevado Johnson hoy era para mí.

Amaia se detuvo y le miró sorprendida.

—Lo dices porque él se giró en ese momento y le alcanzó...

—Lo digo porque lo creo, del mismo modo que estoy seguro de que los que disparaban eran policías.

Amaia abrió la boca asombrada. Lo tomó por un brazo y lo guio hasta las escaleras, donde se sentaron.

—Aquellos chicos lo dijeron mientras pasábamos, ¿lo recuerdas?: dijeron que había patrullas de justicieros disparando a los negros.

—¿Crees que te dispararon por ser negro?

—Los chicos no mentían. Lo he estado oyendo por otros canales de onda corta, es verdad. Ha habido más disparos en otros puentes y pasos elevados. En todos los casos a negros desarmados.

—Bueno, no digo que no sea así; la anarquía reina en la ciudad, pero caminabas entre Johnson y yo, podrían haber herido a cualquiera.

—Hubo algo raro cuando llamé por radio. Antes de que respondiera la central, alguien lo hizo, alguien que nos conoce lo suficiente como para pensar que había abatido a Bull.

—¿Quieres decir que también cabe la posibilidad de que fueran a por vosotros?

—No lo sé, Bull me dijo que Dominic habló de policías pertenecientes a Samedi, y no hablaba de patrulleros, sino de mandos.

Amaia levantó la mirada al cielo. Eran poco más de las siete de la tarde y la luz se extinguía por momentos.

—Estamos muy cerca del hotel y casi no ha habido daños en el Barrio Francés, ¿crees que seguirá abierto el burdel más antiguo de la ciudad?

El cielo era azul marino cuando a las siete y veinte alcanzaron la calle Dauphine. Los portillos verdes del hotel de idéntico nombre estaban atrancados y las banderas que solían adornar las fachadas habían desaparecido.

Amaia se acercó a la puerta principal e intentó ver algo por las rendijas entre los tableros. La puerta se abrió de pronto y se encontró ante ella a una de las hermanas propietarias del hotel, que sin mediar palabra se abalanzó sobre ella y la estrujó con fuerza contra su pecho.

—¡Oh, gracias a Dios! Me alegra que esté bien, ¿dónde están los demás? Me preocupé mucho al ver que no regresaban.

—Están bien, dadas las circunstancias —consiguió decir Amaia mientras ella la soltaba y achuchaba del mismo modo a Charbou.

—Pero entren —dijo cuando lo soltó al fin—, tengo que cerrar: hay gente muy desesperada, capaz de matarnos solo para entrar aquí —añadió mientras tiraba de ellos hacia el interior y aseguraba de nuevo la puerta.

—¿Queda gente en el hotel?

—Sí. La mayoría no tiene otro lugar adonde regresar, sus casas están llenas de agua. Otros tienen miedo a salir; se cuentan historias terribles de lo que está pasando por toda la ciudad. Y luego se presentaron aquí amigos y conocidos que no tenían a donde ir. Tuve que ocupar las habitaciones de sus compañeros, pero conservé la suya, estaba segura de que volvería —dijo sonriendo.

—¿Podemos quedarnos hoy aquí?

—Sigue siendo mi huésped. Por supuesto.

—Será solo esta noche.

—Pueden quedarse cuanto quieran. Ya casi no hay comida, pero mis hermanas y yo resistiremos hasta el final. Hoy han dicho por la radio que a las autoridades les preocupa el nivel del lago Pontchartrain. Temen que se desborde inundando también el centro de la ciudad. Dicen que tardarán meses en extraer el agua y reparar los diques. Hablan de una orden gubernamental para desalojar la ciudad, con soldados para sacar a la gente casa por casa.

—Sí. Nosotros también lo hemos oído.

—Pues le digo algo, esperaré aquí a los soldados y cerraré con llave al irme, pero no voy a dejar solo mi hotel ni un minuto antes. Este es nuestro trabajo, nuestra casa; no lo abandonaré para que cuatro salvajes desalmados le prendan fuego y acaben con lo único que tenemos.

Amaia y Charbou la miraban en silencio.

Ella volvió a sonreír.

—Pero qué tonta soy, yo aquí de charla cuando deben de estar agotados. Los acompaño —dijo tomando una vela encendida del mostrador de recepción—. La única pega es que tendrán que compartir habitación, no hay otra libre —concluyó volviéndose hacia Amaia mientras le guiñaba el ojo.

Los guio por las escaleras y abrió la puerta de la habitación; pasó por delante elevando la vela sobre su cabeza para que pudieran ver. Después de dormir en el campamento de los camareros, en la casa abandonada de alguien desconocido o contra las paredes del hospital Charity, de ver casas destruidas y muebles mojados, de oler el incipiente moho en formación, la habitación del Dauphine parecía sacada de un sueño de perfección y orden. La

cama blanca y enorme, los muebles de aquel amarillo cremoso, como vainilla, espejos, sábanas limpias. Se sorprendió de lo rápido que su mente se había amoldado a la miseria.

—Ya les he dicho que no nos queda comida, así que el desayuno no está incluido, y solo puedo dejarles una vela y una cajita de cerillas por si se les apaga, pero creo que esto les gustará —dijo dirigiéndose al baño e iluminando el interior.

Amaia se asomó tras ella y sonrió mientras la mujer explicaba:

—Antes de que llegase la tormenta, a mi hermana Grace se le ocurrió llenar todas las bañeras de agua hasta el borde. Hagan un buen uso, esta es la que hay para todo: lavarse, beber... Está fría, pero hay toallas limpias.

Quitarse la ropa que había llevado puesta desde la tormenta fue como quitarse una capa de piel. Dejó sobre la encimera la foto plegada que había llevado con ella y sonrió al pequeño dragoncito naranja que le había regalado Jacob. Observó en el espejo su cuerpo desnudo. Las marcas bronceadas del sol en los brazos y en el cuello. Palpó su vientre bendiciendo la eficacia de los antibióticos de Annabel, que, en efecto, habían fulminado la infección. Trasvasó medio cubo de agua, con el que llenó el lavabo. Tomó la pastilla de jabón que olía a lilas y se la llevó al rostro disfrutando del aroma, del que en circunstancias normales jamás habría reparado. Se lavó con cuidado fijándose en los moratones y rozaduras que no había advertido hasta el momento. Se lavó el pelo y usó medio cubo más de agua para aclararse el jabón. Sin secarse, para no perder aquella sensación, se puso ropa interior limpia y una camiseta de algodón. Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

—Tu turno —dijo cediendo el espacio a Charbou.

Él entró en el baño y entrecerró la puerta para que saliera algo de luz.

Tumbada sobre la cama con la ventana abierta de par en par, oyó a Charbou trasvasando agua. Lo imaginó aspirando el perfume del jabón como ella había hecho. De fuera entró un poco de brisa caliente junto con el eco lejano de un saxofón. Eso le hizo sonreír. Alguien ensayaba su solo. Se levantó y, acercándose a la ventana, escuchó mientras pensaba: «Hay dos clases de seres que nunca abandonarán Nueva Orleans, los músicos y los fantasmas».

Al girarse vio a Charbou reflejado en el espejo. El cuerpo desnudo, húmedo de agua y jabón de lilas. Era fuerte y hermoso como una bella estatua. Él también la contemplaba en el reflejo. Inmóvil, sereno, muy serio. Amaia tomó el borde de su camiseta y de un tirón se la sacó por la cabeza; sin perder su mirada en el espejo, avanzó desnuda hacia él.

Hacía tiempo que no soñaba con ella, que no venía a visitarla en sueños. Sintió su presencia junto a la cama, observándola. Atraída, contrariada y fascinada a la vez por la fortaleza de la pequeña que la provocaba de espaldas a la puerta, como si con su gesto dijera «no te tengo miedo». Aunque las dos sabían que sí. La presencia se inclinó un poco más sobre Amaia y abrió la boca dejando que ella sintiera su aliento en la piel.

«¿Por qué no te comí cualquier noche? ¿Acaso crees que estoy loca?»

Despertó sobresaltada en la oscuridad, como si intuyera un movimiento. Abrió los ojos a la negrura y maldijo no haber dejado su linterna encendida en el baño. Manoteó en la mesilla para buscarla y la encendió apretándola contra el colchón para no despertar a Charbou.

Él dormía profundamente. Lo observó durante unos segundos antes de percibir de nuevo, en la ventana, el movimiento que la había despertado. Apagó la linterna y salió de la cama. Las gruesas cortinas de la ventana de su vecino estaban corridas a los lados. Las dos hojas del suelo al techo, abiertas de par en par, y la luz dorada que se derramaba desde el interior, permitía contemplar una habitación ricamente adornada. Un anciano ataviado con un batín leía alumbrado por un candelabro de ocho brazos. Tras él, los lomos dorados de los libros refulgían con la luz de las velas, propagando su brillo por una librería que llegaba hasta el techo. Amaia lo observó cautivada por la sensación de irrealidad y belleza que evocaba.

—Salazar —la llamó Charbou desde la oscuridad—. Vuelve a mi cama.

—¿«Tu» cama? —Rio ella.

—Yo estoy en ella y tú no. Es mi cama. Ven aquí.

—Solo si dejas de llamarme Salazar, se diría que hablo con un policía.

—¿Y qué soy?

—Un amante —contestó ella—, ¿o no?

—Tú ven a mi cama y verás.

Gris-gris. Amuleto

Nueva Orleans, Luisiana

Viernes, 2 de septiembre de 2005

Eran poco más de las seis y media cuando amaneció, y la temperatura ya alcanzaba veintinueve grados. Mientras Amaia se vestía, Charbou, que la miraba desde la cama, reparó en que llevaba el colgante de piel de cabra que le había visto a Dupree.

—Debes de importarle mucho si te dio un amuleto que le ha salvado la vida.

Ella apretó el hatillo entre los dedos, percibiendo a través de la suave piel el contenido crujiente de su interior.

—¿Qué crees que tendrá dentro? —preguntó mientras lo hacía crepitar.

—Semillas, granos de café, incienso, tierra de tumba, huesos humanos molidos —dijo sonriendo—, ya sabes, cosas típicas de Luisiana, lo que suele ponerte la gente que te quiere. Todo depende del objetivo.

—¿El objetivo?

—No es lo mismo si la intención es proteger o dañar. Pero creo que con este puedes estar tranquila, ya ha demostrado su poder como magnífico protector de las funciones cardíacas.

—Si esto actuó como protección del corazón de Dupree, ¿qué le augurabas, si no llega a llevarlo?

—Esa es la cuestión —contestó él encogiéndose de hombros.

Amaia miró el hatillo frunciendo la boca y se lo metió por dentro de la camiseta.

—No creo en amuletos.

—¿Por qué lo llevas entonces?

—Por lo mismo que me llevaré el dragón que me dio Jacob, porque creo en la fe, en la fuerza de las creencias de los demás. En nombre de lo que se cree con firmeza, se han creado y destruido imperios. De alguna manera el tipo al que perseguimos es un hombre con sólidas creencias. Sólidas creencias con base psicopática... Pero firmes, al fin y al cabo.

Charbou la miró pensativo.

—Eres muy lista, subinspectora Salazar.

—¿Así que vuelvo a ser la subinspectora Salazar? Creía que los piropos a mi inteligencia eran parte del «método Charbou».

Él se llevó una mano al corazón fingiéndose ofendido.

—¿El método Charbou? ¿Eso es lo que crees que llevo a cabo? ¿Una táctica?

—La dueña del hotel te caló el primer día. Te llamó «un novio de todas».

—Puede que fuera así en aquel momento, pero ahora creo que las hermanas de Jacob están más acertadas. Oí lo que te decían.

Él la estrechó por la cintura mirando el efecto de sus pieles juntas.

—¿No crees que hacemos buena pareja?

Ella no contestó.

—Soy sincero cuando te lo digo, es lo que pienso. Pero eso tú ya debes de saberlo, pareces dotada de un poder enigmático para desentrañar qué piensan y qué harán los demás.

—No es ningún poder. —Sonrió mientras evocaba las palabras de Dupree sobre lo que la distinguía.

—¿Por qué sabes entonces que nuestro hombre aún está en Nola? ¿Cómo sabes que no se ha ido ya?

Ella se sentó en la cama y lo pensó.

—Porque para él los *tempos* son tan importantes como las acciones. Ha esperado ocho meses desde que conoció la noticia de que su mujer tendría otro bebé. Durante un tiempo mantuvo la esperanza de que su destino no llegara a cumplirse, con un aborto, con un revés de la fortuna, que llegaría para él como un golpe de suerte, o una dispensa por parte de Dios. Ha ensayado su crimen con familias que encontraba tan merecedoras como la suya misma de ser salvadas. Pero no va a precipitarse, porque de algún modo para él es importante que se cumplan todos y cada uno de los preceptos, todas y cada una de las señales; si no lo hiciera, para él sería como cometer un asesinato.

—¿Crees que lo que comete no son asesinatos?

—No, es un psicópata; para él su familia es un experimento de laboratorio que ha salido mal, lo tirará por el fregadero y volverá a empezar con el ánimo intacto. Un psicópata de libro, pero uno que tiene algo en que creer, y eso lo convierte en un fanático. Por eso jamás se debe subestimar el poder de lo que creen los demás. Lo más probable es que Lenx siga aquí: esta ciudad es un buffet libre para un asesino, con miles de casas afectadas por la tormenta. Es fácil que encuentre un perfil de familia que se ajuste a sus deseos para seguir ensayando. El tiempo se le acaba y llega el momento de la verdad, imagino que de algún modo su propia familia le pone nervioso. Apurará sus horas hasta el final, porque no quiere estar allí cuando su hijo nazca. Llegará para terminarlo. Siguiendo el rito. Para su propia casa no necesitará un tornado o un huracán, porque él hará que no quede de ese templo piedra sobre piedra.

Se puso en pie mientras se abrochaba los pantalones y cambiaba el tono de su voz.

—Y después volverá a desaparecer como hizo hace dieciocho años.

—Vas a ser realmente odiosa.

Ella sonrió.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que vas a convertirte en una poli muy buena, uno de esos cerebritos cazadores de pirados. La gente te va a adorar, pero tus compañeros te odian. Una poli estrella de los cojones.

—Nunca seré eso —replicó ella lanzándole una almohada.

—Como si pudieras evitarlo —contestó él.

Las propietarias del hotel siguieron echando miraditas a Charbou y guiños a Amaia mientras los acompañaban a la puerta. Se despidieron de ellas y salieron del hotel caminando hacia el este; intentarían llegar al Superdome antes de que comenzase a hacer calor en serio. Por los canales oficiales habían escuchado que, a lo largo de la noche, entre la Cruz Roja, emergencias federales, el departamento de servicios sociales y los militares del estado habían podido trasladar a unos veintitrés mil ciudadanos del Superdome al estadio Astrodome de Texas. Durante toda la mañana seguirían saliendo

autobuses. Era el día en que el presidente llegaría a la ciudad. Y el primer camión de ayuda desde fuera del estado, con agua, comida y medicinas lo haría casi a la vez.

Nana. Aceptar el fin

Alrededores del estadio Superdome de Nueva Orleans

Nana oyó el murmullo de miles de voces a su alrededor. Sonaba como el rumor de un avispero agitado que por momentos aumentaba el nivel y luego descendía como el susurro de una ola que se aleja. Solo el chirrido metálico de los megáfonos rompía la cadencia del bisbiseo enfermizo de aquellas almas. Abrió los ojos al intenso sol, que ascendía rápidamente, y dos lágrimas arrancadas por la luz resbalaron por su rostro. Había pasado la noche en vela, sentada en el cemento contra la barandilla metálica. El padecimiento era agudo, vivo, como un bicho feroz que le mordía las rodillas, las caderas, los tobillos, la espalda..., y le provocaba un sufrimiento intenso y lacerante que se prolongaba, durante varios minutos, con el mínimo movimiento. Solo la absoluta inmovilidad conseguía acallar los intensos agujijones de dolor, así que se concentró en respirar y estarse quieta. Durante toda la noche había visto cómo la gente a las órdenes de los soldados que portaban los megáfonos hacía cola para subir a los autobuses que partirían desde la explanada. Hombres y mujeres de todas las edades arrastrando sus pertenencias en coloridas bolsas de basura, sobre las que dormitaban niños agotados, o en plásticos transparentes que dejaban ver el contenido miserable del interior. Los soldados, como perros que pastoreasen a las ovejas, los dirigían obligándolos a acarrear sus pertenencias a un lado y a otro. Reprimían los conatos de protestas con gestos bruscos, y la gente, como en rebaños sumisos, obedecía, asediada. Pero Nana no quería irse, ella solo deseaba volver a su casa. Podía aguantar la incomodidad unos días hasta que restablecieran el alumbrado; limpiaría el lodo y secaría el agua. En esos días había escuchado relatos de todo tipo de cómo la tormenta había afectado a la ciudad en los distintos barrios. Pero Tremé era un barrio sólido, con buenas casas que ya habían

soportado otras tormentas. No, no iba a irse, esperaría allí a que alguien con autoridad le dijese que ya podía regresar a casa. Exhausta e incapaz de ponerse de pie, se había metido en la boca los dos últimos calmantes que le quedaban; se le habían pegado al paladar, descomponiéndose mientras liberaban su amargor; era incapaz de tragarlos con la boca inflamada de sed y la lengua tan seca que apenas podía moverla.

Un joven con un peto de la Cruz Roja se había acercado.

—Señora, ¿está sola?

Cuando intentó responder, en lugar de palabras le salió llanto. Lloraba como una tonta. Lo había estado haciendo a ratos durante toda la noche. Ahora no se sintió mejor. Aunque su mente no paraba de dar vueltas a la situación, y la determinación de sobrevivir seguía tan fuerte como siempre, estaba tan cansada que no podía ni reaccionar. Se reconvino por enésima vez mientras se decía que parecía una vieja senil, sin fuerzas ni palabras. El joven le alargó una botella de agua y, como ella no la cogía, aflojó el tapón y se la dejó en el regazo mientras continuaba con su reparto. Cuando consiguió dejar de llorar, tomó la botella y bebió, teniendo cuidado de hacerlo poco a poco. De inmediato se encontró mejor. ¡Maldita sea, estaba deshidratada y ni siquiera se había dado cuenta! Bebió todo el contenido de la botella, la puso en el suelo a su lado y, agarrándose a la barandilla, fue poco a poco poniéndose en pie.

El dolor fue espantoso, sintió cómo el mareo la dominaba y se aferró con todas sus fuerzas para no caer. Si lo hacía se rompería, estaba segura, y si se rompía moriría como una vieja tortuga secándose al sol, vuelta sobre su caparazón.

Pasó más de una hora sujeta a la baranda antes de decidirse a cruzar la plaza llena de gente, hasta el lugar donde se formaban las colas. Quizá allí alguien pudiera decirle algo. Paso a paso, tambaleándose como si un terremoto sacudiera el suelo y con los ojos medio cerrados para protegerlos del intenso sol, fue moviéndose mientras rogaba a Dios que nadie la empujase, ni siquiera un poco. El padecimiento la fustigaba. Apretó los dientes y siguió caminando con la vista nublada por el mareo y la náusea que le provocaba el dolor.

—Nana —la llamó una voz.

Nana siguió andando por inercia, ya no podía hacer otra cosa.

—Nana, soy yo.

Nana se detuvo y entreabrió los ojos heridos de sol y llanto.

Bobby la abrazó y la sostuvo mientras ella perdía definitivamente el

equilibrio.

—Oh, Nana, lo siento, no he podido venir antes. Nana, mi madre... Seletha se murió ayer. Ni siquiera sé adónde la van a llevar ni cuándo podré enterrarla. Te he buscado ahí dentro —dijo señalando al estadio— y creí que quizá te habían evacuado en los primeros autobuses.

La voz le salió rota de llanto y agotamiento, áspera e irreconocible.

—Vámonos a casa, Bobby.

Bobby la miró desconsolado.

—Nana, no hay casa. El agua llega al segundo piso de las calles en Tremé. El barrio está destruido —dijo con un nudo en la garganta.

—Pero el agua bajará. Siempre ha bajado después de las tormentas — trató de negociar ella.

—Nana, los diques se han roto. El agua se quedará donde está. Ni siquiera hay modo de llegar hasta allí, como no sea en una barca.

Nana lo miró desolada, pero no vencida; aún trataba de hallar en su mirada un poco de aliento. No se podía imaginar su casa bajo el agua, su cocina anegada, el álbum de recortes que había dejado sobre la mesa...

—Nana, se ha acabado, tenemos que irnos.

—Pero quizá la tormenta me las devuelva...

—Las tormentas no devuelven nada, Nana, se lo llevan todo.

Ella rompió a llorar de nuevo hundiendo su rostro en el pecho del joven. Él la abrazó con ternura y, poco a poco, mientras la consolaba, fue guiando sus pasos hacia el lugar donde miles de personas hacían cola para subir a los autobuses que los llevarían lejos de sus casas, a algunos, para siempre.

La explanada que rodeaba el Superdome era un clamor de quejas y lamentos. Amaia echó un vistazo alrededor y vio su gesto repetido en miles de miradas. Gente detenida como ella misma bajo el sol. La ropa húmeda y sucia, la mirada vacía, buscando sin saber muy bien el qué.

El calor asfixiante y el sol que se iba levantando hacían apestar los cuerpos y los bultos húmedos, casi podridos, que arrastraban. Su propia ropa hedía. Amaia sintió cómo la tela se acartonaba mientras iba secándose sobre su piel. La agradable sensación de la piel limpia y la ropa seca se esfumó al notar la tibieza serosa de los orines, que componían en su mayor parte el fluido infecto que rodeaba el estadio, y en los que era inevitable sumergirse

para llegar hasta él. Aprensiva, Amaia recordó el intenso sufrimiento al orinar, el eco del dolor en los riñones y la debilidad, que aún persistía como un recuerdo de la infección en la parte interior del muslo. Gritos airados se alzaron entre el rumor del enjambre, apartándola de sus pensamientos. Llevaban horas esperando bajo el sol y en el transcurso de la mañana solo habían salido seis autobuses hacia Baton Rouge. Miles de personas esperaban a ser embarcadas en cualquier dirección. El presidente daba su discurso en la plaza Jackson y el alcalde decidía largarse a la mitad, reprochándole que estuviese dando discursos mientras la gente, literalmente, se moría de hambre y sed.

Hacia las seis de la tarde llegaron diez autobuses y la gente comenzó a inquietarse: se puso en pie e intentó avanzar aplastando a los que se amontonaban contra las vallas que habían colocado los soldados. Varios grupos empezaron a discutir sobre su lugar en la cola. Los soldados que custodiaban los autobuses los observaban sin intervenir, con sus armas en posición de defensa, mientras otros contenían las colas con gesto rudo y distante.

Amaia comenzó a perder la esperanza.

—No saldremos de aquí en días... —aventuró al ver a los miles que aguardaban, el lento chorro de autobuses a todas luces insuficientes, el comprensible enfado de los que permanecían allí y el filtro al que los soldados sometían a todos los que tenían que embarcar.

Charbou miró a lo lejos como si de pronto hubiera reconocido a alguien. Un patrullero de uniforme charlaba con los soldados.

—Allí hay un policía que conozco. Voy a hablar con él. Espera aquí —dijo sin darle tiempo a contestar mientras salía corriendo hacia el extremo de la explanada.

Charbou regresó a su lado enseguida, la tomó por la mano y tiró de ella hacia el extremo del acceso.

—Estos autobuses salen hacia Houston —le explicaba—, es una especie de trasvase de refugiados entre el Superdome de Nola y el Astrodome de Houston. Mi amigo dice que vayamos por detrás. En teoría los soldados van eligiendo entre la gente a los más vulnerables: enfermos, ancianos y familias

con niños. Cuando el autobús esté casi lleno te conseguirá una plaza. Quizá protesten en cuanto se den cuenta de que no estabas en la cola. No digas nada, agacha la cabeza y sube sin entretenerte.

Ella se paró en seco soltándose de su mano.

Por inercia, él anduvo un par de pasos más. Se detuvo con cara de fastidio y regresó a su lado.

—¿Y tú? —preguntó Amaia, aunque ya conocía la respuesta. La había tenido ante sus ojos aquella misma mañana cuando trataban de llegar al Superdome.

Charbou había ayudado a un hombre que vadeaba la calle llevando a dos niños muy pequeños en brazos y a otro cogido a la cintura de su pantalón. Una mujer tropezó y cayó de bruces al agua. Cuando Charbou la levantó, a Amaia le recordó a Oceanetta. Se dio cuenta de que la misma sensación había calado en el policía.

—Ella estará bien, es una mujer valiente y de recursos —dijo refiriéndose a su tía.

Él asintió muy serio, pero Amaia no dejó de observarle reconociendo el gesto de furia contenida y los sentimientos que la catástrofe le producía.

Charbou recorrió con la mirada el caos que reinaba alrededor, antes de volverse hacia ella.

—No puedo irme, Amaia.

—Pero...

—Será complicado subirte a ese autobús, pero subir los dos será casi imposible.

—No es por eso —dijo ella.

—No —admitió él—, no es solo por eso. Juré proteger esta ciudad, y ahora hay justicieros disparando a la gente, hay cientos de personas que continúan atrapadas... Hay hombres matándose a puñaladas dentro del estadio. Han abatido a tiros a ciudadanos que pasaban por el puente Dazinger y por el del canal Industrial. Nola se va a pique. Si me subo a ese autobús, me sentiré como una rata abandonando el barco.

Ella levantó una mano y la puso sobre su boca.

Él la besó en los dedos antes de tomar su mano entre las suyas.

—Tengo que quedarme, este es mi lugar; soy un policía de Nueva Orleans, y no puedo dejar mi casa en manos de unos tipos que tratan a mi gente como si fueran delincuentes. Y tú no puedes perder el tiempo. La única

oportunidad que tienes de atraparlo es que te adelantes a sus pasos. No tenemos modo de saber si es así, pero debes intentarlo.

Ella asintió.

—Ve y cobra tu presa.

—¿Como si fuera un sabueso? —bromeó ella.

—Mi poli estrella.

Llegaron al costado trasero del autobús, donde los esperaba el patrullero, que les hizo una señal para que se acercasen.

Dos soldados armados custodiaban la puerta delantera del vehículo, mientras otros dos se adelantaban en la cola eligiendo de entre los que esperaban. Uno se acercó a Bobby y a Nana. Al ver que el joven sostenía a la anciana, se dirigió a él.

—¿Es su madre?

Bobby asintió.

—Suban al autobús.

Las protestas se generalizaron alrededor, pero el soldado las desoyó mientras seguía seleccionando a los pasajeros.

Bobby avanzó llevando a Nana en volandas. Al acercarse al autobús, otro soldado les indicó un montón donde la gente había ido abandonando los fardos y bolsas de plástico que habían arrastrado durante días por toda la ciudad. A través de los plásticos transparentes, Amaia distinguió fotografías, dentro aun de sus marcos, peluches y juguetes, lo que parecía un vestido de novia o las plumas y abalorios de un traje amarillo de carnaval propio del capitán de una *krewe*.

Amaia sintió un escalofrío que recorrió su espalda mientras apretaba los ojos para borrar el destello de imágenes en blanco y negro que le habían traído a su mente las viejas fotografías de las detenciones de judíos del gueto de Cracovia, y los montones de ropa que los nazis les obligaban a dejar abandonados en el suelo.

—Solo una bolsa pequeña por persona —repetía el soldado—. Lleven sus documentos, medicinas, solo lo imprescindible. Les darán todo lo que necesiten cuando lleguen a Houston. —Bobby le mostró la pequeña mochila que colgaba a su espalda y el soldado lo cacheó rápidamente antes de autorizarle a subir al autobús con un gesto de la cabeza.

Amaia se volvió entonces hacia Charbou.

—El arma. No puedo identificarme; Lenx podría estar entre los que

esperan, incluso entre los que ya han subido al autobús. Y aunque no estuviera aquí, si me identifico como agente del FBI, lo tendré muy crudo para explicar después por qué no pedí ayuda o no usé los recursos del ejército para ponerme en contacto con Quantico. No puedo permitir que me la quite.

—No te la quitará —afirmó él con gesto grave.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Están cacheando a todo el mundo.

—Míralo —dijo Charbou—, es apenas un niño jugando a ser soldado. No distingue muy bien si está en Estados Unidos o en Afganistán, para él todo es lo mismo. Trata a la gente que lo ha perdido todo como si fueran basura, y él, la fregona del gobierno con la que ha venido a hacer limpieza. Ahora mírate tú, eres blanca, preciosa, rezumas clase, y va a hacerte subir a un autobús lleno de negros.

Ella negó horrorizada.

—Pero ¿qué dices?

—Haz lo que tengas que hacer —dijo él con gesto grave—, pero no dejes que te desarme.

Ella se volvió de nuevo a mirar a la fila. Una mujer caminaba hacia el autobús sostenida por sus dos hijos adolescentes. Lloraba con amargura.

Uno de los soldados se dirigió a ella.

—¿Por qué llora, señora? La estamos salvando.

Ella levantó la cabeza. Le miró a la cara y preguntó:

—¿De verdad lo cree?

Eran las once de la noche cuando uno de los soldados hizo un gesto al patrullero, que le indicó a su vez que subiera al autobús. Charbou la agarró por la cintura y la besó en la boca.

—Cobra tu presa, mi poli estrella.

Ella le devolvió el beso apretándose contra él. Sin mirarle, se soltó de su abrazo y se apresuró hacia las escalerillas. Llevaba el dinero, las tarjetas y la identificación bien oculta, pero tal como había pronosticado, el soldado detectó su arma en la cintura del pantalón.

—Señorita, no puede subir armada al autobús.

—Tengo permiso de armas —replicó ella en voz baja, intentando no llamar la atención.

—Da igual, son las normas, nada de armas. Deberá dejarla aquí.

Ella cerró los ojos y, sintiéndose el ser más miserable de la Tierra, miró al soldado y en un susurro le rogó:

—Escuche, estoy sola, casi me violan dos veces, lo hubieran logrado de no ser por esto. No puede hacerme subir ahí sin protección —dijo haciendo un gesto hacia los rostros demudados que se apoyaban desmayados en las ventanas del autobús.

El soldado siguió el curso de su mirada y tras dos segundos, que a ella le parecieron eternos, la dejó pasar. Amaia subió y se sentó en el único sitio libre junto al pasillo. Intentó localizar a Charbou entre la gente de fuera y lo vio justo cuando el autobús se ponía en marcha. Él levantó una mano y la mantuvo alzada hasta que el autobús se perdió de vista.

La mujer que se sentaba delante extrajo de entre sus ropas una fotografía, que alzó para que el joven que la acompañaba pudiera verla. Era una adolescente de ojos negros y larga melena rizada; a su lado, una niña más pequeña la contemplaba embelesada. Sonreían. La anciana besó la foto y comenzó a llorar.

—Todo saldrá bien, Nana —la tranquilizó él—, estarás conmigo y yo cuidaré de ti hasta que podamos regresar.

—Prométemelo —le pidió la anciana.

—Te lo prometo, Nana, volveremos.

Amaia cerró los ojos.

Seis horas de autobús hasta Houston y casi dos horas retenidos para desembarcar en el Astrodome. Veinte minutos para conseguir un taxi que la llevara hasta una agencia de alquiler de coches, otras tres horas hasta Austin y una hora para encontrar las señas de la familia de Robert Davis, que le había proporcionado Landis. Era casi mediodía cuando llegó frente a una elegante casa de dos plantas en una calle residencial. Amaia recorrió la parcela ajardinada que separaba la calle de la puerta principal; se fijó en la mancha de aceite en el camino de acceso al garaje. Estaba claro que tenían por costumbre dejar el coche allí y ahora no había ninguno. Una vecina que empujaba un carrito de bebé rebasó el jardín mientras estudiaba su aspecto. Amaia se había lavado y peinado el cabello rubio en una coleta en los baños de una

gasolinera. Su camiseta estaba pasable, no tanto el pantalón, que notaba seco y acartonado. Sin duda, aunque ella habría preferido un Mustang, el Lexus que había alquilado en Houston habló en su favor.

—No están.

—Oh, venía a ver a la señora Davis. Prometí a Natalie que me pasaría antes de que diera a luz... Y he hecho un montón de millas para verla, quería darle una sorpresa.

Así estaba bien, daba información que solo podía conocer si era alguien cercano y justificaba su aspecto cansado.

La vecina picó. Tomó al bebé en brazos abandonando la sillita en su porche y sonrió aproximándose a la valla que separaba los jardines. Amaia agradeció que no pudiera hacerlo hasta más cerca. Su pantalón apestaba.

—Oh, pues voy a ser portadora de buenas noticias. La señora Davis está en el hospital, se puso de parto anteayer.

Amaia sonrió sorprendida y calculando que debió producirse poco después de su conversación con el médico.

—¡Oh, Dios mío!, pero si tenía que ingresar esta tarde para un parto programado.

Ella sonrió asintiendo mientras decidía que aquella chica era de toda confianza.

—Pues ya ve, la naturaleza tenía sus propios planes. El difícil suele ser el primero, pero con los siguientes la cosa suele ir más rápida. Mi Jeremy también se adelantó una semana, ¿a que sí, cariño? —dijo besando al bebé.

—Ya veo. ¿Y no sabrá con quién se han quedado Thomas y Michelle? Creo que el señor Davis está de viaje —probó. Estaba segura de que una vecina tan atenta estaría al tanto de si el marido había regresado.

—Sí, así es, ese trabajo es lo que tiene, pero los niños están con Catherine, la madre de Natalie. Se ha venido a vivir con ellos para ayudarlos con el pequeño. Los vi por la mañana, cuando salían hacia el hospital, están ilusionadísimos.

—No es para menos, un bebé ahora es como un regalo —dijo mientras se dirigía de nuevo al coche sin dejar de sonreír a la vecina—. ¿No sabrá si es niño o niña? Así acierto seguro con los globos —añadió poniendo cara de circunstancias.

—Un chico, aunque a ellos les daba igual, lo importante es que venga bien, total, ya tienen la parejita...

—Era en el Seton Family, ¿verdad?

—Sí.

Antes de arrancar el motor se asomó por la ventanilla.

—Por favor, si Robert regresa antes, no le diga nada; voy a tratar de trasladar mi sorpresa al hospital.

La vecina asintió sonriendo encantada.

Le llevó cerca de una hora llegar al hospital. No había contado con la posibilidad de que el parto se adelantase y rogaba que Lenx no hubiera tenido modo de saberlo. Se dirigió al mostrador de recepción.

—Vengo a ver a la señora Natalie Davis, tenía un parto programado para hoy, pero por lo visto se adelantó casi cuarenta y ocho horas.

Una administrativa tecleó los datos.

—La señora Davis y su bebé ya han sido dados de alta.

—Pero eso es imposible: vengo de su casa y me han dicho que su madre y sus hijos han venido a verla.

—Un momento —pidió mientras llamaba a maternidad.

Cuando colgó asintió confirmando:

—Tiene usted razón: su familia vino a buscarla, y se ha ido con el alta hace una hora.

Amaia salió corriendo hacia la puerta del hospital.

Descuido

Elizondo

Viernes, 2 de septiembre de 2005

Engrasi salió del tanatorio. Había sido un error venir. A ella, por supuesto, ni Rosario ni nadie iba a impedirle despedirse de su hermano. Pero después de un rato de tener que soportar el espectáculo de ver a Rosario haciendo su numerito de viuda desconsolada, y de que Flora y Rosaura se le acercasen, había optado por marcharse.

—La *ama* lo está pasando fatal, está sufriendo muchísimo, no le tengas nada en cuenta, tía —le había dicho Ros nada más verla.

—¿A qué os referís?, ya sabéis que yo con vuestra madre, poco trato.

—Ay, tía, casi es mejor que te enteres por nosotras antes de que alguien venga a decírtelo. —Había roto a llorar Rosaura.

Fue Flora la que habló.

—La *ama* no ha incluido tu nombre en la esquila de la familia. Es a lo que se refería Ros.

Engrasi percibió cómo Rosario se giraba en su asiento en la primera fila para verla dirigirse hasta el tablón principal del tanatorio donde se exhibían las esquelas.

En efecto, su nombre, el de la única hermana de Juan, no aparecía entre los miembros de la familia, a pesar de que sí había incluido a primos lejanos u otros familiares de parentesco menos directo.

—Te pedimos que no se lo tengas en cuenta, tía, por favor. Ya sabes cómo es, y con la muerte del *aita*, está todavía más rara. Le ha afectado más de lo que creíamos —justificó Flora.

—Tía, tienes motivos para estar enfadada. —La abrazó Ros—. Y cualquier otro día te daría la razón para montarle una bronca, pero hoy te pedimos que no discutas con ella. El *aita* era un hombre muy querido en Elizondo y no queremos que a la gente le quede ese recuerdo.

—No os preocupéis —dijo dirigiéndose a la salida y dejando a sus sobrinas cariacontecidas y aliviadas. No tenía estómago para aguantar allí. Ya regresaría más tarde, cuando la hora del circo hubiera terminado.

Emprendió el regreso a casa, iba pensando y sintiéndose peor a cada paso.

¡Pero qué tonta había sido! Pensar que cuando Amaia le había dicho que no regresaría había llegado a creer que quizá se equivocaba al tomar aquella decisión. No le había dicho nada, por supuesto. Hacía años que Engrasi tenía juradas sus lealtades, y eran siempre, y en primer lugar, para Amaia. Pero, secretamente, había temido que llegase un día en que se arrepintiese de no haber estado para despedir a su padre, un día en que las cosas ya no se pudieran remediar. Ahora se daba cuenta de que el error habría sido venir. Su nombre no era el único que faltaba entre los familiares directos de su hermano, Amaia tampoco estaba. Como un muerto, como un fantasma de los tiempos pasados, cuyo nombre se ha borrado de todas las memorias, como si nunca hubiera existido. Cruzó el puente y se detuvo en el lugar donde solía hacerlo Amaia, justo donde está escrito su nombre. Muniarte. Una brisa dulce y cálida de principios de septiembre remontó el río haciendo escapar un mechón de su moño.

Nadie debería morir en verano, no en un día tan hermoso. ¡El invierno de Baztán tenía tanta prestancia, tanto carácter! Parecía parte de un guion morir en invierno. Se giró hacia la antigua calle del Sol, que aquel día se ganaba el nombre. Cerró la puerta de su casa a su espalda, y, sin fuerzas para ir más lejos, se sentó en la escalera y comenzó a llorar.

Había querido a su hermano. En muchas ocasiones estuvo en desacuerdo con él, incluso muy enfadada, pero eso pasaba a menudo con las personas a las que se quería. Todos los que habían conocido a Juan coincidirían en que había sido un buen hombre, una buena persona. Claro que los que hablaban así desconocían todo lo que ella sabía. A veces no bastaba con ser bueno, había que ser justo, y a su hermano Juan le había faltado el valor para administrar

justicia. Había permitido que la afección de bondad se impusiera como una infección que lo había convertido en un santurrón manso, y en parte hipócrita, que soslayó todo enfrentamiento en aras de una estabilidad fingida.

Juan no se iba de rositas: había sufrido en los últimos años el silencio de Amaia. Su niña amada, la que más lo había querido, la que desde pequeña pasaba horas en el obrador viéndolo trabajar, la que bailaba el vals del emperador subida sobre los zapatos de su padre, la que le dibujaba corazones cuando eran rojos y arqueados, como deben dibujarlos las niñas que quieren a su *aita*, como dejan de dibujarlos cuando un rayo los para. No había sido siempre así: al principio de su marcha, Amaia le escribió con frecuencia en cartas aún infantiles plagadas de corazones y de «te quiero», que Engrasi le daba a leer a Juan y después guardaba para que de ningún modo llegasen a las manos de Rosario. Después, en la adolescencia, y sobre todo a partir de que Amaia iniciase sus estudios superiores, las cartas se habían ido distanciando en el tiempo hasta desaparecer. Hacía dos años que Amaia había regresado de Estados Unidos a Pamplona para ingresar en la policía; vivía en la ciudad desde entonces, nunca había vuelto a Baztán y no volvió a ver a su padre. Los últimos habían sido días difíciles. Postrado en la cama del hospital, su hermano reunió fuerzas para preguntar:

—Amaia no vendrá, ¿verdad?

Le había dado tanta pena verlo consumido, viejo, enflaquecido por la enfermedad, que había estado a punto de mentirle, de contarle un embuste piadoso. Pero Engrasi siempre había llevado a gala ser la que nunca mentía a su hermano. En ocasiones, hasta a costa de lágrimas, le había dicho la verdad. Engrasi pensaba que él lo necesitaba, porque a menudo las personas buenas, como su hermano, son proclives a vivir engañadas, a contarse a sí mismas piadosas patrañas que les permitan sobrellevar una existencia que en ocasiones se les hace insufrible. Pero Engrasi no estaba en el mundo para ser su ángel; ya desde que eran pequeños ella se había encargado de mantener a su hermano conectado con la parte real del mundo, y no sería distinto ahora que se acercaba el final.

—Amaia no va a venir —le dijo.

Él había apretado los labios.

—¿Sabe que...?

—Sí, lo sabe.

—¿Le darás un mensaje de mi parte?

—Juan... —protestó ella.

—Dile que siempre la he querido y que le ruego que me perdone.

—Juan, que un padre quiere a su hija es la clase de cosa que no se debería tener que decir en un mensaje póstumo...

—¿Pero se lo dirás?

—Lo haré, pero no por ti, sino por ella. Y en lo de que te perdone, no insistiré mucho. Amaia lleva intentando perdonarte toda su vida, lo anhela con todas sus fuerzas y hasta creyó que lo había logrado durante un tiempo... pero perdonar, como olvidar, no son actos voluntarios, Juan. Puede alejarse, procurar no pensar, fingir que no pasó o continuar con su vida; pero esa niña es una superviviente, y esa fuerza que la ha mantenido viva no admite otra cosa que la verdad.

Lo había acompañado a ratos, recordando su infancia, rememorando canciones, anécdotas familiares... justo hasta que perdió la consciencia. Después, en las últimas horas, Rosario no se había separado de su lado, impidiendo que nadie lo asistiese al final.

Sonó el teléfono y Engrasi abandonó su lugar en la escalera para ir a la sala a cogerlo. Era Ignacio.

—Engrasi, ¿has estado en el tanatorio? Una mujer me dijo que te vio llegar, pero que te habías ido enseguida.

—Sí, mi cuñada no me ha incluido entre los familiares en la esquila, a Amaia tampoco.

—Qué mala persona hay que ser...

—Sí, bueno, no es novedad. He preferido irme que darle el gusto de verme entristecida por partida doble, como si no tuviera bastante con haber perdido a mi hermano. Volveré más tarde. Ya he quedado con el encargado para que me avise cuando se vayan.

—Bueno, si has estado poco rato, a lo mejor no has tenido tiempo de fijarte en la gente que había...

—Pues no, la verdad...

—Es que había unas mujeres, que no son del pueblo, acompañando a Rosario; al principio hasta he pensado que podían ser sus hermanas de San Sebastián...

—No, hace años que no tiene ninguna relación con ellas.

—Sí, lo sé por ti, por eso precisamente me he fijado más, y...

—¿Sí?

—Engrasi, era el lobo. La mujer que hace trece años intentó llevarse a Amaia.

Engrasi midió sus palabras antes de responder, porque preguntarle a Ignacio si estaba seguro de algo era pura ofensa. De pocas palabras, jamás hablaba por hablar, y cada una de sus frases podía escribirse en piedra. Aun así Engrasi corrió el riesgo de preguntar.

—Ignacio, ¿tú estás seguro?

—Como de que hay un Dios.

—Ha pasado mucho tiempo...

—Trece años, pero es que está igual, Engrasi. Y cuando digo igual no me refiero a que se haya conservado bien; se diría que han pasado apenas unas horas desde aquel día.

Engrasi quedó en silencio unos segundos mientras trataba de pensar.

—Ignacio, yo te creo —dijo por delante—, pero tenemos que buscarle alguna lógica a esto, ¿no crees? Que sea la hija de aquella mujer, por ejemplo.

—Eso ha sido lo primero que he pensado al verla. Entonces me he acercado a darle el pésame a Rosario, solo por pasar a su lado. Me ha reconocido, igual que yo a ella.

—¿Te ha dicho algo?

—No, pero me ha sonreído. Engrasi, tengo grabados esos dientes a fuego en la memoria. Dientes de niño pequeño, como cuando tardan en salirles los nuevos y los de leche se les desgastan y afilan hasta parecer de rata.

Recibió la llamada del encargado del tanatorio a las diez, no quedaba nadie. Esperó hasta las diez y media preparando un termo de café que se llevaría con ella. No tenía pensado dormir. En su familia la tradición mandaba no dejar solos a los muertos en su primera noche. Era una costumbre antigua que se remontaba siglos atrás. Engrasi se tenía por una mujer moderna, pero dejaba un lugar en su fuero interno para las creencias como aquella, que decían que un alma no se descarnaba inmediatamente. Que morir era un proceso lento, en el que primero se perdía el timón de la nave haciendo evidente el fallecimiento, pero transcurrían horas aciagas, difíciles y tenebrosas hasta que el alma era capaz de librarse de su envoltorio, como una frágil y atolondrada mariposa, dejando atrás su capullo. No en vano, en todas las religiones había una oración o un ritual para pedir protección durante el proceso. «Ahora y en la hora de

nuestra muerte.» No se nacía en un instante, no se moría en otro. La llegada y la partida tenían un procedimiento que acatar. Y ella, como miles de mujeres antes que ella, velaría a sus muertos.

«Hay que hacer lo que hay que hacer», se dijo armándose de coraje antes de salir de casa.

Juan muerto casi no era Juan. Con un traje que nunca le había visto, y el rostro tan serio, tenía un aire pensativo y pesadoso que no era de él, en absoluto. Solo en los labios encontró un atisbo de la sonrisa querida y sincera, de niño, que siempre había adorado en él.

Oyó un rumor a su espalda, como de viento.

Rosario.

Se dio la vuelta muy despacio y la vio. Enlutada de la cabeza a los pies, era la elegancia pura. Se había detenido junto a las puertas batientes que aún oscilaban. Entre el vaivén de las hojas, Engrasi alcanzó a vislumbrar a las oscuras figuras que la acompañaban. No eran sus sobrinas.

Rosario sonreía de un modo inadecuado, teniendo en cuenta que estaban en un tanatorio y que era su marido difunto el que estaba en la caja.

—Y bien —dijo—. ¿Dónde está?

Engrasi tomó aire profundamente, un aire que olía a flores de tanatorio. Se preguntó si sería un ambientador especial. ¿Por qué esos sitios olían siempre así?

—¿Dónde está quién?

—Ya sabes quién —respondió paciente Rosario.

Engrasi reunió el valor para sonreír.

—¿En serio esperabas encontrar a Amaia aquí?

—Sé que está aquí, cómo va la niñita a dejar de despedir a su *aitatxo*.

Engrasi se la quedó mirando mientras en su mente iba cobrando cuerpo el calibre e importancia de cada acto, de cada acción y de cada palabra.

—No ha venido, Rosario, y no lo hará. Y te doy mi palabra de que viviré más que tú solo para mantenerla lejos, para asegurarme de que el día que regrese a este valle, a un entierro, sea al tuyo.

Un rictus de odio se dibujó en su boca y Engrasi tuvo un atisbo del rostro que Rosario tendría cuando unos años después le hubiese ganado la locura. Pero aún no, de momento era solo pura maldad.

Engrasi juraría que Rosario jadeó un poco, como un animal, antes de susurrar:

—No me des ideas, Engrasi, no sería la primera vez que destripamos a su perro guardián.

Engrasi se agarró al ataúd de su hermano al sentir cómo se le doblaban las rodillas.

—¡Putas! —contestó temblando de rabia y miedo—. Yo no soy un perro, si te acercas a mí, o a la niña, te arrancaré la cabeza. Lo juro por la memoria de mi hermano, que se ha llevado toda la bondad de los dos. Yo no soy él, tengo cojones y recursos psicológicos de sobra como para vivir con tu muerte sobre mi conciencia. Te mataré, Rosario, y no me quitará el sueño.

A pesar de que su cuerpo temblaba como una hoja expuesta a la galerna, a pesar de que parecía mantenerse en pie sostenida por el ataúd de su hermano, sus palabras brotaron revestidas de un valor y una fuerza suficientes como para ser tenidas en cuenta.

La sonrisa se borró del rostro de Rosario. Movi6 un poco las manos y la cabeza, como impelidas por un tic involuntario. Se dio la vuelta y empuj6 las puertas batientes. Las sombras que esperaban en la penumbra la rodearon.

Un grito salvaje rasg6 el aire. Después nada. Un poco de corriente, como viento, y el vacío tras la puerta exterior al cerrarse.

Engrasi sopló todo el aire que tenía en los pulmones y respiró profundo, mientras intentaba contener los temblores y se volvía a mirar a su hermano.

—Juan, no sé si te lo he dicho alguna vez, pero tu mujer es una auténtica bruja.

Globos metalizados

Austin, Texas

Sábado, 3 de septiembre de 2005

Martin Lenx, en los últimos años Robert Davis, detuvo el coche frente a la casa de su familia, del mismo modo que unos días atrás lo hizo Brad Nelson en Florida. Como este, desde el exterior se dedicó a contemplar la fachada de la vivienda. Pero, al contrario que a Nelson, no le aquejaba ninguna duda. No había ningún temor, no temía ser rechazado. Solo estaba un poco cansado. El autobús que lo había sacado de Nueva Orleans había tardado una eternidad en llegar a Baton Rouge, y allí había tenido bastantes problemas para alquilar un coche con el que ir a Austin. Deseó entrar en casa, darse una ducha, dormir diez horas. Pero no podía hacerlo. Había planeado cada paso, los tiempos, las palabras... El regreso, el parto, la vuelta a casa desde el hospital. Todos en el salón. Quizá le pidiese a Michelle que tocase un poco el violín..., pero la llegada sorpresiva del nuevo vástago lo había precipitado todo, casi como si Dios le metiera prisa. Se inclinó hacia delante, apoyándose en el volante como lo había hecho Nelson. También él intentó rezar.

No pudo.

Frente al garaje vio aparcado el coche de su esposa y la mancha de aceite que era visible justo debajo del maletero.

A pesar de que un millón de veces le había pedido que no lo dejase allí, que lo llevara dentro. Natalie se había vuelto una dejada en los últimos años. Martin se había resistido a aceptarlo, repitiéndole hasta la saciedad cómo debía hacer las cosas, ¡por el amor de Dios! ¡Tenían tres plazas de garaje! ¿En qué idioma había que decirlo? Y el embarazo no había mejorado su comportamiento.

En otros tiempos ella se habría molestado en cambiar el coche de sitio, al menos, al saber que llegaba de viaje. Tenía que decir en su defensa que hoy no le esperaba. Cuando consiguió hablar con ella en el hospital, y después de fingir pesar por no haber estado e inmensa alegría por el nuevo hijo, le había prometido que llegaría al día siguiente.

Martin movió negativamente la cabeza y compuso una especie de sonrisa sardónica mientras miraba el coche de su esposa.

Hoy lo había desplazado un poco de su lugar habitual, no mucho, solo para dejar espacio al todoterreno de su suegra, que casi pisaba la acera con sus ruedas traseras. Pronto, en lugar de una, tendrían dos manchas de aceite. El sol arrancó destellos azules de los globos metalizados aprisionados contra el cristal trasero del vehículo de su suegra.

«Es un niño», alcanzó a vislumbrar la leyenda impresa sobre sus panzas hinchadas. Tenía un nuevo hijo y eso, lejos de hacerle sentirse feliz, solo le indicaba que de nuevo Dios le ponía a prueba. Martin Lenx se inclinó hacia delante y abrió el maletín que reposaba a los pies de la plaza del acompañante. Tomó su viejo revólver y, levantando el trasero para estirar las piernas, lo disimuló en la cintura del pantalón, entre la camisa y la fina chaqueta, «un poco arrugada», pensó con disgusto. Usó el pañuelo de hilo de su bolsillo superior para limpiar los cristales de las gafas; después lo dobló de nuevo y lo puso en su lugar. Deslizó una mano por el cabello corto, hasta la nuca, y salió del coche.

Pasó ante la puerta principal e hizo un pequeño gesto de asentimiento al superarla; torció hacia el lateral de la casa y la puerta de la cocina. Llevaba el llavín en la mano, aunque no le hizo falta: como siempre, Thomas o Michelle se la habían dejado abierta. Sopló el aire por la nariz, negando disgustado.

Cerró la puerta con cuidado asegurándose de echar el pestillo. No iba a arriesgarse a una visita intempestiva de su vecina.

Ya desde la cocina, fue perceptible el olor del bebé. Su presencia le maravilló, como la señal de un evento extraordinario, de un milagro. Olía a criatura pequeña y nueva en la vida. En otros momentos ese aroma vino acompañado de una promesa de resarcimiento, como un arcoíris en el cielo que anunciaba la voluntad de Dios de concederle infinitas oportunidades, de bendecir su nueva vida. Desde el instante en que supo que estaba en camino, aquel hijo fue el heraldo del fin, la señal en el cielo que había necesitado para arrancarse del rostro la venda que lo había estado cegando. Desesperado,

había llegado a preguntarse si siempre sería así, si acaso pesaba sobre él una maldición que lo arrastraba una y otra vez a aquel abismo de errores y fracasos en los que su familia naufragaba, sin que él, pobre víctima de las circunstancias, pudiera hacer otra cosa que rezar por sus almas. Pero Dios cerraba puertas y abría ventanas, y pronto comenzó a verlo claro. Empezaría de nuevo y, esta vez, todo sería mejor.

Escuchó a su familia en el salón. Hablaban bajo. En susurros. Quizá el bebé dormía. Sacó el revólver, lo bajó hasta apoyarlo en el muslo y cruzó el pasillo.

El sofá dispuesto en forma de U, y de espaldas a la puerta, dejaba ver las cabezas de Thomas y Michelle en primer plano. Se habían sentado uno a cada lado de su suegra. Natalie estaba justo enfrente. Arrojada mirando al bebé, ni siquiera levantó la cabeza cuando él alzó el revólver y lo apoyó en la cabeza de su suegra. Así eran las cosas, ella debía ser la primera en morir.

Escuchó el clic del arma al ser amartillada.

—Martin Lenx, levante las manos, soy agente del FBI, queda usted detenido —dijo Amaia a su espalda apuntando el arma a la cabeza del hombre.

Martin frunció la boca, contrariado.

Catherine, Michelle y Thomas se levantaron corriendo y fueron a situarse junto a Natalie y el bebé, al otro lado del sofá. Le miraban aterrados. El bebé comenzó a llorar. Catherine también. La esposa temblaba, pero fue el chico quien le preocupó. Permanecía inmóvil en pie y miraba fijamente a su padre.

La voz de la niña le llegó ahogada.

—Papá, ¿qué está pasando?

Martin los miró y hasta se permitió sonreír.

—No pasa nada, cielito.

Amaia hervía por dentro. «No dejes que hable con ellos.»

—¡Cállese y obedezca, Lenx!

—Se equivoca. Yo soy Robert Davis, no conozco a nadie llamado...

—¡Cállese!

Las mujeres gemían angustiadas, el llanto de la niña y el bebé se mezclaron en uno.

«Tranquiliza a los rehenes, ¡hazlo!»

—Agáchense y quédense ahí quietos, pronto habrá acabado todo —dijo.

Obedecieron todos, menos el adolescente.

«Mantén la calma —se dijo—, casi lo tienes.»

—Martin Lenx, deje el arma en el suelo y levante las manos; no volveré a repetirlo.

Martin no dejó el arma, pero comenzó a levantar despacio las manos mientras se daba la vuelta.

«No, no, algo no está funcionando.» Martin se estaba moviendo, y no debería moverse, se estaba girando, quería verla. Martin tenía cincuenta y cinco años pero se había conservado delgado y atlético. Medía sus fuerzas, quería saber cuántos eran.

—¡Quieto! —ordenó sujetando el arma con las dos manos. El contacto, siempre tranquilizador de la pistola, no fue suficiente esta vez. Los novecientos gramos de la Glock, con la que había entrenado mil veces, se le antojaron de pronto muy pesados. Podía sentir las gotas de sudor deslizándose desde sus axilas y entre sus pechos.

Martin era un experto en riesgos, un analista de probabilidades. No había burlado a la justicia durante dieciocho años siendo un lerdo, un dejado o un atolondrado. No había más policías; de haberlos habido ya habrían intervenido. Estaba ella sola y por su voz calculó que era muy joven, seguramente inexperta, podía oler el sudor de estrés de su cuerpo y algo más sofocante y mefítico... ¿qué era?

Amaia ya sabía que el chico daría problemas al ver su actitud. Se mantenía erguido, retador, miraba a su padre como a un enemigo, y Amaia supo que hacía tiempo que las cosas no funcionaban entre ellos. Los adolescentes tenían un radar para las psicopatías paternas, un radar que funcionaba en los chavales en cuanto dejaban de ser niños, un radar cimentado sobre la adoración, la candidez y el amor sin condición de la infancia. Se hablaba mucho del amor de los padres y madres hacia sus criaturas, pero nadie ama como un niño, por eso nadie juzga como un adolescente.

—¿Es verdad lo que dice? ¿Quieres matarnos, papá? —preguntó muy serio el chico. «Papá» sonó como un insulto.

La posición cambiante de Lenx la obligaba a moverse; si no se mantenía detrás, no podría retorcer sus manos para esposarlo.

«¿Esposarlo?, si aún está armado, no ha soltado el revólver.»

—Martin Lenx, suelte el arma, es el último aviso.

—Papá... —dijo de nuevo el chico.

—Cállate, Thomas —respondió Lenx volviéndose levemente hacia él.

—No voy a callarme —replicó el chico adelantándose un paso hacia su padre.

—Thomas, por favor... —rogó su madre asustada.

Pero el chico dio otro paso hacia delante mientras los brazos de su hermana y de su abuela se extendían hacia él como zarcillos de vid, intentando retenerle.

—¿Por eso entrabas en la habitación de Michelle por las noches?

—¡Cállate! —ordenó Lenx ya por completo girado hacia él. Solo el sofá se interponía entre ellos.

—¿Entraba en tu habitación? —dijo entonces la esposa mirando a la niña. Había en su rostro vulgar un gesto nuevo que la dotó en ese instante de cierta belleza, y que hizo que Amaia reparase en el parecido con su hijo.

La niña lloraba, pero asintió mientras decía:

—Me asustaba...

La mirada de su esposa fue de asco. La de su hijo, una sentencia.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lenx indignado—. Es mi hija, nunca la tocaría. Vuestra perversidad es mayor de lo que pensaba si se os puede ocurrir algo así. —Bajó las manos y observó el arma como si descubriera de pronto que estaba ahí.

—¡Lenx, levante las manos, ya! —le gritó Amaia posicionándose para disparar.

Pero Lenx miraba a su hijo adolescente, como si estuvieran solos los dos.

—No —dijo Thomas—, no la tocarías, pero no tendrías ningún escrúpulo en matarnos a todos, hace tiempo que lo sé.

—¡Cállate!

—Ensayaste con los Andrews, por eso desapareció el violín de Mic...

—¡Cállate! ¡Thomas, cállate!

—No nos quieres —dijo Thomas muy sereno, presentando un hecho.

«No me quieres», dijo una niña pequeña en la mente de Amaia.

—¡Cállate! —respondió Lenx cada vez más enervado.

«¡Cállate!», contestó su madre avanzando hacia ella.

—Nunca nos has querido —dijo Thomas.

«Nunca me has querido», dijo Amaia con nueve años.

—¿Que no os he querido?

«Va a matar a su hijo igual que ella a ti, va a dispararle.»

—¡Que baje el arma le he dicho! —gritó Amaia moviéndose de costado

para que Lenx pudiera ver el arma.

Martin Lenx la oyó y fue como si su voz lo trajese de vuelta. Fue muy rápido. Se giró y disparó a la vez.

Amaia recibió el impacto en el pecho mientras sentía cómo escapaba todo el aire de sus pulmones. Cayó de espaldas. La mitad de su cuerpo dentro del salón, la mitad en el pasillo. Aturdida pero consciente, los escuchó gritar; el bebé lloraba. Mientras, pensaba que era curioso: no le dolía, pero se ahogaba. Entonces abrió la boca y aspiró profundo para llenar aquel vacío que le crecía dentro. Y llegó el dolor. Intenso, inmenso. Mortal. Jadeó aterrorizada y levantó la cabeza para tratar de ver. Una pequeña mancha oscura, no mayor que una moneda, se dibujaba en su pecho en el lugar donde estaba, y lo supo con seguridad, el ápex de su corazón.

«Es el *shock* del disparo, es el *shock*, has leído mil veces sobre esto, deja de pensar en la bala dentro de ti.»

Intentó llevarse una mano hasta el lugar y vio que aún tenía aferrada la pistola; pensó que su instructor se habría sentido orgulloso de ella.

«Agarra tu arma con firmeza, como si te la fueran a quitar», le había dicho Salvador cuando le enseñaba a disparar en Pamplona. Pensó que era curioso lo que se piensa mientras se muere. Levantó la otra mano y la llevó instintivamente hasta el lugar donde la bala había impactado, pensando en el chaleco antibalas que se había visto obligada a abandonar en Nueva Orleans antes de subir al autobús. Casi pudo escuchar la voz de su instructor diciendo «no existe en el mundo armadura a prueba de balas, es la pericia del policía, y no el chaleco, lo que la libraré de una bala».

Los oía gritar desde muy lejos. El sofá le impedía ver nada, pero reconoció la voz del chico pidiendo ayuda. Jadeando se apoyó en su antebrazo; contuvo la respiración, porque cada bocanada de aire le producía un dolor tan intenso que llegaba a oscurecer su mirada con la amenaza de la inconsciencia. Y no podía desmayarse, era la segunda norma cuando se recibe un disparo. Sin soltar el arma, comenzó a arrastrarse hacia el interior de la estancia, cediendo al impulso de mirar al suelo en el lugar donde había sido abatida. No había sangre. El proyectil estaba dentro. Tuvo una visión del metal alojado junto a su corazón, el tejido destrozado y las venas cercenadas.

«Deja de hacer eso.» «Es el shock por disparo.»

Sentía en los oídos el latigazo interior del bombeo enloquecido de su corazón de corzo.

«Si cedes al pánico, te provocarás una taquicardia y comenzarás a fibrilar, y entonces...»

Probó a llevarse una mano a la herida. Presionó, y el dolor la atravesó de lado a lado, trazando en su mente el recorrido de la bala, pero al instante fue más soportable.

«Lo siento, instructor, tendrá que ser con una sola mano, pero le prometo que tendrán que matarme para quitármela», pensó, y hasta le hizo gracia.

Se arrastró sobre los codos y los talones, espoleada por los gritos del muchacho, el llanto del recién nacido, los alaridos de las mujeres. Amaia fue consciente de que apenas veía. La adrenalina que su cerebro producía a gran escala para mantenerla viva proyectaba los ojos desde atrás produciendo aquella ceguera parcial como si mirase a través de un antiguo catalejo. El salón, iluminado con la luz de un día soleado de Texas, se había convertido en el túnel oscuro que describían los supervivientes a un disparo.

Llegaba al sofá. Tenía que ponerse en pie, pero supo que no podría renunciar a la mano que presionaba su pecho. Usando la que portaba el arma como un piolet, la pasó por encima del reposabrazos y se impulsó lo suficiente para quedar de rodillas. Elevar la cabeza no fue buena idea. Un manto de sudor afloró a su piel unido a la náusea que a punto estuvo de hacerla caer. Se agarró con todas sus fuerzas, mientras admitía que no lograría ponerse en pie. Avanzó gateando de rodillas, encogida hacia delante como doblada por una intensa arcada y, sostenida por el sofá, trastabillando mareada, luchando contra la necesidad de tomar aire; aire que necesitaba para vivir, aire que la mataba haciéndola jadear de dolor y complicando sus intentos de aclarar su visión para poder ver entre la neblina febril.

Lenx estaba sobre su hijo. Sentado a horcajadas sobre el muchacho, intentaba apuntarle con el revólver, que el chico, a duras penas y usando ambas manos, lograba mantener apartado. Mientras, su madre y su hermana chillaban histéricas. Le pareció oír el timbre de la puerta, quizá unos golpes... Apuntó hacia Lenx. En condiciones normales quizá habría disparado. Supo que no podría hacer un buen tiro sin arriesgarse a alcanzar a algún miembro de la familia. Se inclinó tratando de apuntar con su arma, pero la debilidad la venció haciéndola caer hacia delante, junto a Lenx, que seguía luchando con su hijo. El bebé lloraba. Amaia renunció a la mano que presionaba su pecho para

poder sostenerse. El mareo era descomunal. Sintió que iba a vomitar. Incapaz de mantener el arma en alto, la bajó hasta apoyarla en el gemelo de Martin Lenx y disparó.

Martin Lenx aulló girándose como un animal hacia el lugar donde el hueso había explotado. Cuando se desmoronó de lado, pudieron ver las esquirlas y los tendones blanquecinos abriéndose como una flor y asomando por entre la tela de su pantalón bien planchado. El revólver se le cayó de las manos.

«Ocúpate del arma después; primero ponle los grilletes.»

Se tiró sobre él, a horcajadas, le retorció los brazos con saña y le colocó las esposas. Luego, casi a tientas, manoteó el suelo en busca del revólver, que Thomas miraba extasiado. Lo aseguró en su cintura mientras le hacía un gesto negativo al chico. Y solo entonces, sudorosa y conmocionada, se dejó caer junto a Lenx. La familia había huido del salón, y desde muy lejos oyó que gritaban, que habían llamado a la policía. Lenx, silencioso, inmóvil y esposado boca abajo, la miraba asqueado. Con aquel aire de superioridad moral que no había perdido ni aplastado contra el suelo, y en parte cubierto por la sangre que había manado desde el pecho de la mujer.

—Por el amor de Dios, apesta a... orina —dijo reconociendo el olor amoniacal y asfixiante que antes no había sabido catalogar.

Lo miró mareada y jadeante, iba a desmayarse.

—Imbécil —logró decir ella. No se desmayó.

Era verdad, apestaba. Levantó la mano que cubría la herida. Mal augurio. La sangre era negra, como a la luz de la luna, o como la de un cadáver. Pero en los últimos minutos respiraba mejor. Exploró el orificio de la bala rasgando la camiseta, palpó en el interior y notó algo. De un tirón extrajo el hatillo de pelo de cabra perforado y chorreante de aquel caldo negro y hediondo. Se lo acercó a la cara y lo olió. Emanaba de él un repugnante olor a putrefacción y muerte. La bala, mate y cobriza, se apreciaba alojada en el centro, como una piedra preciosa en medio de un charco de petróleo. Incredula, inspeccionó su pecho palpando el lugar dolorido y magullado. Estaba ilesa.

Se volvió hacia Lenx y observó su rostro asombrada por su propia predicción. El mismo corte de pelo, el mismo traje anodino, la misma pulcritud de dieciocho años atrás; ni siquiera había cambiado el modelo de gafas, que colgaban ladeadas de su oreja. Un hombre de costumbres. Malas costumbres.

Le dijo:

—Martin Lenx, queda detenido por el asesinato de su madre, su esposa y sus hijos en Madison hace dieciocho años; por el de la familia Andrews en Galveston hace ocho meses; como sospechoso del asesinato de al menos seis familias en distintos lugares del país y por el intento de asesinato de su familia hoy en Austin, Texas. Tiene derecho... —continuó recitando sus derechos mientras los policías de Austin entraban en el salón.

El hombre normal

Edificio J. Edgar Hoover, sede del FBI,
Washington, D. C.
Viernes, 16 de septiembre de 2005

Amaia firmaba una pila de declaraciones sentada en la silla de confidente del despacho del director Jim Wilson, que ese día, para hacerle la competencia a Verdon, había escogido un traje azul marino. Mala elección, no había color. Verdon, apoyado en la cristalera sobre la avenida Pennsylvania, tenía aquel aire de capitán de la Marina, a un millón de años luz del tipo del director Wilson.

Amaia garabateó su firma en una docena de documentos más antes de soltar aliviada el bolígrafo, dedicando una mirada a su equipaje, que esperaba junto a la puerta del despacho.

—¿Está segura de que no cambiará de idea respecto a lo de quedarse? —preguntó el director al ver su gesto.

—Estoy segura —dijo tendiéndole los documentos.

—Tengo que insistir, sería lo más adecuado para el FBI que se replantease su situación.

—Mi padre falleció mientras el Katrina llegaba a Nueva Orleans —dijo sin explicar nada más. Era la primera ocasión que lo decía en voz alta, quizá por eso tuvo la carga de emotividad e importancia que necesitaba para aplacar al director.

Wilson supo entonces que Dupree le había dado la noticia. La miró calculador. Sin duda aquella información le hacía sumar enteros. Bajo presión, con algo así a la espalda...

—Comprendo. Quizá después...

Ella hizo un ademán ambiguo.

—Ya sabe que aun así tendrá que colaborar con los psiquiatras forenses en el estudio del perfil de Lenx. Contar con un individuo como ese, y vivo, es un regalo para el estudio del comportamiento criminal.

—Por supuesto.

Wilson revisó la firma al pie de cada hoja. Había resultado algo farragoso internamente, pero de cara a la galería no se había mostrado una sola fisura en una operación que había culminado con la detención de un peligroso asesino en serie, que en los últimos dieciocho años había coronado las listas de más buscados por el FBI, por una agente temporal, seleccionada por Aloisius Dupree para formar parte de su grupo de campo de élite.

Lo más duro había sido sin duda negociar su regreso a España. Por activa y por pasiva habían tratado de convencerla de la importancia vital de poder presentarla ante la prensa como una agente del FBI.

Al final, ante su obstinación, habían claudicado. A cambio, ella había aparecido en la rueda de prensa, junto a Johnson, bastante recuperado de su hombro, pero con un cabestrillo que le daba un aire romántico de héroe, y a Verdon, el director del área de investigación criminal. Vestida de traje y luciendo las insignias de la casa, era la viva imagen de la eficacia. En su breve biografía, que se iniciaba a los doce años, se habían incluido sus excelentes notas y la mención de todos los prestigiosos colegios norteamericanos en los que había estudiado, la Universidad de Loyola, sus títulos académicos e inmejorable formación y servicio desde el momento en que hizo su juramento de lealtad al FBI, evitando decir que de eso solo hacía un par de semanas.

El televisor a su espalda emitía la rueda de prensa en bucle, una y otra vez. Las imágenes de los primeros planos de Amaia y Johnson se alternaban con una foto del archivo oficial del agente Dupree.

Durante los últimos días «el masacrador de familias», como lo había bautizado la prensa, era la noticia. Antiguas fotografías en blanco y negro de la mansión en Madison, en la que asesinó a su primera familia dieciocho años atrás, se alternaban con tomas de su casa en Austin. La señora Davis ocultando el rostro mientras intentaba acceder a su propia casa y el joven Thomas mirando de frente a la cámara. Aéreas de Nueva Orleans y fotos de distintos desastres por todo el país que identificaban como la granja de los Jones, o la casa de los Miller, aunque no lo eran. Sonrió al ver a Clayton Grey explicando su teoría de la novia mojada mientras sostenía las fotografías en las que se

veía a la familia Lenx posando en su estudio y a Martin Lenx solo, con aquella extraña sonrisa de Gioconda. Grey habló también de su talento para lo gestual, que una agente del FBI le alabó, y mencionó que se matricularía en la universidad para estudiar lenguaje no verbal ahora que se jubilaba. Y al pequeño Albert contando cómo había salvado su vida dos veces en un día: primero, de un tornado, y, más tarde, cuando vio llegar a Lenx a la granja de los Jones. Al padre de Albert no le importaba, por lo visto, que en la televisión le mareasen la cabeza a su chico. Previo pago. Aún llevaba un vendaje en el pie. Amaia se preguntó si todavía sería necesario.

Los informativos seguían abriendo con Martin Lenx, y le constaba que varios programas especializados trataban de obtener datos para la realización de documentales sobre el caso, que tenía fascinado a todo el país. A todo el mundo. La frialdad con que se había deshecho de su primera familia y el modo enfermizo en que había repetido todas las pautas de su vida anterior. Cada dato, cada nuevo descubrimiento sobre la anodina y extraordinaria vida de Lenx eran analizados por recuas de expertos televisivos que estudiaban desde su mirada hasta su ropa. Amaia rio con ganas cuando un experto grafólogo afirmó sin recato que por la firma de Robert Davis se podía deducir que se trataba de un hombre dominante y violento. Todo era medido, todo era analizado. Hasta sus esposas guardaban cierto parecido. Tuvo el mismo número de hijos y en el mismo orden. Su casa de Austin no era tan señorial como la mansión de Madison heredada de sus padres, pero tenía un aire clásico, de estricta corrección, que la recordaba. Había pasado de ser un gris administrativo en una empresa de créditos a un gris inspector en una empresa de reaseguros. Discreto. Formal. Comedido. De pocas palabras, pero amable y educado. Sus compañeros repetían alucinados ante las cámaras los consabidos: «¡Parecía un hombre completamente normal! ¡Aún no puedo creerlo!».

Pero lo que más llamaba la atención era, sin duda, que Martin Lenx no había variado un ápice su aspecto. Llevaba el mismo corte de pelo a navaja barbera. El mismo tipo de traje pulcro, no demasiado caro. Las mismas aburridas corbatas y hasta el mismo modelo de gafas de pasta que, debía de pensar, le otorgaban el aire de respetabilidad que siempre anheló conseguir. Seguía asistiendo con regularidad a la iglesia, en la que era un miembro activo, y se había comprado dos veces el mismo modelo de coche. Escondido a plena vista. Un hombre normal.

El director Wilson apagó el televisor y se dirigió a ella.

—Bueno, agente Salazar, ya tendrá tiempo de verse en la tele. Durante los próximos meses no van a dejar de nombrarla. La agente que detuvo al asesino más circunspecto de la historia policial reciente. Estará orgullosa.

—Gracias, señor, pero solo hacía mi trabajo.

—No sea modesta, no le pega nada. Y, además, a pesar de lo que pueda deducir por mi tono, soy sincero en mi felicitación. Su nombre pasará a la historia de los mejores agentes del FBI, recibió un disparo a bocajarro y detuvo a un asesino de familias, y todo bajo mis órdenes —añadió sonriendo.

Ella tomó aire, aún le dolía un poco si lo hacía profundamente, y asintió en silencio. El director Wilson no había terminado.

—Cuando supe de su existencia por aquel audaz informe que presentó sobre el caso del compositor, le dije a Dupree: «La brillantez no justifica la insolencia».

—No pretendía ser insolente —replicó ella.

—No se justifique, lo es. Pero sin duda ha tenido al mejor maestro. ¿Qué puede decirnos del agente Dupree?

Amaia asintió mientras se tomaba un segundo para poner sus notas mentales en orden. Era importante, porque ya había hecho esa declaración al menos una docena de veces, de palabra y por escrito, y asumía que aún tendría que repetirla una docena de veces más.

—La última vez que le vi, el agente Johnson, el detective Charbou y yo regresamos a Nueva Orleans, cumpliendo sus órdenes, porque desde la central de emergencias nos avisaron de un crimen que concordaba con el modus operandi de Martin Lenx, hasta entonces denominado en la investigación como «el compositor». El agente Dupree estaba convaleciente de una lesión cardíaca, y el detective Bull se quedó con él. Unas horas antes, localizamos el lugar donde tuvieron retenidas a las niñas. Una cabaña de pescadores en muy mal estado, que se hundió en cuanto salimos de ella. Las niñas no estaban, pero de las pistas encontradas allí dedujimos la participación de un hombre, Dominic Darrel. Creemos que era un intermediario. Y que era probable que las hubieran trasladado a Baton Rouge para realizar la entrega. Quizá Dupree instó al detective Bull a seguir aquella pista después de que nosotros regresáramos a Nueva Orleans.

Wilson miró a Amaia haciendo un gesto como de enrollar una madeja de lana.

—Sí, sí, sí, ya lo sé, lo mismo que ha afirmado en su informe, lo mismo que ha declarado Johnson. No tenemos la declaración del detective Charbou —continuó el director Wilson— porque de momento ha sido imposible localizarle. Las cosas siguen muy complicadas en Nueva Orleans, no hay comunicaciones estables, y se habla de miles de muertos y desaparecidos, pero imagino que si pudiésemos hablar con él diría lo mismo.

Amaia bajó la mirada solo un segundo, mientras intentaba controlar en su mente el recuerdo de Charbou y sus palabras afirmando que iban a por él.

—Dupree sufrió un ataque cardíaco de alguna clase sin especificar, por supuesto: no hay informes médicos, o modo de identificar a los sanitarios. El hospital Charity fue evacuado en su totalidad, y ha sido declarado en estado de ruina. Pero a pesar de estar ingresado en un hospital, y asignado al caso del compositor, decidieron ir a los pantanos porque el chico, Jacob Emerit —leyó del informe—, escuchó a los captores hablar del lugar.

—Dupree lo decidió —especificó Amaia.

Johnson levantó su mano buena pidiendo permiso para explicarse.

—El hospital estaba bajo mínimos. Apenas les quedaba combustible para quince horas de generador. No tenía quirófanos ni medicación, más allá de algunos calmantes. La agente Tucker acababa de anunciar la detención de Brad Nelson, como el compositor, en Florida. Estábamos sin caso, atrapados en una ciudad de la edad de piedra. Dupree estimó que debíamos perseguir el caso en el que nos habíamos visto implicados, por imperativo.

—Sí. —La voz de Verdon llegó atronadora desde su lugar cerca de la ventana. Casi habían olvidado que estaba allí—. Sin ninguna duda, el huracán Katrina y el catastrófico estado de la ciudad de Nueva Orleans se convierten para ustedes en su mejor coartada, perdón, ¿he dicho coartada?, quería decir, «justificación».

Se acercó a la mesa lenta y deliberadamente, dejando que el silencio planease sobre sus cabezas hasta que estuvo junto a Wilson.

—El agente Dupree sigue desaparecido, ¿tienen alguna explicación para eso?

—Bueno —titubeó Amaia mirando a Johnson—. No hace falta que expliquemos lo complicadas que están las cosas por allí en este momento. Salir de Nueva Orleans casi nos cuesta la vida y volver a entrar le supuso al agente Johnson recibir un disparo. Nosotros nos llevamos la única

embarcación de la que disponíamos, y el agente Dupree estaba muy enfermo cuando lo dejamos al cuidado del detective Bull y de aquel curandero de los pantanos, lo más parecido a un médico que pudimos encontrar.

—Y en aquel momento Dupree les dijo que regresaría a Nueva Orleans cuando estuviese más recuperado —sugirió el director del área de investigación criminal.

—Sobre todo cuando fuese seguro —intervino Johnson—, y con todos los respetos, no creo que ese momento haya llegado. Ustedes no tienen ni idea de lo que es aquello. La ciudad está peor a cada hora que pasa, las condiciones son miserables. Los soldados están desalojando a la gente y siguen apareciendo cadáveres de los que murieron atrapados dentro de las casas, ahogados durante la tormenta, cuando el agua subió, o muertos de sed sobre los puentes de la Interestatal. No hay agua, ni comida, con temperaturas que superan los treinta y cinco grados, y francotiradores abriendo fuego contra todo lo que les apetezca —dijo señalando su hombro—. Aquel lugar es lo más parecido al infierno.

—Lo que he dicho —culminó Verdon—, una coartada perfecta.

El suspiro irritado de Johnson fue audible en todo el despacho. Pero sin duda un agente herido en acto de servicio podía tomarse algunas libertades.

Verdon desvió la mirada. Wilson le tomó el relevo.

—La misma «justificación» que les sirvió para no ponerse en contacto, para no pedir refuerzos, para no informar de sus nuevas sospechas...

Amaia comenzaba a hartarse: ya estaban otra vez con aquellos juegucitos dialécticos que tanto les gustaban y ya llevaba muchos interrogatorios a su espalda. No entendía a qué venía. Ellos habían sido los más interesados en dar una «versión oficial».

—¿Insinúan que nuestro procedimiento no queda fehacientemente justificado?, porque si es eso...

—Con todos los respetos, directores —interrumpió Johnson—, no había pruebas, no había nada... Ni analíticas, ni comparativas, no había evidencias forenses ni balísticas, no hicimos una comparación de rasgos físicos, de voz o escritura, no teníamos testigos ni contábamos con ningún tipo de sostén criminalístico o forense. Los cadáveres de sus últimos crímenes aún están pudriéndose en los escenarios sin que nadie los haya procesado hasta el momento. Los avances técnicos a los que tuvimos acceso llevaron a la agente Tucker a detener a Nelson, y tras eso perdimos toda comunicación. Recuerden

que, oficialmente, en ese momento el compositor había sido detenido. La subinspectora Salazar llegó hasta Lenx siguiendo su instinto de investigadora, rastreándolo. Ya les ha dicho que supo que era él cuando llegó a su casa y conoció a su familia, hasta ese instante no tuvo nada palpable de lo que informar; y, justo mientras hablaba con la esposa y los hijos, Lenx regresó para matarlos. Fue providencial que ella estuviera allí, porque, de no ser así, Lenx seguiría siendo el fantasma de los últimos dieciocho años.

Los rostros de Wilson y Verdon decían que no se tragaban nada.

—A los que hemos localizado, y con ellos sí que hemos podido hablar, son la familia Emerit, los abuelos de Jacob Emerit —dijo tomándose tiempo para estudiar los rostros de Amaia y Johnson—. Y la señora nos ha contado cómo el Barón Samedi se llevó a sus nietas, cómo su marido disparó a un zombi, cómo le hirieron en el intento de arrancarle el corazón del pecho y cómo uno de los agentes que acudió al rescate cayó fulminado por un infarto cuando vio el rostro del muerto viviente.

Johnson permaneció inmóvil, pero Amaia levantó una ceja como respuesta.

—Por supuesto no han oído hablar jamás de una organización criminal llamada Samedi —dijo Wilson.

Amaia puso morritos mientras negaba con la cabeza.

El director Verdon abrió una carpeta de tapas de cartón que estaba sobre la mesa y tendió a Amaia y a Johnson sendas copias del documento que guardaba.

—Es un informe de la oficina del *sheriff* de Baton Rouge, en Luisiana.

Amaia y Johnson comenzaron a leer mientras Verdon lo explicaba:

—La pasada madrugada, el detective Jason Bull, de la policía de Nueva Orleans, solicitó refuerzos durante un tiroteo en las afueras de la ciudad. El detective declaró posteriormente que había llegado hasta allí siguiendo la pista de un hombre sospechoso de estar implicado en la desaparición de Bella y Ania Emerit tras el paso del huracán Katrina en Nueva Orleans. No lo tenía muy claro, hasta que, de modo casi providencial y mientras lo seguía, fue testigo de la acción de entrega de las menores a un grupo armado, que abrió fuego contra el detective en cuanto se identificó. Cree que hirió al menos a uno de ellos, y tanto el sospechoso, Dominic Darrel, como los otros hombres huyeron juntos del lugar. Las niñas están a salvo y en este momento las tienen en observación en un hospital mientras sus padres llegan a recogerlas.

—¿Estaba el agente Dupree con el detective Bull? —preguntó Johnson.

Verdon miró al agente ladeando la cabeza. Dejó salir todo el aire por la nariz antes de responder.

—No, qué va. El detective ha declarado que el agente Dupree se quedó al cargo de un *traiteur* de los pantanos, porque estaba muy débil para viajar. El *sheriff* de Terrebonne acaba de confirmar que la casa flotante donde presuntamente estaba el agente Dupree está hundida, anegada por completo. El *sheriff* cree que desde el Katrina, pero, claro, eso no es tan fácil de saber. No hallaron cuerpos en el interior, aunque la marea ciclónica ha arrastrado toneladas de agua y lodo en su regreso hacia el golfo.

Amaia suspiró.

—No sé qué decir. Espero que el agente Dupree pudiera ponerse a salvo y que le encuentren pronto...

—Claro —dijo Wilson.

—¿Hemos terminado? —preguntó ella.

Se pusieron en pie para despedirse mientras estrechaban su mano. Antes de que saliera por la puerta siguiendo a Johnson, Verdon la miró de frente.

—¿Brillantez o insolencia? —le preguntó.

Ella sonrió benévola antes de contestar.

—Una corazonada.

Los dos hombres permanecieron en silencio cuando la puerta se cerró. La energía de la mujer se quedó sostenida en el aire como un hechizo.

Wilson suspiró melancólico y, como para contrarrestarlo, fue el primero en hablar.

—No habría dejado de dar problemas... Quizá es mejor que se vaya.

Verdon lo miró de hito en hito.

—¿Lo dices en serio? Dieciocho años, Wilson. Dieciocho años —dijo haciendo referencia al tiempo que habían tardado en capturar a Lenx.

Wilson apretó la boca arrepentido.

—No, claro que no, habría sido mejor que se quedara. Es insolente y brillante, pero con el tiempo habríamos conseguido domarla.

—Te refieres a como hemos domado a Dupree, ¿no?

Epílogo

Pamplona

Noviembre de 2005

Amaia vio el número desconocido en la pantalla de su móvil. Aun así, contestó.

La voz de Dupree le llegó desde el otro lado del océano.

—¿Ya es de noche en Baztán, Salazar?

Amaia sonrió antes de responder.

Empecé a escribir esta novela el 16 de abril de 2017 en mi habitación 105 del hotel Dauphine de Nueva Orleans y la terminé el 16 de julio de 2019 en el mismo lugar.

Glosario

AITA: Padre.

AITATXO: Papaíto.

AWRITE!: Sin traducción, o al menos sin sentido. Respuesta al saludo en Nueva Orleans.

BASAJAUN: En euskera, el señor del bosque. Criatura antropomórfica de la mitología vasco-navarra, generalmente bondadosa, que protege el equilibrio entre el ser humano y la naturaleza. Nombre con el que se bautizó al asesino en *El guardián invisible*, tomo 1 de la Trilogía del Baztán. Destino, 2013.

BAYOU: De la voz *choctaw bayuk*, que significa «arroyo», «corriente». Término geográfico que en Luisiana designa una masa de agua viva dentro de una zona pantanosa.

BAZAGRÁ o BAZAGREÁ: Nombre de un demonio del vudú, derivado de Baal y Beelcebú. Ya aparece en la antigua Sumeria, y como Baal, en el Antiguo Testamento. Palabra utilizada para invocar una maldición.

BIHOTZ: En euskera, corazón.

BITXITO: Cariñosamente, traviesa, revoltosa.

BOKOR: Uno de los grados de un sacerdote de vudú. Un sacerdote «rayado» a bokor es el que practica el «lukumi» (serpiente), la magia negra. La otra vertiente es la conga (el arcoíris) o magia blanca. El mismo brujo puede ser iniciado en las dos tendencias, «servir con las dos manos».

CRAWFISH BOIL: Caldero que se usa para cocer cangrejos, una práctica común y multitudinaria que se realiza en familia o con amigos en el jardín o en la misma calle.

EGUZKI-LORE: Flor del cardo, talismán preservador en la mitología vasca. Su parecido con el sol le otorga cualidades protectoras sobre las criaturas de la noche y particularmente sobre las brujas y sus hechizos. Se coloca en las puertas de las casas y establos como defensa.

FIFOLET: Fuego fatuo, luces azules legendarias que flotan sobre los pantanos de Luisiana; según la tradición, son espíritus de los muertos en los pantanos. Existe otra vertiente del tiempo de la piratería en la zona que los considera espíritus guardianes de tesoros enterrados por los piratas en los pantanos.

GABON: En euskera, buenas noches.

GAUEKO: En euskera, los de la noche. Engloba a las criaturas oscuras y del mal, desde brujas hasta duendes, espíritus errantes y demonios como «inguma», criatura extendida en diversas culturas y cuya versión más antigua ya aparece en la antigua Sumeria. Ver *Legado en los huesos*, tomo 2 de la Trilogía del Baztán. Destino, 2013.

GRIS-GRIS: Amuleto vudú de protección.

HOWSYAMAMMAANEEM: Literalmente: «¿Cómo están mamá y ellos?». Saludo común en Luisiana, más en Nueva Orleans, entre amigos, a los que se pregunta primero por su madre y después por todos los demás.

IPAR: En euskera, norte.

ITXUSURIA: En euskera, el corredor de las almas, el espacio entre la pared de la casa y la línea que el agua traza en el suelo al caer desde el tejado. Lugar en el que tradicionalmente se enterraba a los niños fallecidos sin bautizar que no eran admitidos en el camposanto. Ver *Legado en los huesos*, tomo 2 de la Trilogía del Baztán. Destino, 2013.

JAMBALAYA: Plato tradicional de Luisiana, compuesto por verduras rehogadas, gambas y jamón, admite otras variantes.

KREWE: Tripulación, pero en este caso, todos los tripulantes de una carroza de Mardi Gras en el carnaval de Luisiana, siempre capitaneados por un loco del que acatan órdenes.

LAISSEZ LES BONS TEMPS ROULER: Frase típica de Nueva Orleans que se ha convertido en su lema: «Dejad que los buenos tiempos rueden».

LOAS: En el vudú, un *loa* es un espíritu que intermedia entre los seres humanos y la entidad sobrenatural conocida como Mawu o Bondye, una divinidad inaccesible para las personas. Los *loas* son las deidades que tienen contacto con las personas y con el dios supremo.

LUTIN: Espíritus traviesos, generalmente niños fallecidos sin bautizar. Solo los menores de dos años pueden verlos, aunque siempre se pueden sentir sus actuaciones. Creencia muy arraigada entre los cajunes en los pantanos. Se les atribuyen travesuras, en particular destaca su gusto por trenzar los cabellos de los humanos mientras duermen, o las crines de los caballos y los pelos de perros.

MAIRU: En euskera, no cristiano, sin bautizar. Fantasmas de niños, generalmente protectores del hogar y enterrados en *itxusuria*. Sus huesos son muy cotizados en las prácticas de brujería por su poder mágico y narcótico.

MAITIA: En euskera, cariño, querida.

MAUDIT: Maldito.

ROUGAROU: Criatura legendaria de la cultura cajún. Habita en los pantanos y es muy similar a un hombre lobo.

SANTOS: Los Saints es el nombre del equipo de fútbol de Nueva Orleans, y el Superdome es su estadio de juego.

SHOT GUN: Tipo de vivienda común en Luisiana, sobre todo en Nueva Orleans, alargada y estrecha como el recorrido de un disparo.

TRAITEUR: Curandero, brujo cajún de magia blanca; sana mediante la oración y la imposición de manos; se les tiene por hombres y mujeres santos y profundamente espirituales.

TTUKU-TTUKU: En Elizondo, Baztán, habladuría, cotilleo.

ZIRIMIRI: En euskera, lluvia suave y constante típica en toda la cornisa cantábrica, casi imperceptible al ojo.

Todos los titulares de prensa que aparecen en el libro son reales y fueron extraídos del artículo «Remembering Hurricane Betsy, a New Orleans nightmare», escrito por el periodista Mike Scott en *The Times-Picayune* el 31 de mayo de 2017.

Las llamadas de emergencia que aparecen reproducidas en el libro también son extractos de llamadas reales que el servicio de emergencias 911 recibió durante el paso del huracán Katrina.

Agradecimientos

A Nueva Orleans y su buena gente, a las víctimas oficiales del huracán Katrina y a los desaparecidos. Por su valentía y su inmenso amor por Nola. Por resistir, por regresar. «He recorrido el mundo entero, pero mi casa sigue estando en Nueva Orleans.»

A Elizondo y al valle del Baztán por ser mi inspiración y el lugar adonde regreso cuando sueño.

A Manuel Anguita Sánchez, presidente de la Asociación Española de Cardiología, por aquella interesante conversación sobre corazones rotos y creatividad.

A mi guía en Nueva Orleans, Oriol Cardús, por su inestimable ayuda.

A los guardacostas de Estados Unidos, por ser los verdaderos héroes de esta historia.

A los bomberos, la policía de Nueva Orleans, la policía del estado de Luisiana y el servicio de emergencias, por no abandonar.

Al museo The Presbytere (The Cabildo) en Nueva Orleans y a su exposición permanente sobre el huracán Katrina.

Al periódico de Nueva Orleans *The Times-Picayune*, que ha sido fuente y ayuda para escribir esta novela.

A la Policía Foral de Navarra por su ayuda y consideración, siempre.

A la oficina del FBI en Nueva Orleans, que resultó destruida durante el Katrina.

Al hotel Dauphine y a su novia fantasma.

Al Charity Hospital, que con su estructura fantasmal aún en pie nos sigue recordando lo que no hay que olvidar, la miseria, la lucha y el triunfo.

A Moe, el taxista de Nueva Orleans que perdió su taxi y su casa en el Distrito 9 durante el huracán Katrina y que me pidió que lo pusiera en la novela.

A los Saints de Nueva Orleans y al Superdome. «No soy un ángel, soy un santo.»

A los músicos y a los fantasmas, que nunca abandonan Nueva Orleans.
A todo el equipo de la editorial Destino, vuelvo a Gryffindor.
A la diosa Mari. Es lo justo, las tormentas son suyas.

Notas

* Todas las palabras en cursiva que requieran ser explicadas para su plena comprensión vienen referenciadas en un glosario final. (*Nota del editor.*)

La cara norte del corazón

Dolores Redondo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web >www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: © Planeta Arte&Diseño

De la ilustración de la portada: © Evgeniia Litovchenko y © Getty Images

© Dolores Redondo Meira, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664. 08034
Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Aunque inspirada en parte en sucesos históricos, esta novela contiene personajes, lugares y circunstancias ficticias.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5639-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

